

LEYENDAS



BANDERAS

MARÍA SANTÓRUM



Leyendas

Y

Banderas

Leyendas
Y
Banderas

MARÍA SANTÓRUM

Título original: LEYENDAS Y BANDERAS

Diseño de portada: ÓSCAR MUÑOZ LOZANO

Diseño de ilustraciones: SERGIO MURAMASA Fotografía: HÉCTOR BARRÓN SÁENZ DE LAFUENTE

Edición: ALEJANDRO SANTÓRUM MARTÍNEZ

COLABORA: FUNDACIÓN VALLE DE KUARTANGO

Reservados todos los derechos. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, su incorporación a un sistema informático y su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© María Santórum, 2.019

Primera edición: julio de 2.019

ISBN: 978-84-09-12967-6

Depósito legal: VI-590/2019

Para Nerea y Eider, “my lovely Kukus”,
porque con vuestra paciencia, amor y
comprensión me hacéis ser mejor persona.

El hecho de que todos seamos humanos es infinitamente
más importante que las peculiaridades que diferencian
a unos seres humanos de otros.

Simone de Beauvoir

Índice

[EGUZKILORE](#)

[OLENTZERO](#)

[TARTALO](#)

[MARI](#)

[SORGINAK](#)

[SUGAAR](#)

[BASAJAUN](#)

[JENTILAK](#)

[LAUBURU](#)

[ZEZENGORRI](#)

[LAMIAK](#)

[GALTZAGORRIAK](#)

[AKERBELTZ](#)

[INGUMA](#)

[HERENSUGE](#)

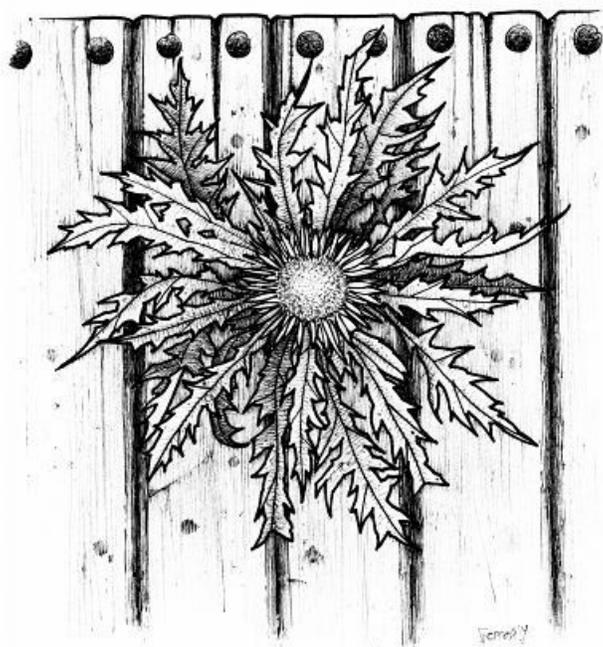
[HERIO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[NOTA FINAL](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

EGUZKILORE



EGUZKILORE

Para nosotros los vascos, el Eguzkilore simboliza magia, protección y energía. Ama Lurra, la madre tierra, nos regaló esta flor como amuleto de protección en el principio de los tiempos, cuando los seres malignos poblaban la tierra. Si cuelgas un Eguzkilore en la puerta de tu casa no habrá monstruo, demonio o espíritu maléfico que se atreva a entrar.

Kuartango, abril de 1.933

¿Alguna vez os pasa que veis algo tan hermoso y espectacular que os quita el aliento al instante? A mí sí, muchas veces, y de hecho me pasa muy a menudo. Hay paisajes, animales, plantas e incluso personas que, al mirarlas, hacen que parezca que no puedo respirar y que me duela el pecho, como si de pronto me faltase el aire. Cuando la imagen entra por mi retina, se me detienen los latidos del corazón durante unos segundos e incluso me salen lágrimas en los ojos, como si esa belleza afectase a todo mi cuerpo. Ayer me sucedió de nuevo, temprano por la mañana. Después de limpiar el gallinero al levantarme subí caminando al alba al Pico Rodio, un pequeño monte que no está lejos de nuestra casa. Es uno de mis lugares favoritos del Valle y subo todos los días que puedo. Ayer estaba cansada porque había madrugado mucho para acabar de leer el libro que me compró aita (1) la última vez que bajó a Vitoria a vender nuestros terneros. Yo devoro los libros como los lobos a los corderos, o al menos eso dice amama (2), mi abuela, quien insiste en que me voy a quedar ciega de tanto leer.

Cuando he salido de casa hacía bastante frío porque apenas había amanecido y la niebla estaba todavía pegada a las cumbres de las montañas. He cogido un chal grueso y mi cesta favorita y he silbado a los perros para que me acompañaran. Estamos a mediados de abril y los perretxikos (3) han empezado a salir, por fin. Me encantan los perretxikos, esas setas que, como diminutos botones blancos en una camisa verde, adornan algunas campas de nuestro verde valle en primavera. Estamos en la mejor época del año para recolectarlos, y por fin amama y aitite (4) me han contado dónde están los perretxikales (5) secretos de la familia. Como dice aitite, no es que los perretxikales sean nuestros como tal, pero nadie más por aquí sabe dónde están. Ayer salí de casa con el objetivo de dar una sorpresa a mi familia llenando una cesta yo sola, para que vean que ya soy mayor y que escucho y aprendo rápido. Me dirigí hacia el Pico Rodio tarareando una canción y atravesando el bosque a buen ritmo. Caminar por el bosque al alba me encanta, porque el aire está limpio y huele a tierra y a vegetación, a hongos, setas y árboles. La primavera es sin duda mi estación favorita, todo está verde y diminutas flores de colores asoman entre las briznas de hierba de los prados. Cuando llegué a la cima del Pico Rodio paré un rato a descansar, beber un poco de agua y abrazar a los perros. Y fue allí, justo en el momento en el que el agua tocaba mis labios, cuando se abrió un claro entre la niebla y el sol de la mañana la atravesó, iluminando el Pico Marinda y destacando su forma característica. Fue justo entonces, en ese instante, cuando se me detuvo el corazón. Es muy difícil de explicar la emoción intensa que me brota en el alma al observar Kuartango, mi hogar. Dice aitite que hay paisajes mucho más bonitos en el mundo, pero yo creo que se equivoca. Sin duda Kuartango es el valle más mágico que existe en todo el planeta. Y allí sentada en la húmeda campa con lágrimas en los ojos, fijé la vista en la cumbre del Pico Marinda, nuestra montaña sagrada. Con su forma de pirámide y sus laderas abruptas, el verde intenso de la vegetación primaveral y su cumbre rocosa, no me extraña que la Diosa Mari (6) la haya escogido como una de sus moradas divinas. Desde donde me encontraba se podía ver también la sierra de Arkamo justo detrás del Pico Marinda. La sierra se ve majestuosa al amanecer, con sus densas laderas de bosque y sus escarpadas cumbres rocosas que asemejan un murallón de piedra que, orgulloso, defiende el Valle de nuestros enemigos. En una grieta de la ladera de Arkamo se adivinaba entre la niebla una cueva resguardada y majestuosa, llamada Solacueva, que ha sido habitada por los humanos desde el principio de los tiempos. Esos

primeros humanos nos dejaron allí hace milenios sus pinturas rupestres como regalo, y todavía hoy se ven nítidas y claras en las paredes de roca caliza de la cueva. Girando la cabeza a la izquierda admiré también las sierras de Gibijo y de Gilarte, la pintoresca Ermita de San Antonio y los altos de Labazar y Las Carboneras, a cuyos pies se hallan las loberas de su mismo nombre. A mis pies quedaba Yarto, un paraje boscoso muy poco transitado. Mientras seguía admirando el valle que me vio nacer, la niebla levantó del todo y descubrió por fin Badaia, la majestuosa sierra que nos separa de la llanada alavesa. Kuartango es un valle poco habitado, extenso y muy fértil, con forma de corazón, regado por dos ríos cantarines, el Vadillo y el Baias, y multitud de fuentes y cascadas. Kuartango me quita el aliento y hace que me duela el alma con su belleza. Es difícil para mí ser tan sensible, la verdad. Amama dice que no es normal que una mocosa como yo guarde emociones tan intensas en el corazón y asegura resignada que acabaré volviéndome loca. Quizá sea cierto, ya lo veremos cuando sea mayor, pero de momento soy demasiado joven para preocuparme por el futuro.

Por cierto, se me ha olvidado presentarme, vaya despiste el mío. Me llamo María, aunque amama insiste en llamarme Mari como la Diosa. Tengo ocho años, aunque pronto cumpliré nueve, así que ya no soy una niña pequeña. Vivo en Kuartango en el baserri (7) de mis abuelos, que se encuentra bastante escondido de los demás habitantes del Valle, justo detrás del Pico Marinda. Vivo con mi hermana mayor, con los abuelos y con mi aita. Mi ama (8) murió en el parto y amama dice que fue porque yo venía colocada de pies y ella no logró sacarme sin morir. Me siento bastante mal cuando cuentan esa historia, aunque sé que no es mi culpa porque yo no lo hice adrede. Amama también me contó que nací con un velo de piel cubriéndome la cara y el cuerpo, lo que asusta mucho a mi familia. Amama dice que es rarísimo nacer con el velo veneciano, o lo que es lo mismo, con la bolsa amniótica intacta. Según las leyendas, eso significa que yo tengo o tendré algún tipo de poder mágico, no sólo lo de ser muy intuitiva y sensible al extremo, sino que dice amama que algún día quizás pueda ver fantasmas o incluso tener poderes de sorgina (9). Los vecinos del pueblo dicen que amama está loca pensando todo eso, pero quién sabe, yo tengo la mente abierta a todo, incluso a ver fantasmas.

Volviendo a esta mañana y a mi paseo, cuando por fin la niebla desapareció del todo estuve observando el Valle durante un rato y después me puse a buscar los perretxikales secretos. Llegué a la zona entre brezos indicada por el abuelo, escrutando con concentración el suelo, y observé de inmediato a mis pies unos corrillos de hierba de tono ligeramente más oscuro, como si estuvieran quemados. Me puse a palpar el suelo con suavidad y, contenta al ver que había logrado encontrarlos, empecé a cortar los pequeños perretxikos, que estaban en su punto justo de crecimiento y tan aromáticos que se me hizo la boca agua porque no había desayunado. Llené la cesta en poco más de media hora y, entusiasmada, comencé a correr ladera abajo hacia la fuente de Oleaga para que los perros pudieran beber agua. Caminando entre los árboles me puse a silbar la canción favorita de amama, una que aprendió en Zugarramurdi, su pueblo natal. La canción cuenta cómo nosotras, las mujeres vascas, somos las nietas de las brujas que nuestros enemigos quisieron quemar, y anuncia al mundo que no sólo heredamos sus sonrisas y sus escobas, sino también su fortaleza, su valentía y su pasión. Mientras seguía silbando y caminando entre brezos, vi por el rabillo del ojo algo familiar en el suelo y solté un grito de júbilo. ¡Un Eguzkilore (10)! Es rarísimo y muy especial encontrar uno intacto por esta zona, por lo que corrí presurosa a arrodillarme a su lado. El Eguzkilore es la flor sagrada de los vascos, la flor más importante de nuestras leyendas y nuestras creencias. Es la flor que protege nuestras casas de los espíritus malignos y de los genios de la noche, y pocas casas habrá en Euskal Herria que no tienen un

Eguzkilore colgado en el umbral de su puerta. Cogí la navaja de la cesta y la acerqué al tallo, indecisa. En realidad, ya tenemos varios Eguzkilores colgados en Lamietxe, nuestra casa, porque amama insiste en ello; hay uno en cada puerta de entrada al baserri y los hay también en los edificios del ganado y en el granero. Pero ese Eguzkilore, tan grande y hermoso, parecía llamarme únicamente a mí, y me dio la sensación de que no quería que nadie más que yo lo encontrase. Al final me decidí a cortarlo porque de pronto tuve la gran idea de llevarlo a mi sima secreta en el bosque. La entrada a la gruta es estrecha y no se ve fácilmente, pero por dentro la cuevita tiene buen tamaño. La sima no es que sea mía, claro está, pero pocas personas saben de su existencia y nadie va por allí, ni siquiera los abuelos, así que la utilizo como escondrijo para mis tesoros y para estar sola haciendo lo que más me gusta, leer y escribir. El precioso Eguzkilore protegería mi escondite en la sima, así que lo corté con cuidado y me encaminé hacia allí silbando animada. Mientras caminaba, me puse a pensar una vez más en el libro que quiero escribir cuando sea mayor. Será un libro de leyendas vascas, e incluiré descripciones de todos los personajes de las historias y cuentos que nos cuenta amama. Ella nació en Zugarramurdi, afamada zona de brujas, donde las antiguas creencias de nuestro pueblo todavía siguen vivas. Aquí en Kuartango poca gente cree ya en la Diosa y en las brujas, pero en mi familia seguimos siendo creyentes. Dice amama que hay demasiados curas católicos por aquí por el Valle, y creo que no le falta razón. Si mi plan es escribir un libro sobre leyendas vascas, lo lógico sería que comenzase por explicar la creación del mundo según nuestras creencias. Y la importancia del Eguzkilore en la creación. Tengo que pedirle a amama más información en los próximos meses y apuntarlo todo bien.

Ella me contó que en el principio de los tiempos fue Ama Lurra (11), la Madre Tierra, la que creó todo lo que existe en el universo. Creó nuestro planeta tierra también, con sus continentes y océanos, ríos y cascadas, montañas, desiertos, los mares y sus acantilados, las llanuras fértiles y las altas cordilleras con sus cuevas y grutas. Ama Lurra creó también las plantas, los árboles, los animales, y por supuesto a nosotros los seres humanos. Por desgracia también creó a las criaturas malignas, a los genios, los demonios y los espíritus maléficos que pueblan el inframundo. En el principio de los tiempos todo estaba oscuro en la tierra y los humanos vivían en sus cuevas en las laderas de los montes, con un miedo atroz a todas estas criaturas malvadas que podían aparecer para matarlos. Un buen día, desesperados, los humanos llamaron a Ama Lurra y le explicaron sus temores y preocupaciones. Tenían hambre, frío y sufrían mucho, porque temían tanto a los espíritus malignos que apenas se atrevían a salir de sus cuevas. Ama Lurra se compadeció de ellos y creó la luna, un ser celeste que emitía una tenue luz. La llamó Ilargi (12). Ilargi asustó muchísimo a las criaturas malignas quienes huyeron despavoridos a sus moradas subterráneas, pero no asustó a los humanos, que pudieron por fin salir de sus cuevas con la seguridad de que Ilargi iluminaba débilmente el bosque, y cazar sin miedo. Al cabo de un tiempo, sin embargo, los espíritus y los genios se acostumbraron a la luz de Ilargi y volvieron a salir del inframundo por la noche a matarlos. Una vez más, los humanos llamaron a Ama Lurra para pedirle ayuda. Ella, que lo es todo en el universo, se compadeció de ellos y creó el sol, al que llamó Eguzki (13). Eguzki emitía una luz intensa y un agradable calor que hizo huir de nuevo a los espíritus y que ayudó enormemente a los humanos. Cuando Eguzki estaba en el cielo, las plantas, las flores y los árboles crecían y se llenaban de frutos. Los animales empezaron a proliferar y la caza y la pesca fueron mejores que nunca durante un tiempo. Era sin embargo durante la noche cuando los humanos temblaban de pavor en sus cuevas porque los espíritus y los diablos salían de las entrañas de la tierra para llevarse a sus familias a las moradas subterráneas donde habitaban. Ilargi, la luna, ya no surtía efecto alguno en ellos. Los humanos llamaron a Ama Lurra por tercera vez, verdaderamente atormentados. Ella, sabia y magnánima, les entregó el Eguzkilore, uno para cada familia. El

Eguzkimore no sólo tiene forma de sol, imagen que aterra a los espíritus, sino que su centro está cubierto por millones de diminutos pelillos. Ama Lurra les aseguró que, si colgaban un Eguzkimore en las entradas de sus cuevas, estarían totalmente protegidos. Impuso con su magia que los espíritus malignos de la noche deberían contar todos y cada uno de los pelillos del Eguzkimore antes de cruzar el umbral de la cueva, lo que era imposible, ya que antes de poder terminar y sin fallar un solo día Eguzki, el sol, comenzaba su subida al cielo y los seres malignos huían espantados por su calor y brillo cegador. Nunca más un espíritu maléfico fue capaz de volver a cruzar el umbral de un hogar si de su entrada colgaba un Eguzkimore. Esta flor sagrada fue el mayor regalo de Ama Lurra a los humanos, y todavía hoy la veneramos.

Cuando llegué a mi sima, miré con cuidado a mi alrededor por si había algún excursionista que pudiera verme, y cuando me aseguré de que estaba sola me colé por la pequeña grieta y dejé el Eguzkimore en el suelo junto a mis otros tesoros. Ya tendría tiempo de colocarlo todo bien en otro momento; era tarde y no quería que los abuelos se preocupasen por mí. Volví a Lamietxe corriendo a toda velocidad sujetándome las faldas e intentando no caerme, contentísima con mi hallazgo y con la cesta repleta hasta los topes. Amama se emocionó al ver el montón de perretxikos y me envolvió en un gran abrazo de osa. Los abrazos de amama son los mejores porque ella es una mujer grande, pechugona y blandita y sus abrazos envuelven todo tu ser y siempre te hacen sentir mejor. Mi hermana mayor me dio un beso en la frente y se puso a limpiar los perretxikos conmigo, cantando y bailando de alegría. Elurne no sólo es mi hermana, también es mi mejor amiga. No nos parecemos en nada ni nos gustan las mismas cosas, pero puedo confiarle todos mis pensamientos, sueños y miedos. Aunque la vida en el baserri es muy dura por todas las labores que tenemos que hacer a diario, todo es mejor con ella a mi lado. Después de desayunar leche, pan y un revuelto que hizo amama con mis perretxikos y hacer nuestras labores en la huerta, mi hermana y yo fuimos al gallinero a continuar dibujando. Soy consciente de que puede parecer raro que nos metamos a un gallinero a dibujar, pero ella quiere ser artista y pintar cuadros de animales y retratos de personas cuando sea mayor. Sueña con viajar a Italia a estudiar con los mejores maestros y ser una artista famosa como fueron Velázquez, Monet y Da Vinci. Mi hermana se pasa los días dibujando y este año por mi cumpleaños me quiere regalar un retrato de Cornelius, mi gallo favorito, y yo estoy muy contenta con mi regalo, porque aparte de leer y escribir, mi otra pasión son las gallinas y los gallos. A muchísima gente le dan asco y le parecen animales feísimos y muy sucios, pero a mí, al igual que los paisajes de Kuartango, también me quitan el aliento. Sus plumas coloridas, los ojos inteligentes, las crestas erguidas, los picos afilados y la manera tan graciosa que tienen de correr y de pelearse por la comida y la bebida. Me encantan los pollitos recién salidos del huevo, los adolescentes que están emplumando, las gallinas adultas con su contoneo torpón y sobre todo los gallos, con su elegancia y porte altivo. Todo en ellos me encanta menos la mierda que me toca limpiar a diario porque nadie me quiere ayudar con esa tarea en particular. Menos mal que las gallinas también nos dan huevos para comer, porque de otro modo los abuelos no me dejarían tener tantos ejemplares en casa, dicen que supone mucho gasto. Antes de nacer yo, la familia tenía un gallo y cinco o seis gallinas correteando por las fincas, pero ahora tenemos muchos más porque a mí me encantan y aitite no puede evitar darme el gusto cuando puede. Cuando ya no tuvimos más luz para dibujar porque anocheció, Elurne y yo volvimos a casa y yo estuve apuntando cosas en mi diario mientras amama trabajaba la masa del pan que horneará cuando se levante. Amama suele hacer pan una vez a la semana, y me encanta el olor de las hogazas cuando salen del horno. Me gusta mucho verla trabajando la masa en la mesa, con el rostro sudoroso concentrado en estirar y plegar los ingredientes para que la levadura se desarrolle correctamente. Los músculos de los brazos se le tensan y gruñe como un jabalí por el esfuerzo cuando trabaja la masa, lo que hace que

Elurne y yo nos echamos a reír y que ella nos saque la lengua y nos llame descaradas. Amama siempre viste de negro y suele llevar el delantal manchado de harina. Me recuerda mucho a Fede, el panadero de Miranda, que a veces se pasa por los pueblos del Valle vendiendo su pan a las familias que prefieren evitarse el trabajo que da hornearlo. Tengo que apuntar bien la receta de amama y los tiempos de amasado y horneado para que salga perfecto, porque parece fácil pero no lo es. Mi hermana y yo hemos intentado hacer pan varias veces, pero nunca nos sale bien porque unas veces sale seco, otras veces soso y en ocasiones no sube y es imposible hincarle el diente. Supongo que será porque nosotras todavía no tenemos tanta fuerza como amama, pero convendría apuntarlo bien ahora, antes de que ella no esté aquí con nosotras para enseñarnos. En realidad, me gustaría apuntar en este diario absolutamente todo lo que me pase en la vida, por si amama tiene razón y algún día pierdo la cabeza por nacer con el velo amniótico intacto. Me asusta mucho pensarlo, la verdad. Imaginad lo horrible que sería si, cuando sea mayor, me olvido de todo lo que me ha sucedido. Lo que más miedo me da es olvidarme de quién soy, como le pasa a un vecino del pueblo, que no se acuerda ni de su nombre. Para evitar eso, seguiré escribiendo a diario en este cuaderno que me regaló aita la semana pasada. Y cuando sea vieja, me sentaré en una mecedora mirando al Valle y volveré a leer lo que ahora escribo, para no olvidarlo jamás.

Madrid, abril de 2.009

Lentamente, Miguel fue despertando de los sueños agitados que había tenido durante toda la noche. Al abrir los ojos, comprobó asombrado que no se encontraba en su habitación en Madrid y se incorporó en la cama desconcertado, pero apenas tardó cinco segundos en darse cuenta de dónde había pasado la noche anterior. Estaba en la habitación de su infancia en casa de su madre, en Mérida. La luz del amanecer se colaba por las tablas de la vieja persiana de madera, iluminando débilmente la estancia. Durante unos minutos paseó la mirada por las paredes y las estanterías, repletas hasta los topes con sus libros, juguetes de niño y tesoros de adolescente. Por una parte, le sorprendía que su madre no hubiera redecorado la habitación; al fin y al cabo, él se había marchado de casa hacía ya casi diez años. Por otra parte, Miguel conocía demasiado bien a su madre. Vivía refugiada en el pasado, en otra época en la que fue más feliz, mucho antes de que muriera su marido y su hijo se mudase a Madrid. Ramona seguía sin sacar la ropa de su difunto marido del armario y todas sus pertenencias estaban intactas, escrupulosamente colocadas en los lugares de siempre. Su madre seguía cocinando para tres, aun cuando mucha de la comida se perdiera porque ahora vivía sola. Ramona compartía su deprimente existencia con un marido y un hijo inexistentes, y vivía en su propio mundo imaginario. Miguel empezó a agitarse, inquieto. Un sentimiento de culpabilidad le perseguía por haberse marchado de casa tan joven y muy reciente la muerte de su padre. Se sentía mal por haber abandonado a su madre, sumida en un abismo de tristeza y de soledad. Y lo peor de todo era que pocas veces había vuelto a casa para visitarla. Estaba seguro de que su madre nunca se lo reprocharía porque no quería incomodarle, pero Miguel podía percibir su infinita amargura. Cuando volvía a casa, los sentimientos de culpabilidad le inundaban de nuevo, así como la tristeza. Todavía no podía asimilar el hecho de que su padre hubiera muerto. Antonio fue un hombre sencillo, sereno y trabajador, al que por desgracia el cáncer no había perdonado. Para Miguel las cosas eran más fáciles cuando estaba en Madrid. Sabía que era una postura egoísta, pero allí se sentía más libre porque podía olvidarse de Mérida y de su pasado.

Miró el reloj de la mesilla y juró por lo bajo, tan sólo eran las seis de la mañana. Quedaban todavía cinco horas para el funeral y al pensar en ello sintió que la rabia y la pena le inundaban. Tendría que ser fuerte y no llorar durante el funeral de Luis, su mejor amigo. Malditos hijos de puta. Si los tuviera delante en ese mismo momento, no dudaría en sacar su pistola y pegarles no uno, sino dos o tres tiros en la cabeza a cada uno. Ojo por ojo y diente por diente. Intentó sacarse la imagen de la mente y decidió salir de casa temprano sin despedirse de su madre una vez más. No quería ver su mirada llena de tristeza y melancolía, aunque era consciente de que marcharse sin darle un beso era verdaderamente egoísta. Volvería pronto a visitarla, buscaría un fin de semana libre y volvería a pasarlo con ella. Miguel saltó de la cama, abrió con sigilo la puerta de la habitación y se metió en el baño cerrando la puerta con cuidado. Intentando no hacer ruido para no despertar a Ramona, se duchó, se afeitó, se cepilló los dientes y se peinó cuidadosamente el corto cabello negro con gomina. Al mirarse en el espejo vio a un chico alto, moreno, de ojos color avellana y mirada penetrante, extremadamente pálido y cansado. Tenía un aspecto atroz pero no podía hacer nada por evitarlo. Volvió de puntillas a la habitación y se puso el uniforme, que su madre había planchado el día anterior. Sabía que destacaría paseando con su uniforme formal por la ciudad, pero no quería volver a casa a cambiarse antes del funeral. Metió todas sus cosas en la

maleta y se enfundó la pistola. Escribió una nota a su madre despidiéndose y prometiendo que la llamaría muy pronto y la colocó con un imán en la puerta de la nevera. Echando un último vistazo a la habitación de su infancia, arrastró la maleta por el pasillo, salió de casa, cerró la puerta y bajó las escaleras hacia el portal. Al llegar a la calle se sintió inmediatamente mejor, más libre. Estaban a principios de abril y a esa hora de la mañana la temperatura era muy agradable. Caminó a paso ligero por la acera para dejar la maleta en el coche, y al ver su magnífico BMW rojo no pudo evitar sonreír. Lo consideraba su pequeño tesoro porque había ahorrado muy duro unos años para poder comprárselo. El día anterior había conseguido aparcar a dos calles de su casa, que por fortuna no estaba muy lejos del cementerio, así que decidió dejar allí el coche y dar un largo paseo por Mérida a pie. Era lunes, pero todavía había poca gente por la calle a esas horas porque los turistas estaban durmiendo y los habitantes de la ciudad tardarían todavía unas horas en despertarse.

Era como más le gustaba su ciudad natal. A esas horas podía pasearse a sus anchas sin molestias, sin ruidos y sin coches abarrotando las calles. Comenzó a caminar e inmediatamente le invadieron los recuerdos de antaño. Al final de la calle había una tienda de golosinas donde Luis y él habían pasado tantas horas debatiendo en qué se gastarían sus pagas semanales. Podía recordar perfectamente la imagen de los dos mocosos, el rubio y el moreno, con la nariz pegada al escaparate, discutiendo acaloradamente si unos u otros caramelos eran mejores, y babeando ante los bollos y las palmeras. Cien pesetas semanales no eran mucho y tenían que saber administrarse. Solían pasar todos los días por la tienda al ir al colegio, pero era el sábado cuando les daban la asignación y se pegaban un gran festín. Con su bolsa de golosinas a cuestas iban al Teatro Romano a disfrutar de las vistas e imaginarse las vidas de sus antepasados durante el grandioso Imperio Romano. Miguel tardó un rato en llegar allí y una vez más se le paró el corazón. Mérida era realmente maravillosa y no le extrañaba que la hubieran declarado Patrimonio de la Humanidad. Había sido capital de Lusitania, la gran Emerita Augusta del Imperio Romano. Se sentó en un banco y se sumió en las tan familiares fantasías. La Gloria de Roma: penachos, espadas, escudos, corazas relucientes, las legiones invictas de la Roma inmortal acampando a las afueras de Mérida. Emperadores y generales victoriosos, filósofos, arquitectos, poetas, todos ellos aportando su granito de arena al Imperio. Dentro de las murallas organización absoluta; calles bien trazadas, sólidos edificios, mosaicos extraordinarios, templos, baños públicos y los teatros. Imaginó a los mercaderes vendiendo sus productos en los puestos, a los campesinos trabajando el campo y a los obreros de la época erigiendo las grandiosas murallas, construyendo el acueducto de los Milagros y los puentes sobre el río Guadiana. Luis y él habían imaginado todas y cada una de las batallas que se habían librado en tierras de Mérida. Habían hablado durante horas sobre las muertes y las torturas durante los grandiosos juegos romanos en el anfiteatro, los gladiadores, los leones, tigres y otras fieras. Y, sobre todo, habían lamentado esa grandeza imperial ahora perdida.

Despertó de sus fantasías y se volvió a sorprender de cómo había cambiado la ciudad desde que él era niño. Ahora se apreciaban nuevas construcciones entremezcladas con los antiguos monumentos, había mucho más volumen de tráfico y demasiado progreso. Encendió un cigarrillo y se alejó del Teatro y el Anfiteatro. Realmente, Mérida era bonita incluso ahora en el Siglo XXI. Paseó tranquilamente durante otra hora, cruzó el Guadiana, y al caminar por la Morería, Miguel sonrió al leer un cartel publicitario que elogiaba a Mérida por su “Historia, cocina, bellezas naturales y la calidez de su gente”. Era verdad, los emeritenses eran famosos por su hospitalidad. Sintiendo un poco de hambre, entró en una cafetería y pidió un desayuno completo. La camarera, bajita y regordeta, no parecía haberse levantado con buen pie a juzgar por las palabrotas que

murmuraba mientras fregaba los cacharros. Cuando le trajo a la mesa el desayuno, tropezó y derramó medio zumo de naranja por la solapa del uniforme. Mirándole con ironía de arriba a abajo, le espetó:

-Disculpe, agente, es que estoy muy torpe hoy.

Miguel estaba convencido de que lo había hecho adrede al ver el uniforme y percibir su autoridad. Era lo de siempre y sucedía a menudo, así que decidió no perder el control; ése no era el día adecuado para encenderse.

-No se preocupe, se quitará fácilmente.

-No me cabe la menor duda, me imagino que las arcas del Estado garantizan calzones limpios a sus agentes, ¿no es así?

Pues vaya con la “calidez de la gente” de Mérida. Obviamente, no toda la gente en la Ciudad era cálida y acogedora. No quería empeorar más su sensación de ira por lo que no respondió a su pregunta y le dijo secamente que se marchara. Maldita hija de perra, le había manchado el uniforme una hora antes del funeral. Se dirigió al baño a grandes zancadas, abrió el grifo y frotó la mancha con agua y jabón durante unos minutos. Al descubrir que no había papel higiénico soltó una maldición, menudo bar de mala muerte. Sólo había un secador de manos prehistórico con el que tardó más de veinte minutos en secar la mancha, tiempo que dedicó a mascullar obscenidades contra la camarera. Cuando regresó a la mesa su café estaba helado y las tostadas duras como una piedra. Claramente, el día no había empezado bien. Engulló todo rápidamente y salió deprisa de la cafetería sin mirar atrás. No pensaba pagar por aquel despropósito. La camarera hizo un leve intento de detenerle, pero la furiosa mirada de Miguel la hizo desistir al instante.

Sólo le quedaba media hora para llegar al cementerio por lo que aceleró el paso y comenzó a caminar más deprisa. Los turistas y los coches empezaban a llenar la ciudad y ésta perdía así parte de su histórico encanto. Mientras caminaba decidió llamar a Natalia. Ya valía de cabezonerías, llevaban tres días sin hablarse, desde la noche en que mantuvieron aquella gran discusión. Miguel no sabía si podría perdonarla por no haberle acompañado al funeral de Luis, pero quería hablar con ella para solucionar las cosas y que todo pudiese volver a la normalidad. Raro en él, había perdido la compostura durante la bronca y había estrellado un plato y dos vasos contra los azulejos de la pared de la cocina. Miguel se arrepentía de haberla asustado, pero no había podido controlarse. Natalia, realmente cabreada, se había marchado llorando a casa de una amiga para pasar la noche y él había preparado las cosas para el fin de semana en Mérida, completamente horrorizado por haber perdido los papeles. No había hablado con ella desde entonces. Con un poco de aprensión marcó el número en su móvil y descubrió que estaba apagado, lo que era de esperar. Probablemente Natalia todavía dormía porque solo eran las once de la mañana. Respiró un tanto aliviado, porque en realidad no le gustaba demasiado hablar por teléfono y lo evitaba siempre que podía. Dejó un mensaje diciendo que sentía de veras su comportamiento, que la quería muchísimo y que esa misma tarde llegaría a casa; volvería a Madrid en cuanto acabase el funeral y entonces podrían hablar con tranquilidad.

Al cabo de quince minutos Miguel llegó al cementerio, que estaba ya a rebosar de gente que venía a presentar sus condolencias, y pudo constatar que muchos de los allí presentes llevaban, como él,

el uniforme verde del Cuerpo. Le sorprendió mucho la cantidad de agentes allí presentes. ¿Eran tantos los que querían rendir homenaje a Luis? Probablemente no habían llegado a conocerle en persona, pero el atentado había sido muy difundido en los medios de comunicación, así que suponía que muchas de las altas esferas de la Guardia Civil se habían desplazado hasta allí. Sus superiores les habían informado de que el Presidente del Gobierno y el Ministro del Interior tenían previsto asistir también. Todos los peces gordos estarían allí y su jefe directo le había recalcado la necesidad de causar una buena impresión. Y ahora, gracias a la “calidez” de la gente de Mérida, Miguel tenía una enorme mancha sucia en la solapa de la chaqueta. Intentó no dejarse dominar por el nerviosismo y empezó a caminar hacia donde se encontraba el coche fúnebre. Él era uno de los ocho portadores del féretro y su cometido era desfilar con Luis en sus hombros para rendirle honores como sólo un héroe de la Patria se merece. A decir verdad, Miguel no se sentía muy bien, estaba mareado y tenía ganas de vomitar. Hasta ese preciso momento la muerte de su mejor amigo le había parecido irreal pero cuando vio a Almudena, la madre de Luis, deshecha en lágrimas y destrozada por la muerte de su único hijo, se le hizo un nudo en el estómago. Había pasado días enteros de su infancia en casa de aquella mujer, que con el tiempo se había convertido en una segunda madre para él. Le entraron ganas de llorar, pero se contuvo y avanzó hasta ella con el corazón en un puño. Al verle, ella le abrazó fuertemente, sollozando en su oído:

- Miguel, Dios mío, ¿cómo ha podido pasar esto? Mi niño, mi niño, ya no volverá, ya nunca volverá.

Jamás se le había dado muy bien consolar a la gente, así que la abrazó con fuerza y no dijo nada. Realmente no había nada que él pudiera decir que la hiciera sentirse mejor, porque nada devolvería a Luis a la vida. Luis padre se acercó en ese instante a ellos, con los ojos ligeramente enrojecidos. Apartó suavemente a Almudena y estrechó la mano de Miguel.

- ¿Cómo estás, hijo? Esto tampoco ha podido ser fácil para ti.

- Todavía no sé cómo me siento, la verdad. He crecido con Luis, he estudiado con él y ha sido lo más cercano a un hermano que he tenido. Era un hombre justo, valiente y leal, y le voy a echar mucho de menos. ¿Qué tal lo lleváis vosotros?

- Estamos destrozados. Hemos perdido a nuestro único hijo y encima tenemos que aguantar todo este circo mediático. ¿Has visto qué gentío? Entre familiares, amigos, compañeros del cuartel, cámaras, periodistas y políticos apenas cabremos en la iglesia. Es todo demasiado. Nos gustaría poder despedirnos de nuestro hijo en paz, en privado.

- Lo sé, es que ha sido todo tan público... Es horrible, no puedo quitarme de la cabeza los recuerdos del atentado. Pero no es extraño que tanta gente quiera presentarle sus respetos porque murió defendiendo sus ideales, y por eso se merece todos los honores.

- Tienes razón, hijo, tienes toda la razón. Y, al fin y al cabo, nosotros tenemos toda una vida para llorarle en la intimidad. Muchas gracias por venir y por haber sido siempre tan buen amigo de Luis. La próxima vez que vuelvas por Mérida, ven, por favor, a hacernos una visita.

Miguel prometió que así lo haría y se fundió con ellos en un último abrazo. Almudena y Luis padre se despidieron y entraron en la capilla seguidos por las cámaras. Miró a su alrededor y enseguida se dio cuenta de que los otros siete compañeros no le eran conocidos, habían sido asignados al

azar y probablemente ni siquiera conocían a Luis. Estaban hablando entre ellos y pudo captar partes de la conversación.

- Joder, tío, qué buena suerte, a lo mejor podemos conocer a los coroneles y a las altas esferas, causar una buena impresión y todo eso.

- No seas bestia, esto no es una entrevista de trabajo, es un funeral. Por si no te has enterado, en esta caja hay un muerto, idiota.

- Ya lo sé, gilipollas, sólo comentaba. Muy fuerte lo que pasó, ¿verdad? Putos terroristas vascos, habría que degollarlos a todos. Cuando escuché aquellas palabras ese día en la radio, se me heló la sangre en las venas. Pum, pum, pum, sin clemencia ni perdón.

En aquel momento a Miguel estuvieron a punto de fallarle las piernas. Se sintió mareado, agotado y verdaderamente deprimido. A pesar de haber pasado casi una semana, todavía no podía dejar de recordar la pesadilla que se habían visto obligados a vivir. Seis días antes E.T.A., el grupo terrorista independentista del País Vasco, había enviado a la B.B.C. (14). un comunicado en el que adjuntaban una dirección de Internet con un enlace. El enlace llevaba a la página web de una radio independiente, creada por el grupo armado, que emitía en directo. Eran las nueve de la noche, horario de máxima audiencia. Al instante medio mundo pudo escuchar cómo se desarrollaban los acontecimientos por televisión, en Internet, en casas, bares, restaurantes y lugares de trabajo. Luis, su mejor amigo, agonizando en directo durante quince horribles minutos. En la pantalla de la página web se podía ver el logotipo del grupo armado y un cronómetro gigante que contaba inexorablemente hacia atrás. A las nueve y cinco se escuchó por primera vez la voz de un terrorista, que anunció a los oyentes que habían raptado a un Teniente de la Guardia Civil y le habían atado con cuerda a una silla. La voz, grave y tenebrosa, anunció que la víctima tenía los ojos vendados pero que podría escuchar los acontecimientos según se fueran desarrollando. De fondo se escuchaban claramente los gemidos y lamentos del moribundo, que pedía sin cesar clemencia a sus torturadores. A las nueve y diez el terrorista volvió a tomar la palabra y, pronunciando claramente, dijo que la víctima moriría de un tiro en la cabeza si el Gobierno no confirmaba en diez minutos la liberación de Pascual Urturiz Pagoeta y de Peio Maizkurrena Abinagoitia, dos terroristas que habían sido apresados por la Guardia Civil y puestos a disposición judicial.

Miguel suponía que los teléfonos del Gobierno y de las Fuerzas de Seguridad del Estado se habrían puesto al rojo vivo en esos instantes para intentar desesperadamente localizar la procedencia de la dirección de internet, que podría servir para ponerse en contacto con los terroristas y negociar un rescate a marchas forzadas. Se imaginó a los políticos debatiendo sobre lo que podían hacer. Aunque prohibiesen que la dirección de la página web fuera difundida por televisión, todo el mundo se volcaría en Internet, el mundo libre. ¿Podían negociar con terroristas? Él creía que no, negociar con E.T.A. no era la política del gobierno. No se podía ceder ante esa panda de asesinos, pero se trataba de una vida humana, ¿o a los políticos no les importaría tanto, al no tratarse de un civil? Más y más gente fue enchufando televisiones y ordenadores, avisados por amigos y familiares, mientras los minutos iban pasando en el cronómetro de la pantalla. La voz del terrorista se había quedado muda y solo se escuchaba la voz de la víctima, que seguía gritando y suplicando a sus captores que no le matasen. Miguel, que a esa hora estaba cenando, recordaba haberse quedado helado en el restaurante del Cuartel con el tenedor suspendido delante

de sus labios. Fue en ese terrible momento en el que se dio cuenta de que la voz de aquel guardia civil no era una voz cualquiera, sino que se trataba de Luis, su mejor amigo. Miguel se hundió en la silla mientras sus compañeros subían el volumen de la televisión. Cuando pasaron otros cinco minutos, se volvió a escuchar la voz del terrorista, fría y despojada de humanidad, que anunció que quedaban cinco minutos y que todo sucedería muy rápido cuando el cronómetro llegase a cero. Malditos hijos de la gran puta. No podían dejarlo morir de aquella manera, tenía que tratarse de una broma de mal gusto; tenía que ser un farol, no podía creer que realmente fueran a asesinarlo a sangre fría en directo. Seguro que se echaban atrás en el último momento y lo soltaban. No fue capaz de moverse de su sitio durante todo el macabro espectáculo. Cuando sus compañeros de Cuartel se dieron cuenta de quién era el secuestrado hubo una conmoción general, los teléfonos móviles sonaban, se escuchaban gritos en los pasillos y cada vez más agentes bajaban al abarrotado restaurante a ver el macabro espectáculo con sus compañeros. Cuando solo quedaban cinco minutos, la voz del encapuchado volvió al micrófono. Dijo que le iba a dar un mensaje a la víctima; de pronto, se escuchó a Luis gritar y rogar de nuevo. Su voz trémula y suplicante le puso los pelos de punta, y Miguel sintió que todo su cuerpo temblaba mientras imaginaba el sufrimiento de su mejor amigo. El país entero enmudeció en ese momento, contando los segundos, aguantando la respiración. ¿Serían capaces? Cuatro minutos, tres minutos, dos minutos, un minuto... Cuando el reloj marcaba exactamente las nueve y cuarto, se volvió a escuchar la voz del terrorista que empezó a narrar en tiempo real lo que estaba pasando. Explicó que dos compañeros suyos estaban a su lado y que cada uno de ellos estaba armado con una pistola. Describió cómo se estaban acercando al prisionero, cómo se colocaban a su lado y cómo posicionaban el arma en la cabeza de Luis, que seguía gritando desesperadamente. Pero todo fue en vano, porque a los pocos segundos se escucharon dos detonaciones y la voz anunció que la víctima había muerto. Avisó al Gobierno de que seguirían con su lucha y amenazó con que Luis no sería el último en morir. Por último, volvió a reclamar la liberación de todos los presos políticos y dijo que ya era hora de que se escucharan sus demandas. Tras diez segundos de silencio absoluto, la conexión se cortó del todo.

Miguel fue incapaz de moverse de su silla durante la hora siguiente al atentado. Los compañeros venían a su mesa a hablarle, pero él se mantenía totalmente inmóvil con el tenedor todavía aferrado entre sus dedos. Era incapaz de reaccionar por lo que llamaron al psicólogo del Cuartel, le levantaron de los brazos y le acompañaron a la consulta. El psicólogo le ayudó a sentarse en una butaca y le miró fijamente a los ojos intentando tranquilizarlo.

- Esto ha sido para ti un enorme shock emocional, Miguel. Va a ser complicado que te recuperes. Tienes que descansar y relajarte. Te voy a dar un Valium para ayudarte. Espera aquí un momento, ahora mismo vuelvo.

¡Los cojones! ¿Un Valium? Lo que necesitaba era salir de allí, coger su pistola y cargadores de repuesto y conducir hasta el País Vasco para empezar a disparar a destajo contra cualquiera con pinta de terrorista. ¡Habían asesinado públicamente a su mejor amigo, a su hermano! En un arranque de furia incontrolada, Miguel comenzó a destrozar con rabia la consulta del psicólogo, como si hubiera enloquecido. Lanzó el ordenador por la ventana reventando ruidosamente el cristal, arrancó los cuadros de la pared, volcó la mesa y las sillas y lanzó los diplomas de la pared al suelo. El psicólogo necesitó de la ayuda de otros dos agentes para inmovilizarlo y llevárselo de allí. Su jefe le había amonestado muy severamente al día siguiente al enterarse de lo sucedido. Pensándolo bien, tuvo suerte de que no le abrieran un expediente disciplinario.

Su mente andaba por esos derroteros cuando, de pronto, alguien le tocó el hombro, lo que hizo que pegara un salto y desenfundara la pistola. Era el capellán, para anunciarles que el funeral estaba a punto de comenzar. Conteniendo la rabia y las lágrimas, Miguel se juntó con el resto de sus compañeros y cargó con la caja al hombro. Dirigiendo la comitiva iba el capellán, seguido por seis agentes portando flores. Detrás de ellos iba el féretro cubierto con la bandera de España, al que seguían con paso marcial otros seis agentes que portaban enormes coronas de flores. Paso a paso, entraron en la capilla, que estaba llena hasta los topes. Cuando pasó por los bancos, se percató de la presencia de Ramona en las primeras filas. Claro, no lo había pensado bien, su madre había sido como una madre para Luis y era lógico que acudiera al funeral para decirle adiós. Mierda, tendría que despedirse de ella. Llegaron al altar y depositaron el ataúd sobre el armón rodeado de cientos de flores. Después se sentaron donde se les había ordenado previamente. Desde allí podía ver a Almudena y a Luis padre sollozando quedamente, y deseó poder hacer algo para mitigar su dolor. Estaba agotado por las noches de insomnio y la carga emocional de la última semana. Cuando el capellán empezó la Eucaristía, no pudo evitarlo y empezó a cerrar los ojos, somnoliento. Un compañero le pegó con el codo en el costado y se enderezó rápidamente, dándole las gracias. No podía quedarse dormido en ese momento. Se pellizcó repetidamente en el brazo e intentó concentrarse en lo que quedaba de homilía.

Al acabar la misa trasladaron al féretro hasta la tumba y el sol, que había acompañado toda la mañana, dio paso a unos grises nubarrones que cubrieron de oscuridad el cementerio. El ataúd fue bajado lentamente, acompañado de los lamentos y lloros de desesperanza de los amigos y familiares de Luis. A Miguel se le hizo un nudo en la garganta al ver la tierra que caía sobre el ataúd y deseó poder dar su último adiós en soledad. Cerró los ojos y se concentró fuertemente en la imagen de su amigo. Le vino a la cabeza un Luis alegre, vivaracho, curioso y divertido. En ese preciso momento, justo cuando las gotas de lluvia comenzaban a caer sobre su cabeza, le juró a su difunto amigo que aquello no quedaría así, que de alguna manera le vengaría. Con ese pensamiento Miguel se sintió mejor y, cuando los asistentes empezaron a dispersarse, se encaminó hacia su madre que estaba esperándole debajo de un gran sauce. También ella parecía cansada y claramente había llorado mucho durante la ceremonia. Miguel se acercó, le dio un abrazo y, tras unos tensos momentos de silencio, murmuró:

- Mamá, de verdad que lo siento. Siento haberme largado sin despedirme y tener que marcharme tan rápido, además. He de irme ya, es por Natalia, las cosas no andan bien entre nosotros. Y no quiero estar aquí, mamá, todo me recuerda a Luis y a papá. No es por ti, te quiero mucho, pero no puedo estar aquí. Mamá, perdóname, por favor perdóname... mamá, se ha muerto, ya no volverá, ¿qué hago yo ahora sin Luis? ¿Qué hago?

Las lágrimas corrieron por sus mejillas mientras recibía el abrazo de su madre.

- Miguel, hijo, si algo hemos aprendido de la muerte de tu padre, es que se puede continuar viviendo. Tristes al principio, pero la vida no se acaba aquí, y no olvides que los muertos siguen presentes en nuestras vidas si preservamos su recuerdo.

- Cómo, ¿acumulando sus objetos personales por las vitrinas? Venga, mamá, tu piso parece un museo a papá. ¿Crees de verdad que eso es sano? Déjalo ya, deberías guardar sus cosas en el camarote de una puta vez.

Ramona se puso tensa, se deshizo del abrazo y, con la cabeza gacha, se abotonó la chaqueta, se colgó el bolso al hombro y abrió el paraguas.

- Ese comentario sobra. Quién crees que eres, menospreciando las vidas de los demás porque no son como la tuya. A mí me ayuda conservar el recuerdo de tu padre vivo y eso debería bastarte. Adiós, Miguel, ya nos veremos. Te diría que me llamas de vez en cuando, pero mucho me temo que no lo harás. Cuídate.

Se dio media vuelta y su silueta se fue alejando bajo la fina lluvia que había comenzado a caer. Tras caminar unos metros, Ramona se volvió hacia él y lo miró fijamente.

- Te quiero mucho, hijo, mucho más de lo que crees. Eres lo más importante en mi vida. Algún día lo comprenderás y lo apreciarás en su justa medida.

Tras decir esto, se alejó de él definitivamente. Su menuda figura caminaba deprisa bajo la lluvia y no tardó en salir por la puerta del cementerio y desaparecer. Miguel había hecho daño a su madre una vez más y sintió que la culpa le embargaba. Tenía muchas ganas de salir ya de Mérida y marcharse a Madrid. Se encaminó apesadumbrado hacia su coche evitando hablar con nadie, pero al cruzar las puertas del camposanto se topó directamente con el Coronel Narváez, que iba acompañado por el Ministro del Interior. El Coronel le hizo una seña para que se acercara.

- Teniente Pacheco, justo a tiempo.

Miguel se cuadró delante del Coronel e hizo una reverencia al Ministro, quien le saludó efusivamente:

- Buenos días Teniente Pacheco, encantado de conocerle. El Coronel me estaba hablando de usted en estos momentos, le tiene en gran estima. Me ha hablado de su trayectoria, que es verdaderamente brillante. ¿Qué tal lleva usted lo de su amigo? Lo lamentamos profundamente, intentamos rescatarle, pero no se pudo hacer nada en un plazo tan corto.

- Lo sobrellevo como puedo, señor Ministro, gracias. Ha sido muy duro.

- Apreciamos mucho su profesionalidad, y el Coronel Narváez me ha asegurado que continuará usted apoyando la investigación. Su ayuda será muy valiosa y se lo quería agradecer personalmente.

Miguel no supo cómo responder a eso, así que asintió y volvió a cuadrarse. El Coronel se volvió hacia el Ministro.

- Si nos disculpa un momento, Señor Ministro, necesito hablar en privado con Miguel. Nos veremos esta semana en Madrid, le llamaré con los particulares de nuestra cita.

- Perfecto, hablamos entonces. Adiós, Miguel, encantado de conocerle.

- Igualmente, Señor Ministro.

Empezaron a caminar juntos hacia el aparcamiento del cementerio y Miguel comenzó a sentirse

más calmado. El Coronel había sido de gran ayuda profesional y personal en los últimos años y estar en su compañía siempre era reconfortante.

- Dime, hijo, ¿qué tal estás?

- La verdad es que no muy bien, mi Coronel. Llevo varios días durmiendo fatal, así que estoy muy cansado.

- He de confesarte que estoy algo preocupado por ti, has adelgazado y pareces enfermo. Tienes que intentar distanciarte de tus sentimientos porque Luis ya no va a volver, no hay nada que podamos hacer.

- Me siento tan impotente y lleno de ira, quiero vengar su muerte.

- La rabia y la violencia no te van a llevar a nada. Puedes destrozar otra vez la consulta del psicólogo, pero eso no hará que Luis vuelva.

Miguel bajó la mirada, avergonzado, pero al levantarla vio que el Coronel sonreía. Era un hombre alto y corpulento, con el pelo cano cortado a cepillo y penetrantes ojos azules. Tenía una cojera acusada tras haber recibido un disparo en una misión muchos años atrás. Aunque era un hombre severo y estricto, su mirada en ese momento era dulce y paternal.

- Las noticias vuelan en el Cuerpo, lo sabes mejor que yo. Me llamó tu superior directo para informarme del incidente. No te lo voy a tener en cuenta, hijo, entiendo que fue la rabia del momento. Pero necesitas descansar y calmarte un poco. No quiero que trabajes esta semana, ya he informado a tu jefe de unidad de que te tomas unos días de descanso. Vuelve a Madrid y tómate unos días para descansar y estar con Natalia. Está muy dolida contigo, me encontré con ella anoche en el teatro.

- Tuvimos una gran pelea hace unos días.

- Lo sé, me lo contó por encima. Intentad arreglar las cosas y recupera fuerzas para volver a concentrarte en tu trabajo. Te necesitamos en plenas facultades, y en estos momentos más que nunca.

- ¿A qué se refería el Ministro, Coronel, con eso de ayudar en la investigación?

- De momento no tengo autorización para hablar de ello, tengo que atar los últimos cabos sueltos y organizar todo como es debido. Creo que te lo podré contar todo a finales de esta semana.

- De acuerdo, espero su llamada.

- Por el momento, por favor, descansa. Te llamaré dentro de unos días, Miguel.

- Adiós Coronel, y gracias de nuevo.

Abrió la puerta del coche y se cuadró ante el Coronel, quien se acercó a él y le dio un abrazo fuerte y contundente como el abrazo de un padre. Cuando el coche oficial negro se alejó por la

calle. Miguel encendió un cigarrillo y, más animado, caminó deprisa para llegar a su coche.

Al encender el motor los cielos de Mérida se abrieron. Empezó a llover fuertemente y las calles fueron paulatinamente quedándose vacías. Sacó el BMW del aparcamiento y puso rumbo a la carretera que llevaba a Madrid. Cuando dejó atrás Mérida se relajó por fin. Puso un disco, subió el volumen y tarareando, intentó no pensar en nada en concreto. No iba a ser fácil, tenía muchas ganas de ver a Natalia. Necesitaba su abrazo más que nunca. Su jefe tenía razón, unos días libres juntos podían venirles bien para ir de paseo, salir a cenar, jugar al tenis e ir de compras. Le gustaba cuando Natalia estaba feliz y contenta y ahora por fin contaba con unos días para mirarla un poco. Debería comprarle unas flores para pedirle perdón y bombones, quizás. A las mujeres de clase alta había que agasajarlas porque les gustaban esos gestos románticos. Paró en una estación de servicio y comió opíparamente por primera vez en muchos días. Necesitaba recargar las pilas y recuperar energías. Al llegar a Madrid, empezó a ponerse nervioso. No se sentía preparado todavía para hablar con Natalia, así que tras dar varias vueltas por los suburbios aparcó el coche en el centro de la ciudad y salió a pasear y a buscar una floristería. Compró un ramo de flores muy colorido y cuando volvía hacia el coche algo atrajo su atención y se le encendió la bombilla. Era una tienda enorme de animales y aquello podría solucionar muchas cosas. Natalia llevaba meses intentando convencerle para que compraran un cachorrito. A decir verdad, a él no le hacían ninguna gracia los perros, pero quizás ése era el momento adecuado para dar el paso. Natalia estaría encantada y todo volvería a la normalidad. Entró en la tienda y comenzó a mirar en todas las jaulas. No se acordaba qué raza era la que quería Natalia así que se decidió por un cachorrito de cara traviesa que encontró al fondo de la tienda. Setter Irlandés, ponía en el cartel. Era pequeñito y adorable, pelirrojo y de mirada juguetona, y parecía la mascota perfecta. Se acercó al empleado de la caja.

- Buenas tardes, quisiera comprar el cachorro de Setter Irlandés.

El empleado levantó la vista de los papeles que estaba ordenando y, sonriendo, le acompañó a la jaula.

- Buena elección, señor, una gran raza. Son perros ágiles, elegantes y muy inteligentes. ¿Tiene usted algún perro? Debe saber que esta raza necesita ejercicio diario y una buena higiene.

Miguel se encogió de hombros. Al fin y al cabo, de eso se encargaría Natalia.

- No tenemos, sería nuestro primer perro, pero no hay problema porque mi novia no trabaja y dispone de mucho tiempo para cuidarlo.

- Debo avisarle de que nosotros no acogemos a los cachorros si usted ya no los quiere, es política de la tienda. Debe asegurarse de que podrá cuidar de su nuevo perro y darle todo lo que necesita.

- Claro, por supuesto, estamos preparados para tener un perro.

- Bien, necesitará usted todos los accesorios necesarios, claro está.

- Supongo...

- Perfecto, acompáñeme, necesita usted una correa, un collar, algún juguete, alguna golosina, un

transportín, algo de pienso, sprays antiparásitos, una cama, una jaula...

El empleado se movía rápidamente por la tienda eligiendo productos mientras Miguel le seguía desconcertado. Al volver a la caja descubrió asombrado que el total ascendía a unos ochocientos euros. Moviendo la cabeza asombrado, entregó su tarjeta de crédito al empleado, que sonreía satisfecho. Menuda venta más provechosa. El hombre le ayudó a cargar todo en el maletero e instaló al cachorrito en el asiento del copiloto. Al sentarse al volante se sintió un poco incómodo, había sido un capricho un tanto caro. Pensó que quizás se había equivocado, pero ya no podía devolver al cachorro y a fin de cuentas a Natalia le encantaría. Metió la llave en el contacto y se dirigió a casa, preparado para verla. Tardó casi una hora en llegar y el cachorro no dejó de gemir durante todo el viaje, así que para cuando llegaron al cuartel, tenía los nervios destrozados.

Miguel y Natalia vivían en una residencia cuartel en el norte de Madrid desde hacía dos años. Consistía en dos edificios de pisos de los años ochenta, un tanto feos, de color gris oscuro y varios pisos de altura. Por dentro, no obstante, no estaban nada mal. Vivían como en una gran familia porque todos trabajaban para la Benemérita y eso les unía. Las instalaciones contaban con bar, restaurante, supermercado, gimnasio y piscina. A Natalia le había costado acostumbrarse a esa vida, pero cada vez estaba más aclimatada. Miguel aparcó el coche en el garaje y abrió la puerta del capó. No iba a poder subir todos los bártulos de una vez, así que dejó su maleta y las bolsas en el maletero y cargó con el cachorro y las flores. Le latía muy rápido el corazón, pero por suerte el perrito había dejado de gemir. Al llegar al cuarto piso se abrieron las puertas del ascensor y salió al pasillo. Respiró profundamente, metió las llaves en la cerradura y abrió la puerta hecho un manojo de nervios.

- Natalia, ¿estás en casa?

No hubo respuesta, por lo que pensó que estaría con alguna amiga. Dejó la jaula en el suelo, caminó por el pasillo y entró en el espacioso salón. Al instante pegó un respingo y estuvo a punto de ponerse a gritar. En la penumbra de la estancia se distinguía la figura de Natalia en el sofá. Estaba sentada muy erguida y le miraba directamente a los ojos con la mirada desafiante. Estaba preciosa, llevaba una falda gris y un jersey de angora negro, muy caro y elegante. Los tacones, como siempre, eran de una altura mareante, pero realzaban al máximo sus preciosas y largas piernas. Su pelo moreno estaba recogido en una coleta alta que realzaba su hermoso rostro. Su cara angulosa le recordaba a la de una diosa griega, con grandes ojos oscuros, los pómulos bien perfilados y los labios gruesos, deseables. A sus pies descansaban cuatro maletas de cuero oscuro, grandes y caras, y una multitud de cajas de varios tamaños. A Miguel le dio la sensación de que se le acababa el aire y se quedó parado con la cabeza gacha y el ramo de flores colgando inerte de su mano. Balbuciendo, intentó averiguar qué estaba pasando.

- ¿Te vas?

- Sí.

- ¿Por qué?

- Porque esto no funciona.

Natalia parecía la reina del hielo y sus ojos de repente se le antojaron fríos y calculadores. Le

atravesaban el alma, paralizando su cerebro y congelándole las entrañas. Caminó hacia una de las butacas y se dejó caer, rendido.

- Natalia, yo... No sé ni cómo pedirte perdón. Me comporté como un cromañón. Yo no quise hacerte daño, pero estaba tan furioso con lo de Luis... Por favor, Natalia, perdóname.

- ¿Y por qué exactamente debería perdonarte? ¿Por ser tan violento conmigo la semana pasada? ¿Por abandonarme para irte a Mérida? ¿Por tenerme siempre en segundo lugar, detrás de tu maldito trabajo?

- No estás en segundo lugar, yo te quiero y eres lo más importante para mí.

- No me hagas reír, Miguel, llevo años escuchando la misma historia. Dices que soy lo más importante para ti y que vas a darme una vida mejor, prometes que vamos a cambiar de casa y que viviremos en un sitio menos penoso que este horrible cuartel. Sabes que arriesgué todo por venir a vivir aquí contigo. Mis padres siguen estando en contra de esta relación y además no conectas para nada con mis amigos. Esto es un desastre y lo sabes.

Natalia se levantó y, encendiendo un cigarrillo con pulso tembloroso, empezó a pasearse nerviosa por el salón. Miguel la seguía con la mirada sin saber qué decir o hacer. No era precisamente lo que había esperado encontrarse en casa.

- Natalia, no importa lo que digan tus padres y tus amigos.

- Claro que importa, ellos han sabido siempre muy bien lo que me conviene, y tú no me convienes.

- ¿Por qué? ¿Porque no gano millones de euros como ellos? ¿porque me conformo con una vida más sencilla?

- Porque no tienes ambición. No vas a llegar a ningún lado, dentro de treinta años seguirás en este cuartel de mala muerte y, si seguimos juntos, yo también seguiré aquí, probablemente con depresión. Miguel, no puedes darme la vida que yo me merezco.

- Ah sí, el lujoso estilo de vida madrileño. La niña mimada necesita sus caprichitos a todas horas. ¿Te crees que es fácil disponer de dinero a espuestas cuando tú no trabajas? Te pasas el puto día jugando al tenis, tomando café con tus amigas y de compras con el dinero de papá.

Natalia se volvió violentamente hacia él con la mirada llena de rabia.

- Si me gasto el dinero de mi papá es porque tú no dispones del suficiente; ya sabías cuando me conociste que yo estoy acostumbrada a disponer de dinero para gastar. Últimamente ha sido muy difícil para mí apañármelas con tu sueldo, hace casi un mes que no me compro ropa nueva.

- Oh, perdóname la vida, ¿están tus amigas pijas burlándose a tu costa? Yo de ti pasaría de ellas, lo que piensen los demás no importa, Natalia. Además, tienes montones de ropa ya.

- ¿Y quién eres tú para decirme si la cantidad de ropa o zapatos que tengo es suficiente o no? ¿Lo ves? Nunca vas a comprenderme de verdad.

- Quizás no te entienda todavía, pero sé que te quiero.
- No es verdad, porque si realmente me quisieras, cambiarías.
- ¿Yo? ¿Y por qué no cambias algo tú también? Podríamos trabajarlo juntos, hablar de nuestros problemas, intentar amoldarnos mejor el uno al otro.
- No quiero, Miguel; las cosas han cambiado, ya no te quiero.

En ese momento de gran tensión, mientras se miraban fijamente a los ojos el uno al otro, se escuchó un pequeño gemido desde el pasillo acompañado de un ladrido agudo. Natalia pegó un respingo. Mierda, se había olvidado del perro.

- ¿Qué es eso?
- Es... Bueno... Espera, mejor te lo enseño.

Salió al pasillo y volvió con la jaula del pequeño cachorro, depositándola a los pies de Natalia. El cachorrito levantó la mirada expectante meneando la colita, deseoso de cariños.

- Es para ti, quería pedirte perdón y demostrarte que me importas. Sé que querías un perrito.
- Ah, vaya, ahora me quieres comprar. Un poco tarde, ¿no crees? Además, ¿qué es ese chucho? Ya ves que nunca me escuchas, yo quiero un Chihuahua, un perro pequeño y manejable, no un monstruo peludo pelirrojo que me arañe todos los muebles. No lo quiero, llévatelo de aquí.
- ¿Cómo que no lo quieres? ¿Y qué hago yo con él?
- Ése no es mi problema. Como ya te he dicho, yo me voy ahora mismo. Bueno, en cinco minutos, a no ser que mi padre se retrase.
- ¿Tu padre, aquí? Natalia, espera, tenemos que hablarlo más, por favor, dame otra oportunidad.
- Te lo he dicho ya. No te quiero, y he empezado a salir con otra persona.

Miguel apoyó la espalda en la pared y se dejó caer hasta el suelo porque las piernas parecían fallarle de repente. Al mirar a Natalia, comprobó que ella ni siquiera parecía inmutarse por su desazón.

- ¿Otra persona? ¿Desde cuándo? ¿Quién es?
- No hace falta que sepas todos los detalles.
- Tengo derecho, joder, maldita sea. Me estás diciendo que te has acostado con otra persona a mis espaldas. Al menos me debes la verdad.
- Es Ricardo, llevamos tres meses saliendo.
- ¿Tres meses follándotelo a mis espaldas? No me lo puedo creer, Ricardo, menudo cabrón hijo de

puta. Con la excusa de las clases de tenis te levantaba las faldas en el vestuario, maldito pijo asqueroso... ¿Y tú? ¿Cómo has podido? Viviendo conmigo y durmiendo en la misma cama, qué gilipollas he sido. Y qué buena eres mintiendo, no he notado nada raro.

Natalia le miró sonriendo triunfal.

- ¿Cómo te vas a enterar, si tu trabajo es lo único que te importa? Trabajo, trabajo, trabajo. Y encima una mierda de trabajo mal pagado.

- ¡No eches la culpa a mi trabajo, joder!

Miguel se incorporó hecho una furia y se acercó a Natalia con los puños apretados, totalmente fuera de sí de rabia, pero Natalia no parecía tener miedo esta vez.

- ¿Qué vas a hacer, pegarme? No te tengo miedo, si te acercas un paso más llamaré a la policía. Sabes que lo haría y que te meterías en problemas. Déjalo ya, no vas a ganar nada.

Miguel se paró en seco, avergonzado porque había estado a punto de golpearla. Estaba perdiendo el control de sus emociones últimamente y no le hacía ninguna gracia. En ese momento sonó el timbre del portal. Natalia le miró burlona.

- Salvados por la campana, ¿verdad?

Contoneándose y meneando con sensualidad las caderas, Natalia salió de la habitación para abrir la puerta. Miguel se acercó a la cortina y miró hacia la calle. Allí estaba el padre de Natalia, con un traje Gucci de corte impecable al volante de un flamante Audi deportivo. Lo vio desaparecer por el portal y se preparó para salir a su encuentro. Nunca se habían llevado bien, porque la familia de Natalia opinaba que él no era lo suficientemente bueno, o rico, para su hija.

Natalia volvió al salón y comenzó a cargar con las cajas mientras su padre subía en el ascensor. Miguel, taciturno, la ayudó a trasladar los bártulos al rellano de la escalera.

- Natalia, escucha, ¿podemos hablar de esto cuando se hayan calmado las cosas? Por favor, necesitamos arreglar esto.

- No hay nada más que hablar, está decidido. Me marchó, y no quiero que me llames o intentes contactar conmigo de ninguna manera. Sencillamente, se acabó.

La puerta del ascensor se abrió y, al salir, el padre de Natalia le dirigió una mirada heladora.

- Te lo dije, chaval, sabíamos que esto no iba a durar. Búscate a alguien de tu misma clase.

- Es usted un grandísimo hijo de puta. Siempre quise decírselo.

- ¡Cómo te atreves! Escúchame bien, gilipollas, ni se te ocurra volver a ponerte en contacto con mi hija. Vámonos a casa, cariño.

Natalia se volvió hacia Miguel y por un momento su mirada se tornó triste.

- Mira, lo siento, no funcionó. No es nada personal y espero que te vaya bien.

- Natalia... Por favor.

- Adiós, Miguel.

Sin más dilación, la mujer de su vida entró en el ascensor y cerró la puerta, dejando tras de sí un aroma a perfume caro. Todo había pasado tan rápido que Miguel no sabía cómo asimilarlo. Se había marchado su madrileña favorita y nunca volvería. Sintió que una lágrima caía por su cara y volvió a entrar en el piso avergonzado. Si le veía algún compañero del cuartel sería bochornoso. Cerró la puerta de llave, caminó lentamente por el pasillo, atravesó el salón de largo y entró a la habitación que habían compartido durante tres años. Se había quedado prácticamente vacía. Natalia había tenido tres días para organizar todo lo que iba a llevarse, y claramente había aprovechado bien el tiempo. Ya no quedaba ningún detalle femenino a la vista, a excepción de un osito de peluche encima de la cama. Se lo había regalado él en su primer aniversario y era grande, blandito y muy suave. Vio que tenía una nota atada a la pata derecha y se acercó, se sentó en la cama y, suspirando, desenrolló el papel. El mensaje era breve y pulcramente escrito a mano y no tardó mucho en leerlo. "Miguel, de verdad siento hacerte daño. Me marcho porque ya no aguanto más aquí. Nuestros estilos de vida están a años luz. Mis padres opinan que las clases sociales no deberían mezclarse, y tienen razón. Eres un buen hombre y algún día conocerás a alguien que te merezca. No intentes ponerte en contacto conmigo, por favor. Te dejo el osito para que te haga compañía. Buena suerte."

Maldita hija de puta. La muy zorra. Había contoneado sus caderas en el club de tenis, se había puteado a un ricachón y encima iba de perdonavidas. Miró al osito, cuya sonrisa le pareció grotesca, y se dirigió mecánicamente al baño. Abrió el armario, sacó un par de tijeras, volvió a la habitación y, sujetando al osito por una oreja, le cortó la cabeza, los brazos y las patas, y después dispersó los pedazos por la habitación. De repente, soltó una carcajada histérica porque, lo mirara como lo mirara, las cosas realmente no podían ponerse peor. Estaba más solo que nunca. Luis había muerto y Natalia se había marchado. Hasta su madre le había dado la espalda, no le quedaba ya nada. Se desnudó, dejó caer la ropa al suelo y se metió en la ducha. Abrió el agua y giró el grifo hasta que alcanzó tal temperatura que parecía quemarle la piel. Cerrando fuertemente los ojos, extendió los brazos y apoyó las manos en las baldosas de la ducha. El agua ardiente descendía fuertemente por todo su cuerpo, abrasándole. Aguantó casi cinco minutos con los músculos en tensión y después cerró el grifo y se enjabonó lentamente, cada caricia de la esponja una agonía en su piel enrojecida. Volvió a abrir el grifo, ajustó la temperatura hasta el mínimo y se volvió a meter bajo el chorro. El agua helada calmó en parte la sensación de quemazón. Cuando empezó a temblar, cerró el grifo y salió, envolviéndose en su albornoz azul, que era realmente hortera. Siempre lo había pensado, pero así era su madre con los regalos de Navidad. Caminó hasta el salón y abrió el mueble bar, observando con atención todas las botellas. Whisky estaría bien para empezar. Miguel se sentó frente a la ventana, apagó la luz y pegó tres tragos directamente de la botella. El líquido ambarino, denso y aromático, le calentó la garganta y le serenó un poco. Tenía unos días para relajarse y eso pensaba hacer, no iba a dejar que la marcha de Natalia afectara a su vida, ella se lo perdía. Pero iba a echar tanto de menos su sonrisa perfecta, sus ojos oscuros chispeantes y su cuerpo esbelto... En mitad de otro trago de whisky escuchó un gemido y se incorporó sobresaltado.

- El puto perro, se me había olvidado. Y ¿qué hago yo ahora? ¡Mierda!

Se levantó, abrió la jaula y sacó al pequeño cachorro, lo cogió en brazos y abrió la bolsa de pienso. Se llevó un puñado al bolsillo del albornoz y volvió a la butaca. Puso al cachorro en el regazo y comenzó a llevarle bolitas de pienso a la boca. El cachorro estaba hambriento y sus pequeñas mandíbulas masticaban ruidosamente.

- Vaya, bola peluda, cómo tragas. Joder qué dentelladas, casi me llevas el dedo. Y ahora no sé qué voy a hacer contigo. Necesitarás agua, supongo. Espera un momento, ahora vuelvo.

Llenó un bol de agua en la cocina y volvió junto al perro al sofá. Se sentó a su lado con la botella en la mano y lo acarició distraído. Estaba muy cansado y se sentía realmente mareado. Al cabo de una hora la botella estaba vacía y el cachorro había mordisqueado un buen trozo de su albornoz. Tambaleándose, se tumbó y apoyó la cabeza en un cojín mientras el perro se acomodaba a su lado. La habitación en penumbra giraba a su alrededor como un tiovivo fuera de control y cada vez estaba más indispuerto. Semiinconsciente, Miguel maldijo su mala suerte y, balbuceando palabras sin sentido, cayó por fin en un profundo sueño.

OLENTZERO



OLENTZERO

Fornido, entrañable y generoso, Olentzero es un sabio carbonero que vive en los bosques y montañas vascas. Durante el solsticio de invierno baja con su burro a los pueblos y ciudades, con regalos para aquellos que son merecedores y trozos de carbón para los que obran mal. Le gusta comer y beber, no te olvides de dejarle un tentempié en la noche del solsticio.

Kuartango, diciembre de 1.935

Estoy emocionadísima hoy y apenas me puedo contener, tengo ganas de salir a las fincas y ponerme a saltar y correr de alegría. En primer lugar, estoy muy contenta porque anoche celebramos el solsticio de invierno o, lo que es lo mismo, el renacimiento de la naturaleza y la celebración en honor a Eguzki, el sol. Nosotros lo celebramos a la manera de nuestros ancestros, tal y como nos ha enseñado amama, aunque aita y aitite siempre se ponen muy nerviosos cuando ella insiste en celebrar lo que ellos denominan “las viejas creencias paganas”. Según ellos, el ambiente en Kuartango no está como para bromas. Como nos pille el cura, dice aita, nos vamos a meter todos en un buen lío. Últimamente están muy nerviosos por las noticias que nos llegan de vecinos y visitantes. En la radio, cuando funciona, escuchamos que se están dando algunas revueltas de militares contra la República y todos los serios problemas políticos que están surgiendo en algunas zonas de España. Al parecer hay personas que quieren derrocar al Gobierno y cambiar el sistema político. Mi maestro de la escuela dice que las cosas se están poniendo feas en Ceuta y Melilla porque hay tropas marroquíes ayudando a un señor malvado que quiere invadirnos, o algo así. Yo todavía tengo once años, así que no acabo de entenderlo del todo. Aita predice que, si cambia el Gobierno, probablemente tendremos problemas en Lamietxe, porque en Kuartango todos sabemos de qué pie cojea cada cual y todo el mundo sabe que en nuestra familia siempre hemos sido bastante rojos. Amama dice que no somos ni rojos ni azules ni verdes, que nosotros somos vascos y punto, que eso es lo que debería importarnos. Siempre discuten por este tema. Dice aitite que si ganan los que apoyan el alzamiento pueden pasar cosas terribles, anoche dijo que podrían venir malhechores a raptarnos, violarnos o fusilarnos. Eso me da mucho miedo, así que intento no pensar en ello. Al fin y al cabo, aquí en Kuartango estamos muy lejos de lo que pasa en Ceuta, Madrid o Barcelona. Amama le grita mucho a aita últimamente porque dice que no deberían contarnos esas cosas a nosotras, las niñas, porque vamos a tener pesadillas o volver a mearnos en la cama. En fin, que todo esto me pone un poco nerviosa, pero prefiero hablar de cosas más agradables y que me emocionen.

Volviendo al tema que nos ocupa, anoche celebramos el solsticio de invierno, que es para mí mucho más especial que la Navidad. Se suele celebrar la noche del veintiuno de diciembre. Pronto nos veremos obligados a celebrar la Navidad al modo católico y tendremos que bajar al pueblo a la misa del gallo a medianoche, que es uno de los ritos que más odio de las celebraciones católicas. Ir a la iglesia a esas horas es un suplicio porque todo está muy oscuro, hace mucho frío y el humo de las velas me hace daño en la garganta. Todos los años amama me tiene que pegar varios codazos porque me quedo medio dormida. La culpa en realidad es del cura, que insiste en decir la misa en latín, y nunca deja de soltar sus largas letanías y sermones de santos y vírgenes, y enumerar y criticar todos nuestros pecados. Yo estoy de acuerdo con amama, vaya sarta de tonterías dicen los curas en realidad. Pero no se puede decir esto en voz alta porque tenemos la obligación de asistir a misa y hacer lo que dice el cura. Hablar en contra de la Iglesia es también buscarte problemas, dice aita. Yo paso bastante de los ritos católicos, pero la noche del solsticio de invierno, o Negu Buru (15), significa mucho para mí. Durante la ceremonia celebramos que los días volverán a alargarse y que, si Ama Lurra es generosa, la primavera llegará con buen tiempo para fertilizar nuestros campos y engordar nuestros animales.

Ayer a media tarde, amama encendió un fuego donde depositó con gran pompa el Olentzeko Enbor

(16) o, dicho de otro modo, el tronco del solsticio. Es un tronco de roble, muy grueso y largo, que ocupa la enorme chimenea casi en su totalidad cuando lo quemamos. Es el tronco ceremonial y debemos mantenerlo encendido durante toda la noche. Si se apaga, los augurios serán malos, así que la tradición es quedarnos despiertos en familia junto al fuego, charlando hasta el amanecer. Amama se pasa el verano buscando por el bosque el tronco perfecto para cortar para la noche del solsticio. Ha de ser grueso, nudoso, de madera firme y tiene que estar completamente seco o no arderá. La cena tradicional se cocina en la lumbre del Olentzeko Enbor, y anoche hicimos guiso de pollo y empanada de nueces para cenar. Justo cuando el reloj daba la medianoche amama recitó las palabras antiguas que le enseñaron sus antepasados, para que el humo que desprendía el tronco saliera por la chimenea y se desperdigase por los alrededores de Lamietxe, bendiciendo nuestros campos, animales y los bosques. Justo antes del amanecer cogimos cada uno una antorcha y la prendimos con el fuego del Olentzeko Enbor. Nos desperdigamos en diferentes direcciones y entramos en todas las habitaciones, estancias y cuadras del baserri y sus alrededores para esparcir el humo del solsticio por todo nuestro hogar. Cuando el sol comenzaba ya a asomar por las cumbres de Badaia, nos juntamos delante del baserri y apagamos las antorchas en un barreño de agua fresca recogida en el río Vadillo y entonamos juntos los cánticos antiguos al sol cogidos de la mano. Luego volvimos a la cocina, donde seguía ardiendo el tronco ceremonial, aunque ya bastante reducido en tamaño. Amama escogió unos carbones apagados del tronco del solsticio y los guardó en una bolsa de cuero, como hace todos los años para curar las ubres de las vacas lecheras durante el año. Al acabar las labores dimos buena cuenta del desayuno más opiparo del año; amama sacó pan recién horneado, huevos, chorizo, mantequilla, mermelada y hasta trozos de panceta, y yo comí hasta reventar. Amama cree que este año el ritual del solsticio ha salido perfecto, porque los vientos estaban en calma anoche y el humo sagrado tuvo tiempo de esparcirse de la manera correcta. Según ella, la Diosa Mari está complacida con nosotros este año, y nos bendecirá el año que viene. Con la tripa a reventar y muy contenta, subí a mi habitación a dormir un rato.

Al despertar es cuando ha sucedido la segunda cosa maravillosa del día de hoy. Al abrir los ojos he escuchado voces alegres abajo, en la cocina. La voz de aitite se oía más alta que el resto y hablaba con buen humor de la venta del ganado y la excelente cosecha del verano pasado. La voz de amama y de mi hermana eran claras también, pero al principio no conseguí identificar la grave voz masculina que respondía a sus preguntas pacientemente. De pronto una imagen me ha venido a la mente con claridad, haciendo que el corazón me saltara en el pecho. La voz pertenecía a un hombretón alto, musculoso y apuesto, con el pelo largo y desaliñado, una barba muy poblada y unos ojos color avellana que siempre brillan alegres. ¡Había llegado el tío Kepa de Zugarramurdi! Con una gran sonrisa salté de la cama y, descalza, salí corriendo de la habitación, bajé las escaleras de tres en tres y entré derrapando en la cocina en camisón. Y efectivamente no me había equivocado, allí estaba, sentado en la mesa con sus enormes manazas sujetando una taza de café humeante. Cuando me ha visto aparecer en el umbral, sus ojos han brillado todavía más y se ha levantado para estrecharme entre sus brazos. Mi tío abuelo Kepa es una de mis personas favoritas del mundo entero. Es un gigante grandote y bonachón, un oso peludo que, al abrazarte, te cura todas las penas. Es el hermano pequeño de amama y no viene muy a menudo a Kuartango porque es marino y pasa su vida navegando por los mares del mundo entero. Nos cuenta unas historias fantásticas de culturas lejanas, personas extrañísimas y objetos increíbles que ha conocido en sus viajes. Espero que esta vez se quede mucho tiempo, porque tengo que apuntar las cosas que me cuenta para mis futuras novelas. Después de abrazarme unos minutos me ha dejado en el suelo y nos ha contado que acaba de llegar de Islandia en un barco pesquero colosal en el que habían

traído toneladas de bacalao hasta Pasaia (17). Me encanta el bacalao, y por suerte nos ha traído como regalo unos lomos desalados que cocinará amama a la noche. Hace más de tres años que no le vemos y me da la sensación de que ha envejecido bastante en este tiempo. Nos ha dicho que se quedará unas semanas esta vez, y Elurne y yo hemos saltado y bailado escandalosamente por la cocina ante la mirada desaprobadora de aitite, que es un hombre más bien serio.

La última razón por la que estoy emocionadísima es porque el tío nos ha traído regalos de sus viajes, y además justo antes de Navidad. A decir verdad, el tío Kepa se parece bastante al Olentzero (18), el carbonero regordete de nuestras leyendas. Olentzero es un hombre de mediana edad, sonriente y barbudo, que tiene una panza oronda de comer bien y lleva pieles de oveja cubriendo su ropa manchada de carbón. Lleva txapela (19) y le encanta fumar en pipa. Allá en Zugarramurdi tienen la costumbre de dejarle leche y pan en Nochebuena y el alegre carbonero, acompañado por su burro, bajará del monte de madrugada y dejará carbón a los niños malos y algún regalito a los niños buenos. Aquí en Lamietxe también dejamos en la puerta de casa una jarra de leche y unas tortas de manteca recién hechas, y el Olentzero suele dejarnos nueces y una sorpresa la mañana de Navidad. Pero mis amigos de la escuela no saben mucho de Olentzero, supongo que es porque ellos y sus familias creen en Dios, pero no en nuestras creencias. El año pasado el Olentzero me dejó un cuaderno nuevo para escribir, pero ya casi lo he acabado, así que espero con toda mi alma que este año me regale otro nuevo, a poder ser con más hojas que éste o tendré que escribir mis pensamientos en los periódicos que consigue aitite en el pueblo. Dejando a un lado a Olentzero, cuando el tío Kepa nos ha dicho que nos había traído una sorpresa, no hemos podido contenernos y queríamos abrirlos sin demora. Elurne ha abierto su regalo primero, y la pobre estaba tan nerviosa que no acertaba a abrir el voluminoso paquete por culpa de sus manos temblorosas. Cuando lo ha logrado ha soltado un grito de júbilo y ha abrazado al tío, enseñándonos acto seguido un bonito maletín de madera que contenía pinturas al óleo y varios lienzos. Ese regalo es el sueño de su vida porque siempre ha querido pintar con óleos, como los grandes maestros, pero las pinturas son muy caras y nunca nos las hemos podido permitir. Luego el tío Kepa, guiñándome un ojo, me ha cogido de la mano y hemos salido de la cocina para bajar las escaleras hacia la entrada de la casa. En el suelo de piedra había un bulto cuadrado, grande y aparatoso, cubierto con una vieja manta raída. Le he mirado a los ojos con curiosidad, pero él no ha dicho nada, sólo se ha llevado un dedo a los labios y me ha indicado con un gesto que levantase la manta. Cuando me he acercado, he escuchado de pronto un sonido muy familiar y, con el corazón palpitando a toda velocidad, he levantado la manta y me he arrodillado ante la brillante jaula de metal. Dentro de ella y de pie sobre una cama de paja había cuatro animales, los más bellos que he visto en mi vida. Son un gallo y tres gallinas, claro está, de eso no hay ninguna duda. Pero nunca en la vida he visto animales así, no hay ninguno en toda Álava como ellos, de eso estoy casi segura. Son de color negro, un negro brillante, con reflejos verdosos y morados en las plumas. También son negras las patas, las uñas, el pico, la cresta, las barbillas, los ojos... Absolutamente todo en ellos es negro como el azabache y parecen misteriosos animales de la noche. Al ver tanta belleza no he sido capaz ni de hablar, así que el tío se ha sentado a mi lado para contarme que se los compró a un granjero alemán en la costa del Mar del Norte durante una parada para repostar alimentos. Me ha dicho el tío Kepa que allí también son una raza novedosa porque los había traído un señor desde Java, la isla de donde vienen estos animales. ¿Sabéis siquiera dónde está Java? El tío me lo ha enseñado en un mapa y está lejísimo de Kuartango. Todo en ellos es negro, hasta los huesos y la carne cuando los matas para comer. Aunque yo de momento los quiero vivos porque son las aves más elegantes y misteriosas que he visto en mi vida. Y, sin duda, también son el mejor regalo que me podía haber hecho nadie. He empezado a

llorar de alegría, he cogido el gallo entre mis brazos y lo he abrazado con cuidado para que se acostumbre a mí. He estado sentada con él en brazos más de una hora, no podía dejar de admirar sus rasgos elegantes y negros como el carbón. El tío me ha prometido que vamos a construir un gallinero sólo para ellos en la finca que yo quiera, para que se reproduzcan y me críen pollitos negros. ¡Pollitos negros! La cabeza me da vueltas por lo maravilloso que será tener mi propio espacio para estas bellezas negras.

A pesar de estar tan emocionada por todo esto que ha sucedido hoy, he de confesar que también estoy bastante preocupada. Cuando he bajado a la leñera a por unos troncos para la chimenea, he escuchado sin querer a los abuelos hablando del tío en la habitación contigua y me he subido a un taburete para escuchar mejor su conversación. Parece ser que el tío Kepa no ha venido sólo a hacernos una visita familiar, sino que también trae malas noticias. Al parecer, unos hombres malos le andan buscando por sus ideas políticas y todo este lío del posible alzamiento militar. Parece ser que habló más de la cuenta en una taberna de Urnieta y un militar que cenaba allí quiere deshacerse de él. Aitite ha dicho que habrá que esconderle enseguida y rezar para que no lo encuentren. Amama le ha respondido que se deje de majaderías, que rezar y poner velas a San Antonio no hará nada para ayudarnos, y que más nos vale buscarle un buen escondite en Kuartango y almacenar allí mantas y provisiones por si las cosas se pusieran feas. Tengo que confesar que todo esto de los posibles problemas políticos me asusta mucho. Espero que la situación se calme y que todos en mi familia logremos mantenernos a salvo.

Madrid, abril de 2.009

A la mañana siguiente Miguel despertó con la cabeza martilleando sin parar. Sentía el estómago revuelto por el alcohol y ganas de vomitar. Al abrir los ojos arrugó también la nariz, algo olía raro en la habitación, pero no supo identificar qué era. Sintió una caricia suave en la espalda y disfrutó unos segundos de la calidez de la mano de Natalia, hasta que se dio cuenta de que era imposible, que Natalia se había marchado de casa la noche anterior y por lo tanto no podía ser su mano. ¿Quién le estaba acariciando entonces? Se incorporó en el sofá, intentó enfocar la vista y empezó a soltar palabrotas. El cachorro estaba mordisqueando un cojín con entusiasmo, sus afilados dienteillos dando buena cuenta de la cara tela, y a su lado se alzaba victoriosa una olorosa cagarruta. Miguel salió de la cama y se echó las manos a la cabeza mientras la habitación daba vueltas, parecía que sus pies no obedecían.

- Joder, si ya sabía yo que esto era una mala idea. Tengo que llamar a la tienda e intentar deshacerme de ti. ¡Deja ya el sofá! Mierda, joder, qué mareo tengo, necesito agua.

Se encaminó a la cocina y llenó un vaso para él y un bol para el perro. El reloj de la pared marcaba las once de la mañana. Volvió al salón y se dejó caer en una silla, mirando al perrito mientras bebía agua ávidamente. Cuando el mareo se disipó un poco, cogió jabón y un estropajo para limpiar el estropicio y se sentó con la mirada perdida en la pared. Se sentía vacío, triste y desubicado, y no sabía qué hacer con su tiempo libre. El día anterior había planeado pasar la semana con Natalia, pero ahora eso ya no era posible. Intuía que el Coronel le diría que no, pero cogió el teléfono de todos modos para llamarle. Al tercer tono se escuchó en el auricular su grave voz.

- Coronel Narváez al habla.

- Buenos días, mi Coronel. Soy Miguel.

- Hola hijo, ¿qué tal estás? ¿Hay algún problema?

- No, pero me gustaría volver hoy al trabajo si es posible.

- ¿Por qué? Ayer acordamos que necesitabas unos días para descansar, estar con Natalia y recuperarte un poco de los últimos días.

- Lo sé, pero me siento preparado para volver hoy.

- Teniente, dígame de una vez qué le ocurre.

Miguel decidió ser honesto con él; al fin y al cabo, era cuestión de días que todo el cuartel se enterase de las últimas novedades.

- Bueno... Es Natalia, señor. Me ha dejado. Se marchó anoche.

Al oírse a sí mismo decirlo en alto, empezó a asimilarlo. Sintió una lágrima resbalar por su

mejilla mientras imaginaba a Natalia entrando en el salón con su camisón de raso y encaje, sus perfectos pies desnudos y el largo pelo negro suave brillante. Estaba siempre preciosa, pero especialmente al levantarse por la mañana. Cerró los ojos y se la imaginó sonriéndole con sus dientes blanquísimos y alargando la mano hacia él para acariciarlo. Por desgracia, la bonita imagen desapareció al darse cuenta de que la voz del auricular seguía hablándole.

- Teniente, ¿estás ahí? ¿Me oyes?

- Eh, sí, Coronel, perdone. ¿Qué decía?

- Te estaba preguntando cómo te encuentras, no me esperaba esto. Sabía que habíais tenido algunos problemas, pero no sabía que eran tan serios.

- Bueno, señor, la verdad es que lleva meses saliendo con otro.

- Lo siento de veras, hijo. Natalia es una gran mujer. ¿Crees que tenéis alguna probabilidad de volver juntos?

- No, eso lo dejó muy claro. Se acabó. Y ahora tengo toda la semana libre, pero no la necesito en realidad. ¿Puedo volver al trabajo esta tarde? Me pego una ducha y podría estar allí en un par de horas.

Al otro lado del teléfono se hizo un incómodo silencio.

- A decir verdad, Miguel, no creo que eso sea lo más conveniente. Siento tener que ser directo, pero tu mejor amigo acaba de fallecer y tu novia te ha dejado. Estoy seguro de que no estás bien a pesar de que a ti te lo parece. Creo que necesitas unos días para asimilarlo todo con tranquilidad. Quiero que te tomes unos días libres y que contactes con el psicólogo para concertar una cita y asistir a un par de sesiones con él.

- Señor, con todos mis respetos, considero que no necesito un psicólogo. Lo que necesito es tener algo en lo que concentrarme, volver al trabajo me vendrá bien.

- Sabes que en nuestro trabajo no podemos permitirnos el lujo de perder la concentración y estos días no podrías dar el cien por cien. Es mi última palabra, Miguel. Descansa estos días para recuperar fuerzas. Eso sí, necesito verte en mi despacho el viernes a las doce en punto.

Miguel estaba decepcionado por la negativa de volver al trabajo, pero sintió que su curiosidad crecía al escuchar aquellas palabras.

- De acuerdo, mi Coronel. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿La reunión del viernes tiene algo que ver con lo que mencionó el Ministro ayer después del funeral?

- Sí.

- ¿Puede adelantarme alguna información por teléfono?

- No. Todavía no puedo compartir información. El viernes le pongo al día.

- De acuerdo.

- Trata de descansar, hijo, y no te olvides de llamar al psicólogo. Te necesito en forma. Hasta el viernes.

- Adiós, Coronel.

- Adiós, Teniente.

Miguel colgó el auricular más animado y se levantó del sofá, fue a la habitación y se vistió. No tenía ninguna intención de llamar al psicólogo, esa era la verdad. No sabía si marcharse al gimnasio, a la piscina o conducir un rato por la ciudad. Siempre le había relajado conducir y en las noches de insomnio solía pasarse horas conduciendo por Madrid. Le gustaba tener la ciudad toda para él; las calles casi desiertas, las carreteras semi vacías y la ausencia de ruido le ayudaban a relajarse. Solía poner la música a tope y dejarse llevar por la ciudad. Pero no era de noche y los atascos interminables de Madrid no le relajarían precisamente. De pronto tuvo una idea, podía ir a la tienda de animales para intentar devolver al perro. Natalia no lo quería y él tampoco podía cuidarlo. Además, en sólo una noche le había mordido y cagado el sofá. Era un estorbo inútil. Por suerte no había usado todavía ninguno de los artículos que había comprado el día anterior, podría conseguir que le devolvieran casi todo el dinero. Cogió la cartera y las llaves, y con la jaula del animal bajo el brazo entró en el ascensor y bajó al garaje. Al pulsar el botón de la llave del coche, escuchó una voz a sus espaldas. Era Isaac, uno de sus compañeros de Unidad.

- Hombre, Miguel, ¿qué tal andas? Hace varios días que no te veo.

- He estado fuera, en Mérida, todo el fin de semana.

- Ah, claro, por lo del funeral. Lo siento mucho, tío.

Miguel se encogió de hombros, abrió la puerta del coche y se sentó al volante sin responderle. La verdad era que no le apetecía hablar con nadie, pero Isaac era un cotilla y continuó insistiendo.

- Ayer por la noche me pareció ver a Natalia con su padre en la entrada, cargando cajas en el maletero del coche. ¿Va todo bien?

Miguel suspiró y se giró hacia él con gesto resignado.

- Se va a enterar medio cuartel para esta tarde así que te confirmo la exclusiva. Natalia me ha dejado para siempre. Se acabó. Y no quiero hablar de ello, ¿de acuerdo?

- Lo siento, tío, no quería inmiscuirme.

- Claro, por eso me has preguntado tan discretamente. Me tengo que marchar, he quedado con una amiga, ya nos veremos otro día.

- ¿No vienes a trabajar? Tenemos unas pruebas de operaciones en media hora y necesitamos ayuda con los nuevos agentes esta tarde.

- Tengo unos días libres, lo siento, pero hoy no os puedo ayudar. Adiós.

Se dio la vuelta, subió la ventanilla y agitó la mano con desgana en señal de despedida. Le fastidiaba lo cotilla que era la gente en el cuartel. Como todos formaban parte de una gran familia, se sentían tentados a entrometerse en todo. Era el hándicap de vivir en un espacio social tan limitado. A decir verdad, aparte de los amigos de Natalia del club de tenis no se relacionaba apenas con gente que no trabajara en la Guardia Civil. Al pensarlo se sintió un poco ahogado y, pisando el acelerador a fondo, salió del recinto del cuartel a toda velocidad y en menos de media hora se plantó en la tienda de animales. Con la jaula y el resto de los bártulos a cuestas, entró en la tienda. El dependiente no era el mismo del día anterior, esta vez una chica delgada y paliducha salió de la trastienda a recibirlo, y fue inflexible. Le confirmó que no era posible devolver el cachorro, aunque sí los accesorios. Insistió e insistió, pero no le sirvió de nada, así que salió de la tienda pegando un portazo y luego volvió al coche cabreado. Tendría que quedarse con el puto perro. Se preguntó dónde estaría Natalia en esos instantes, pero enseguida cayó en la cuenta, estaría jugando al tenis con su querido Ricardo en el club. Sonrió y pensó que lo que más le apetecía en esos momentos era ir a fastidiarla un poco.

Cogió la salida de la autovía y se dirigió al Club. Por suerte su raqueta y su ropa deportiva estaban en el maletero del coche, así que intentaría buscarse un compañero en el Club para echar un partido. Y, a poder ser, en la cancha más cercana a la que se encontrara Natalia. Mientras conducía por Madrid, Miguel se dio cuenta de las diferencias sociales, culturales y de poder adquisitivo de la gran ciudad. Cuando entró al barrio de Salamanca frunció el ceño. Odiaba a muchos de los habitantes de aquel vecindario lujoso. Vestían elegantes y tenían mucho dinero, pero eran orgullosos, altivos y demasiado exclusivos. Era muy difícil ser aceptado por las ricas familias del barrio si no eras uno de ellos. A él, desde luego, se le había hecho muy duro aclimatarse a la familia de Natalia durante su relación; eran de las más pudientes de Madrid y Fernando, el padre, era un gran empresario con mucho dinero y amplios contactos nacionales e internacionales en el mundo de la política y el financiero. Carmen, la madre, nunca había trabajado. Se había entretenido comprando compulsivamente ropa, zapatos, muebles, cortinas, alfombras, y todo de lujo, por supuesto. Natalia era hija única, como él. Siempre había pensado que eso les unía, pero ahora se daba cuenta de que no había sido así. Aunque ambos fueran hijos únicos, sus vidas no podían haber sido más diferentes. Los padres de Miguel eran sencillos, de clase trabajadora. Antonio, su padre, había sido Guardia Civil de Tráfico en la provincia de Cáceres. No ganaba mucho, pero disfrutaba enormemente con su trabajo. Era un hombre tranquilo, sonriente y amigable. Ramona, su madre, había sido costurera desde que dejó la escuela a los once años. No tenía estudios superiores, pero era una mujer inteligente y muy trabajadora. Entre los dos ganaban lo justo para pasar el mes: pagaban la hipoteca y las facturas de la luz y el agua, el colegio de Miguel, la comida y poco más. En su casa nunca hubo lujo alguno. Eran escasas las veces que Miguel recibía algún capricho y nunca pudieron permitirse ir de vacaciones. Cuando Miguel empezó a salir con Natalia hacía tres años, le había deslumbrado el lujo que la rodeaba. La ropa de marca, cara y elegante, los cochazos deportivos, las lujosas casas que tenía la familia, no sólo en Madrid, también en París, Nueva York, Tokio, sin olvidar el lujoso yate en Palma de Mallorca. Miguel había disfrutado de todo ello durante aquellos años, pero últimamente le había resultado demasiado artificial. Las amistades no eran amistades reales, sino grandes competiciones para decidir quién de ellos era más importante y tenía más pasta. Su objetivo principal era amasar más dinero, gastarlo en más cosas y presumir de ello en el Club de Tenis. Miguel siempre se había sentido inferior y el padre de Natalia se había encargado de recordárselo

a la menor oportunidad. Eran todos muy falsos y últimamente se le había acabado la paciencia. Había intentado alejar a Natalia de ese entorno y enseñarle el valor de otras cosas más importantes, pero eso la había alejado cada día más. Había estado muy ciego porque no se había dado cuenta de que Natalia nunca habría cambiado su mundo de lujo por él. De repente pegó un frenazo porque se había pasado el Club de largo y acto seguido oyó un bocinazo. El coche que le seguía había estado a punto de estrellarse contra él. Adelantó a Miguel y el conductor le hizo un gesto obsceno con la mano. Hizo una maniobra ilegal en la carretera y a los pocos metros giró a la derecha y se detuvo frente a la imponente verja de hierro de la entrada, negra, sólida e infranqueable, labrada con un enorme escudo de España y dos raquetas de tenis cruzadas. Miguel abrió su cartera, sacó su tarjeta de socio y la introdujo en la ranura. Un mensaje apareció en la pantalla: tarjeta inválida.

La sacó y volvió a introducirla, frunciendo el ceño extrañado. Había estado allí el jueves y la tarjeta había funcionado sin problemas. Cuando salió el mismo mensaje pulsó el botón de ayuda y se dispuso a esperar. A los pocos segundos se escuchó una voz.

- Dígame.

- Sí, oiga, mi tarjeta no funciona. Me dice que es inválida.

- ¿Me indica su nombre, por favor?

- Miguel Pacheco, mi número de socio es el 01022.

- Gracias, ahora mismo lo miro. Espere, por favor.

Mientras esperaba, Miguel se peinó y se echó colonia. En aquel lugar se esperaba una apariencia impecable, pero hoy estaba sin afeitarse y con los ojos enrojecidos por el alcohol de la noche anterior. Que se jodan, pensó. Se sobresaltó cuando la recepcionista volvió al aparato.

- Señor Pacheco, ahora mismo baja alguien a ayudarle.

- De acuerdo, muchas gracias.

A los pocos minutos vio que la verja se abrió parcialmente y un hombre bajito y regordete, vestido con un pulcro traje gris, se acercó hacia su coche con cara de pocos amigos. Miguel abrió la puerta y se acercó a él.

- Buenos días, Señor Negredo. ¿Ocurre algo con la verja?

- Buenos días, Miguel. No, a la verja no le ocurre nada.

- Entonces, ¿cuál es el problema?

- No podemos permitirle el acceso.

- No me joda, Negredo. Soy socio y por lo tanto tengo derecho a entrar.

- Ya no eres socio, Miguel. Anoche tuvimos una reunión extraordinaria y el voto fue unánime para

invalidar tu carné de socio. Ya no eres bienvenido aquí.

Miguel le miró con los ojos como platos.

- Ya lo entiendo, Fernando chasquea los dedos y ustedes saltan al unísono como perritos bien entrenados, ¿no es así?

- El Señor García tiene derecho como socio directivo a proponer altas y bajas.

- ¿Y qué coño he hecho yo mal en el Club? ¿Alguna vez he manchado, roto o destruído algo? ¿No les he tratado siempre con el mayor respeto?

- Miguel, el problema no es tu comportamiento. Simplemente se propuso tu baja, se votó y éste es el resultado. Por favor, entrégame tu tarjeta.

El señor Negredo extendió la mano y Miguel le miró fijamente.

- Sois unos hijos de puta. Todos y cada uno de vosotros. Que os jodan.

Lanzó la tarjeta con fuerza hacia la verja, donde se estrelló y cayó al suelo.

- Búscala, bastardo. Y que el “Señor Don Dios García” se la meta por el culo, dígaselo de mi parte, por favor.

Muy cabreado, se metió en su coche y aceleró a tope sin soltar el freno de mano para asegurarse de que el Señor Negredo recibía una buena dosis de humo de su enorme tubo de escape. Soltando una carcajada y subiendo la música a todo volumen, soltó el freno de mano y, chirriando, salió disparado como un cohete hacia la carretera. El cachorro en la jaula comenzó a chillar, asustado por el ruido y los golpes que se estaba dando contra los barrotes. Miguel condujo como un loco durante cinco minutos hasta que se dio cuenta de que si le paraban se metería en problemas. No le multarían. Al fin y al cabo, él era también guardia civil y entre colegas no solía haber problemas, pero si se enteraba el Coronel Narváez se llevaría otro rapapolvo. Frenó un poco y se encaminó hacia el Cuartel. Pensaba dejar al puñetero cachorro encerrado en la terraza y marcharse a algún sitio. Tuvo suerte, el aparcamiento estaba vacío y no se cruzó con nadie por las escaleras. Mucho mejor, tenía ganas de que todo el mundo le dejara en paz. Volvió al coche y se encaminó hacia el centro de Madrid.

Le apetecía sumergirse en las masas de gente, pasear de incógnito entre cientos de personas que no le conocían. Perderse un poco en el mogollón de la ciudad. Aparcó en Atocha y comenzó a caminar por el Paseo del Prado. Aunque era martes había cientos de turistas de todos los países. En pocos metros le pareció oír hablar en inglés, alemán, ruso y chino. A los japoneses no era muy difícil distinguirlos, con sus sombreros multicolores para cubrirse del sol y sus cámaras de fotos colgadas del cuello. Le gustaba pasear por allí, el sol se colaba entre los grandes árboles del paseo, los jardines estaban muy bien cuidados y los niños jugaban ruidosamente. Vio un restaurante italiano, entró y se sentó en una mesa. Pidió la pizza más grande que vio en el menú. Tenía un hambre atroz, probablemente provocada por la resaca. Engulló todo ferozmente, se tomó un café doble y salió a la calle para coger su coche y volver al cuartel. Fue un camino interminable porque era la hora en la que la mayoría de los madrileños se dirigían a casa tras el

trabajo y el atasco fue mayúsculo. Cuando llegó a su casa suspiró aliviado. Por fin un poco de relax. Los ladridos que le llegaron del salón le aturdieron. Una vez más, se había olvidado del perrito. Lo sacó de la jaula y le animó ver con qué entusiasmo le saludaba meneando el rabito.

- Vaya, bola peluda, menudo entusiasmo. Qué majete eres. Y bastante juguetón ¿eh? ¡Joder, deja ya de morderme!

Se dio cuenta de que había estado toda la tarde encerrado en la jaula y tenía demasiada energía y muchas ganas de fiesta y compañía. Bajó al jardín del cuartel y lo paseó hasta que lo dejó exhausto. La mierda del perro la dejó en el césped, qué narices, había jardinero en el cuartel. Se encontró con tres de sus compañeros de unidad que bebían cerveza en un banco y que le saludaron efusivamente.

- Ostia, Miguel, hacía días que no te veíamos. ¿Estás bien?

- Un poco jodido, supongo que ya os habéis enterado de lo de Natalia.

- Sí, ya sabes que las noticias vuelan por aquí. ¿Estás bien? Ya sabes que las pavas dan por el culo. Es mejor no atarse, tío.

- Sí, supongo.

Martín, el rubio, le alargó un botellín de cerveza.

- Venga, acompáñanos. Somos el club de los solteros, que les jodan a las tías. El remedio para cuando te han puesto los cuernos es emborracharse.

- No, gracias, hoy estoy agotado, cuando pasee al chucho me tiro al sofá.

- Bueno, como quieras. Pero estar solo no es bueno, ¿verdad, tíos?

Fermín y Manu asintieron enérgicamente.

- Lo peor es estar solo, tío. Necesitas a los colegas para animarte.

- Sí, anda, quédate un rato.

- No, de verdad, gracias, otro día. Hoy no me apetece.

- Bueno, como quieras. Mañana y el miércoles tenemos guardia, pero el jueves podríamos salir de fiesta. Universitarias y alcohol barato. ¿Te hace?

- Ya veremos. Gracias, tíos, hasta luego.

- Hasta luego Miguel. ¡Oye, el jueves deja al chucho en casa!

Miguel les sonrió y se alejó de ellos. El jueves probablemente saldría, le vendría bien una noche loca con los chicos. Al fin y al cabo, ahora estaba soltero y podía ir y venir cuando le viniera en gana. Miró al cachorro, que por fin parecía agotado, y subió a casa. Se preparó un bocadillo

gigante y lo acompañó con unas cuantas cervezas mientras veía una película con el perro a sus pies. Se sintió mejor, liberado y tranquilo. A medianoche cogió al cachorro en brazos y lo depositó en la carísima alfombra oriental que Natalia había comprado. Ese pequeño gesto de rebeldía le alegró. Que se joda, pensó, espero que el chucho se cague en la puta alfombra. Con ese pensamiento divertido en la cabeza cayó en un profundo y relajante sueño. El resto de la semana la pasó haciendo turismo por la ciudad. Paseaba al perrito y luego lo dejaba en la terraza para que no le mordiera nada. No respondió a ninguna de las llamadas a su móvil o su contestador automático. Sabía que se estaba comportando como un ermitaño, pero le daba igual, prefería estar solo. Visitó los museos del Prado y el Thyssen, el Parque del Retiro, visitó la Moncloa, fue al Museo de las Ciencias y al Museo Arqueológico Nacional. El que más le gustó fue este último, que ofrecía grandes espacios dedicados a su pueblo favorito, los Romanos. Al final disfrutó de la semana de vacaciones que se había ganado a pulso.

El jueves por la tarde llamó a su compañero Martín y quedó con él a las ocho en el bar del Cuartel. Durante el paseo de la tarde con el chucho, que por cierto, seguía sin nombre, se había dedicado a pensar en la entrevista con el Coronel Narváez del día siguiente. Tenía que estar a las doce en su despacho y estaba intrigado. ¿Qué quería? ¿A qué se refería el Ministro cuando dijo que agradecían su colaboración personal? Mejor olvidarse de momento. Dio de cenar al perro y se vistió lo más elegante que pudo por si ligaba aquella noche. Zapatos caros, pantalones de una tela muy lujosa y su camisa verde de la suerte. No se afeitó, al fin y al cabo, había oído que las mujeres preferían al hombre barbudo. Bajó al bar a las ocho en punto y se sentó en la mesa con Martín, Manu y Fermín. Los botellines de sus cervezas se fueron vaciando y pronto se sintió muy a gusto.

- Joder con el puto Barça, es la ostia, vaya año que llevan, que le den a los del Barça.

- Que te jodan a ti, envidia que nos tienes. ¡Barça Campeón!

Martín y Manu tenían una sana rivalidad con el fútbol y siempre estaban discutiendo sin parar. Del cuartel se dirigieron en taxi a la zona de la Plaza Mayor, donde siempre había fiesta en las noches madrileñas, especialmente los jueves que era noche de estudiantes. Martín, Manu y Fermín querían ligar, y después de beber unas cervezas se montaron en otro taxi que les llevaría a la discoteca Joy-Eslava, una de las más marchosas de Madrid. Miguel no era muy discotequero, pero las cervezas y los ánimos de sus compañeros le acabaron de decidir. Si sales de fiesta, sal a muerte, le aconsejaron los tres. Pagaron una barbaridad por entrar y las copas eran muy caras. Manu había traído algo de cocaína que se repartieron juntos en el baño. Miguel no solía tocar la cocaína, pero un día es un día. Bailaron como locos al son de la música, se juraron amistad eterna, se dieron consejos beodos a gritos y se abrazaron unos a otros en varias ocasiones. Ah, el compañerismo de los borrachos. A las cuatro de la mañana empezó a sentirse mal. La música le ensordecía y las luces parpadeantes le confundían el cerebro. Martín había pillado con una pelirroja despampanante y se la había llevado a un rincón oscuro. Vaya arte que tenía el Casanova. Pero a él no le apetecía buscarse una moza para pasar la noche. Estaba mucho mejor solo, esa semana se lo había demostrado a sí mismo. Se acercó tambaleándose a Fermín y acercó los labios a su oído derecho, gritando: - Oye tíos, yo me voy a casa.

- No jodas, quedan muchas horas para divertirse. Mira esas tres chavalas con falda corta, están muy buenas. ¡A esas nos las tiramos hoy! Una para ti, otra para Manu, otra para mí.

- De verdad tío, no puedo con mi alma. Voy a vomitar en tu camisa si no me dejas marcharme.

- Vale, vale, pues cógete un taxi y a descansar, puto abuelo.

- Que te jodan. Ah, y suerte con las chavalas.

- Hoy pillamos, Miguel, hoy pillamos.

Fermín esbozó una sonrisa, se acercó a Manu que estaba charlando con las tres amigas y le guiñó el ojo. Riendo a carcajadas, Miguel se encaminó a empujones hacia la salida. El sudor de la gente amontonada, el calor bochornoso, el alcohol y la colonia barata formaban una mezcla asquerosa y le empezaron a dar arcadas mientras intentaba abrirse paso a codazos. Salió como pudo de la discoteca, apoyó la cabeza en el primer árbol que encontró y vomitó hasta la primera papilla. Se limpió la cara con la camisa y paró a un taxi que pasaba por allí. El taxista lo dejó entrar a pesar de la pinta que llevaba, haciéndole saber que si vomitaba en el taxi tendría que pagar cincuenta euros de suplemento. Prometió que no vomitaría. Se durmió mientras veía las luces de Madrid a través del cristal y no despertó hasta que el taxista le zarandeó al llegar.

- Son treinta y cinco euros, amigo.

- Eh... ¿Qué? Ah, sí, aquí tiene.

- No quiero inmiscuirme, pero date una buena ducha en cuanto llegues, apestas. Esto es un cuartel y si te pillan no van a estar muy satisfechos contigo.

- Sí, eso haré, señor, no se preocupe.

Acertó con los botones del ascensor y paró en el piso correcto, lo cual le sorprendió. Con la borrachera que llevaba le costó casi cinco minutos meter la llave correcta en la cerradura tras haber arañado toda la puerta. Por fin consiguió entrar, balbuciendo palabrotas. Trastabilló hasta la habitación y se dejó caer en la cama con la ropa puesta. Tuvo un último pensamiento esa noche. ¿Qué le contaría el Coronel Narváez al día siguiente? ¿De qué iba la reunión misteriosa?

Le despertó el timbre de la puerta. Al incorporarse se mareó y tuvo que quedarse sentado unos instantes para que la habitación dejara de dar vueltas. El timbre siguió sonando con insistencia y finalmente Miguel comprendió que no iba a poder ignorarlo. Caminó hasta la puerta de entrada y pegó el ojo a la mirilla. Mierda, era Marian, la mujer de Isaac. Era la cotilla del edificio, la mujer más irritante del cuartel. Justo lo que necesitaba a primera hora de la mañana. Suspirando, se alisó como pudo la camisa y los pantalones arrugados, se peinó el pelo con los dedos y abrió la puerta. Marian era muy bajita, regordeta, con cabello marrón rojizo y ojos pequeños y demasiado juntos. Estaba de pie con las manos metidas en el bolsillo del delantal, mirándole con cara de sabelotodo.

- Ya sabía que estabas en casa, tu coche está abajo en el garaje e Isaac me contó el martes que tenías la semana libre.

- Perdona, estaba durmiendo.

- Vaya voz que tienes, y hueles fatal, por cierto. ¿Mucha marcha anoche?

- Sí, estuve de fiesta con Martín, Manu y Fermín.

- Salir de fiesta no es la mejor manera de solucionar lo de Natalia, ¿Sabes?

Miguel la miró fijamente con ojos heladores.

- Si has venido aquí a tocar los cojones ya te estás largando. ¿Qué coño quieres?

Marian frunció el ceño y puso los brazos en jarras, ofendida.

- Cuidado con ese lenguaje, simplemente intento ayudar.

- No necesito tu ayuda.

- Me he enterado del incidente en la consulta del psicólogo y de la semana que llevas. Deberías calmarte un poco.

Haciendo ademán de cerrar la puerta y con cara de pocos amigos, Miguel le espetó: - O me dices qué coño quieres o me vuelvo a la cama.

Con cara de ofendida y levantando la cabeza, Marian comenzó a quejarse.

- He venido por tu perro. Haz algo, me está volviendo loca. Lo dejas en la terraza todo el día y se pasa las horas gimiendo. Tengo la cabeza como un bombo de escuchar esos ladridos agudos. Sácalo de paseo, dale de comer o llévatelo a la perrera. Pero haz que se calle, ya.

- Que te jodan, tengo todo el derecho a tener una mascota.

- Vamos, Miguel, sé razonable. Natalia me dijo que odias los perros.

- He cambiado de opinión, ahora me encantan. Y es un cachorrito, así que ya se acostumbrará a la terraza. Buenos días.

Con la sonrisa más deslumbrante que pudo buscar en su repertorio personal, le estampó la puerta en las narices de golpe. Al instante una voz estridente se escuchó al otro lado.

- ¡Grosero! ¡Maleducado!

- ¡Déjame en paz, verdulera!

La gente del puto cuartel no le daba tregua y Miguel deseó poder alejarse de sus cotilleos, consejos y gilipolleces. Le dolía muchísimo la cabeza y fue a la cocina a buscar unos paracetamoles. Puso un vaso bajo el grifo y abrió el agua. Un chorro se disparó contra el vaso, ligeramente ladeado, y rebotó en la camisa de Miguel, empapándole.

- Joder, vaya comienzo de mañana.

Se metió las dos pastillas en la boca y las bajó con el agua. Miró el reloj de la cocina y se le cayó el vaso de la mano.

- Mierda, ¡las once! Joder, joder, joder, llego tarde. ¡Voy a llegar tarde!

Corrió hacia la habitación quitándose la ropa por el pasillo, derrapó hasta el baño y saltó en la ducha. Abrió el grifo de agua fría y se enjabonó rápidamente, maldiciendo la noche anterior. Debería haber vuelto antes a casa. Se envolvió la toalla por la cintura y se plantó delante del espejo. No le daba tiempo a afeitarse y parecía un mendigo. La barba le había crecido muy rápido y llevaba desde el lunes sin afeitarse. Qué desastre, Narváez era un hombre impecable. La apariencia es lo primero que anuncia a un hombre, solía decir con el semblante serio. Se encogió de hombros y se lavó los dientes en tiempo récord. Volvió a la habitación y se paró indeciso delante del espejo. ¿Qué se ponía uno en esta situación? Estaba en su semana de vacaciones y no le apetecía ponerse el uniforme. Después de la reunión pensaba ir a pasar el día en la Sierra de Madrid con el cachorro, pero primero tenía que ir hasta la sede del departamento en Barajas y no podía ir demasiado informal. Se decidió por unos vaqueros, una camisa y un jersey azul marino. Sacó la comida del perro a la terraza y, tras darle unos apretones cariñosos, le encerró de nuevo. Bajó al garaje por las escaleras, se metió en el coche y salió derrapando. Conduciendo como un loco atajó por pequeñas callejuelas hasta que se unió a la autovía. Eran las once y media y si el tráfico no era muy denso llegaría puntual. En el peor de los casos, llamaría al Coronel para avisarle de su pequeño retraso.

El Coronel Narváez era un gran hombre y Miguel le admiraba mucho. A sus 55 años, tenía el cargo más alto en la jerarquía del S.I.G.C (20). Era un hombre serio, profesional, extremadamente inteligente y un genio en el campo de la Información. Manejaba su imperio con mano de hierro, pero era siempre justo con sus inferiores. Miguel lo había conocido diez años antes, en un evento anual que la Guardia Civil organizaba para motivar a sus nuevos reclutas. Se proyectaban diapositivas en la pared, había discursos de los altos mandos y actividades de integración para los novatos. Desde aquel primer día en el que congeniaron durante la comida, el Coronel había velado por su bienestar en la Guardia Civil. Era su mentor. Nunca había sido su superior directo, pero había encontrado siempre tiempo para aconsejarle, guiarle y ayudarle en su trayectoria profesional. A decir verdad, era gracias a la ayuda de Narváez que había ascendido tan rápidamente. Era sólido, indestructible y siempre a su lado dispuesto a protegerle. Miguel amaba su trabajo y sentía una fuerte pasión por el campo de la inteligencia. Le inspiraba la misión del S.I.G.C. de “gestionar, dirigir y organizar la información, con el fin de velar por el orden público de la nación y su seguridad”. Se sentía privilegiado por poder trabajar allí, rodeado de aparatos informáticos y electrónicos que le apasionaban. Acceder a información secreta y coordinar misiones de escucha y espionaje era su modo de vida. Era vocacional y deseaba llegar un día a las jerarquías más altas de la organización. Quizá un día podría robarle el trabajo a Narváez, pensó divertido.

Al cabo de veinte minutos se dio cuenta de que no llegaría a tiempo debido al denso tráfico en la zona de Barajas. Pensó en todos los viajeros que se iban de vacaciones a algún país exótico y le atrajo la idea. Qué pena no tener otra semana de vacaciones, apetecía de pronto un viaje en solitario. Se metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón para llamar al Coronel, pero no encontró su móvil. Intentó con el bolsillo trasero. Tampoco. Mierda, ¿es que todo iba a salir mal aquel día? Se había dejado el móvil en la mesilla de la habitación. Por lo menos se había acordado de la cartera. Por suerte, su identificación estaba en la guantera. Maldijo en voz alta, aceleró el motor y, pegando un volantazo, adelantó al coche que iba delante.

- ¡Vamos, coño! Joder con los putos viejos en las carreteras.

Cuando llegó a la barrera de entrada de la Sede del S.I.G.C., metió su tarjeta de identificación en la ranura y esperó impaciente a que se abriese la barrera. Aparcó lejos de la entrada del edificio porque había muchos coches ese día, salió del BMW y empezó a correr. Cuando llegó a recepción, estaba casi sin aliento. Sin parar de trotar saludó a la recepcionista con la mano y se dirigió al ascensor. Pulsó el botón y se arregló el pelo en el espejo, deseando que la barba desapareciese por arte de magia. Se concentró y cerró los ojos con fuerza, pero al abrirlos la barba seguía allí. Suspiró resignado. Nunca había creído en la magia ni en los milagros. Cruzó el umbral de la puerta de la sala de espera a las doce y cinco, exhausto. Debería haber ido a correr esa semana, había perdido fondo físico. Por fin iba a descubrir de qué iba tanto misterio. Se arregló los bajos de la camisa y sonrió a Elena, la secretaria de Narváez.

- Hola, Elena, ¿qué tal andan las cosas?

- Hombre, Miguel, qué alegría, cuánto tiempo. Ven y dame un abrazo.

Era una mujer corpulenta y, tras rodear el escritorio, envolvió sus brazos alrededor de Miguel, estrujándole, y le plantó dos besos estruendosos en las mejillas.

- No me gusta tu nuevo aspecto, ¿te vas a dejar barba?

- No me ha dado tiempo a afeitarme.

- No le gustará, ya lo sabes. Al Coronel, me refiero.

- Supongo. ¿Qué tal estás tú? ¿Muy ocupada?

Elena sonrió mostrando todos los dientes. Era una mujer formidable, bonachona y siempre alegre.

- Yo siempre ando ocupada, con este Coronel que Dios me ha dado. Papeles, informes, citas, viajes. Ya sabes, organización férrea cuando trabajas con este hombre. Pero le cuido bien.

- Menos mal, ¿eh? Si no le cuidaras tú, no sé quién lo haría.

- Razón tienes.

Volvió a su mesa y pulsó un botón del teléfono.

- Coronel, ha llegado Miguel.

- Gracias, Elena; por favor, hágalo pasar.

- Ahora mismo.

Señaló la puerta cerrada tras su mesa y le guiñó un ojo.

- Todo tuyo, Miguel. Pasa.

- Gracias, guapa. Una pregunta... ¿Qué tiempo hace hoy?

- No sabría decirte. La meteorología en este despacho anda un poco revuelta. Esta semana hemos tenido sol, nubarrones, lluvias e incluso una gran granizada. El miércoles estuvo de un humor de perros, el buen hombre. Hoy parece que hay nubes altas, pero sin riesgo de lluvias. Está sereno y amigable, pero sin muchas ganas de chistes.

A Elena le encantaba comparar el humor del Coronel con el del tiempo y enviaba diariamente un mensaje a sus espaldas a varias personas en el edificio para que estuvieran informadas.

- Gracias, es bueno saberlo.

- De nada, guapo.

- Hasta luego, Elena.

Llamó dos veces a la puerta y la abrió acto seguido. El Coronel estaba sentado en “el trono”, como llamaban coloquialmente los trabajadores a la carísima silla giratoria de piel del despacho. Narváez estaba inmerso en unos documentos y con un gesto invitó a Miguel a sentarse en el sofá al lado del gran ventanal. Miguel así lo hizo, aliviado por no haber llegado demasiado tarde. Paseó su mirada por el despacho, lleno de diplomas y condecoraciones. El hombre era una máquina. Tenía una pared llena de libros de Derecho, Historia e Informática. Tenía tres carreras y era un hombre muy culto. El sofá era muy cómodo y después del sprint por el aparcamiento agradecía poder estar sentado descansando. El reloj de la pared emitía un monótono tic tac y Miguel sintió que los ojos se le entrecerraban. Una carcajada lo sacó de su ensimismamiento.

- ¿No es demasiado tarde para los carnavales? ¿De qué vas disfrazado, de hombre lobo?

Levantó la vista y se encontró con los ojos del Coronel. A pesar del parte meteorológico de Elena, se alegró al comprobar que la barba no parecía suponer un grave problema, al ver que sonreía. Decidió no mentirle.

- Lo siento, Coronel. Anoche estuve de fiesta y me he dormido.

- Pareces un indigente, pero te vendrá bien conservar la barba.

- No entiendo qué quiere decir.

- No importa, ahora te lo explico. Perdona por hacerte esperar, tenía que firmar este informe. Aguarda un segundo, ahora mismo vuelvo.

Se levantó enérgicamente del sillón giratorio y agarró su bastón. Cuidaba mucho su cuerpo y era atlético para su edad, pero la cojera deformaba visiblemente su apariencia. Abrió la puerta y desapareció tras ella. Miguel le oyó dar instrucciones precisas a Elena y volvió a los pocos segundos. Cerrando la puerta a sus espaldas, el Coronel dio un fuerte apretón de manos a Miguel y se sentó en una butaca frente a él.

- Gracias por venir, hijo; sé que ésta es tu semana libre.

- No hay problema Coronel, tengo todo el día para hacer cosas.

- ¿Qué tal estos últimos días? ¿Estás algo más calmado?

Miguel le sonrió y levantó las cejas pensativo.

- Sí, supongo que algo más calmado sí. Me he mantenido ocupado haciendo turismo por Madrid. Museos, exposiciones, parques...

- Me alegro. A pesar de la barba y los ojos enrojecidos tienes mucho mejor aspecto. Ah, los jóvenes, con sus fiestas y sus bullicios. Yo ni loco.

- Seguro que en sus tiempos también saldría mucho de fiesta.

- No mucho, la verdad. Siempre se me ha dado mejor la compañía de los libros que la de los humanos. Nunca me gustó demasiado el bullicio.

- A mí tampoco. Ayer fue una excepción.

El ruido de unos nudillos en la puerta interrumpió la conversación y Elena apareció en el umbral con una bandeja. Sonriendo, depositó dos tazas y un plato de pastas encima de la mesita.

- Aquí tienen, caballeros. Coronel, café solo doble sin leche ni azúcar. Miguel, café con leche y dos cucharillas de azúcar. Las pastas son deliciosas, hay una pastelería en mi barrio que es la envidia de todas las pastelerías de España.

- Gracias, Elena. Por favor, cierre la puerta al salir. Y hágame el favor de bloquear todas las llamadas telefónicas hasta que termine nuestra reunión.

- Por supuesto, Coronel. Hasta luego.

Miguel se inclinó hacia el plato de las pastas y cogió la más grande que vio. Tenía un hambre atroz porque la noche anterior no había cenado y con las prisas se había olvidado de desayunar. Le supo a gloria y repitió con una segunda, de chocolate esta vez. El café estaba calentito y empezó a sentirse mejor. Narvárez le observaba desde el sillón, evaluándolo. Luego dejó su taza de café en la mesita y comenzó a hablar.

- Eres un gran profesional, Miguel. A mí me impresionaste desde el principio de tu carrera y a lo largo de los años mucha gente se ha dado cuenta de tu valía. Es un orgullo para mí haber sido tu mentor durante todo este tiempo.

Miguel no sabía qué responder a esto. ¿Era una manera de despedirlo o se trataba de un cumplido?

- Gracias, Coronel. Me apasiona mi trabajo gracias a usted y a su ejemplo.

- No pongas esa cara de circunstancias, hijo, no pasa nada malo. Te he pedido que vinieras para proponerte una misión que puede dar la vuelta a tu carrera profesional.

Miguel se incorporó al escuchar esto y prestó mucha atención.

- Soy todo oídos, Coronel.

- Llevamos un par de años discutiendo las probabilidades de tu ascenso dentro del S.I.G.C. Quieres opositar para Capitán, lo hemos hablado muchas veces. Has estudiado mucho, has trabajado largas horas y estás empezando a labrarte un buen nombre en esta sección.

- Sí, señor, y estoy dispuesto a seguir trabajando duro para conseguirlo.

- Bien. Me alegra escucharlo. Porque si aceptas esta misión y tienes éxito, tus probabilidades de ascenso se multiplican por mil. Ya escuchaste el otro día al Ministro del Interior. Incluso él ha oído hablar de ti.

- Gracias a usted sin duda, mi Coronel.

- Parcialmente sí, pero él también ha utilizado sus fuentes de información y le han contado lo bien que trabajas.

Miguel asintió. No le sorprendía; al fin y al cabo, para preparar una misión de inteligencia de cualquier tipo había que investigar minuciosamente todos los detalles y a todos los agentes.

- ¿Cómo podría conseguir el ascenso exactamente?

- Llevando a cabo con éxito la misión que ahora mismo te explicaré. Quiero subrayar que no es obligatorio para ti aceptar la misión. Si la rechazas, seguirás en tu puesto actual y no habrá represalias.

- De acuerdo. ¿De qué se trata exactamente?

El Coronel se levantó de la butaca y, empuñando su bastón, comenzó a pasearse lentamente por el despacho con el semblante grave.

- Esta conversación no puede salir de aquí. Las únicas personas al corriente seremos Elena, tú y yo. Elena me ha ayudado a preparar muchas cosas y será tu punto de contacto durante la misión. No podrás hablar de ello con nadie. ¿Queda claro?

Miguel miró al Coronel fijamente y asintió. Estaba realmente intrigado y la lentitud con la que hablaba el Coronel le ponía nervioso.

- Dime, ¿Qué sabes sobre la situación política vasca actual?

- Ha habido un cambio importante de Gobierno en los últimos años y están intentando, según creo, llegar a nuevos acuerdos políticos.

- Exacto. ¿Y qué significa todo esto?

- Un cambio político considerable. Los nacionalistas eran demasiado permisivos con ciertas cosas y, siempre a título personal, no creo que hayan hecho nunca lo suficiente para derrotar al terrorismo vasco.

- Precisamente. Los acuerdos políticos no nos incumben en esta reunión, pero junto al nuevo Lehendakari (21), nombran nuevos Consejeros de Economía, Industria, Sanidad...

- Y un nuevo Consejero de Interior.

El Coronel dejó de caminar por el despacho y se volvió hacia él con una gran sonrisa.

- Precisamente, hijo, un nuevo Consejero de Interior.

- Entramos en una nueva era de entendimiento, ¿verdad, Coronel?

- Exacto. Desde marzo he mantenido varias reuniones con el Ministro del Interior, el nuevo Consejero y un Oficial de cada Cuerpo de Seguridad del Estado. Ha sido una brisa de aire fresco poder debatir cuestiones antiterroristas sin las barreras que los nacionalistas ponían habitualmente.

- Ya supongo.

- El Ministerio del Interior ha decidido utilizar más fondos del Estado para dedicarlos a la lucha antiterrorista. Y esto me lleva al punto más importante de la cuestión, la misión a llevar a cabo.

Con cara de máxima gravedad, el Coronel volvió a su butaca, se sentó, cogió una pasta y se la metió en la boca. Comenzó a masticar lentamente mientras clavaba la vista en él. Miguel podría haber gritado. ¡Vaya un momento para llenarse la boca de pastas! ¿Le estaba vacilando? Quizás estuviera poniendo a prueba su paciencia. Afectado por el lento masticar del Coronel, Miguel se irguió en su asiento y cruzó las piernas, estirando delicadamente sus vaqueros, con la vista fija en los ojos azules de Narváez. Cuando acabó de tragar, el Coronel enarcó una ceja y sonrió divertido.

- Teniente Pacheco un punto, Coronel Narváez cero. No hay mucha gente que me gane en estos retos de paciencia.

- Por favor, prosiga. Estoy ansioso por conocer detalles de la misión.

- Claro, perdóname, me gusta poner a prueba las reacciones de mi gente. Volvamos al tema en cuestión. ¿Dónde la he puesto? Ah, sí, aquí está.

Le mostró una carpeta verde titulada “Operación New Age”.

- No preste atención al nombre ridículo de la misión. Un imbécil del Ministerio de Defensa pensó lo mismo que usted respecto a la “nueva era” en el País Vasco y empezó a llamar así a la operación secreta. Cuando quise parar la tontería, todos lo habían tomado ya como nombre oficial.

- No suena mal.

- Nombre tonto aparte, ésta es una misión muy importante. Quizá de las más importantes de la historia de este País. Por primera vez se va a hacer una operación de inteligencia a gran escala entre diversos Cuerpos de Seguridad del Estado. Formaremos un escuadrón de agentes de élite,

los mejores. Y yo te he escogido a ti personalmente porque eres el más prometedor de mi Departamento. Como Ingeniero Informático de sobresaliente nadie te gana manejando nuestra tecnología. También has reforzado tus conocimientos de electrónica, armamento, explosivos y estás familiarizado con la parte jurídica. Tienes experiencia en misiones clandestinas en el ámbito de las operaciones antidroga. Gracias a ti conseguimos detener a varios miembros de algunas de las mayores redes de drogas de Andalucía y de la Comunidad de Madrid. Pero por encima de tu currículum, eres una persona de fiar. Eres profesional, organizado y tienes sangre fría, condiciones indispensables en esta misión. Y lo más importante, caes muy bien a la gente. Enseguida se abren a ti. Inspiras confianza, a pesar de ser huraño, desaliñado y algo huidizo, a veces.

Miguel sonrió al escuchar este último comentario.

- En esta carpeta encontrarás todos los detalles de tu nueva identidad, si la quieres. Es una identidad temporal, claro está, pero esta vez puede que estés fuera unas semanas o unos meses.

- ¿Podría resumirme el perfil de la misión, por favor?

- Desde luego. Hemos creado un equipo compuesto por veinte agentes de la Guardia Civil, la Policía Nacional, la Ertzaintza, la Policía Francesa y la Policía Foral de Navarra. Vamos a intensificar las labores de identificación de posibles terroristas y enviaremos a los agentes a diferentes zonas del País Vasco, que han sido calificadas de alto riesgo. Tenemos sospechas de algunos individuos que, aunque nunca han sido detenidos por terrorismo, pueden estar ocupando los puestos de los terroristas ya detenidos. Queremos información de estas zonas del País Vasco. Quién es quién, quién opina qué y quién hace qué. El objetivo de la Operación New Age es arrestar, con pruebas sólidas, a posibles nuevos miembros de la banda terrorista. Esto se conseguirá a través de una inmersión absoluta en la zona. Inmersión totalmente clandestina, ni qué decir tiene. Escuchas, espionaje informático, grabaciones y copias de cualquier documentación que pueda ser de valor. Aparte de eso es indispensable la inteligencia humana, la habilidad de cada agente de ganarse la confianza de los habitantes de su nuevo entorno. Los agentes, por cierto, nunca tendrán contacto entre sí. Cada semana enviarán un informe y mensualmente decidiremos las acciones a seguir. Tampoco podrán mantener comunicación alguna con sus familiares o amigos, vuelvo a subrayar. La única conexión que podrás tener con tu vida antigua si aceptas, Miguel, será con Elena o conmigo.

- Suena bien, a decir verdad.

- No me des una respuesta todavía, lee los documentos de la carpeta.

Diciendo esto se inclinó hacia Miguel con el brazo estirado, le pasó la carpeta y acto seguido consultó su reloj de oro.

- Bueno, Miguel, son las dos y he quedado para comer con un Capitán de División. Ya lo siento, pero no puedes sacar esta información fuera de mi despacho hasta que aceptes, así que voy a tener que recluirtte aquí un par de horas todavía. He pedido a Elena que te traiga algo de comer y yo estaré de vuelta hacia las cuatro y podrás preguntarme todo lo que se te ocurra. Deberás comunicarme tu decisión esta misma tarde. La operación New Age se pone en marcha el lunes. Si aceptas, tendrías mañana y el domingo para hacer las maletas, despedirte de tu gente y llegar al País Vasco.

- Vale, Coronel, me parece perfecto. Aparte de que el perro se me va a cagar en la terraza y la vecina de abajo se quejará de sus ladridos, no tengo ningún problema en pasar aquí un buen rato.

- ¿El perro?

- Sí, señor, le compré un perro a Natalia y no lo quiere, así que me lo he quedado.

- Los perros dan mucho trabajo. Compruebe en el expediente si en su nueva vivienda se aceptan mascotas. Si no es así lo intentaremos arreglar, un poco de compañía te vendría bien. Vas a sentirte solo, no es precisamente la zona más poblada del País Vasco...

Miguel le miró fijamente, esperando más información. Sin embargo, el Coronel se puso su chaqueta ignorando su mirada inquisitiva y, bastón en mano, se encaminó a la puerta.

- Te veo en un par de horas. Que aproveche.

- Hasta luego, mi Coronel.

La puerta del despacho se cerró y Miguel se levantó del sofá. Tenía los músculos doloridos de bailar la noche anterior y estaba un poco aturdido por la resaca y el volumen de información recibida. Decidió que primero comería. Elena ya no estaba, se habría marchado a casa, pero vio una bolsa de papel marrón encima de su mesa y se acercó hasta ella. Miró en su interior y comprobó que tenía comida para un par de días. Elena había incluido un enorme bocadillo de lomo con pimientos, unos taquitos de queso, salchichón y chorizo y un gran trozo de pastel de chocolate casero. También había metido en la bolsa un par de latas de Coca-Cola y unas cuantas servilletas. Qué mujer más detallista. Era el remedio ideal para la resaca, un pequeño festín de embutido y chocolate. Volvió al despacho del Coronel Narváez y se sentó en la enorme mesa de caoba. La verdad era que se sentía cómodo sentado allí como un gran señor. Engulló todo rápidamente y eructó satisfecho. Limpió cuidadosamente la superficie de la mesa y volvió al sofá. Se puso cómodo y abrió la carpeta. Contenía el consabido expediente con los detalles de su nueva identidad, un informe referente a los sospechosos principales en la zona asignada y varios mapas. Empezó a leer el expediente y al cabo de media hora lo dejó a un lado y empezó a pasearse por la habitación, pensando en lo leído.

Para empezar, su nuevo nombre sería Miguel García Martínez. Habían tenido el detalle de conservar su nombre real, sería más sencillo para no confundirse. Fecha de nacimiento, 17/02/1980, así que tenía veintinueve años. Lugar de Nacimiento, Madrid, igual que el lugar de residencia. Padre y madre supuestamente vivos, también viviendo en Madrid, pero tenía hermanos. En teoría había cursado la carrera de Historia y luego había abierto una librería en Madrid, pero no había funcionado, así que había vuelto a la Universidad para cursar un Doctorado. Para conseguir el título le quedaba escribir una tesis. Había escogido un tema sobre la Etnología Vasca, y por eso necesitaba pasar unos meses en el País Vasco. Supuestamente su tatarabuelo había sido vasco, por eso no resultaría especialmente raro que un madrileño hubiera escogido esa especialidad. La identidad ciertamente le permitía poder vivir en el País Vasco haciendo preguntas sobre el entorno sin levantar demasiadas sospechas. Sin embargo, no tenía ni idea sobre Etnología Vasca así que iba a tener que comprar algún libro sobre el tema. Gracias a Dios que de Historia sabía bastante, pues siempre había sido su asignatura favorita. Estaba

ligeramente preocupado por su falta de conocimientos sobre el pueblo vasco. A decir verdad, no sabía nada sobre sus gentes ni sus costumbres.

Volvió al sofá y sacó los diversos mapas de la zona que le había sido asignada. El pueblo en el que iba a vivir se llamaba Uzanza y estaba en el Valle de Kuartango, en Álava. Nunca había oído hablar de Kuartango. Miró en el mapa y vio que Uzanza apenas tenía cinco calles mal trazadas. Suspiró. Iba a tener que vivir en medio de la nada. Se alojaría en régimen de alquiler en el bajo de una antigua fonda llamada Pensión Chifflet. Vaya nombre más extraño. El Valle estaba en el noroeste de la provincia, cerca de la frontera con Burgos, y estaba rodeado de montañas, bosques y colinas. Por sus tierras pasaban dos ríos, el Río Baias y el Vadillo y no pudo evitar preguntarse si se podrían pescar truchas por allí. Eso mejoraría bastante la situación, a Miguel le encantaba pescar porque su abuelo y su padre le solían llevar a pescar al río Gevora, muy cercano a Mérida. Allí pasaban días muy felices con la caña, riendo y disfrutando del río y su naturaleza. No pudo sacar muchas más conclusiones sobre el mapa así que lo dejó a un lado. Estaba rebuscando los papeles cuando oyó unos nudillos golpeando la puerta.

- ¿Se puede?

- Sí, pasa, Elena.

Se abrió la puerta y la mujer entró con otra bandeja, sonriendo.

- Aquí tienes, Miguel, un cafelito para bajar la comida.

- Muchísimas gracias, el pastel estaba realmente glorioso.

- Si quieres hago otro este fin de semana, te lo puedes llevar a Kuartango.

- Gracias Elena, pero no necesito engordar más.

- Bah, y ¿qué importancia tiene eso?

- Me gusta estar en forma. Gracias de todos modos.

- Mucho mejor, así me lo como todo yo sola. ¿Qué tal llevas la lectura?

- Bien. Estoy a punto de leer acerca de los sospechosos.

- Lo harás genial, Miguel. Eres bueno en estas cosas. Te dejo para que lo acabes todo, el Coronel estará al caer.

- Hasta luego Elena.

Qué mujer más alegre, la verdad era que podría animar a cualquiera. Sacó los papeles y volvió a la lectura. Había tres sospechosos que él debía investigar. El primero era Unax Etxebarria Fernández. Residente en Uzanza, era pastor de ovejas como todos sus antepasados. Había sido detenido en un par de ocasiones por Kale Borroka en España y Francia, y era un habitual en las grandes manifestaciones a favor de la liberación de los presos políticos vascos. La segunda

sospechosa era Elurne Balaitx Zurbitu. Nunca había sido detenida, pero acababa de volver de Irlanda del Norte, donde había vivido siete años. Antes de aquello había cursado Ingeniería Química en Londres. No había ninguna información respecto a sus actividades en el extranjero, pero la conexión con Irlanda del Norte y la especialización en química, así como la larga ausencia y su súbito regreso habían suscitado las alarmas. El último sospechoso se llamaba Zigor Maizkurrena Abinagoitia. Frunciendo el ceño, Miguel levantó los ojos del papel. ¿Dónde había escuchado aquel nombre últimamente? Estaba seguro de que le sonaba, pero no podía recordar por qué, así que siguió leyendo. Había sido detenido tres veces, en 2001, 2004 y 2005 por violencia callejera, pero había sido puesto en libertad por falta de pruebas. La razón por la cual se le consideraba sospechoso, aparte de las detenciones, era porque su hermano, Peio Maizkurrena Abinagoitia, era uno de los dos presos mencionados en el macabro video del atentado de la semana anterior. Miguel se levantó del sofá y se sintió ahogado, acordándose de la muerte de Luis. Necesitaba agua, aire, lo que fuera. Así que este Zigor residente en Uzanza podía haber sido el responsable de todo, junto con sus dos colegas. Era lo mejor que le podría haber pasado. Por fin, un poco de motivación en su vida. Una misión clandestina en una zona perdida del país. Podría olvidarse de Natalia, el cuartel y sus agobiantes compañeros. Y lo mejor de todo, tendría un propósito. Venganza. Esos hijos de puta iban a acabar entre rejas, y él sería el que se asegurara de que se pudrieran allí. Con los ojos todavía cerrados, esbozó una malévola sonrisa. Venganza.

El bastón del Coronel le anunció que ya estaba de vuelta. Volvió rápidamente al sofá, cogió la taza de café y fingió leer otra vez el informe. La manilla de la puerta giró y el coronel entró en la estancia, sonriéndole. Se quitó el tricornio y la chaqueta y se dirigió a la butaca.

- ¿Quiere un café, Coronel?

- No, gracias, hijo, tengo la tripa a reventar. ¿Qué tal lo llevas? ¿Has acabado ya de leer la carpeta?

- Sí, señor. De cabo a rabo.

- Y, ¿qué te parece?

- Cuente conmigo, mi Coronel.

Éste se acomodó en la butaca y le miró fijamente. Sus profundos ojos azules parecían taladrarle el cerebro.

- Miguel, quiero que me escuches atentamente. Necesito que la misión sea un éxito. No puedes dejarte llevar por un sentimiento de venganza, te he escogido a ti porque eres un profesional. El hecho de que tus sospechosos puedan estar relacionados con el atentado de Luis debería ser secundario. Lo primero es buscar pruebas, sólidas y fiables, mediante un método serio y planificado. Necesito continuar confiando en tu profesionalidad. Si no vas a poder separar tus sentimientos del caso, te aparto de la misión.

Miguel no quería ser apartado de la misión sin haberla comenzado siquiera. Aclarándose la garganta con un pequeño carraspeo, contestó al Coronel.

- Lo entiendo. Y le juro por lo que más quiero que no supondrá un problema. No lo veo como una venganza, sino como una motivación más. Este tipo de misión es algo con lo que he soñado muchos años, no voy a tirarla por la borda. Confíe en mí, soy un profesional.

- El Ministro del Interior mostró alguna reticencia en escogerte a ti precisamente para este destino en concreto. Le dije lo que tú acabas de decirme a mí: que sería una motivación, pero no le hablé del genio que tienes ni de lo impulsivo que eres a veces. Vas a necesitar controlarte y concentrarte. A partir de hoy eres otra persona ante el mundo. Un estudiante de Madrid un poco desharrapado y con barba de varios días, al que aparentemente no le interesa demasiado la política. ¿Estás seguro de que no supone un problema?

- Seguro, mi Coronel. Acepto la misión con orgullo.

- Bien, me alegro. Ahora concretemos varios detalles.

El Coronel parecía más relajado tras esta última conversación. Se inclinó hacia la mesita y abrió una caja de madera que contenía puros Cubanos. Alargó uno hacia Miguel, quien lo rechazó con un gesto de cabeza.

- Tú te lo pierdes, son unos puros excelentes.

- Yo con el de cajetilla tengo más que suficiente, gracias.

- Pues fúmate un cigarrillo. Dime, ¿tienes alguna pregunta que hacerme?

- ¿Sabe alguno de los lugareños de mi llegada?

- Sí. La señora Julene Chifflet, dueña del piso donde te alojarás, te espera el lunes. Yo mismo la llamé haciéndome pasar por tu profesor de Universidad y le agradecí de antemano su ayuda, tanto con el alojamiento como por cualquier información de interés que pudiera prestarte para la tesis. Está deseando conocerte. Es francesa, pero ha vivido en Kuartango durante más de medio siglo.

- Eso está bien para empezar a conocer a más gente.

- Ella me habló de un profesor de Historia llamado Gerardo. No recuerdo el apellido, pero se conocen mucho y me aseguró que hablaría con él para ver si te podía ayudar también. Lo demás corre de tu cuenta.

- De acuerdo. ¿Qué pasa con los gastos diarios, mi salario?

- Como de costumbre, todos los gastos de comida, alojamiento y gasolina estarán pagados por los fondos de la misión. Otros gastos o vicios corren de tu cuenta. Tu salario será el de siempre, más un plus de peligrosidad del veinticinco por ciento sobre tu salario bruto. Antes de marcharte te entregaré todos los documentos de tu nueva identidad. DNI, pasaporte, tarjeta de la Seguridad Social, tarjetas de crédito, etc.

- Perfecto. ¿Cuándo quiere el primer informe?

- Ya te llamaré la semana que viene. De momento tienes que hacer las maletas, despedirte de tu gente en Madrid y marcharte a Kuartango el lunes.

- ¿Qué les diré, mi Coronel?

- Pues que dejas el Cuerpo.

- ¿Cómo dice? No se creerán que he dejado el Cuerpo.

- Claro que sí. Dado tu comportamiento de los últimos días a nadie le extrañará demasiado. Desde el atentado estás desmotivado y desilusionado con todo. Natalia te ha dejado y no hay nada que te ate ya a Madrid, así que te apetece dejarlo todo y estar solo, marcharte a recorrer Europa con una mochila a tu espalda. Es una buena tapadera.

- Pensándolo así... tiene razón.

- Puedes llamar a tu madre y decirle lo mismo.

- No lo sé...

- Sería mejor que ella no tratara de contactar contigo sin éxito. Si llama al Cuartel y le dicen que te has marchado, se sentirá fatal. Hazlo.

- Sí, mi Coronel.

- También está el tema de tu aspecto y tu coche.

- ¿A qué se refiere?

- No te cortes el pelo ni la barba. Los vascos independentistas no visten de etiqueta precisamente, así que toda tu ropa de marca tendrá que quedarse guardada en una caja de cartón esperando tu llegada. Tienes que destacar poco. Mañana irás de compras. Vaqueros, pantalones de montaña, impermeables, botas de monte. Llueve mucho en Kuartango, así que necesitas ropa adecuada.

- Vale. ¿Y mi coche?

- Lo tendrás que dejar atrás. Un estudiante sin blanca no se lo puede permitir. El Domingo te llevaremos un coche más acorde a tu nueva identidad. Un Citroën, un Peugeot o un Seat de segunda mano.

- Dígame que es broma.

- Sabes que no.

- Y ¿qué hago con mi coche? Si “dejo” el Cuerpo tendré que abandonar el piso y con ello, el derecho al garaje.

El Coronel sonrió y le hizo un gesto de calma.

- No te agites, Miguel. He pensado en todo. Yo guardaré tus cajas de mudanza y tus muebles en mi casa. Tengo varios garajes donde ponerlo todo a buen recaudo. Si dejas todas tus pertenencias metidas en cajas de cartón y las llaves del BMW a la vista, mandaré a una empresa de mudanzas para que lo transfiera todo a mi propiedad la semana que viene. Puedes estar seguro de que estará bien cuidado.

- Muchas gracias. ¿Cómo llevaré todo el equipo de escucha y espionaje?

- Cuando te llevemos el nuevo coche el domingo, te habré dejado en el maletero dos cajas de seguridad y un ordenador portátil especialmente construido para la misión. En las cajas también encontrarás varios libros sobre cultura vasca, pensé que te podrían venir bien. Tendrás acceso ilimitado a todas las bases de datos de inteligencia del Gobierno, así como a imágenes de satélite en aquellas ocasiones que así lo requieran. Sé cuidadoso, sabes los costes que conlleva el uso del satélite.

- Sí, lo sé. ¿Hay algo más que deba saber o hacer?

- Creo que no. Si hay algo más te llamaré al móvil. De momento tienes dos días para hacer la mudanza.

- No tardaré mucho. Natalia ya se encargó de vaciar la mitad de la casa el otro día.

El Coronel le hizo un gesto de empatía. Él llevaba años separado. Su mujer había sido una arpía y se había marchado dejándole con lo puesto. Apenas le había dejado ver a sus hijos mientras éstos crecían y ellos, ahora que eran mayores, pasaban olímpicamente de su padre. Con un suspiro de resignación apagó el puro en el cenicero y consultó su reloj. Las seis. Se levantó de la butaca, cogiendo automáticamente el bastón como apoyo.

- Bueno, Miguel, no hay mucho más que hablar. Estoy orgulloso de ti. Sé que te volcarás totalmente en la misión y que la llevarás a cabo con éxito. Llévate la carpeta, estúdiatela este fin de semana y, por favor, destrúyela cuanto antes.

- Desde luego, señor, así lo haré. Gracias por la oportunidad, mi Coronel. Es todo un honor haber sido elegido.

- Cuídate Miguel, y ten mucho cuidado. Esta misión es peligrosa.

- Me cuidaré, no se preocupe. Y le mantendré informado.

Deshaciéndose del abrazo, el Coronel le guio hasta la puerta.

- Que pase un buen fin de semana, mi Coronel.

- Lo mismo. Y feliz mudanza.

- Gracias otra vez. Hasta la semana que viene.

- Adiós, Miguel.

Cuando salió a la sala de espera, comprobó que Elena ya no estaba allí. Le pareció una pena ya que le hubiera gustado despedirse de ella. Bajó en el ascensor hasta la planta baja y volvió a saludar a la recepcionista con un gesto de la mano. Mientras caminaba hacia su BMW se sintió fortalecido.

Tenía que prepararse para la misión más importante de su carrera profesional. Entró en el coche sonriendo y cambió el CD. Tarareando y silbando, condujo absorto en sus pensamientos. Kuartango... Tendría que averiguar algo sobre el Valle, no tenía ni idea de cómo sería. El hecho de que fuera una zona bastante deshabitada le animaba porque últimamente estaba harto de Madrid y de su estilo de vida. A partir de ese momento llevaría una vida de ermitaño real, perdido en las montañas vascas. No le importaba no conocer a nadie, lo que más le apetecía era estar solo acompañado de su ordenador y aparatos electrónicos. Arrestaría a esos tres terroristas, Unax, Elurne y Zigor. En ello iba la promesa que le hizo a Luis, vengarse como fuera. Antes de llegar al cuartel paró en un hipermercado y compró langostinos, gambas y cigalas en la zona de pescado y mariscos. Pensaba celebrarlo por todo lo alto. Compró también una botella de medio litro de Cava y un helado. Pagó todo y se encaminó al cuartel. Aparcó en su plaza y al bajar las bolsas del coche oyó una voz alegre a sus espaldas. Era Fermín.

- Hola, Miguel. ¿Qué tal te encuentras?

- Esta mañana estaba fatal pero ahora me encuentro mejor. Vaya noche, ¿eh?... ¿Tuvisteis suerte con las chavalas?

- Qué va, tío. Martín se fue a casa de la pelirroja, pero Manu y yo nos marchamos a casa solos, las zorras esas no quisieron nada. Calientapollas... Estábamos seguros de tener éxito, pero una vez más, no nos comimos una rosca. Y encima nos gastamos más de cien euros invitándolas a copas. Un desastre.

Miguel se rio de buena gana. No quería decírselo a Fermín, pero incluso en mitad de la borrachera, él había sabido que no triunfarían.

- ¿Te ayudo a llevar las bolsas arriba?

- No, gracias, ya puedo.

- ¿Vas a salir hoy?

- ¿Estás de coña? No puedo con mis huesos.

- Venga tío, somos jóvenes. Vamos a tomar un par de birras.

- Paso. Voy a darme un baño, cenar e irme a la cama.

- No te olvides de tomar la pastilla de la artrosis, ¿eh, abuela?

Miguel le hizo una mueca y le pegó una colleja.

- No te preocupes nieto, que ya me la tomaré. Pasadlo bien.

- Vale tío, ya nos veremos el fin de semana.

- Bien.

No pensaba contar a nadie de momento que “abandonaba” el Cuerpo. Si lo hacía le darían la lata todo el fin de semana. Cargado con las bolsas, se despidió de su amigo y subió en el ascensor. Cuando entró en casa fue a buscar al cachorro y pasó la siguiente hora jugando con él. Le estaba empezando a coger cariño; era una máquina de cagar, pero no podía resistirse a esa cara simpática y traviesa. Al cachorrito le encantó la pelota y pasaron un buen rato jugando con ella. Tenía que ponerle un nombre, pero muchos nombres de perro le resultaban ridículos. Era macho, así que no podía llamarlo Natalia. Puta perra. De todas formas, sería un insulto para su pequeño amigo, así que descartó la idea por divertida que fuera. De repente se quedó inmóvil. Se le acababa de ocurrir una buena idea, podía buscarle un nombre relacionado con su nueva misión. Un nombre vasco. Así sería incluso más convincente su coartada. Levantó al cachorrito del suelo y lo llevó hasta el estudio. Era la habitación preferida de Miguel, donde se encerraba con sus ordenadores y se escondía de Natalia. Se sentó en la silla, encendió el ordenador y, apartando unos papeles de encima del escritorio, depositó al cachorro al lado del ordenador. Estaba tranquilo y se sentó mirándole con la lengua colgando. A Miguel le resultó adorable.

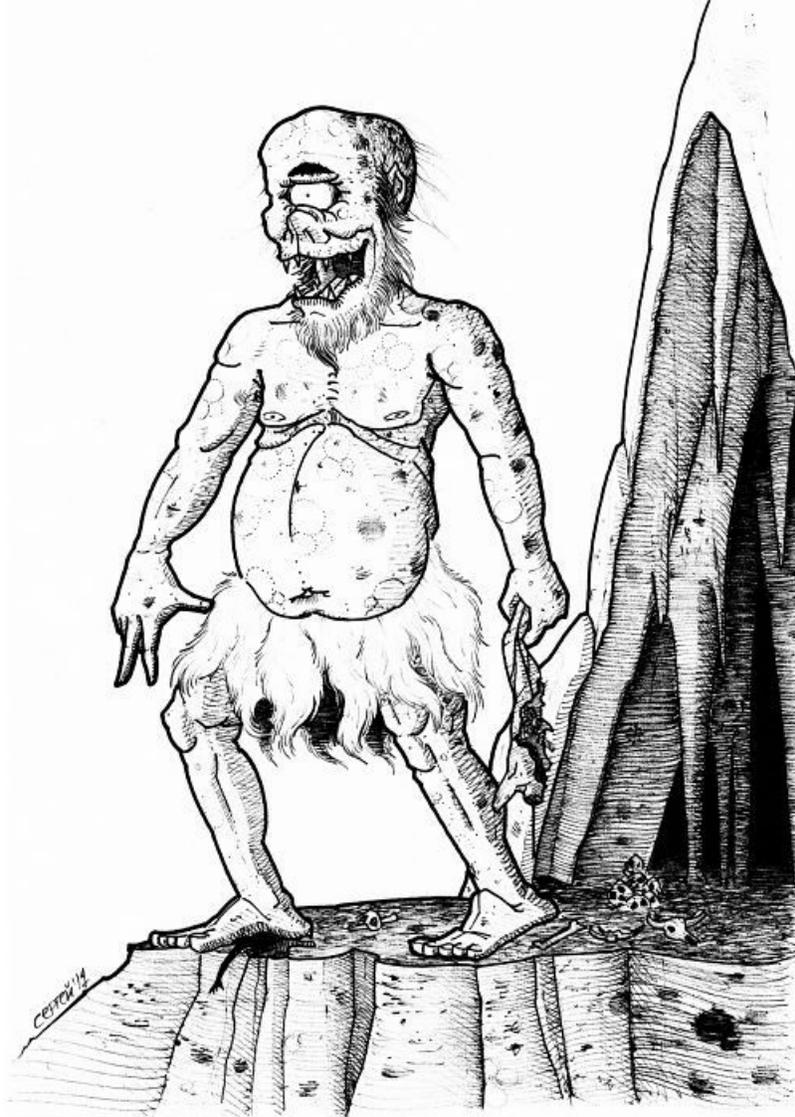
- A ver, vamos a buscarte un nombre vasco. Abramos el Google. Veamos, que no sea nombre de persona, eso es ridículo. Y no pareces una nube, un río o una montaña. Así que descartado. Eres una bola peluda roja con patas. Espera... Eso es... ¿Cómo se dirá rojo en vasco?

Abrió un traductor online y escogió la traducción del castellano al euskera. Al momento, la palabra apareció delante de sus ojos: Gorri ([22](#)).

- Eh, es un nombre bien chulo, bola peluda. Me gusta, te pega, y es corto. A partir de ahora, te llamas Gorri.

Satisfecho, se dirigió al baño. Desde que salía con Natalia se había convertido en un entusiasta de los largos baños de burbujas. Abrió el agua caliente y buscó los aceites del baño. No estaban por ningún sitio, se los había llevado Natalia. Como la mitad de la puta casa. Suspirando, echó un poco de Sanex en el fondo de la bañera y volvió a la habitación. Se desvistió y marchó desnudo a la cocina a poner la lavadora. El cachorrito le seguía a todas partes, meneando el rabito. Volvió al baño y observó satisfecho que, aunque el olor no era tan agradable como los aceites de Natalia, se había formado una espesa espuma encima del agua. Perfecto. Metió el pie derecho y contuvo una palabrota, estaba ardiendo. Metió el otro pie y, milímetro a milímetro, se fue introduciendo en el agua ardiendo. Apagó los dos grifos y echó la cabeza hacia atrás. Cerró los ojos y comenzó a tararear una canción. Le encantaba el sonido de su voz en la bañera, que sonaba distorsionada. El calor inundaba todo su cuerpo y se sintió feliz por primera vez en varias semanas. Cuando el agua se enfrió salió de la bañera y se secó vigorosamente con una toalla. Se puso un pijama de algodón, también regalo de Natalia, y fue a la cocina. En media hora tenía ya la cena preparada. El marisco le supo a gloria y el Cava estaba perfecto. Encendió la televisión y vio el telediario. Intentaba no perderse nunca las noticias, era importante saber qué pasaba en el país. Se sentía agotado del excitante día y de la gran juerga del día anterior, así que recogió la cocina y se fue pronto a la cama, con Gorri tumbado en la alfombra oriental que ahora consideraba su camita. A los diez minutos sólo dos respiraciones relajadas rompían el silencio de la noche.

TARTALO



TARTALO

Tartalo es un cíclope aterrador, un gigante maligno de afilados dientes que aterroriza a las familias vascas, secuestrando a los jóvenes y arrastrándolos a sus cuevas para comérselos. Dicen los que lo han visto que es tan enorme que tiene la fuerza de mil hombres y que, al mirar su ojo maligno, tu cuerpo se paraliza al instante y es probable que no vivas para contarlo.

Kuartango, noviembre de 1.937

Hoy escribo desde mi gruta secreta y he de confesar que estoy muy asustada por los sucesos de los últimos meses. El tío Kepa está aquí conmigo, durmiendo en el suelo arropado por las pieles y las mantas que hemos logrado traerle. Está pálido y demacrado y parece haber envejecido cien años últimamente. Las cosas han ido de mal en peor aquí en Kuartango y he tenido poco tiempo para escribir en mi diario en los últimos meses. Por desgracia, las predicciones que escuchábamos en la radio se hicieron realidad y en julio del año pasado se declaró en Vitoria y en el resto de Álava el estado de guerra. El gobernador civil entregó el gobierno de la provincia a los generales favorables al alzamiento en poco tiempo y sin mucha resistencia. Dicen que fue presionado por las acciones rebeldes conjuntas de grupos de militares, carlistas y falangistas. Estos sucesos han hecho que Álava se fragmente y lo mismo ha sucedido en Kuartango. Estamos en plena Guerra Civil y los vencedores quieren quitarse del medio a los vencidos a cualquier coste. Poco después del alzamiento empezaron las detenciones, las desapariciones, las acusaciones y los arrestos. Yo soy joven todavía, pero no por ello ilusa. En mis trece años de vida nunca he sentido en mi alma un clima de miedo y nerviosismo como éste. Los vecinos se acusan unos a otros y me da la sensación de que las cosas sólo pueden empeorar. Al principio todo sucedió en Vitoria, la capital, aunque aquí también empezamos a prepararnos para lo que pudiera llegar. Para empezar, escondimos al tío Kepa a toda prisa. Aita, aitite y el tío recorrieron los parajes de Marinda, Yarto, Gibijo y Gilarte para encontrar el mejor lugar para ocultarle. Entraron en todas las cuevas, bajaron a las simas, valoraron incluso cavar un pasadizo subterráneo cerca de casa y esconderlo allí. Al final la idea ganadora fue la mía porque nadie se acordaba ya de mi gruta secreta. Fuimos allí los cuatro y el sitio nos convenció al instante. La entrada resulta bastante difícil de ver, aunque estés literalmente delante, y es casi imposible acceder a ella para un hombre adulto porque la entrada es muy, muy estrecha. Al tío le costó entrar la primera vez, pero ha adelgazado mucho desde entonces porque la guerra ha traído consigo la hambruna y el control militar, y no podemos arriesgarnos a venir todos los días a traerle provisiones. Es peligroso para él salir a respirar aire fresco aunque el bosque sea bastante seguro, porque hay partidas de militares peinando toda la provincia. Aun y todo, el tío Kepa tiene más suerte que otros hombres. No sé si seré capaz de escribir esto sin que me tiemble la mano, el bolígrafo parece haberse congelado en mi mano. Hace un mes llegaron a Lamietxe unos militares en mitad de la oscuridad de la noche y, portando armas y voceando a gritos acusaciones inventadas, tiraron abajo la puerta de entrada y se llevaron a aita y a aitite en pijama, esposados como vulgares criminales mientras les soltaban insultos y les propinaban patadas. Tuve que sujetar a amama, que gritaba y forcejeaba en camisón bajo la lluvia con su blanco pelo revuelto por el viento, maldiciendo sapos y culebras e intentando atizar con un bastón a los militares. Yo no podía dejar de llorar; todo sucedió tan rápido que no pudieron pasar más de cinco minutos desde que llegaron aquellos bárbaros hasta que marcharon con nuestros familiares. No había luna esa noche por la tormenta, y en pocos metros dejamos de ver la comitiva que, rodeando el Pico Marinda, marchaba en dirección al pueblo. Sin embargo, la tormenta no evitó que escucháramos los gritos de aitite hasta varios minutos después. Fue verdaderamente aterrador y cada vez que lo pienso, acabo llorando. Aitite está ya mayor y tiene artrosis avanzada. Temo por él y por su salud, hace frío y llueve sin parar últimamente, ¿dónde se los habrán llevado? Tengo el corazón en un puño, triste y encogido. Amama, Elurne y yo estamos desesperadas, nos hemos quedado solas y no sabemos qué pasará. Todas las mañanas bajo al

pueblo con la yegua a llevar huevos y a enterarme de las noticias que llegan desde la capital. Nunca son buenas; de hecho, cada día son peores.

El año pasado, en Cárcamo, un pueblo cercano a Kuartango, un pelotón de hombres fusiló a cuatro vecinos del pueblo a sangre fría, sin importarles sus familiares ni amigos allí presentes, que nunca lo olvidarán. Y en marzo de este mismo año, el General Mola ordenó el fusilamiento de decenas de hombres, en su mayoría alaveses, en el puerto de Azaceta. En Kuartango han detenido a más hombres aparte de aita y aitite, y al igual que nosotras, otras familias están buscando desesperadamente a sus hombres por toda la provincia. Hay vecinos que opinan que los tienen presos en algún lugar controlado por los alzados, y hay quienes afirman que ya estarán en las cunetas, muertos, con los cuerpos ya resecos por la cal viva con la que los entierran. Yo no sé qué pensar, el cerebro me duele de tanto darle vueltas. ¿Habéis tenido alguna vez la sensación de que hay tantos pensamientos negativos volando por vuestra mente que algún día chocarán y os estallará la cabeza? Así me siento yo ahora mismo, no puedo dormir y no puedo pensar con claridad. Cuando escuchamos la radio en la cocina, en silencio las tres, cuentan que miles de hombres están muriendo, que ya hay miles de muertos en ambos bandos. ¿De verdad creen necesaria semejante carnicería? El pueblo está intentando llorar a sus muertos en paz, pero cuanto más avanzan los alzados, más muertos van dejando tras de sí. ¿Es que no es posible el entendimiento? ¿Nunca detendrán esta masacre? En varios pueblos de Kuartango hay vecinos que apoyan al General Franco, que es quien encabeza el alzamiento, y se han alistado en el ejército y en las filas carlistas para continuar apoyando la sublevación en Bizkaia. El resto de los vecinos, los que no creemos en el alzamiento sino en respetar lo que votó el pueblo en su día, estamos callados y con la cabeza gacha. Vivimos con miedo, intentando continuar con nuestras labores diarias sin llamar la atención del cura ni de los guardias civiles que hacen rondas diarias por los pueblos del Valle. Sentimos pavor especialmente hacia un hombre malvado, un asesino de carne y hueso, un zapatero llamado Bruno Ruiz de Apodaca que es alavés como nosotros. Cuentan que es terriblemente sangriento y que se jacta de haber matado a más de cien hombres de la provincia él solo. Los que han sido testigos de sus actos aseguran que ejecuta a sus víctimas con una sangre fría y una mirada heladora que paraliza el alma. Deseo más que nada en el mundo que aita, aitite o el tío Kepa nunca acaben delante de este demonio. Hasta los hombres más valientes del Valle tiemblan al mencionar su nombre, y yo, al imaginarlo, no puedo evitar que me venga a la mente Tartalo, uno de los gigantes más malvados de nuestra mitología.

Tartalo, según las leyendas, es un cíclope que mide más dos metros, es un gigante hediondo con un solo ojo que vaga por los bosques pastoreando sus ovejas y que se alimenta de mujeres, niños y hombres jóvenes. Le gusta la carne tierna y olfatea el aire concienzudamente mientras camina para identificar dónde están sus presas. Cuando por fin los caza, primero se bebe su sangre y después se come el cuerpo a dentelladas, incluidos los huesos y el pelo. Amama siempre nos ha dicho que Tartalo sigue vivo en el bosque y que sus vástagos semihumanos pueblan también las tierras vascas, y dice que heredaron su instinto de matar humanos para saciar su sed de sangre. Hoy me pregunto si no será verdad que ciertos hombres llevan algo así como el espíritu de un Tartalo dentro, y realmente les gusta cazar y matar seres humanos. Que disfrutan al torturarles, hacerles sufrir e infringirles dolor. Este tal Bruno Ruiz de Apodaca parece uno de ellos. Según las leyendas, la única forma de librarse de un Tartalo es utilizando toda tu argucia e ingenio porque son en realidad bastante tontos, pero me temo que este Bruno tiene ya demasiado poder en Álava como para hacer nada ingenioso ni valiente contra él. Cada mañana me despierto con el temor de que alguien venga con la noticia de que Ruiz de Apodaca se acerca hacia aquí. No creo ni por un

segundo que un hombre como él deje vivas a mujeres o niños, como hicieron los hombres que se llevaron al aita y al aitite.

En abril de este año nos llegó también la devastadora noticia del bombardeo al pueblo de Gernika, allá en Bizkaia. La legión Cóndor alemana, a las órdenes del dictador Hitler y en apoyo a los sublevados y a Franco, sobrevoló el pueblo dejando caer cientos de bombas sobre la población. Un vecino de Zuhatsu, que se encontraba allí visitando unos tíos, nos ha descrito el atronador ruido de los aviones sobrevolando los edificios, los estallidos de las bombas al caer sobre casas y edificios, los cristales de las ventanas estallando y las piedras de las paredes viniéndose abajo con estrépito, aplastando todo y a todos sin excepción. Sobre todo, nos ha contado con la mirada perdida que no puede dejar de tener pesadillas con los lamentos, los gritos y los chillidos de los vecinos de Gernika. Nos habló de los cadáveres ensangrentados desparramados por los escombros, de los gemidos de los heridos pidiendo auxilio y los sollozos de los familiares al ver a sus seres queridos muertos. Dijo que tuvieron que ponerse a recoger del suelo los brazos y piernas desmembrados de sus familiares, para intentar reconstruir sus cadáveres y darles una sepultura digna. Tardarán años en volver a levantar Gernika, y ahora los habitantes del Norte estamos aterrorizados por otro posible ataque alemán. Si Alemania apoya abiertamente a Franco estamos perdidos.

Yo no entiendo demasiado de política, pero entiendo esto: ningún ser humano debería matar por reclamar tal o cual frontera, por erigirse en jefe de los estados y naciones o por satisfacer su ansia de poder. El ser humano es el único animal que se masacra a sí mismo sin descanso, en todos los continentes y de todas las maneras posibles. Lo hemos hecho desde el principio de los tiempos. Y me entristece, verdaderamente me hace sollozar el alma. No sé qué pasará en los próximos meses, no sé si encontraremos al abuelo y a mi padre, no sé si la guerra acabará algún día y podremos volver a una cierta normalidad. Lo que sí que sé es que esta guerra me ha cambiado para siempre. Ya no soy la María alegre que comenzó a escribir este diario. Desde el comienzo de la contienda he visto y escuchado tanto sufrimiento, tanta miseria, que una pequeña parte de mi inocencia ha desaparecido casi por completo. Ya no veo la belleza de Kuartango como antes, ya no paseo por el bosque con la despreocupación de antaño. Veo adversarios detrás de cada esquina y adivino sombras enemigas donde no las hay. Cualquier ruido me hace saltar de pavor y desde hace meses intento no caminar sola por el bosque si puedo evitarlo. Hoy he venido a pasar la noche aquí a la gruta, con el tío Kepa, porque la última vez que vine a visitarle me dio la sensación de que está perdiendo un poco la cabeza aquí escondido, en total soledad. Lleva tanto tiempo despertándose solo, caminando los pocos metros que hay en esta pequeña gruta e intentando hacer ejercicios para no perder movilidad, sin nadie al que confiar sus pensamientos, nadie que le abrace ni le diga que todo irá bien. Venimos cuando podemos, pero él sabe que no debemos arriesgarnos demasiado. Se ha puesto contentísimo al escucharme llegar. Bueno, en realidad primero se ha asustado al escuchar pasos en el exterior. Pero cuando ha escuchado el canto del cuco ha sabido que era yo. Él me enseñó a imitarlo cuando era muy pequeña, así que ahora es nuestra contraseña. Después de contarle las novedades del pueblo y de la provincia y mordisquear un poco de pan duro, le he intentado distraer contándole historias, aquellas que de niña le contó su propia hermana, amama. Yo me las sé casi de memoria, así que estoy contenta de que al menos he logrado hacerle sonreír un rato recordando los buenos tiempos de su infancia. He traído café y le he echado algo de brandy, así dormiré mejor. Por favor, Diosa Mari, a ti me encomiendo, tú que lo eres todo y que reinas sobre las criaturas buenas y las malas, por favor, ayúdanos. Estoy dispuesta a hacer lo que me pidas, pero no dejes que le encuentren.

Madrid, abril de 2.009

Al abrir los ojos a la mañana siguiente lo primero que vio fue el techo de la habitación, que era feísimo. Natalia había tenido la horrible idea de pintarlo de color salmón, aunque en su humilde opinión no era salmón, sino rosa. Como iluminación tenía una lámpara bañada en oro de la que colgaban cristales de Swarovski y completaban el conjunto unas largas cortinas de seda blanca con mariposas bordadas, muy caras, que iban a juego con el edredón de la cama y los cojines. Era una habitación de niña bien y siempre lo había odiado. Esperaba que el techo de su nuevo piso en Uzanza fuera de otro color, preferiblemente blanco. Pronto se hallaría tumbado en una cama desconocida mirando un techo extraño y esbozó una sonrisa al pensarlo. Le encantaban las misiones clandestinas, eran un mundo paralelo que le permitía hacer un paréntesis en su vida y olvidarse de sus problemas durante un tiempo. Ahora era un hombre nuevo, Miguel García, estudiante. Tenía muchas ganas de llegar y conocer a los tres sospechosos. Los iba a encerrar, de eso estaba seguro. A pesar de que en los últimos días había intentado no pensar en el atentado, le estaba empezando a invadir la tristeza.

Habían pasado ya dos semanas desde la última vez que habló con Luis por teléfono. Le había dicho que estaba bien, aunque bastante aburrido en el País Vasco. Había sido trasladado al norte para cinco años y solamente le faltaban tres meses para volver a Madrid cuando fue asesinado. Miguel había tenido muchas ganas de que llegara el momento de reencontrarse porque Luis era como su hermano y le había echado de menos. Habían ido al colegio y al instituto juntos, y juntos habían decidido convertirse en guardias civiles. Soñaban con servir de ayuda a la sociedad, aportando su granito de arena para que el país fuera un sitio seguro donde vivir, donde los asesinatos, los robos, el tráfico de drogas y de personas fueran desapareciendo. Claramente todo había sido una utopía. Habían pasado un tiempo en el Ejército de Tierra al principio de su formación y se lo habían pasado genial probando tanques, camiones y helicópteros, realizando pruebas de esfuerzo físico, practicando deporte y familiarizándose con las diversas armas. Había estado bien jugar a soldadito durante un tiempo y luego habían comenzado su formación en Madrid. Compartían una habitación mientras Miguel cursaba Ingeniería Informática y Luis Ingeniería Electrónica. Fue duro porque tuvieron que estudiar mucho, pero también fue la mejor etapa de su amistad. Salieron de fiesta, estudiaron mucho y se convirtieron en hermanos con la convivencia. Celebraban los triunfos del otro y se apoyaban mutuamente ante los pequeños fracasos. A Luis le propusieron mudarse al País Vasco porque era el mejor de su promoción y sus ganas de ascenso, junto al plus económico que implicaba, le llevaron a aceptar el cargo. Planeaba ahorrar dinero para volver a Madrid y casarse con su novia, pero la relación a distancia no funcionó. Luis siguió en su puesto, pero echaba de menos a su gente, así que hablaban todas las semanas por videoconferencia. De vez en cuando volvía a la capital y se quedaba con Miguel y Natalia unos días. Eran felices y pasaban horas tomando cervezas y contándose las últimas novedades. Por desgracia, ya no podrían volver a salir de cañas juntos, ir al cine o jugar a la PlayStation durante horas. Le estaba echando mucho de menos.

Suspirando disgustado, se levantó y se duchó, tensando los músculos mientras la ardiente agua caía por su espalda. Se vistió cómodo, un chándal bastaría para lo que tenía planeado ese día, que no era mucho. Quería averiguar todo lo que pudiera sobre Uzanza y Kuartango e ir a pasear a Gorri. También iría de compras a un centro comercial donde renovarían su armario con ropa más

acorde a su nueva identidad. Llenó un bol de cereales con leche, cogió el pienso del perro y lo llevó todo a la terraza para desayunar. Pensó en sentarse delante del ordenador, pero le apetecía más estar al aire libre, era un sábado soleado y la temperatura era muy agradable. Buscó la correa del perro y se aseguró de meter en la cartera su nueva tarjeta de crédito y su nuevo carné de identidad. No pensaba pagar la ropa nueva, al fin y al cabo, el atuendo formaba parte del presupuesto de la misión. Cuando estaba abriendo la puerta de casa sonó su teléfono. Maldiciendo, volvió al salón y descolgó el aparato.

- ¿Diga?

- Miguel, es el Capitán Espinosa.

Mierda... Se había olvidado de llamarle la noche anterior para informarle de que se marchaba. ¿Le habría llamado el Coronel?

- Buenos días, mi Capitán.

- ¿Está ocupado en estos momentos, Teniente?

- La verdad es que sí, estaba a punto de salir de casa.

- Estoy abajo.

Miguel se extrañó al oír esas palabras. El capitán no vivía en el cuartel y no se pasaba por allí muy a menudo.

- ¿Abajo, señor? ¿Dónde?

- En la cafetería. Necesito hablar con usted. ¿Puede bajar?

- Sí, claro, deme dos minutos, por favor.

- Aquí le espero.

Sin decir una palabra más, el Capitán Gracia colgó. Miguel odiaba a su jefe directo. Tenía casi sesenta años; era bajo, gordo y con la cara muy colorada por su problema con la bebida. Tenía un bigote rotundo, gafas cuadradas y no era demasiado inteligente, pero sí un hombre orgulloso y con bastante mal genio. Sobre todo, era un mal jefe, porque se aprovechaba de los triunfos de su equipo, apuntándose todo el mérito, pero les culpaba a ellos si las cosas no iban bien. Miguel no entendía que hubiera conseguido llegar a Capitán, aunque probablemente había sido un enchufe. Se preguntó si se habría enterado ya de que se marchaba. Probablemente, a juzgar por su tono ofendido. Desganado, bajó en el ascensor y se encaminó a la cafetería. Era un local bastante amplio, pero al instante identificó la calva reluciente del Capitán Gracia. Inspiró para coger fuerzas, se acercó a la mesa y se sentó frente a él.

- Buenos días, mi Capitán.

- ¿Cuándo pensaba decírmelo, Teniente? ¿Pensaba llamarme desde alguna playa paradisíaca

tumbado al sol dentro de varios meses?

- Mi Capitán, yo...

- ¡No te atrevas a interrumpirme!

Sus pequeños ojos de rata se clavaron en él, retándole, pero Miguel decidió no perder la paciencia. Fingiendo una tranquilidad que no sentía, pegó un sorbo a su café.

- Eres un desertor, Teniente Pacheco.

- Eso es mentira.

- Cuando las cosas se ponen duras, te vas llorando. No puedes marcharte.

- Claro que puedo.

- Maldita sea, te necesitamos, Miguel. Si te marchas, nos dejas cojos.

- Lo siento, mi Capitán, pero la decisión está tomada.

- Intentaré negociar una subida de sueldo para ti.

- No quiero continuar en el Cuerpo, estoy harto de obedecer y de gestionar mi vida como me ordenan otros. ¿Cómo se ha enterado?

- Me llamó tu querido Narváez esta mañana. ¿Eres demasiado cobarde para venir a decírmelo tú a la cara?

- No. La verdad es que se me pasó.

- ¿Se te pasó?

El Capitán Gracia odiaba al Coronel Narváez y la relación tan cercana que éste tenía con Miguel, porque estaba convencido de que conspiraban contra él para quitarle el puesto. En ese momento estaba furioso y se puso a gritar como un poseso.

- ¡Soy tu jefe, te guste o no! ¡Estas cosas me las solicitas a mí!

- Lo siento, pero siempre he tenido más confianza con el Coronel.

- Me importa tres cojones, tú no te largas. Tienes que quedarte hasta que encontremos a alguien para cubrir tu puesto.

Miguel se le quedó mirando durante unos segundos, dubitativo. Las cuestiones legales no las había comentado con el Coronel, pero intentó rebatirle de todos modos.

- Ese reglamento puede ser ignorado en circunstancias especiales, mi Capitán. Mi dimisión tiene la aceptación del Coronel Jefe del S.I.G.C. y, si fuera necesario, podría conseguir también apoyo

mediante un diagnóstico psiquiátrico. Estoy muy jodido con la muerte de Luis y no puedo seguir trabajando aquí.

- Eres un puto desertor y una vergüenza para la patria.

- Que le jodan.

Hizo ademán de marcharse, pero el Capitán le agarró con violencia del brazo y le miró fijamente a los ojos.

- Si abandonas, no puedes volver. Jamás volveré a aceptarte en mi equipo.

- Métase a su equipo por el culo. Que tenga una buena vida, mi Capitán.

Echándole una última mirada burlona, le hizo un corte de mangas y salió con aire triunfal de la cafetería. Se había desfogado a gusto, y si después de la Operación New Age tenía que volver a trabajar con él, al menos habría tenido el tiempo suficiente para calmarse. Aunque esperaba conseguir una promoción si llevaba a cabo la misión con éxito, por lo que probablemente era la última vez que tendría que aguantar a ese gilipollas como jefe. Fantástico. Silbando con entusiasmo subió a por el cachorro y los dos bajaron juntos al garaje. Los ánimos se le apagaron al detenerse a unos metros de su fantástico bólido rojo. Adoraba ese coche y le había costado muchas horas extra conseguirlo. Le jodía un montón no poder llevárselo. Meneando la cabeza con tristeza entró y encendió el motor, dispuesto a disfrutar de él hasta que se marchase a Kuartango.

Condujo deprisa y aparcó en el centro comercial. Entró en la tienda y pasó una hora probándose ropa de monte, tal y como le había recomendado el Coronel Narvárez. Al mirarse al espejo con sus nuevos atuendos y la barba bastante crecida apenas se reconoció. Era un estilo muy diferente al que llevaba habitualmente. Se compró pantalones, un gorro de lana con sus guantes a juego, botas de montaña, zapatillas de deporte, camisetas, forros polares y un abrigo impermeable. Suponía que con eso ya valdría, pero no pudo evitar acercarse a la zona de pesca y comprar moscas y material para fabricar más. Tenía una gran afición por imitar artificialmente a los insectos de río para luego tentar a las truchas. Esperaba poder pescar en Kuartango. Pagó en la caja con su nueva tarjeta de crédito, encantado con la idea de no haberse gastado un duro de su cuenta. Satisfecho, volvió a poner en marcha el coche y se dirigió al cuartel. Quería averiguar cosas sobre Kuartango y empezar a empaquetar todas sus pertenencias. Al entrar en el ascensor miró su reloj y se sobresaltó, eran ya las cinco de la tarde así que tenía que ponerse manos a la obra de inmediato. Al salir al rellano de la escalera se encontró con una nota pegada en su puerta. Decía: “Eres un hijo de puta traidor. Esta noche fiesta de despedida. A las ocho en la cafetería. No valen las excusas. Si no bajas, subiremos a buscarte. Te echaremos de menos, cabrón.” No había firma, aunque parecía la letra de Martín. Estaba claro que ya se había enterado todo el cuartel de que se marchaba. No era de extrañar, al fin y al cabo, había estado gritándose con el Capitán a la mañana en presencia de varios compañeros. No podría librarse de ellos, eso era seguro. Si no bajaba a la cantina, tal y como amenazaba la nota, subirían a por él a casa probablemente borrachos y berreando así que tendría que abrir la puerta de todos modos. Frunció el ceño porque aquello le iba a estropear la tarde, tenía muchas cosas que hacer.

Empezó por bajar las maletas del camarote y dedicó un rato a escoger lo que iba a llevarse de su armario. Calzoncillos, calcetines, camisetas interiores. Los vaqueros estaban bien, no parecían

demasiado elegantes. Metió sus trajes y su ropa cara en una caja, junto con las corbatas y los zapatos de cuero. Cuando estaba metiendo los calcetines a la maleta se encontró una vieja foto en un cajón. La sacó y, con el corazón latiéndole con fuerza, se sentó en la cama y la observó con los ojos ligeramente humedecidos. Se apreciaba claramente que la foto estaba tomada en el patio de un colegio, por los niños de uniforme que jugaban en unos columpios. Había cuerdas, toboganes, escaleras y puentes colgantes. La cámara estaba enfocada en dos chiquillos, uno rubio y otro moreno, de aproximadamente diez años. Eran Luis y él, trepando por un armazón metálico riendo y jugando sin preocuparse por lo que el futuro les depararía. Luis tenía el pelo rubio rizado y grandes ojos azules y parecía un ángel. La fotografía siempre había estado en su habitación cuando era niño. Al acostarse le solía gustar hablar con la imagen de Luis unos minutos antes de apagar la lámpara e irse a dormir. Hacía meses que no la había visto y se alegró de haberla encontrado en ese momento. Mirando al niño de la foto y, dudoso al principio, comenzó a susurrar.

- Luis, espero que, estés donde estés, te encuentres bien. Te echo de menos. Tus padres están muy tristes, aunque espero que en cuanto pase algo de tiempo estén mejor. Yo ando un poco revuelto. No me puedo creer que no vaya a estar contigo nunca más, tío, no acabo de creérmelo. Las cosas me van mal últimamente, tú has muerto, Natalia me ha dejado y mi madre está muy cabreada conmigo. ¡Ostia, mi madre!

Miguel pegó un salto y dejó la foto en la maleta apresuradamente. Tenía que llamar a su madre y no le apetecía nada en esos momentos. Ella intentaría disuadirle, diciéndole que no tirase su carrera por la borda. Se dirigió al salón con el cachorro mordisqueándole los bajos del chándal y se sentó en el sofá, suspirando. Marcó el número de su madre y esperó un rato. No contestaba, probablemente estaría fuera de casa. Dejó un mensaje en el contestador para preguntar cómo estaba y prometiendo que la llamaría al día siguiente. Para acordarse lo apuntó en una hoja de papel y la pegó en el frigorífico: “Domingo, llamar a mamá”.

Al ver que ya eran las siete y media fue a cambiarse. No le apetecía nada salir, con el jueves había tenido más que suficiente. Se preguntó a qué se referían con fiesta de despedida. ¿Tenían planeado quedarse en el cuartel o ir por ahí de copas? Se puso los vaqueros y una camisa de Gucci, una de sus preferidas, que no iba a poder llevarse a Kuartango. Bajó en el ascensor hasta el primer piso y se encaminó desganado a la cafetería. Al abrir la puerta comprobó que estaba vacía y extrañado, comprobó su reloj. Eran ya las ocho pasadas. ¿Habría leído mal la nota? Esperó de pie unos minutos sin saber qué hacer. De pronto escuchó el sonido metálico de una corneta y sus compañeros entraron en tropel, portando una pancarta colosal que decía: “Traidor, pásatelo bien en tu viaje al fin del mundo”. Había al menos cuarenta compañeros vestidos de uniforme, tricornio incluido, y Manu y Fermín se acercaron a él con un botellín de cerveza.

- Sí señor, joder, Miguel. Bien hecho por marcharte, este cuartel apesta.

- No seas gilipollas Manu, no apesta.

- Que te den por culo, claro que apesta.

- ¿Dónde está Martín? No le veo...

- Bueno, está un poco cabreado de que no le hayas dicho nada a él primero. Al fin y al cabo, sois buenos amigos.

- Joder tíos, es que ha sido una decisión difícil y la tenía que tomar solo.

- Nosotros te entendemos, pero Martín está mosqueado.

- ¿Dónde está?

- Arriba en su casa.

Miguel se sintió culpable por verse obligado a mentir a todos sus amigos y compañeros. Al fin y al cabo, habían sido lo más parecido a una familia que había tenido en los últimos años. Más gente se fue acercando a él para palmearle la espalda, brindar con él y hacerle mil preguntas acerca del viaje. Se sintió muy agobiado y, sonriendo educadamente a todo el mundo, se llevó a Manu a un rincón de la cafetería.

- Tío, voy a ir un segundo a casa de Martín, quiero que baje.

- Inténtalo, pero no estoy seguro de que lo consigas.

- Tú entretén a todo el mundo y yo bajo en cuanto pueda.

Cabizbajo, salió del edificio y se acercó al segundo bloque de pisos del cuartel. Desde la conversación con el Coronel el día anterior no había pensado cómo afectaría a sus amigos su repentina marcha. Cuando Luis se marchó al País Vasco había encontrado en Martín, Manu y Fermín unos colegas fenomenales. Estaba claro que le iban a echar de menos, sobre todo Martín porque trabajaban en la misma sección. No podía culparle por estar cabreado, pero las cosas no eran como él las veía. No podía hablarle de su nueva identidad, así que mientras caminaba pensó en lo que le diría acerca de su supuesto viaje. Al detenerse delante de la puerta de Martín dudó un segundo antes de llamar al timbre. A los pocos segundos se escuchó una voz al otro lado de la puerta.

- ¿Quién es?

- Martín, soy Miguel. Abre la puerta, por favor.

- Que te jodan. Pírate.

- Por favor, necesito hablar contigo.

- No quiero hablar contigo. Vete a tomar por el culo.

- Por favor, abre la puerta.

- No.

Se hizo el silencio y Miguel se preguntó qué hacer. No quería bajar a la fiesta sin él. Se sentó en el suelo apoyando la espalda en la puerta y comenzó a hablar en voz alta para que su amigo lo escuchase.

- Tío, ya sabes lo deprimido y desequilibrado que he estado en las últimas semanas. El asesinato de Luis me ha jodido bien, estoy fatal, y encima me ha dejado Natalia. Tienes que entenderme, en estos momentos no puedo concentrarme en el trabajo. Quiero escapar, quiero dejar atrás los recuerdos de mi exnovia y de mi mejor amigo asesinado, e ir a ver mundos nuevos y pasar un tiempo solo. Tengo que replantearme muchas cosas. No pretendía haceros daño al no contároslo, pero de verdad te digo que la decisión no la tomé hasta ayer mismo. ¿Martín?

- ¿Qué?

- ¿Me has oído?

- Sí.

- Por favor, ábreme la puerta.

Nadie respondió, pero a los pocos segundos Miguel escuchó que su amigo giraba la llave. Cuando la puerta se abrió Miguel vio a Martín en el umbral, con la cara ensombrecida y un tanto triste.

- Joder tío, todo eso lo entiendo. Lo que no entiendo es por qué no has hablado de ello conmigo. Ya sé que no soy tan importante como Luis, pero somos buenos amigos.

- Martín, de verdad que lo siento. No quería hablarlo con nadie, ni siquiera se lo he contado a mi madre.

- Con Narváez sí has hablado.

- Claro, tenía que pedirle permiso para marcharme.

- ¿Por qué dejar el Cuerpo? Pide unas vacaciones o un permiso.

- No puedo hacer esto más. Cada vez que pienso en ponerme el uniforme me imagino a Luis atado a una silla a punto de ser asesinado.

Martín suspiró y le hizo un gesto para que pasara. Era el típico piso de soltero, con ropa desparramada y montañas de platos sin fregar. Entraron en la cocina y Martín le ofreció una cerveza.

- Lo siento, tío, tengo que irme.

- ¿A Asia? ¿Se te va la olla?

Miguel no sabía a qué se refería exactamente, pero supuso que el rumor había corrido de tal manera que se suponía que se marchaba al Este. Pensando rápidamente, le respondió.

- Bueno, Asia, Europa, África, lo que salga. Tengo algo de dinero ahorrado y no voy a planificar nada. De momento me voy a Francia.

- Francia no es tan exótico como Asia.

- No, no lo es.

Sonriendo, Miguel alargó la lata de cerveza hacia Martín, invitándole a brindar y hacer las paces.

- ¿Amigos?

- Claro, para siempre.

- Siento haberte hecho daño, Martín.

- ¿Cuándo te vas?

- El lunes.

- Joder, ¿tan pronto?

- Sí. Y mañana tengo que hacer las maletas, así que esta noche es nuestra última juerga. Por favor, baja a la fiesta.

- No lo había pensado. Tienes razón, hay que aprovechar la noche. Vamos pues, señor viajero, celebremos tu marcha.

Mientras caminaban hacia la cafetería Martín le preguntó sobre el viaje, si pensaba viajar en tren o en avión, si tenía hostales ya reservados... Miguel se fue inventando los detalles y le sorprendió un poco la fluidez con la que le iban saliendo las mentiras. Cuando llegaron a la cafetería fueron recibidos con vítores por el resto de los asistentes a la fiesta. Habían preparado un festín de tortilla de patatas, empanadas gallegas, croquetas, rabas, ensaladas y costillas asadas. Al parecer no pensaban salir de bares sino alargar la fiesta en casa hasta que a cada uno le apeteciera.

Consumieron grandes cantidades de alcohol y compartieron recuerdos de los últimos años con Miguel, que se lo pasó en grande. A pesar de estar harto de la vida del Cuartel, tenía que admitir que siempre había apreciado el compañerismo de vivir rodeado de su gente. A las tres de la mañana alguien tuvo la feliz idea de empezar a cantar viejas canciones militares, que todos corearon con ebrio entusiasmo. A las siete de la mañana solamente quedaban Miguel, Martín, Manu y Fermín, totalmente borrachos y visiblemente tristes de tener que decirse adiós.

- Miguel, te vamos a echar de menos, joder.

- Yo también a vosotros. Sois cojonudos.

- Nos llamarás, ¿verdad?

- No, tíos, sería muy caro. Pero os mandaré algún e-mail.

- Vale, con saber algo de ti de vez en cuando nos basta.

- Y nos cuentas todos los detalles, dicen que en Tailandia puedes pillar con un montón de tías buenas, si quieres.

Manu le miraba con una sonrisa traviesa a través de las gafas.

- No me marcho por ahí a tirarme mujeres, bruto.

- Un polvo no te vendría mal, tío.

- Bueno, me subo a casa. Gracias por la fiesta, ha estado genial. Mañana probablemente no os vea, tengo que empaquetar todo. Venga, tíos, ¿quién me quiere dar un enorme abrazo de hombre?

Se levantaron con entusiasmo de la mesa y se dieron un largo abrazo, prometiéndose estar en contacto y asegurándose que se verían pronto. Después Miguel, tambaleándose, subió en el ascensor hasta su piso. Ya era de día y con la borrachera le parecía que los objetos de la habitación estaban bañados en una niebla blanquecina y borrosa. Se desvistió y se metió en la cama, durmiéndose inmediatamente.

Al cabo de unas horas escuchó entre sueños los ladridos agudos de un perro. Le costó darse cuenta de que no era un sueño, era Gorri el que estaba armando tanto alboroto. La cabeza le martilleaba y la claridad de la habitación le hacía daño en las pupilas, así que volvió a cerrar los ojos con fuerza. Mierda. Se fue incorporando lentamente mientras los ladridos del perro le taladraban el cerebro. Se puso los calcetines y una camiseta y salió a la terraza para calmar a Gorri. Éste le saludó alegremente, callándose al instante. Notó un movimiento cerca de la terraza y vio cómo Marian, la mujer de Isaac, le espiaba desde detrás de sus cortinas. No habían bajado a la fiesta ayer, por suerte. Sonriendo, Miguel le hizo una reverencia y la saludó cuadrándose. Ella, sobresaltada de que la hubiera pillado husmeando, desapareció de la ventana. Miguel rio de buena gana y dio de comer al cachorro. Luego, se dejó caer en el sofá y miró el reloj. ¡Las cuatro de la tarde! Tenía que marcharse al día siguiente y apenas había empezado a guardar sus cosas en las cajas que había comprado el día anterior. Maldiciendo fue a la cocina a buscar unos paracetamoles y comer algo. Al entrar, vio inmediatamente la nota que había pegado allí. Domingo, llamar a mamá. No le apetecía nada hablar con ella, y menos con resaca. Suspirando, sacó dos magdalenas del armario y se preparó un café con leche. Fue al salón y se sentó en la mesa mientras marcaba el número de Ramona en el inalámbrico. Pegó un fuerte bocado a la magdalena mientras escuchaba el tono monótono al otro lado del auricular.

- ¿Diga?

- Mamá, soy Miguel.

- Hola, hijo. Ya recibí tu mensaje ayer. ¿Qué tal estás? ¿Y Natalia?

Claro, su madre no sabía nada de lo que había sucedido. Con un suspiro de resignación comenzó a contárselo todo.

- Natalia me ha dejado.

- ¿Cómo dices?

- Sí. Aparentemente ya no me quiere y lleva unos meses saliendo con otro.

- Miguel, hijo, y te deja ahora precisamente. Es horrible, ¿estás bien?
- No, mamá, la verdad es que no, pero la vida sigue y yo tengo que continuarla sin ella. Y sin Luis, claro.
- Estuve con su madre el otro día, te manda recuerdos.
- ¿Están bien?
- Tienen todavía a la prensa estacionada en el portal intentando llevarse exclusivas.
- Joder, hijos de la gran puta.
- Miguel, cuida ese lenguaje.
- Perdona, mamá.
- ¿Has vuelto ya a trabajar?

Miguel cerró los ojos y volvió a suspirar, ya no podía demorarlo más. Le tocaba mentir a su propia madre.

- Verás, mamá, por eso te llamé ayer. Hay novedades.
 - ¿A qué te refieres?
 - He decidido dejar el Cuerpo.
 - ¿Cómo? ¿Por qué?
 - No puedo más, estoy harto. No quiero volver a ponerme un uniforme, estoy harto de la Guardia Civil y de los recuerdos que me trae trabajar en este entorno. No puedo.
 - Pero, Miguel... ¿Y papá? ¿Qué pensaría él?
 - Por favor, mamá, chantajes psicológicos, no. Si papá estuviera dentro de mi cabeza estaría de acuerdo conmigo. Marcharme es la única opción.
 - Pero si te marchas, ¿adónde irás? ¿Cuándo piensas volver? ¿Vas a pasarte por Mérida a despedirme?
 - No, me marcho mañana y no tengo muy claro cuándo regresaré.
 - ¿Mañana? ¿Has hablado con el Coronel Narváez para ver qué opina él?
- Miguel sonrió levemente ante este último comentario. Si ella supiera...
- Sí, lo sabe. Ha accedido a guardarme todos los muebles y el coche en su casa, a buen recaudo.

- Ese hombre es un santo, gracias a Dios que has tenido la suerte de trabajar con él. ¿Qué opina de este viaje tuyo?

- Está de acuerdo en que un tiempo viajando me vendrá bien. Me ha recomendado Italia y los Países Nórdicos.

- ¿Los Países Nórdicos?

- Sí, y quizás me anime y me marche a Asia también.

- Ya veo que lo has pensado bien.

La voz de Ramona sonaba muy amarga. Claramente, al igual que Martín, estaba muy ofendida por no haber sido consultada en una decisión tan importante.

- Mamá, de verdad que siento no habértelo comentado antes. Lo decidí el viernes e intenté llamarte ayer. Por la tarde los compañeros me organizaron una fiesta de despedida, y no pude llamarte después.

- De los compañeros te despides, pero de tu madre no. Muy bonito.

- Por favor, mamá, no te enfades. No podría soportar la idea de perder a Luis, a Natalia y a ti en tan poco tiempo. Entiéndeme, necesito un cambio.

Oyó a Ramona suspirar y rascar con la uña el cable de su viejo teléfono. Lo hacía siempre que recibía noticias desagradables.

- ¿Necesitas dinero?

- No, tengo suficiente.

- Te haré una transferencia, no hay problema, tengo algún ahorro.

- Ese dinero es para tus gastos.

- Miguel, quiero ayudar a que te recuperes y si ayudarte significa apoyarte para que te marches lejos a buscarte a ti mismo, te apoyaré. Por favor, acéptame algo de dinero.

- Vale, mamá, pero no mucho, tengo planeado viajar barato.

- Te ingresaré dos mil euros, ¿de acuerdo?

- Eso es mucho. No, menos.

- Es mi última palabra. Si cuando vuelvas no te lo has gastado todo, me lo devuelves, ¿de acuerdo?

- Vale, mamá. Gracias.

- ¿Dónde piensas empezar tu viaje?
- Me voy a París mañana, quiero conocer Francia.
- No sabes francés.
- Tampoco inglés, pero me las apañaré, no te preocupes.
- Eres mi hijo, por supuesto que me preocupo. Es una pena que no puedas venir a despedirte. ¿Estarás en contacto?
- No lo sé, será muy caro, pero te llamaré en algún momento, ¿vale?
- Por favor, hijo, inténtalo. No sabes lo que es ser madre y tener un hijo lejos de casa. Me gustaría saber que estás bien, sano y contento.
- Te prometo que te llamaré.
- Gracias, hijo.
- Bueno mamá, voy a empezar a recoger mis cosas, así que te tengo que dejar ya.
- Cuídate, por favor. Y ten cuidado.
- Sí, mamá, tendré cuidado. Adiós y cuídate tú también.
- Adiós, Miguel. Buen viaje.

Cuando colgó el aparato Miguel se sintió aliviado. Al final el trance no había resultado tan complicado. Su madre no estaba contenta, pero por lo menos tampoco estaba demasiado cabreada. Perfecto. Acabó de engullir las magdalenas y el café y marchó a la habitación a seguir con las cajas. A las nueve de la noche había terminado con el baño, la habitación y la cocina. Confiaba en que hubiera vajilla en el piso de Uanza porque no creía poder llevárselo todo. Estaba en el pasillo observando las cajas que se llevaría a Kuartango y preguntándose si cabrían en su nuevo coche cuando sonó su móvil, que estaba en el salón. Lo cogió y pulsó el botón verde tras comprobar que se trataba del Coronel Narváez.

- ¿Diga?
- Buenas noches, Teniente, ¿qué tal va la mudanza?
- Lenta, mi Coronel. Me falta el salón y alguna otra cosa por ahí suelta.
- Mañana tienes que llegar a Kuartango, no lo olvides.
- Llegaré a tiempo.
- He enviado a un agente para llevarte el coche, está aparcado en la zona de visitantes. Ha dejado las llaves en tu buzón con la matrícula anotada en un papel para que puedas identificarlo.

- Gracias, Coronel. ¿Qué coche es?
- Uno grande para que te quepa todo. Cuida bien de los equipos electrónicos, sabes lo mucho que cuestan.
- Por supuesto.
- Te llamaré el martes para ver qué tal has llegado. Buen viaje y, Miguel, ten mucho cuidado. Tienes que andar con los ojos bien abiertos y con los pies de plomo, tiene que salir todo perfecto.
- Sí, mi Coronel. Descuide, tendré mucho cuidado.
- Necesitamos pruebas cuanto antes.
- Me pondré manos a la obra inmediatamente.
- Bien. Buen viaje, hijo; hablaremos el martes.
- Adiós, mi Coronel.

Después de colgar se puso los zapatos y un jersey y bajó los escalones de dos en dos hasta el primer piso, donde estaban los buzones. Le picaba la curiosidad, ¿qué coche le habrían asignado? Abrió el buzón y cogió el sobre abultado que había dentro. Lo abrió y sacó tres llaves que pertenecían a un Peugeot. La matrícula estaba anotada en un papel, tal y como le había prometido el Coronel, así que salió al aparcamiento de visitantes y comprobó que había varios Peugeot. Levantando el brazo, pulsó el botón del mando a distancia y miró a su alrededor esperando que algún coche se abriera. Comenzó a caminar por el aparcamiento siguiendo la misma táctica y por fin, en un extremo alejado, vio brillar levemente las luces de un coche. Era ya de noche, así que tuvo que acercarse mucho. Era un Peugeot 407 azul, largo y oscuro, y la primera impresión que tuvo fue que parecía un coche fúnebre. Joder, no podría sacarse a Luis de la cabeza. No era una maravilla de ingeniería como su BMW, pero era sólido, seguro y tenía un enorme maletero donde se encontraban las cajas prometidas por el Coronel. Entró en el coche y, dando marcha atrás, lo sacó del aparcamiento y lo trasladó hasta la puerta de entrada. En un par de viajes bajó del piso todo lo que ya había empaquetado. Satisfecho, vio que todavía tenía bastante sitio para meter más bártulos. Volvió a dejar el coche en el aparcamiento de visitantes y subió a casa. Tenía un hambre atroz, así que llamó a una pizzería para que le trajeran a casa una pizza familiar a la barbacoa, su preferida. Así no tendría que cocinar ni que fregar. Mientras esperaba comenzó a empaquetar todas las cosas del salón. Las fotos de Natalia las tiró a la basura, no las quería volver a ver. Conservó la enorme televisión y el DVD para llevarse a Uzanza por si en el piso de alquiler no tenían. A las diez y media llegó la pizza y abandonó sus tareas para cenar. Gorri se sentó a sus pies mordisqueando un hueso y él se zampó la pizza en un santiamén mientras veía las noticias. Estaba agotado y todavía no había acabado. Suspirando, tiró la caja de pizza a la basura y bajó en el ascensor a tirar al contenedor las bolsas de basura que había acumulado. Cuando subió a casa decidió que ya bastaba, tendría que cambiar de plan y salir hacia Kuartango al día siguiente por la tarde. Entró en la habitación, ahora totalmente vacía, y se metió en la cama ya sin sábanas. Se alegraba enormemente de no tener que mover los muebles él mismo. Estaba sorprendido de lo poco que le había afectado guardar todas sus pertenencias en cajas; al fin y al cabo, simbolizaban su vida de los últimos años. Pero estaba harto de todo y tenía ganas de marchar. Puso el

despertador a las siete de la mañana. En cuanto despertara, ultimaría los detalles finales y marcharía para el País Vasco. Tenía mucho trabajo que hacer allí. Espiar, escuchar y conseguir pruebas contra los tres supuestos etarras, Unax, Elurne y Zigor, para arrestarles. Con esos pensamientos, se durmió profundamente.

Cuando empezó a sonar el despertador se incorporó rápidamente. Había dormido como un tronco y se sentía descansado y con ganas de marchar cuanto antes. Saltó de la cama con energía y, tras dar de comer a Gorri y tomarse un café, acabó de empaquetar el salón. Era consciente de que no le había dado tiempo a averiguar nada sobre Kuartango, pero tendría que dejarlo para el día siguiente. Solo le quedaba de vaciar el estudio, lleno de aparatos informáticos, libros, vídeos, cuadernos y folios. Suspiró mientras decidía qué llevarse y qué dejar atrás. El portátil que descansaba sobre la mesa había sido especialmente preparado por Miguel para su trabajo, así que se vendría con él, junto a los diversos aparatos a los que estaba conectado. Había creado varios programas informáticos que almacenaba en discos duros guardados en cajas especiales y también se los llevaría. Calculando el espacio que le quedaba en su nuevo coche, cogió también varios libros de Historia y de Informática. Todo lo restante lo metió en las cajas que se llevaría el Coronel. En el peor de los casos y si algo se le olvidaba, se lo podría enviar él desde Madrid. Trasladó al salón todas las cajas, las amontonó contra una pared, las cerró fuertemente con cinta aislante y les puso una etiqueta.

Dedicó varios minutos a pasearse por todas las estancias. Aparte de los muebles no había nada a la vista, y sus pisadas hacían eco en las habitaciones vacías. Cuando llegó al salón depositó las llaves del BMW encima de una caja, como le había pedido el Coronel, y se sentó en el suelo con Gorri a su lado. Pensativo, paseó la mirada por la estancia. Llevaba allí casi cinco años, cinco largos años en los que había tenido felicidades y tristezas. Las imágenes de su vida allí le pasaron una a una por la mente. Trabajo, cenas con amigos, noches de sofá con Natalia, días de asueto con Luis... Por una parte, le daba pena dejar atrás todos esos recuerdos, pero parte de él estaba ansiosa por dejarlo todo atrás. Tenía muchas ganas de llegar a Uzanza y ponerse manos a la obra. Decidió llamar a su nueva casera, la señora Julene Chifflet, para avisarla de que llegaría más tarde de lo previsto. Abrió su mochila y sacó la carpeta de la Operación New Age. Encontró el número, marcó y al instante alguien contestó con un marcado acento francés.

- ¿Oui (23), dígame?

- Buenos días, señora Chifflet. Soy Miguel García Martínez, el estudiante de Etnología que va a alquilar su piso.

- ¡Oh oui! ¿Qué tal, Monsieur (24) García?

- Muy bien, gracias, ¿y usted?

- Muy bien, merci (25). Preparando todo para su llegada. He puesto nuevas sábanas y he estado limpiando todo minuciosamente. Le encantará el piso, se lo aseguro. Es coqueto y pequeño, pero muy funcional. Extremadamente práctico y soleado. Llega usted esta tarde, ¿verdad?

- Por eso le llamaba, voy a salir un poco más tarde de lo previsto. Llegaré sobre las nueve de la noche. ¿Sería mucho inconveniente?

- No, Monsieur García, no es inconveniente para nada. Suelo estar en casa y no me acuesto hasta las doce habitualmente. No duermo muy bien, ¿sabe? Es la edad, setenta y cinco años no son para reírse. Los llevo bien, mire usted, pero lo que es dormir no duermo demasiado. La señora Heredia me ha recomendado unas pastillas para dormir, dice que son naturales, pero yo no me fio de pastillas y mucho menos de la señora Heredia. ¿Me entiende?

- Claro, señora Chifflet. Por cierto, puede llamarme Miguel.

- Puede usted llamarme Julene, también.

- De acuerdo, gracias. Julene, quería comentarle otra cosa. A mi profesor de Universidad se le olvidó decirle cuando llamó que traigo un pequeño cachorro de Setter Irlandés conmigo. ¿Será un problema?

- No es grave si no le importa que el cachorro se quede en el jardín. En el piso es preferible que no entre, si no le importa. Ya sabe, pelos, olores... no me hace mucha gracia. Mi hijo le conseguirá una caseta.

- No hay problema, si a usted no le molesta que esté en el jardín.

- Oh no, monsieur, el jardín es particular, tiene usted un trozo de terreno del que disfrutar a sus anchas, a mí no me molestará. Yo misma tengo un perro y Zigor, el otro inquilino, también.

A Miguel empezó a palparle el corazón con fuerza. No sabía si había oído bien, tenía que tratarse de otro Zigor. De otro modo, el Coronel se hubiera enterado. Quizás no fuera un alquiler legal.

- ¿Zigor, dice? ¿Inquilino?

- Oui, alquilo dos pisos en la parte baja de mi vivienda. Un chico muy majo, Zigor Maizkurrena, de aquí de toda la vida. Más o menos de su edad, se llevarán muy bien.

- Eso espero Julene, eso espero. Cuanta más gente conozca, mejor para mi tesis. Muchas gracias por su ayuda, nos vemos esta noche.

- Hasta la noche, entonces. Que tenga un buen viaje, monsieur.

- Adiós, Julene, hasta la noche.

Colgó el teléfono pensativo. Parecía una señora muy agradable, a pesar de que le daba la sensación de que era una de esas personas con diarrea verbal. Eso era bueno, así se enteraría de muchas más cosas y rápido. Más material para investigar, excelente. No se podía creer la coincidencia, uno de los sospechosos vivía muy cerca de él. Sería pan comido instalar aparatos de escucha y cámaras. El problema sería contenerse y no darle una paliza cuando le viera la cara. Quizás era el hijo de puta que había asesinado a Luis. Frunciendo el ceño, se aseguró de que llevaba todo en la mochila. Su nueva identidad, sus nuevas tarjetas de crédito, la carpeta con los detalles de la operación y su nuevo móvil. El viejo lo había guardado en una maleta en el coche. No pensaba utilizarlo; ahora que daba comienzo la misión clandestina no podría tener ningún

contacto con su vida anterior. El coronel Narváez le había pedido que destruyera la carpeta, pero no le había dado tiempo a memorizar todo, así que la destruiría en Uzanza. Tenía también Kleenex, tabaco y las llaves del coche. Perfecto, no necesitaba nada más. Ató a Gorri con la correa y salió al pasillo. Echó una última mirada atrás y salió al descansillo, cerrando la puerta de llave. Adiós, viejo piso. Adiós, vieja vida. Sonriendo, entró en el ascensor y, tras dejar las llaves del piso en la recepción, salió al aparcamiento de visitantes. Subió al cachorro al asiento del copiloto, donde se tumbó inmediatamente con la lengua colgando. Miguel introdujo un CD en la ranura y comprobó que llevaba los mapas consigo. Sacó el coche del aparcamiento y no miró atrás en ningún momento.

La M30 estaba a reventar como de costumbre, pero al entrar en la A1 hacia Burgos vio que el tráfico era menos denso. A las seis de la tarde se detuvo para comer y luego siguió conduciendo. No pensaba en nada en particular, iba tranquilo mirando el paisaje y hablando en voz alta para alegría del perrito. Desde Burgos fue por la autopista hasta entrar en Álava, la primera provincia vasca que pisaba en su vida. Vio colinas verdes y grandes extensiones de trigo y avena. Jamás se le había ocurrido ir a visitar la Comunidad Autónoma, así que miró curiosamente todos los paisajes hasta que empezó a hacerse de noche. Se perdió al coger el desvío hacia Kuartango porque las indicaciones del mapa no eran muy correctas, así que paró en una estación de servicio para que le informaran de cuál era la ruta a seguir. Eran ya las nueve de la noche y le faltaba todavía un trecho para llegar. Según el hombre de la gasolinera tardaría todavía alrededor de una hora. Maldiciendo, se metió al coche y aceleró al máximo. No quería enfadar a la señora Chifflet porque podría ser una de sus mejores fuentes de información durante los próximos días. Al cabo de cuarenta y cinco minutos la carretera empezó a estrecharse considerablemente y se puso a llover a cántaros. Justo lo que necesitaba. No había luna en el cielo y no se veía absolutamente nada. No estaba acostumbrado a conducir por carreteras así. La que llevaba a Uzanza era estrecha y de un único sentido, estaba llena de curvas y se le estaba haciendo muy difícil. A las diez de la noche pasó por Zuhatzu, el pueblo más grande de Kuartango. Desde el coche parecía minúsculo y sin ningún interés apreciable. Al cabo de otros diez minutos vio a su derecha el desvío hacia Uzanza. Entre la densa arboleda había otra estrecha carretera que parecía recién asfaltada y que serpenteaba entre la densidad del bosque. Miguel estaba agotado y deseando llegar para meterse directamente en la cama. Le costó otros cinco minutos sortear las dificultades de la carretera a oscuras con el agua cayendo con fuerza sobre su parabrisas. Por fin entró en el pueblo, que era minúsculo y la luz de sus pocas farolas apenas iluminaba las casonas grandes y fantasmales. Las calles no tenían nombre, así que paró en un lado del camino y miró sus mapas hasta que pudo calcular aproximadamente cuál de esas casas, todas similares, sería su nuevo hogar. Tomó un desvío a la derecha y bajó por la calle mirando de izquierda a derecha. Al final de ésta vio por fin a través del aguacero un cartel en una gran casona que decía: Pensión Chifflet.

Aliviado, aparcó el coche al lado de la verja. La casa parecía enorme, aunque no podía distinguir mucho por la oscuridad. Julene le había dicho que vivía arriba, así que subió las escaleras de piedra y miró al reloj antes de llamar a la puerta. Eran las diez y media pasadas. Oyó unas pisadas tenues y cómo una mano abría lo que parecía un enorme cerrojo. Poco a poco, la puerta de madera se abrió. En el umbral había una viejecita menuda, con el pelo corto y blanco colocado en unos aparatosos rulos azules. Llevaba puesta una vieja bata y zapatillas de casa, y tenía unos oscuros ojos curiosos que le escanearon desde la punta del pelo hasta las plantas de los pies, inspeccionándolo.

- Monsieur Miguel, supongo. Vaya tiempo, ¿eh? Supuse que te perderías, eres un chico de ciudad.

- Sí... lo siento, Julene, de verdad que lo siento. No quería molestarla en mi primera noche aquí.

- No es molestia, no te preocupes Miguel, ya te dije que no me acuesto hasta las doce. Ahora bien, no te importará que no te acompañe abajo, ¿verdad? No quiero salir en medio de este chaparrón y mojarme. Ya sabes, no es bueno para el reuma.

- No hay problema.

- Toma, tengo la llave en el bolsillo de la bata. A ver... dónde está... aquí, oui, eso es. La puerta de entrada está justo debajo de ésta, bajo las escaleras que has subido hasta aquí. Hay una sola llave, pero el piso es muy seguro, no te preocupes. Además, aquí en Kuartango no hay crimen. Perdona que no baje, es que no quiero resfriarme.

- De verdad Julene, no se preocupe. Mañana estaremos.

- Oui, claro, mañana y al día siguiente, y al siguiente. Aquí vivimos todos muy juntitos. Mañana sube a desayunar conmigo y me cuentas un poco sobre ti.

- De acuerdo, eso haré. También usted me tiene que contar cosas sobre el Valle, ¿eh?

- Oui, oui, para la tesis. ¿Te parece bien a las diez? Así descansas un poco.

- Perfecto. Subiré a las diez. Hasta mañana, Julene.

Sonriendo, bajó las escaleras con cuidado ya que la piedra resbalaba. Julene era justo como se la había imaginado, pequeñita y muy habladora. Bueno, al menos ya había llegado. No pensaba ponerse a bajar cajas del coche a esas horas, así que se colgó la mochila al hombro y cogió a Gorri entre sus brazos. Pensaba dejarle dormir dentro esa noche. Se acercó al hueco debajo de las escaleras. Había un pequeño banco de piedra en el que puso al cachorro mientras intentaba abrir la puerta de la entrada. Era una puerta pequeña de madera gruesa, con una ventanita en medio enmarcada por una cortina. La abrió y comprobó satisfecho que no había paredes rosas a la vista. El suelo era de madera de roble bien cuidada, y las paredes de un blanco immaculado. Desde el pasillo se veían cuatro puertas. Abrió la que estaba enfrente de él y entró en la cocina. Era pequeña pero muy moderna y comprobó que tenía vajilla completa, lavadora, microondas y hasta un lavavajillas. Perfecto. La segunda puerta era la habitación. Tenía una cama doble de madera, dos mesillas a juego con un enorme armario y una amplia mesa a lo largo de una de las paredes, con varios cajones. Le pareció muy extraño que no hubiera ventana en el dormitorio, pero al mismo tiempo era un sitio perfecto desde donde poder trabajar sin que nadie pudiera verle. La tercera puerta daba a la salita, que era muy acogedora. Un pequeño sofá situado al lado de la estufa de leña, grande, negra y sólida. No pasaría frío. La estancia tenía muchas estanterías y un mueble bajo enfrente del sofá, donde había una televisión minúscula. La cambiaría de sitio, la suya era mucho más grande. Había dos puertas de cristal que daban al jardín y se asomó para curiosear, pero no pudo ver más allá del umbral porque la noche era muy cerrada. El baño era muy pequeño, pero bastaría para él. Satisfecho, dejó a Gorri en el suelo al lado de la cama y se desvistió. Tenía muchas ganas de dormir. Madrid estaba a años luz, y él tenía una misión muy importante que llevar a cabo. Mientras estaba metiéndose entre las sábanas, escuchó un ruido de

pasos al otro lado de la pared. Zigor Maizkurrenta, el sospechoso, se encontraba allí mismo, justo al otro lado de la pared. Duerme tranquilo, hijo de puta, pensó, disfruta de tu vida una temporada más porque pronto acabarás entre rejas junto con tus amiguitos. Poco a poco, pensando en lo que se encontraría al día siguiente mientras miraba al brillante techo blanco de su nuevo hogar, Miguel cayó en un profundo sueño.

MARI



MARI

Para nosotros los vascos, la Diosa Mari lo es todo. Es el universo, la madre tierra, la soberana de las deidades benignas y malignas y la protectora de los humanos, la tierra, la flora y la fauna. Cuando está complacida, nos bendice con buenas cosechas y animales sanos, pero cuando la ofendemos es capaz de conjurar tempestades, tormentas y huracanes.

Kuartango, julio de 1.940

Estamos en plena época de recolección del trigo en el Valle y es un trabajo realmente agotador. Hemos pasado varios días desde el alba hasta el ocaso con la espalda doblada y la hoz en la mano, cortando todos los tallos lo más rápido posible hasta que hemos terminado con todas las fincas. Cada día al finalizar la jornada hemos esparcido los tallos en la era (26) para esperar a que se sequen y así podamos trillar y ablentar (27). Tengo la espalda reventada y los músculos doloridos, rígidos como el metal. El trabajo en Lamietxe es durísimo, sobre todo desde que se llevaron a aita y a aitite presos hace tres años, porque tenemos que hacer todas las tareas nosotras solas. Por desgracia, no hemos vuelto a verlos ni hemos logrado localizarles en prisiones, hospitales o cementerios. En resumen, seguimos sin estar seguras de si están vivos o muertos. Amama ha ido varias veces a Vitoria para indagar sobre dónde se llevaron a los apresados durante el alzamiento, pero nadie ha conseguido sacarnos de dudas. Creemos, por rumores que hemos oído en el pueblo, que tras arrestarles quizás los llevaron al campo de concentración de Miranda de Ebro, en Burgos, un lugar del que se cuentan las mayores barbaridades. Dicen que allí los militares tienen vía libre para torturar a los presos, violar a las presas y ejecutar a los prisioneros cuando les apetece. No creo que sigan vivos, y lo peor para la abuela es no poder enterrarlos. Por desgracia al tío Kepa, el de Zugarramurdi, se lo llevaron preso pocas semanas antes de acabar la Guerra, en abril del año pasado. Había salido a dar un paseo fuera de nuestra sima escondida del bosque cuando se topó de improviso con una pareja de guardias civiles que patrullaban el monte. Le arrestaron inmediatamente, sospechando sin duda de su pinta desharrapada y salvaje. No en vano el tío llevaba escondido en mi gruta secreta casi dos años. El arresto fue una verdadera desgracia, porque apenas salía de su escondrijo, quizá solamente una vez al mes. Sabemos exactamente cómo le atraparon porque nuestro amigo Luis del pueblo de Gilarte, que es ganadero, pasaba por allí buscando unos terneros cuando escuchó a varios hombres vociferando y los sonidos característicos de pisadas de personas corriendo. Asomándose entre la maleza, observó cómo la pareja de guardias comenzaba a perseguir al tío Kepa. Luis poco pudo hacer porque no quería ser arrestado él también. Sabía que el perseguido era nuestro tío, pero se quedó escondido detrás de un roble centenario sin hacer ruido. Nosotras no le culpamos, en realidad nadie se hubiera arriesgado a salir a defenderle. Cuando desaparecieron valle abajo con el tío esposado, Luis corrió de inmediato a Lamietxe a avisarnos. Se detuvo delante de la puerta de la entrada, sin aliento y con la txapela en la mano, a todas luces nervioso. Su nerviosismo era debido no sólo a tener que darnos tan terrible noticia, sino a que estaba enamorado de mi hermana desde que éramos pequeños. Tartamudeando y con la vista clavada en el suelo, incapaz de mirarnos a los ojos, nos contó cómo el tío Kepa había intentado correr, pero no había llegado muy lejos. Sus músculos, atrofiados por tan largo encierro, habían cedido a los pocos metros al tropezarse con la raíz de un árbol. Nos contó que le esposaron al caer al suelo y que no gritó ni se quejó cuando se lo llevaron. Supongo que la resignación de llevar tantos años escondido pudo con él. Sabemos dónde está preso, en la prisión provincial de Álava en Vitoria, pero no podemos ir a verle porque no nos dejan entrar. Fuimos dos veces a intentarlo, pero no dejan pasar a familiares o amigos, y tampoco nos permitieron dejarle unas cartas. Para agravar más las cosas, se quedaron con la cesta de comida y mantas que le habíamos llevado, así que volvimos a Kuartango con las manos vacías y el alma hundida.

No sabemos qué pasará con él porque, aunque ha acabado la guerra, siguen llegando noticias de fusilamientos en otras zonas del país. Un vecino nos ha contado que el gobierno franquista ha empezado a enviar a los presos políticos a Madrid para construir la nueva y alocada idea del Generalísimo Franco: un monumento en homenaje a los que cayeron luchando a favor del alzamiento militar. Lo que me hace arder la sangre es que, para muchos, los únicos que merecen un homenaje son los muertos de los alzados. Nuestros padres, abuelos, primos y hermanos, algunos de los cuales nada hicieron para merecer lo que les sucedió, yacen enterrados en cunetas, agujeros y fosas comunes en algún rincón perdido del país sin que podamos llorarlos en paz. Franco ha decidido que, como castigo por su rebeldía, los presos políticos ayudarán a construir el monumento y les ha prometido reducirles la condena si lo hacen bien. Sin embargo, nos han llegado noticias de que les hacen trabajar jornadas largas, agotadoras e inhumanas, y que les presionan hasta que caen muertos en el sitio sin apenas alimentarles, darles agua o dejarles descansar. Nos cuentan que sus rostros cadavéricos y sus ojos sin brillo transmiten el deseo que tienen todos ellos, sin excepción, de morir. Los hay de todas las provincias de España, y todos ellos saben que nunca regresarán a sus pueblos o ciudades y que probablemente nunca volverán a besar o abrazar a sus seres queridos. Ojalá no envíen allí al tío Kepa. Lo bueno es que sabemos a ciencia cierta que el tío no está enfermo y que no está sufriendo mucho, al menos por el momento.

Hace unas semanas recibimos la visita en Lamietxe de una de las mujeres más valientes que he conocido en persona, una mujer morena y espigada llamada Itziar. Ya habíamos oído hablar de ella y de sus compañeras de la Red Álava, una organización clandestina encabezada por mujeres que ha tejido en Euskal Herria una red de espionaje y de resistencia al Franquismo digna de ser ensalzada en canciones y poemas. Gracias a ellas, ha podido continuar la comunicación regular entre los presos políticos y el Gobierno Vasco en el exilio. También gracias a ellas, nuestros familiares presos han recibido agua, comida y medicinas en aquellos lugares donde más han hecho falta. Hace tres años que comenzaron su labor, y desde entonces cientos de familias vascas les han dado cobijo y han apoyado a la causa en la medida de sus posibilidades. Cuando Itziar llegó a Lamietxe pensé que a amama le daría un infarto por la emoción. El tío Kepa la conoce, y le habló de Lamietxe y de su escondite en mi gruta secreta en Gibijo durante una de sus visitas a la cárcel provincial. Itziar es enfermera y por lo tanto es relativamente fácil para ella acceder a las prisiones y los centros de internamiento. Nos contó que la Red Álava estaba siendo perseguida cada día más por los espías de Franco, por lo que estaban empezando a buscar vías de escape. Itziar quería preguntarnos si estaríamos dispuestas a cobijar en las simas y grutas de esta zona de Kuartango, temporalmente, a algunas mujeres fugadas de la justicia. La idea es que, si hiciera falta, se escondieran en la sima y al día siguiente les ayudáramos a cruzar la sierra e indicarles el camino para bajar hacia Burgos por el pueblo de Berberana. Al parecer, tienen casas seguras en Castilla y León desde donde viajar a diversos sitios con identidades falsas y llegar de algún modo a Portugal para embarcar en algún buque que zarpe hacia América. Amama accedió a la proposición de Itziar sin dudarlo, pero yo tengo que admitir que la idea me da mucho miedo. ¿Y si nos pillan? Acabaremos en la cárcel, si no fusiladas como tantos otros. La abuela opina que eso no importa, y que al igual que esas mujeres están poniendo en peligro su vida por nuestras familias, nosotras debemos hacer lo mismo por otros. Itziar se quedó con nosotras tan sólo una noche y estuvimos horas hablando junto al fuego; luego ella se durmió en el sofá, agotada, mientras nosotras hacíamos guardia por si llegaban visitantes indeseados.

Se levantó al alba y, tras tomar algo de pan y café y agradecernos nuestra ayuda y hospitalidad, volvió a marcharse para nunca volver. Hemos sabido esta semana que la han arrestado y que no es

la única presa. Parece ser que el Gobierno Franquista iniciará un proceso contra ellas en Madrid, donde probablemente serán condenadas a muerte. Me entristece que pronto caerán las valientes mujeres de la Red Álava, que han ayudado a nuestra causa haciéndose con información, fotos y documentos. Me asombra cuánta gente han logrado ayudar a escapar a Francia y otros países, y no puedo evitar envidiar su valentía. Yo por mi parte, y aunque parezca cobarde, me alegro de que al final nadie haya venido a pedirnos cobijo aquí a Kuartango. No puedo ni imaginarme el miedo que pasaríamos si alguien llama a nuestra puerta para esconderse en la gruta. La amama ahora opina como yo, por fin parece que ve el peligro al que podríamos enfrentarnos y está muy asustada. Dice que claramente la Diosa Mari (28) está poco complacida con su pueblo porque hemos permitido sin luchar que torturen y maten a los nuestros. El otro día amama bajó a Zuhatsu a utilizar el único teléfono del Valle para llamar a su hermana mayor, la que vive en Zugarramurdi. La tía Mertxe le contó que por allí está aumentando el número de familias que vuelven a las viejas creencias y tradiciones, incluso en este clima de persecución de la Iglesia Católica. La abuela está convencida de que nuestra Diosa está enfadada con nosotros. No sé si he escrito mucho sobre Mari hasta ahora, quizás porque estoy bastante desilusionada con ella. Por mucho que diga la abuela que la hemos decepcionado, ¿dejaría una Diosa, o un Dios, que igual me da, que su pueblo soporte semejantes desgracias y que mueran sufriendo de este modo? Tanto dolor, tantas miserias, tantas muertes... Amama está convencida de que Mari necesita que le llevemos ofrendas como en los tiempos antiguos y que hagamos al menos un sacrificio en su nombre. Cuando ha mencionado la palabra sacrificio, mi hermana y yo nos hemos mirado asustadas sin saber exactamente qué decir. Si alguien del pueblo se entera de lo que nos está proponiendo la arrestarán por loca, y probablemente a nosotras también. Si antes de la guerra pocos vecinos de Kuartango practicaban la fe antigua, ahora todavía menos, porque Franco ha instaurado el Estado Católico obligatorio. Los curas cada vez tienen más poder y controlan y vigilan todo lo que hacemos, especialmente aquí en el mundo rural, donde somos pocos y más fáciles de controlar. Nosotras nos vemos obligadas a bajar a Misa al pueblo los Domingos, a comulgar cuando nos ordenan y a participar en las Romerías y los ritos religiosos del Valle, pero no creemos en su Dios.

Nosotras creemos en la Diosa Mari, la personificación de Ama Lurra (29), nuestra madre tierra, la deidad absoluta de todo lo que existe en el universo. Se la describe en los textos antiguos como una mujer alta y voluptuosa de largos cabellos ensortijados, y los que la han visto dicen que es bellísima, generosa, fuerte y poderosa. Dicen que Mari reina sobre los mares, los ríos y las montañas y que controla los vientos, las mareas y los fenómenos celestiales. Mari protege a los humanos y nos bendice con abundantes cosechas cuando nos lo merecemos, pero nos castiga con sequías, inundaciones y grandes catástrofes cuando no somos merecedores de su gracia. Según los textos, se le conocen cuatro moradas en cuatro cumbres de Euskal Herria, siendo la cumbre del monte Anboto en Bizkaia su hogar principal. La abuela cree que también visita el Pico Marinda, su quinto hogar, pero el tío Kepa dice que esa historia la inventó cuando éramos pequeñas para entretenernos a nosotras. En cualquier caso, nosotras nos sentimos muy afortunadas porque a pesar de que Kuartango está lejos del Anboto, podemos ver la cumbre de la morada sagrada de la Diosa desde casa en los días más despejados. Si te sientas en las campas del baserri (30) mirando hacia el monte Gorbea y giras la cabeza unos grados a la derecha, se ve asomar la cima del hogar principal de Mari. Si la cima está despejada, Mari está visitando otros lugares de su tierra, y si la cima está cubierta de nubes, nuestra Diosa se encuentra en casa. Mari surca el cielo de su tierra vasca envuelta en llamaradas de fuego y montada en un carruaje tirado por machos cabríos musculosos y negros, poderosos e imponentes. Yo no sé si ella nos visita en Kuartango o no, pero a mi hermana y a mí nos encantaba subir con amama de pequeñas a la cumbre del Pico Marinda y

dejarle flores, piedras, cartas y amuletos en la cima para complacerla con nuestras ofrendas en su próxima visita al Valle. Ahora que tengo quince años ya no me creo que nos visite aquí en Kuartango, pero no hicimos daño a nadie ayer a la mañana cuando le subimos varios amuletos con la abuela. Si a ella le deja más tranquila, como dijo mi hermana, no hay mal alguno en ello. Hace aproximadamente un año los vecinos de los pueblos altos de Kuartango organizaron una batida para cazar una manada de lobos que llevaba meses matando nuestras cabezas de ganado en Gibijo y Arkamo. Rastrearón el monte y les asustaron haciendo ruido con cacerolas y gritos, dirigiéndolos hasta encerrarlos en la lobera de Labazar donde los mataron a tiros. Yo vi los cuerpos sin vida y eran lobos grandes, con el denso pelaje sucio y enormes colmillos que nunca volverían a matar un cordero. Aproveché el momento y me llevé dos pezuñas con el permiso de los cazadores, porque las patas secas de lobo son amuletos muy poderosos, o al menos eso dice amama. Y ayer dejé como ofrenda a Mari una de las pezuñas en la cumbre del Pico Marinda. Amama, erre que erre, siguió con su idea del sacrificio. Antaño se sacrificaban corderos, terneros o incluso potros, pero para mi asombro y disgusto, ella insistió en subir una de mis gallinas negras, descendiente de las originales que me regaló el tío Kepa hace ya tantos años. Yo intenté quitarle la idea de la cabeza, mis Ayam Cemani son aves rarísimas y me gustaría poder venderlas en un futuro para sacar más dinero para contribuir en casa. No quería matar ningún ejemplar para la Diosa, pero no pude convencer a la abuela. Dijo que como eran animales especiales, oscuros y misteriosos, serían la ofrenda perfecta y Mari quedaría complacida con nosotras. Escogió uno de mis gallos favoritos y lo pasé fatal mientras amama lo metía sin miramientos en un saco, se lo colgaba a la espalda y comenzaba a subir la ladera a buen ritmo. Con lágrimas en los ojos y muy disgustadas, Elurne y yo la seguimos hasta la cumbre en silencio. Eligió una roca plana y, con un suspiro de satisfacción, sacó a mi elegante gallo negro del saco y lo colocó sin miramientos sobre la roca. Elurne me cogió con fuerza de la mano para darme energías, porque sabía lo mal que lo estaba pasando yo. Juraría que los ojos negros del gallo me atravesaban el alma, suplicando clemencia, mientras la abuela, con el pelo blanco ondeando al viento en la cumbre con Kuartango a sus pies, levantaba el hacha y con un golpe seco le cortaba la cabeza, recitando en euskera antiguo los rezos de antaño. Al instante me entraron arcadas y a punto estuve de marearme, pero conseguí mirar hacia otro lado para no ver la densa sangre resbalar hasta el suelo y evitar los ojos negros del gallo que me reprochaban su muerte. Miré hacia Techa, el desfiladero donde las sierras de Badaia y Arkamo se juntan para cerrar el valle. Me concentré en la niebla que bajaba por Techa como leche que se derrama de un vaso, hasta que Elurne me apretó la mano para indicarme que todo había acabado. Los músculos del gallo habían dejado por fin de convulsionar y amama parecía satisfecha, así que dejamos allí el cuerpo inerte del animal y nuestros amuletos y bajamos a Lamietxe a seguir con nuestras tareas y a comer.

Yo no pude tragar bocado, cada vez que me acercaba el tenedor a la boca pensaba en el cuello rebanado de mi gallo y me daban arcadas. Anoche apenas pude dormir pensando en ello. Creo que el sacrificio que hicimos no estuvo bien, pero no quiero ofender a la abuela diciéndoselo. Al menos espero que de algún modo funcione y la Diosa interceda para que los próximos tiempos sean mejores para nosotras. Los últimos años han estado tan llenos de dolor y tristeza y hemos sufrido tanto, que no sé si nos queda energía en el alma para continuar adelante.

Kuartango, abril de 2.009

Temprano a la mañana siguiente Gorri comenzó a pasearse por la nueva habitación y, entre sueños, Miguel oía al perrito olisqueando los muebles y trasteando bajo la cama. ¿Qué hora sería? Se incorporó y encendió la luz de su reloj de pulsera. ¡Las nueve y media! ¿Cómo era posible que hubiera dormido tanto? Estaba totalmente oscuro porque en su nueva habitación no había ventana. Tendría que ponerse el despertador todas las mañanas si quería aprovechar bien su tiempo. Saltó de la cama y se puso la ropa que había dejado tirada encima de la mesa la noche anterior. Bostezando ruidosamente abrió la puerta y una tenue luz inundó la habitación. Observó que las paredes blancas del pasillo estaban decoradas con coloridos bordados enmarcados en madera, con imágenes de pájaros, perros y gatos rodeados de flores. Eran tan horteras que los quitó al instante y los metió al armario. Cuando entró en la salita le gustó todavía más que la noche anterior. La estufa de hierro era preciosa, grande, antigua y primorosamente labrada. Al lado de la mesa había un aparador de roble macizo que parecía hecho a mano y bastante antiguo. Las puertas que daban al jardín tenían grandes ventanales y, deseando contemplar la vista desde su nuevo hogar, se acercó a las sencillas cortinas blancas y las describió. Sólo alcanzaba a ver unos metros porque una densa niebla escondía el paisaje. Hasta donde le alcanzaba la vista podía ver una terraza de tamaño mediano con baldosas de imitación a madera y una mesita de hierro con dos sillas. Abrió las puertas y comprobó que hacía bastante fresco. Tiritando, cruzó la terraza y se acercó a la verja para atisbar entre la niebla. Le pareció ver un árbol solitario a lo lejos pero no estaba seguro porque todo estaba envuelto en una blancura absoluta. Se dio la vuelta y observó por primera vez su nueva casa. Era muy grande y se sorprendió al ver que, a pesar de estar un poco descuidada, era muy pintoresca. El edificio entero constaba de tres plantas. Suponía que las puertas de las viviendas habían sido trasladadas a la parte trasera de la casa recientemente, porque desde su perspectiva en el jardín se veía claramente la parte frontal de la antigua vivienda. La planta baja era donde se alojaban los dos jóvenes, Miguel en el piso de la izquierda y Zigor en el de la derecha. El jardín bordeaba la casa y observó que contaba con un buen trozo de césped en su terreno. Nunca había disfrutado del lujo de tener un jardín y se alegró pensando en los ratos de relajación que pasaría allí. Gorri correteaba encantado entre la niebla y olisqueaba todo lo que encontraba a su paso. En el centro de la fachada, en la planta baja, había un gran arco de piedra donde suponía que había estado la puerta principal en su momento. El arco estaba separado por una verja que dividía el jardín en dos partes, una parte para él, otra para Zigor. Las dos plantas superiores eran la vivienda de la Señora Chifflet, y cruzaban la fachada dos largos balcones de madera desvencijada con multitud de macetas de geranios rojos que alegraban todo el conjunto. Debajo del gran arco en ambas terrazas había dos casetas de perro separadas por la verja. Cogiendo al cachorro entre los brazos lo acercó a su nueva casita de madera. Era bastante espaciosa y el hijo de Julene había tenido el detalle de llenarla con lana de oveja.

De pronto escuchó unos ruidos cercanos y se giró sobresaltado a comprobar de dónde venían. Era un perro bajito que había salido de la caseta del jardín de Zigor y le miraba con ojos curiosos. ¿Sería peligroso? Miguel nunca había visto un perro así. Era de un gris en varias tonalidades, tenía orejas que caían formando un gracioso triángulo al lado de los ojos, enmarcados por grandes cejas, y una larga barba blanca. Era un perro extraño, pero pronto empezó a jugar con Gorri saltando a ambos lados de la verja. Miguel los dejó y volvió a la habitación. Tenía veinte minutos

para inventarse algún detalle de su supuesta tesis porque quería recabar información de la Señora Chifflet inmediatamente. Salió al coche a por su ordenador y se sentó en la mesa de su habitación. Contaba con conexión remota a Internet incorporada y encendió rápidamente el aparato para averiguar algo sobre la Etnología, la ciencia que se dedica al estudio de los pueblos. En Google descubrió que uno de los más ilustres etnólogos vascos era un tal José Miguel de Barandiarán y que tenía diversas publicaciones sobre el tema. Encontró una página web donde se explicaba que la mejor manera de hacer un estudio sobre cualquier cultura era realizar una encuesta etnográfica. Descubrió un documento muy útil al final del artículo y se lo descargó. Tenía ochenta páginas, pero consultó el índice y comprobó que la encuesta se dividía en temas diversos. Había preguntas sobre datos geográficos, la familia, la casa, la alimentación, la indumentaria, las enfermedades y medicinas, la vida religiosa, los ritos de muerte, las explotaciones agrícolas y ganaderas, la artesanía, la educación, el derecho vecinal y las leyendas y supersticiones. No tenía tiempo para copiar las preguntas en un bloc de notas y la impresora estaba sin instalar, por lo que decidió que le haría preguntas sobre temas generales por el momento. Quién vivía en el pueblo, qué tal se llevaban entre ellos, cómo funcionaban las cosas por Kuartango y ese tipo de cosas. Seguro que la vieja se explayaría en sus explicaciones. Apagó el ordenador y se dirigió al baño a asearse un poco. Se sintió muy extraño al mirarse al espejo en su nueva casa. Ya no parecía el Miguel de hacía unas semanas porque su pelo estaba más largo, la barba le daba un aspecto un tanto salvaje y aunque antes sus oscuros ojos estaban siempre alegres, ahora parecían haber adquirido tonos de melancolía y tristeza. Se encogió de hombros y comprobó que era la hora de subir a casa de Julene.

Al abrir la puerta de la entrada observó que la Pensión Chifflet era la última casa de Uzanza. Aunque había todavía mucha niebla se empezaban a divisar colinas y árboles desperdigados por las fincas. Subió las escaleras nervioso porque no se había preparado demasiado, tendría que improvisar. Llamó a la puerta y Julene la abrió casi al instante, sonriendo entusiasmada. Estaba vestida con una bata negra, unas zapatillas de casa verdes y un florido delantal rosa con volantes verdaderamente hortera.

- Buenos días, Julene, ¿qué tal ha dormido usted?

- Muy bien, merci (31), y mira que eso es extraño porque suelo dormir fatal. Quizás el tamborileo de la lluvia me ayudó. ¿Y tú, qué tal has dormido en tu nueva cama?

- Como una marmota, muchas gracias. Es un piso muy bonito.

- Sí, ya te lo dije. Pasa, pasa, no te quedes en la puerta. Mi querido Julián empezó a hacer la reforma antes de morir, pero ay, un infarto no le permitió acabarla. Mi hijo Eneko acabó la renovación de los dos pisos de abajo para poder alquilarlos. Me viene muy bien tener el dinero extra, claro está, y desde que tengo compañía en la casa me siento más segura, sí señor.

Mientras caminaban por el pasillo Miguel observó que la casa era enorme. Claramente, había sido totalmente reformada, porque estaba decorada muy moderna por dentro, con suelos de madera impecablemente pulidos y las paredes recién pintadas. Algunos muebles antiguos habían sido conservados pero la mayoría eran todos recientes y olía a nuevo.

- Julene, mirando la casa por fuera parece que es un estilo muy antiguo, pero por dentro es muy

moderna, ¿no es así?

- Sí, se empeñó mi querido Julián, que en paz descansa. Compramos la casa hace ya cincuenta años, cuando nos casamos, y nunca la habíamos renovado. Había humedades, vigas podridas y no era ya muy segura.

- Es muy bonita.

- Claro, muy bonita y funcional, pero a mí me sigue dando pena. Fíjate que mis hijas se empeñaron en tirar nuestra cama de matrimonio. ¡La cama donde nacieron! Una desfachatez... Pero claro, a mí nadie me hace caso ya, con lo vieja que soy.

Miguel le hizo un gesto de simpatía mientras entraban en la cocina. Estaba situada en la parte que daba al jardín y era muy espaciosa. Había una larga mesa con bancos a cada lado, y Miguel se sorprendió de que una señora que vivía sola necesitase una mesa tan grande. Julene se percató de lo que estaba mirando y sonrió.

- La vieja no necesita tanto banco, ¿eh? Pero lo que no sabes es que somos familia numerosa, le di a mi Julián seis hijos, ya ves, y viven todos aquí en Kuartango con sus familias. Sólo Eneko está soltero; con ese carácter tan cerrado que tiene, nunca le pudo aguantar una mujer. Todos los días viene alguien a comer, así que necesito una mesa grande donde alimentar tantas bocas. ¿Te apetece salir a la terraza a desayunar?

- Claro, Julene, donde quiera. ¿Le ayudo a preparar algo?

- Qué chico más amable. No te preocupes, tengo todo controlado.

Un agradable olor a pan tostado y café inundaba la cocina y la anciana depositó un flan, la cafetera y unos yogures en una bandeja y se preparó para levantarla. Miguel se le adelantó y, cogiendo la pesada bandeja llena hasta los topes con el apetitoso desayuno, siguió a una sonriente Julene al balcón donde había dejado en la mesa una cesta con pan, mantequilla, mermeladas y una jarra de leche cremosa.

- Vaya, Julene, muchas gracias, a mí me hubiera bastado con un café.

- ¿Un café? ¿No sabes tú que el desayuno es la comida más importante? Los jóvenes tenéis que alimentaros bien. Venga, siéntate y come.

Miguel se sentó y sintió rugir su estómago porque la noche anterior no había cenado. Empezó por untar mantequilla y mermelada de fresa en un pedazo de pan tostado y se lo metió en la boca. Estaba verdaderamente delicioso, hacía tiempo que no tomaba una tostada tan buena.

- Julene, está todo estupendo.

- Ah oui, las mermeladas caseras son las mejores. Las hago de varias clases, de fresa, ciruela, manzana, moras, tomate...

- ¿Mermelada de tomate?

- Claro, y bien rica está, además. Aquí tienes un tarro abierto, Pruébala.

Con cara de desconfianza Miguel la probó mientras Julene le miraba expectante. Todavía masticando, le hizo un gesto de aprobación a Julene.

- Ya sabía yo que te gustaría, las mermeladas Chifflet son las mejores de Uzanza.

- ¿Las vende?

- No, son para consumirlas en casa, para mis hijos y para algunos amigos. Luego te daré unos tarros para que desayunes bien todos los días.

- No hace falta, Julene.

- Calla, claro que hace falta. Me ofenderías si no te llevaras mermelada y algún huevo de mis gallinas. Eres mi huésped, y a los huéspedes hay que tratarlos bien. A Zigor le encanta mi mermelada de ciruela.

- Todavía no le he conocido, no le he visto esta mañana. ¿Trabaja?

- Claro, en un taller de coches en Zuhatsu. Es bueno con los coches, a mi Eneko le ha arreglado el Land Rover dos veces ya, y gratis, además. Qué buen muchacho es, me alegro de que decidiera vivir en el piso de abajo, soy muy amiga de la familia y él quería un sitio donde vivir solo, pero sin marcharse de Uzanza. Ya te digo, es un gran muchacho y muy trabajador.

- En un taller trabajará muchas horas al día, supongo. En un valle tan pequeño como Kuartango no puede haber muchos talleres.

- Oui, se levanta pronto normalmente y marcha hacia las siete y media. Vuelve a comer a casa y se echa la siesta, pero por la tarde vuelve a trabajar hasta bien entrada la noche. Es un chico muy trabajador.

La información de Julene era estupenda, podría colarse en el piso de Zigor durante el día para instalar cámaras y husmear en su ordenador.

- Ya me imagino. Le conoceré pronto, espero.

- Oui, seguro que sí. Y también a su novia, por desgracia. Es una chica muy irritante y antipática y yo estoy convencida de que hay algo malvado en ella. No me gusta y creo que no le conviene, es una mala influencia.

Miguel asintió mientras pensaba si la novia antipática de Zigor sería la tal Elurne. Al fin y al cabo, el expediente de la Operación New Age indicaba que estaban muy unidos.

- ¿Y la novia es de aquí? ¿Vive con él?

- No, gracias a Dios ella es de Pamplona y vive allí. Esa Garbiñe no es buena gente, te lo digo yo. Ya la conocerás y estarás de acuerdo conmigo, oui, lo estarás.

Así pues, la pareja de Zigor no era la famosa Elurne. Tendría que averiguar más sobre ella y el tercer sospechoso, Unax, por otras vías.

- Julene, usted tampoco es de aquí, ¿verdad? El acento la delata.

- No, yo soy de Espelette, un pueblo de Lapurdi en el País Vasco Francés, pero me considero kuartanguesa. Si plantas tus raíces en un lugar te conviertes de alguna manera en parte de ese lugar, oui, eso creo yo. Mi Julián, que en paz descansa, fue uno de los refugiados que acogimos en Francia durante la dictadura de Franco. Nos conocimos en París, donde yo estaba estudiando para modista. Fue un romance maravilloso, ¿sabe? Dos vascos perdidos en París, très romántic (32)...

- ¿Le expulsó Franco?

- Oui, y no mencionemos más su nombre, era un demonio más que un ser humano. Pero el exilio hizo que mi Julián y yo nos conociéramos y cuando fue seguro regresar nos vinimos a Kuartango. Mi querido Julián amaba el Valle, era su hogar, y yo me vine contenta, cargando ya con mis tres primeros hijos. Se cambió el apellido por el mío por precaución, ya sabe, por si alguien tomaba represalias de algún tipo. Por eso esta casa es la Pensión Chifflet.

- Y desde su perspectiva de alguien que no es del Valle, ¿qué me puede contar de Kuartango?

- Es el mejor hogar del mundo, vivir aquí es maravilloso. Los paisajes son inigualables y la mayoría de la gente, maravillosa. Claro que siempre hay alguna excepción, como por ejemplo la señora Heredia, que es una arpía. Se cree especial por tener un marido concejal. Y vaya concejal... ¡de derechas!

- ¿Y tanto importa eso?

- En este caso sí, son unos franquistas, incluida la Señora Heredia. Se pasea por la iglesia los domingos adornada con sus joyas caras como si fuera la reina del lugar. Ella y su estúpido marido, Francisco, pretenden borrar del mapa toda la simbología vasca de este Valle, malditos sean.

- ¿Así que la política afecta mucho la vida de Kuartango?

- Claro, siempre sabes con quién juntarte y con quién no. Ya sabes, quién es de tus mismos ideales y quién no. A veces hay excepciones, no soy yo quién para juzgar a la gente pues tengo mis ideas. Pero los Heredia son de la peor calaña y se pavonean ufanos con sus escoltas mientras vocean Viva España. Qué desfachatez, cuando tantas familias han sufrido tanto. Deberían marcharse. Aunque Francisco Heredia sería un buen contacto para ti, podría facilitarte algún documento histórico para tu tesis porque es él quien se encarga de ello en el Ayuntamiento. Pero ve con cuidado, que no te pegue sus ideas peregrinas.

- Lo tendré en cuenta, Julene, muchas gracias.

- A quien deberías ir a ver es a Don Gerardo.

- El profesor de historia del que me habló usted.

- Oui, es un gran hombre. Él también es español, como tú, pero no es irrespetuoso con nuestras costumbres. Le admiramos mucho en el pueblo por su templanza y porque ayuda mucho a la comunidad. Da clases de solfeo y piano aquí en Uzanza y en Zuhatzu, y dirige también el coro parroquial. Sabe mucho de Historia, tanto de España como del País Vasco, y es maravilloso escucharle hablar. Yo me considero una analfabeta, y a veces da charlas en el Txoko(33), un edificio que usamos para nuestras actividades de niños, jóvenes o viejos. Don Gerardo habla muy bien y sabe enseñar; incluso yo he empezado a aprender cosas de Historia y de Arte. Él te podrá ayudar mucho.

- Suena fantástico, podría servirme de gran ayuda.

- Le llamé el otro día y estará encantado de colaborar contigo. Supongo que le gustará tener a otro entusiasta de la Historia en el pueblo para debatir, porque con nosotras las viejas no puede hacerlo, somos unas analfabetas. Pero le queremos mucho, oui, mucho.

- ¿Tiene su teléfono?

- Sí, espera un poco aquí y ahora vuelvo, lo tengo apuntado en un cuaderno. Come un poco más que estás en los huesos. Ay, estos hombres, siempre tengo que asegurarme de que coman bien...

Hablando consigo misma, Julene se levantó y entró en el interior de la casa y Miguel sonrió divertido. Si pudiera inventar un aparato que contase las palabras que pronunciaba cada persona, explotaría con la cháchara de Julene. Qué mujer, no paraba de hablar ni para respirar. Se metió en la boca un trozo de flan, cremoso y dulce, y miró hacia el horizonte. La niebla se había ido disipando y se le cortó el aliento al intuir la belleza del paisaje. Al otro lado de la verja de su jardín había un enorme terreno en el que Julene tenía una huerta preciosa y decenas de árboles frutales. Al fondo se divisaban colinas de un verde intenso, salpicadas aquí y allá con árboles altos y frondosos. En las colinas se apreciaban vacas y ovejas que pastaban tranquilas. Justo detrás de las colinas había una montaña imponente, alta y con forma de pirámide, de escarpadas laderas verdes y con una cumbre rocosa desde la que seguramente podría verse todo el valle.

- Ya estoy aquí. Perdona, Miguel, estoy volviéndome vieja, ya no recuerdo dónde pongo las cosas. Aquí tienes el teléfono de Don Gerardo.

- Gracias Julene, estoy muy agradecido. Está siendo usted muy amable.

Al girarse hacia ella se sobresaltó y estuvo a punto de echarse a reír a carcajadas, porque Julene traía en brazos al perro más feo del mundo.

- Mira, Linda, éste es Miguel, nuestro nuevo amigo. Esta es Linda, mi niña. Es una dama maravillosa y muy dulce, ¿verdad, pequeña?

La perra en cuestión era baja y alargada, gorda, peluda y con la cara aplanada como si no tuviera morro. El pelaje era de un marrón sucio bastante feo, era bizca y no paraba de gruñir en su dirección. Seguro que cuando la vieja la dejara en el suelo le mordería los tobillos.

- Sí, Julene, es muy bonita, pero creo que no le gusto mucho.

- Se acostumbrará a ti enseguida. Con Zigor le pasó lo mismo al principio, pero ahora se llevan estupendamente, él y Bernie.

- ¿Quién es Bernie?

- El perro de Zigor. Tiene nombre inglés, y le da mucha rabia al chaval, pero se lo regaló Elurne, su mejor amiga, y ella le puso el nombre. Vivía en Irlanda y le trajo el perro desde allí hace un par de años.

¡Elurne! Miguel se alegró de su buena suerte, muy pequeño tenía que ser Uzanza para que todos se conocieran tan a fondo. Tenía que averiguar dónde vivía la tal Elurne para pasarse por allí algún día a husmear.

- Me gusta el nombre, le pega al perro ese tan raro que he visto en su jardín. Elurne debe de ser buena amiga suya para regalarle un perro.

- Son como uña y carne desde pequeñitos. El baserri del abuelo de Elurne, que en paz descansa, está muy cerca del baserri de los padres de Zigor y siempre han sido como hermanos.

¿Baserri? ¿Aitas? Suponía que aitas significaría padres, pero lo del baserri ni idea. Quizá fuera la casa. Julene pareció leerle la mente una vez más, porque prosiguió con la explicación.

- Uy, Miguel, perdona, se me olvidaba que no sabes euskera, tendrías que aprender un poco si vas a estar aquí una temporada, te vendría bien para tu tesis y para integrarte mejor en el pueblo. El baserri, caserío en euskera, es la casa tradicional vasca y suelen ser casas de piedra, grandes y sólidas como ésta. Las hay de varios tamaños, pero por lo general siguen la misma estructura. El baserri de Elurne también está aquí en Uzanza y es de los más bonitos del Valle, está lejos del pueblo, detrás del Pico Marinda que es esa montaña picuda que se ve desde aquí. Allí hacen las cosas a la manera tradicional. Quizá consigas que ella te ayude con la tesis, sabe mucho sobre leyendas vascas. Elurne es una chica muy agradable, te gustará. Qué pobre, vaya meses que lleva. En fin, que el baserri es la casa, y los aitas son los padres. ¿Has pensado en aprender nuestro idioma?

- No lo sé, todavía me estoy planteando cómo comenzar con la tesis.

- ¿Sabes mucho del País Vasco?

- No demasiado, la verdad. Estudié Historia y luego me apeteció seguir estudiando Etnología. El último año hemos hecho estudios generales sobre diversas culturas, pero no hemos ahondado en nada en concreto.

- ¿Por qué te decidiste por el pueblo vasco, si eres de Madrid?

- Mi bisabuelo era vasco, de San Sebastián, y mi abuela recordaba con cariño los cuentos que él le contaba sobre su cultura. Me picó la curiosidad y decidí venir a estudiar por mí mismo las tradiciones tan interesantes de la zona.

- Me parece estupendo, ojalá más personas se interesaran por nuestro pueblo de manera positiva y

no para llamarnos terroristas. Terroristas, qué sabrán ellos de terroristas. Los vascos no somos terroristas, quién se creen ellos para venir aquí y acusarnos de esa forma. ¿Cuántos de nuestros hombres han muerto en manos de sus antepasados? Colgarlos, oui, eso habría que hacerles.

El tema estaba tomando un giro que Miguel no quería abordar en esos momentos, así que intentó detener el chorro de palabras que continuaba saliendo de la boca de la señora Chifflet.

- Y eso es justamente lo que yo intentaré demostrar en mi tesis, que los vascos sois un pueblo maravilloso, con tradiciones ancestrales y una historia diferente, quizá malinterpretada en algunos momentos.

Le dolía decir algo así en voz alta, empezaba a estar enfurecido con la anciana. ¿Que no había terroristas en el País Vasco? ¿Negaba la evidencia? ¿Era la vieja partidaria de la banda terrorista? Le parecía increíble, pero debía mantener la calma e intentar no pensar en Luis.

- Miguel, gente como tú es lo que hace falta en este mundo. Gente respetuosa de nuestro pueblo, oui, respetuosa. Y, si te publican la tesis, ¿puede que me vuelva famosa?

- Bueno, la tesis es para la Universidad, la necesito para acabar el Doctorado. Pero la mencionaré a usted como fuente, claro está.

Julene pareció contenta al escucharle y empezó a limpiar la mesa.

- Eres un chico muy agradable. Tengo buen ojo para la gente y mi instinto me dice que eres un chico honesto y educado. Me alegro de tenerte aquí, tú sube cuando quieras o cuando necesites algo, estoy aquí para ayudarte.

- Gracias, Julene. Esta semana subiré a charlar una tarde, ¿te parece?

- Me parece perfecto.

- Gracias por tu ayuda y por el espléndido desayuno.

- Toma, llévate yogures, mermeladas y huevos, necesitas comer que estás demasiado delgado.

Le pasó una cesta repleta hasta los topes, le acompañó a la puerta y le saludó con la mano mientras bajaba las escaleras.

- ¡Que tengas un buen día, Miguel! ¡Agur (34)!

- Adiós, Julene.

Cuando entró en casa no pudo evitar sonreír, la señora Chifflet era una de las ancianas más cómicas que había visto en su vida, y muy sorprendente. Con esa pinta de abuelita hortera no podías imaginar que fuera tan extremista. Miguel dejó la cesta en la cocina y se acercó al coche para descargar el resto de las cajas. En la calle de la Pensión Chifflet había cuatro casas más y todas ellas eran muy parecidas a la de Julene, construidas con piedra caliza y con flores en los balcones. Por lo que podía apreciar, Uzanza era un pueblo pintoresco pero minúsculo. Cuando

acabó de vaciar el coche comenzó a desembalar las cajas que le había dado el Coronel. Colocó los libros de cultura vasca en una estantería y metió los aparatos de espionaje en el cajón del escritorio, que tenía llave. Comprobó que no faltara nada: cámaras, rastreadores, altavoces, tarjetas SIM forenses, receptores, bloqueadores de señal, fibra óptica táctica, decodificadores, grabadoras, un lector digital de huellas dactilares, una cartera con ganzúas para abrir puertas y un pequeño kit de reconocimiento forense. Al abrir la caja del ordenador silbó impresionado. Era una máquina moderna y muy rápida, con toneladas de memoria y lo mejor de todo, acceso ilimitado a todas las bases de datos del país. Valía un pastón y contenía información muy delicada, así que debía tener mucho cuidado con él. Comprobó que tenía acceso a todos los programas necesarios y, satisfecho, sacó también su ordenador personal de otra caja. Sacó el resto de sus pertenencias y ordenó su espacio de trabajo. Guardó la carpeta de la Operación New Age debajo del colchón, no quería que por casualidad entrase Julene a dejar cualquier cosa y la viera. La ropa la dejaría para otro rato, le apetecía más investigar que colgar pantalones en perchas. Eran las doce y media, así que salió al jardín y silbó a Gorri, que se acercó veloz con el rabo girando a toda velocidad. Sonriendo, Miguel le puso la correa y se lo llevó a dar un paseo. No duró mucho. A los diez minutos de caminar a paso lento había llegado al otro extremo del pueblo. Contó como máximo treinta casas y el pueblo sólo tenía cinco calles. En el centro estaba la iglesia, presidiendo una pequeña plaza en la que había una fuente de piedra, tallada con un mapa del País Vasco. Bajo unos soportales estaba la entrada al Txoko, la casa de actividades que había mencionado Julene. Se acercó al tablón de anuncios. Horarios de autobús, ofertas de cursos y clases particulares, carteles de fiestas de algún pueblo... Nada demasiado interesante. Enfrente de la iglesia había una tienda y un bar que se llamaba Taberna Txiki. Comprobó enseguida que bar y tienda estaban unidos; en realidad eran un solo local dividido por dos arcos. La tienda estaba totalmente patas arriba; cajas por doquier, mercancía sin colocar, estanterías viejas e inestables y en el desvencijado mostrador una balanza muy antigua. Comprobó satisfecho que pese al desorden había un poco de todo, así que cogió una cesta y procedió a llenarla con pan, leche, café, magdalenas, chorizo, queso, pasta, mantequilla, tomate, y algo de fruta. Con eso bastaría de momento. Cuando llegó al mostrador vació dudó unos instantes porque no sabía cómo se llamaba el tendero. No tuvo que esperar mucho, pronto un señor orondo con unas gafas gruesas se puso tras el mostrador

- Egun on (35). Disculpe la tardanza, estaba poniendo vinos.

- No hay problema.

- Espere que lo sume en la calculadora, no tenemos máquina registradora.

El hombre acabó de pesar la fruta y sumar los importes de todos los artículos, y el total ascendió a más de treinta euros. Era muy caro, tendría que buscarse algún otro sitio donde comprar. Pasó bajo el arco y entró en el bar, que no era muy grande, pero para un pueblo de ese tamaño suponía que era suficiente. Tenía una barra larga decorada en piedra y madera con muy buen gusto. Los techos eran blancos y grandes vigas de madera antigua lo cruzaban de extremo a extremo. Había varias mesas dispuestas a lo largo de la pared, de la que colgaban fotografías antiguas del Valle y sus habitantes. Completaba el conjunto una enorme televisión que en ese momento estaba apagada. Sólo había otro hombre apoyado en la barra y Miguel lo saludó con la cabeza. El corpulento tendero volvió a cruzar el arco y se acercó a Miguel.

- ¿Qué le pongo?
- Una cerveza, por favor.
- ¿Caña o botellín?
- Caña, por favor.
- Aquí tiene. ¿Está de excursión por Kuartango?
- No, me acabo de mudar aquí.
- ¿Aquí? ¿Dónde?
- En la pensión Chifflet. Estoy acabando mis estudios y necesitaba un piso barato.
- Tenga cuidado con la señora Chifflet, como su propio nombre indica, está un poco chiflada.
- Lo tendré en cuenta.
- Me llamo Txiki y soy el dueño de la taberna.

El hombretón le tendió la mano y Miguel la aceptó, sonriendo.

- Yo soy Miguel.
- Encantado. Y, ¿qué estudias?
- Voy a redactar una tesis sobre la etnología vasca aquí en Kuartango.
- ¿Etnolo... qué? ¿Qué es eso?
- Pues quiero investigar las costumbres de la gente del Valle y hacer una tesis que luego puntuará la Universidad.
- Qué cosas tan raras estudiáis los jóvenes.

El hombre parecía algo lento, hablaba muy despacio y su mirada vagaba extraviada por el local. ¿Estaría borracho?

- Bienvenido a Uzanza, entonces. Ése del rincón es Bixente, el ganadero. ¡Bixenteeee! ¡Etorri ona(36)!

El tal Bixente levantó la vista de su vaso de vino y se acercó con cara de desconfianza. Era un hombre alto y regordete, con una joroba bastante pronunciada y llevaba pantalones embarrados y una camisa de cuadros. Llevaba una boina negra en la cabeza y una cachava en la mano derecha. Olía bastante mal a caca de vaca.

- Bixente, te presento a Miguel. Está haciendo un estudio sobre las costumbres del Valle y va a

vivir en la pensión Chifflet.

Al escuchar esto, Bixente se echó a reír.

- Joder, me cago en Dios, vaya mala suerte, tener que vivir con la Julene, no tendrás un minuto de silencio.

- Sí, ya he comprobado que habla bastante.

- La vieja es una cotorra, no calla nunca. Tenga cuidado o le contará sus cosas a todo el pueblo. ¿Quiere usted saber cuestiones sobre Kuartango?

- Sí, todo lo que puedan contarme. Costumbres, tradiciones, historias.

- Viejas historias tenemos muchas, yo llevo aquí setenta años y tengo muchas historias. Algún día te pasas por mi baserri y hablamos si quieres. Los Kuartangueses somos gente hospitalaria y ayudamos a los vecinos.

- Me encantaría, Bixente, muchas gracias.

- Pásate cuando quieras, es el primer desvío a la izquierda al final de esta calle, a un kilómetro o así verás la explotación donde tenemos las vacas. Aunque nos veremos aquí también para tomar un vino, ¿verdad?

- Eso seguro, no hay más sitios en este pueblo para tomar algo, ¿no?

- ¿Para qué quieres más? En la Taberna Txiki tenemos de todo.

El enorme tabernero parecía dolido por el último comentario de Miguel, que se apresuró a explicarse mejor.

- No te ofendas Txiki, lo que decía es que efectivamente, aunque no hay más bares en Uzanza, éste tiene un encanto especial.

- Es una gran taberna. Mi familia la ha regentado durante varias generaciones.

- Me gusta, Txiki, vendré aquí a tomar cervezas. Muchas gracias por la caña, y gracias a usted, Bixente, por su oferta. La acepto con gusto.

- Agur, Miguel, y bienvenido al pueblo.

Sonriendo y despidiéndose de ellos con la mano salió otra vez a la plaza. Gorri estaba tirando con fuerza de la correa, desesperado por verse solo en medio de un sitio extraño.

Desató al cachorro y tras darle unos cariñosos tirones de orejas caminó hacia casa para preparar algo de comer. Después se preparó un café y saboreó un cigarrillo en la terraza. La vista era maravillosa y a esa hora de la tarde brillaba el sol y se estaba muy a gusto al aire libre. Mientras apagaba la colilla en el cenicero oyó una puerta que se abría y Miguel se giró hacia el jardín vecino, con el corazón latiéndole con fuerza. Un chico de su misma altura, moreno y atlético, salió

de su piso y le miró con desconfianza. Miguel se apresuró a levantarse y miró por primera vez a los ojos a uno de los sospechosos. Tuvo que contenerse para no saltar la verja y agarrarle del cuello. Zigor tenía profundos ojos negros, la mirada ceñuda y cejas espesas. Llevaba el pelo muy corto y un pendiente plateado adornaba una de sus orejas. Miguel se acercó a la verja para presentarse.

- Buenos días, soy Miguel, acabo de mudarme aquí.

- Ya me dijo Julene que venía un madrileño.

- Sí, vengo a acabar mi tesis. Encantado de conocerte.

Miguel alargó la mano para estrechársela, pero Zigor se encogió de hombros y se alejó de la verja, dándole la espalda. No era exactamente un sujeto muy amable, pensó Miguel, que seguía plantado de pie con la mano extendida. Cabreado por aquel desastroso primer encuentro volvió a sentarse en la silla de la terraza y observó a Zigor por el rabillo del ojo mientras fingía leer un libro. Menos mal que Julene había dicho que era un chico agradable. Agradable con ella, quizás. A los pocos minutos Zigor volvió a entrar en su casa, despidiendo a Miguel con un gesto de la cabeza. Miguel le saludó con la mano y entró en la cocina a fregar.

Frunciendo el ceño, enjabonó con rabia los cacharros y los dejó caer con fuerza sobre el mostrador. Zigor no parecía un tío muy abierto, así que no conseguiría nada por las buenas, debía comenzar a actuar. Desde la ventana vio que Zigor se montaba en su coche, un 4x4 bastante moderno, y se marchaba calle abajo en dirección a Zuhatzu, probablemente a trabajar. Se aseguró de que Julene seguía en la huerta, salió de su casa y se encaminó a la puerta de entrada al piso de Zigor. La cerradura era fácil de forzar, pero no creía que hubiera ningún problema en robarle una llave a Julene. Había visto que las guardaba en un enorme cenicero en la cocina. Ya se encargaría de “pedirla prestada” unas horas, le vendría bien tener una copia. Tenía que averiguar si en Zuhatzu podía hacer copias de las llaves. Resolvió marcharse a recorrer el Valle con el coche. Dejó a Gorri en la terraza, arrancó y salió de Uzanza, serpenteando por la carretera. A la luz del día y sin lluvia no parecía tan peligrosa como la noche anterior. Vio que el paisaje se abría ante él; un enorme cielo azul enmarcaba las majestuosas montañas que envolvían el valle, llenas de ovejas, vacas y caballos. Se detuvo en una cuneta y bajó unos metros hasta la orilla del río. En pocos segundos vio las primeras truchas y sonrió triunfante. No eran muy gordas, pero bastarían para pasar algunas horas entretenido con su caña. Volvió animado al coche y condujo hasta Zuhatzu mientras admiraba el paisaje de su nuevo hogar. Zuhatzu era también un pueblo pequeño, aunque tenía más tamaño que Uzanza. Era alargado y estrecho y le pareció un pueblo muy bonito. La zona del río era preciosa. Había altos árboles a ambos lados del río Baias y, al acercarse, comprobó que eran chopos, castaños y plataneros. Dos puentes atravesaban el río, y en una de las orillas estaba el Ayuntamiento y un enorme edificio en ruinas. Se acercó al cartel que había en el césped y leyó la información. El edificio había sido un antiguo balneario, muy famoso durante el siglo anterior, y más tarde un internado Salesiano para seminaristas. En aquellos momentos estaba prácticamente vacío y sólo se utilizaba durante las fiestas. Entró al Ayuntamiento, pero no había nadie tras el mostrador, quizá la secretaria estuviera en alguna reunión. Cogió unos folletos turísticos de una balda y volvió a salir, indeciso. No sabía por dónde empezar la investigación porque Zigor no estaba cooperando por el momento. Tendría que esperar al día siguiente para entrar en su casa, y todavía no sabía nada de Unax y Elurne.

De repente se le ocurrió que lo mejor que podía hacer era volver a casa, coger su caña y bajar a algún recóndito lugar del río para pescar hasta la hora de cenar. Le pareció una idea estupenda y condujo de vuelta a Uzanza silbando entusiasmado. Cogió sus aparejos de pesca y bajó andando hasta la orilla del Río Vadillo, justo a la salida del pueblo. El cachorro le miraba extrañado y olisqueaba los objetos novedosos. Miguel estaba encantado, hacía un par de años que no sacaba tiempo para ir de pesca. Con cuidado se introdujo en el agua y vadeó hasta el centro del río. No había nadie a la vista y el trinar de los pájaros y el rumor del viento entre los árboles eran los únicos sonidos apreciables. Sacó una mosca de la caja que llevaba atada al chaleco de pesca y la enganchó en el hilo de pescar mientras observaba por el rabillo del ojo a tres truchas a pocos metros de él. Empezó a efectuar lentos movimientos con el brazo para que el anzuelo se desplazara de atrás hacia delante y cogiera la fuerza necesaria. Cuando le pareció el momento correcto, detuvo el movimiento y el anzuelo aterrizó en el agua. Las truchas ni se inmutaron. Lo intentó varias veces más, pero los peces se acercaban para después alejarse rápidamente. Parecían listas, las truchas vascas, pero sería mejor si se estuvieran quietecitas, porque al fin y al cabo no pensaba matarlas. A Miguel no le gustaba matar a las truchas, era una de las tantas cosas que Natalia despreciaba de su afición. Según ella, si vas a pescar es porque quieres comer trucha al final del día. Para él, sin embargo, era un deporte. Encontrarse cara a cara con las truchas y enfrentarse a un duelo. ¿Picarían o no? Pero después de capturarlas las soltaba, no quería matarlas y además no le gustaba el sabor de la trucha. Vadeó unos metros río arriba hasta que vio unas corrientes prometedoras. Las piedras del río estaban muy resbaladizas y en un par de ocasiones trastabilló y estuvo cerca de caer al agua. Entre las corrientes vio de súbito una trucha espectacular. Era muy gorda, así que con suerte sería glotona y querría comer más. Con tiento, comenzó una vez más a mover rítmicamente el brazo que sujetaba la caña mientras se acercaba con sigilo. Cuando la mosca cayó al agua, vio a la trucha abrir su gran boca y lanzarse a por el anzuelo. ¡Había mordido! Enrolló el carrete con entusiasmo y la sacó del agua. Era preciosa y la palpó con admiración paseando la mano por el cuerpo brillante y resbaladizo. Con mucho cuidado le sacó el anzuelo de la boca y la depositó de nuevo en el agua; la trucha salió nadando a gran velocidad tan lejos de él como pudo. Y allí estaba, orgulloso y sonriente en la corriente del río, cuando de repente...

- Qué, ¿pican?

Estaba tan concentrado que la inesperada pregunta le hizo perder el equilibrio y caer de culo al agua. Maldiciendo, se levantó y se giró hacia el lugar de donde provenían unas sonoras carcajadas. En la orilla había un chico regordete y no muy alto, con cara simpática y también vestido de pescador. Se estaba riendo de Miguel de tan buena gana que se le había caído al suelo la caña. Claramente intentando aguantarse la risa, el chaval entró en el río a saludarle.

- Perdona, tío, no lo he podido evitar. Joder, tu cara de susto ha sido genial. Me llamo Galder, por cierto.

- Hola, yo soy Miguel. Encantado, pero vaya susto me has dado.

- Lo siento. Sólo quería avisarte, en realidad. En este tramo del río no se puede pescar y si te pillas el guarda te va a meter una multa de la ostia.

- Joder, no me había fijado.

- No vienes mucho por aquí, ¿verdad?

- No. Me acabo de mudar a Uzanza.

- ¿A Uzanza? No me había enterado de que tenemos nuevos vecinos.

- Sí, voy a vivir en la Pensión Chifflet.

Al escuchar estas palabras Galder se echó a reír otra vez. Tenía una cara muy simpática, con grandes ojos color avellana, la nariz aguileña y el pelo ondulado cayéndole por la frente. Apenas podía hablar de la risa.

- Joder, otro que atrapa la Julene. El piso es chulo, pero vives demasiado cerca de la vieja chiflada. Yo mismo pensé en mudarme allí porque mi amigo Zigor vive en el otro piso. Pero yo paso de la vieja chiflada, Zigor está bastante harto ya.

La señora Chifflet parecía ser realmente famosa en el pueblo por charlatana y cotilla. Él ya había comprobado que así era pero, por el momento, la charla interminable de Julene le estaba viniendo muy bien.

- Sí, la verdad es que habla más que respira. Pero bueno, tampoco puede ser muy molesto, ¿no? A mí de momento me cae bien.

- Ya me contarás. ¿Cuándo te mudaste?

- Ayer.

- Claro, por eso no te has hartado todavía. Oye, vamos a salir del río por si nos la cargamos los dos.

- Vale.

Salieron con cuidado para no resbalar y en la orilla Galder se ofreció a enseñarle las zonas del río en las que sí se podía pescar. Unos cientos de metros más arriba había una zona rodeada de grandes árboles y los dos entraron en el agua juntos. Estuvieron intercambiando opiniones sobre la pesca durante una hora y ambos disfrutaron de la compañía del otro.

- Me alegro de que te hayas mudado a Uzanza, ninguno de mis amigos tiene afición por la pesca. De hecho, creen que soy un tanto raro. Ahora por lo menos no seré el único.

- Ahora lo seré yo. Pescador y además no soy de Kuartango.

- ¿De dónde eres, por cierto?

- De Madrid.

Galder se giró hacia él con desconfianza y le miró fijamente a los ojos, calibrando lo que iba a preguntar.

- ¿Y qué hace por aquí alguien de Madrid? ¿Tienes familia aquí?

- No. Mi intención es pescar y estudiar.

- ¿Qué estudias?

- Estudié Historia y ahora estoy haciendo un Doctorado en Etnología. Voy a hacer mi tesis sobre Etnología Vasca, concentrándome en Kuartango y sus tradiciones.

- Pero si no eres vasco.

- Yo no, pero mi bisabuelo sí. Mi abuela me contaba las historias que le había contado él y siempre he sentido curiosidad por esta rama de mis antepasados. Ahora que tengo dinero ahorrado puedo permitirme pasar unos meses estudiando aquí.

- ¿En serio? ¿Y para eso te desplazas hasta Uzanza?

- Sí. Es más fácil investigar aquí, porque puedo conocer a gente que me cuente cosas sobre la zona, solicitar ayuda en el Ayuntamiento y conocer ciertas costumbres con mis propios ojos, como el deporte rural, la cría de ganado, *etc.*

- Pues bueno, espero que disfrutes aquí en Kuartango. Y si necesitas ayuda, sólo tienes que pedirlo.

- Sería perfecto, muchas gracias. De momento estoy conociendo la zona.

- Y pescando ilegalmente, ¿verdad?

Miguel le sonrió contento, pensando en lo amable que era Galder. Le había hecho sentirse inmediatamente cómodo a su lado.

- Y tú, ¿siempre has vivido aquí?

- Claro, mi familia siempre ha vivido en Uzanza.

- ¿Todavía vives en casa?

- ¿Y dónde mejor? No tengo que cocinar, limpiar, planchar o fregar y me llevo bien con mis padres. ¿Dónde voy a ir, a vivir con la vieja chiflada?

Galder meneó la cabeza con una sonrisa traviesa y Miguel se dio cuenta de que le recordaba un poco a Luis.

- Zigor y yo volvimos loca a la vieja en la infancia. Éramos unos cabrones. Nos colábamos por el jardín por las noches y le tirábamos pescado podrido a los balcones. Era genial, se ponía histérica si nos oía, pero no podía ver quiénes éramos. No entiendo que Zigor tenga los huevos de vivir allí ahora. Yo me arrepiento un poco.

- Bah, no te arrepientas mucho. Mi amigo Luis y yo hacíamos lo mismo, por el patio interior de

nuestro edificio de Me... Madrid. Había una vieja urraca cotilla que vivía enfrente de Luis. Le tirábamos cualquier cosa por la ventana: papeles con insultos atados a castañas, pinzas, e incluso una vez recogimos cagada de paloma del ático y la metimos en un sobre para lanzársela.

- Nosotros éramos los traviesos del pueblo y vosotros los de ciudad.

- Exacto.

- Caca de paloma, ¿eh? ¿Cómo no se nos ocurrió lo de la mierda? Mira que en este pueblo hay mierda de todo tipo, de gallinas, conejos, vacas, ovejas, cerdos. Se lo tengo que contar a Zigor, qué gran idea.

- Nosotros tampoco pensamos en el pescado podrido, hubiera sido otra idea genial. Es una pena que yo a Luis no se lo puedo contar.

Estaba hablando más de lo que debía, no debía haber hablado de Luis en su nuevo entorno.

- ¿Por qué no se lo puedes contar?

- Porque murió el año pasado. Accidente de coche.

Ya está, ya estaba dicho, se podía haber inventado cualquier cosa, pero le había salido así. No pensaba contarle lo del atentado.

- Lo siento mucho, tío.

Estuvieron en silencio unos minutos mientras la oscuridad les iba envolviendo. Cuando pescaron una última trucha cada uno decidieron acabar la sesión de pesca.

- Miguel, ¿te vienes a tomar una cerveza a la Taberna Txiki?

- Me encantaría, estoy algo reseco.

- Vale. Te veo allí, primero voy a dejar las cosas en casa.

Se despidió de Galder con la mano y tuvo que contenerse para no ponerse a dar saltitos por la orilla del río. Había llegado y besado el santo, como decía su madre. Conocer a Galder había sido genial en dos aspectos. En primer lugar, parecía un tío legal y agradable, y además podía acercarle a Zigor y a su mundo. De muy buen humor, se quitó los aparejos de pesca y, con Gorri a su lado, subió a casa caminando a paso ligero. Estaba tarareando una canción cuando sonó su teléfono. Era el Coronel Narváez.

- Buenas tardes, mi Coronel.

- Buenas tardes, Teniente. ¿Qué tal la llegada?

- Bien, ya estoy instalado y cómodo en mi nueva residencia.

- ¿Te gusta?

- Mucho, es un pueblo muy tranquilo.

- ¿Alguna novedad?

- Vivo pared con pared con Zigor Maizkurrena. La señora Chifflet alquila dos pisos.

Se hizo un silencio al otro lado del aparato.

- Miguel, aquí dice que Zigor vive en otra zona del pueblo.

- Ya, pero vive en la Pensión. Debe de ser un alquiler informal o algo así.

- ¡Esa es una noticia excelente!

- Sí, mi Coronel. Mañana mismo tenía pensado entrar a instalar cámaras.

- Perfecto, cuanto antes comiences mejor. Por cierto, cuando hablemos por teléfono deberías llamarme por un nombre en código. Si estás con gente no puedes llamarme Coronel. A partir de ahora, llámame profesor, ¿de acuerdo?

- Sí, profesor.

- ¿Has visto al sospechoso principal?

- Sí, esta tarde en la terraza. No es muy abierto, parece desconfiado y huraño. No voy a conseguir acercarme mucho por el momento.

- Entonces sigue con el plan de las escuchas.

- A Elurne y a Unax todavía no les conozco. Ahora voy a ir a tomar algo al bar del pueblo con Galder, un chico de Uanza, y quizás allí conozca a alguien más. He hablado con la señora Chifflet, me ha dado muchos nombres y he conversado también con el dueño del bar y un ganadero.

- Muy buen comienzo para tu primer día. Por favor, utiliza bien tus horas, no hay tiempo que perder. Cuanto antes encuentres algo, mejor.

- Desde luego, no se preocupe. Los tres sospechosos no estarán libres mucho tiempo.

- Me alegra escucharlo. Por lo demás, ¿qué tal te encuentras? ¿estás echando de menos Madrid?

- No, de momento para nada. Disfrutando de la tranquilidad del campo.

- No te tranquilices demasiado, ¿eh?

- No lo haré.

- Por favor, llámame el viernes con novedades, ¿de acuerdo?

- Así lo haré.
- Y cuidado, no puedes levantar sospechas.
- Claro. Hasta el viernes.
- Adiós, Teniente.

Miguel estaba satisfecho con la conversación, había impresionado al Coronel en su primer día. Se había instalado y empezaba a conocer a la gente adecuada. Dejó al cachorro en casa y se encaminó a la Taberna. No vio luz al pasar por delante de la casa de Zigor, ¿estaría en el bar? Al abrir la puerta comprobó que no era así. Galder hablaba en la barra con un chico moreno vestido de verde, que parecía un cazador. Se acercó a ellos y Galder le dedicó una sonrisa y le guiñó un ojo.

- Miguel, ven aquí. Éste es Iñigo, el guarda de pesca. Éste es Miguel.
- Tú eres el madrileño. Espero que tengas las licencias de pesca en regla.

Tendría que conseguir una licencia o el tipo aquel iba a acabar poniéndole una multa.

- ¿Qué quieres beber?
- Una cerveza.
- ¡Txikiii, una cerveza!

Todos parecían hablar a gritos allí dentro. A esas horas el bar estaba muy concurrido. Galder, Iñigo y Miguel se sentaron en la única mesa vacía.

- Joder, estoy agotado.
- Sí, claro, porque es tan duro ser guarda de pesca...
- Que te jodan, tú no te pasas todo el día caminando por el Valle. Son muchos kilómetros cuadrados de cuestas, ribazos y maleza.
- ¿Caminando? No me jodas, Iñigo, si eres un puto vago. Te echas la siesta en cualquier esquina y luego te paseas otro rato.
- También pongo multas.
- El puto poli de las truchas, eso eres, cabrón. El madero de los peces.
- Gilipollas.

Sonriendo, Iñigo le soltó una colleja a Galder, que no anduvo muy rápido y no logró esquivarla. Miguel decidió unirse a la conversación.

- ¿Ése es tu trabajo, multar a pescadores ilegales?

- No querrás tú también una colleja, puto español, ¿verdad?

Miguel levantó las cejas, sorprendido por la brusquedad, pero vio que el chico moreno le sonreía con ojos bromistas. Decidió seguirle la corriente y le devolvió la sonrisa.

- Pues no, puto vasco, no quiero una colleja. Quizás un azotillo en el culete.

- No serás maricón, puto español. No me jodas, ya sé que soy alto y muy atractivo, pero no me van los hombres peludos.

- Tan peludo no soy, y tranquilo, que me gustan las tías.

- Mucho mejor, puto español. ¿Tienes novia?

- No, me dejó hace un mes.

- Mala suerte.

- Sí.

- ¿Por qué te dejó?

- Porque era una puta pija y a mí no me van las putas pijas. Así que no me amoldé a su forma de entender la vida, y me dejó por otro pijo inaguantable. Dios los cría...

- Y ellos se juntan.

- Bien dicho, joder. Al final me vas a caer bien, puto español. Levanta esa botella y brindemos para que las pijas se quemén en el fuego.

- Oye tío... ¿puedes dejar de llamarme puto español?

- No, me gusta. Te pega. Y no es ofensivo, es cariñoso.

Miguel decidió dejarlo por el momento. El rubio parecía de ésos que se alegran enormemente fastidiando sin maldad a la gente que le rodea. Él no pensaba picar, por lo que decidió cambiar de tema.

- Oye, y aquí de mujeres, ¿qué tal?

- Como vengas a por mujeres te vas a volver a Madrid con las manos vacías.

- Ya te digo, somos los tíos con peor suerte del mundo. Hay muy pocas mozas en Uzanza y las que hay, o son gilipollas o están ya pilladas.

- Sí, menos Elurne. Ella está soltera y es cojonuda.

- Pero Elurne es como nuestra hermana, a la que no tocarías jamás.

Iñigo hizo un vago gesto de asentimiento, pero dejó ver que no estaba del todo de acuerdo con lo que Galder había dicho.

- Yo me la tiraba, Galder.

- Y yo también, pero no se va a dejar.

Miguel no quiso que dejaran el tema de Elurne para intentar averiguar más cosas sobre ella, así que siguió preguntando.

- ¿Está buena?

Galder le miró asintiendo enfático con la cabeza. Iñigo dibujó en el aire la silueta de un voluptuoso cuerpo femenino y silbó entusiasmado. En ese preciso momento se abrió la puerta de la taberna y entró una chica pelirroja con el pelo rizado alborotado por el viento. Saludó a los tres chicos desde la barra y le pidió una cerveza a Txiki. Llevaba unos vaqueros desvencijados, un jersey de lana verde oscuro y unas botas de monte llenas de barro.

- Hablando de la reina de Roma, ahí tienes a Elurne. Miguel, aparta tu abrigo de la silla para que se siente.

La muchacha se giró y empezó a acercarse a la mesa, y Miguel no pudo evitar abrir la boca asombrado. Era la chica más bonita que había visto en su vida. Tenía grandes ojos verdes y una sonrisa deslumbrante con una dentadura blanca muy bien cuidada. Las pecas que salpicaban su rostro le daban un aire travieso. Estaba algo más gordita de lo que a él le gustaban normalmente, pero esa redondez le daba un aire muy sensual. Se sentó en la mesa enfrente de Miguel, se quitó el jersey de lana y, con un gesto teatral, se sentó en la silla y apoyó la frente en la mesa.

- Estoy harta de ovejas, me voy a volver loca. La cabrona de la 21304 me ha mordido hoy, mirad.

Levantó la mano y vieron que tenía el dedo anular vendado. Galder, que la mirada embobado, le auscultó delicadamente el dedo.

- No es nada, Elurne, no te morirás.

- Ya lo sé, pero me jode. Estúpidas bestias. No muerdas la mano que te da de comer, solía decir el abuelo. Sin más, que estoy cansada. ¿Vosotros qué tal?

- Bien, yo he estado pescando esta tarde. Miguel, ésta es Elurne. Miguel ha venido desde Madrid a escribir una tesis.

- Hola, Miguel, encantada. ¿Qué tema has elegido para tu tesis?

- Etnología Vasca. Quiero estudiar a fondo Kuartango y sus costumbres. Galder me ha dicho que igual me puedes ayudar, porque sabes mucho sobre tradiciones y leyendas.

- La verdad es que de leyendas vascas sé mucho. ¿Qué necesitas saber?

- Todavía no he acabado de recopilar todas las preguntas que necesitaría para comenzar la encuesta etnológica. Pero si pudieras dedicarme algún rato, necesito bastante información.

- Yo te puedo contar cuentos vascos a montones, como hago con la abuela. Si no le cuentas cuentos se pone triste...

Miguel la miró extrañado. Al pronunciar estas palabras sus ojos se humedecieron ligeramente.

- Perdonadme, cosas de chica, tengo las hormonas por las nubes. Miguel, si quieres puedes subir mañana a Lamietxe. Tengo que subir a ver las vacas cuando acabe de hacer el queso y puedes acompañarme mientras paseamos. Te contaré historias, ¿te parece?

A Miguel el plan le pareció perfecto, así conocería el entorno de Elurne y tendría la oportunidad de decidir dónde instalaría los aparatos de escucha.

- ¿Lamietxe?

- Sí, es el baserri familiar.

- ¿Y por qué se llama así?

- Mañana te lo cuento, te lo prometo. Pero ahora no tengo fuerzas para nada. Si me invitáis a una cerveza más, me quedo. Si no, me piro, se me ha olvidado la cartera en casa.

Los tres hombres se levantaron de la mesa a la vez, pero el más rápido fue Miguel, que pidió una ronda para todos. Mientras Txiki llenaba los vasos estiró la cabeza hacia atrás para escuchar lo que decían los otros tres en la mesa. Elurne estaba hablando en esos momentos

- ¿Habéis visto a Zigor?

- No, ha ido a ver a Unax para discutir el tema de la reunión.

- ¿Todavía seguís con eso? ¿De verdad os parece tan importante?

- Es el concepto, coño, a ver si no podemos hacer lo que nos da la puta gana en nuestro propio pueblo.

- Cálmate, Iñigo, que te va a dar un infarto. Yo paso del tema. ¿Sabéis si mañana está libre?

- Ni idea. Llámale, ya sabes que es un hombre ocupado.

Miguel volvió a la mesa con los cuatro botellines y al instante los amigos dejaron de hablar de sus cosas. Iñigo se volvió a Miguel y le preguntó:

- ¿Y tú dónde vas a vivir, en alguna casa rural?

- No, vivo en la Pensión Chifflet.

Iñigo y Elurne estallaron en carcajadas al mismo tiempo, y Galder le hizo un gesto de “ya te lo

dije”. Miguel se unió a las risas generales.

- Sí, ya me han dicho que no es el sitio más divertido de Uzanza.

- Bueno, la casa es elegante y cómoda, pero el problema es la dueña.

Comenzaron todos a hablar de la vieja Chifflet y de las travesuras de adolescencia y rieron como niños. Elurne parecía muy cansada y participó poco en la conversación. Era preciosa, no podía dejar de mirarla. Miguel frunció el ceño cuando se dio cuenta de que la chica le había impresionado. No podía descuidarse, ella era una de las principales sospechosas y no podía dejarse embaucar. Era muy bonita, pero pronto pasearía su belleza por el patio de la cárcel. Elurne se enderezó de pronto en la silla y dejó la cerveza en la mesa.

- Estoy agotada, me marcho o me quedaré dormida. Miguel, mañana a la mañana pásate a cualquier hora desde las seis de la mañana hasta las diez, que es cuando suelo subir al monte.

- Vale, me paso hacia las nueve, ¿te viene bien?

- Apunta mi teléfono y me llamas al móvil cuando llegues, porque si estoy en el Gaztandegi (37) no oiré el timbre de la puerta.

- ¿El gasta... qué?

- Donde hago los quesos.

Se intercambiaron el número de teléfono y Miguel apuntó también el de Iñigo y Galder. Era la ocasión perfecta para acumular material para investigar. Elurne se puso el grueso jersey y se despidió. Miguel decidió marcharse con ella. Quedó con Galder en que probablemente se verían a la noche siguiente para tomar una cerveza, y le pegó una colleja cariñosa a Iñigo, que respondió con otra bien colocada.

- Acuérdate de llevar los papeles contigo cuando pescas, puto español, o te quito esa sonrisa tonta de la cara con una buena multa.

- A sus órdenes, puto vasco.

Sonriendo, salió del local con Elurne, que reía abiertamente. Empezaron a caminar por la plaza mientras charlaban.

- Veo que te estás integrando bien, ¿eh?

- Sí. Llevo un día aquí y ya he conocido un montón de gente simpática, no me puedo quejar.

- Los Kuartangueses somos gente sencilla y agradable.

- Ya veremos... Seguro que algún gilipollas también habrá.

- Claro, pero no me gusta cotillear, dejaré que los conozcas tú mismo. Hasta mañana, “puto español”.

Con un gesto de despedida y una mirada traviesa, la pelirroja abrió la puerta de un desvencijado Land Rover que estaba aparcado frente a la taberna.

- No me llames eso tú también, por favor.

- Era broma, Miguel. De todas formas, el nombre “Miguel” no me gusta. Te quedaría mejor Mikel, que es lo mismo, pero no es lo mismo. ¿Me dejas llamarte Mikel?

Él la miró con incredulidad. Ella ya estaba sentada en el asiento del prehistórico Land Rover y le miraba con cara divertida y expectante. Claramente, estaba bromeando. Iba a ser muy difícil tener que investigar a la pelirroja, que podía ser muy peligrosa. No sólo era preciosa, sino que parecía inteligente y sabía atraer a la gente. Decidió que si quería cambiarle el nombre, que lo hiciera. Si eso le aseguraba una mayor familiaridad, mejor; así descubriría con más facilidad sus puntos débiles.

- Si te hace sentirte más vasca llamarme Mikel, llámame Mikel o como quieras. A Iñigo le encantará, porque ya no podrá llamarme puto español.

- Perfecto, pues a partir de hoy eres Mikel. Y no cuentes con que Iñigo deje de llamarte eso, es así el chaval, pone mote a todo el mundo. Pero no se lo tomes a mal, es un buen tío.

- ¿Tú también tienes mote?

- No lo sé, pero si lo averiguas me lo cuentas, ¿vale?

- Vale.

Elurne giró la llave del contacto con un gesto de concentración y Miguel se fijó en que cruzaba los dedos de la mano izquierda. Se escuchó el ruido ahogado de la batería, que no acababa de funcionar. La pelirroja le miró a través de la ventanilla abierta encogiéndose de hombros.

- Era de mi abuelo, no puedo usar mi coche por los caminos del baserri porque no es mío en realidad. Y este cacharro es más viejo que Matusalén. A ver si Zigor le echa un vistazo pronto.

Siguió intentando encender el motor varios minutos mientras Miguel la miraba con cara de tonto sin saber qué hacer. De repente se oyó el estruendoso rugido del motor y poco a poco el Land Rover empezó a temblar con fuerza. Elurne levantó la cabeza en un gesto triunfal, sonriendo de oreja a oreja. Con un movimiento de la mano, despidió a Miguel.

- ¡Agur, Mikel, hasta mañana!

- Agur, Elurne, cuidado con ese trasto.

Con una sonrisa, la muchacha pisó el acelerador y la vieja cafetera comenzó a enfilarse por la carretera que salía del pueblo hacia los montes. La luz del Land Rover era poco potente y Miguel se preocupó por cómo conseguiría llegar a casa con ese trasto.

Tenía la adrenalina a tope, había sido un día muy emocionante. Le costó apenas dos minutos llegar

a casa caminando por la calle débilmente iluminada. Pasó por la puerta de Zigor y comprobó que todavía no había vuelto. Entró a la cocina directamente y se paró delante de la nevera. Estaba hambriento, necesitaba comer algo. Bocata de pan y chorizo, engordaría cien kilos si seguía a ese paso, pero no tenía ganas de cocinar. Estaba un poco mareado por las cervezas que había tomado y se sentó con el bocadillo delante del ordenador. Introdujo los números de teléfono de Galder, Elurne e Iñigo en la base de datos adecuada y comprobó que los móviles estaban registrados debidamente y con la dirección correcta. Mientras masticaba ojeó los datos de la Seguridad Social de los tres amigos y comprobó que no había nada en el archivo sobre Elurne desde hacía diez años. Su carné de identidad estaba caducado pero el pasaporte estaba en regla, registrado en una dirección de Londres. Se suponía que había vivido en Belfast pero, ¿por qué no habría renovado el pasaporte? Era todo muy extraño, pero se sentía demasiado cansado para indagar en esos momentos. Había sido un día muy largo y lleno de emociones. Fue al baño y se duchó con rapidez.

Volvió a la habitación y se metió desnudo entre las sábanas, tumbándose boca arriba con las manos detrás de la cabeza. No se escuchaba a Zigor al otro lado de la pared, no parecía pasar mucho tiempo en el piso y eso le vendría bien por el momento. Al día siguiente pensaba entrar en su casa para instalar los aparatos de escucha y acceder a su ordenador, si lo tenía. También pasaría unas horas con Elurne. A los enemigos es mejor tenerlos cerca, decía siempre su padre. Quería convertirse en un buen amigo para ella, averiguar sus miedos y sus puntos débiles. No sería difícil, la verdad era que había disfrutado del rato en su compañía. Recordó sus ojos verdes e intentó quitárselos de la cabeza. Aquellos ojos verdes podían ser los de una terrorista. Apuntó mentalmente que también debía llamar a Don Gerardo para ir a verle en algún momento. Miguel estaba contento de haber salido de Madrid, se sentía alerta y concentrado en su tarea. Acabarían todos entre rejas, de eso se aseguraría él. Satisfecho, se dio media vuelta y se tapó con el edredón hasta las orejas. En la oscuridad veía brillar las lucecitas de los ordenadores y se sintió en casa. No se escuchaba ningún ruido y en pocos minutos dormía como un tronco.

SORGINAK



SORGINAK

Colaboradoras de la Diosa Mari, las sorginak son las sabias brujas que pueblan nuestras tierras vascas. Son curanderas; lo saben todo sobre las plantas, flores y setas, y elaboran medicinas y ungüentos para remediar nuestros males. También son comadronas y ayudan a las mujeres en el parto. Se reúnen en el Akelarre para bailar y practicar sus rituales mágicos.

Kuartango, octubre de 1.944

Estas últimas semanas han sido mágicas y trágicas en igual medida y no sé por dónde empezar a contar todo. Lo mágico fue la visita de la tía abuela Mertxe y de mi prima Irati las de Zugarramurdi, que vinieron en tren hace unas semanas. Cuando llegó la carta de la tía anunciando su llegada, amama se puso a bailar de alegría en la cocina. Hace años que no han podido verse, aunque se han enviado cartas y postales. Mi hermana y yo nos pusimos muy contentas también, porque no conocemos a la prima Irati, aunque sabemos mucho de ella por las cartas que llegan de Zugarramurdi. Parece mentira que no nos conozcamos, Irati y yo ya tenemos diecinueve años y Elurne veinte. Si miras en un mapa, Zugarramurdi y Kuartango no están tan lejos, pero en tren es largo y caro, y nosotras no tenemos mucho dinero. La tía Mertxe tenía ganas de venir para charlar con amama para contarse viejas historias y también, supongo, para animarse y consolarse por la pérdida de sus hijos y maridos en la guerra. Aunque ahora parece todo muy lejano, el dolor sigue vivo en nuestros corazones. Al tío Kepa al final le fusilaron por negarse a trabajar en las obras del Valle de los Caídos. El hijo y el marido de la tía Mertxe huyeron a Francia, pero fueron apresados por la Gestapo en París cuando Hitler consiguió hacerse con la ciudad.

Desde mi nacimiento he vivido dos guerras, y la posguerra en Álava está resultando penosa, lenta y complicada. La Segunda Guerra Mundial todavía no ha acabado, pero por fortuna aquí en Kuartango nos está afectando en menor medida. Los vecinos de Uzanza nos han contado que los aliados avanzan y parece que Hitler tendrá que seguir retirándose. Ojalá le corten la cabeza y así acaben las torturas, violaciones y muertes que ha causado. Ojalá cierren pronto esos terribles campos de concentración en Alemania y en Polonia, de los que nos llegan noticias de vez en cuando. Por aquí por el Valle se rumorea que algunos nazis han empezado a huir, porque se huelen que la guerra está perdida ya. Hay muchos nazis en San Sebastián que, arropados por Franco, viven como señores mientras ejecutan labores de espionaje para Hitler. Mi amigo David ha oído decir en Izarra que los nazis están intentando crear corredores seguros por toda Europa, para huir en caso de que pierdan la guerra. Le contó un ganadero que los nazis opinan que nuestros valles y montañas alaveses, muy poco habitados, son posibles sitios donde esconderse. Espero que marchen por otro sitio, porque nosotros ya hemos tenido bastante de criminales y asesinatos. Me asustan mucho los rumores, ya tenemos bastante temblando cada vez que nos encontramos con los guardias civiles por el monte y el pueblo, vigilando que no nos salgamos de nuestros hábitos diarios. Si alguna vez me encuentro un alemán nazi en el bosque estoy convencida de que me dará un infarto.

Volviendo a la visita de la tía Mertxe, resulta que llevaba meses planeando el viaje y la prima Irati insistió tanto que al final la tía accedió a que pudiera acompañarla. Quería conocernos y ver con sus propios ojos Kuartango, porque Elurne y yo se lo hemos descrito en cartas como un valle espectacular y mágico. Bajamos a buscarlas a la estación de tren de Zuhatsu, que ese día estaba abarrotada por las llegadas de viajeros que venían a probar las aguas del Balneario. Hace años, Zuhatsu era una aldea poco conocida. Su gran fama y apogeo llegaron cuando se descubrieron las fuentes y surgencias de aguas sulfurosas de Fuente Negra durante el siglo pasado. Las aguas sulfurosas son muy beneficiosas para la salud, y los médicos recomiendan baños largos y relajantes en sus aguas para mejorar la calidad de vida y curar decenas de dolencias. El Balneario abrió sus puertas por primera vez en 1.879, y desde entonces no para de llegar gente adinerada a

Kuartango a curar sus síntomas y a relajarse. La mayoría vienen y se marchan en tren, y por eso el día que fuimos a buscar a la tía y a la prima me agobié un poco. A mí no me gusta el gentío. Aquel día estábamos todos apretujados en el andén como sardinas en lata, y me dio la sensación de que aquellos desconocidos robaban mi intimidad. Cuando bajaron del vagón, recuerdo ver a Irati y pensar que era todavía más bonita de lo que nos la había descrito amama. Era más alta que yo, delgada y espigada, y tenía el largo pelo rubio recogido en una coleta, con ensortijados mechones rebeldes que caían por su rostro dándole un aire travieso. Su sonrisa era preciosa, con una hilera de brillantes dientes blancos que lucía orgullosa mientras levantaba la mano para saludarnos alegremente. Después de fundirnos en un abrazo fuimos a tomar un vino al bar Pepón, en Zuhatzu, antes de subir a Lamietxe. Pepón es un hombre orondo y sonriente, que recibe a sus visitantes con alegría y tocando su acordeón. Ese día estaba muy animado y nos amenizó la conversación con canciones populares que varios vecinos, ebrios ya, corearon con entusiasmo.

Más tarde subimos a Lamietxe en nuestra vieja carreta, señalándole a Irati con el dedo las cumbres de Kuartango. Los altos de Oteros, Ganalto y Pititurri en la sierra de Badaia, los de Kruzeta, Montemayor y Peña Colorada en la sierra de Arkamo y cómo no, nuestra montaña sagrada, el Pico Marinda. Al día siguiente daríamos un paseo por las sierras de Gibijo y Gilarte para enseñarle a la prima Irati nuestros parajes favoritos. Lamietxe, nuestra enorme casa de piedra, les gustó mucho, porque está en el mejor emplazamiento del Valle, situada en la falda de Marinda y con el bosque de Yarto a sus pies. Les gustó especialmente que no tengamos muchos vecinos porque el pueblo, Uzanza, queda al otro lado de Marinda, a orillas del río Vadillo. Ese día comimos y bebimos hasta reventar, y pasamos horas contándonos anécdotas familiares y riendo hasta que nos dolió la barriga. Elurne y yo llevamos a Irati a recorrer los lugares secretos del bosque en los que habíamos jugado de pequeñas. Cuando llegamos a un claro entre los árboles en el paraje del Jugadero, en Yarto, Irati se detuvo de repente con el rostro iluminado por la emoción y, levantando los brazos hacia el cielo, soltó un gritito de alegría. Yo la miré extrañada, y ella nos dijo contenta que aquel claro del bosque era el lugar ideal para hacer un akelarre (38). Nos organizamos y una noche venimos, encendemos una hoguera y hacemos un akelarre, dijo Irati. Dijo que nos daría buena suerte, porque ella había participado en varios con sus amigas en Zugarramurdi. Yo me puse un poco nerviosa porque un akelarre, una reunión de brujas, es algo serio y así se lo dije; no creo que sea demasiado sensato juntarnos para bailar e invocar a Akerbeltz (39), el diablo. Irati se dejó caer al suelo muerta de la risa. A Akerbeltz no le invocaremos, María, no seas miedica, se burló. Me dijo que bailaríamos bajo la luna alrededor de la hoguera, tomaríamos una pócima secreta y entonaríamos un cántico mágico para que los espíritus nos sean favorables. Yo miré a mi hermana mayor, indecisa, pero vi que ella sí parecía convencida. Asintió entusiasmada y las dos se pusieron a dar saltitos y comentar lo bonita que era esa parte del bosque.

El akelarre lleva en nuestra familia desde los tiempos antiguos. Amama nos contó hace tiempo que una de las mujeres que fue quemada por la Inquisición en el auto de Fe de Logroño de 1.610 en Zugarramurdi, acusada de brujería, era antepasada nuestra, la tatarabuela de su tatarabuela o algo así. La sangre de las sorginak(40), las brujas vascas, corre por nuestras venas. Esas mujeres fueron malentendidas por la sociedad; en realidad no hacían pócimas con sapos o culebras ni conjuros malignos. Tampoco mataban o comían niños, como les acusaban desde la Iglesia. Eran mujeres fuertes y valientes, con un vasto conocimiento de plantas medicinales transmitido de generación en generación, que mezclaban para curar a sus familias y sus animales. También eran parteras y atendían a aquellas mujeres de las zonas rurales que no podían pagarse un médico o que

estaban demasiado lejos de uno cuando llegaba la hora de dar a luz. Es verdad que ellas también creían en la Diosa Mari y en el resto de nuestras deidades, pero eso no significa que fueran malvadas, nada más lejos de la realidad. Nosotras mismas, con amama, recorreremos Kuartango durante el año para recolectar las plantas y setas que necesitamos para hacer cremas y medicinas. Hay gente en Kuartango que cree que somos sorginak nosotras también, pero por suerte la Inquisición ya no existe. Aunque podríamos tener problemas con los guardias civiles o con los curas por lo del Akelarre, así que caminé de vuelta a casa en silencio, muy preocupada por los planes de Elurne e Irati. A la hora de cenar le preguntaron a la abuela cuál sería la próxima noche de luna llena, y saltaron las dos de júbilo al escuchar que sería tres noches después. Amama y la tía Mertxe las miraron extrañadas por tal demostración de júbilo a cuenta de la luna, pero Irati les mintió diciéndoles que nos cortaríamos el pelo esa noche, porque era la mejor fecha para que creciera fuerte y sano. Después de cenar subimos al pajar y empezamos a planificar la salida. Cogimos antorchas, cerillas, una jarra de agua y unos leños y los metimos en un saco. Irati nos enseñó los cánticos que deberíamos entonar a la luz de la luna, y nos los escribió en un papel para que los aprendiéramos de memoria. Nos advirtió que, si no lo aprendíamos de memoria, el akelarre no funcionaría.

Los días siguientes nos dedicamos a buscar por el bosque las plantas que necesitábamos para preparar el brebaje mágico. Para empezar, necesitábamos anís, y echamos a suertes a quién le tocaba robar un vaso de las reservas de amama. Como siempre sucede, me tocó a mí y, con el corazón latiendo a toda velocidad, entré en el salón cuando la abuela estaba ordeñando, abrí la botella, que por suerte estaba bastante llena, y llené la petaca que solía utilizar aítite cuando iba a las ferias. El viernes a la tarde ya lo teníamos todo preparado, y le pregunté a Irati cómo teníamos que vestirnos, porque dice amama que hay varias maneras de vestirse para un akelarre. Ella me sonrió enigmática y me dijo que no debía preocuparme, porque lo tenía todo previsto. Saldríamos en mitad de la noche, cuando amama y la tía durmieran, y no tardaríamos mucho en llegar al claro del bosque. Aquella noche apenas pude cenar de los nervios y, al meterme en la cama, traté de imaginarme a las mujeres vascas que habían participado en un akelarre. ¿Se les habría aparecido en persona Akerbeltz, el demonio, o incluso la Diosa Mari? ¿Habrían salido los espíritus del inframundo a recibirlas mientras danzaban? ¿Era verdad que volaban por el aire durante el akelarre, como contaban algunas historias? Me da un poco de vergüenza admitirlo, pero estaba muerta de miedo. Cuando comprobamos que amama y la tía dormían profundamente nos calzamos, nos abrigamos bien, bajamos de puntillas las escaleras e Irati se echó el saco al hombro. No había ni una nube en el cielo e Ilargi, la luna, nos sonreía brillando en todo su esplendor. Cuando llegamos al claro del bosque recogimos piedras de buen tamaño e hicimos un círculo con ellas para encender una hoguera. No queríamos ser descuidadas porque este invierno no ha llovido mucho y no queríamos provocar un incendio. Irati estaba sentada en el suelo junto al fuego, concentrada en mezclar en la jarra el anís con las plantas, las raíces y las setas secas que habíamos traído guardadas en un pañuelo. Revolvió el brebaje con un palo y, cuando estuvo satisfecha, se levantó y nos dijo que había llegado el momento de desnudarnos. Yo me la quedé mirando con la boca abierta, estupefacta. ¿Teníamos que ponernos a bailar desnudas? Ella dijo que sí, que en las invocaciones a la Diosa Mari debíamos danzar como Ella nos creó, totalmente desnudas, para celebrar nuestra condición de mujeres y el honor que serlo conlleva. Elurne tampoco parecía convencida, pero no era el momento de echarnos para atrás. Deseé fervientemente que nadie se percatara desde lejos del humo de la hoguera y viniera a investigar. Nos desnudamos lentamente y doblamos la ropa, dejándola bajo un árbol. Irati nos puso en la cabeza una corona de flores preciosa que había estado haciendo en secreto como regalo. Y justo a

medianoche allí estábamos las tres, completamente desnudas frente a la hoguera; Irati alta, delgada y rubia, Elurne bajita, regordeta y pelirroja y yo, morena y delgaducha. Me sentí un poco insegura porque ambas son más bonitas y tienen más pecho que yo, que parezco un hombre. Irati nos pasó la jarra y nos pidió que bebiéramos un buen sorbo del brebaje. Oía verdaderamente asqueroso y sabía a una mezcla entre tierra, hierba podrida y setas sin cocinar. Como sólo éramos tres, no podíamos danzar cogidas de la mano sin quemarnos la piel en la hoguera, así que, con los brazos extendidos y los ojos cerrados, empezamos a bailar rodeando las llamas, cantando la canción que habíamos memorizado. Al principio me sentí algo insegura, pero a los pocos minutos noté que una alegría embargaba mi cuerpo, y que el brebaje, la música y el baile me conectaban de algún modo con el bosque que me rodeaba. Abrí los ojos y vi que Irati y Elurne también sonreían mientras bailaban con el pelo revoloteando en la noche y sentí que nada podría con nosotras. No sé si fue el hecho de correr en círculos sin parar o la mezcla de anís con setas alucinógenas, pero al cabo de un rato las tres nos tuvimos que dejar caer en el suelo, totalmente mareadas. Intenté fijar la vista en las estrellas y me pareció de pronto muy gracioso estar allí desnuda con el pelo, la espalda, el culo y las piernas mojándose con el rocío del amanecer. En ese mismo instante escuché una carcajada de Elurne, que probablemente estaba pensando lo mismo que yo. No pudimos contenernos más y estuvimos las tres un largo rato riendo a carcajadas sin poder parar, mareadas por el efecto de la pócima. En varias ocasiones intentamos levantarnos para seguir bailando, pero volvíamos a marearnos y a caer al suelo sin dejar de reír. Cuando sentimos frío nos vestimos, nos envolvimos en los chales y observamos pensativas el fuego hasta que se apagó. Sentí una verdadera conexión con mi hermana, con mi prima y con todas las mujeres del mundo que cargan a sus espaldas las dificultades de la vida con fuerza y valentía. Sentí que aquella danza desnuda me había liberado, en cierta manera. No vimos a Akerbeltz, el demonio, ni a Mari, la Diosa, y no hemos vuelto a hablar de aquella noche. Pero para mí fue uno de los momentos más mágicos que he vivido y me alegro de haber tenido la oportunidad de participar en un akelarre de verdad. Cuando Irati y la tía volvieron a Zugarramurdi le pedí a Irati la receta del brebaje, por si en algún momento del futuro necesitamos volver a tomarlo.

Pero, por desgracia, Elurne y yo nunca podremos volver a hacer un akelarre juntas. Aquella noche fue lo más mágico que ha sucedido estas últimas semanas, pero ahora viene lo trágico. Elurne está muerta. La encontraron hace diez días despeñada en una de las simas más peligrosas de Kuartango. Supuestamente había salido a buscar a las vacas parturientas para asistirles si hacía falta, pero nunca volvió. Hay vecinos que opinan que fue un accidente, pero en mi opinión Elurne conocía demasiado bien el terreno como para haberse despistado. Otros dicen que se suicidó, pero yo conozco a mi hermana, que estaba contenta con sus cuadros que empezaban a venderse y tenía muchas ganas de que llegara el solsticio de invierno este año. Creo que es imposible que Elurne se haya suicidado. Tengo una sospecha, una intuición dentro de mi alma, un pensamiento horrible que me susurra que alguien la empujó. Y estoy casi convencida de que sé quién fue el culpable. Nadie puede explicarse las flores secas que estaban dispuestas en círculo alrededor de la sima. Algunos vecinos creen que hizo algún ritual antes de suicidarse y añaden que estamos todas locas, como amama. Pero yo creo que no fue así, yo creo que alguien la ofreció en sacrificio. Creo que mi gallo negro no fue suficiente y que el sacrificio debía ser mayor. Tengo que encontrar los libros antiguos de Zugarramurdi para confirmar mi sospecha, y sacar valor para preguntarle directamente. Creo que fue ella, amama, la que empujó a Elurne a la sima para ofrecerla como sacrificio a la Diosa Mari.

Kuartango, abril de 2.009

A las siete de la mañana sonó el despertador y Miguel se levantó de un salto. Se sentía descansado y lleno de energía, y estaba deseando ponerse manos a la obra inmediatamente. Se preparó un café con leche muy azucarado, cogió unas magdalenas y se sentó frente al ordenador, encendiéndolo mientras masticaba lentamente. Tenía la mente activa y mientras comía no paró de pensar en la experiencia del día anterior. Tenía que ser sincero consigo mismo, había esperado que la gente del lugar fuera más desagradable. Quizá no fuera políticamente correcto pensarlo, pero siempre le había parecido que los vascos tenían pinta de huraños. En realidad, hasta el día anterior no había conocido un vasco, pero los que aparecían en televisión y en vídeos durante su entrenamiento antiterrorista mostraban gente hosca y hostil. Sin embargo, el día anterior había conocido gente muy diversa. Zigor parecía inalcanzable. Obviamente no confiaba en él por el momento; al fin y al cabo, seguro que veía extraño que un desconocido de Madrid apareciera de improviso haciendo preguntas. Zigor tenía un aspecto similar al de los presos de la banda terrorista que se ponían en los carteles de busca y captura: pelo enmarañado, vestimenta informal y mirada heladora. Estaba casi convencido de que él había asesinado a Luis, le parecía percibir algo extraño en él. Galder era todo lo contrario, un chico de pueblo divertido, sencillo y afable. Había disfrutado mucho de la sesión de pesca con él y del rato en su compañía. Todavía no estaba seguro de su impresión sobre Iñigo. No parecía ser un mal tío, pero su desprecio hacia los españoles no le gustaba. Claramente estaba a favor de la independencia, pero no pudo encontrar evidencia de su relación con grupos indeseables, aunque seguiría investigando. Con Txiki y Bixente había hablado poco, pero fueron amables con él al saber que era un estudiante ansioso por conocer viejas historias. No sabía si Txiki podría darle alguna información de interés, pero Bixente había pasado por la guerra civil, el franquismo, la transición y el progreso de la democracia, así que probablemente tenía mucho que contar sobre las rencillas personales entre familias de distinta ideología política. Cualquier información podría resultar vital. Y Elurne... De Elurne no sabía qué pensar. Ciertamente era encantadora y muy bonita, pero podría ser una fachada. Muchos delincuentes muestran patologías de personalidad múltiple y éste podría ser uno de esos casos. Tenía que estar muy atento a su lenguaje corporal y a los movimientos de sus ojos, que son el espejo del alma. Tenía unos ojos preciosos. Se levantó de la silla entusiasmado, tenía muchas ganas de verla. Necesitaba información sobre su pasado en Irlanda para iniciar una investigación más a fondo sobre sus actividades en el extranjero. Miguel tenía un contacto en el Servicio de Inteligencia Británico y confiaba en que pudiera ayudarle con las pesquisas. Al fin y al cabo, Kevin le debía un favor.

Fregó la taza y salió a la terraza para ver a Gorri. En cuanto la puerta del jardín se abrió, el cachorro salió entusiasmado de la caseta y corrió veloz hacia él, como una pequeña bola de pelo rojo. Estaba empezando a adorar la pequeña personalidad que se escondía tras la cara traviesa del cachorro. Nunca había querido tener un perro; de hecho, les había tenido algo de miedo durante mucho tiempo, pero estaba empezando a disfrutar de la compañía de su pequeño amigo. Al agacharse a ponerle la correa escuchó la puerta de Zigor, que salió a la terraza a jugar con su perro. A pesar de ser muy ceñudo, el rostro de Zigor se suavizaba en compañía del perro barbudo. Miguel se acercó a la verja señalando a Bernie.

- Es un perro precioso.

- Es bonito, sí.

- ¿Cómo se llama?

- Bernie.

- El mío se llama Gorri.

- ¿Gorri?

- Sí, era el nombre del perro de mi bisabuelo, que era vasco.

Zigor le miró fijamente y sus cejas volvieron a juntarse en un gesto hosco.

- Ah.

- Bernie es un nombre extraño, ¿por qué se llama así?

- Porque sí.

Con esta respuesta y haciendo un gesto de desinterés, Zigor dio la espalda a Miguel y se encaminó a su puerta. En el umbral se giró hacia Miguel.

- Agur.

- Hasta luego, Zigor.

Joder... El chaval se lo iba a poner difícil. Bueno, pues si quería guerra, eso iba a tener. Enfurruñado, cogió a Gorri y rodeó la casa dirigiéndose hacia el pico Marinda. El día anterior había observado la orientación de la habitación de la señora Chifflet y al pasar bajo los árboles frutales, se cercioró de que sus persianas estuvieran cerradas. Efectivamente, dormía. Según la información de la vieja, Zigor se marcharía en media hora a trabajar. No sabía a qué hora se levantaba Julene, así que debía tener cuidado. El breve pero enérgico paseo le calmó los ánimos tras su segunda frustrante conversación con Zigor. Gorri estaba lleno de energía y correteaba por la hierba olisqueando todos los rincones. Pasearon hasta la ladera de Marinda y luego volvieron a casa. Las cortinas de Julene seguían cerradas, y justo cuando entraba en casa escuchó el motor de un coche y corrió hacia la ventana de la cocina. En efecto, Zigor se marchaba temprano. Con una sonrisa, Miguel se encaminó a su habitación, abrió el segundo cajón del escritorio, sacó tres cámaras diminutas de una cartera y las inspeccionó. Eran una maravilla de la tecnología, de las mejores que se podían obtener en el mercado. Eran fáciles de esconder y tenían cientos de horas de autonomía. Un sensor de movimiento se activaba cuando alguien pasaba delante de las cámaras, y éstas transmitían la imagen a sus ordenadores. Miguel comprobó que las tres funcionaban, asegurándose de que la imagen fuera nítida, y las guardó en una pequeña mochila negra junto con un juego de ganzúas.

No se escuchaba ningún ruido en el piso superior, así que supuso que Julene aún dormía y podría trabajar en paz. Cerró la puerta y se acercó a la puerta de Zigor. Comprobó que no había vecinos a la vista, insertó la ganzúa y la giró en la cerradura hasta que escuchó un clic. Sonrió orgulloso,

forzar cerraduras en tiempo récord había sido siempre una de sus mayores habilidades. Entró sigiloso y enseguida pudo ver que el piso era idéntico al suyo. Los mismos bordados cursis por las paredes, la misma cocina, el mismo baño y muebles muy similares en el salón. Zigor no lo había personalizado demasiado, excepto por algún póster en la pared y una gran pancarta a favor de los presos vascos. Miguel se encaminó al dormitorio, que tampoco tenía ventana y estaba mucho más desordenada que la suya. Había ropa tirada por todos los rincones, los armarios y los cajones estaban abiertos, las revistas y los libros por el suelo y una desvencijada guitarra en un rincón. De pronto una sonrisa maquiavélica apareció en su rostro. ¡Zigor se había dejado el móvil encima de la mesilla! Entusiasmado, se acercó al aparato y lo cogió. Estaba a punto de comenzar a buscar los nombres y números de teléfono de sus posibles aliados cuando escuchó el motor de un coche que aparcaba en el exterior. Sobresaltado, Miguel se lanzó al suelo y rodó debajo de la cama con el corazón en un puño. Escuchó una llave girar en la cerradura y los pasos firmes de unas botas de monte que se acercaban. Las botas se detuvieron junto a la cama unos segundos y volvieron a salir. Acto seguido el coche se alejó calle abajo. Miguel suspiró aliviado y se secó la frente, que estaba bañada en un sudor frío por la adrenalina del momento. Previendo lo peor, salió de su escondite y comprobó que efectivamente Zigor había vuelto a por su teléfono. ¡Qué mala suerte! Con una copia de la tarjeta SIM hubiera tenido material para investigar varios días. ¡Mierda! Con el ceño fruncido, se acercó a la cocina y comprobó por la ventana que el 4x4 ya no estaba. Escrutó minuciosamente los armarios, los cajones y las paredes, evaluando cada centímetro cuadrado de la habitación, y concluyó que las pesadas cortinas marrones serían el lugar perfecto para esconder la primera cámara. Se subió a una silla y enganchó el minúsculo aparato en un extremo de la barra, ajustando bien el ángulo. Bajó de la silla y comprobó satisfecho que no se notaba desde el suelo. Volvió al salón e inspeccionó meticulosamente la estancia. Las cortinas eran blancas, así que quedaban descartadas. La lámpara del techo, una pesada araña de hierro fundido, era perfecta, porque no se veía con la luz encendida o apagada. Se encaramó al techo, la posicionó en el lugar idóneo y volvió a la habitación para inspeccionar el desorden reinante. De una pared colgaba un tapiz hecho a mano con una tela oscura y áspera, y Miguel hizo un diminuto agujero, insertó la cámara y la pegó a la pared. La señal llegaba nítida, así que se sentó en el ordenador de Zigor intentando no tocar ningún objeto de la mesa. Lo encendió y metió un CD en la ranura. Un programa creado por él se activó de inmediato en la pantalla y le mostró los símbolos más utilizados por el usuario al encender el ordenador, las contraseñas personales de Zigor. Las anotó en una libreta que llevaba en la mochila y comenzó a husmear en los archivos del supuesto terrorista. Lo dejó al cabo de pocos minutos porque escuchó ruidos en el piso de arriba. Esperaba que Julene no entrase en los pisos de sus inquilinos cuando le diera la gana. Tendría que instalar un sensor en su puerta por si las moscas, y ser muy cuidadoso con lo que dejaba a la vista. Introdujo unas órdenes en el sistema operativo que, junto con el programa informático casero instalado en el disco duro, daban autorización a Miguel a entrar en el ordenador de Zigor desde su casa sin ser descubierto. Intentó abrir los cajones de la mesilla, pero al igual que los suyos, estaban cerrados de llave. En el armario encontró varias prendas de ropa y zapatos desordenados en una balda. Las revistas estaban en euskera, así que no consiguió entender nada, pero los libros eran novelas históricas del Imperio Romano y tenían muy buena pinta. Echó un último vistazo en los cajones y las baldas del salón, pero tampoco encontró nada reseñable. Era un tipo cuidadoso y probablemente no guardaba nada confidencial allí.

Salió apresuradamente del piso asegurándose de que no dejaba rastro alguno y entró en su casa suspirando aliviado. Lo más difícil por el momento ya estaba hecho. Se dirigió a su ordenador y comprobó que las tres cámaras emitían la señal correctamente. Las tres habitaciones silenciosas

de la casa de al lado se veían nítidas en la pantalla. Introdujo varias claves y consiguió acceder al ordenador de Zigor sin problemas. Aliviado de que todo hubiera salido bien, Miguel miró el reloj. Eran las ocho y media y había quedado con Elurne. Animado, cogió las llaves del coche y se sentó al volante, pero se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo llegar a Lamietxe. Sacó su móvil del bolsillo y marcó el número de Elurne. A los pocos segundos se oyó su voz.

- ¿Bai (41)?

- ¿Elurne? Soy Miguel.

- Hola, Mikel, ¿qué tal andas?

- Bien, recién levantado, ¿y tú?

- Recién levantada no, desde luego. ¿Vas a venir esta mañana?

- Sí, por eso te llamaba; no me enteré ayer de cómo se llega a Lamietxe.

- Joder, claro, se me olvidó explicártelo. Perdona, anoche estaba agotada. ¿Te acuerdas de la carretera que cogí yo con el Land Rover? Pues si sigues por esa carretera no te perderás. Serpentea por la ladera izquierda del Pico Marinda y tiene curvas muy cerradas, así que ten cuidado. Pasarás tres casas de camino y Lamietxe es la cuarta y última, la carretera se acaba aquí.

- Vale, perfecto. ¿Te viene bien si voy ahora?

- Claro, cuando quieras. Me mandas un mensaje cuando hayas aparcado el coche y salgo a buscarte, ¿vale?

- Vale. Hasta ahora, Elurne.

- Agur (42).

Arrancó el coche y bajó por la calle de la pensión hasta que llegó a la plaza y giró en el desvío que Elurne había tomado la noche anterior. Se estrechaba considerablemente al salir del pueblo y no estaba muy bien asfaltada. Tenía muchas curvas cerradas que le impedían ver si venía alguien de frente. El Peugeot vibraba con los baches del camino y Miguel se preguntó cómo diablos podrían los habitantes de Uzanza vivir de ese modo. Vio tres desvíos a ambos lados de la carretera. Uno de ellos era la casa de los padres de Zigor, y Miguel se preguntó si era allí donde podría encontrar alguna prueba contra él. Al doblar una curva especialmente peligrosa vio un buzón verde bajo un roble centenario, con un cartel de madera a su lado que indicaba con una flecha la dirección a Lamietxe. Era poco más que un camino de cabras y durante algo más de dos kilómetros se fue adentrando poco a poco en un tupido bosque. Los rayos del sol se colaban entre las ramas de los árboles y hacían juegos de luces entre el follaje. Cuando subió una cuesta particularmente empinada, una maravillosa estampa se abrió ante sus ojos.

La carretera terminaba en un edificio de piedra y desde allí se veían varias fincas con ovejas blancas y regordetas pastando tranquilas. A pocos metros se levantaba el tradicional caserío vasco de Elurne, que era verdaderamente imponente. Estaba situado en las faldas de Marinda

como si fuera el balcón de la montaña, y dominaba las vistas a un pequeño valle entre colinas. Miguel podía ver caballos en una de las fincas y vacas negras en la lejanía, pero no había casas a la vista. Lamietxe estaba perdido del resto de la civilización.

Expectante, aparcó el coche junto al desvencijado Land Rover de la presunta terrorista y caminó hacia la enorme casona. Era grande y majestuosa y Miguel pensó que probablemente fuera una de las casas más bonitas que había visto en su vida. Era mucho más grande que la de Julene, pero conservaba el mismo estilo. Construida de piedra caliza, las ventanas estaban enmarcadas en bloques de sillería y dos grandes balcones cruzaban el primer y el segundo piso. Estaban muy bien cuidados, con la madera recién pintada y con jardineras repletas de flores de diversas tonalidades. Delante de la casa, en la suave pendiente, había una enorme finca con decenas de árboles frutales y bajo ellos, mordisqueando la hierba, se encontraban tres cabras, cientos de gallinas de varias razas y cuatro caballos minúsculos. Miguel pensó extrañado que no parecían ponys normales, y con curiosidad se acercó a los pequeños cuadrúpedos. Cuando estaba a pocos metros de ellos oyó los feroces ladridos de un perro que corría amenazador hacia él. Con el corazón en un puño, Miguel se paró en medio de la finca sin saber qué hacer. El enorme perro marrón, muy sucio, musculoso y evidentemente fuerte, iba a abalanzarse sobre él en cualquier momento, cuando de repente escuchó cerca de la casa un silbido y una voz femenina.

- ¡Mendi (43)! ¡Ven aquí ahora mismo! Mikel, acércate, que no pasa nada.

El enorme perrazo dejó de ladrar y miró hacia donde se encontraba Elurne. Ignorando a Miguel, comenzó a menear el rabo y trotó hacia donde ella se encontraba. Miguel intentó que su corazón no se desbocara mientras se acercaba hacia ellos. Elurne estaba vestida con los mismos vaqueros y jersey verde oscuro del día anterior, pero tenía puesto un delantal andrajoso que en tiempos mejores parecía haber sido blanco. Llevaba el pelo alborotado recogido en una coleta y unos rebeldes mechones cobrizos enmarcaban su hermoso rostro. Le sonrió con un gesto calmado.

- No pasa nada, Mikel, acércate.

- ¿Seguro? Ese perro tiene pinta de comer humanos.

- Es un pedazo de pan, pero no le gustan los extraños. Acércate a mí y deja que te olfatee.

- Me parece que ahora mismo huelo a mierda, creo que me lo he hecho en los pantalones.

Elurne echó la cabeza hacia atrás y estalló en grandes carcajadas. Se acercó a él con los ojos chispeantes y olisqueó el aire a su alrededor con curiosidad. Satisfecha, se volvió hacia el enorme perrazo.

- Mendi, acércate. No huele tan mal como las vacas, así que nos quedamos con él, ¿te parece?

El enorme perrazo trotó hacia Miguel y comenzó a olisquearle con entusiasmo. Elurne tenía una risa clara y cristalina que enseguida le contagió.

- Vamos, Mikel, acaríciale.

- ¿Me juras que no me va a arrancar la mano?

- Te lo juro.

Bajó el brazo lentamente y empezó a acariciarle. El perrazo comenzó a menear lentamente el rabo y apretó su cuerpo contra el de Miguel.

- Todo el mundo tiene miedo a los mastines, pero éste es un pedazo de pan, ya te lo dije. ¿Ya se te ha pasado el susto?

- Más o menos.

- Estupendo, porque no podemos pasarnos aquí todo el día, el queso no se hará solo. Ven, sígueme.

Con gesto decidido, Elurne se dirigió hacia el arco de piedra que enmarcaba la puerta de entrada al caserío. Miguel la siguió con curiosidad y no pudo evitar echar una mirada de aprobación a su trasero. La puerta era majestuosa, grande y muy bonita. La madera antigua había sido amorosamente conservada, lijada y pulida. Los pesados clavos de hierro y la aldaba le daban un aire rústico.

Al entrar en la vivienda lo primero que vio fue una escalera de madera que llevaba al piso superior. Era señorial, sólida, también muy antigua y los escalones estaban muy desgastados por el uso. Tomando la única puerta, que se encontraba a la izquierda, entraron en una estancia bastante oscura que era la leñera. Atravesándola llegaron a una estancia enorme, con paredes de piedra, dos grandes tanques en una esquina y unas extrañas estructuras de madera en el centro de la habitación. Había una mesa enorme arrinconada contra una pared y varias estanterías repletas de moldes, también de madera, y montones de trapos blancos desperdigados por la encimera. Elurne estaba agachada abriendo un grifo que se encontraba detrás de uno de los tanques.

- Así que es aquí donde haces el queso artesano.

- Sí, ¿te gusta? Era el Gaztandegi de mi abuelo.

- Es un sitio curioso, nunca había visto algo así.

- Si te apetece ayudarme verás el proceso, podría venirte bien para tu tesis.

- Perfecto.

Elurne le pasó un delantal y, mirándole con ojos de sabionda, empezó a hablar con un tono que le recordó a su profesora de E.G.B. (44).

- Bien, empecemos. Acabo de abrir el grifo que deja salir el agua y el cuajo de la masa del queso, que ha estado reposando unas horas en el tanque después de ser removida con ese cacharro, que se llama lira.

Miguel miró hacia donde señalaba Elurne y vio un artefacto de madera parecido a una guitarra del que colgaban multitud de alambres.

- ¿Y metes eso en la cuba?

- Claro. Cuando la leche está caliente incorporo el cuajo y hay que dejar que la masa se solidifique. Después la partes en mil pedacitos removiendo con la lira. No te quiero ni contar lo que te acaban doliendo los brazos.

- Ya supongo.

- Y ahora toca meter la masa en los moldes. Pásame uno y un trapo.

Miguel la miró mientras Elurne tomaba el trapo y lo introducía en el molde, acercándolo a la cuba. Metió las manos enguantadas y sacó una masa pringosa que amenazaba con resbalar. Con mucha rapidez dejó caer la masa en el molde y repitió la operación hasta que estuvo lleno. Tapó la masa con las esquinas del paño y puso la tapa. Se retiró con el codo uno de los rizos que le caían por los ojos y se giró hacia Miguel.

- Y eso, en esencia, es lo que hacemos para darle forma al queso. Ni más ni menos. Si me echas un cable te invito a desayunar.

- Hecho.

Trabajaron los dos en silencio durante media hora. Miguel encontró muy difícil meter la mano en la cuba porque la masa olía muy fuerte y al principio le daban arcadas que intentó disimular para que Elurne no pensara que era un debilucho. Al cabo de un rato se acostumbró y disfrutó metiendo las manos en la masa pringosa. Los moldes llenos se fueron acumulando en las estructuras de madera del centro de la habitación y cuando acabaron de vaciar la cuba, Elurne bajó una manivela de madera de la estructura y los quesos empezaron a recibir la presión de la vieja prensa.

- Es una prensa antigua, mi abuelo odiaba todo lo moderno. Los quesos estarán prensando unas seis horas, así que a las cuatro vendré a sacarlos.

- ¿Y tienes que hacer esto todos los días?

- Claro.

- Es mucho trabajo, ¿no?

- Es agotador. Y eso que tú no has llegado hasta las nueve.

- ¿A qué hora te levantas?

Elurne suspiró hondo y Miguel notó que sus ojos estaban cansados.

- Me levanto a las seis y vengo a ordeñar, que me cuesta unas dos horas, quizás algo más. No soy muy buena ordeñando, no conozco a las ovejas y nunca me acuerdo de cuál hay que ordeñar, así que me paso muchísimo tiempo comprobando los números tatuados en sus orejas. Luego recojo la leche, la traigo y empiezo a hacer el queso.

- Vaya paliza.

- Uy, pues no he empezado siquiera a contarte las demás tareas.

- ¿Y por qué no lo hace tu abuelo?

- Porque murió en enero.

Elurne apagó la manguera que estaba utilizando para fregar la cuba y le miró con ojos tristes.

- Lo siento mucho.

- No lo sientas, no es tu culpa. Así es la vida. Duele, pero nos acostumbraremos.

- ¿Y por qué tienes que hacerlo tú? ¿No tienes hermanos?

- No.

Elurne volvió a encender la manguera y dio la espalda a Miguel, que estaba empezando a tener una gran curiosidad por el estilo de vida de la preciosa pelirroja. Al ver que no le daba más información, volvió a indagar con tiento.

- ¿Y tus padres?

- No tengo. Mi madre murió en el parto y mi padre se marchó un buen día a “comprar tabaco”, si entiendes la expresión.

- Joder, Elurne. Lo siento, no era mi intención meterme en tu vida.

- No es un secreto, cualquiera en el pueblo te lo puede contar. Me extraña que la vieja Chifflet no haya dicho nada, de hecho.

- Sólo me dijo que eras una chica excelente pasando por un mal momento.

- Es una manera de describirlo.

- ¿Y por eso volviste de Irlanda?

Elurne se volvió con la mirada alerta y un gesto de extrañeza en su rostro.

- ¿Cómo sabes que viví en Irlanda?

- Me lo dijo Julene, que le habías regalado un perro irlandés a Zigor.

- Ah, claro, has conocido a Bernie. Es un perro precioso, ¿verdad?

- Sí, pero un poco raro.

- Zigor siempre ha querido un Schnauzer [\(45\)](#), así que un día me decidí a comprárselo.

- Yo tengo un Setter Irlandés que se llama Gorri.

- ¿Gorri?

- Sí, mi bisabuelo era vasco y ése era el nombre de su perro.

- Me lo tienes que traer para que lo conozca, me encantan los perros, son mucho más sencillos que los humanos. En el baserri tenemos nueve perros.

- ¿Nueve? ¿Y cómo haces para cuidar tantos perros?

- Bueno, sólo uno entra en casa porque está acostumbrado a estar a mi lado, como en Irlanda. Los demás viven fuera; mira, ven que te enseño.

Salieron al jardín por una puerta lateral y Elurne le mostró los animales.

- A mi abuela siempre le han gustado los animales. En el baserri tenemos un gato, nueve perros, aproximadamente cien gallinas, doce conejos, cuatro cabras, dos burros, cuarenta vacas y varios terneros en el monte, ciento veinte ovejas, dos caballos de montar, veinte yeguas de carne y cuatro pottokas (46), los caballos pequeños que estabas mirando antes.

Elurne le miró con cara de agotamiento mientras iba enumerando. Le hubiera gustado hacerle una foto en esos momentos, era muy guapa y a la luz de la mañana y completamente despeinada estaba preciosa.

- No te creas que es tan bonito como parece. Hay que darles de comer y de beber, llamar al veterinario si algo no va bien, pasear a los caballos, ordeñar las ovejas y, sobre todo, limpiar mierda de todo tipo.

- ¿Y lo disfrutas?

Elurne tardó un rato en responder. Con el ceño fruncido, parecía estar hilvanando sus pensamientos para dar una respuesta coherente.

- Me encantan los animales. Ser niña en un sitio como éste es fantástico; puedes jugar sin parar y vivir mil aventuras, pasear por el monte, correr por las fincas hasta quedarte sin aliento, buscar setas con el abuelo, subir a los árboles, jugar con pollitos y corderos recién nacidos y montar a caballo. Ahora que soy adulta y el abuelo ya no está, me paso el día trabajando para que los animales no enfermen, las fincas estén atendidas, los quesos elaborados y las cosas estén hechas.

- ¿Y tu abuela no te ayuda?

- Mi abuela es como una niña pequeña.

- ¿A qué te refieres?

Antes de dar una respuesta Elurne se levantó, miró su reloj y comenzó a andar hacia las fincas, indicándole que la siguiera. Se paró bajo un roble y señaló al balcón del segundo piso. Una anciana alta, de pelo cano y vestida a la antigua usanza se paseaba entre las floridas jardineras. Al llegar al final del balcón la anciana se paraba y parecía acariciar la pared de piedra unos

segundos y luego se daba la vuelta, continuaba caminando y al llegar al otro extremo, volvía a acariciar la pared. La escena se repitió una y otra vez hasta que Miguel rompió el silencio y preguntó con cautela: - ¿Está loca?

Un hondo suspiro salió de los labios de Elurne, que se dejó caer al suelo sin dejar de mirar a su abuela y comenzó a arrancar hierbas del prado.

- Es psicótica, no está loca.

- ¿Y es peligrosa?

Elurne volvió la cabeza hacia él y le miró con gesto de reproche.

- No, claro que no es peligrosa. Mucha gente cree que los enfermos de psicosis son peligrosos, pero normalmente no es así.

- ¿Y se pasa el día paseando por el balcón?

- No, ése es sólo uno de sus rituales.

- ¿Rituales?

- Sí. Mi abuela cree que vive en una leyenda vasca.

Miguel la miró con incredulidad, sin saber exactamente qué responder. Elurne continuó recogiendo briznas de hierba y amontonándolas sobre su rodilla mientras seguía contando la historia.

- No tengo muy claro cuándo comenzó todo, pero fue antes de que yo naciera. El abuelo me contó que empezó con pequeños desvaríos cuando mi madre empezó a salir con un inmigrante inglés. La abuela empezó a mezclar brebajes extraños en las cazuelas y a recitar conjuros inventados para espantarlo. Poco a poco empezó a creer que era una sorgina, una bruja de las leyendas vascas. Cuando mi madre se casó con mi padre la salud mental de la abuela se deterioró y empezó a creer que mi madre había sido atrapada por un temible gigante del bosque. Más tarde empezó a creer que mi abuelo era un Basajaun (47), un gigante bueno, que la cuidaba, la amaba y la hacía feliz. Poco a poco dejó de hablar y sólo se comunicaba con gestos. Todo empeoró cuando yo nació. Para ella yo soy una Lamia (48), una bella y misteriosa mujer que vive en los bosques vascos, y que en vez de piernas tiene patas de gallina. Mi madre murió en el parto y mi padre inglés no ayudaba mucho en el baserri, supongo que era difícil con la actitud hostil de los abuelos. Mientras la abuela hacía de madre sustituta para mí, seguía con sus raros conjuros para ahuyentar a mi padre. Cuando yo tenía unos meses, hartado, no aguantó más y se marchó para nunca volver. La abuela estaba muy aliviada, pero no salió de su mundo paralelo y desde entonces nunca ha salido del baserri. Para ella su vida es una leyenda vasca, sigue haciendo sus conjuros y continúa con sus raras costumbres compulsivas para ahuyentar a los malos espíritus. Tiene una salud de hierro; cocina, limpia y hace mermeladas, cremas caseras para la piel y otros potingues. Se comunica conmigo a través de gestos y somos felices.

Miguel no había dejado de mirarla mientras hablaba. Poco a poco una intensa lástima por la

muchacha empezó a inundar su corazón. Si todo era verdad, era la historia más triste que había escuchado en su vida. La miró pensando si todo sería una mentira; al fin y al cabo, él estaba mintiendo a sus amigos de Kuartango a diario.

- ¿Cómo te las apañas para hacer sola todas las labores del caserío?

- Porque tengo unos amigos fantásticos que se vuelcan en ayudarme. Unax, Gorka y Galder se turnan a ayudarme durante el ordeño de la tarde, Iñigo me ayuda con los cierres de las fincas y las labores de tractor y Zigor me ayuda a limpiar mierda. Tampoco puedo quejarme de la gente del pueblo. Bixente me aconseja sobre el negocio de la ganadería, qué piensos usar, calendario de vacunaciones, los materiales que necesito y los precios de venta. Txiki, el tabernero, me vende los huevos de las gallinas, las mermeladas y la miel. Sin su ayuda no podría hacer todo yo sola.

- ¿Y piensas seguir así toda la vida?

- Ésa es una pregunta todavía sin respuesta, me temo. Así que por ahora dejemos de hablar de mí y vamos a desayunar, que me muero de hambre.

Elurne comenzó a caminar hacia el baserri y Miguel la siguió admirando el paisaje. La hierba verde y el cielo azul contribuían a hacer de Lamietxe el entorno más idílico que había visto jamás. La abuela de Elurne seguía caminando por el balcón sin detenerse.

- ¿Cuánto tiempo pasa en el balcón?

- Depende. Suele decir cada conjuro un número particular de veces.

- Y cuando acaba, ¿qué hace?

- Sigue con su rutina diaria. Normalmente no paso con ella mucho tiempo, ella vive en su mundo paralelo y yo en el real. Ella cocina y arregla la casa y yo hago mis tareas. Coexistimos pacíficamente.

- ¿Y no es extraño?

- No, siempre ha sido así con la abuela. La única diferencia es que ahora no está el abuelo, así que me siento bastante sola.

- Y a ella, ¿le ha afectado la muerte del abuelo?

- Claro, y mucho, además.

Atravesaron la rústica puerta de entrada y subieron al primer piso, que parecía un museo de antigüedades. Todos los muebles, los cuadros, las lámparas y las alfombras parecían ser muy viejos.

- Está mucho más triste, se le nota en los ojos, y ha perdido vitalidad. Como no habla, no saca sus sentimientos a relucir y eso me preocupa. A veces sale al balcón superior y llora durante horas mientras hila lana con su vieja rueca.

Entraron en la espaciosa cocina y Miguel se detuvo estupefacto. La vista era maravillosa porque los grandes ventanales del balcón se abrían al verde vallecito.

A la izquierda de la estancia había un mostrador de madera desvencijada con una cocina vieja de leña que estaba encendida, inundando la estancia de un agradable calor. A la derecha se veía un vetusto fregadero y armarios y cajones también muy antiguos. Lo más insólito de todo estaba en una esquina. Se trataba de una lumbre de suelo, igualita a la típica marmita de las brujas de los cuentos infantiles. En el techo una salida de humos, como la de una chimenea, y en el suelo varios adoquines de piedra sobre los que se asentaba una sólida parrilla prehistórica. Sobre ella, una pesada cadena bajaba por la salida de humos y sujetaba una antiquísima olla de cobre. Miguel se acercó y preguntó a Elurne con incredulidad.

- ¿Utilizáis la marmita para cocinar?

- No, ésa es de la abuela. Para cocinar usamos la cocina de leña o la vitrocerámica, que está detrás de la puerta. La abuela la esconde porque la odia, pero yo necesito una cocina moderna. Ella accedió a comprar la cocina, pero en esta casa no entrará un microondas mientras la abuela viva, le gustan las cosas tradicionales. ¿Qué te gustaría desayunar?

- Lo que tú quieras, ya he tomado un café en casa.

- Si vamos a subir al monte necesitas algo más que un café.

- ¿Subir al monte?

- Claro. ¿No me dijiste que querías escuchar leyendas vascas mientras yo compruebo qué tal están las vacas?

- Pensé que las vacas estaban aquí, pero me apetece subir al monte.

Elurne sonrió mientras cortaba gruesas rodajas de pan casero. Las puso a tostar en una vieja sartén en la cocina de leña mientras batía unos huevos.

- Tortilla de jamón y queso, ¿te gusta?

- Claro. ¿Te ayudo?

- Saca los platos y los cubiertos de ese aparador, por favor. Por cierto, te acabo de contar mi vida y yo no sé nada de ti. Cuéntamelo todo sobre Mikel, el nuevo habitante de Uzanza.

Miguel le contó todas las mentiras previamente elaboradas con el Coronel Narváez sobre su pasión por la Historia, la etnología y su pasado en la librería mientras desayunaban. Elurne escuchaba atenta y sonriente, comiendo con entusiasmo. Cuando acabó se echó hacia atrás en su silla y sacó un estuche de colores de un cajón de la vieja mesa. Abrió la cremallera y sacó papel de fumar, tabaco de liar y un pequeño recipiente metálico.

- No te importa que me fume un cigarrillo especial, ¿verdad?

- Estás en tu casa.

- ¿Quieres uno?

- No fumo marihuana, gracias, con un cigarro me vale.

La observó con curiosidad, evaluándola, mientras la pelirroja se enrollaba el canuto y lo encendía con un suspiro de satisfacción.

Cuando acabaron de fumar recogieron los platos y Elurne cogió la llave del Land Rover. Bajaron al jardín y tras un silbido estridente de los labios de la muchacha los perros aparecieron corriendo y subieron de un salto al coche. Miguel abrió la puerta del copiloto y se sentó, observando atónito el interior del vehículo. Era prehistórico, no tenía cuentakilómetros ni limpiaparabrisas trasero, los asientos eran muy duros, de un viejo cuero negro muy gastado, y los cinturones de seguridad estaban atascados. Ese cacharro no podía haber pasado la inspección de vehículos, de modo que tenía que ser ilegal.

- Elurne, el otro día me dijiste que tenías otro coche, ¿verdad?

- Sí, pero no es mío.

- ¿De quién es?

- De la empresa irlandesa donde trabajo.

- ¿Trabajas?

Elurne llevaba un par de minutos concentrada en encender el motor con los dedos de la mano cruzados. Por fin el cacharro cobró vida y un temblor fuerte empezó a sacudir el coche. Elurne le miró con una sonrisa de alivio y quitó el freno de mano. Miguel no podía creer que el viejo 4x4 lograra subir al monte; la voz le temblaba al hablar a causa de los baches del camino y su cuerpo se sacudía contra la puerta sin remedio.

- ¿Todavía trabajas para una empresa irlandesa? ¿Cómo es posible con todo el trabajo que tienes aquí?

- Es complicado, trabajo en las horas libres que me quedan.

- ¿Y qué puedes hacer desde aquí para una empresa irlandesa?

- Conseguir nuevos clientes vascos y negociar nuevos contratos. Trabajo para una multinacional química.

Miguel la miró e intentó averiguar si la chica mentía. Según el Coronel Narváez, no había rastro de sus actividades en el Reino Unido.

- ¿Una empresa química con sede en Irlanda?

- Una de las muchas sedes, en realidad.

- ¿Estudiaste química?

- Cursé Ingeniería Química en Londres y luego me mudé a Belfast a trabajar.

- ¿Sabías inglés?

- Sí, los idiomas siempre se me han dado bien. Hablo euskera, inglés, castellano y francés. Y en Belfast aprendí alemán y algo de ruso.

Mientras hablaba, Elurne había dirigido el Land Rover hacia Uanza y había vuelto a salir del pueblo por la carretera principal. El cacharro no conseguía pasar de los ochenta kilómetros por hora y al cabo de un rato Elurne se metió por un desvío y empezaron a subir una cuesta empinada y bastante embarrada entre árboles.

La muchacha conducía con cara de concentración y con la lengua medio fuera, totalmente embebida en la tarea. La conversación se había acabado por el momento. Las desgastadas ruedas apenas podían sortear los charcos de agua y barro, pero cuando parecía que el cacharro se estancaría sin remedio, Elurne conseguía con maña superar el obstáculo. El corazón le golpeaba en el pecho y no pudo evitar pensar que se iban a estrellar contra algún árbol. Estuvieron en silencio hasta que Elurne aparcó bajo unos árboles. Mientras su corazón volvía a la normalidad miró a Elurne, que tenía la cara sonrojada por el esfuerzo y sonreía entusiasmada. Quitó la llave y le miró con ojos brillantes.

- Joder, me sube la adrenalina a tope, nunca sé si me voy a atascar.

- ¿Y qué haces si te atascas?

- Llamo a Galder y viene a ayudarme a salir.

- ¿A cualquier hora del día?

- A cualquier hora. Normalmente tengo que esperar un buen rato, pero aprovecho para buscar las vacas.

- ¿Buscarlas?

- Claro. Están moviéndose continuamente por el monte.

- ¿Y cómo sabes dónde están? Kuartango está lleno de bosques.

- Vengo casi todos los días, me viene bien despejar la cabeza. Unax dice que soy gilipollas porque no hace falta venir a ver a las vacas tantas veces.

Elurne se encogió de hombros y abrió la puerta del Land Rover, saltando al barro con una sonrisa. Miguel miró sus nuevas y flamantes botas y suspiró, no iban a durar ni un día limpias. Con gesto de resignación abrió su puerta y siguió a Elurne, que había comenzado a subir la ladera. El camino resbalaba un poco y grandes salpicones de barro iban manchando sus pantalones nuevos.

- Te vas a manchar de barro esa ropa pija. ¿Por qué no te has puesto algo más viejo?

- En Madrid no se necesita ropa de monte.

- Eres un chico de ciudad, ¿eh?

Elurne sonrió divertida y contuvo una risita.

- ¿Qué te hace tanta gracia?

- ¿Has visto alguna vez una vaca de verdad?

- Joder, claro. ¿Crees que nunca he salido de Madrid?

- Perdona, Mikel, no lo he podido evitar.

- No te preocupes.

El camino comenzó a empinarse y Miguel se concentró en seguir el ritmo de la pelirroja. No era fácil porque Elurne, a pesar de tener una figura regordeta, estaba en forma y claramente acostumbrada a subir montañas con regularidad. Al cabo de un rato, Miguel empezó a respirar de forma irregular; había perdido fondo físico y no estaba acostumbrado a andar por el monte. Los músculos de las piernas le ardían mientras subía la empinada cuesta, el corazón le latía desbocado en el pecho y sentía la sangre correr por su cara por el esfuerzo, pero no se quejó. No quería quedar como un chico de ciudad, incapaz de darse un paseo por el monte. Con alivio comprobó que la cuesta parecía terminar a los pocos metros e hizo un último esfuerzo. Llegaron a un idílico collado, cubierto por un suave manto de hierba verde y salpicado de árboles. No había vacas a la vista por lo que Elurne siguió andando hacia la siguiente cuesta. Miguel se demoró unos segundos para recuperar el ritmo de la respiración y ella se giró hacia él.

- ¿Estás bien?

- Sí, claro, un poco cansado.

- No estás acostumbrado, supongo.

- Lo que dijiste, un chico de ciudad.

- Un chico de ciudad, sí, pero al menos te interesas por los del pueblo.

- Sí, eso es cierto.

- Pues los de pueblo subimos cuestas a montones, sobre todos si tenemos vacas. ¿Quieres descansar?

- ¿Queda mucho?

- No, cinco minutos aproximadamente.

- Sigamos entonces; si voy a entrenar para ser pueblerino, resistiré.

- Bien dicho.

Continuaron subiendo a buen ritmo, pero Miguel notó que Elurne había reducido la velocidad considerablemente. El día estaba soleado, pero hacía un viento bastante frío a esa altura y los rizos de la chica volaban rebeldes a su alrededor. Tenía las mejillas arreboladas y los grandes ojos verdes se movían rápidamente entre los árboles buscando las vacas. Era la chica más interesante que había conocido en su vida, agradable, divertida y con un par de cojones bien puestos manejando ella sola el caserío. Pero no debía olvidar que, si el Servicio de Información de la Guardia Civil tenía sospechas sobre ella, escondía algo. Su instinto le decía que una chica así no podía ser terrorista, pero el instinto no es infalible y necesitaba pruebas. A los pocos minutos los perros se desviaron del camino y corrieron veloces entre los árboles. Elurne los siguió y orientándose por los ladridos llegaron a un pequeño claro en el que pastaban las vacas. Los perros se movían entre ellas meneando el rabo, saludándolas, y Elurne sonrió con dulzura.

- Mikel, te presento a las vacas del abuelo.

- ¿No dijiste que había cuarenta? Aquí solo hay diez o doce.

- Sí, tenemos cuarenta vacas y algunos terneros. Suelen pastar en dos grupos, porque a unas les gusta seguir al toro y a otras no.

- ¿Hay un toro suelto por aquí?

- Sí, pero no te preocupes, no suele atacar, a menos que se sienta amenazado.

- Joder, Elurne...

- No pongas esa cara, confía en mí.

No muy convencido, Miguel siguió a la pelirroja, que había comenzado a buscar algo entre los árboles. A los pocos metros se detuvo, dejó su mochila en el suelo y avanzó hasta una vaca de color negro que se encontraba tumbada debajo de un árbol. Se sentó en el suelo enfrente del animal con cara de concentración y Miguel, sorprendido, la siguió y se sentó a su lado.

- ¿Qué haces?

- Contar.

- ¿Y qué cuentas?

- El número de veces que rumia la vaca.

Miguel la miró atónito.

- ¿Para qué?

- Para saber si está enferma.

- ¿Y cómo lo sabes?

Elurne le hizo un gesto imperioso con la mano para silenciarle mientras observaba a la vaca. Con el ceño fruncido sacó una libreta de su mochila, apuntó un número y volvió a observar fijamente a la vaca. Al cabo de unos minutos volvió a apuntar algo en la libreta y se volvió hacia Miguel.

- Esta vaca se llama Neska(49). No sé desde cuándo está enferma, pero me la encontré ayer aquí tirada.

- Estará descansando.

- No, tiene fiebre.

- ¿Cómo lo sabes?

- Porque todas las vacas rumian un número determinado de veces cuando están sanas, normalmente cuarenta y cinco o cuarenta y seis veces.

- ¿En serio?

- Claro. Es uno de esos misterios de la naturaleza. Comen hierba hasta llenarse el primer estómago y luego lo rumian; lo sacan de un estómago, lo mastican y lo pasan al otro.

- ¿Y te sientas a contar las veces que rumia cada vaca?

- No fastidies, entonces perdería el día en el monte. Se les nota si están un poco enfermas porque están más inmóviles y tienen la nariz y los ojos más secos de lo normal. Si no están rumiando las veces que deben, es que están enfermas.

- ¿Y vas a llamar al veterinario?

- No, para esto no. Me la encontré ayer aquí y por eso he vuelto hoy, he traído una inyección de terramicina.

- ¿Qué es eso?

- Un antibiótico que hará que le baje la fiebre. En unos días estará mejor.

Rebuscó en la mochila, sacó una jeringuilla y la preparó mientras se sentaba junto a la vaca. Murmurando palabras tranquilizadoras, pinchó el cuerpo del animal con cuidado, le inspeccionó las fosas nasales y le dio unas palmaditas en la cabeza. Satisfecha, se volvió hacia Miguel.

- Estoy muy orgullosa de estas vacas. Son de raza Terreña, una raza Kuartanguesa con una carne tierna y de gran sabor. Estuvo a punto de desaparecer, pero Bixente, el abuelo y unos vecinos de Gilarte han trabajado duro muchos años para conservarla. Bueno, y ahora que hemos acabado con las labores de enfermería, puedo contarte alguna leyenda vasca.

- Perfecto. Soy todo oídos.

Durante la hora siguiente se pasearon entre los árboles mientras Elurne le contaba todo sobre Mari, la Diosa por excelencia de la mitología vasca, la representación de la madre tierra.

Aparentemente era una dama muy bella, con el cuerpo voluptuoso, el pelo suave y ondulado y la mirada serena y sabia. Dirigía las tempestades y los vientos desde las cimas de las montañas y era considerada dueña de los fenómenos celestes. También velaba por las cosechas, el ganado y los humanos. Elurne era fantástica contando historias y Miguel se sintió como un niño imaginando el carruaje de la Diosa Mari guiado por siete machos cabríos que surcaban el cielo de Kuartango en mitad de una tormenta infernal. Mientras escuchaba sus palabras, Miguel no sentía el cansancio y siguieron caminando a buen ritmo durante un buen trecho. Elurne le habló de la supuesta morada sagrada de Mari y el respeto de los campesinos hacia ella. Según la leyenda, en Kuartango la Diosa tenía su morada sagrada en la cumbre del Pico Marinda, la montaña que veía desde la ventana de su salón en la Pensión Chifflet. Elurne le contó docenas de cuentos y leyendas, modulando la voz con los diferentes personajes y gesticulando con gran expresividad para describirlos. Hacía mucho tiempo que Miguel no disfrutaba tanto con una buena historia y se sintió decepcionado cuando comprobó que regresaban al coche. En el punto álgido de una de las historias y a pocos metros del Land Rover, el sonido de un móvil rompió el encanto del momento. Elurne, azorada, rebuscó en la mochila y sacó el teléfono, suspirando al ver la identidad de la persona que llamaba. Contestó en inglés, haciéndole un gesto de disculpa. Miguel no sabía mucho inglés, y sólo fue capaz de entender algo sobre un cliente y un trabajo que iba por buen camino. Por fin Elurne se excusó y acabó la conversación telefónica.

- Perdona, Irlanda me reclama.

- ¿Alguien del trabajo?

- Mi jefe.

- ¿Te estaba echando la bronca?

- Casi. Cree que no progreso tan rápido como necesitamos.

- ¿Alguna venta importante?

- Algo así. Si no me sale bien este primer contrato, ya puedo olvidarme de que mi jefe siga siendo tan comprensivo con mi situación.

La cara de Elurne se había ensombrecido y Miguel observó que sus facciones ya no resultaban tan dulces.

- ¿Y qué quiere que hagas?

- Tengo que ir a visitar a un cliente este fin de semana.

Elurne suspiró con fuerza y se acercó decidida al Land Rover.

- Ya lo siento, Miguel, pero voy a tener que ponerme manos a la obra. Tengo que volver a Lamietxe.

- No te preocupes, yo tenía planeado visitar a Don Gerardo esta tarde.

- Perfecto. Ya quedamos otro día, vas a estar aquí un tiempo, ¿verdad?

- Sí, probablemente unos meses.

- Estupendo.

Con un agudo silbido llamó a los tres perros, que aparecieron galopando por el camino. Elurne suspiró hondo una vez más.

- ¿Y cómo acaba la historia?

- ¿La de Mari?

- Sí.

- Cuando el pastor travieso robó la cantimplora de oro de la cueva de la Diosa, la escondió en su morral y se fue a dormir con sus compañeros. Esa noche se desató la peor tormenta que se había visto nunca en estas tierras, y a la mañana siguiente no encontraron rastro de él. Se cree que Mari lo encerró eternamente en las entrañas de la tierra para vengarse.

- Es una historia muy chula.

- Sí, pero ahora no puedo pensar más en leyendas, se me avecina un marrón considerable.

- No hay problema. Gracias por contármela, eres muy buena cuentacuentos.

- Gracias.

La chica esbozó una sonrisa agradecida e intentó poner en marcha el motor. Afortunadamente, estaban aparcados cuesta abajo. Miguel se esforzó una vez más por mantener el equilibrio mientras sorteaban los charcos de barro del camino. Cuando llegaron a la carretera principal, decidió intentar una vez más conseguir información concreta sobre Irlanda.

- ¿Te llevas bien con tu jefe?

- Bueno, no me llevo mal.

- Se nota que es comprensivo.

- Sí, pero está empezando a perder la paciencia.

- ¿Para qué empresa trabajas?

- Se llama SchwantzKemiks, o SK.

- ¿Y a qué os dedicáis?

- A la investigación química. Tenemos laboratorios por todo el mundo y vendemos nuestros productos. Compuestos químicos, medicamentos, aparatos de ingeniería genética, cosas de ese

tipo.

- Debes de tener un puesto importante para que no prescindan de ti.

- Soy buena en mi trabajo. Sé que suena poco modesto, pero es así. Soy de las mejores y él lo sabe.

- ¿Tu jefe?

- Sí.

- ¿Es duro?

- Mucho. Es justo y confía en mí, pero no perdona un error.

- Se parece al mío.

Elurne se giró hacia él, confusa.

- Pero si tú estudias.

Mierda... La relajación que le producía estar con la pelirroja le había hecho bajar la guardia. Joder, parecía un principiante.

- Ya, me refiero a mi Profesor en la Universidad, el que me supervisa la tesis.

- ¿Tienes mucho contacto con él?

- En la Universidad mucho, quiere controlar todos los detalles. Aquí algo menos, pero tengo que llamarle regularmente para que controle que voy progresando como es debido.

- ¿Luego qué vas a hacer? ¿En qué puedes encontrar trabajo después?

- No tengo ni idea.

- ¿Cómo dices?

- Decidí ponerme a estudiar porque estaba harto de trabajar en mi librería. Me encantan las diversas culturas del mundo, por eso elegí Etnología. Podía permitírmelo porque tengo algo de dinero ahorrado. Digamos que atrasé la decisión de “qué voy a hacer con mi vida” un par de años.

- Yo estoy en esa misma fase, no sé qué voy a hacer con mi vida.

- ¿Te refieres a quedarte o volverte a Irlanda?

- No puedo volver a Irlanda.

- ¿Por qué?

- Porque si amas a una persona no tienes elección, tu vida está junto a ella. La abuela ha perdido al abuelo y yo soy todo lo que tiene, no puedo marcharme. De hecho, no quiero marcharme, aunque echo de menos Irlanda. He pasado un tercio de mi vida allí, he forjado grandes amistades y me he sentido plena en mi vida profesional. Ahora todo ha cambiado y a veces es difícil acostumbrarse. Aunque Irlanda y Kuartango no estén tan lejos en un mapa, la cultura y la gente son diferentes. Aquí en Uzanza pocas cosas han cambiado estos últimos años. Es bonito, pero a la vez es frustrante. Me encantaría poder ver a mis amigos irlandeses y pasear por Belfast mientras me tomo unas pintas de Guinness con algún colega.

- ¿Hablas con ellos por teléfono?

- Con algunos, y con otros mantengo el contacto por e-mail. Y tú, ¿estás echando de menos Madrid?

- Sólo llevo unos días en Kuartango, así que no demasiado.

- De momento parecerán unas vacaciones, ¿no?

- Sí, algo así.

Estaban llegando a Lamietxe y Miguel se sintió desilusionado por tener que marcharse. Lo había pasado genial en compañía de la pelirroja y su extraño mundo rural. Al bajarse del Land Rover, Elurne estaba más calmada y sonrió a Miguel con gesto apenado.

- De verdad lamento tener que marcharme, me ha venido bien desahogarme un poco. Te he dado una barrila de espanto.

- Yo también me lo he pasado muy bien. Y, dado que mis estudios no me van a ocupar todas las horas del día, me ofrezco voluntario para ayudarte. Y así puedo conocer más cosas sobre el Valle y apuntar más información.

Elurne le miró fijamente a los ojos, sopesando sus palabras.

- No sé por qué, pero me caes bien, así que voy a ser directa. Hay vecinos que me han recomendado que no confíe en ti. Te lo digo para que sepas que hay mucha gente en Uzanza a la que no le hace gracia que estés aquí. Les parece demasiada coincidencia; a las pocas semanas del encarcelamiento de Peio por terrorismo, aparece un tipo de Madrid a “estudiar” costumbres vascas. Suena muy sospechoso. ¿O es sólo una coincidencia? No lo sé, pero por el momento te voy a dar el beneficio de la duda. Puedes venir cuando quieras y serás bienvenido, pero si en algún momento huelo a podrido, te puedes perder con tu puta tesis y por aquí no vuelves. ¿Me has entendido?

Sorprendido con el tono duro de Elurne, Miguel borró la sonrisa de su rostro. Pensando rápidamente e intentando que la pelirroja no percibiera su nerviosismo, respondió con una calma que realmente no sentía.

- Soy Miguel García, estudiante y residente en Madrid. Puedes llamar a mi profesor de la Universidad o ir a visitar a mi madre, si quieres. No tengo nada que esconder.

- Espero que así sea. Gracias otra vez por tu ayuda con el queso. Que pases una buena tarde con Don Gerardo, es un gran hombre. Era mi profesor preferido en la Ikastola (50) y todavía quedamos de vez en cuando a tomar un café. Por favor, dale un beso de mi parte y dile que un día de estos le llevo un conejo recién matado para guisar, ¿vale?

- De acuerdo.

Elurne le palmeó el hombro agradecida y empezó a andar hacia el baserri mientras Miguel la seguía con la vista. A medio camino se dio la vuelta y, con una enorme sonrisa divertida, gritó hacia él.

- Mikel, tú también te puedes llevar un día uno de mis conejos ¡Y no malinterpretes la frase!

- Me encantará llevarme uno de tus conejos. Y espero que puedas solucionar pronto el problema del curro.

- Suerte a ti también, te va a costar un rato asimilar mis extrañas enseñanzas.

Sonriendo, Elurne desapareció en el interior del enorme caserón. Miguel se encaminó a su coche. Había sido una mañana extraña. Lamietxe parecía envuelto en una capa invisible que lo aislaba del resto del mundo. Era un lugar muy misterioso lleno de leyendas, locura y desgracias. Pensativo, arrancó el coche y volvió a la Pensión Chifflet con mil preguntas en la cabeza. ¿Sería todo verdad? ¿Trabajaba realmente Elurne para una multinacional? ¿Con quién hablaba por teléfono y por qué se azoró tanto al descubrir quién la llamaba? Cuando salió del coche, cerró la puerta de golpe preso de una gran frustración. Nunca había sido especialmente paciente y le habría gustado saber todos los detalles sobre las vidas de los sospechosos. ¿Quiénes eran Elurne, Unax y Zigor? ¿Habían tenido algo que ver con el atentado de Luis? Sintiendo de repente muy aturdido decidió comer algo y descansar. Al abrir la puerta del piso descubrió una cesta en el pasillo con una breve nota en el interior. Era de Julene, que le regalaba más huevos, un bote de miel y unas cebollas. Definitivamente eso probaba que la vieja entraba cuando le daba la gana. Lo único que podía hacer era poner un sensor en la puerta de entrada y tener el máximo cuidado con la información confidencial. Tenía la corazonada de que Zigor, o cualquier otro vecino, intentaría colarse en su casa para comprobar la veracidad de su historia.

Tenía que ser extremadamente cuidadoso. La amenaza de Elurne le había puesto sobre aviso. El día anterior había pensado que la misión sería pan comido, pero empezaba a asimilar la magnitud de lo que estaba haciendo. Llevaba un par de días en Kuartango y empezaba a comprender que no sería fácil extraer información y ganarse la confianza de los vecinos. Se suponía que debía escribir una tesis, así que tenía que empezar a amontonar papeles con datos, fotocopias de artículos sobre costumbres vascas y borradores de la tesis, o Julene empezaría a sospechar. También Don Gerardo se interesaría por su progreso, al ser profesor de Historia. Tendría que empezar a tomarse en serio lo de la supuesta tesis. Ya lo había hablado con el Coronel; de momento, debía recoger en cuadernos la información que le daban los habitantes del Valle e imprimir artículos de internet al azar sobre Kuartango y su Historia. El Coronel le ordenó no utilizar demasiado tiempo en la falsa tesis, sólo lo suficiente para que le creyeran. Se decía pronto, pensó Miguel amargamente. Eran las cuatro de la tarde y estaba hambriento tras el paseo del monte. Comió en silencio y después salió a la terraza con un café, un cuaderno y varios

bolígrafos. Con Gorri mordisqueando un hueso a sus pies y Bernie mirándole a través de la verja del jardín vecino, empezó a anotar los detalles que le habían proporcionado Galder, Julene y Elurne sobre Kuartango. No podía concentrarse porque estaba cansado y lo dejó al cabo de un rato. No había visto salir a Zigor a la terraza y su coche no estaba aparcado fuera. Entró en el dormitorio y enchufó el ordenador para comprobar si había estado en casa a la hora de comer y si las cámaras funcionaban correctamente. Tecleó su clave personal y accedió a las imágenes. Una franja horaria estaba señalada en rojo, confirmando actividad en la vivienda, así que reprodujo el vídeo a partir de las dos y media. Zigor había entrado en su casa, se había preparado unos filetes y una ensalada y había echado una siesta. Avanzó el vídeo, decepcionado de estar viendo al sospechoso dormir. A las tres y media le había sonado el móvil. Miguel se incorporó y subió el volumen del ordenador. Por fortuna, Zigor estaba hablando en castellano. Vio al ceñudo muchacho levantarse del sofá, pero solo podía escuchar su parte de la conversación, de la que se deducía que había quedado con alguien a una hora previamente acordada. Antes de colgar, Zigor recomendó sigilo. Miguel frunció el ceño. ¿Sigilo para qué? ¿Qué tramaba Zigor y con quién? Necesitaba pinchar su móvil para saber qué estaba tramando. Intentaría hacerse con el aparato el tiempo suficiente para hacer una copia de la tarjeta SIM. Con eso tendría más material para investigar. Necesitaba pasar más tiempo cerca de él, pero ¿cómo? De pronto sonó su propio móvil, sobresaltándole.

- ¿Diga?

- Buenas tardes, soy Gerardo, creo que la señora Chifflet le habló de mí.

- Claro, por supuesto, Don Gerardo, gracias por llamar. Quería haberlo hecho yo esta mañana y se me pasó. Lo siento, estuve ayudando a Elurne en Lamietxe. Le manda besos.

- Ah, Elurne, una gran muchacha. Ojalá venga pronto a visitarnos. Tú querías hablar conmigo, ¿no es así?

- Si no le supone mucha molestia, me sería útil. ¿Le ha contado Julene?

- Sí, ya me habló de tu tesis. Es un tema muy complejo.

- Sí, va a suponer un reto, por eso necesito toda la ayuda que me sea posible. ¿Supondría un problema robarle algo de su tiempo mañana? Me gustaría comparar datos e impresiones históricas con usted.

- Claro, no hay problema. Me gustará mucho ayudarte. ¿Qué te parecería venir mañana a la una? Prepararé un par de cervezas bien frías y algo de picar.

- No se preocupe, no quiero molestar.

- Si vamos a hablar un rato sobre la historia del pueblo vasco nos apetecerá un aperitivo.

- Muchas gracias, Don Gerardo, es usted muy amable.

- Hay que ayudarse entre historiadores porque no quedamos muchos. Yo soy de la vieja generación y tú de la era informatizada. Tengo ganas ya de charlar contigo.

- Mañana a la una estaré en su casa. ¿Dónde vive?

Don Gerardo le dio las instrucciones pertinentes y le alegró comprobar que no quedaba lejos de la Pensión Chifflet. Colgó el teléfono algo más animado y volvió a fijar la vista en la pantalla del ordenador.

Intentó buscar información sobre SwanzKemiks, la supuesta multinacional química para la que trabajaba Elurne. La multinacional en efecto existía y tenía su base en Berlín y sedes en varias ciudades del mundo. Parecía ser una empresa enorme. Tendría que conseguir una lista de empleados de la sede de Belfast para confirmar la historia de Elurne. ¿Dónde habría vivido durante esos años? Abrió su cuenta de correo electrónico y comenzó a redactar un nuevo mensaje. Era breve: “Necesito tu ayuda, ha llegado la hora de que me devuelvas el favor, contacta conmigo cuando puedas en la dirección de siempre. Gracias”. Codificó debidamente el mensaje y lo envió al ciberespacio. Miguel suspiró mientras se encendía un cigarrillo. Había pasado tanto tiempo desde aquello... Cerró los ojos y se dejó llevar por los recuerdos. Sucedió en la época de su entrenamiento en el ejército en Zaragoza, al comienzo de su carrera. Allí había conocido a Kevin, un miembro del Servicio de Inteligencia Británico. Estaba en España para recopilar información sobre un fugado de la justicia británica, un presunto terrorista de Al-Qaeda. Habían congeniado enseguida y compartieron muchas cervezas y charlaron largas horas sobre sus sueños para el futuro. Antes de volver a Inglaterra Kevin había cometido un grave error en su investigación y había recurrido a Miguel para que le ayudara a no perder su trabajo. Fue un esfuerzo titánico y tardaron días en solventarlo, pero lograron salvarle el pellejo al inglés y la tormenta cesó sin mayores problemas. Ahora Kevin ocupaba un puesto importante dentro del M.I.5 (51) y le estaría eternamente agradecido. Y ahora Miguel necesitaba su ayuda. Dudó de si estaría autorizado a contactar con Servicios de Inteligencia ajenos a la Operación New Age, pero sabía que Kevin actuaría dentro de la mayor discreción.

Miguel tenía muchas ganas de tomarse una cerveza en compañía de alguien agradable y pensó en llamar a Galder, pero, aunque lo intentó dos veces, no contestó al teléfono, así que se tumbó en el sofá a esperar. Sus ojos se cerraron y tuvo un sueño en el que las brujas, los gigantes y las bellas mujeres del bosque se mezclaban con terroristas, vacas y ovejas. Despertó inquieto y con la piel bañada en un sudor frío. Galder no había llamado y volvió a intentar dar con él, sin éxito. Quizá le estaba ignorando porque era uno de los que no deseaban que Miguel estuviera en Uzanza. Pero el día anterior parecía haber disfrutado sinceramente de su compañía. Sin saber qué pensar, se puso los zapatos y salió a dar un paseo. Se dirigió a la Taberna Txiki para tomarse una caña y espiar un poco a los habitantes de Uzanza. Se encaminó frustrado hacia la taberna, pero al llegar a la puerta cambió de idea. Si Galder estaba allí, sería incómodo entrar a sentarse con él sin haber sido invitado. Y si los amigos no se encontraban dentro, no tenía ganas de ponerse a conversar sobre cualquier tontería con los lugareños. En ese momento se sintió solo y desplazado, en ese diminuto pueblo extraño al que nada le unía. Comenzó a caminar dejando las casas atrás y se adentró en una de las pedregosas pistas forestales a la luz de la luna. Se veía bastante bien el camino y Miguel distinguió un par de corzos bajo unos árboles. Fascinado, se acercó sigilosamente, se sentó en el suelo y los observó, curioso. Los animales comían confiados las ramas de un arbusto mientras sus orejas se meneaban con movimientos atentos. No estaba acostumbrado a la vida del bosque y saltó nervioso cuando oyó un ruido cercano. ¿Sería un jabalí? Había oído que eran peligrosos. Nervioso, siguió adentrándose en el bosque, pensando en las historias de folclore vasco que le había contado Elurne. ¿Realmente creían que en el bosque había gigantes y bellas mujeres con

patas de gallina? Al cabo de un rato llegó a la cima de un monte y se sentó meditabundo con la mirada perdida en el pequeño pueblo. Se preguntó una y mil veces qué era lo que se escondía en las casas y qué secretos guardaban las familias que allí vivían. Estaba calculando dónde estaba el baserri de Elurne cuando apareció algo en su campo visual que lo distrajo de sus cálculos mentales. Había visto parpadear una luz al otro lado de la colina. Con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, se agachó y comenzó a arrastrarse hacia donde se veía la luz. ¿Quién demonios andaba a esas horas por el bosque con una linterna? Miguel se agazapó detrás de unos arbustos y a los pocos segundos escuchó una voz de hombre.

- Joder, cómo pesan. ¿Es necesario moverlas hoy?

- Cállate, joder. No podemos hacer ruido.

En la penumbra, Miguel vio cuatro figuras humanas caminando entre los árboles. Cada una de ellas acarreaba con una caja que parecía pesada. ¿Serían armas? ¿Bombas, quizás? ¿Debía llamar al Cuartel más cercano? Con mucho sigilo, siguió a la misteriosa comitiva monte abajo. Después de unos minutos los cuatro se agolparon al lado de un Citroën Xsara verde. Cuando el haz de la linterna iluminó el coche de frente, Miguel memorizó la matrícula.

Al entrar en el coche, uno de los hombres se quitó el gorro de lana que llevaba puesto, e incluso bajo la débil luz de la luna le resultó inconfundible. Era Iñigo, y Miguel agudizó la vista, convencido de que Zigor no andaba lejos. El coche se alejó camino abajo en dirección hacia el pueblo y Miguel juró entre dientes, frustrado por no tener vehículo. Comenzó a correr tras él, pero no pudo seguirle el ritmo. Al llegar a Uzanza estaba sin aliento y no vio el coche por ninguna de las calles, así que asumió que habían ido a otro lugar a esconder su misteriosa carga. Enfadado, dio una patada a uno de los árboles de la plaza. Marchó a casa enfurecido y al entrar pegó un portazo. Se echó una cerveza en un vaso y se sentó al ordenador para investigar a quién pertenecía el coche. Introdujo la matrícula en la base de datos de Tráfico y pegó un respingo cuando vio el nombre del dueño del Xsara. Pertenecía a Unax, el último de los sospechosos, al que no había conocido todavía. ¿Qué podía hacer? Podían haber movido material para hacer bombas de algún escondrijo en el bosque, ¿estarían planeando un atentado? Se paseó nervioso por la habitación, ¿debía llamar al Coronel para informarle? No se había fijado en si alguna de las personas tenía cuerpo de chica. ¿Serían Elurne y Zigor los que acompañaban a Iñigo y Unax? ¿O Galder? No, Galder no daba el perfil. Sacó de debajo del colchón la carpeta de la Operación New Age y la ojeó de nuevo. Comprobó la información con la de la base de datos del S.I.G.C. pero con tan poca información no podía averiguar nada más. Zigor todavía no había vuelto. Decidido a espiarle por las cámaras cuando llegara, se aposentó en el salón a oscuras con el transmisor de la cámara en su regazo y se llevó la botella de cerveza a los labios con la mirada pensativa. Mientras llegaba, debía encontrar el modo de hacerse con su móvil. Tenía que preparar rastreadores GPS para instalar en los coches de los sospechosos y tenerlos localizados veinticuatro horas al día. Se preparó mentalmente para una noche de larga vigilia. Con lo cansado que estaba, esperaba no quedarse dormido.

SUGAAR



SUGAAR

Temible y peligrosa, Sugaar es una gigantesca serpiente macho que vive en las profundidades de la tierra y sale a la superficie atravesando cuevas y simas. Dicen que es el consorte de Mari y que cuando sus cuerpos se funden, se desatan terribles tormentas. También cuentan que cuando las niñas y los niños no obedecen a sus padres, Sugaar vendrá para castigarles.

Kuartango, mayo de 1.946

Hoy escribo desde la cama y me encuentro triste y agobiada. Tengo fortísimos dolores en las entrañas y bastante fiebre, así que amama está muy preocupada, aunque intenta aparentar normalidad para evitar que yo no lo vea. Lo que ha sucedido no es culpa suya, pero ella cree firmemente que lo es. Puede ser porque llevo casi dos años sin hablar con ella y se siente culpable. Las semanas que siguieron a la muerte de mi hermana Elurne las pasé en soledad y buscando los libros antiguos de amama por todo Lamietxe, para encontrar pruebas de mis sospechas. En casa siempre habían bromeado sobre la llegada hace décadas de amama a Kuartango. Cuando vino aquí para casarse con aitite debió de traerse multitud de baúles muy pesados. Contaba aitite que apenas cabían en la carreta cuando bajó a buscarla al tren, y siempre bromeaba con que los bueyes estuvieron a punto de declararse en huelga por el esfuerzo titánico que supuso subirlos a Lamietxe. Amama solía decir que no podía despedirse de sus libros y manuscritos, y que por eso los había traído. Cuando comenzaron mis sospechas sobre su posible implicación en la muerte de mi hermana intenté buscarlos, pero no fue tan fácil como yo pensaba. Estaba convencida de que conocía cada rincón de este viejo caserón, pero no era así. Por fin, tras unos días de rebuscar por todas partes, encontré las habitaciones secretas.

Están bien escondidas, no lo puedo negar, y al fin pude comprobar con mis propios ojos el arsenal de libros que trajo amama de Zugarramurdi. En un primer momento me emocioné porque me encantan los libros y fue como encontrar un tesoro; había decenas de ellos, quizá cientos. Pero acto seguido me sobrevino la ira. ¿Por qué me había privado amama de aquel tesoro? Es obvio para todo el que me conoce que mi pasión es leer. He leído cientos, si no miles, de volúmenes, he visitado a los vecinos para pedirles libros para leer y negociado con los maestros de las escuelas del Valle para que me prestasen los suyos. Pero mi propia abuela, la persona que más me conoce, me había negado su colección. Enfadada, me acerqué a los libros y observé que la mayoría parecían muy viejos y gastados; cuando abrí las cubiertas, su antigüedad me sorprendió mucho. Encontré también un par de polvorientas cajas de madera llenas hasta los topes de manuscritos de siglos pasados. ¿Dónde los consiguió amama? Me senté en un taburete a hojearlos sin demora y comprobé que eran documentos escritos sobre las gentes, parajes y ritos de Zugarramurdi, su pueblo natal. La mayoría de los libros hablaban de leyendas y ceremonias antiguas, de modo que supongo que tal vez amama los ha heredado de sus antepasados. Enseguida comprendí que en alguno de aquellos libros encontraría la evidencia de por qué amama había matado a Elurne. Al cabo de un par de horas la encontré, en un pequeño y delgado libro que estaba escrito a mano y forrado en cuero. Tenía un penetrante olor a viejo y estaba claramente muy usado. El libro entero está dedicado a los antiguos sacrificios y ofrendas a las deidades principales de la mitología del pueblo vasco. En la página cuarenta y cuatro encontré una ilustración muy detallada que me llamó la atención, y por fin vi clara la razón por la que hallaron flores secas en la sima donde encontraron el cuerpo sin vida de Elurne. Se me nubló la vista al imaginarme lo que había sucedido, las piernas me fallaron y caí al suelo llorando desconsoladamente. Cuando me calmé lo suficiente, sujeté el libro con firmeza entre mis manos y subí a la cocina llamando a gritos a amama.

La encontré revolviendo la leche recién ordeñada. Debió de notar al instante la gravedad en mi mirada, porque dejó el cucharón de madera en la encimera y apartó la cazuela de la cocina de

leña. Cuando por fin vio lo que yo sujetaba, suspiró con tristeza y se sentó en una silla con el rostro pálido como el de un cadáver. Abrí con manos temblorosas el libro por la página correcta y lo coloqué en la mesa delante de sus ojos. Observó la ilustración unos segundos y volvió a mirarme, asintiendo con los hombros caídos, el semblante triste y una lágrima resbalando por su mejilla. Estábamos intentando apaciguar a los espíritus malignos, María, tienes que entenderlo, me dijo. Siguió hablando con lentitud, como si dudase de si debía contármelo, mientras me miraba fijamente a los ojos. Me aseguró que, desde los tiempos antiguos, se hacen a veces ofrendas humanas a las deidades diabólicas. Me dijo que no era de dominio público y que, a lo largo de la historia, únicamente se ha hecho en momentos de verdadera necesidad. Me explicó que era la magia más negra que conocían las antiguas sorginak, y que sólo las verdaderas conocedoras de las antiguas enseñanzas podían realizar aquellos ritos. A ella se lo enseñó su abuela, me contó, y a su abuela se lo había contado la suya propia, y de esa manera se había transmitido el conocimiento a través de los siglos. Me dijo que Elurne había estado de acuerdo cuando ella se lo propuso en su día. Me dijo que después del akelarre con la prima Irati, mi hermana había comprendido que teníamos que volver a los ritos antiguos. Ellas estaban convencidas, tras dos guerras, miles de muertes, desapariciones y detenciones, de que había llegado la hora de ofrecer un sacrificio humano a los dioses para que intercedieran por nosotros. Y así lo hicieron, sin decirme nada a mí. Prepararon las flores secas y el resto de los utensilios necesarios para el ritual y subieron juntas a la sima. Me dijo que se agarraron de la mano y recitaron los rezos necesarios. Luego Elurne cerró los ojos, inspiró profundamente y se lanzó de cabeza por la sima. Dice que escuchó el ruido del cuerpo al chocar con el fondo y que no tuvo valor para asomarse a mirar su cuerpo sin vida. Mientras amama me contaba la historia comenzó a temblarle levemente el labio inferior y, cuando acabó de hablar, un lamento de tristeza salió de su garganta. Yo no pude evitar mirarla con verdadera repugnancia; la observé de arriba abajo con desprecio, me dio asco que una abuela propusiera a su nieta, sangre de su sangre, hacer algo así. Cuando acabó de confesarme cómo había sido en realidad la muerte de mi hermana no pude hablar; por primera vez en mi vida, no encontré las palabras adecuadas. Sentí que algo se desgarraba en mi interior y salí de la cocina sin volver la vista atrás.

Corrí a la cuadra, ensillé la yegua y salí galopando hacia el salto del Nervión a toda velocidad. Poca gente sabe que en Kuartango nacen las aguas que alimentan la cascada más larga de España, el salto del río Nervión. El lugar donde surge el agua subterránea es un paraje impresionante, y esas aguas, tras deslizarse un buen trecho por el lecho rocoso de la sierra, se desploman hacia Orduña en una cascada de doscientos veinte metros. Es un lugar espectacular, con escarpados farallones de rocas erosionadas por las aguas durante milenios, donde el agua subterránea se lanza sin miedo al abismo en primavera, y en la belleza de su caída se nota la mano de Ama Lurra, la madre tierra. El noroeste de Kuartango acaba abruptamente en ese barranco, profundo y desnudo de vegetación, al que sería fácil lanzarse si ya no quieres vivir más. En realidad, es lo único que tienes que hacer, saltar, como hizo Elurne en la sima, y los metros y la gravedad harán el resto. Nadie lograría sobrevivir si lo hiciese desde el salto del Nervión. Lo estuve meditando y valorando seriamente durante varias horas, sentada al borde del abismo y observando el agua aterrizar con violencia en el fondo, formando una espuma densa que me recordó al humo del infierno. Confieso que no tenía ganas de seguir viviendo. Mis sospechas se habían confirmado, amama había matado a Elurne. O le había ayudado a suicidarse, no sé exactamente cómo describirlo. Ya no había nada que pudiera hacer por ella, pero en ese momento no me creí capaz de seguir respirando, de continuar en Lamietxe con tantos recuerdos dolorosos. Tampoco quería seguir viviendo con amama. Le di vueltas y más vueltas al asunto, pero al final se impuso mi

sentido de la responsabilidad y monté en la yegua con el corazón hundido y una profunda sensación de derrota. Volví despacio dando un rodeo por el bosque, no quería volver a ver a amama mientras viviera. Y desde ese día, hace casi dos años, no la había vuelto a hablar. En realidad, apenas la he mirado; lo que hemos tenido que comunicarnos lo hemos hecho por gestos. Sé que parece duro por mi parte pero no puedo perdonarla, todavía no, no sé si algún día seré capaz de olvidarlo. Hemos dividido las labores del baserri, del huerto, las fincas y los animales, y aquellas tareas que requieren de dos personas las hemos hecho juntas, pero en silencio y sin mirarnos. Ella se arrepiente de lo que hizo, estoy segura porque se lo veo claramente en la mirada. Hace tan sólo diez años estábamos todos celebrando el solsticio de invierno juntos: amama, aitite, aita, el tío Kepa, Elurne y yo. Y ahora todo lo que queda de aquello son cuatro muertos y dos mujeres derrotadas, tristes y desencantadas con el mundo.

Por eso pensé que las desgracias se acabarían, al menos por el momento. Pero una vez más, me equivocaba. Y una vez más, el incidente tuvo que ver con la guerra, una guerra que ni siquiera es nuestra, pero que nos ha afectado de todas formas. El año pasado se declaró el final de la Segunda Guerra Mundial, y por fin Hitler murió tras dejar cientos de miles de cadáveres. El muy cobarde se suicidó antes de que los aliados lograsen arrestarlo, pero yo hubiera deseado que le hubieran pillado para obligarle a pasar por todos los juicios, torturas y los sufrimientos que se merecía. Pero la buena noticia es que Europa está por fin libre del yugo de los nazis. Las celebraciones se sucedieron en varios países y comenzaron los juicios contra los grandes líderes del partido nacionalsocialista alemán. Por aquí por Kuartango nada ha cambiado con el final de esa guerra. Aquí seguimos bajo el yugo del fascismo y el control de la Iglesia Católica. Cualquier persona que critique el Régimen será señalada con el dedo y encerrada o fusilada. Exactamente igual que en la guerra, pero ahora los detienen a la chita callando y nadie se entera de lo que ha sucedido. En San Sebastián han tenido más conmoción con el fin de la Guerra, dado el alto número de oficiales nazis que operaban allí desde hace años con el beneplácito de Franco. Ahora que la guerra está perdida, el Dictador se ha retractado y ha declarado públicamente que ayudará a los aliados a dar caza a los nazis fugados de la justicia. Pero en realidad lo que está haciendo, o eso se rumorea, es dejarlos huir por España. Algunos planean viajar a los Estados Unidos y otros escapar a Sudamérica, pero la verdad es que siguen pasando por donde quieren sin que los militares les arresten. Se rumorea que se esconden también por Kuartango; hay vecinos del Valle que dicen que los traen escondidos en los trenes de mercancías hasta Zuhatsu durante la noche y que los llevan hacia Burgos. Otros dicen que eso son tonterías. Yo, por desgracia, sé a ciencia cierta que al menos un nazi ha pasado por aquí. Tengo veintiún años y ya he vivido dos guerras; no soy ajena al sufrimiento y a las desgracias, pero ésta, para mí, ha sido la peor. No sé cómo voy a superarlo, estoy convencida de que me volveré loca intentando procesarlo todo. Amama volvió a mencionar hace unos días lo de mi saco amniótico intacto al nacer y, presa de una rabia incontenible, le tiré a la cabeza el libro que estaba leyendo. Me arrepentí enseguida, pero no quiero volver a escuchar esa profecía familiar de que estoy maldita, o lo que sea que quiere decir amama respecto a mi nacimiento.

Estaba por fin empezando a superar lo de Elurne, volviendo a apreciar de nuevo la belleza en las cosas, en las flores, los árboles y los animales, a disfrutar de los montes y del agua cantarina del río. Estaba al fin recuperando un asomo de vida normal, en la que acabar mis labores diarias sin echarme a llorar a cada instante. Empezaba también a dormir bien, a descansar sin que las imágenes del cuerpo de Elurne sin vida y las pesadillas de los arrestos del tío, de aita y aitite plagaran mis sueños. En resumen, la cosa estaba empezando a ir bien, hasta hace justo un mes.

Era un lunes normal y como todos los lunes, ensillé la yegua y cargué los cartones de huevos en las alforjas para bajarlos a vender. El tabernero de Uzanza los vende en su taberna y también me compran vecinos de Sendadiano, Urbina, Jokano y Zuhatzu, que es donde vendo más. Por desgracia este año cerrará sus puertas el balneario y eso es un desastre para mí, porque allí vendo muchísimos huevos. Aquel día mi plan era ir primero a Sendadiano, bajar después a Zuhatzu al balneario y al final de la mañana volver a Lamiexé parando en Jokano y en Uzanza. Iba contenta porque el día era soleado y me gusta mucho esa ruta. La yegua y yo subimos a paso lento hasta el alto de Sendadiano atravesando el bosque de Yarto, y al bajar por el paraje de las Capochas la yegua de repente se asustó y empezó a corcovear, algo que no es habitual en ella. Sin duda algo la estaba asustando, pero no vi ni escuché nada en ese momento, aunque recuerdo que pensé que quizá debería haberme llevado a los perros porque podría haber lobos por allí. Algo asustada, espoleé a la yegua para continuar bajando la ladera, pero al pasar entre un viejo roble y unos brezos bastante crecidos, el animal volvió a pegar un brinco. Me fijé en que sus pupilas estaban dilatadas y sus ollares temblaban, estaba realmente asustada. Corcoveó de nuevo, pero esa vez no pude sujetarme y caí al suelo con fuerza, golpeándome la espalda y la cabeza contra una roca. Algunos cartones de huevos cayeron también de las alforjas y se estrellaron contra el suelo. La yegua se dio media vuelta y comenzó a cabalgar a toda velocidad en dirección a Lamiexé. Yo silbé y la llamé a gritos hasta casi quedar ronca, pero fue en vano. Maldiciendo, intenté levantarme del suelo, pero la cabeza me daba vueltas sin parar, tenía la visión borrosa y empezaba a notar un bulto en la base del cráneo. Me incorporé y apoyé la espalda en el tronco del viejo roble, sujetándome la cabeza para intentar que dejase de dar vueltas. De pronto escuché un ruido entre la espesura y todos los músculos de mi cuerpo se tensaron de inmediato. Desde el primer momento supe que no era un animal, porque conozco perfectamente todos los sonidos de la fauna del Valle. Estaba casi segura de que se trataba del sonido de una pisada humana.

Me quedé totalmente quieta para no delatar mi posición en el denso silencio del bosque, que lo envolvía todo como si de un mal agüero se tratara. Daba la sensación de que incluso los pájaros habían dejado de cantar. Volví a escuchar el sonido otra vez, pero en esta ocasión lo oía más cerca y me asusté. Empujando con los brazos mi cuerpo conseguí levantarme con dificultad, aunque las piernas me temblaban y no me sujetaban bien. Intenté dar dos pasos y volví a caer de bruces, la cabeza me seguía dando vueltas sin parar y no lograba mantener el equilibrio. Estaba intentando levantarme otra vez cuando le vi salir de entre la maleza apuntándome con una escopeta. Lo que me dejó helada fueron sus ojos fríos, calculadores y peligrosos. Era alto, fuerte y tenía el pelo sucio y enmarañado. Los finos labios de su boca esbozaron una sonrisa maquiavélica al verme, y se acercó a mí gesticulando y gritando en un idioma que nunca había escuchado pero que no tardé en identificar. Aquel hombre, con su mirada fría y su ropa harapienta, era uno de los nazis fugados sobre los que corrían rumores por todo Kuartango. Caminó con rapidez en mi dirección y yo intenté huir, pero la cabeza me daba vueltas por el golpe y volví a caer. Me levanté de nuevo y eché a correr con la vista nublada. El hombre me siguió tranquilo, sonriendo, y recogió del suelo los huevos que había tirado la yegua y que milagrosamente no se habían roto. Se los metió en el bolsillo y luego corrió hacia mí y me empujó al suelo propinándome una fuerte patada en el costado. Caí de espaldas y me golpeé la cabeza; el hombre, riendo a mandíbula batiente, se sentó sobre mis piernas para evitar que yo escapase, ignorando mis manotazos y patadas. Lentamente cascó los huevos uno a uno y, sin dejar de mirarme, se los comió directamente sorbiéndolos de la cáscara, completamente crudos.

Estoy convencida de que nunca podré olvidar su mirada lasciva mientras me miraba sorbiendo los

huevos con ansiedad. Los restos de las yemas se deslizaban por su barbilla mientras comía y me dio tanto asco que estuve a punto de vomitar. Intenté zafarme forzando mi cuerpo a acumular toda la energía que pudiera, porque era consciente de lo que iba a suceder. Y no me equivocaba. Con un gran eructo, el nazi dejó de comer y se limpió la boca con la manga de su mugrienta camisa. Acto seguido y sin razón aparente, me pegó un fuerte bofetón que me hizo saltar una muela por los aires. Yo me puse a gritar, a manotearle la cara y a patear, histérica, pero fue como si mis esfuerzos le divirtieran. Siguió sonriendo mientras se desabrochaba el cinturón y el pantalón a toda velocidad. Intenté apretar las piernas con todas mis fuerzas y deseé poder soldarlas mágicamente la una a la otra, pero mi fuerza no era obstáculo para alguien como él, especialmente entrenado para la guerra. Con violencia, el alemán me subió la falda y me abrió las piernas, introduciéndose en mí sin miramientos y empujando con ansias. El dolor que sentí en mi interior fue indescriptible, como si las entrañas me hubieran estallado, y redoblé mis esfuerzos por liberarme, pero todo fue en vano, porque el hombre sujetaba con fuerza mis brazos contra el suelo mientras me forzaba y yo, llorando desconsoladamente, no pude hacer otra cosa que evitar mirarle a los ojos y mirar hacia el Pico Marinda rezando a la Diosa Mari para que todo acabase pronto. Cuando estuvo por fin satisfecho, sentí que su cuerpo se sacudía una y otra vez encima de mí, un gemido gutural brotó de su garganta y se desplomó sobre mí. Por un segundo pensé que estaba muerto y, esperanzada, intenté con cuidado empujar su cuerpo hacia un lado para escapar. Pero no estaba muerto y, soltando un improperio en su idioma, me volvió a propinar una bofetada y me golpeó la cabeza contra el suelo.

Ya no recuerdo nada más, no sé cuánto tiempo estuve allí tirada o por dónde escapó el alemán. Lo siguiente que recuerdo es que escuché la voz de amama entre sueños, llamándome con suavidad. Me contó al día siguiente que la yegua había llegado a Lamietxe sin aliento y que se había asustado al verla volver sola y sudando de aquella manera. Sin pensárselo dos veces, ensilló otro caballo y se puso a buscarme por los parajes por los que suelo bajar a Sendadiano. Cuando por fin me encontró, tirada en el suelo y rodeada por un charco de sangre, pensó que estaba muerta y que había llegado demasiado tarde. Saltó de su montura y colocó mi cabeza en su regazo, sollozando y hablándome con suavidad. Su voz hizo que por fin yo abriera los ojos y al verla allí me eché a llorar desconsoladamente. Ella me acunó en sus brazos durante un largo rato en el suelo del bosque, cantándome las canciones de cuna que solía cantarnos de pequeñas a Elurne y a mí. Más tarde me levantó con cuidado y me subió al caballo, colocándome de forma que mi cuerpo no sufriese más de la cuenta. Sentía mi zona púbica y mis piernas cubiertas de sangre y ya se empezaban a apreciar moratones en mi cara.

Volvimos lentamente a Lamietxe, ella caminando con las riendas del caballo bien sujetas mientras cantaba nanas, y yo llorando en silencio. Todo en mi cuerpo me dolía y sentía mis músculos machacados y mi integridad hecha pedazos. Al llegar a casa, amama me subió en brazos al piso de arriba, me lavó con paños calientes para retirar la sangre seca y me aplicó ungüentos en las heridas sin dejar de cantar. Al acabar, me puso un camisón y me acostó en la cama, metiéndose conmigo para abrazarme mientras seguía cantando en voz baja. Por fin caímos las dos en un sueño profundo. Al despertar horas más tarde e intentar incorporarme en la cama, sentí como si una carreta de bueyes me hubiera pasado por encima. Me dolía todo al moverme y pasaron días antes de que, con la ayuda y los cuidados de amama, pudiera levantarme de la cama.

Para empeorar las cosas, la semana pasada no me vino la regla cuando debería, y amama tuvo claro desde el principio que estaba encinta y tenía un bebé del nazi en mi interior. Me aseguró que

de ninguna manera yo traería al mundo a ese bebé, porque no queremos un hijo de Sugaar en Lamietxe. Sugaar es la serpiente malvada de nuestra mitología. Es un reptil enorme, de ojos malvados y con un cuerpo fuerte y lleno de escamas y una boca que lanza fuego y con la que mata y se come a sus víctimas. Amama siempre ha dicho que tiene la mirada más feroz de nuestra mitología y que no es capaz de sentir compasión porque no conoce el amor, sólo el miedo y el terror. Es el jefe de los seres malignos del ultramundo y reina sobre ellos en las cavernas subterráneas, alimentándose de ganado y ocasionalmente de algún humano. Se cuenta que de vez en cuando, Sugaar sube a la superficie y rapta a alguna moza enamorándola con su magia, y su familia nunca la vuelve a ver. En algunos pueblos se dice que es el consorte de Mari y que cuando se juntan se desatan terribles tormentas, y las cosechas se estropean por la fuerza de los rayos que aterrizan en los campos. Ayer escuché decir a amama que el mismísimo Sugaar se me había aparecido para traernos aún más desgracias. Puede que tenga razón, pero la verdad es que me da igual quién sea o cómo demonios se llame ese hombre malvado y perverso, no quiero volver a pensar en él jamás. Y desde luego no quiero engendrar un hijo suyo; jamás podría mirar a ese niño o niña a la cara y contarle cómo ha sido concebido. Estoy segura además de que nunca podría querer a este bebé porque le acabaría culpando de lo que ha pasado.

Amama consultó sus libros antiguos y encontró la receta correcta para preparar el brebaje que detuviera este embarazo. Empecé a tomarlo hace tres días, y esta mañana he sentido unos dolores horribles y espasmos en la zona del bajo vientre. A los pocos minutos, he empezado a sangrar con fuerza. Me alegro de que por fin esté fuera de mí; me alegro tanto de no tener que parir a una criatura que no tiene la culpa de nada, pero que es hijo del mismísimo demonio, hijo de Sugaar. Estoy nerviosa porque si se entera el cura de Uzanza estoy condenada; la Iglesia y la dictadura tienen prohibido deshacerse de un bebé no nacido. Amama me dice que esté tranquila, que nadie se enterará en el pueblo porque ella les ha dicho que me ha dado un episodio de fiebres altas debido al cambio primaveral de tiempo. Dice que pronto estaré bien. Supongo que se refiere a que el cuerpo me dejará de doler y de sangrar, pero estoy convencida de que después de esto, nunca volveré a estar bien. Y jamás podré enamorarme de un hombre, porque no quiero que me vuelvan a tocar. Dice amama que se me pasará porque los episodios traumáticos se olvidan, pero ella sabe que no es verdad, porque nunca ha olvidado la noche en que se llevaron a aita y a aitite. Y yo tengo la certeza de que, por mucho que me esfuerce, nunca conseguiré olvidar la mirada del alemán, del maligno Sugaar. No dejaré de tener pesadillas con esos fríos ojos azules y cada día volveré a revivir el dolor al despertar.

Kuartango, abril de 2.009

Eran las cinco de la mañana cuando escuchó el motor de un coche que bajaba por la calle de la pensión Chifflet. Miguel estaba agotado porque no había conseguido pegar ojo en toda la noche. Se mantuvo alerta, sentado en el sofá meditando sobre lo que había visto en el bosque. Iñigo, Unax, y dos amigos aún sin identificar, trasladando pesadas cajas entre árboles al amparo de la oscuridad de la noche. No pintaba bien, pero no podía hacer nada al respecto sin tener más información. Si alertaba al Coronel y Uzanza se llenaba de policías, su clandestinidad podría verse en peligro. Algunos vecinos del Valle ya tenían sus sospechas respecto a su estancia en Kuartango, así que debía evitar llamar la atención. Además, su jefe poco podía hacer, aparte de ordenarle seguir a los dos sospechosos identificados. Si el Coronel alertaba de la situación a los responsables de la Operación New Age y más tarde resultaba que el paseo nocturno había sido legal, el nombre de Miguel quedaría manchado. Le tacharían de alarmista y de no haber conservado la calma, y eso le quitaría puntos a la hora de opositar para Capitán. Lo prioritario era instalar más aparatos de escucha y seguimiento en los coches de Unax e Iñigo y cámaras en Lamietxe. A las dos de la mañana se había levantado del sofá para sentarse de nuevo frente al ordenador. Averiguó que Iñigo vivía en Uzanza, en otro de los caseríos cercanos a Lamietxe, y Unax vivía en Zuhatsu. Abrió el programa que accedía a las grabaciones de satélite, se identificó y tecleó las coordenadas calculadas por el GPS. Esperó a que el satélite se reposicionara en la estratosfera mientras cambiaba el filtro de la imagen a infrarrojo. La imagen nítida de la casa de Unax apareció por fin en la pantalla. Rebobinó la grabación hasta que confirmó que a medianoche cuatro personas se habían apeado del coche que ahora estaba aparcado delante de la puerta de Unax y habían descargado varios bultos. Desde entonces ninguno de los cuatro había abandonado la vivienda. Frunció el entrecejo, confuso porque justo en ese mismo momento escuchó el ruido de un coche que aparcaba delante de la puerta de Zigor.

Se acercó a la ventana de la cocina y atisbó con sigilo la oscura calle. Una furgoneta Nissan azul acababa de estacionar y Miguel vio cómo las luces delanteras se apagaban. Se abrió la puerta y por ella salió una chica delgada, que sacó una bolsa y una maleta y se encaminó presurosa a la puerta de Zigor. No podía distinguir bien su cara porque llevaba puesta la capucha de su chaqueta que le cubría parte del rostro. Llovía bastante, y el intenso viento hacía que fuertes ráfagas húmedas azotaran su silueta. Miguel volvió corriendo a su habitación y miró la pantalla del ordenador. La imagen del satélite seguía fija en casa de Unax. Encendió su portátil y accedió a las imágenes de las cámaras instaladas en el piso contiguo. La chica entraba en ese momento en la habitación de Zigor, quitándose el abrigo mientras encendía la luz. Se detuvo de repente, sorprendida al ver la cama vacía. Ceñuda, sacó un móvil del bolsillo del pantalón y marcó un número. Se la veía claramente descontenta, así que debía de ser Garbiñe, la novia de Zigor. La vieja Chifflet le había hablado muy mal de la pamplonesa, por lo que Miguel la observó con curiosidad. Cuando por fin Zigor contestó a su llamada, la chica se puso a gritar en euskera, por lo que no pudo entender una palabra. No se preocupó, tampoco había que ser un genio para imaginar la conversación. ¿Dónde coño estás? ¡Son las cinco de la mañana! Vaya mosqueo debía de tener, llegar a Uzanza a visitar al novio por sorpresa y se encuentra con que no está en casa. ¿Está de fiesta? No, no está de fiesta. ¿Está durmiendo con otra? No, eso tampoco. Está en casa de Unax haciendo algo ilegal, eso está haciendo, pensó Miguel amargamente. La conversación no duró

mucho y la chica colgó con cara de enfado. Se quitó la ropa con rabia y la tiró al suelo cabreada. Miguel la observó en silencio, evaluando su figura desnuda. Estaba tan delgada que por fuerza tenía que ser anoréxica. Tenía un cuerpo tan poco femenino... Los huesos de las caderas, las rodillas y los hombros sobresalían como si fuera un esqueleto y tenía la cara huesuda, pero no era fea. Miguel accionó el zoom y lo acercó a sus ojos. Se sintió sucio entrometiéndose en la intimidad de la chica al otro lado de la pared. Tenía los ojos oscuros, demasiado maquillados y encendidos de ira, dándole un aire sombrío a su semblante. El pelo lo llevaba corto, casi rapado; cuando la muchacha se dio la vuelta comprobó que tres rastas le colgaban por la espalda. A Miguel no le pareció para nada atractiva y no pudo evitar desear que fuera Elurne la que se estaba desnudando lentamente delante de la cámara sin saber que él miraba. Cerró los ojos y se obligó a pensar en otra cosa.

Estaba resultando una noche muy larga y no veía las horas de meterse en la cama a dormir. Pero había llegado el momento de trabajar y de ponerse en acción. Abrió el cajón de la mesa y sacó dos carteras acolchadas. En la primera encontró rastreadores de seguimiento GPS, unos aparatos electrónicos del tamaño de una moneda, que instalaría en los bajos de los vehículos. Decidió meter cuatro en la mochila, para el coche de Zigor, Unax, Iñigo y Galder. También metió varias minicámaras para instalar en Lamietxe. Pero, ¿dónde debía colocarlas? El enorme caserón era tan grande que tenía que pensarlo bien. Mientras cavilaba, echó un vistazo a la imagen del satélite y se dio cuenta de que el coche de Zigor ya no estaba aparcado allí, suponía que llegaría pronto a casa. Después de que discutiera con Garbiñe, probablemente en euskera, y cuando se quedaron dormidos los dos, pensaba marcharse a correr un rato por el pueblo. Le encantaba correr, y aparte de querer recuperar su forma física, esa mañana planeaba acercarse a los coches de los sospechosos para instalar los transmisores al amparo de la noche.

Zigor regresó al cabo de veinte minutos, cuando Miguel ya estaba preparado para salir a su excursión nocturna. Garbiñe le esperaba despierta desnuda bajo las sábanas tras pegarse una ducha, y le recibió con una retahíla de gritos en vascuence que Miguel escuchó sin necesidad de utilizar los ordenadores. Los chillidos llegaban alto y claro desde el otro lado de la pared de la habitación. Zigor no dijo absolutamente nada, ni siquiera respondió a los ataques verbales de la muchacha. Simplemente se desnudó con cara de pocos amigos, claramente rabioso, se metió en la cama al lado de su enfadada novia, y dándole la espalda, cerró los ojos. Garbiñe le zarandó hasta que comprendió que no iba a claudicar. Con un movimiento violento, se envolvió con el edredón tirando de él con fuerza, provocando que la mitad del cuerpo de Zigor quedara destapado. Éste ni se inmutó, así que Garbiñe apagó la luz y el cuarto quedó totalmente a oscuras y en silencio. Miguel no pudo evitar alegrarse un poco; Zigor no le estaba poniendo a él las cosas fáciles, así que disfrutó sabiendo que el enemigo tenía bronca en casa. Echó un último vistazo a los ordenadores y comprobó que su móvil tenía suficiente batería.

Satisfecho, salió de su casa y cerró la puerta con sigilo. El 4x4 de Zigor estaba aparcado justo delante de la puerta, y Miguel se apresuró a sacar un transmisor de la mochila, meterse bajo el coche y esconder bien el aparato en una rendija del chasis. Comprobó que la señal emitía correctamente y sonrió complacido; a partir de ese momento sabría dónde se encontraba el sospechoso en cada minuto del día. Calentó en el sitio y luego comenzó a correr hacia el centro del pueblo. Al pasar por delante de la ventana de la cocina de Zigor, Miguel contuvo una risita tonta. Que se joda, pensó, ojalá Garbiñe le chille lo suficiente como para provocarle una jaqueca, por borde. Por primera vez en varios días y mientras trotaba por Uzanza, Miguel se acordó de

Natalia. Al evocar su cara morena, su estupenda figura y sus oscuros ojos, se sorprendió comprobando que no la estaba echando de menos tanto como pensaba. Que la jodan a la pija madrileña, pensó mientras tomaba el desvío a Lamietxe. Al principio le costó coger el ritmo de la marcha, porque hacía casi tres semanas que no practicaba deporte y sentía los músculos en tensión, pero pronto su cuerpo respondió y se sintió activo y despierto. Mientras corría, planificó lo que debía hacer antes de que amaneciera del todo. Había cuatro caseríos en el camino y el último era Lamietxe. Sabía que el dueño del primero era el concejal del Ayuntamiento contra el que había despotricado tanto la Señora Chifflet, el tal Señor Heredia. En el segundo caserío vivía Iñigo con sus padres, y allí esperaba encontrar su coche. Cogiendo el desvío adecuado, se adentró por el camino entre los árboles. La noche estaba oscura y grandes nubarrones surcaban el cielo escondiendo la luna y las estrellas y dificultando la visibilidad. A Miguel no le importó porque había cogido sus prismáticos de visión nocturna y cuando divisó el caserío de Iñigo en la distancia, se agazapó entre unos arbustos y los utilizó para observar los coches. Sacó un papel de la mochila y comprobó los datos que había buscado anteriormente en las bases de datos.

Había tres coches registrados en esa dirección: un Land Rover del padre, un Ford Fiesta de la madre y el Suzuki blanco de Iñigo. Miró a través de las lentes, ajustando la visión. Por suerte, el Suzuki era el que se encontraba más cercano a su posición. Concentrándose en no hacer ruido alguno, se acercó sigilosamente a la casa. Las persianas estaban bajadas y todo estaba en silencio. De repente se detuvo en seco, preocupado. ¿Tendrían perros peligrosos sueltos, como tenía Elurne en Lamietxe? Si empezaban a ladrar en medio de la oscuridad de la noche alertarían a los dueños y tendría que salir disparado de allí. Con gran sigilo, Miguel continuó arrastrándose por la hierba hasta que llegó junto al coche de Iñigo; sacó el transmisor GPS de la mochila y lo colocó en los bajos. Comprobó nuevamente que la señal emitía correctamente y, sin perder tiempo, se alejó de la casa con celeridad. Cuando llegó al camino principal respiró con alivio, ya tenía a los dos sospechosos principales localizables. Buscó la dirección de la casa de Galder en el mapa que llevaba en el bolsillo y se dirigió hacia allí con rapidez. Estaba empezando a amanecer y tenía que darse prisa, porque no quería arriesgarse a que le viera por allí algún vecino madrugador. Había calculado mal, no le daría tiempo a entrar en Lamietxe para instalar cámaras antes de que se levantara Elurne a ordeñar. Fijó el tercer rastreador en el chasis del coche de Galder con rapidez, comenzó a correr de nuevo hacia el pueblo y a las seis y veinte de la mañana estaba de vuelta en casa.

Se sentía agotado de las emociones de la noche y se planteó dormir un rato, pero pronto cambió de idea. En unas horas tenía que ir a casa de Don Gerardo a charlar sobre la historia del pueblo vasco, y tenía que admitir que no tenía ni idea sobre el tema. Resignado, Miguel se pegó una ducha rápida y se volvió a sentar delante del ordenador con un café bien cargado. Zigor y Garbiñe aún dormían. Escogió al azar uno de los libros que le había prestado el Coronel Narváez, titulado Historia de España y el País Vasco, que era un libro del segundo curso de Bachillerato. Esperaba que no fuera un tostón, no tenía muchas ganas de ponerse a estudiar después de pasar la noche en vela. Miguel comenzó a leer desganado. Los vascos parecían haber poblado la Península desde el Neolítico, resistiendo a las invasiones indoeuropeas. Había varias teorías reconocidas sobre los inicios de la raza vasca, pero ninguna aceptada unánimemente por los diversos historiadores que habían profundizado en el tema. Durante la Antigüedad poblaron la zona varias tribus tales como los Autrigones, Caristios, Várdulos y Vascones. Les siguieron los Romanos, que se asentaron en las Vascongadas durante varios siglos, construyendo carreteras y puentes y unificando a las diferentes poblaciones. La invasión islámica no llegó a todos los rincones del País Vasco, aunque

Álava sí fue conquistada. Durante la Reconquista, el territorio vasco fue dividido y sus poblaciones repartidas entre los Reinos de Asturias, Navarra y Castilla. Siglos más tarde fueron instaurados los Fueros, que daban el poder a cada región vasca para escribir leyes locales, y les concedían más autonomía que otras regiones de España. Durante la invasión francesa en el siglo XIX, los vascos presentaron una dura resistencia hasta que, en 1813, los franceses, que acababan de quemar San Sebastián, fueran expulsados. A Miguel se le empezaron a cerrar los ojos, estaba tan cansado...

Tenía que seguir, necesitaba tener en la cabeza un esquema que, aunque básico, fuera lo suficientemente claro para poder conversar con Don Gerardo con rigor sobre los temas que le interesaban. Enfocó los ojos hacia el libro una vez más e intentó concentrarse en las Guerras Carlistas, la Revolución Industrial y finalmente, el nacimiento del Nacionalismo Vasco en el siglo XIX. Maldito Nacionalismo Vasco, pensó Miguel. Si nunca hubiera existido, se habrían salvado multitud de vidas inocentes, incluida la de Luis. La Guerra Civil había dividido a Euskadi, con zonas republicanas y zonas favorables al alzamiento. Durante la dictadura de Franco, la obsesión de que España fuera “Una, Grande y Libre”, conservadora y Católica, hizo que el euskera fuera prohibido, la enseñanza reformada radicalmente y parte del pueblo vasco fuera perseguido, torturado, ejecutado o expatriado. A finales de los años 50 nació E.T.A., una organización nacionalista radical que creyó encontrar en la lucha armada la única solución al conflicto vasco. Durante la transición y la democracia, cientos de personas fueron asesinadas por la banda terrorista, y en los ochenta la situación tomó un cariz crítico, con un alto porcentaje de la sociedad vasca apoyando el conflicto armado y noticias de atentados prácticamente cada semana. Varias décadas, treguas y atentados después, la situación actual no había cambiado demasiado. Ya no había tantos muertos al año y se habían practicado muchas detenciones importantes, pero E.T.A. seguía matando. Miguel se levantó de la mesa, preso de una rabia incontenible. ¿Cómo podía la sociedad vasca justificar esa violencia? ¿Tan importante era para ellos la independencia? ¿Tanto daño sentían que les había hecho España? Y ellos, ¿cuánto daño habían causado a la sociedad española?

Incapaz de esconder su ira, propinó una fuerte patada a la mesa y al instante deseó no haberlo hecho. El dedo gordo de su pie derecho comenzó a hincharse de inmediato y un intenso dolor invadió la zona. Cojeando y mascullando palabrotas se encaminó a la cocina, sacó hielo del congelador, lo apretó contra su pie e intentó calmar el dolor. Encendió un cigarrillo y miró por la ventana, pensativo. Le sorprendía lo mucho que había cambiado su vida en tan pocos días. Se encontraba inmerso en un mundo paralelo que no parecía pertenecer a su vida real. Siempre había deseado que le asignaran una misión de gran envergadura y la operación New Age era la oportunidad de su vida, no podía cometer ni un error. Sintiendo que los ojos se le cerraban se puso un jersey, se calzó, cogió el ordenador portátil y salió al jardín. Hacía bastante frío, pero así evitaría quedarse dormido. Se instaló en la mesa, encendió un cigarrillo y buscó información en internet sobre la historia de E.T.A. Comenzó a leer con interés y no pudo evitar sobresaltarse al llegar al final de la primera página. En la lista de atentados, en último lugar, encontró el nombre de Luis con la fecha del atentado y la hora de su muerte. A eso se reducía todo, simplemente una línea, eso resumía toda una vida. Sintiendo agotado, escondió la cara entre sus brazos y dejó que las lágrimas cayeran por sus mejillas. Estaba echando mucho de menos a Luis y le encantaría poder hablar con él para contarle los detalles de la misión. Intentó seguir leyendo, pero el agotamiento pudo con él y se sumió en un sopor intranquilo. Entre sueños, le pareció escuchar la voz de una mujer.

- Oye, tío, ¿estás bien? ¿Estás borracho o qué?

Miguel se incorporó en la silla confundido, y un hilo de saliva resbaló por su barbilla sin poder evitarlo. Sorbiéndose disimuladamente la baba respondió con voz gangosa, sintiéndose bastante desorientado.

- Eh... Sí, estoy bien, gracias. Me he quedado dormido.

- Ya lo veo, joder, estás loco, con el puto frío que hace.

Miguel observó a la muchacha sintiendo que ya la conocía. Al fin y al cabo, la había visto desnuda. Miró a su alrededor, la niebla cubría el paisaje una vez más. Intentó espabilarse y se acercó a la verja con gesto amigable.

- Hola, soy Miguel. Me acabo de mudar aquí.

- Sí, ya me había enterado. Has venido a espiarnos.

- ¿Cómo dices?

- ¿Estudiante de Etnología Vasca? No nos tomes por imbéciles.

La delgaducha mujer le miró con ojos fríos y hostiles e hizo ademán de darse la vuelta.

- Soy estudiante, en efecto. Ahora mismo estaba leyendo sobre Historia Vasca, en particular sobre los hechos que sucedieron durante la transición.

- Pues que te aproveche, no pienso debatir de política contigo. No te acerques a mí o a Zigor, ¿me has entendido?

- No comprendo por qué estás siendo tan borde.

- No tengo por qué darte explicaciones. Mantente alejado de nosotros.

Garbiñe le dio la espalda y se encaminó hacia la puerta vecina. Al llegar al umbral, se giró hacia Miguel y le señaló con el dedo índice.

- Quedas avisado, mantente alejado de nosotros.

Y con esas palabras, la mujer cerró la puerta, corrió las cortinas y desapareció de su vista. Miguel se quedó paralizado en el frío del amanecer y se rascó la cabeza preocupado. Si Zigor se había comportado de manera hostil con él en días anteriores, no había sido nada comparado con Garbiñe. Vaya puta borde, pensó con ira mal contenida. Ahora sería más difícil todavía ganarse la confianza de Zigor.

Comprobó la hora y se dio cuenta de que había estado dormido dos horas en el jardín bajo el rocío de la mañana. Sentía los huesos ateridos y un intenso dolor de cabeza formándose en su cráneo. Llamó a Gorri de un silbido y abrió la puerta del jardín para despejar la cabeza paseando. Mientras ascendían la colina repasó mentalmente la lección de Historia recién leída. Creía que

más o menos había retenido suficiente información para mantener una conversación satisfactoria con Don Gerardo. Los profesores de Historia eran por lo general muy aburridos, por lo menos los que él recordaba del colegio, y lo que menos le apetecía era sentarse delante de un viejo historiador plasta. No creía poder mantenerse despierto. ¿Qué le podía preguntar? Seguramente querría saber cómo había empezado a enfocar la tesis, pero Miguel apenas sabía nada sobre Etnología. Intentó concentrarse en lo que había leído en Internet. La encuesta etnológica, efectivamente, era el documento que necesitaba imprimir. Más animado, se dio media vuelta y volvió a la pensión. Desayunó en la terraza e imprimió la encuesta más detallada y fiable que encontró. Aquello bastaría para aparentar cierta seguridad en lo que estaba haciendo. Metió los apuntes, el libro y la encuesta en la mochila, junto con los aparatos de seguimiento y las cámaras, y salió por la puerta con energías renovadas.

Decidió ir a casa de Don Gerardo caminando. La niebla se había disipado casi por completo y las sierras de Badaia, Arkamo, Gilarte y Gibijo se veían hermosas a la luz de la mañana. Miguel disfrutó de los rayos del sol que acariciaban su rostro. Iba a ser un día precioso, perfecto para dar un buen paseo por el monte. Pensó en Elurne, ¿qué estaría haciendo la pelirroja en aquellos momentos? Le apetecía mucho verla y resolvió ir a Lamiex por la tarde con la excusa de ayudar a ordeñar. Con ese pensamiento positivo aligeró la marcha y en cinco minutos se plantó en casa del profesor. Estaba al final del pueblo, situada en frente de la carretera. Era una casa moderna y en un extremo de la misma habían construido un porche acristalado del que salió una mujer morena, bajita y de grandes ojos oscuros. Se acercó a él con una amplia sonrisa y tendiéndole la mano. Miguel suspiró aliviado, parecía que por fin alguien le iba a recibir amistosamente aquella mañana.

- ¡Buenos días! Tú debes de ser Miguel, ¿verdad?

- Así es, y usted la mujer de Don Gerardo.

- Claro, me llamo Inés. Encantada de conocerte, puedes tutearme.

- Gracias, lo mismo digo.

- Ven, acompáñame al porche, he preparado algo para picar y podáis conversar a gusto.

- Muchas gracias, no hacía falta que te tomaras esa molestia.

- Ahora mismo llamo a Gerardo, está dentro de casa con la nariz metida en un libro o en una partitura, como de costumbre.

- Perfecto, muchas gracias, Inés.

Inés entró en la casa y Miguel se sentó en una de las cómodas butacas mirando al Valle. Desde allí se veía una perspectiva distinta del pueblo, el río y la carretera principal quedaban cerca. El porche era muy acogedor, con cuatro butacas situadas alrededor de una mesa de cristal, y multitud de tiestos y macetas colgados por la pared. De pronto vio pasar el coche de Zigor por la carretera principal. ¿Hacia dónde se dirigía? Se incorporó y se acercó al cristal, estirando la cabeza para seguir al coche de su enemigo en la distancia. Estaba valorando comprobar la señal del rastreador cuando una tosecilla seca le sacó de sus cavilaciones.

- Buenos días, Miguel, soy Gerardo.

Miguel se giró lentamente y se encontró frente a un hombre formidable. Era muy alto, bastante corpulento y lucía una poblada barba blanca. Tenía inteligentes ojos azules que quedaban escondidos detrás de unas gafas de montura de concha bastante gruesas. Se acercó a él con una amplia sonrisa y estrechó su mano.

- Esta cristalera es buen sitio para observar quién entra o sale de Uzanza. A Inés le encanta controlar el ir y venir de los vecinos.

- Buenos días, Don Gerardo, mil gracias por recibirme.

- De nada, hijo, espero poderte ser de alguna utilidad, todavía me acuerdo de cuando yo hice mi tesis doctoral hace décadas en Salamanca. Fue muy duro, horas de estudio que parecían no tener fin.

- La verdad es que me está resultando difícil empezar, si soy sincero.

- Sentémonos, ¿te parece? ¿Te apetece una cerveza?

- Sí, muchas gracias, me tomaré una.

Don Gerardo le alargó un botellín de cerveza con una sonrisa y a Miguel le pareció hallarse ante un gran sabio de la Antigüedad. El hombre tenía mucha presencia, y su semblante sereno y mirada penetrante le infundieron tal tranquilidad que enseguida se sintió como en su casa. Se arrellanó en la butaca y comenzó a hablar.

- Me dijo la Señora Chifflet que lleva muchos años en Uzanza, pero que nació en Castilla y León.

- Tutéame, Miguel, por favor. Sí, soy de un pequeño pueblo de Soria y llegué a Kuartango cuando era joven.

- Y, ¿por qué Kuartango, si no te importa que te pregunte?

- El amor, claro está. Conocí a Inés en Barcelona, yo estaba acabando el Doctorado y ella estudiaba un curso de Diseño de Moda. Es una gran modista, y cuando consiguió su diploma el primer año que empezamos a salir juntos, me propuso que me viniera con ella a vivir a Uzanza.

- Y te viniste.

- Claro, aunque no fue tan fácil. Yo estaba a punto de acabar el Doctorado y me habían ofrecido un trabajo como profesor en la Universidad en Barcelona. Ella volvió aquí para ayudar a cuidar de su madre y yo, tras unos meses de meditación y de echarla mucho de menos, decidí que lo que deseaba realmente era estar con ella.

- Así que aterrizaste aquí, en este pequeño pueblecito de Kuartango.

- Sí, al principio el cambio de Barcelona a Uzanza fue muy duro.

- Yo siento exactamente lo mismo, aquí todo es tan distinto a Madrid.
- Muy distinto, en efecto. Pero cada lugar tiene su encanto particular.
- ¿Alguna vez te has arrepentido de venir aquí? ¿De cambiar el rumbo de tu vida para enterrarte en un valle de cuatrocientos habitantes?

Don Gerardo dejó vagar la mirada por las colinas del Valle, sopesando sus palabras.

- No, la verdad es que nunca me he arrepentido. Como todo ser humano, me he preguntado una y mil veces cómo hubiera sido mi vida si Inés no hubiera aparecido en mi camino. Pero arrepentirme, jamás. Kuartango me enamoró, es un sitio maravilloso si sabes apreciarlo tal y como es.

- ¿Y cómo es?

- Bueno, como todo municipio pequeño, tiene sus pros y sus contras. Es maravilloso levantarte por la mañana, abrir la ventana y recibir el aire fresco de la montaña. Los espacios abiertos, la familiaridad de conocer a todos los vecinos y el ritmo más lento del pueblo hacen que la vida sea tranquila y llevemos menos prisas que en la ciudad.

- Pero tiene que ser un poco agobiante que te conozca todo el mundo.

- Eso es cierto, en ocasiones. Hay cotilleos, rumores, rencillas vecinales... Pero por lo general, no hay conflictos.

- ¿Has tenido algún problema con ser español en un entorno tan vasco? ¿Actitudes hostiles, desconfianza?

- No, nunca, que yo recuerde. Pero si ocurrió en algún momento, no pudo ser muy grave porque ni siquiera me acuerdo.

- Mmm.

- ¿Has tenido tú algún problema?

- Sí. Hay gente que desconfía de mi estancia en Uzanza.

- Ya me ha llegado el rumor. Según algunos, eres un espía de la policía.

Aparentando tranquilidad, miró fijamente a Don Gerardo, que tenía los ojos clavados en él. La mirada del profesor parecía atravesar su alma y Miguel se encogió de hombros.

- Eso es, algunas personas en el pueblo piensan que soy espía. Es estúpido, ¿verdad?

- Para nada. De hecho, en cierto modo es normal.

- ¿A ti te parece normal?

- Claro. Desde el encarcelamiento de uno de mis antiguos alumnos, Peio Maizkurrena, hemos tenido policía circulando por el pueblo y practicando algunos registros; en cierta manera es comprensible que la gente desconfíe.

- Pero yo no soy espía.

- Puede que no, pero a pesar de todo vas a tener que vivir con el rumor por el momento. Si de verdad eres estudiante, no tienes nada de lo que preocuparte.

- Es fácil decirlo, pero si los vecinos no quieren hablar conmigo, ¿cómo voy a obtener suficientes datos para mi tesis?

- Paciencia, Miguel, sólo llevas aquí unos días. Cuando se calmen los ánimos las suspicacias desaparecerán y la gente estará más tranquila y mucho más inclinada a responder a tus preguntas.

Miguel suspiró con fuerza, y Don Gerardo sonrió comprensivo.

- No eres un chico muy paciente, ¿verdad?

- No demasiado, la verdad.

- La paciencia es la madre de la ciencia, ¿no conoces ese dicho popular?

- Es uno de los refranes favoritos de mi madre.

- Inteligente mujer, tu madre.

Don Gerardo alargó la mano para coger una aceituna.

- Come algo, los boquerones están exquisitos, son una especialidad de Inés.

- Gracias, Don Gerardo. Si no te incomoda la pregunta, ¿tú también crees que soy espía?

- La verdad es que no lo sé, porque no te conozco. Pero nunca me han gustado los rumores, así que a mis ojos eres inocente por el momento.

- Gracias. Todo esto es muy desconcertante.

- Ya supongo, hijo, ya supongo.

Miguel se metió en la boca un trozo de tortilla de patata. Estaba deliciosa; suave, templada y poco cuajada, como a él le gustaba. Pegó un largo sorbo a su cerveza y decidió cambiar de tema.

- Y eres profesor de Historia, ¿no es así?

- Era. Me jubilé hace dos años. Desde que llegué a Kuartango he tenido un puesto de profesor de Historia y Literatura en el Instituto de Murgía.

- Me ha dicho Elurne que fuiste su profesor favorito.

- Bueno, no sé si su favorito, pero a decir verdad nos llevamos muy bien. Sin duda una de mis mejores estudiantes, es una excelente muchacha, tiene la cabeza bien amueblada y las ideas claras. Me gusta conversar con ella, porque podemos mantener interesantes debates políticos sin que los ánimos se calienten.

- Yo la acabo de conocer, y me cae genial.

- Hace semanas que no viene por aquí, debe de estar inundada de trabajo en ese bendito baserri.

Don Gerardo suspiró mientras meneaba la cabeza, apenado.

- Sólo Elurne sabe lo que ha sufrido, y ha sido mucho. Ojalá pudiéramos hacer más para ayudarla. Yo hablo con ella de vez en cuando e intento apoyarla emocionalmente, porque nunca se me han dado bien los trabajos agrícolas y ganaderos. Los libros y la música, esos son mis amados compañeros de viaje. E Inés, claro está.

- Yo me he ofrecido para ayudarla, aunque no tengo ni idea de vacas, ovejas, quesos o del mundo rural en general.

- Intenta aprender, te puede venir bien para la tesis, la arquitectura del caserío y las técnicas tradicionales que utilizan allí son buen material para tu estudio. ¿Ya has decidido cuál va a ser tu tema?

- Sí, quiero hacer un estudio sobre la cultura vasca, pero ahondando en la cultura propia de Kuartango y la zona rural de Álava.

- Si me permites la pregunta, ¿por qué la zona rural de Álava?

- Quería que la tesis tuviera cierto grado de polémica. Al fin y al cabo, el Condado de Treviño está aquí cerca y, aunque está rodeado de territorios alaveses, no es legalmente el País Vasco.

- Y, sin embargo, no podemos negar que hay vascos en Treviño, y que, para muchos, Treviño forma parte del País Vasco.

- Exacto. Y partiendo de esa base, estoy decidido a entrar a fondo en el debate.

- Pero Kuartango no pertenece al Condado de Treviño.

- Ya, pero la Pensión Chifflet era barata y Treviño no queda lejos.

- Escribir sobre este tema será complicado, te lo aviso desde ahora. Vas a tocar un tema muy conflictivo, la identidad vasca.

- Soy consciente de ello. La verdad es que no sé ni por dónde empezar. He leído mucho sobre la historia del País Vasco y tengo preparada una encuesta etnológica para estructurar mi trabajo.

- Tienes que prepararte bien antes de empezar a escribir, e intentar ser neutro sobre el conflicto. Al fin y al cabo, la vida tiene muchos colores, no sólo el blanco y el negro.

- ¿Te refieres a la identidad vasca?

- Precisamente. La identidad vasca no es definible, ya que cada vasco tiene su opinión de lo que significa.

- Pero la Historia del País Vasco está escrita ya.

- No puedes confundir la historia con el sentimiento individual de cada miembro de una sociedad, y recuerda que la Historia nunca tiene una perspectiva única. Yo podría dar una conferencia sobre la invasión islámica de la Península Ibérica con las fechas, las batallas y las victorias de los musulmanes. Pero si preguntaras sobre ello a un árabe de la época, tendría una visión totalmente distinta a la de un campesino andaluz que vio cómo sus tierras eran arrebatadas y sus mujeres e hijas asesinadas o vendidas como esclavas al otro lado del mar.

- Claro.

- Aquí pasa lo mismo. La historia de Euskadi, como tú dices, está escrita ya. Y desde muchas perspectivas, además, con fechas, acontecimientos y personajes notables. Pero, en su interior, cada vasco interpreta esa historia a su manera y no puedes juzgarlos por ello.

- Yo no les juzgo.

- ¿Estás seguro?

- Eso creo.

- Yo creo que te sorprenderías de tus propios prejuicios, yo mismo los tuve cuando llegué aquí. Pero los años de convivencia con los vecinos de Kuartango y las largas horas de estudio ayudaron a ampliar mi perspectiva. Hoy, Miguel, no quiero hablar contigo de la Historia del pueblo vasco.

- ¿Perdona?

- No, hoy el objetivo es abrir tu mente. Si lo que quieres es escribir una tesis lo más neutra posible, como sería de rigor, tienes que eliminar todos tus prejuicios, rechazar las ideas preconcebidas e intentar no juzgar a la gente de tu nuevo entorno.

Miguel le miró expectante, sintiéndose algo decepcionado. Si al final no iban a charlar del tema, ¿para qué se había pasado tantas horas estudiando? Vaya pérdida de tiempo. Don Gerardo se mesó la barba y comenzó a hablar.

- ¿Me das permiso para plantearte unas preguntas personales?

- Claro, adelante.

- Gracias. Me dijo Julene que vivías en Madrid, ¿no es así?

- Si, nací allí.

- Y tu familia, ¿ha vivido siempre en Madrid?

- Sí.
- ¿Clase alta, media o baja?
- Media, diría yo.
- ¿A qué se dedicaban tus padres en tu infancia?
- Mi padre era funcionario y mi madre limpiaba casas de ricos.
- ¿Y dónde estudiaste?
- En un colegio católico de chicos.
- ¿Tienes hermanos o hermanas?
- No.
- ¿Hiciste la mili?
- Sí.
- ¿Dónde?
- En Zaragoza.
- ¿De dónde son tus amigos?
- De Madrid y Zaragoza, en su mayoría.
- ¿Y cuáles son tus aficiones? ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?
- Me gusta practicar deporte, especialmente correr, la pesca y el tenis.
- ¿Juegas mucho al tenis?
- Hasta hace poco tiempo sí, pasaba muchas horas en un Club de Madrid.
- ¿Por dónde salías en Madrid?
- Por la Plaza Mayor y el barrio de Salamanca.
- ¿Tienes novia?
- No, me dejó hace poco. Oye, ¿a qué viene todo eso?
- Estoy intentando entender tu perspectiva de la vida.
- ¿Asándome a preguntas?

- Es un ejercicio inofensivo. ¿Te importa que siga, por favor?
- No, claro, si lo consideras necesario, adelante.
- Gracias. ¿Estuviste con ella mucho tiempo?
- Sí, unos ocho años, vivíamos juntos.
- ¿De qué tipo de familia venía ella?
- Gente con mucho dinero, el padre es un empresario muy importante.
- ¿Sabes si tenían alguna afinidad con algún partido político?
- ¿Quién, su padre?
- La familia de tu exnovia en general.
- Son militantes de un partido de derechas, que yo sepa.
- Gracias, con esas respuestas me vale.
- ¿Para qué?
- Para intentar comprender de dónde vienes, y hasta cierto punto, adivinar tu modo de pensar.
- No te entiendo.

- Para empezar, me atrevería a decir que eres un hombre con un gran sentimiento patriótico. Estás orgulloso de ser español, ya que hiciste la mili y por tus gestos he adivinado que lo pasaste bien allí. Tu entorno en Madrid en los últimos años ha sido de gente bien, con mucho dinero y negocios prósperos. Jugabas en un Club de Tenis, y con tu exnovia te habrás movido por círculos de ideología más bien conservadora, claramente de derechas. Su familia, amigos comunes, el barrio de Salamanca, padres católicos, colegio católico... Todo ello responde a un perfil bastante definido.

- Ya, ¿y qué?

- Pues que tú, con tu maleta emocional, tienes una perspectiva preconcebida sobre el pueblo vasco. No estoy totalmente seguro porque no te conozco, pero creo que piensas que son un pueblo alborotador y extremista.

Miguel se mantuvo en silencio, analizando la descripción que había hecho Don Gerardo sobre él. Tenía bastante razón y eso que no sabía ni la mitad de las cosas, entre ellas su pertenencia a la Guardia Civil y su juramento de defender con lealtad a España, con su vida si fuera necesario.

- ¿Te he ofendido?

- No, estoy reflexionando.

- ¿Tengo algo de razón?

- Sí.

- El pasado, el entorno y las experiencias de cada persona marcan en gran medida sus creencias. Si dejas que tus propios prejuicios te controlen, no conseguirás realmente congeniar con gente de distinta ideología ni escribir tu tesis de la manera correcta. Dime, ¿con quién no has congeniado?

- Con Zigor.

- ¿Maizkurrena? Ah, el hermano pequeño de Peio. Les di clase a los dos.

- Ha sido un borde conmigo desde que llegué.

- Supongo que él es uno de los que piensan que eres un espía.

- Seguro que sí. Su novia también, me lo ha dejado bien claro esta mañana.

- Para comprender la actitud de Zigor hay que analizar su situación. No tienes por qué estar de acuerdo con sus ideas políticas, pero puede que con un poco de esfuerzo por ambas partes lleguéis a congeniar algún día.

- No creo.

- Intenta borrar del cerebro tus ideas preconcebidas, imagina que todavía no le has conocido. Te voy a describir el entorno de Zigor.

- Vale.

- Nació en el baserri de sus aitas, aquí en Uzanza, a comienzos de la década de los ochenta. Su familia es sencilla, gente trabajadora y honrada, y nunca se ha movido de este entorno rural. Son, sin duda alguna, de izquierdas y fieramente independentistas. Franco ordenó hace años fusilar a parte de su familia. El hermano mayor se unió a la causa independentista desde muy joven, enorgulleciendo a los padres. Pegaba carteles por los pueblos y participaba en manifestaciones masivas en contra del Gobierno Español. En el instituto, el grupo de amigos de Zigor estaba compuesto de gente muy orgullosa de su identidad vasca, que rechazaba ser español por ley, sin haberles consultado. Él nunca ha viajado lejos de Uzanza y no ha vivido en ningún otro sitio, así que no ha conocido más gente que la de su entorno. Hace unos meses encarcelaron a su hermano. Le mantuvieron incomunicado durante varios días y posteriormente le encerraron en Huelva. No puede verle muy a menudo, porque el viaje es largo y agotador. Está echando de menos a su hermano mayor y culpa al Gobierno de que su familia esté fragmentada. ¿No lo entiendes? Tus vivencias y experiencias condicionan mucho lo que piensas.

- Sí, creo que lo entiendo.

- Y a pesar de todo, Zigor es un buen muchacho. Es bastante tímido, no muy hablador y a veces algo hosco, pero es un buen chico.

- Quizás.

- Pero tú eso nunca lo verás si no te quitas tus propios prejuicios de la cabeza. Si te esforzases en entablar amistad con gente como Zigor, descubrirías una perspectiva totalmente distinta a la tuya. Y probablemente igual de válida, porque cada individuo tiene su visión de la verdad. Únicamente si tienes el corazón abierto lograrás congeniar con la gente.

Miguel tardó bastante tiempo en responder. Don Gerardo, paciente, se arrellanó en la butaca con la cerveza y se dedicó a observarle. Miguel sentía la cabeza a punto de estallar. No sabía qué responder, el profesor le había dado mucho sobre lo que pensar. Puede que tuviera razón, al menos en teoría. Pero no sabía que quizás Zigor había asesinado a su mejor amigo. ¿Cómo no iba a tener prejuicios?

- Ya, pero él ha sido un borde conmigo desde que llegué, aunque yo he intentado acercarme a él.

- Claro, a él le pasa exactamente lo mismo que a ti, tiene sus propios prejuicios y por naturaleza es un chico desconfiado. Con su pasado reciente, tienes que entenderlo.

- No sé, Don Gerardo, no estoy convencido.

- ¿Conoces a Galder, un amigo de Zigor, un chico rubio regordete?

- Sí, es un chico muy agradable, estuve pescando con él hace un par de días.

- Estupendo, hará que la historia que te voy a contar tenga sentido. Hace unos años, en el instituto, entré en el baño de los chicos para reprenderles, porque estaba prohibido fumar allí y alguien se había chivado de que salía humo del retrete. Eran Zigor y Galder, que estaban fumándose un porro a medias y discutiendo acaloradamente. Acababa de llegar a clase un chico nuevo, de Burgos, y Galder le había acogido inmediatamente. Ya has visto que es un chico agradable, abierto y que enseguida entabla amistad. En los pueblos, a muchas personas no les gustan los nuevos vecinos. De alguna manera, en el subconsciente, sienten rechazo a todo lo que pueda suponer un cambio. Cuando estaba a punto de golpear la puerta del baño para que salieran, Zigor dijo algo que me detuvo. “Galder, eres tonto, tu problema es que para ti todo el mundo es bueno, a no ser que te demuestren lo contrario”. Y me hizo meditar, porque en ese momento comprendí que a Zigor le pasaba justamente lo contrario. Para él todo el mundo es malo, o cuando menos, sospechoso, a no ser que le demuestren lo contrario. Es decir, el instinto de Zigor es desconfiar de la gente, por eso puede parecer tan huraño. Está más relajado en su entorno cercano, y es ahí donde se puede ver que es un joven muy simpático. Aquel día cambié de idea y no entré a echarles la bronca; ellos se acabaron su porro tranquilamente y yo me volví a clase. A partir de ese día yo intenté dar a Zigor una razón para que confiara en mí, porque tal vez de esa manera sus notas mejorarían. He intentado siempre conseguir lo mejor de mis alumnos. Y con Zigor, la táctica funcionó. Los últimos dos años tuvimos una agradable relación alumno-profesor, su rebeldía desapareció y aprobó Historia con media de Notable. Su aprobado fue fantástico, pero yo gané algo también porque tuve la oportunidad de conectar con un joven inteligente, generoso y divertido, algo totalmente diferente de lo que aparentaba ser.

- Es como si estuvieras tratando de venderme a Zigor.

- No, Miguel, te equivocas. Trato de decirte que yo intento ser como Galder. Pienso bien de todo el mundo, a no ser que me demuestren lo contrario. Así que trato de esforzarme en comprender a las personas para conocer lo mejor que llevan dentro. Sin prejuicios, ya sean altos, bajos, gordos, delgados, negros, blancos, españoles o vascos, de izquierdas o de derechas. No respondas en voz alta todavía, pero reflexiona sobre ello. ¿Eres tú como Galder, o como Zigor?

Una vez más, Miguel enmudeció. Era una pregunta muy compleja y no supo exactamente qué responder. Sin pronunciar palabra, cruzó las piernas y miró directamente a Don Gerardo, que sonreía con dulzura.

- Piénsalo, hijo, reflexiona el tiempo que necesitas. Hasta que no tengas una respuesta honesta a esa pregunta, no empieces a escribir tu tesis, no podrás ser neutro. Si eres como Galder adelante, lánzate a ver lo mejor de la gente con la mente abierta, recopila información de calidad y nárralo todo en tu tesis. Sin embargo, si eres como Zigor, ha llegado la hora de abrir tu mente, de derribar muros y cruzar por caminos que nos son difíciles. Y aquí, Miguel, termina nuestra charla de hoy. Me ha encantado hablar contigo y me tienes aquí para lo que quieras. Estoy jubilado, así que tengo mucho tiempo libre y he de confesar que me entusiasma saber que hay un aprendiz de historiador en Uzanza. Me gustará debatir largo y tendido sobre política e Historia contigo en las próximas semanas. Pero por hoy ya basta, creo que te he dado suficiente material para pensar.

- Muchas gracias, Don Gerardo, he disfrutado mucho hablando contigo, creo que necesitaba esta charla. Seguro que fuiste un gran profesor, como dice Elurne.

- Disfruté mucho educando mentes jóvenes, sin duda. Salúdala de mi parte.

- Lo haré. Muchas gracias, te llamaré pronto, estoy seguro.

- Aquí estaré.

Con energías renovadas y una sorprendente sensación de calma, Miguel franqueó la verja y al cerrarla, saludó con la mano al profesor y a su agradable mujer, que le despedían con sendas sonrisas. Se dirigió a casa con el espíritu renovado, Don Gerardo había resultado ser un amable y calmante tónico. Abierto, honesto, directo, le había hecho sentirse como en casa. Volvería pronto. Pensó en la pregunta que le había planteado. ¿Era él como Galder o como Zigor? Le gustaría pensar que era abierto, como Galder, pero en realidad, ¿no estaba demostrando ser más como Zigor? Y dejando a un lado la disyuntiva, ¿qué le convenía más para el éxito de la misión? Si aparentaba ser abierto y amigable con el enemigo podría acercarse y averiguar más sobre él. Intentaría ser paciente como le había recomendado Don Gerardo. Silbando y caminando resueltamente, dejó su mente divagar mientras saludaba a una vieja que sacudía un mantel desde un balcón. Le apetecía tomarse una cerveza antes de marcharse a casa a descansar. Sacó su móvil para intentar llamar a Galder, pero el pitido estridente de un coche se lo impidió. Se giró sobresaltado, pero pronto empezó a sonreír. Al volante de su vehículo y saludando alegremente con la mano se encontraba Galder, que le abrió la puerta y le animó a subir.

- Entra, Miguel, qué casualidad, iba a buscarte a la Pensión Chifflet. Vamos a Lamietxe a estar un rato allí con Elurne, ¿te apetece? Los demás ya han subido, me dijo Elurne que te llamara y viniera a buscarte.

- Perfecto. De hecho, estaba a punto de llamarte para tomar algo.

Mientras subía al coche sonriendo, su corazón empezó a acelerarse. ¿Le estaban invitando a su círculo íntimo? ¿Quiénes habían subido a Lamietxe? ¿Zigor, Garbiñe, Iñigo? Quizá pudiera por fin conocer a Unax. Intentando que no se notara su ansiedad, Miguel se volvió hacia Galder.

- ¿Qué tal va la semana?

- Bien, gracias, currando a tope.

- ¿Dónde curras?

- En la granja de Bixente, el ganadero. ¿Le conoces?

- Sí, le conocí el otro día en la Taberna Txiki.

- Pues él es mi jefe. Y tú, ¿qué tal vas?

- Bien, acostumbrándome a mi nueva vida aquí en Kuartango. Intenté llamarte anoche para echar una caña.

- Joder, lo siento, he perdido mi móvil. Bueno, se me cayó en la finca y lo pisó una vaca. Está destrozado y lleno de barro, tengo que comprarme otro. Soy demasiado descuidado, debería cuidarlo mejor.

Miguel le observó, inseguro de si su nuevo amigo mentía.

- No pasa nada, cuando te compres uno nuevo te doy mi número otra vez.

- Vale. ¿Qué tal llevas la tesis?

- Estoy confuso ya desde el comienzo.

- ¿Por qué?

- Porque el tema es muy complejo y es difícil saber por dónde empezar.

- Elurne tiene libros con información muy interesante en el baserri, luego le preguntamos si te los puede dejar.

- Sería estupendo. Esta tarde he estado charlando con Don Gerardo.

- Es un buen tipo, me cae muy bien.

- Sí, lo es. Y además me ha ayudado bastante.

Galder parecía estar de un humor excelente y canturreaba y silbaba al ritmo de la estridente música que salía de sus altavoces. Miguel suponía que se trataba de rock vasco porque no entendía una palabra. Y, aunque el volumen de la música estaba demasiado alto, estuvo en un tris

de quedarse dormido. La noche en vela le estaba pasando factura. Cuando Galder aparcó el coche en Lamietxe, Miguel se sobresaltó porque se había dormido.

- Joder, tío, pareces un abuelo. ¿No has dormido bien?

- No, la verdad es que no. Estuve repasando unos papeles por si Don Gerardo podía aclararme algún detalle.

- ¿Y te lo aclaró?

- No demasiado, la verdad. Pero volveré pronto, me ha mandado “deberes”.

- No me explico que sigas estudiando a tu edad, tienes que estar loco. Todo el día sin un puto duro y venga a darle al coco. Yo, ni de coña, con las vacas estoy feliz.

- A veces yo me planteo exactamente lo mismo.

Sacudiendo la cabeza para desperezarse, Miguel bostezó ruidosamente y salió del coche con calma. Sonrió a Galder y juntos avanzaron hasta el viejo caserón. Todo estaba oscuro y cubierto de nubes; no había luna y la única luz en kilómetros provenía de las ventanas del primer piso. Cuando llegaron a la puerta el mastín salió ladrando desaforadamente, pero se calmó tras olisquearles unos segundos.

Galder empujó la pesada puerta y subió las escaleras silbando alegremente. Era evidente que estaba más que acostumbrado a entrar en Lamietxe sin avisar. ¿Era allí quizá donde se reunían para planificar atentados? Recordando la charla de Don Gerardo se obligó a no tener prejuicios, necesitaba ser amable para ganarse su confianza. Al pasar por la cocina Miguel no pudo evitar detenerse en el umbral de la puerta, atónito. Al lado de los grandes ventanales se encontraba la abuela loca, la anciana María. Estaba sentada en una desvencijada silla de madera revolviendo el viejo caldero de metal que colgaba del techo. Parecía una imagen de los cuentos que le contaba su madre, con el bosque misterioso y la bruja preparando brebajes en la marmita. Caminando de puntillas y conteniendo la respiración, Miguel se fue acercando a ella en la penumbra. La anciana era la viva imagen de Elurne. Sus intensos ojos verdes brillaban a la luz del fuego y estaban fijos en la marmita. Su pelo, ondulado, era de un blanco brillante. Lo tenía recogido en un moño bajo y mechones rebeldes adornaban su rostro. Era muy hermosa, y Miguel se acercó más a ella, hechizado por la extraña imagen. Los labios de la anciana María se movían mientras revolvía con una antigua cuchara de madera. De la marmita salía un humo blanco, denso, que inundaba la cocina desprendiendo un agradable olor a hierbas aromáticas. De repente la anciana se volvió hacia él y le observó fijamente. Elurne le había dicho que no hablaba, así que no tenía ni idea de qué hacer. ¿Podía oír o también era sorda?

- Disculpe, señora María, pero no he podido evitar entrar. Huele muy bien aquí. ¿Qué es, Aloe Vera?

La señora asintió lentamente sin quitarle los ojos de encima.

- Pues huele muy bien, ¿está haciendo cremas para la piel?

La anciana asintió una vez más.

- A mi madre le entusiasmaría conocer su receta, ella piensa que el Aloe Vera es lo mejor para la piel. Me gustaría comprarle un bote para ella, si los vende.

La anciana esbozó una sonrisa alegre, que infundió todavía más vida a su semblante. Mantuvo la mirada fija en él unos segundos y luego se concentró nuevamente en su marmita y pareció olvidar que él estaba allí. Al darse la vuelta para salir de la cocina, Miguel pegó un respingo. Elurne estaba apoyada en el marco de la puerta con una sonrisa en los labios.

- No suele sonreír a nadie, considérate un afortunado.

- Es una dama muy guapa, como su nieta. Estaba hablando con ella e interesándome por sus cremas de Aloe Vera.

- Vaya con el semental, a ver si quieres ligar con mi abuela.

- No, con tu abuela no.

- Anda, vamos al salón, casanova.

Con una sonrisa traviesa, Elurne se dirigió hacia el salón. Una vez más, Miguel admiró su trasero mientras la seguía por el pasillo. Estaba como un pan. Cuando la chica abrió la puerta del salón, los recibió una densa nube de humo. Sentados en los diversos sofás de la gran estancia se encontraban cuatro chicos: Iñigo, Galder, Zigor y un cuarto que observaba fijamente la pantalla mientras manejaba el mando de la videoconsola. ¿Quién sería? Iñigo no tardó en recibirle con su particular saludo.

- Buenas noches, puto español, ¿qué tal las truchas ilegales?

- Todavía no he podido ir a pescar.

- Te voy a pillar sin licencia y ya verás qué risas nos echamos.

- Cállate, Iñigo, puto subnormal. Miguel, ya conoces a Zigor. Y ése es Unax.

Galder señaló al chico moreno; éste levantó la vista de la pantalla y le saludó con un movimiento de cabeza.

- Encantado.

- ¿Quieres una birra?

- Sí, por favor.

Galder le lanzó por los aires una lata de cerveza, que por suerte logró atrapar antes de que se estrellase contra la pared. Con un suspiro cansado, se sentó al lado de Galder. Zigor, ceñudo, estaba jugando a la consola con Unax, mientras Iñigo y Galder hacían bromas incesantemente sobre la nula habilidad de ambos en el juego.

Elurne estaba sentada cerca del fuego ignorando a sus amigos. Tenía la mirada fija en las llamas, y algo en ella le recordó a la anciana. Melancolía, eso era lo que reflejaban sus ojos. Los minutos pasaban lentamente, y el humo de los porros que circulaban por la habitación estaba empezando a adormilar su cerebro. Se dedicó a observar en silencio a los cinco amigos sin participar en la conversación. Iñigo no dejaba de meterse con todos, incluido Miguel, y se reía a carcajada limpia como un muchacho travieso. Unax, en contra de lo que había esperado después de leer su ficha policial, parecía muy simpático. Charlaba alegremente con todos y cuando cedió el control del mando a Galder, se puso a charlar de buena gana con Miguel. Parecía muy inteligente y bien informado, y estuvieron conversando sobre la tesis durante un rato. Zigor no parecía demasiado contento con el hecho de que el madrileño hubiera sido aceptado con tanta naturalidad, y en un par de ocasiones le miró con verdadero odio. Cuando comprobó su reloj en algún momento de la noche se sorprendió, llevaban varias horas allí sentados. Se dio cuenta de que Elurne ya no estaba en el salón y con la excusa de ir al baño, Miguel se levantó para ir a buscarla. Caminó por el pasillo y vio a la pelirroja sentada en la cocina con un porro en la mano. La luz de las brasas era lo único que iluminaba la amplia cocina. La abuela María ya se había marchado, y la joven estaba sentada en una vieja mecedora con la mirada clavada en algún punto de la oscuridad más allá del cristal. Una lágrima corría por su mejilla y parecía la viva imagen de la tristeza. El corazón de Miguel se encogió al verla; la pelirroja tenía la sonrisa más alegre que había visto nunca, pero también el llanto más triste. Se prometió hacerla sonreír lo más posible durante el tiempo que estuviera en Kuartango. Se acercó a ella en silencio y le puso una mano en el hombro con suavidad. Ella no le miró, pero empezó a hablar en voz queda.

- ¿Alguna vez te has preguntado el porqué de tu vida?

- ¿A qué te refieres?

- ¿Por qué nacemos donde nacemos? ¿Tenemos la vida predestinada? ¿Podemos hacer algo para cambiar nuestro destino?

- Son unas preguntas demasiado filosóficas para esta noche, creo que estoy un poco borracho, perdona, Elurne.

- No pasa nada...

- ¿Estás bien?

- No.

- ¿Puedo hacer algo?

- No, que yo sepa.

- ¿Quieres hablar?

Elurne suspiró con fuerza mientras giraba la cabeza hacia Miguel.

- No tengo muchas ganas, estoy agotada.

- ¿Y por qué no te vas a dormir?

- Quizá dentro de un rato, tengo el cerebro demasiado despierto. Estoy bien, gracias por preocuparte, Mikel. Venga, vamos al salón con los demás.

Con un gesto cansado, Elurne se levantó y cogió un gigantesco bizcocho casero que fue recibido con un entusiasmo sin igual por los cuatro chicos. La videoconsola tuvo un breve respiro mientras el rico postre era devorado por seis estómagos hambrientos. Tras el festín Miguel cerró los ojos y apoyó la cabeza en un cojín. Poco a poco el ruido de los motores de los coches del videojuego le fue adormeciendo. Un rato más tarde le despertó la voz enojada de Zigor. Mantuvo los ojos cerrados mientras ponía toda su atención en escuchar lo que decían. Al parecer, le creían dormido.

- Joder, Zigor, baja la voz, que vas a despertar a Mikel.

- Que le jodan. Como os decía, el otro día vino al baserri de mis aitas el puto Heredia y se puso a bramar como un toro sobre la pancarta del balcón. Decía que era apología del terrorismo. Maldito hijo de la gran puta...

- Bueno, Zigor, si nos ponemos técnicos es ilegal. Se supone que hay una nueva ley en contra del enaltecimiento del terrorismo y la exhibición de fotos de presos de E.T.A. Y no me mires así, que yo no soy la que ha redactado la ley.

Elurne, la voz de la conciencia, intentó sin éxito calmar los ánimos de su mejor amigo.

- Ilegal, su puta madre. Mi hermano está en la cárcel, ésa la casa de mis aitas, y por lo tanto pueden hacer lo que les salga de los cojones. A ver si no van a poder apoyar a su hijo.

- A mí no me muerdas.

- Perdona, tía, ya sabes que me caliento.

- Pues cálmate un poco, que te va a dar un infarto.

- Pronto se va a enterar de lo que vale un peine, ¿verdad, Zigor?

Miguel escuchó la voz de Iñigo desde el otro sofá. ¿Qué era lo que tramarían? Hablaban de Heredia, ¿no era ése el nombre del concejal?

- Cállate, joder, que hasta las paredes oyen.

Un largo silencio siguió a ese comentario y Miguel supo que no hablarían más porque él estaba allí. No había tenido ocasión de instalar ninguna cámara en Lamietxe, así que cuando volviera al pueblo no podría continuar escuchando lo que tramaban. Pero tampoco podía quedarse allí para siempre. La voz de Galder rompió el silencio.

- Está haciéndose tarde. Le voy a despertar y le llevo a casa. Tenemos muchas cosas que hacer. Le dejo en la Pensión Chifflet y vuelvo, ¿vale?

- De acuerdo.

- Yo me voy a la cama.

- ¿Vas a venir con nosotros, Elurne?

- Yo paso de vuestras movidas.

Miguel escuchó unos pasos que se acercaban a él, y una mano le sacudió el hombro. Fingió despertarse poco a poco, intentando que no se escucharan los fuertes latidos de su corazón. Claramente, querían deshacerse de él, ¿pero para qué? ¿Qué planeaban los amigos? Sumiso, agradeció a Galder que le llevara a casa y se despidió de los demás con una sonrisa agradecida. En el coche cerró los ojos y estuvo pensando cómo haría para averiguar lo que tramaban. Galder seguía canturreando alegremente mientras lanzaba miradas divertidas a Miguel.

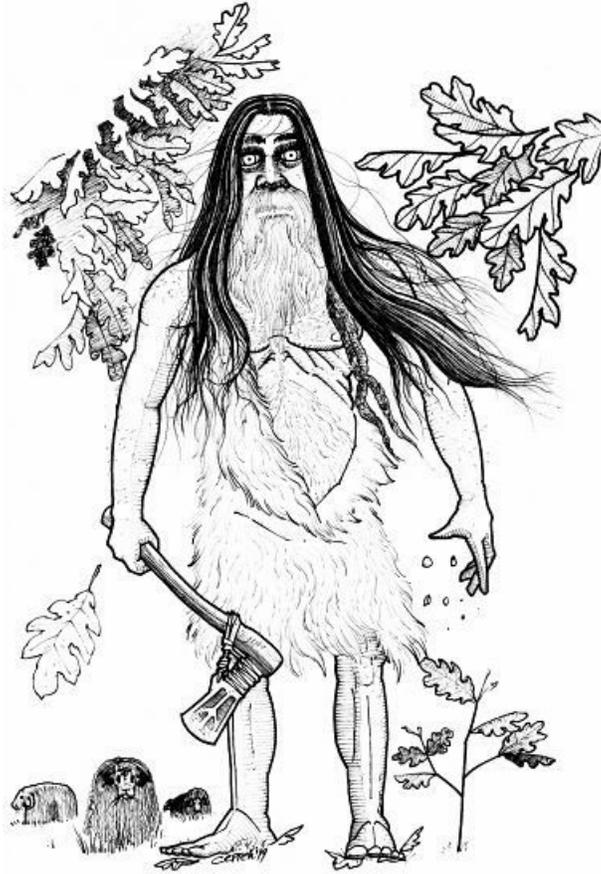
- Joder abuelo, te va a venir bien un sueñecito, ¿no?

- Y que lo digas, tío, estoy agotado. Voy a caer redondo.

Al llegar a la Pensión Chifflet Galder le dio una palmada en el hombro y quedaron en encontrarse en la Taberna Txiki a la noche siguiente. Miguel se quedó observando el coche mientras se alejaba calle abajo. Frustrado, entró en casa y calentó un vaso de leche en el microondas. Se sentó frente al ordenador y comprobó el rastreador del coche de Galder. Efectivamente, volvía a dirigirse a Lamietxe. No sabía qué hacer, no podía ver ni escuchar nada de lo que pasaba dentro de las viejas paredes de piedra del caserón.

Contrariado, se tumbó en la cama con el ordenador portátil en su regazo, dispuesto a esperar. Si lograba mantenerse despierto, podría rastrear y seguir a los coches cuando se marcharan de Lamietxe. Era lo único que podía hacer por el momento. A pesar de sus buenas intenciones, Miguel estaba tan cansado que se quedó dormido al instante con el ordenador encendido a su lado.

BASAJAUN



BASAJAUN

Basajaun es el protector de los bosques, un gigante bueno que vive en las montañas y cuida de nuestros montes. Generoso, nos ayuda a pastorear nuestros rebaños y a defenderlos de los lobos. Cuando ve que una manada se acerca, silba para avisarnos. Fornido y con el pelo y la barba largos y desaliñados, dicen que si le ves por el bosque tendrás suerte todo el año.

Kuartango, junio de 1.949

Hoy escribo con el corazón lleno de esperanza y felicidad. He venido a mi gruta secreta y es la primera vez en años que me siento ilusionada con el futuro. No me esperaba todo lo que ha sucedido en el último mes, pero me encanta sentirme alegre y llena de vida. Llevaba tanto tiempo triste y deprimida que pensé que no me recuperaría. Tras la violación del alemán y el sufrimiento del aborto, estuve sumida en una profunda depresión. Apenas me llegaban las fuerzas para ayudar a amama con las labores de Lamietxe y me costaba esfuerzo todo, incluso levantarme de la cama. Yo intentaba pensar en positivo, como me aconsejaron mis amigas, pero no me veía capaz de superar los sucesos dramáticos de los últimos años. Lo positivo es que mi relación con amama se normalizó después de aquel aciago día. Su fortaleza, sus cuidados y su cariño fueron los pilares de mi recuperación. Todavía no la he perdonado por la muerte de mi hermana, pero ya no se me revuelve el estómago al verla y, de hecho, he empezado a sentir lástima por ella. Creo que sabe que se equivocó, que nunca debió haber consultado los libros antiguos ni sugerido a Elurne que llevara a cabo semejante barbarie. Ahora veo claro que es consciente de que, en realidad, el sacrificio de Elurne no ha servido para nada, sólo ha traído más dolor a la familia. A pesar del sufrimiento y la culpabilidad, amama y yo hemos continuado trabajando en el baserri. Todavía conservamos parte del ganado y nos da mucho trabajo, pero por suerte, mi amigo Luis se encarga de ayudarnos a vender los terneros en las ferias. También colabora con la siega de los pastos y con la cosecha, porque dice que es demasiado trabajo para dos mujeres. Amama dice que quizá Luis se ha enamorado de mí. La muerte de Elurne le afectó mucho y tardó tiempo en volver por Lamietxe a visitarnos. Supongo que es duro para él perder a la chica a la que había amado desde que era pequeño. Yo no estoy de acuerdo con amama, no creo que Luis esté enamorado de mí. No me importa, porque yo tampoco estoy enamorada de él. Aunque, por primera vez en mi vida, creo que estoy enamorada. Por fin siento las mariposas en el estómago de las que he leído tanto en las novelas.

Ya tengo veinticuatro años y mis amigas dicen que me voy a quedar para vestir santos, o lo que es lo mismo, soltera de por vida. Yo no soy tan mayor, son unas exageradas, pero es cierto que aquí en Kuartango las parejas se casan a los veinte o veintiún años. Muchos vecinos piensan que acabaré sola y rodeada de gallinas. Nunca me ha importado estar sola, creo que las relaciones humanas son demasiado complicadas. Da igual que se trate de relaciones familiares, laborales, amistades o de amor. Todas ellas presentan sus retos, porque es difícil que dos personas, por muy compatibles que sean, consigan amoldarse el uno al otro sin hacerse sufrir. Yo siempre he estado contenta sola, digan lo que digan en el pueblo. Las pocas amigas que tengo en Kuartango se han casado con dos mozos estupendos y una de ellas tuvo su primera hija hace unas semanas. Me alegro mucho por ellas porque parecen felices. Mi prima Irati, la de Zugarramurdi, me contó en su última carta que a una de sus amigas la han obligado a casarse con un chico de Leitza, del que no está enamorado. Al parecer son órdenes de su padre y ella tiene que obedecer y casarse en contra de su voluntad. Es horrible, al menos yo estoy segura de que amama no me obligaría a hacer algo así.

Hasta hace poco, estaba convencida de que era imposible conocer a un hombre que lograra hacerme olvidar las cosas malas que me han sucedido. Me parecía inviable que alguien se fijara en mí y me quisiera sin cambiarme. Yo no soy una chica especial; no soy guapa ni demasiado

simpática, y la mayoría de los vecinos de Kuartango me consideran una ermitaña. Pero, aunque me pareciese imposible antes, ha sucedido. ¡He conocido a alguien! Es un chico muy simpático y amable, al que ya conocía en realidad, pero con el que nunca había mantenido una conversación. Eso es curioso, si lo pienso. Conozco a Antonio y a su familia desde siempre. No sé la fecha exacta en la que nos vimos por primera vez, pero como los dos nacimos y seguimos viviendo en Uzanza, le conozco literalmente de toda la vida.

Estudiaba conmigo en la escuela del pueblo, pero como tiene ocho años más que yo, no solíamos jugar juntos ni coincidíamos en las ferias o en las Romerías. Recuerdo cuando éramos unos críos en la pequeña escuela de Uzanza. Allí estudiábamos quince niños y niñas de todas las edades y nos ayudábamos unos a otros a aprender a leer, escribir, sumar y restar. Por aquel entonces, Antonio era un niño alto, delgado, desgarbado y extremadamente inteligente. Cuando llegaba el temido momento en el que el maestro nos preguntaba la lección, él era el único de la clase que no dudaba ni un instante al responder. Repetía todo lo aprendido en voz alta, sin equivocarse nunca, y exponía sus argumentos con claridad. Le gustaba mucho leer, al igual que yo, pero su padre no le permitía tener libros en casa porque era un hombre estricto y severo que decía que los libros eran para los curas, y que en el campo lo único que tiene valor es la habilidad con la azada y la hoz. Su familia tenía poco dinero porque eran catorce hermanos y esas eran muchas bocas para alimentar, así que todos ellos llevaban los zapatos rotos y la camisa y los pantalones mil veces remendados. En invierno pasábamos mucho frío en la escuela, pero a Antonio eso nunca le quitaba el buen humor. Estaba bastante sordo, así que teníamos que hablarle a gritos, pero lo compensaba con su personalidad generosa, extrovertida y sonriente. A los catorce años su padre le obligó a abandonar la escuela. Decía que no tenía sentido seguir estudiando cuando no había dinero en la familia para estudios, a menos que decidiera hacerse cura y que la Iglesia aceptase acogerle en su seno. Antonio declinó la oferta porque definitivamente no quería meterse a cura, así que dejó la escuela cuando yo tenía siete años y se puso a trabajar con su padre y sus hermanos en el baserri familiar. A pesar de habernos visto alguna vez en misa y por el pueblo, desde entonces no habíamos vuelto a cruzar palabra.

Pero eso ha cambiado este año, hace dos semanas para ser exactos. Todos los años, en junio, se celebra en Kuartango la Romería de la Santísima Trinidad, que se lleva celebrando desde hace décadas. La tradición es subir a la ermita, que está aquí cerca de Lamietxe, caminando o en burro. Desde tiempos ancestrales vienen vecinos del Valle y también de Orduña, Urkabustaiz, Berberana y Ribera Alta. Se empieza recibiendo a las autoridades de Kuartango con música y una danza tradicional y después escuchamos la santa misa y llevamos flores a la Virgen. La ermita es un precioso edificio de piedra que se encuentra escondido en un idílico vallecito de la sierra de Gibijo. Después de la misa, los mozos de los pueblos de Kuartango se suben unos encima de los otros para construir el tradicional castillo del día de la Romería. El mozo que trepa hasta el último piso del castillo grita en voz alta el nombre de todos los pueblos del Valle mientras los vecinos aplauden y animan hasta quedarse afónicos. Cuando acaba de nombrarlos todos, los mozos deshacen el castillo y la fiesta continúa durante el resto del día. Algunos vecinos prefieren bailar porque siempre organizan una verbena, otros vecinos prefieren beber unos tragos juntos, porque muchos de ellos sólo tienen oportunidad de verse ese día. Otros participan en la competición de bolos, para la que practican durante todo el año. Y unos pocos, entre ellos yo, volvemos a la ermita para observarla con detenimiento. Durante el año la infranqueable verja de la entrada está cerrada, por lo que sólo puedes entrar ese día. Dentro de la ermita, que tiene unas dimensiones muy reducidas, hay varias estatuas religiosas que dicen que son muy antiguas; la más

importante la ves al entrar, la de la Santísima Trinidad; a la derecha del altar hay una imagen de la Virgen María. Es una estatua preciosa, exquisitamente tallada y pintada con tal realismo que parece una mujer de verdad. El día de la Romería adornan la ermita con coloridos ramos de flores que adornan las mesas y las paredes de piedra. A mí las estatuas religiosas me dan igual, no es eso lo que me interesa. Yo vuelvo a la ermita después del castillo de los mozos porque quiero bajar a la cueva. Es el único día del año en el que se puede acceder a la gruta que nuestros ancestros consideraron sagrada desde el principio de los tiempos.

Dentro de la iglesia hay una puerta atrancada con tres candados, tras la cual está el acceso para bajar a una oscura y húmeda gruta bajo la roca, de la que surgen aguas subterráneas límpidas y cristalinas que han sido motivo de adoración de los humanos desde el principio de los tiempos. Aitite me contó que existen evidencias arqueológicas de que los antiguos Kuartangueses consideraban la surgencia de agua un recinto sagrado mucho antes de la invasión de Roma y del nacimiento de la Iglesia Católica. Hoy en día la gruta está cerrada al público por deseo del Obispado de Vitoria, y sólo se puede bajar a ella cuando la abren para decir misa. Puedes acceder al riachuelo bajando una cuesta frente a la entrada, pero no puedes entrar a la cueva porque colocaron una sólida verja de hierro hace décadas. Aun y todo, amama y yo venimos bastante hasta aquí a sentarnos y relajarnos junto al arroyo, porque nos parece un sitio idílico para charlar de leyendas mientras disfrutamos del sonido de sus aguas cantarinas. Aunque obviamente ya no soy una niña, sigo con el sueño de escribir una novela algún día, cuando madure más la idea y sea capaz de contar una historia que me guste de verdad. Amama me prestó por fin algunos de los libros de su herencia de Zugarramurdi y, ahora que volvemos a tratarnos con normalidad, nos gusta sentarnos a conversar sobre los diferentes relatos mitológicos de cada territorio de Euskal Herria, que varían ligeramente. Uno de nuestros lugares favoritos para charlar de leyendas es precisamente el arroyo de la gruta de la Trinidad, que es para mí todavía más especial desde hace dos semanas.

Volviendo al tema que me hace saltar el corazón de alegría, este año por fin me decidí a subir a la Romería de la Santísima Trinidad. Hace tres años que no subía a la fiesta, porque no me sentía con fuerza para socializar, reír y bailar. Siempre he sido una persona reservada, pero desde el aborto lo soy todavía más. Me cohibe hablar con la gente y me da miedo quedarme a solas con un hombre. Últimamente no me ha apetecido estar acompañada, porque necesito reflexionar y estar sola para gestionar mi sufrimiento y mis malas experiencias. Ni siquiera me ha apetecido demasiado ver a mis dos únicas amigas, pero hace un mes una de ellas subió a verme a Lamietxe. Sebastiana es una mujer unos años mayor que yo y muy trabajadora. Nació en Sendadiano, pero ahora vive en Zuhatsu porque ella y su marido compraron casa allí. Nuestra amistad empezó hace años porque ella trabajaba en el antiguo balneario y era la encargada de ayudarme a descargar los cartones de huevos cuando bajaba a vender. Con el pasar de los años nuestra amistad ha florecido y es una de las pocas personas que conoce mis problemas y me aconseja de corazón y sin juzgar. Me dijo que estaba preocupada por no haberme visto, así que un buen día ensilló su mula y subió a Lamietxe a visitarme. Me puse muy contenta al verla aparecer trotando entre los árboles y salí en su busca corriendo como una chiquilla. Venía sonriendo y saludando alegremente con las manos, y cuando llegué a su lado la ayudé a desmontar y nos fundimos en un abrazo. Luego subimos a la cocina a preparar un café. Amama no estaba, había subido hasta la lobera a buscar flores. Sebastiana me contó que estaba esperando otro bebé, su tercera hija. Estaba agotada pero alegre, porque le encantaban los bebés y estaba deseando acunar otro recién nacido. Me preguntó si subiría este año a la Romería y al principio le dije que no. No me gustan las aglomeraciones y

no me encontraba con fuerzas para enfrentarme a los vecinos preguntando por qué no se me veía apenas por el pueblo. Por no hablar de las viejas cotillas que gustaban de cuchichear de ti al pasar. El cura probablemente estaba enojado conmigo, también, por haber dejado de ir a misa. Pero Sebastiana insistió y me contó que este año le tocaba a su marido subir a lo alto del castillo y que le encantaría que yo estuviera allí para verle. La vi tan ilusionada que le dije que sí, aunque fue para dejarla tranquila porque en realidad no pensaba ir. Disfrutamos juntas unas horas y luego se marchó, haciéndome prometer que subiría. A los pocos días me encontré en el pueblo con mi otra amiga, Julene Chifflet, una chica más joven que yo que se mudó hace poco de Iparralde (52) para casarse con un chico de Uzanza que había emigrado a Francia durante la guerra. Ella también se alegró al verme y me insistió para que subiese a la ermita el día de la Romería. Dijo que así tendríamos todo el día para hablar y contarnos nuestras cosas tranquilas. Accedí reticente y Julene comenzó a bailar alrededor de la fuente gritando de júbilo. No había escapatoria, tendría que subir a la ermita.

Cuando desperté el día de la Trinidad comprobé que el cielo estaba despejado y que el aire era fresco y puro. Amama y yo desayunamos sin prisas y metimos pan, queso, chorizo y una bota de vino en una cesta para comer en las campas como es tradición. Comenzamos a caminar a buen paso y confieso que me sentí contenta por primera vez en mucho tiempo. También estaba nerviosa, como si algo en mi interior me estuviera alertando de que iba a ser un día muy especial. Llegamos temprano, y nos pusimos cerca de la entrada de la ermita para ver llegar a las autoridades del Valle. Primero iba el cura, portando una cruz de madera y recitando salmos en latín. Tras él venían los monaguillos con cara de aburrimiento y deseando poder marchar a corretear por las colinas y las campas. Justo detrás venían el Alcalde y el resto de los concejales, engalanados para la ocasión. Cerrando la comitiva venían los vecinos y vecinas de Kuartango con las ofrendas dedicadas a la Virgen. Unos traían pan y vino, otros flores o monedas, y los agricultores y ganaderos traían huevos, chorizo, trigo y centeno. He de admitir que me quedé sin aliento cuando me fijé en la persona que llevaba el trigo, porque parecía un apuesto Basajaun. Los Basajaun son gigantes buenos que viven en nuestros bosques y velan por el equilibrio de la flora y la fauna. También ayudan a los pastores a cuidar al ganado, y algunos narran que los Basajaun silban desde las cumbres de los montes si ven al lobo aparecer. Otros dicen que han visto con sus propios ojos a un Basajaun matar a toda una manada de lobos machacando sus cabezas con un garrote. Y ese día me pareció que el chico que llevaba el trigo era igual que ellos, parecía un gigante bonachón. Era alto y musculoso, con el pelo y las barbas largas y desaliñadas y un brillo alegre en los ojos. Mi corazón empezó a palpar al verle y, cuando la comitiva pasó a mi lado, el apuesto gigante me guiñó un ojo sonriente. Menos mal que la muchedumbre empezaba a apretujarse y estábamos apiñados como sardinas en lata, porque aquel guiño a punto estuvo de hacerme caer al suelo desmayada. No sabía quién era aquel chico tan guapo y estiré la cabeza para verle mejor, pero amama me propinó un codazo para que entrara en la iglesia a coger sitio, no quería tener que estar de pie. La misa se me hizo eterna porque, aunque lo intenté, no conseguí ver al chico de las barbas. Me giré un par de veces en el banco para husmear, pero amama me regañó y me dijo que me quedase quieta de una vez.

Cuando por fin acabó la misa corrí a reunirme con Julene y Sebastiana, que bajaban en ese momento hacia la campa donde se hacen la danza tradicional y el castillo. Se pusieron muy contentas al verme y nos sentamos en la campa para ver el espectáculo. Yo seguía buscando entre la gente para divisar al chico de las barbas, pero parecía haberse esfumado. Cuando la danza estaba a punto de comenzar, Julene salió corriendo. Le encantaba bailar y era una de las mejores

bailarinas. Había intentado convencerme para que yo bailara, pero soy demasiado tímida. Sebastiana y yo nos pusimos de pie para aplaudir como locas cuando acabó el baile y nos acomodamos nuevamente en el suelo para ver el castillo. Los mozos se estaban preparando, haciendo ejercicios de calentamiento y charlando animados los unos con los otros. En ese momento llegó la txapela a nuestras manos. La txapela del día de la Romería es tradicional. El mozo en la cima del castillo pide bendición a gritos para aquellos pueblos que han contribuido con dinero en la txapela. Yo doné un par de monedas, pero me fastidia bastante porque en realidad el dinero se lo acaba quedando la Iglesia.

Por fin los músicos indicaron que el castillo iba a comenzar y fue en ese momento cuando volví a ver al Basajaun. Estaba calentando con los demás para el castillo. Con el corazón golpeando con fuerza en mi pecho, comprobé que formaría parte del grupo de hombres de la base, los que sujetan el peso del resto. Se acercaron unos a otros y entrelazaron los brazos, afianzando la base; los mozos que componían el siguiente piso empezaron a trepar por sus cuerpos. Cuando la tercera tanda de chicos se disponía a subir, me fijé en el Basajaun, en su cara de concentración, en el sudor que perlaba su rostro al soportar en sus hombros los cientos de kilos de los demás. Cuando el último mozo empezó a trepar, Sebastiana y yo vitoreamos y silbamos, animándole. Era su marido, al fin y al cabo. Fue mágico ver a aquellos hombres llevando a cabo esta tradición que lleva tantas generaciones en el Valle. Pablo, el marido de Sebastiana, llegó a la cumbre y gritó con entusiasmo el nombre de todos los pueblos de Kuartango. Cada vez que mencionaba uno, los vecinos y vecinas que allí vivían gritaban y aplaudían con fervor. Cuando hubo mencionado todos los pueblos, los hombres comenzaron a deshacer el castillo y la multitud les vitoreó por el esfuerzo. Yo no podía quitar los ojos del apuesto Basajaun y, antes de que mi amiga Sebastiana bajara corriendo a felicitar a su marido, le pregunté si sabía quién era aquel chico. Me miró sorprendida y estalló en carcajadas. Juro que casi me marché porque me sentí ofendida, no me hizo ninguna gracia que se riera de mí de aquella manera. Es Antonio, me dijo riendo, ya lo conoces, fuiste con él a la escuela. Me quedé estupefacta ¿Antonio? ¿El chico sordo? Hacía años que no le veía y había envejecido como un buen vino. Nada quedaba de aquel chico escuchimizado que se pasaba las horas con la nariz metida en un libro. Había crecido mucho y los trabajos del campo habían llenado su cuerpo de músculos. Al verle quitarse la camisa para enjuagarse el sudor volvía a sentir las mariposas, pero me avergüenza decir que no sólo las sentí en el estómago, sino también un poco más abajo. Sebastiana se despidió y bajó corriendo hacia los mozos, pero a mí me daba demasiada vergüenza acompañarla.

Necesitaba calmarme un poco, así que volví a la ermita, que estaba vacía. Ignoré las estatuas católicas y abrí la puerta que daba acceso a la gruta. Cogí una vela del altar, esperando que no me cayera un rayo por hereje, y me adentré en la cavidad. Caminé unos metros con cuidado de no resbalar, y por fin llegué al lugar donde las aguas salen del interior de la tierra y comienzan a bajar por el lecho del Valle. Me senté y pronuncié una oración a la Diosa Mari. Apagué la vela y me senté en la oscuridad a pensar. Esperaba que no bajase nadie más, quería la cueva para mí sola. Mi reacción ante Antonio había sido inesperada y me encontraba sorprendida. No había llegado a hablar con él, pero su pecho musculoso y peludo, su sonrisa resplandeciente y su aspecto desaliñado despertaron en mí una reacción que nunca había tenido antes. Estuve pensando en ello durante un rato y, cuando me disponía a salir de la gruta, escuché unos pasos que bajaban a la cueva, probablemente a visitar el manantial. Pensé en esconderme, pero la gruta no es tan grande y si me descubrían me tacharían de ser todavía más rara. No tenía nada para encender la vela que había robado del altar, así que tuve que esperar a que la luz de la antorcha que descendía

llegara a mi altura para comprobar quién bajaba. Y como si de una novela se tratara, era Antonio el que bajaba a la cueva, y lo mejor de todo es que estaba completamente solo. Cuando me vio allí sentada se detuvo sorprendido, probablemente no esperaba verme allí en la oscuridad de la cueva. Luego me sonrió y no pude evitar devolverle la sonrisa tímidamente. Me dijo que se alegraba de verme y estuvimos una hora charlando solos al lado del arroyo en la penumbra, contándonos las novedades de nuestras familias en los últimos años. Me parece increíble lo fácil que fue hablar con él ese día. Hacía años que no nos veíamos, pero las palabras fluyeron y disfrutamos mucho juntos. El cura estropeó el bonito momento, porque bajó a comprobar si alguien había utilizado la vela para bajar a la gruta, y me cayó una buena bronca. No me importó, porque Antonio empezó a burlarse del cura a sus espaldas e imitarle mientras me sermoneaba, y estuve a punto de echarme a reír a carcajadas, lo que me hubiera metido en un buen lío. Al salir de la ermita bajamos juntos a la campa y nos unimos a la fiesta. Coincidió con él en otro par de ocasiones y bailamos juntos dos bailes en la verbena. Es la primera vez que bailo con un chico, y espero volver a bailar con Antonio pronto.

Al acabar la fiesta, cuando amama y yo estábamos a punto de partir hacia Lamietxe, Antonio silbó para llamar mi atención y se acercó a nosotras a grandes zancadas. Amama, sabia, se adelantó unos pasos para dejarnos un poco de intimidad. Antonio me dijo que había disfrutado charlando en la gruta y que, si me apetecía, podíamos quedar otro día y seguir charlando. Le dije que sí, que me encantaría, y él sonrió contento y me pasó un papel doblado. Saludó a amama con un gesto de la cabeza y volvió donde sus amigos. Juro que el paseo de vuelta a casa se me hizo eterno, estaba deseando leer el papel de Antonio.

Cuando llegamos, amama se fue a dar de comer a los animales y yo subí a la cocina saltando las escaleras de tres en tres. Me senté y abrí el papelito, nerviosa. Sólo había dos frases. “Hablar contigo en la gruta ha sido mágico. Si te apetece, el día doce a las doce del mediodía nos vemos en la ermita”. No me hizo falta mirar un calendario para calcular que quedaban nueve días hasta entonces. Emocionada, introduje el papel en la chapa y le prendí fuego, porque no quería que amama lo viese. Y aquí estoy hoy, hecha un manojo de nervios porque mañana es día doce y estoy muy nerviosa por volver a verle. Espero que venga y que no sea una jugarreta, aunque no lo creo. Ese día, en la gruta, me pareció sentir una verdadera conexión entre nosotros y tengo la esperanza de que el apuesto Basajaun sienta lo mismo que yo.

Kuartango, abril de 2.009

En mitad de la noche se incorporó en la cama, sobresaltado. Le parecía haber escuchado un disparo en la distancia y salió al jardín intentando no hacer ruido. Escuchó otra detonación, y a los pocos segundos varias más. Extremadamente preocupado corrió a la habitación, cogió el portátil y comprobó la imagen del satélite que seguía enfocada en Lamietxe. Los coches de Galder, Unax y Zigor seguían allí pero el de Iñigo había desaparecido. Reposicionó el satélite y comprobó que su vehículo estaba aparcado en casa de sus padres. Miguel se había dormido durante su sesión de vigilancia y suspiró sintiéndose como un fracasado; por lo menos parecía que los disparos habían cesado. ¿Qué habría sucedido? Cogió su móvil y se abrigó bien para ir a investigar de dónde provenían las detonaciones. Salió de casa sin saber hacia dónde dirigirse ni qué hacer cuando llegara allí. Al fin y al cabo, se suponía que era un estudiante de Historia, no un policía o un investigador privado. Volvió a escuchar un disparo en la distancia y Miguel calculó que provenía del otro lado del pueblo. Una voz le sacó de sus cavilaciones.

- Miguel, menos mal que estás levantado. ¡Estoy tan asustada!

- Joder, Señora Chifflet, menudo susto me ha dado.

- ¿Yo? Los disparos, eso es lo que me ha asustado a mí. Sabes bien que nunca duermo profundamente, pero esta noche estaba siendo una excepción. Estaba descansando muy bien y de repente... ¡Pum!

- No sé qué está pasando Julene, a mí también me han asustado los disparos.

- ¿Y por qué no vas a mirar? Yo ya estoy un poco mayor.

- Eso pensaba hacer, pero no sé dónde dirigirme.

- No lo sé, a mí me pareció que provenían del pueblo. Llama a Zigor, seguro que él también está despierto, quizás es peligroso que vayas solo.

- No te preocupes, Julene, voy a ver qué ha pasado. Intenta dormir un poco.

- ¡Dormir, dice! ¿Cómo voy a dormir ahora? Los jóvenes creéis que todos somos como vosotros, unos dormilones. No, yo ahora no puedo dormir, me tomaré una tila y esperaré despierta hasta que vuelvas. No olvides venir a contarme lo que pasa. Ay, señor, una ya está mayor para estas cosas.

Deseando alejarse de la charlatana mujer, Miguel se despidió con la mano y se alejó en la oscuridad caminando con sigilo. La plaza del pueblo estaba desierta, pero Txiki, el tabernero, estaba asomado a su balcón con los ojos clavados en el Pico Marinda.

- Buenas noches, Txiki, ¿sabes qué está pasando? La señora Chifflet está muy asustada.

- Yo he oído disparos y parecían provenir del Pico Marinda, pero no estoy seguro. ¿Crees que debería llamar a la policía?

- No lo sé, Txiki, no estoy seguro. Igual voy a ver qué pasa o si a alguien le hace falta ayuda.

- Buena idea. ¿Voy contigo?

Tuvo que contenerse para no ofender al tabernero que, con el pijama azul celeste y su enorme panza no era el mejor acompañante para una misión de reconocimiento discreto del terreno. Para empezar, le verían a lo lejos y además haría mucho ruido en el bosque.

- No te preocupes, Txiki; ya voy yo. Llama a la policía mientras tanto.

- Ahora mismo voy. Prefiero no salir de casa si hay asesinos sueltos.

- Vamos, Txiki, date prisa en llamarles por si hay algún herido.

- Vale, voy a por mi teléfono.

Necesitaba darse prisa si quería averiguar algo, porque si la policía llegaba antes que él al lugar de los hechos, no le daría tiempo a ver nada y tendría que marcharse. Mantener su clandestinidad era de vital importancia. ¿Cuánto tiempo tardaría en llegar la patrulla? Empezó a correr tomando el desvío hacia Lamietxe. Puede que el tabernero tuviera razón, el ruido parecía provenir de esa dirección. Los disparos volvieron a comenzar, dejando a Miguel perplejo. ¿Por qué apretar el gatillo tantas veces? ¿A qué o quién apuntaban?

Cuando llegó al primer cruce tuvo una inspiración. Allí se encontraba la casa del Señor Heredia, el concejal que todo el pueblo odiaba. ¿Sería él la víctima? Se dirigió hacia la casa con cuidado, tratando de no hacer ruido y escondiéndose entre la maleza. Debería haberse traído una pistola. Cuando estaba cerca de la casa, se agazapó tras unos arbustos y observó el edificio y sus alrededores. Los disparos habían cesado y todo estaba en silencio. Las luces del piso de arriba estaban encendidas y se veía a una mujer hablando por teléfono mientras miraba por la ventana. Le pareció escuchar el sonido lejano de la sirena de un coche de la Policía, así que cuando la cara de la mujer desapareció de la ventana, Miguel se arrastró por la hierba hasta el jardín y comenzó a palpar el suelo. Tanteó la hierba con las manos, con la intención de conseguir algún casquillo porque así podría averiguar a quién pertenecía el arma. Sus dedos tropezaron con un objeto duro, pequeño y redondo y lo aferró con fuerza. Al tacto, definitivamente no parecía una bala, pero entonces ¿qué era? No podía ver nada en la oscuridad, pero un olor familiar alcanzó sus fosas nasales. Se metió el objeto en el bolsillo, estupefacto, y se escondió tras otro arbusto. Encendió su móvil y utilizando la tenue luz de la pantalla observó lo que había encontrado. Era un petardo sin estallar. ¡Un jodido petardo! ¿Eso era todo, una travesura? Malditos bastardos, menudo susto le habían dado. Aliviado, Miguel se dirigió hacia Uzanza confundido. Una trastada, eso era todo. No tenía duda de que habían sido Unax, Zigor, Galder e Iñigo los que habían hecho estallar los petardos para fastidiarle la noche a su oponente político. No sabía qué pensar, ¿eso era todo lo que pensaban hacerle? ¿O sería un aviso de lo que podía venir? Concentrado como estaba en sus cavilaciones, Miguel no se percató de que unos pasos sigilosos se acercaban a él. A los pocos segundos sintió el contacto de metal frío en su nuca.

- Párate, cabrón, no te muevas ni un milímetro, te he pillado.

- ¿Perdona?

- Vamos, hijo de puta, al suelo. ¡Al suelo te digo!

A gritos y con un fuerte empujón, el hombre de la voz amenazante consiguió derribar a Miguel, que cayó al suelo golpeándose la cabeza.

- ¿Quién eres? ¿Qué coño haces en mis tierras? Querías asustarme, ¿verdad? Pues a mí no se me asusta tan fácilmente, ya lo has visto.

- Perdona, pero creo que se está equivocando.

- Mi esposa y yo estábamos verdaderamente asustados pensando que alguien intentaba matarnos. ¡Y me encuentro un maldito mocoso estallando petardos en mi jardín! Vas a pagar cara la broma, de eso me encargo yo.

- ¡Yo no he sido, le digo! He venido a ver qué sucedía; escuché ruidos de disparos desde el pueblo.

- Ya, claro, y yo soy Papá Noel. Andando, vamos a esperar a la policía.

¿A esperar a la policía? Miguel caviló preocupado mientras caminaba con el cañón del rifle de caza apretado contra sus omoplatos. No creía que el concejal le fuera a disparar porque se metería en problemas, pero la policía no podía averiguar quién era él ni qué hacía en Kuartango. ¿Se creerían sus mentiras o le arrestarían? Eso le pasaba por descuidarse. Al llegar a la entrada de la casa pudo ver por fin al Señor Heredia a la luz de la farola. Era un hombre de estatura media, de unos setenta años, con denso pelo blanco, gafas redondas, una prominente barriga y una cicatriz en la mejilla. Era un hombre bastante feo. Llevaba puesto un pijama de cuadros y una bata negra bordada con sus iniciales. Miguel intentó una vez más excusarse.

- Mire, Señor Heredia, le juro que yo no he sido. Estaba durmiendo en la Pensión Chifflet y me despertó el ruido. Julene estaba tan asustada que me dijo que viniera a investigar; llámenla si lo creen necesario.

- No te creo. Pon las manos en la espalda.

- Lo digo en serio, ¡soy inocente! Me llamo Miguel García y soy nuevo en el pueblo, estoy seguro de que ha oído hablar de mí.

- ¡Cállate de una vez!

El hombre cogió una cuerda que le alargó su mujer; ella había salido de la casa al ver que su marido regresaba. Era baja y fornida, y tenía el pelo oscuro, corto y rizado y los ojos saltones. Observó a Miguel de arriba abajo con asco y éste, resignado, colocó los brazos en la espalda e intentó no quejarse mientras el Señor Heredia le ataba las muñecas. Le dolía la cabeza y sintió un hilito de sangre deslizándose por la frente. Joder, el cabrón le había tirado al suelo con ganas. Estaba empezando a amanecer y la sirena de la Policía se escuchaba cada vez más cerca, no tardarían en llegar. Mientras esperaba maniatado en el suelo, observó al hombre de la cicatriz, que seguía rebuscando por el jardín. Había encontrado un cordel en la hierba y estaba tirando de él. Poco a poco fueron apareciendo los petardos estallados. Los “bromistas” los habían unido y atado

a una larga mecha de combustión lenta, tejiendo una enorme tela de araña que rodeaba toda la casa. Sólo habían tenido que encender el extremo más alejado de la mecha y acto seguido habrían salido corriendo. Minutos más tarde había empezado el bombardeo, despertando a medio pueblo. Dos coches de Policía se acercaron por el camino a toda velocidad, derrapando bruscamente al llegar a la entrada de la casa. De ellos salieron cuatro agentes, y el que tenía más rango se acercó al Señor Heredia.

- Buenas noches, han llamado ustedes informando de que se escuchaban disparos en los alrededores. ¿Qué ha sucedido?

- Gracias por venir tan rápido, agente. Al final no eran disparos, eran petardos. Ya he atrapado al culpable.

Con cara de incredulidad, el policía miró a Miguel, que seguía atado en el suelo y con sangre chorreando por la frente. El Señor Heredia siguió contando la historia mientras otro agente se acercó a ellos y esposó a Miguel.

- Yo no he sido, ya se lo he dicho a él; simplemente he venido para ver qué pasaba. Además, tengo testigos.

- ¿Testigos?

El dueño de la casa estaba lívido de rabia y uno de los agentes tuvo que sujetarle. El Teniente se acercó a Miguel con curiosidad.

- ¿Quién eres tú?

- Me llamo Miguel García y soy estudiante. Estaba durmiendo cuando escuché unos ruidos que parecían disparos. Mi casera, la anciana Señora Chifflet, se asustó tanto que me pidió que viniera a ver qué pasaba. De camino me encontré con Txiki, el tabernero, a quien pedí que os llamara. Los dos me vieron.

- Enséñeme su D.N.I.(53), por favor.

Miguel sacó su cartera y se la entregó al policía, que sacó la identificación y las tarjetas de crédito y pidió a un compañero que los comprobase. Luego le miró pensativo, sopesando sus palabras. El Señor Heredia se acercó con cara de malas pulgas.

- No se creerá usted esas patrañas.

- Tendremos que comprobar su coartada. ¿Quiénes son sus testigos?

- Julene, la dueña del piso donde vivo en la Pensión Chifflet. Y Txiki, el tabernero de Uanza, que estaba asomado a su balcón.

Con un gesto, el policía indicó a otro de los agentes que fuera al pueblo a comprobar la historia. Mientras esperaban, llevaron a Miguel al interior de la casa. Era muy ostentosa y todo lujo parecía ser poco para los Heredia. Lámparas de cristal, carísimas alfombras persas, muebles

pesados de roble macizo... A Miguel le pareció excesivo. Se veía que al hombre no le iba mal en los negocios, a juzgar por los aparatos electrónicos y los cuadros de la pared. La Señora Heredia, Dolores, preparó café para todos menos para Miguel, que seguía esposado. La situación le pareció kafkiana; nunca había estado en aquel lado de la ley, siendo él el sospechoso. Los policías charlaban amigablemente con el dueño de la casa en el salón y, a juzgar por el tono informal de la conversación, dedujo que se conocían. Ignoraron a Miguel hasta que el otro agente regresó de hablar con Txiki y Julene, que corroboraron la versión de Miguel. Le desataron de inmediato y Dolores se puso furiosa.

- No pueden dejarlo marchar. Le hemos pillado irrumpiendo en nuestro terreno, es allanamiento de morada. Llévenselo, seguro que sabe algo.

- Señora Heredia, por favor, cálmese; investigaremos para averiguar lo sucedido. Analizaremos los rastros y las huellas del jardín e inspeccionaremos todos y cada uno de los petardos con lupa. Hasta entonces no se separen de su escolta, ¿me han entendido? Quizá deberían contratar a otra persona durante la noche, nunca se sabe lo que puede pasar. Y usted, Señor García, absténgase de pasearse por terrenos ajenos. Hoy ha tenido suerte porque dos personas han declarado la veracidad de su historia. No se meta en problemas porque le tendremos vigilado.

- No se preocupe, agente. Siento haber causado molestias. Señor Heredia, perdone que le asustara de esa manera, sólo intentaba ayudar.

- Yo no te creo, mocososo, y también te tendré vigilado, te lo aseguro. Un movimiento en falso y ¡zas! Haré que te atrapen. ¡Fuera de mi casa!

Miguel se dio media vuelta y, sin despedirse de nadie, bajó por las escaleras hacia la calle. Vaya tío más gilipollas. Probablemente le había asustado al encontrarle agazapado en la oscuridad de su jardín, pero se había disculpado y, además, él no había tenido nada que ver con los petardos. Siguió caminando rápidamente para alejarse de la casa, y cuando estuvo seguro de que nadie podía verle, sacó el petardo, que había logrado esconder porque no le habían cacheado. Parecía un petardo comercial de los que venden en cualquier tienda especializada.

Miguel sabía exactamente quiénes habían sido los responsables, pero no sabía qué hacer con la información. De acuerdo, se habían acercado a la casa del concejal para recriminarle algo, pero no le habían agredido físicamente, así que no se podía considerar un atentado. En el desvío de la carretera se detuvo indeciso, dudando de si dirigirse a casa o ir a ver a Elurne; tal vez ella pudiera decirle algo. No pensaba interrogarla, pero sacaría el tema para averiguar si sus amigos tenían más “bromas” planeadas. La noche anterior en Lamietxe había escuchado claramente que planeaban hacer algo y Elurne parecía estar al corriente, pero la oyó decir que ella pasaba de problemas. ¿Le contaría algo a él? Eran las seis y media de la mañana, suponía que la pelirroja estaría ordeñando. Era una buena excusa para subir a Lamietxe y ofrecerle su ayuda. Mientras caminaba intentó no pensar en nada, pero no podía evitar pensar en Heredia. Si el concejal era tan desagradable con todos, no le extrañaba que los vecinos le odieran, incluidos sus nuevos amigos. La noche anterior se había sentido como un forastero con ellos. Pero no era así con Elurne, con ella se sentía a sus anchas desde el primer día. Al llegar a Lamietxe su corazón volvió a dar un vuelco; estaba empezando a amanecer y el caserón, majestuoso e imponente, parecía surgir de la espesa niebla. Hacía mucho frío y Miguel metió las manos en los bolsillos. No sabía dónde

ordeñaba Elurne y no quería asustarla entrando en casa sin avisar. No se escuchaba ningún ruido, así que se sentó en el gran banco de la entrada y no tuvo que esperar mucho. Pronto la oyó bajar las escaleras y pegó un respingo cuando le vio allí sentado.

- Joder, Mikel, vaya susto me has dado, no me esperaba encontrar a nadie aquí. ¿Por qué no has subido?

- No quería asustarte, no te había avisado de que venía.

- ¿Vienes a ayudarme a ordeñar?

- Sí, en parte, y también a desahogarme.

- ¿A desahogarte? ¿Por qué?

- Me acaba de arrestar la policía en casa del Señor Heredia.

- ¿Cómo dices?

Elurne le miró perpleja, y sus intensos ojos verdes se clavaron en él. Empezó a intuir cierta desconfianza en su mirada, por lo que se apresuró a contarle la historia desde el comienzo. Al principio la pelirroja parecía no creerle, pero cuando Miguel le enseñó el roce de la cuerda con la que le había amarrado, se acercó a él y se sentó a su lado preocupado.

- Joder, puto Heredia, te ha hecho bastante daño.

- No es la persona más amable con la que me he cruzado, y no lo parece, pero es fuerte, el tipo.

- Es un gilipollas, no sé quién se ha creído que es. Es un desagradable que mira a todo el mundo por encima del hombro. Nadie es tan bueno como él y nadie tiene tanto dinero como él. Lo de los petardos le está bien, a ver si aprende.

Miguel no supo qué responder. Ella, con un gesto de la mano, le indicó que esperase y desapareció. Le dolían la cabeza y las muñecas y se las masajeó intentando calmar el dolor. Cuando volvió, traía consigo un botiquín.

- Lo guardo en el Gaztandegi, por si me corto cuando hago el queso. Espera un poco, que te limpio la herida de la cabeza y te pongo una tirita.

- No me pongas tirita, por favor, pareceré un gilipollas.

- Hazme caso, déjame que te la ponga; vamos a pasar un rato con las ovejas entre mierda y polvo y se te puede infectar la herida.

- Vale...

Al final accedió y la dejó hacer. Estaba absorta en la tarea, y Miguel observó que sacaba la lengua ligeramente al concentrarse. Cuando acabó, guardó el botiquín e indicó a Miguel que la siguiera. Rodearon la casa y se dirigieron a un edificio que no había visto en sus anteriores excursiones a

Lamietxe. Estaba algo alejado y escondido por los muchos árboles que lo rodeaban.

- ¿Aquí duermen las ovejas?

- Sí, cuando están en Lamietxe.

- ¿No están aquí siempre?

- No. Las bajamos del monte cuando es época de cría y ordeño, más o menos de febrero a julio.

- ¿Y no las sacas nunca del cobertizo?

- Claro, hombre, tenemos aquí varias fincas en las que pueden pastar. También les doy pienso por las mañanas.

Con energía a pesar de ser tan temprano, Elurne abrió la puerta y pulsó el interruptor de la luz. Se trataba de una estancia enorme y al entrar, miles de ojos negros les observaron con curiosidad. Había cientos de ovejas y Miguel se preguntó cómo haría la pelirroja para ordeñar tantos animales ella sola. No tardó en comprobarlo.

Elurne se acercó a un viejo archivador oxidado, sacó una carpeta, la depositó sobre una mesa y se alejó hacia el otro extremo de la cuadra para mover unas verjas de madera. En pocos minutos había separado la estancia en dos rediles y dirigido a todas las ovejas hacia uno de ellos. En el medio quedaba un pequeño cubículo cerrado.

- Vale, Mikel, te lo explico. Esto no es tan sencillo como parece, te lo aseguro. Todavía no conozco a todas las ovejas, así que tengo que comprobar los números tatuados en sus orejas para saber cuál debe ser ordeñada. Iñigo construyó este cercado móvil, que me permite ir pasando las ovejas de una a una. Entran al cubículo, las ordeño y pasan al redil vacío. Salvo desastre, eso significa que he ordeñado correctamente. Luego las suelto a las fincas.

- Bien, ¿y yo qué puedo hacer para ayudar?

- Me vendrías bien de asistente. ¿Podrías meterte en el cercado de las ovejas? Yo voy a buscar los cubos.

Miguel observó a los sucios animales con desconfianza, se movían inquietos por el redil y no parecían muy amistosas. La pelirroja había metido un balde de plástico al cubículo de ordeño y estaba en ese momento arrastrando una pesada cuba metálica. Cogió una amplia carretilla de madera y depositó la cuba encima con esfuerzo. Luego se volvió hacia Miguel, que no estaba muy satisfecho con su tarea.

- Venga, no te asustes. Pasa dentro con ellas.

Y así lo hizo, aunque no las tenía todas consigo. Las ovejas estaban por todas partes y tenían bastante fuerza. Elurne entró en el cubil y cogió la carpeta y un bolígrafo. Luego se volvió a Miguel.

- Vale, tu tarea es pasarme una oveja y leerme el número de la oreja.

- ¿Quieres que coja la oveja?

- En brazos no, hombre, lo único que tienes que hacer es agarrarlas de las orejas y empujarlas hacia mí.

Desesperado y queriendo evitar que le tachara de cobarde, se volvió hacia el mar de ovejas lanudas. La más cercana parecía tranquila, así que intentó empujarla, pero ella, terca, le pateó e intentó morderle la mano. Se acercó a otra que se alejó presurosa, poniendo en movimiento a todo el rebaño. Al ser empujado por los animales, Miguel cayó al suelo de culo aterrizando en un manto de cagarrutas olorosas. Elurne estalló en alegres carcajadas.

- Levanta ese culo. Vamos, arriba; agárralas de las orejas, que no te van a matar.

- Ya voy, ya voy.

Se levantó avergonzado y atrapó a la primera oveja que vio. Sujetándola de las orejas, consiguió leer a Elurne el número en voz alta. Ella tachó el número de su lista y posicionó la oveja correctamente, sentándose en el taburete a su lado.

Una vez más, Miguel la miró fascinado. Elurne puso el cubo bajo las ubres del animal y se arrodilló a su lado. Cuando la oveja notó las manos en sus ubres empezó a moverse inquieta, pero con un movimiento firme Elurne la sujetó y empezó a hablarle en voz suave mientras ordeñaba. Parecía fácil, sólo había que tirar de la teta del animal. Acabó en pocos minutos y empujó a la oveja al cercado vacío, no sin antes colocarle en la oreja una pinza de tender la ropa.

- ¿Para qué le pones una pinza?

- Para hacer un recuento general al final. Sé que tengo que ordeñar noventa ovejas, las demás no. Cuando acabemos contaremos las pinzas y si están todas, habremos acabado. Venga, pásame otra.

Miguel escogió otro animal y repitieron el proceso. Los minutos pasaban lentos y Miguel empezó a impacientarse. Quería información sobre el tema de los petardos, pero no sabía cómo empezar la conversación sin levantar sospechas. Intentó que la muchacha se compadeciera de sus heridas para volver a entrar en el tema.

- Me duelen bastante las muñecas.

- Mala bestia...

- Quién, ¿la oveja?

- No, el Señor Heredia. Si aguantas un rato, luego busco un paracetamol.

- Gracias. De todas formas, todo esto es muy raro, ¿no? ¿Tan malo es el Señor Heredia para que le asusten de ese modo?

- ¿Malo? Es mucho más que eso.

- ¿Qué hace para molestaros tanto?

- Para empezar, no es de Kuartango, aunque se cree que es el dueño del Valle. Vino aquí porque heredó de alguna tía lejana la gran casa en la que viven. Cuando llegó, empezó a hacer campaña para entrar en el Ayuntamiento. Desde entonces, no hemos vivido tranquilos. A mi abuelo le expropió unas fincas hace varios años, se aprovechó de que no tenía mucha idea de cómo funcionan las leyes. Últimamente está causándole problemas a Bixente, el ganadero. Parece que quiere cambiar el pueblo y dejarlo a su gusto. ¿Has visto la fuente de la plaza?

- Sí, la fuente del mapa del País Vasco.

- Bien, pues quiere cambiarla y está haciendo campaña. Pretende que se ponga una con un mapa de España, y los vecinos no están de acuerdo.

- Así que todo el mundo le odia.

- Todos menos los de su misma ideología política.

- De derechas, supongo.

- Exacto.

- Después de pillarme en su jardín no querrá ayudarme con la tesis.

- Bueno, ya estamos los demás para ayudarte. Como soy tan maja, te voy a dejar que hagas prácticas ordeñando. Me duele la espalda un montón.

Con una sonrisa traviesa y sacándole la lengua, Elurne le cedió el control del cubo. No muy convencido, Miguel entró en el cubículo y recibió con un poco de miedo a la oveja que Elurne le pasó.

- Vale, agáchate y deja el cubo justo debajo de la ubre. Tienes que presionar con tres dedos; primero el anular, después el corazón, y por fin el índice, para ir bajando la leche poco a poco.

Miguel se concentró de inmediato en la tarea, que no resultó tan fácil como pensaba. La ubre estaba llena pero la leche se resistía a salir, aunque, con las pacientes indicaciones de Elurne lo consiguió al fin. La pelirroja le empezó a contar viejas historias de su abuelo y la gestión que llevaba del ordeño. Antiguamente utilizaban el Kaiku (54) en vez del cubo, le dijo señalando la pared de donde colgaban varios recipientes de madera, redondos y con asa. El Kaiku fue sustituido por los cubos más convencionales hacía décadas, aunque Elurne le aseguró que su abuelo siguió ordeñando con él hasta el día de su muerte. Miguel la escuchaba atentamente. A pesar de no tener que escribir una tesis real, le fascinaba el mundo de la pelirroja. Ella siguió hablando hasta que Miguel acabó de ordeñar. Al incorporarse, tenía la espalda hecha polvo de estar agachado durante tanto tiempo. Elurne entró al redil y comenzó a contar pinzas. Cuando acabó, un gesto de alivio apareció en su rostro.

- Lo hemos hecho bien, Mikel, menos mal. Noventa pinzas, noventa ovejas. Ahora vamos a hacer el queso, pero primero descansa un poco mientras yo les doy algo de pienso.

- ¿Ahora el queso? Joder, esto es agotador.

- Ya te lo dije el otro día.

Elurne se acercó a la cuba que se encontraba sobre la carretilla y levantó el extremo con cuidado para que la leche no se derramara. Con mucho tiento empujó la carretilla hasta la puerta abierta y salió de la cuadra. Estuvo a punto de perder el control en la cuesta de una finca, pero Miguel le ayudó a enderezarla. Ya en el Gaztandegi, pusieron la leche a hervir y fueron a dar de comer al resto de los animales. Miguel ya no se tenía en pie de tanta actividad. Dieron pienso y verdura a las gallinas y los conejos, echaron sobras de patatas cocidas y pescado a los perros, llenaron el plato del gato de la abuela María y fueron a ver a los caballos. Elurne iba pegando saltitos de emoción por la finca al describirle sus caballos. Eran sus animales favoritos y parecía una niña pequeña al explicarle a Miguel sus cualidades, el pelaje, la fuerza, los músculos al galopar. Se extrañó al saber que él nunca había montado, y le aseguró que le enseñaría, ese mismo lunes, cuando volviera de Zugarramurdi.

- ¿Zugarramurdi? ¿Qué es eso?

- Es un pequeño valle navarro con mucho encanto.

- ¿Y para qué vas allí?

- Voy a trabajar, me temo.

- ¿A trabajar?

- Sí, voy a ver a Inaxio, un amigo informático que me está ayudando con las bases de datos.

- Vaya, ¿y cuándo vuelves?

- El domingo por la noche, creo. Menos mal que Zigor, Unax y Galder van a hacer el ordeño y el queso este fin de semana.

- Yo también vendré a ayudarles.

- Gracias Mikel, eres un encanto. Te agradezco mucho tu ayuda.

- No me importa, eres una chica muy agradable, me gusta más estar contigo que con la nariz metida en los libros de Historia.

- Gracias.

Elurne continuó hablando de caballos mientras los acariciaba con dulzura y les susurraba. Había cogido una bolsa llena de pan seco y les fue acercando los trozos a la boca con delicadeza. El caballo negro, alto y fuerte, era el suyo. Se lo había regalado el abuelo y era un semental de pura raza árabe. Un portento, según la pelirroja. El otro, más pequeño y regordete, estaba un poco mayor, pero seguía siendo buen corredor, según ella. Miguel lo disfrutaría, le dijo. Él arrugó la nariz, no le hacía mucha gracia subirse a un animal que le podía pegar una coza. Elurne parecía

disfrutar con cada animal y les hablaba con voz dulce. Aunque no la entendieran, a todos parecía gustarles su voz y la seguían mansos de finca en finca. Al cabo de un rato volvieron al Gaztandegi y acabaron de hacer los quesos.

Miguel ya le había cogido el truco la vez anterior y no tardaron demasiado. Elurne estaba muy agradecida con Miguel y le invitó a desayunar. Saludaron a la abuela María, que en ese momento caminaba por el pasillo, y Elurne la besó con suavidad en la mejilla. Miguel decidió aprovechar el viaje de la pelirroja e instalar las cámaras espía ese fin de semana cuando ella estuviera fuera. Estaban hambrientos, por lo que después de calentar leche y tostar pan, se zamparon el desayuno en un santiamén. Satisfechos, se fumaron un cigarrillo a medias mientras charlaban de cosas sin importancia. Era tan agradable que le hubiera gustado pasar el día con ella, pero no podía porque se marchaba a Zugarramurdi. Elurne le pidió que la esperara mientras se duchaba y cambiaba, así le podría dejar en la Pensión Chifflet. A Miguel le pareció perfecto y aprovechó el tiempo para instalar una de las cámaras en una viga del techo de la cocina. Por suerte tenía un par de ellas del día anterior en el abrigo, había aprovechado bien la mañana. Salió al balcón para comprobar si efectivamente la abuela María estaba haciendo su ritual de brujería, paseando de un lado a otro y acariciando piedras. Así era, parecía la hora indicada, así que con mucho sigilo atravesó el pasillo, entró en el salón y colocó otra cámara en la parte superior de la chimenea. Satisfecho, volvió a la cocina y salió al mirador. Era en verdad el balcón del paraíso con los árboles frutales, las ovejas pastando, los minúsculos caballos, las cabras y las distintas tonalidades de verde de las colinas. Elurne no tardó en volver con el pelo mojado, una gran mochila al hombro y un maletín en la mano, probablemente su ordenador. Miguel necesitaba acceder al portátil cuanto antes. Kevin, su amigo del MI5 inglés, aún no había dado señales de vida, pero volvería a intentar ponerse en contacto con él cuando llegara a casa. Salieron y Elurne entró en otro cobertizo, indicándole que esperase. Salió enseguida al volante de un coche gris metalizado. Era un BMW impresionante, último modelo ejecutivo. Miguel silbó de admiración mientras entraba en el coche, memorizando la matrícula para comprobarla.

- ¡Vaya bólido que te pone tu empresa!

- Totalmente equipado, seguro y veloz, es genial. Ahora entiendes por qué te dije que no puedo usarlo por las fincas del Valle.

- Sí, claro.

Miguel se sentía triste por tener que separarse de la pelirroja, empezaba a sentir por ella algo más que curiosidad. Era preciosa, divertida, trabajadora, valiente y le hacía sentirse feliz. Lo único que enturbiaba su felicidad era la posibilidad de que fuera una terrorista. No puede ser, pensó Miguel mientras se iban acercando a Uzanza. Al llegar a la plaza, Miguel se apeó, se despidió de Elurne con pesar y quedaron el lunes para ir a montar a caballo.

Pensativo, empezó a caminar hacia la Pensión Chifflet. Estaba agotado, llevaba varios días sin dormir bien. Cuando llegara a casa se echaría una siesta hasta que llegara la hora en que debía llamar al Coronel Narváez para informarle de su progreso. ¿Qué le diría? Estaba mentalmente imaginando la conversación cuando se fijó en que al final de la calle había dos coches de policía aparcados justo delante de la Pensión Chifflet. ¿Le estarían siguiendo? Preocupado, aligeró la marcha para averiguar qué hacían allí. Uno de los agentes estaba en el umbral de la puerta de

Zigor, franqueándola. Buscaban a Zigor... Era una información interesante pero no podían detenerle. Todavía no, y menos por algo tan poco importante como los petardos. Zigor era suyo. Él lo atraparía a su debido tiempo. Envalentonado, se dirigió al hombre uniformado.

- Buenos días, ¿qué ocurre aquí?

- ¿Otra vez tú? ¿Quieres meterte en problemas?

- Si creen que el chico que vive aquí es culpable, están equivocados. Yo le vi en casa esta mañana antes de salir a investigar. No pudo ser él.

- ¿Qué es esto, el club del escaqueo? Lárgate de aquí.

- Déjeme hablar con su superior, por favor.

El agente suspiró con impaciencia, pero asintió; cualquier cosa con tal de quitárselo de encima. Abrió la puerta de la casa, entró en el piso y pronto unos pasos se acercaron a la puerta y, al abrirse, comprobó que era el mismo Teniente que le había amonestado en casa del Señor Heredia. El hombre le miró con cara de malas pulgas.

- Está usted tocándome los cojones hoy, Señor García.

- Perdona, lo único que quiero es ayudar. Zigor no ha sido, le he visto desde mi jardín por la mañana, si quiere le enseño dónde vivo. Y seguro que Julene, la casera, también le vio.

- Eso dice ella.

- Pues ya tiene dos testigos.

- Entre en la casa, Señor García.

Miguel casi sonrió al observar la cara de incredulidad de Zigor al verle entrar a él con el policía. Le miró con desconfianza, como esperando que Miguel le acusara de algo. Por eso su sorpresa fue mayúscula cuando el madrileño tomó la palabra.

- Mire, agente, le repito que le vi esta mañana aquí, en su casa, desde mi jardín. No pudo haber sido él. Y sé que no se ha movido de aquí desde anoche, porque estuvimos tomando algo y me traje a casa. Si ya sabe que mi historia es cierta, ¿por qué voy a mentirle ahora?

- ¡Cállese, Señor García! Está acabando con mi paciencia.

- Estuvimos juntos, pregunte a nuestros amigos. Y volvimos a casa juntos, también.

Con las cejas, hizo una leve señal a Zigor, que asintió estupefacto. El Teniente se hartó y cogió a Miguel bruscamente por el codo, le arrastró hasta la cocina y le indicó que esperase. Otro agente subió al piso de arriba a llamar a Julene. Miguel esperó nervioso, sabiendo cuál sería el procedimiento. Declararían por separado para comparar versiones, y si Julene no confirmaba haber visto a Zigor, acabarían los dos arrestados. Vaya embolado, Narváez le iba a matar por no haber pasado desapercibido ante la policía. Por suerte, la vieja Chifflet estuvo a la altura y mintió

a las mil maravillas. Estaba claro que al saber que sólo eran petardos, asumió el papel de protectora de los dos chicos. Miguel la escuchó levantar la voz en varias ocasiones durante el interrogatorio y respiró aliviado, pero al tiempo le golpeó la certeza de que muchos habitantes de Uzanza se encubrirían entre sí, lo que haría más difícil obtener información. La desconfianza de los vecinos ante los agentes era obvia. Al cabo de un rato el Teniente volvió a la cocina y le miró claramente enfadado.

- No sé todavía si este espectáculo es para tocarnos los cojones, pero vamos a peinar el jardín del Señor Heredia y encontraremos algo. Un pelo, una huella, una fibra, y como se demuestre que usted o el señor Maizkurrena han tenido algo que ver con todo esto, les arrestaré y me aseguraré de que no ven la luz del sol en varios años.

- Si encuentran pelos o huellas más es porque estuve allí curioseando, pero eso no significa que colocara allí los petardos.

- Señor García, no ponga a prueba mi paciencia y cállese de una puta vez. Váyase a casa, y tenga cuidado de no cruzarse conmigo muy a menudo.

- De acuerdo.

Se levantó de la mesa aliviado y se despidió del hombre con un leve movimiento de cabeza. No logró ver a Julene ni Zigor al salir, porque fue escoltado hasta la calle por uno de los agentes, que al salir le cerró la puerta en las narices.

No estaba seguro de haber actuado como debía con la Policía, pero quería evitar que se le adelantaran y le quitaran a Zigor. Estaba satisfecho porque creía que su actuación le daría a Zigor una razón para confiar en él, tal y como le había indicado Don Gerardo. Después de eso bastaba con esperar, y Miguel tenía tiempo. Con una sonrisa maquiavélica entró en su casa, se desnudó y se metió en la ducha. Necesitaba relajación y descanso hasta la hora en que debía llamar a Narváez. Estaba enjabonándose cuando escuchó el timbre de la puerta. Contrariado, apagó el grifo, se envolvió el cuerpo en una toalla y caminó por el pasillo dejando huellas mojadas a su paso. Al abrir la puerta se encontró frente a Zigor. El chico le miró fijamente a los ojos, indeciso.

- Gracias, tío. ¿Por qué has mentido? Estoy muy confuso.

- Porque la puta Policía me toca los cojones, por eso. Esta madrugada me despertó el ruido de los petardos, fui a ver qué pasaba y el puto Heredia me maniató con una cuerda para luego entregarme a los maderos.

- ¿A ti?

Miguel le contó la historia desde el principio, como había hecho por la mañana con Elurne, y se concentró en dar a la conversación los giros que le convenía para convencer a Zigor de que estaba de su parte.

- Mira, me trae sin cuidado que hayas sido tú o no. He conocido a Heredia por primera vez esta mañana y ya estoy convencido de que se lo merecía. Además, Elurne me ha contado cómo se comporta con los vecinos, que le jodan.

Zigor no dijo nada; no admitió haber sido él el culpable, pero tampoco lo desmintió. Seguía en silencio en la puerta mirando indeciso a Miguel. Por fin pareció encontrar las palabras.

- Te lo agradezco, tío. A la noche hemos quedado en la Taberna, si te pasas por allí te pago unas cervezas, te debo unas cuantas.

- No me debes nada, pero luego probablemente me apetezca una birra.

- Hemos quedado a las nueve.

- Sí, ya me dijo Galder. Te veo allí, ahora me voy a echar una siesta.

- Vale. Oye, espera... te he traído esto.

Le alargó un libro que tenía en la mano. Era viejo y parecía bastante usado. En la portada, en letras verdes, estaba el título: Historia de Euskal Herria.

- Pensé que igual te podía venir bien para lo de la tesis.

- Gracias Zigor, está genial. Le echaré un vistazo luego, seguro que me ayuda mucho.

- Estupendo. Luego te veo, agur, Mikel. Y muchas gracias otra vez.

Ya le llamaba Mikel, como Elurne, y eso era un pequeño triunfo en sí. Por fin le había dirigido la palabra con educación. Chorreando, cerró la puerta y volvió a meterse en la ducha. Se aclaró el jabón, se recortó la barba, se puso un chándal y se tumbó en el sofá tapado con una manta. En un par de horas llamaría al Coronel Narváez. ¿Qué pensaría de su primera semana en Uzanza? Esperaba que estuviera impresionado; había conseguido instalar cámaras y rastreadores en varias localizaciones y se había acercado bastante a dos de los tres sospechosos. Poco a poco Miguel se fue sumiendo en un sueño profundo.

Le despertó el tono de su móvil. Había oscurecido y tuvo que tantear en la penumbra, desorientado, para encontrar el teléfono. Pulsó la tecla verde y contestó con voz gangosa.

- ¿Sí? Aquí Miguel.

- Miguel, soy el Coronel Narváez. ¿Sabe qué hora es?

- No, la verdad es que no.

- Son las ocho y media. Quedamos en hablar a las seis en punto. Ni antes, ni después. ¿Qué narices ha pasado?

- Perdóneme, me he quedado dormido.

- ¿Dormido?

- Sí, he tenido una noche complicada, la he pasado en vela.

- Cuénteme todo, por favor.

Miguel le contó las novedades de la semana sin escatimar detalles. El Coronel no le interrumpió mientras hablaba y después tomó la palabra.

- No me gusta que la Policía te haya fichado. "Tenías que pasar desapercibido.

- Pensé que ir a las detonaciones era importante...

- Pero te descuidaste.

- Lo sé, y lo siento.

- No podemos cometer ningún error, Miguel, la situación es grave.

- Coronel, me he acercado mucho a Elurne Balaitx, ella me dejará entrar en su mundo. Y ella es el nexo entre ellos; voy por buen camino, descuide.

- Eso lo decido yo.

Miguel calló, ofendido. Le parecía que había hecho un buen trabajo en pocos días y el tono poco amistoso del Coronel le sentó como un jarro de agua fría. ¿Qué se esperaba, que destapara todos los secretos de Kuartango en unos días?

- Mi siguiente plan es comprobar el paraje donde los vi transportando las cajas, podría ser un Zulo ([55](#)).

- ¿Y por qué no lo has hecho ya?

- Porque no he tenido tiempo.

- Pues de este fin de semana que no pase. Quiero resultados, Miguel, tan pronto como sea posible. Los franceses ya han arrestado a una persona.

- ¿En una semana?

- Sí.

- Coronel, estoy actuando tan rápido como puedo. Lo prometo.

- De acuerdo. No te separes de las cámaras y los rastreadores, quiero que sepas dónde están en todo momento cada uno de los sospechosos. Y echar la siesta no es la mejor manera de seguirles los pasos.

- Ahora voy a la Taberna, he quedado con ellos a las nueve.

- Cuidado, Miguel, ten mucho cuidado. No puedes dar ningún paso más en falso. Te recomendé personalmente para esta misión y no quiero arrepentirme. No vuelvas a cruzarte con la Policía y no destaques demasiado.

- Sí, mi Coronel. ¿Puede hacerme un favor? Necesito acceso al material de la Policía sobre la investigación de casa del Señor Heredia. Quiero estar al corriente, si es posible.

- No es problema. Haré que mi secretaria te lo envíe por correo electrónico.

- Gracias, Coronel.

- Bueno, Miguel, tengo que colgar. El viernes que viene llámame a la hora acordada. Sabes que no tengo paciencia con la gente que me hace perder el tiempo, la puntualidad es vital. Y quiero pruebas, pronto.

- Sí, mi Coronel.

- Adiós, Miguel.

Narvárez colgó bruscamente el teléfono y Miguel se quedó mirando la pantalla cabreado. Menuda conversación más deprimente. Pensaba que el Coronel estaría impresionado con sus avances, pero le había echado un buen rapapolvo. Furioso, se levantó del sofá, se calzó, cogió su abrigo y salió de casa. Necesitaba una cerveza, menudo cabrón... Estaba siendo injusto, había tomado una decisión táctica sobre Zigor y creía que podía salirle bien. Maldito hijo de puta, en Madrid le había adulado hasta la saciedad para que aceptara la misión, y ahora estaba exigiendo demasiado.

Caminando enérgicamente, se plantó en la Taberna en menos de cinco minutos, abrió la puerta y se sentó en un taburete de la barra con gesto huraño. Txiki había contado a todo el pueblo el episodio del arresto en casa de los Heredia, y durante diez minutos Miguel tuvo que repetir la historia a los habitantes de Uzanza quienes, de pronto, parecían encontrarle interesante en vez de indeseable. Harto, miró a su alrededor y descubrió a Unax y a Galder sentados en la mesa de la esquina, que le observaban divertidos burlándose de su incomodidad. Le hicieron un gesto para que se acercara, así que se zafó de una vieja y se dejó caer en una silla al lado de Unax.

- Joder, Mikel, eres el cotilleo del pueblo.

- No me jodas, Galder, que no estoy para bromas.

- ¿Mal día?

- Fatal, tío, fatal. Y ha empeorado considerablemente en la última media hora.

- ¿Por qué?

- Porque odio a mi profesor de la Universidad.

- ¿Qué te ha hecho?

- ¿Tú crees que en la semana que llevo aquí puedo haber acabado la tesis? Él sí parece creerlo, puto dinosaurio. Acabo de hablar con él y me ha echado una bronca tremenda.

- Bah, no te preocupes, así son los profesores, como los jefes, ¿no? Que les jodan. Anda, relájate un poco, que te pido otra cerveza.

Mientras Galder pedía una nueva ronda, Unax intentó animar a Miguel con historias de su propio jefe. Trabajaba para una empresa de inyección de plástico y se encargaba del mantenimiento de las máquinas. Aparentemente su jefe era un inepto y no daba pie con bola. El tono cómico de las historias de Unax hizo que en pocos minutos Miguel estuviera riéndose a mandíbula batiente. Para cuando Galder volvió de la barra con las cervezas, se sentía mucho mejor. Sus nuevos amigos tenían razón, era viernes por la noche y tenía todo el derecho del mundo a divertirse. Zigor e Iñigo aparecieron sobre las diez acompañados por dos primos de Sendadiano, altos y espigados. Todos ellos pertenecían al equipo de Sokatira (56). Miguel no sabía mucho sobre ese deporte en particular, pero escuchó atentamente mientras debatían cuál era el mejor método de entrenamiento.

Poco a poco, cerveza a cerveza, el tono de las voces se fue elevando mientras discutían alegremente. No podía negarlo, beber un rato en compañía era lo que necesitaba en esos momentos. Se acordó de Martín, Manu y Fermín, sus colegas del cuartel. Parecía que habían pasado años desde la última vez que los había visto, pero tan solo había pasado una semana. A las tres de la mañana comenzó a ver doble, y se le empezaron a revolver las tripas por el hambre. Se levantó y trastabilló hasta la barra, donde Txiki dormitaba apoyado en la vieja cafetera. Sacó la cartera, volcó todas las monedas y le indicó al gordo camarero que les sacara de la trastienda algo para comer. Cuando volvió a la mesa con los brazos cargados, le aplaudieron alegremente y se lanzaron famélicos a por la comida. Con la tripa llena a Miguel se le empezaron a cerrar los ojos. Con voz pastosa, les anunció que se piraba a dormir. Galder y Zigor se levantaron con él para marcharse y en la plaza tomaron caminos diferentes. Galder no estaría en Kuartango durante el fin de semana porque se iba a una feria de ganado con Bixente en Bizkaia. Zigor le dijo que él tampoco estaría, se marchaba a Francia con Garbiñe. Parecía que iba a ser un fin de semana solitario. Cuando llegaron a la Pensión Chifflet, Zigor extendió la mano hacia Miguel con gesto torpe.

- Gracias otra vez, Mikel, me has librado de una buena.

- No hay de qué, para qué están los colegas. Gracias por el libro, le echaré un vistazo este fin de semana. Pasáoslo bien en Francia.

- Gracias. No te aburras mucho.

- Vale. Agur.

- Agur, Mikel.

Se fue directamente a la cama, se metió entre las sábanas y no despertó hasta las cuatro de la tarde del sábado. Estaba hambriento y con una resaca respetable. Comió hasta reventar y luego se sentó en el jardín con su ordenador. El coche de Zigor estaba aparcado fuera, así que suponía que habrían ido a Francia en la furgoneta de Garbiñe. Comprobó el rastreador del coche de Galder, que se encontraba en Uzanza. Suponía que habrían ido a la feria en la camioneta de Bixente. Al único que podría rastrear ese fin de semana sería a Iñigo, y en estos momentos su coche estaba aparcado junto al río. Estaría trabajando. Descorazonado, miró su correo electrónico y enseguida se fijó en un email encriptado que parecía provenir de Inglaterra. Como había supuesto, Kevin estaba contento de poder ayudarle.

El email, codificado, indicaba a Miguel que debía llamarle a un número seguro el domingo a las

diez de la mañana. Esperaba acordarse. Como se aburría, cogió el libro que le había prestado Zigor y se puso a hojearlo. Pronto comprobó que no se parecía en nada al libro de Bachillerato que le había prestado Narváez y la perspectiva de los hechos era distinta a lo que había leído anteriormente. Acabó el libro esa misma tarde y, pensativo, sacó a Gorri y se marcharon a dar un paseo. Don Gerardo tenía razón, había mil perspectivas diferentes sobre la Historia. Cuando oscureció sintió frío y, tiritando, volvió a la Pensión, se sentó en el sofá y se dedicó a cambiar canales en la televisión. Era sábado y no había nunca nada bueno para ver. Aburrido y agobiado se marchó a la cama otra vez.

Cuando sonó el despertador, Miguel saltó de la cama con energía. Si la anciana María dormía en Lamietxe como estaba previsto, investigaría la casa. Se metió en el coche y condujo hasta allí.

Aparcó lejos de la entrada para no despertar a la anciana y se acercó al baserri. La persiana de su habitación seguía bajada. Por suerte, aún dormía. Abrió el viejo portón de madera y, conteniendo la respiración, entró en silencio. Primero inspeccionó el piso de abajo. La leñera ya la conocía, así como el Gaztandegi. Instaló allí una cámara y cuando se disponía a subir al piso superior, se fijó en que había una vieja trampilla en el suelo. Intrigado, Miguel tiró de la argolla y la abrió. Una escalera de madera antigua apareció ante sus ojos. ¿Por qué había una habitación escondida en el baserri? Sacó una linterna de la mochila y empezó a bajar los escalones con sigilo. Al llegar abajo encendió la luz y vio que se trataba de una estancia grande y húmeda, a la que no llegaba la luz del sol. Había multitud de estanterías de madera, en las que reposaban cientos de quesos en diferentes etapas de curación. También había metros de tela blanca colgada en una pared, que probablemente cortaban a medida para elaborar los quesos. Elurne le había hablado de aquel sitio en su primera visita a Lamietxe, y le había explicado que todos los días bajaba al almacén a voltear los quesos para que se curaran uniformemente. Se sintió como un estúpido y, meneando la cabeza, apagó la luz y subió al Gaztandegi. Cerró la trampilla y subió de puntillas al piso superior. Entró en la habitación de Elurne conteniendo la respiración. Ése era su lugar más íntimo, donde la pelirroja dormía, descansaba y soñaba. ¿Habría soñado con él alguna noche? Lo dudaba, pero por unos minutos disfrutó imaginándolo. Era una habitación grande, pintada de verde y con grandes vigas de madera antigua en el techo, y estaba decorada con sencillez y buen gusto. No había maquillaje, perfumes, cremas u otros cosméticos a la vista, sólo libros, cientos de ellos. Estaban por todas partes: en las estanterías, encima de la mesa, debajo de la cama y en el suelo. Los había de aventuras, de terror, de humor, novelas negras, manuales de estudio... Todo el espacio de Elurne parecía dedicado a las palabras. Suponía que, al haber crecido sola en semejante lugar, los libros habían sido sus mejores amigos. Meditó unos minutos sobre dónde poner la cámara y se sintió culpable por tener que mentir a Elurne. Por otra parte, podría verla desnuda y observarla mientras dormía. Suspirando, subió a una silla y enganchó el aparato a una de las vigas del techo. Desde allí vería la mesa de estudio y la cama. Satisfecho, salió sigiloso del caserón y se dirigió al coche. Se alegraba de que los perros y la anciana María no se hubieran despertado.

Lo primero que hizo al llegar a casa fue llamar a Kevin. Estaba bien, contento en el MI5 y a punto de conseguir una buena promoción. Trabajaba en la unidad antiterrorista y se mostró de acuerdo en mantener en secreto que le ayudaría con la misión. Miguel le pasó los datos que le había dado Elurne, el nombre de la empresa, la matrícula del coche y las fechas en las que la pelirroja había vivido en el extranjero, tanto en Londres como en Belfast. Acordaron que Kevin se pondría en contacto con él cuando consiguiera la información. Cuando colgó el teléfono, miró a su alrededor desconcertado. Elurne, Zigor y Galder no estaban y no se atrevía a llamar a Iñigo, porque no tenía

tanta relación con él. Oyó llegar a Zigor a las nueve de la noche y se conectó a las cámaras para espiarle. Le observó mientras cenaba una ensalada y luego se puso a tocar la guitarra. No era un virtuoso pero no tocaba mal, y Miguel disfrutó de la música. Después apagó el ordenador y, aburrido, se metió en la cama a oscuras y pensó en Elurne y su visita a Zugarramurdi. ¿Habría alguna manera de averiguar algo sobre el tal Inaxio, su amigo el informático? Tenía ganas de verla, llevaba dos días sin ver sus penetrantes ojos verdes y su sonrisa deslumbrante. Tardó bastante en dormirse, pero no le importó. Se dedicó a fantasear con la pelirroja, imaginó la sensación de caminar por el bosque cogidos de la mano, pensó en lo que sentiría al besarla y al estar desnudo a su lado. Se durmió con una sonrisa en la cara. Ya no tendría que esperar más, al día siguiente vería a Elurne.

JENTILAK



JENTILAK

Desde el comienzo de los tiempos, los Jentilak han acompañado a los humanos y nos han protegido ante la adversidad. Bendecidos por Mari con una fuerza sobrehumana, son capaces de lanzar piedras enormes. Hace siglos, ellos nos ayudaron a construir los crómlech y dólmenes que utilizaron nuestros antepasados para sus ceremonias y ritos funerarios.

Kuartango, mayo de 1.951

Ésta es la primera vez que escribo en mi diario como mujer casada y estoy emocionada por contar que el día de la boda todo salió a pedir de boca, mucho mejor incluso de lo que Antonio y yo esperábamos. Nuestro noviazgo ha sido largo y no ha estado exento de problemas, pero ha sido maravilloso. Desde nuestro primer encuentro secreto en la cascada de la ermita de la Trinidad aquel día, tuvimos claro que estábamos destinados a continuar juntos nuestro camino. Aquella mañana de nuestra primera cita yo estaba muy nerviosa antes de subir a la ermita. La verdad es que no estaba segura de si Antonio realmente estaría allí a mediodía, como prometió en la nota que me dio el día de la Romería. Le dije a amama que necesitaba dar un paseo para despejarme y comencé a caminar por el bosque con un nudo en el estómago. Desde la Trinidad no había dejado de pensar en el rato que estuvimos charlando en la cueva. Lo disfruté mucho y en ningún momento pasé miedo, lo que me sorprendió mucho.

Desde el suceso del alemán yo no había vuelto a estar a solas con un hombre, ni siquiera el cura. Sin embargo, en la cueva había estado relajada y tranquila, segura de que con aquel apuesto Basajaun nada me podría pasar. Aquellos días de espera se me hicieron eternos; no pude dejar de recordar sus ojos marrones, amables y tranquilos, y su preciosa sonrisa. Mientras subía la cuesta hacia la ermita aquella mañana, comencé a canturrear en voz baja para tranquilizarme. Los perros, que todavía me acompañan en mis paseos por el bosque por si algo sucediese, correteaban alegres entre los árboles buscando rastros de animales. Al subir el último tramo de la pendiente que lleva a la ermita, escuché a alguien silbar despreocupadamente y no pude evitar sentirme aliviada. Antonio había cumplido su palabra, estaba allí a la hora acordada.

Cuando me vio aparecer esbozó una sonrisa nerviosa y caminó hacia mí, tendiéndome un ramo de flores silvestres que había recogido por el camino. Azorada y emocionada le di las gracias y miré al suelo, insegura. Por suerte, Antonio no parecía nervioso y comenzó a caminar señalándome con el dedo la verja de la ermita de la Trinidad. Intrigada, seguí sus pasos y confieso que casi se me salen los ojos de las órbitas al ver que sacaba del bolsillo del pantalón las llaves de acceso al santuario. ¿Dónde las había conseguido? Me contó que su madre era la encargada de asegurarse de que la iglesia y las estatuas religiosas estuvieran limpias, y de preparar manteles y flores para el día de la Romería. Por eso el cura, me dijo, les había hecho una copia de las llaves. Me confesó que visitaba la gruta a menudo porque le encantaba pensar en la oscuridad. Yo le confíe que también tenía una gruta secreta pero que no era tan bonita. Entramos a la ermita, nos acercamos a la antigua puerta de madera que llevaba a la gruta y Antonio abrió el candado. Previsor, había traído antorchas y una cantimplora con agua. Pasamos todo el rato charlando, como habíamos hecho el día de la Trinidad. Aquella primera vez conversamos sobre la hambruna que estaba asolando la provincia y sobre las dificultades que teníamos las familias de la zona rural para recuperarnos de la guerra. Habíamos escuchado en el pueblo que en ciudades como Vitoria y Bilbao la población se estaba recuperando ligeramente y empezaban a salir de la miseria. Pero aquí, en Kuartango, todavía sufrimos de escasez y de falta de muchas cosas.

Estuvimos mucho tiempo en la oscuridad de la gruta, hablando de nuestras cosas y almorzando, porque también tuvo el detalle de traer chorizo, queso y pan. Con mucha pena, nos despedimos horas más tarde y volvimos a fijar una fecha para encontrarnos de nuevo allí, en nuestra cueva. Y

eso hicimos; desde entonces, nos hemos visto cada dos semanas en la gruta, hasta que hace dos meses exactamente, Antonio se plantó a caballo en Lamietxe. Bajó de su montura con torpeza, muy azorado, y se acercó a mí caminando deprisa y mirándome con la cara colorada como un tomate. Yo deseé que me tragara la tierra; estaba sudada, manchada de polvo y mojada de la cabeza a los pies, porque estaba bañando a mis gallinas negras en una pócima para quitarles el piojillo. Por un instante me preocupé pensando que traía malas noticias, quizás alguna enfermedad en su familia o un fallecimiento en el pueblo. He de admitir que pensé incluso que venía a romper conmigo y mi corazón comenzó a temblar por el miedo. Dejé mi gallo favorito en el suelo y me levanté de la silla. Antonio llegó por fin donde yo me encontraba, se puso de rodillas y, mirándome nervioso, se metió las manos en el bolsillo mientras yo le miraba con los ojos abiertos como platos. Sacó un pequeño bulto envuelto en papel de periódico y lo depositó en mis manos con los dedos temblorosos. Me indicó que lo abriese, y yo deshice el nudo del cordel y empecé a desenvolverlo. Cuando vi lo que contenía el paquete comprendí inmediatamente y sonreí emocionada volviendo la vista hacia él, que me miró directamente a los ojos y me dijo que quería casarse conmigo y pasar el resto de nuestra vida juntos, sin tener que escondernos en la gruta. Pegando saltitos de emoción le grité que sí, que me casaría con él, y Antonio soltó un grito de júbilo ensordecedor que asustó a los animales e hizo cantar al gallo.

Nos echamos a reír a carcajadas y nos abrazamos fuerte, saltando en círculos como dos niños pequeños. El paquete contenía un pequeño colgante hecho a mano por él. El colgante en sí es de cuero, y de él pende una diminuta botella de metal, del tamaño de una moneda, que Antonio forjó y llenó con agua de la gruta de la ermita de la Trinidad, sellándola cuidadosamente para que no se derrame nunca. No me quitaré nunca este colgante, pase lo que pase. Me parece increíble haber encontrado a alguien como Antonio para compartir mi vida, porque es evidente que nos entendemos muy bien a pesar de las obvias diferencias entre nosotros. Con él a mi lado, seguro que todo resulta menos pesado.

Después de abrazarnos entramos a Lamietxe a contarle a amama la buena nueva. Amama sonrió feliz y dio su consentimiento, porque le parecía un buen mozo, honesto, honrado y trabajador. La familia de Antonio tardó un poco más en aceptar nuestra relación porque no somos gente con buena fama en el pueblo. Dicen de nosotras que somos raras y hay quien nos llama sorginak. Pero al final aceptaron también, y acordamos que Antonio se mudaría aquí a Lamietxe con amama y conmigo. El acuerdo entre su padre y mi abuela nos pareció perfecto; a él le encanta Lamietxe, porque prefiere estar lejos del pueblo, sin vecinos que te molesten. No nos costó demasiado tiempo organizar la boda, al menos la parte religiosa. En realidad, es cuestión de llamar al cura y poner fecha, poco más. Antonio y yo teníamos nuestros propios planes aparte de la ceremonia religiosa, que con los tiempos que corren es obligatoria. Legalmente, no te puedes casar sin que te case un cura. Nosotros no creemos en la doctrina de la Iglesia Católica, aunque Antonio tampoco cree en la Diosa Mari.

Durante nuestro noviazgo, le he contado mucho sobre las leyendas ancestrales de Zugarramurdi, en las que nosotras todavía creemos. Antonio asegura que los vecinos del pueblo intuyen que no somos creyentes, pero ha prometido guardar el secreto porque confirmar nuestra herejía sería un escándalo. Dice que le encanta escucharme hablar de leyendas y de seres mágicos. Yo estoy convencida de que le tengo que aburrir con mi verborrea, pero él me asegura que no y me anima a que siga contándole cosas, ya sean recuerdos, secretos o leyendas. Le encantó especialmente la historia del akelarre que mi hermana Elurne, mi prima Irati y yo organizamos hace tantos años, y

se carcajeó imaginándonos mientras bailábamos alrededor de la hoguera, ebrias con el brebaje alucinógeno. Antonio me confesó que conocía la sensación, porque él y su hermano habían probado las setas alucinógenas alguna vez, aunque hacía ya muchos años de aquello. Dijo que le encantaría hacer un akelarre conmigo, y yo le contesté que los akelarres eran ceremonias de mujeres. Sin embargo, él me contó que había escuchado una historia en Ataun años atrás, que decía que también los brujos se acercaban y participaban en algunos akelarres. Dijo que él quería también ser considerado un brujo, no solo un Basajaun, como le llamo yo. Vi en sus ojos que estaba de broma y nos reímos de buena gana imaginándole con el pelo y la barba blancas y una túnica negra. Al final acordamos que sería divertido probar el brebaje juntos, hacer un ritual íntimo para sellar nuestra unión. Decidimos que la siguiente noche de luna llena sería la noche perfecta para nuestros planes. Lo único que quedaba por escoger era el sitio adecuado para el ritual. Le confesé que no quería volver al claro del bosque donde habíamos bailado hacía tanto tiempo mi hermana, mi prima y yo. Ese paraje contiene demasiadas emociones negativas para mí, demasiados recuerdos de mi hermana. No me parecía el lugar apropiado para nuestro particular akelarre romántico, y al final Antonio propuso los dólmenes de Katadiano, que fueron erigidos por los Kuartangueses prehistóricos y han estado cargados de magia desde el principio de los tiempos. Me pareció el sitio perfecto al instante, pero le conté que, según las leyendas de nuestros antepasados, fueron los Jentilak los que construyeron los dólmenes y los crómlech, no los humanos. Antonio me miró y me pidió que por favor le contara también aquella historia. Nos sentamos al lado del río mientras yo le describía las construcciones de los antiguos.

Los Jentilak eran unos fornidos gigantes que vivían en los bosques y las montañas vascas. Eran gigantes buenos, generosos y muy trabajadores, y ayudaban a nuestros ancestros. Ellos fueron los primeros conocedores de la agricultura y enseñaron a los humanos a labrar y cultivar la tierra. La Diosa Mari tuvo a bien regalarles una fuerza prodigiosa, por lo que también eran famosos por lanzar piedras desde las cumbres de las montañas para derrotar y aplastar al enemigo. Les gustaba hacer competiciones de lanzamiento de piedras y fueron los verdaderos constructores de los dólmenes. Dicen los científicos que no se conocen las razones por las que los humanos prehistóricos los construyeron, pero los científicos no saben nada. Fueron los Jentilak, que los construyeron para que nuestros antepasados tuvieran un lugar mágico donde llevar a cabo sus ritos funerarios, un lugar indestructible al paso del tiempo. Le dije a Antonio que me parecía una idea fantástica celebrar nuestra boda pagana en un dolmen de los Jentilak, y le prometí que buscaría en los libros de la abuela los ritos que practicaban nuestros ancestros durante los casamientos. Él me besó en la frente y me dijo que estaba dispuesto a cualquier cosa para hacerme feliz.

Y por fin llegó el día de la boda, hace justo una semana. Confieso que los días previos estaba muy nerviosa, porque quedaban muchas cosas por preparar y tareas por organizar. Amama había invitado a algunos familiares de Zugarramurdi, que llegarían en el tren y estarían instalados en Lamietxe durante las celebraciones, por lo que teníamos que preparar también habitaciones para los invitados. Yo no tenía claro que mi familia y la de Antonio se fueran a llevar bien, pero apenas podía contener la emoción por volver a ver a Irati. Cuando por fin llegaron a Lamietxe, salí corriendo a recibirla y nos fundimos en un abrazo, contentas de volver a vernos.

Aquella misma noche le conté nuestro plan de celebrar una boda pagana en el dolmen, y le enseñé las palabras antiguas que había encontrado en los libros ancestrales de amama. Irati me dijo que era una idea preciosa y me ayudó a anotar detalladamente la receta del brebaje del akelarre de nuestra juventud. La mañana de la boda me ayudó a vestirme, y comentó que era una pena que la

moda parisina todavía no hubiera llegado a Kuartango. Yo la miré estupefacta, y le dije que en Lamietxe las cosas no estaban para modas parisinas, que no teníamos mucho dinero ni usos para un vestido elegante. Me aseguró que estaba guapísima y admiramos juntas el ajuar que yo aportaba al matrimonio, que consistía en varios juegos de sábanas, toallas y almohadas cosidas por amama y por mí, y una vajilla nueva que me regaló amama con unos ahorros que tenía escondidos. Irati y la tía Mertxe me regalaron una cuna preciosa para cuando sea madre, y mis amigas Julene y Sebastiana unas mantas y unas cortinas nuevas para la habitación que ocuparíamos tras la boda. Cuando acabé de prepararme y arreglarme el pelo, salimos a esperar a la comitiva nupcial. Era tradicional que el novio condujese una carreta de bueyes para ir a buscar a la novia a su casa, y que en la carreta cargase su parte del ajuar, que en este caso consistía en aperos de labranza y arreos para el ganado, así como dos corderos, dos terneros y un cerdo.

Estaba muy nerviosa mientras esperábamos a Antonio, que llegó con su aita en la carreta, guapísimo con su traje nuevo y sus zapatos relucientes. Cuando saltó de la carreta para besarme en los labios pensé que el corazón me estallaría en el pecho de pura felicidad. Descargaron el ajuar en Lamietxe y acto seguido nos ayudaron a amama y a mí a subir al carruaje. Cuando llegamos a la iglesia me embargó de repente una vergüenza intensa. Yo no soy persona de grandes muchedumbres, pero nuestro enlace había generado mucha expectación y la mayoría de los vecinos de Uzanza habían venido a presenciar la ceremonia religiosa. La misa en sí no tuvo nada de especial, fue exactamente igual que siempre, con la excepción de que esta vez Antonio y yo permanecimos de pie frente al altar. Cuando acabó la Eucaristía salimos al pórtico, donde fuimos recibidos por unos amigos de Antonio, que habían venido desde Vitoria a bailarnos el Aurreku (57) vestidos a la manera tradicional, como regalo de buena suerte. Las dos familias volvimos después a celebrar el banquete en Lamietxe, que consistió en cordero asado, ensaladas, queso y nueces. Pepón, el dueño del bar de Zuhatzu, accedió a venir a la boda a tocar su acordeón para amenizar la fiesta, y estuvimos cantando y bailando felices hasta bien entrada la noche. Después nos despedimos de la familia de Antonio, y amama y los miembros de mi familia se fueron a dormir, dejándonos solos junto al fuego.

Yo me pegué a Antonio y me refugié en sus brazos con la cabeza reposada en su pecho, escuchando los latidos de su corazón. Había sido un día perfecto, pero no había terminado todavía y yo estaba muy nerviosa. Sé lo que se espera de una mujer en su noche de bodas, pero también sabía que aquella noche no sería como se esperaba la familia. Hace meses que le conté a Antonio lo de aquel día en el alto de Sendadiano, cuando el alemán de ojos heladores me violó hace ya años. Le conté todo con pelos y señales, y es la primera y última vez que le he visto llorar. Me prometió que mi secreto estaba a salvo con él y me dijo que no debía preocuparme, porque él no tenía ninguna prisa por consumar el matrimonio. Me aseguró que entendía que el acto sexual me diese miedo, que teníamos toda una vida para gestionar el tema de la intimidad y que me ayudaría a curarme del pasado. Me juró que iríamos poco a poco, que sólo llegaríamos hasta donde yo me sintiera cómoda y que, si lograba por fin relajarme y sobreponerme al miedo, estaría encantado de yacer juntos y darme uno, dos, o tres hijos. Sabía que cumpliría su promesa de esperar, pero no pude remediar ponerme muy nerviosa la noche de nuestra boda. Él lo percibió al instante porque conoce ya las esquinas más recónditas de mi alma. Me cogió de la mano y me llevó a nuestro dormitorio caminando lentamente. Me dijo que se daría la vuelta mientras yo me ponía el camisón y que prometía no mirar. Y así lo hizo; se volvió mientras yo me cambiaba y él hizo lo propio. Cuando me volví él seguía de espaldas a mí, con un pijama de rayas azules cubriendo su cuerpo. Nos metimos en la cama y él me ofreció de nuevo sus brazos. Posé la cabeza en su pecho y me

calmé al escuchar el latido rítmico de su corazón. Le agradecí su comprensión y me juró que la tendría de por vida, que me quería por encima de todo y que su misión en la vida sería respetar mis tiempos y hacerme feliz. Sonriendo relajada en sus brazos, cerré los ojos y me dormí al instante, segura de que cumpliría su promesa.

Habíamos planeado nuestro ritual nocturno para la siguiente noche de luna llena, que sería cinco días después de la boda. Para nosotros, ateos declarados, la boda católica y familiar sólo había sido un primer acto del casamiento, por así decirlo. El segundo acto sería nuestra boda pagana en el dolmen de los Jentilak, situado cerca del pueblo de Katadiano. Antonio había calculado la distancia y dijo que llegaríamos a caballo en menos de media hora. Nuestro plan era salir de casa cuando la abuela estuviese dormida. Preparamos todo en un morral y ese día fue difícil concentrarnos en las tareas, porque nos daba la risa cada vez que nuestras miradas se cruzaban. La abuela comentó que nos habíamos vuelto locos de remate y que quizás habíamos bebido demasiado vino el día de nuestra boda. Esa noche no cenamos mucho, porque queríamos que el brebaje nos hiciera el máximo efecto en el dolmen. Cuando amama se durmió, salimos de casa de puntillas y montamos en los caballos. Como había previsto Antonio, tardamos media hora en llegar a los dólmenes, y en ese tiempo le conté cómo había sido el final de los Jentilak según las leyendas. En aquella época, según los escritos antiguos, estos bondadosos gigantes vivían en unas cuevas del monte Leitzadi, en la Sierra de Aralar. Una noche clara y sin nubes se dieron cuenta de que había aparecido en el cielo una nueva estrella, que deslumbraba el firmamento con su luz. Los Jentilak se asustaron mucho y fueron a hablar con el más poderoso y sabio de todos ellos, un anciano que estaba casi ciego y que apenas salía de su cueva. Sacaron al anciano de su morada y le forzaron a abrir los ojos y a mirar al firmamento; querían que les explicara qué era aquella nueva estrella. Alarmado, el anciano anunció que había nacido Kixki, el nuevo redentor, y que todos los Jentilak debían huir o serían exterminados por los seguidores de aquella estrella. Algunos huyeron a tierras lejanas y otros se quedaron y se vieron obligados a presenciar, impotentes, el avance del cristianismo en tierras vascas. La nueva religión pronto acabó con las tradiciones ancestrales y con los seres sagrados, y dicen que de todos aquellos Jentilak solo quedó uno vivo. Uno que todavía vive en nuestros montes, Olentzero, el fornido carbonero que la noche de Navidad nos trae nueces y sorpresas si nos portamos bien. Antonio disfrutó mucho con mi historia y pronto llegamos al dolmen.

Desmontamos y nos miramos nerviosos a la luz de la luna. Habíamos traído mi camisón porque aún me daba vergüenza quedarme desnuda delante de Antonio, y él se encargó de encender una hoguera en el centro del círculo de piedra mientras yo mezclaba las hierbas con el anís y las setas. Riendo como chiquillos, bebimos un par de sorbos cada uno y nos sentamos junto a la hoguera. Lo primero que hicimos fue un intercambio de ofrendas. Yo le entregué un manojito de trigo y él a mí uno de centeno; los juntamos y sujetamos en nuestras manos entrelazadas mientras nos mirábamos a los ojos y yo entonaba un cántico aprendido de amama.

Cuando por fin las setas hicieron su efecto me embargó una intensa emoción al mirar al hombre de mi vida, mi aguerrido Basajaun. Prometí cuidarle y hacerle feliz el resto de nuestra vida y él me prometió lo mismo, pero apenas podía hablar por el efecto de la bebida y nos acabó dando la risa sin remedio. Estuvimos toda la noche riendo y charlando, y yo bailé varias veces alrededor de la hoguera con el pelo ondeando al viento y el camisón aleteando tras de mí mientras Antonio aplaudía y cantaba. Fue, sin duda alguna, la mejor noche de nuestra vida, y no la olvidaremos mientras vivamos. Me siento dichosa y feliz, y espero que a partir de ahora las cosas sean mejores

para nosotros. Y quizás si soy valiente y encontramos el momento adecuado, algún día pueda cumplir mi deseo de ser madre.

Kuartango, abril de 2.009

Miguel se despertó temprano. Se sentía enérgico y lleno de vitalidad y tenía muchas ganas de ver a Elurne, la chica misteriosa. Llevaba todo el fin de semana sin verla y tenía ganas de disfrutar de su alegre compañía. Silbando, se pegó una ducha larga y refrescante y salió a desayunar al jardín. El cielo, de un azul intenso, estaba salpicado de nubes esponjosas. Miguel sonrió, disfrutando de la sensación de levantarse y ver los montes de Kuartango en vez de los altos bloques de pisos de Madrid. Tenía que admitir que le gustaba tener su propio jardín para relajarse y leer, y que le encantaba pasear por las colinas cercanas a la Pensión Chifflet. Don Gerardo tenía razón, Uzanza tenía mucho encanto. Mientras encendía un cigarrillo escuchó una voz a sus espaldas. Era Zigor.

- Egun on (58), Mikel.

- ¿Egun on? ¿Qué significa eso?

- Buenos días, en euskera. Tienes que aprender euskera.

- Poco a poco, que me aturullo con tanta información. Pasa si quieres, tengo café y galletas.

- Vale, gracias, la verdad es que me apetece un café.

Zigor franqueó la verja, se acercó a la mesa y se sentó junto a él. Desde el día de los petardos parecía otra persona. No era el chico más hablador del mundo, pero estaba bastante más relajado con él. Se sirvió un vaso de café con leche y azúcar y le ofreció un cigarro.

- ¿Qué tal ha ido el fin de semana solitario?

- Bien, no he hecho nada en especial, aparte de dormir. ¿Vosotros qué tal en Francia?

- Bien...

La mirada de Zigor desmentía su respuesta, así que Miguel intentó averiguar más información.

- No parece que lo pasaras tan bien, a juzgar por tu cara.

- Estuvo bien, pero los amigos franceses de Garbiñe son bastante gilipollas. No me caen muy bien, así que tuve bronca con ella.

- Ah, vaya, qué putada. Lo siento, Zigor.

- No te preocupes, empieza a ser habitual. Oye Mikel, antes de que se me olvide, tengo algo que proponerte.

- Dime.

- ¿Te acuerdas de los dos primos de Sendadiano, los que conociste el viernes en la taberna?

- Sí.

- Uno de ellos se cayó del tractor el sábado y se ha partido la tibia y el peroné. Le han operado y no va a poder continuar en el equipo de Sokatira (59) por el momento. ¿Te interesaría entrar en su lugar? Necesitamos reemplazarle y no hay mucha gente interesada.

- Pero yo nunca he visto una competición de Sokatira, no sabré hacerlo bien.

- Por eso no te preocupes, no es difícil de aprender. Podemos enseñarte la técnica, pareces un tipo fuerte y eso nos vendrá bien. Entrenamos los martes y los jueves por la tarde y competimos cada varias semanas. ¿Te apuntas?

Miguel sopesó las palabras de Zigor. No entendía nada de Sokatira pero, a decir verdad, le parecía bastante estúpido tirar de una cuerda. Por otra parte, entrar en el equipo le permitiría un mayor acercamiento al grupo y sin duda eso le convenía. Mirando a Zigor con una sonrisa asintió.

- De acuerdo, me apunto. Un poco de ejercicio me vendrá bien, y de hecho me puede servir como información para incluir en mi tesis.

- Los Herri Kirolak (60) son muy divertidos.

- ¿Herri Kirolak?

- Los deportes vascos. Tenemos Pelota, Sokatira, Txingas (61), Aizkolaritza (62) y muchos más...

- De todos los que has mencionado, el único que conozco es la Pelota.

- Mañana en el entrenamiento te hablamos de los demás deportes. Ahora perdona, pero me tengo que ir a currar, llego tarde ya.

- Vale, nos vemos mañana. ¿Dónde entrenáis?

- Si quieres te paso a buscar mañana a las seis y vamos juntos.

- Perfecto. Agur, Zigor, que tengas un buen día.

- Agur, Mikel.

Con un gesto de despedida, Zigor entró en su casa y cerró la puerta. Miguel se recostó en su silla y observó el Valle pensativo. Eran buenas noticias. Le incluían cada vez más en su mundo. Ahora pasaría tiempo entrenando con ellos y podría conocer a fondo sus personalidades, sus debilidades y sus inquietudes. El sonido de su móvil desde el salón le sacó de su ensimismamiento. Entró presuroso y descolgó el aparato, sorprendido al ver que se trataba de Elurne.

- ¿Diga?

- Hola Mikel, soy Elurne. ¿Qué tal ha ido tu fin de semana?

- Bien, tranquilo. ¿Qué tal tú en Zugarramurdi?

- Pues trabajando mucho. Mikel, ya lo siento, pero no voy a poder quedar hoy. Sigo aquí con mi amigo, todavía no hemos acabado con las bases de datos y las necesito, así que no llegaré a Uzanza hasta mañana.

Miguel miró por la ventana con ojos tristes, decepcionado con la noticia de la pelirroja. Menuda putada, tenía tantas ganas de verla...

- Bueno, no importa Elurne, lo primero es lo primero.

- Lo siento de verdad, Mikel, me apetecía más montar a caballo contigo que currar, pero no tengo otra opción. Acabo de hablar con Iñigo para ver si puede ordeñar las ovejas hoy.

- ¡Las ovejas! Se me habían olvidado. Lo siento, no he ayudado nada en todo el fin de semana.

- No importa, ya me has ayudado un par de días.

- ¿Tienes el teléfono de Iñigo? Puedo llamarle e ir con él a ordeñar esta tarde, no tengo nada planeado aparte de seguir con la nariz enterrada en mis libros de Historia.

Elurne le agradeció el detalle y le recitó el número antes de disculparse de nuevo. Quedaron en encontrarse en Lamietxe al día siguiente. Cuando colgó el teléfono, se encontró perdido y desanimado. No tenía nada interesante que hacer hasta la tarde. Menuda mierda. Frustrado, salió al jardín, silbó al perro y empezó a pasear en dirección a la plaza del pueblo. Al llegar a la taberna le apeteció tomarse un café con un poco de compañía; allí dentro siempre parecía haber alguien dispuesto a charlar un rato. Ató a Gorri a una farola y entró en el local, que estaba vacío aparte de Txiki y Bixente, el ganadero, que le hizo un gesto a Miguel para que se acercara.

- Ven aquí, Mikel, hace tiempo que no te veo. ¿Qué quieres tomar?

- Un café con leche, por favor. Gracias, Bixente.

Txiki puso la ruidosa cafetera en marcha y en pocos minutos le llevó la taza humeante, dejándola sobre la barra con un platillo de galletitas de canela. El hombretón comenzó a interrogarle, guiñándole un ojo al ganadero.

- Bueno, cuéntanos, ¿ya se te ha pasado el susto del otro día?

- A duras penas, Txiki, menuda aventura.

Bixente rio con entusiasmo, atragantándose con el humo de su enorme puro.

- Mikel, eres el protagonista del fin de semana. Los vecinos me han contado lo del arresto, y Zigor llamó cuando estábamos en la feria.

- ¿Qué tal os fue en la feria de ganado?

- Bien, hemos estado ocupados y hemos vendido bastantes terneros este año, pero otras razas se han vendido mejor. Los ganaderos vizcaínos no tienen ni idea de lo que es una buena vaca como la Terreña(63), la raza de Kuartango. Nuestra carne es más suave y de mucha más calidad que la

suya.

El hombre empezó a discutir con Txiki sobre las diferencias entre el ganado de Vizcaya y el de Kuartango. Txiki pensaba que una vaca era una vaca, independientemente de dónde venía, pero Bixente, cabezón, defendía que su ganado era el de mejor calidad de todo el país. Miguel les observó fascinado mientras los tonos de sus voces se iban elevando.

- Mikel, te lo digo yo, como mis vacas no vas a encontrar en ningún sitio, simplemente no las hay. Ven a verlas por ti mismo algún día.

- Cuando quieras, Bixente. De hecho, necesito información sobre la gestión de la ganadería de la zona, me vendría bien tu ayuda.

- Ah, sí, para tu tesis.

- Eso es.

- Pues ahora mismo me dirigía para allá, si te apetece venirme conmigo.

- Me parece estupendo, gracias.

- Pues vayámonos ya. Txiki, cóbrate los dos cafés, por favor.

Bixente y Miguel salieron juntos por la puerta, desataron al perro y subieron al Land Rover del granjero. No tardaron mucho en llegar a su granja, que estaba muy cerca del caserón del Señor Heredia. Había varios pabellones con los portones abiertos de par en par, en los que se veían cientos de vacas lecheras.

- Estas vacas están más gordas que las de Elurne.

- Claro, las tuyas son vacas de carne, éstas son de leche. Yo también tengo las Terreñas para carne, pero están en el monte.

El ganadero empezó a enseñarle las instalaciones, dándole descripciones detalladas de todo lo que allí había. Era una granja moderna, totalmente equipada con máquinas de última generación para un ordeño más eficiente. Las vacas tenían colgado de sus ubres un tubo que succionaba la leche, y Miguel sintió un poco de pena.

- ¿Y por qué no ordeñáis a mano? Igual para ellas es menos incómodo.

- ¿Estás loco, madrileño? Con todas estas vacas no acabaríamos jamás. Esta juventud moderna no sabe nada de vacas.

Meneando la cabeza decepcionado, Bixente le indicó que le siguiera. Miguel, aburrido con la charla poco amena de Bixente, aparentaba estar escribiendo los datos, fechas e importes de las construcciones de la granja. En un cobertizo se encontraron con Galder, que silbaba contento mientras amontonaba estacas en un remolque.

- ¡Hombre, Mikel! ¿Qué haces tú por aquí?

- Pues he venido con Bixente para aprenderlo todo sobre vacas.
- Es un buen maestro, sí señor. Oye, ¿has visto a Zigor? ¿Te ha contado lo de la Sokatira?
- Sí, ya me ha dicho. Me apunto, mañana iré a entrenar con vosotros.
- Estupendo, me alegro mucho, uno más para el equipo.
- Galder, deja ya de charlar y sube al prado norte a arreglar el cercado, está a punto de caerse y eso sería un desastre. Mikel, tú ven conmigo y seguimos la visita por allí por esas fincas.

El viejo le empujó hacia la salida sin apenas darle tiempo de despedirse de Galder. Éste le hizo un gesto de burla al ver que claramente se estaba aburriendo como una ostra. Bixente seguía hablando sin cesar mientras caminaban por la finca, y le señalaba cada ternero recién nacido, enumerando sus cualidades y precios de venta en el mercado.

De repente, el ganadero dejó de hablar y miró hacia la finca contigua a la que se encontraban ellos; allí había dos hombres de pie manejando un metro. Claramente, estaban tomando las medidas del terreno. Con gesto amenazador, el ganadero saltó la valla y se acercó a ellos a toda velocidad. Miguel le siguió intrigado y se sorprendió al ver que uno de los hombres era el Señor Heredia, el odiado concejal, que los miraba acercarse con aires de superioridad. ¿Qué hacía en la finca de Bixente? El ganadero se detuvo delante de él con los brazos en jarras.

- ¿Qué pasa aquí, Heredia? ¿Qué coño haces en mi finca?
- No es tu finca, Bixente, es de la Junta Administrativa (64).
- Sí, pero la tengo arrendada a mi nombre desde hace décadas, para mi ganado. Tengo los papeles en orden, por lo tanto tengo derecho a saber qué haces midiendo el perímetro de mi finca.
- Como ya te informamos en su día, puede que esta finca sea expropiada por el Ayuntamiento para plantar aquí robles autóctonos.
- No puedes hacer eso. Tú no puedes cancelar mi contrato de arrendamiento saltándote la ley a la torera.
- Según las nuevas ordenanzas de la Junta Administrativa, se puede retirar la concesión de la finca a un ganadero para hacer una repoblación arbórea, si se estima que es necesaria para el equilibrio natural del monte. No puedes hacer nada al respecto.
- ¿Y qué coño haría yo con mis vacas si te sales con la tuya?
- Te otorgaríamos la concesión de otra finca.
- Me viene bien ésta, llevo años usándola. No me jodas, Heredia. Seguro que me dais una finca lejos, donde me resulte difícil controlar el ganado.
- Ya buscaríamos la finca más apropiada a tu situación.

- No me vas a quitar la finca, hijo de puta.

- Tranquilízate, Bixente. De momento hemos venido aquí para medirla, y en unos días debatiremos en la reunión de la Junta si es la más apropiada para la replantación arbórea. Te informaremos en breve.

- No me jodas, Heredia, tú lo que quieres es tener las vacas lejos de tu casa, esta finca limita con tu propiedad. Eres demasiado pijo para soportar el olor a campo, ¿verdad?

El desagradable hombre, miró de arriba abajo al ganadero con desprecio y respondió en tono altivo.

- No es nada personal, Bixente. Es un tema del pueblo, así que no te metas o me veré obligado a llamar a la Policía. Estaremos en contacto.

- Ah, claro, sí, haz lo que haces siempre. Llama a tus amiguitos los polis, para que vengan a echarme de mi propia finca. Que te den por el culo, Heredia, me las pagarás si me quitas mi finca, te lo aseguro. Me las pagarás.

Con esa declaración, se dio media vuelta y empezó a caminar a grandes zancadas hacia los edificios de su granja, visiblemente furioso. Miguel, sin saber que hacer, se quedó parado donde estaba sin saber muy bien qué decir. Heredia, ofendido por las palabras de Bixente, dirigió hacia él toda su ira.

- Y a ti, cabroncete, te tengo vigilado. Ya te avisé ayer, ve con cuidado. No des un paso en falso porque te denunciaré y esta vez no conseguirás salir impune. Ten mucho cuidado con quién andas, no te conviene codearte con estos extremistas alborotadores; de esta manera no conseguirás que la Junta Administrativa y el Ayuntamiento te ayuden con tu tesis.

- Señor Heredia, no puede usted negarme el acceso a documentos públicos. Tengo derecho a escribir una petición por escrito y espero que acepten mi solicitud de ayuda.

- Eso ya lo veremos.

- Yo no puse los putos petardos en tu casa, no es justo que ahora intentes entorpecer mi progreso profesional.

- Fuera de mi vista, niño.

- Que te jodan, payaso.

Furioso, Miguel se dio media vuelta y caminó cuesta abajo en dirección a la granja. En sus casi treinta años de vida, Miguel no recordaba haber odiado a alguien tan intensamente a los pocos días de conocerle. Heredia era de esas personas que, con mirarlas, sabías que eran hombres mezquinos, calculadores, egoístas y con aires de grandeza. Puto cabrón, pensó Miguel. Así que era eso, quería expropiarle la finca a Bixente, al igual que hizo previamente con el abuelo de Elurne. Parecía tener enfilados a todos los vecinos de Uzanza con una ideología política distinta a la suya. La Señora Chifflet, Bixente, Elurne, Zigor, Unax y muchos más. Mientras se alejaba furioso del

indeseable vecino, Miguel se sorprendió alegrándose de que sus amigos le hubieran dado un buen susto con la broma de los petardos.

Cuando llegó a la granja, se encontró a Bixente pegando gritos a dos mozos que trabajaban con las vacas. Claramente, estaban pagando el pato por la bronca con Heredia. Por gestos y desde lejos para no entrar en escena, Miguel agradeció al ganadero la visita y le gesticuló que se marchaba andando a casa. Bixente le saludó con la cabeza y se concentró nuevamente en abroncar a sus trabajadores. Miguel silbó a Gorri, que corrió hacia él a gran velocidad y se encaminaron hacia la salida. La granja estaba bastante cerca del pueblo y en veinte minutos ya estaban en casa. Después de comer se tumbó en el sofá, aburrido. No le apetecía ponerse a trabajar y no sabía qué hacer. Elurne estaba en Zugarramurdi, supuestamente trabajando con su amigo. Por desgracia, no podía asegurarse de ello porque no le había dado tiempo de instalar un rastreador en su coche irlandés. Unax, Zigor, Iñigo y Galder estaban trabajando en ese momento, ya lo había comprobado. ¿Qué podía hacer para entretenerse? Echó la siesta en el sofá un par de horas y a las cinco llamó a Iñigo. El rubio se alegró mucho de que Miguel pudiera ayudarle por la tarde con las labores en Lamietxe, así que quedaron en verse allí al cabo de una hora. Para hacer tiempo, Miguel se sentó frente al ordenador y lo encendió para comprobar su cuenta de correo electrónico. Tenía un mensaje de Elena, la secretaria del Coronel Narváez. Contenía los informes referentes a la investigación de los petardos. La Policía no había hallado huellas, pelos, fibras ni nada que pudiera ser analizado por la Policía Científica. Todavía no tenía un sospechoso en firme, pero había fichado a Miguel. Se le mencionaba varias veces en la investigación, aunque el final del informe indicaba que presuntamente era inocente. Resopló disgustado al imaginar la cara de Narváez cuando leyera el informe. Como la operación era secreta, ni siquiera la policía debía saber quién era él realmente. Preocupado, envió un email a Elena agradeciéndole el informe y mandándole saludos. Pensó en llamar a su madre, pero se lo pensó mejor, en realidad no le apetecía en ese momento. Sabía que ella estaría deseando hablar con él, pero respetaría una vez más su silencio, durase lo que durase. Le gustaría que Ramona pudiese visitar Kuartango, estaba seguro de que le gustaría mucho el precioso valle montañoso y el verdor de sus paisajes. Se estaba poniendo melancólico pensando en su madre, así que intentó distraerse comprobando que las cámaras funcionaban correctamente.

Estuvo cinco minutos mirando estupefacto la cámara cuatro, que estaba instalada en la cocina de Lamietxe. En ese preciso instante la vieja María bailaba lentamente por la cocina con los ojos cerrados. Estaba completamente sola, y mecía los brazos rítmicamente, al ritmo de una música que probablemente sólo sonaba en su cabeza enferma. Sonreía con dulzura mientras giraba, y Miguel se preguntó si pensaba en el abuelo de Elurne, Antonio, que había muerto hacía poco tiempo. Seguro que le echaba mucho de menos. Habían vivido juntos en Lamietxe durante décadas, alejados del resto de la civilización, felices en su paraíso particular de Kuartango. Elurne le había dicho que estaban locos el uno por el otro, y que cuando era niña le encantaba ver que se besaban mucho, se reían a carcajadas por bromas inventadas, se daban palmaditas traviesas en el trasero y a veces se perseguían como chiquillos por el viejo caserón. Deseando experimentar un amor tan intenso, Miguel observó a la anciana con compasión. Estaba totalmente desequilibrada, pero era tan elegante, tan misteriosa, hermosa y fascinante. Siguiendo un instinto, pulsó un botón del ratón para congelar la imagen y capturar una fotografía de la anciana María bailando sola. Era una imagen tan poderosa y melancólica que la quería conservar, aunque no sabía realmente por qué. Pensativo, la imprimió, la observó unos segundos y la guardó en un cajón. Luego apagó el ordenador.

Salió a la calle, entró en el coche, arrancó y empezó a conducir hacia Lamietxe. Al pasar por delante de la casa del Señor Heredia, el concejal, una patrulla de la Guardia Civil le hizo señas para que estacionase. No le gustaban las coincidencias, y le daba en la nariz que Heredia había pedido a los agentes que le tuvieran vigilado. Si se confirmaba que su sospecha era cierta, al Coronel Narváez le daría un infarto. Decidió ser amable con ellos porque, al fin y al cabo, él no había hecho nada malo, aunque los agentes le consideraran sospechoso. Muy nervioso, Miguel detuvo el coche en el arcén y bajó la ventanilla. Un agente andaluz, moreno, alto y atlético se acercó a él. Se quitó las oscuras gafas de sol y las guardó despacio en un bolsillo de la camisa, escrutándole de arriba abajo. Con mirada arrogante comenzó a hablar.

- D.N.I. y documentación del vehículo.

- Un momento, por favor.

Miguel comenzó a buscar los papeles del coche y el carné de conducir en la guantera, aliviado. Por suerte parecía tratarse de un control de tráfico. Comprobó que estaba todo en regla y se giró sonriendo hacia el agente para entregarle los papeles. Al volverse, pegó un respingo. Tres agentes más habían rodeado el coche y le apuntaban a la cara con sus relucientes metralletas. Sintiendo amenazado, Miguel se encaró con el andaluz.

- ¿Qué pasa? ¿Por qué me apuntáis con armas?

- Esto es un control antiterrorista. Salga del coche.

Incrédulo, Miguel abrió la puerta, salió y se quedó parado a dos metros del coche mientras los agentes sacaban todas sus pertenencias y las inspeccionaban minuciosamente, mientras le miraban con suspicacia. Aunque era inocente, no pudo evitar que su corazón comenzara a palpar a toda velocidad. Sabía que era normal en el País Vasco efectuar controles antiterroristas, pero nunca se había visto en esa situación. Le estaban controlando a él, estaba seguro... Maldito Heredia. Los cuatro guardias civiles eran engreídos y bastante bruscos, pero eficaces. En cinco minutos acabaron de registrar el coche y le devolvieron la documentación con desdén. Miguel sentía verdaderas ganas de darles un puñetazo. Si aquellos imbéciles supieran quién era él y qué hacía allí no le tratarían así, de eso estaba seguro. Con un gesto despectivo de la mano, el agente andaluz le indicó que podía marcharse.

Aceleró con rabia y se dirigió a Lamietxe furioso, derrapando en las curvas como si de un rally se tratara. Malditos bastardos... Seguro que Heredia les había pedido que le vigilaran de cerca. Era justo lo que no necesitaba, que las fuerzas de seguridad de la zona le asociaran con el entorno de E.T.A. Además, ni siquiera podía evitarlo porque la Operación New Age era secreta. Llegó a Lamietxe a los pocos minutos, aparcó y entró enfadado en el edificio de ordeño. Iñigo ya estaba allí, moviendo los portones y preparando la cuba. Sin saludar siquiera, Miguel empezó a empujar ovejas bruscamente hacia una esquina de la estancia. El rubio le miró sorprendido.

- Joder, vaya cara que traes. ¿Qué te pasa hoy, puto español?

- Me acaba de parar la Guardia Civil viniendo hacia aquí, era un control antiterrorista.

- Bah, eso es normal por aquí, vete acostumbrándote.

- ¿Y siempre son así de gilipollas?

- A veces, depende mucho de quién esté haciendo el control ese día. Hay un asturiano muy simpático con el que me llevo bien, le gusta la caza como a mí. Pero por lo general son unos chulos, no sé quién coño se creen que son.

- Me han tratado como un puto terrorista, tío.

- Bienvenido al club.

Sin inmutarse, Iñigo acabó de cerrar el portón y silbando alegremente, empezó a ordeñar a buen ritmo. Miguel entró en el cercado y fue atrapando ovejas y pasándoselas tal y como había aprendido con Elurne. Al principio trabajaron en silencio porque Miguel no podía dejar de darle vueltas al tema. ¿Siempre actuaban así sus compañeros de la Guardia Civil con la gente que paraban en los controles? ¿Ésa era la actitud del Cuerpo en el País Vasco? Sin poder contenerse, volvió a sacar la conversación con Iñigo, que no se mordió la lengua y no paró de charlar mientras acababan de ordeñar.

- Es lo de siempre, en realidad, el pan de cada día. Para algunas personas todos los vascos somos terroristas. Da igual edad, sexo o estado civil, cuando nos paran en un control somos siempre sospechosos. Te apuntan con sus putas metralletas y te miran altaneros, analizando tu ropa y tu peinado por si das el perfil. Y me pregunto yo... ¿Cuál coño es el perfil de un terrorista?

- Buena pregunta.

- Ni ellos mismos lo saben. Entiendo que la situación en el país es tan tensa que tienen que ser precavidos y decididos, pero en mi opinión se les va la mano en muchas ocasiones. Algunos probablemente lo ven como una oportunidad económica. Mientras están destinados aquí ganando algo más de dinero que en España, se dedican a tocarnos los cojones, quizás a causa del miedo que pasan por si les sucediera algo. Puedo entenderles, aunque me ofende que me traten como a un vulgar criminal en cada control.

Miguel enmudeció una vez más. Luis, su mejor amigo, estaba destinado en el País Vasco cuando le asesinaron. ¿Se habría comportado él así con la gente que paraba en los controles antiterroristas? Esperaba sinceramente que no, Luis siempre había sido amable y agradable con todo el mundo. Había conocido a algunos hombres en el Ejército y en la Guardia Civil que estaban tan orgullosos de su trabajo que caían en la trampa de la arrogancia y de creerse mejores que el resto de los mortales, siempre ansiando conseguir más poder. Pero Luis no había sido así, o al menos eso creía. Iñigo seguía concentrado en su retahíla de quejas y Miguel le dejó hacer mientras cavilaba entristecido. Tenía ganas de volver a casa, encerrarse y olvidarse del mundo. ¿Qué hacía él en Uanza en realidad? ¿Era verdad que las personas que él consideraba sospechosos eran terroristas? Porque a él mismo le consideraban uno, y no lo era. ¿Eran sus amigos gente normal y corriente, inocentes que vivían tranquilos en su pueblo? Cuando acabaron de ordeñar, Miguel declinó la oferta de Iñigo de ir a la taberna a tomarse una cerveza juntos. No había sido un buen día, estaba harto de todo. Condujo hasta la pensión en silencio, con gesto sombrío y los labios apretados. Al llegar a casa ni se molestó en comprobar los rastreadores de los sospechosos.

Se sentó en el sofá con una botella de whisky en la mano mientras le envolvía la oscuridad, y se

dedicó a conversar mentalmente con su propio cerebro. Imágenes de su vida iban apareciendo en su mente: el colegio, sus padres, la academia de la Guardia Civil, el cuartel, Luis, Natalia... ¿Para qué había servido todo? Estaba un poco harto de dar tumbos año tras año para buscar una felicidad etérea que empezaba a dudar que existiera. ¿Qué hacía él en Kuartango? Deprimido, siguió bebiendo y cavilando hasta que le dieron arcadas y fue corriendo al baño a vomitar. Luego se metió en la cama y se durmió inmediatamente.

Cuando despertó eran las once y se sentía mareado por el whiskey de la noche anterior. Tambaleándose, se dirigió a la cocina y se tomó un café cargado con dos aspirinas. Miró el reloj y suspiró, le quedaba el tiempo justo para llegar a Lamietxe. A decir verdad, no tenía muchas ganas de ir, prefería quedarse en casa y no hacer nada. Quería que le dejaran solo, pero había prometido a Elurne que irían a montar a caballo. En esos momentos le parecía una pesadilla verse obligado a dar tumbos encima de un jamelgo viejo, y encima con una resaca respetable.

Resignado, se vistió, metió a Gorri en el Peugeot y condujo hasta Lamietxe de muy mal humor, pero no le duró mucho. Cuando llegó, Elurne le estaba esperando sentada en el suelo jugando con sus perros. Los tres se sentaban, se tumbaban y estiraban la pata derecha al unísono cuando ella se lo ordenaba. Meneaban sus rabos con alegría y parecían contentos con el juego. Gorri, curioso, se acercó a ellos. Elurne pegó un grito de entusiasmo y corrió hacia el Setter Irlandés como una niña pequeña, ansiosa por tocarlo.

- ¡Mikel, es precioso! Vaya carita de simpático que tienes, Gorri.

- Te acuerdas de su nombre.

- Tengo buena memoria con todo lo que tenga que ver con perros o con gallinas y gallos. Es muy simpático tu amigo el pelirrojo.

- Es casi tan simpático como mi amiga la pelirroja.

Con una amplia sonrisa, Elurne se levantó y le plantó dos sonoros besos en sendas mejillas. Azorado, observó a los dos caballos, ya ensillados, que estaban atados al tronco de un castaño cercano. El de Elurne, musculoso, negro y reluciente, parecía nervioso y pateaba el suelo con impaciencia. El otro, a todas luces un anciano, masticaba hierba relajado.

- Mikel, por fin hoy vas a aprender a montar a caballo.

- Eso parece.

- No pareces muy entusiasmado.

- Me da un poco de miedo. Te lo admito a ti, pero ni se te ocurra decírselo a los demás o me acusarán de cobarde.

- Promesa de chica buena, no diré nada.

Elurne le miró con una sonrisa traviesa mientras se acercaba al árbol para desatar a los animales y guiarlos junto a él.

- Acércate despacio, Mikel, te voy a presentar a los caballos. Muévete con suavidad y háblales con dulzura. Hay pan seco en esa bolsa, saca un par de rebanadas y acércaselas a la boca. Procura que no te muerdan.

Sintiéndose valiente, se acercó a ellos y, siguiendo las indicaciones de Elurne, empezó a acariciar a los animales con cuidado. El semental negro parecía nervioso, así que lo dejó en paz y acaricio al más viejo, que parecía el animal más tranquilo del mundo. Bajito, regordete y de mirada serena, infundió a Miguel cierta sensación de seguridad.

- Mi caballo es un poco temperamental, así que no te acerques mucho. Soy la única persona en la que confía y nadie más ha podido montarlo. Los culos de Zigor, Galder y Unax te lo pueden confirmar.

- De acuerdo, me mantendré alejado.

- El tuyo se llama Lasai (65). Es muy tranquilo y nunca se altera, no te dará problemas. Hoy iremos despacio para que te acostumbres, y otro día te enseñaré a trotar e incluso galopar.

- Ya lo veremos, de momento necesito aprender a subirme a este bicho.

- No es un bicho, es Lasai, el caballo feliz.

Con un gesto de reproche, Elurne montó y desmontó varias veces para enseñarle el modo de subir, y después le ayudó a trepar a su montura. En pocos minutos le explicó los controles básicos de las riendas y de los estribos, y acto seguido Elurne espoleó a su caballo y empezaron a caminar. Lo único que pudo hacer Miguel durante los primeros minutos del paseo fue concentrar todas sus fuerzas en no caerse, mientras Elurne le iba corrigiendo la postura, conteniéndose las ganas de reír.

- Te pareces a Sancho Panza(66), Mikel, te lo juro. Pon la espalda recta, que parece que estás jorobado.

Miguel le sacó la lengua y enderezó la espalda como ella le había indicado. Los perros corrían alocados por las fincas, felices con el paseo. Pero él no acababa de sentirse cómodo, porque los movimientos del caballo sacudían todo su cuerpo y estaba convencido de que no tardaría mucho en caer de culo al suelo. Sin embargo, al cabo de unos minutos se relajó. Elurne había entrado en el bosque de Yarto por un sendero utilizado para bajar las vacas al caserío. Montaba con agilidad, trotando alegremente a su alrededor hablando del bosque. Era su lugar preferido en todo el mundo, le dijo. Con sus hayas y sus robles, el húmedo suelo, el aire límpido entre las ramas, el olor a musgo, a helechos y a setas. Le hizo detener el caballo para cerrar los ojos y concentrarse en el olor el bosque. Al cabo de media hora, llegaron a una preciosa cascada donde Elurne desmontó y ató a su caballo a la rama de un árbol. Miguel miró a su alrededor, extasiado ante el paisaje que se abría ante él. Era un lugar idílico, un claro rodeado de ancianos robles y densa vegetación de distintas tonalidades de verde intenso desde el que se veían los parajes más occidentales de Kuartango. Desmontó del caballo y se acercó a la cascada con curiosidad. Los borbotones de agua que se deslizaban por el escalonado terreno sonaban como la verdadera música de la naturaleza, melodiosa, rítmica y pausada. El bosque estaba en silencio, con la excepción de algún pájaro que trinaba en la rama de un árbol. Elurne se acercó a él con la mirada encendida por la emoción.

- ¿No te parece que Kuartango es el lugar más maravilloso del mundo?

- Es uno de ellos, desde luego.

- Yo solía venir aquí a Las Fuentes de Luna con la abuela María cuando era niña. Estamos justo debajo del Pico Costuño, que forma parte de la Sierra de Arkamo. Como ves, las vistas desde aquí son arrebatadoras. Esta cascada es especial porque sólo surge en temporada de deshielo y durante los meses que más llueve. Aquí aprendí todo sobre las leyendas y los rituales de nuestros ancestros. La abuela y yo veníamos a caballo con la merienda y nos sentábamos justo aquí. Ella me contaba unos cuentos increíbles, protagonizados por las criaturas más fantásticas de nuestra mitología. Solíamos ensayar las historias para escenificarlas para el abuelo Antonio después de la cena. A él le encantaban nuestras obras de teatro y se reía a mandíbula batiente con nuestras muecas y nuestros disfraces. Se rumorea que las Lamias visitaban esta cascada antiguamente porque Kuartango les ofrecía todo lo que ellas necesitaban: saltos de agua, montañas, bosques, cuevas y ríos. Se sentaban aquí, justo donde estamos nosotros, y con sus cantos y rezos hechizaban la cascada con su magia. Tenían su morada en una cueva cercana, que otro día visitaremos.

- ¿Eran las Lamias las tías buenas de patas de gallina de las que me hablaste?

- ¿Tías buenas? Vaya manera de fastidiar una clase de mitología, Mikel. Ellas eran bellas y mágicas mujeres del bosque que tenían patas de cabra o de gallina. Se peinaban sus largos cabellos con peines de oro, sentadas en la orilla de esta cascada mientras cantaban canciones embrujadas.

- ¿Y no hacían nada más que cantar y peinarse?

- Claro que hacían más cosas. Por ejemplo, asistir a la Diosa Mari en sus rituales, custodiar increíbles tesoros y esconder los secretos de las deidades mitológicas del País Vasco. También enamoraban a fornidos pastores del Valle. Cuando caían enamorados a sus pies, se los llevaban al ultramundo y nunca más se les volvía a ver.

- ¿No me dijiste que tu abuela cree que tú eres una Lamia?

- Sí. Pero mi abuela es una enferma mental.

- Igual tiene razón la abuela María. ¿Tienes patas de gallina? Quizás en realidad seas una bella mujer del bosque con algún secreto que esconder.

- Todos tenemos algo que esconder, Mikel, incluso tú. Y, aparte de la abuela María, ya nadie cree en las Lamias.

La muchacha le observó fijamente con gesto desafiante. Él le sostuvo la mirada unos segundos y luego enfocó la vista hacia la cascada, intentando cambiar de tema. Sus preciosos ojos verdes eran a veces profundos y perturbadores, y parecían penetrarle el alma.

- Tienes razón, Elurne, todos tenemos algo que esconder. ¿Se puede beber el agua de esta cascada? Estoy muy sediento.

- En teoría se puede beber, pero quizás prefieras la botella de agua que he traído en la mochila.

- Eres fantástica, ¿lo sabías?

- Gracias, Mikel.

Con una sonrisa, Elurne se levantó de un salto y se acercó a su bolsa. Sacó agua, un bizcocho y unas manzanas. Se sentaron en el borde de la cascada admirando el paisaje y comiendo en silencio. Los caballos pastaban tranquilos mientras los perros chapoteaban por la corriente exaltados.

- Este sitio es precioso, Elurne, gracias por traerme.

- Cuando era niña y venía aquí, no podía imaginar cómo sería mi vida ahora.

- ¿Eres feliz?

- No lo sé, supongo que sí, pero no del todo.

- ¿A qué te refieres?

Elurne suspiró y se acomodó en la hierba. Sus rizos cobrizos parecían cobrar vida cuando los rayos de sol se colaban entre las ramas de los árboles y los iluminaban. Mirándole fijamente, empezó a hablar con voz suave. Miguel la escuchaba con la boca abierta, como si le hubiera hechizado.

- Me encanta estar de vuelta en Kuartango. He vivido muchos años en el extranjero y he conocido a gente de muchos países, y eso me ha dado perspectiva para respetar a la humanidad. Volver al Valle es maravilloso y no quiero marcharme de nuevo, aunque echo de menos Irlanda. Pero todo es muy duro sin el abuelo. A pesar de que Lamietxe es la casa de mi infancia, no tengo ni idea de cómo mantenerla. Animales, cercados, vacunas, fincas, huerta, piensos, mierda, tractores y cosechadoras. Creo que ya me entiendes. Estoy completamente agotada, y aunque sé que no puedo hacerlo yo sola, tampoco puedo depender de que mis amigos me ayuden siempre. No sé qué voy a hacer; si no vendo parte del ganado me volveré loca. Pero la abuela María no lo soportaría; ella necesita que su mundo no cambie mucho y que Lamietxe sea eterno. No le gustan los cambios y no quiero que se desequilibre más. Cuando tiene episodios de brotes psicóticos serios sufre mucho, necesito que se mantenga estable. Además de eso, con las labores del baserri apenas me queda tiempo para mi trabajo y mi jefe está empezando a impacientarse.

- El jefe de tu empresa irlandesa, que todavía te paga.

- En efecto.

- Vamos, que estás un poco estresada.

- ¿Un poco? Bastante, en realidad.

Miguel la observó apenado. Elurne parecía agotada, tenía la piel pálida, ojeras marcadas y había

adelgazado en los días que no la había visto.

- ¿Está cabreado tu jefe?

- Mucho.

- ¿Por qué?

- Porque llevo seis meses de vuelta en Uzanza y todavía no he cerrado ningún trato con nuevos clientes.

- ¿Tienes que venderles productos?

- Sí, vendemos compuestos químicos y maquinaria para laboratorios en varios países de Europa, y ahora el objetivo es abrir sede en España. Estamos valorando la posibilidad de establecernos en el País Vasco, aprovechando que yo me he mudado aquí. Pero el plan va con retraso porque me paso el día entre vacas y tractores.

- Es una situación difícil, la verdad.

- Estoy harta de todo, sinceramente.

- Sé cómo te sientes.

- ¿Tú? ¿Por qué? ¿No te habías tomado estos meses como unas vacaciones mientras escribes tu tesis?

- Sí y no. La tesis me está costando, es más duro de lo que creía.

Si ella supiera la verdad... Le gustaría poder hablarle de las últimas semanas: del asesinato de Luis, de la presión del Coronel Narváez, del despecho de Natalia y de su soledad. Elurne parecía una chica de confianza; era abierta, amable y se podía hablar con ella fácilmente. Pero no debía bajar la guardia bajo ningún concepto; ella seguía siendo sospechosa de terrorismo.

- Creo que estoy algo decepcionado con mi vida. Esperaba algo diferente.

- Yo también. Pero así es la vida, Mikel. Hay que seguir caminando hacia adelante y tener la valentía suficiente para tomar decisiones difíciles. No tires la toalla con la tesis, aunque te sientas abrumado e indeciso. Estamos los dos en una etapa confusa y difícil, pero tenemos que valorarla igualmente. Debemos mirar nuestro pasado y presente con perspectiva e intentar no equivocarnos al dar el siguiente paso hacia nuestro futuro. Vamos a cambiar de tema, que nos hemos puesto demasiado trascendentales. ¿Te parece que volvamos a Lamietxe?

- Claro, cuando quieras.

Miguel subió a su montura y siguió los pasos de Elurne, cuya mirada se había tornado melancólica. La pelirroja llevaba varios meses debatiéndose entre dos mundos, Irlanda y Kuartango. Exactamente igual que yo, pensó Miguel, a caballo entre Madrid y Kuartango. Desde el episodio de los petardos, no tenía claro que hubiera acertado al aceptar la misión. En Madrid fue

fantástico pensar que arrestaría a los asesinos de Luis, pero ya no estaba seguro de que la misión llegara a buen puerto. Los vecinos del Valle eran agradables y acogedores, y aparentemente no parecían tener nada que esconder. Pasearon en silencio, cómodos el uno con el otro. Miguel disfrutó mucho de la cercanía del cuerpo de Elurne, de sus miradas cómplices y sus sonrisas encantadoras. La pelirroja le estaba empezando a atrapar de verdad, la mirada de sus ojos verdes le hacía derretirse como un helado bajo el calor del sol. Cuando llegaron a Lamietxe se sintió apenado de que se hubiera acabado la encantadora excursión. Desensillaron, lavaron y alimentaron a los caballos, y después fueron al Gaztandegi para voltear los quesos. Era una tarea tediosa, había que frotar cada queso suavemente varios minutos y luego darle la vuelta y volverlo a colocar en la estantería. Se notaba algo de corriente en la oscura estancia y Miguel sintió frío; agradeció mucho el calor cuando volvieron a salir a la luz del sol. Elurne necesitaba trabajar unas horas en las bases de datos de su trabajo de Irlanda, así que se despidieron con pena, prometiéndose que se llamarían para quedar otra tarde.

Con Gorri exhausto en el asiento del copiloto, Miguel volvió a la Pensión Chifflet, se sentó frente al ordenador y se conectó a las imágenes de las cámaras instaladas en Lamietxe. Elurne no estaba en el salón, en la cocina ni en su habitación. Era todavía demasiado pronto para ordeñar, así que debería estar visible, trabajando. Quizá tenía un estudio o un despacho en alguna de las otras habitaciones del viejo caserón. Debía encontrar dónde trabajaba, para pinchar su ordenador y averiguar a qué se dedicaba realmente la pelirroja. Según los rastreadores GPS, Unax, Zigor, Iñigo y Galder seguían en sus respectivos lugares de trabajo. No parecía haber ninguna novedad y al poco rato empezó a aburrirse de mirar las cámaras. Comprobó su cuenta de correo electrónico y su corazón dio un vuelco al comprobar que en su bandeja de entrada tenía un email de Kevin, con un documento adjunto. Lo abrió y lo leyó despacio, asimilando cada palabra del mensaje.

Después se levantó de la silla y se puso a pasear intranquilo por el dormitorio. Según el MI5, la empresa irlandesa de Elurne estaba siendo investigada en el Reino Unido en esos momentos. Habían denunciado a Yuri Pávlov, su Director General, y estaba acusado de fraude fiscal y blanqueo de dinero. La investigación seguía abierta, aunque por el momento no había logrado encontrar las evidencias necesarias. Sin embargo, los directivos de la empresa estaban siendo investigados muy de cerca por los Servicios de Inteligencia británicos. Miguel estaba realmente confuso, ¿sería alguno de los directivos el jefe de Elurne? ¿Fraude Fiscal? El Estado Español la buscaba a ella por algo muy diferente: terrorismo. Pensativo, volvió al ordenador y respondió al mensaje de Kevin exponiendo sus observaciones y reflexiones. Releyó el mensaje, lo envió, y justo cuando estaba apagando el ordenador escuchó el timbre de la puerta. Probablemente era Zigor, que le venía a buscar para llevarle a su primer entrenamiento. Escondió rápidamente los papeles que estaban sobre el escritorio y los guardó en el cajón, cerrando con llave. Después del paseo a caballo le dolían el culo y las piernas, así que esperaba que no fuera un entrenamiento muy duro. Abrió la puerta e invitó a Zigor a entrar por primera vez en el piso. Como era bastante temprano se sentaron en el sofá con una cerveza y Miguel recibió una rápida clase sobre la técnica utilizada para tirar de la cuerda en Sokatira. Zigor le explicó que debía hacer el esfuerzo con las piernas, inclinando el cuerpo hacia atrás y tirando de la soga con toda su energía.

- Este deporte es bastante duro. En esencia, somos dos grupos de hombres demostrando quién tiene más fuerza. En las competiciones controlan nuestro peso, así que tendremos que ver si tienes que adelgazar o engordar algún kilo.

- ¿Lo dices en serio?

- Claro que sí. Por cierto, el entrenamiento de hoy es bastante especial, te espera una pequeña sorpresa. Iñigo se empeñó... Todo empezó como una apuesta, como sucede siempre, y ahora no podemos echarnos atrás. Pero no te lo cuento, es mejor que lo veas por ti mismo. Venga, vámonos ya.

Animado, se levantó del sofá, cerró la puerta del piso con llave y siguió a Zigor hasta su todoterreno. Era muy cómodo, amplio y recio como un roble. Estaba seguro de que sería una maravilla conducirlo. Comenzaron a debatir sobre coches, combustibles y Fórmula 1, y para sorpresa de ambos, descubrieron que compartían una pasión. Cuando llegaron al caserío de Iñigo, que era donde tendría lugar el entrenamiento aquel día, se dirigieron a la parte trasera de la casa. Al doblar la esquina de la cuadra Miguel se detuvo estupefacto, convencido de que le estaban intentando gastar una broma. En mitad de la finca habían aparcado un prehistórico tractor verde de mediano tamaño.

Varios jóvenes estaban concentrados en atar una gruesa soga a la parte delantera del vehículo. ¿Pensarían aquellos locos arrastrar aquel pesado tractor? Mirando a Zigor dedujo que efectivamente, el plan era arrastrarlo a pulso. Le presentaron apresuradamente al resto del equipo de Sokatira y mientras se ponía unas zapatillas que alguien le prestó, se dedicó a observar el espectáculo. Había una pequeña multitud que, expectante, parecía haberse concentrado allí para disfrutar de la función. Entre el gentío reconoció a Don Gerardo y a su mujer, a la Señora Chifflet, a Txiki y a Bixente, que le saludaron alegremente con la mano, y a los padres de Iñigo. Galder y Unax se acercaron para practicar con él y le explicaron entre risas que todo había comenzado con una apuesta semanas atrás. Al parecer, en Kuartango estaban de moda las apuestas insólitas, que habitualmente se hacían durante las borracheras en la Taberna en Uzanza. Bixente, el ganadero, opinaba que entre todos los amigos no lograrían arrastrar un tractor, pero Iñigo se había empeñado en demostrar que sí tendrían la fuerza suficiente. Al parecer, había llegado la hora de demostrarlo y ver quién había ganado la apuesta. Le asignaron un puesto entre Zigor y Galder, quien se aseguró de que sujetase la cuerda correctamente para no hacerse daño en las manos. Miguel sintió que sus músculos se ponían en tensión y su corazón latía con fuerza, y miró el voluminoso tractor con incredulidad. En su vida se habría imaginado a sí mismo en semejante situación ridícula. Él, Miguel, un chico de ciudad, arrastrando un tractor por una finca de trigo con un grupo de aldeanos. Con ganas de echarse a reír como un loco, se preparó para tirar de la cuerda cuando Iñigo diese la señal.

Al escucharla, todos los integrantes del equipo empezaron a tirar con fuerza. Las manos de Miguel se resentían con el roce de la cuerda y los músculos de las piernas, tensos y doloridos, amenazaban con rendirse. Sentía a Galder y a Zigor bufando como bisontes e intentó encontrar más fuerzas para seguir tirando. Decepcionado, pronto advirtió que el tractor no se había movido absolutamente nada, ni siquiera un milímetro. Iñigo les ordenó parar para hacer un descanso. Las carcajadas escandalosas de Bixente invadieron la finca, pero los aplausos del público seguían animando al equipo a intentarlo de nuevo. Pronto escucharon la señal y volvieron a tirar de la cuerda para mover la vieja máquina. Tras siete intentos fallidos tuvieron que dejarlo por imposible. Iñigo, enfurruñado, sacó un viejo billete arrugado de cincuenta euros y se lo tendió a Bixente, que lo cogió con avidez palmeándole la espalda para felicitarle por el esfuerzo. Los padres de Iñigo, generosos, sacaron botellas de vino y latas de cerveza y los vecinos

improvisaron una pequeña fiesta en la finca. Algo tan simple como una apuesta ridícula podía conseguir que aquella gente se sintiera unida y disfrutara junta. Miguel estuvo un rato charlando con Don Gerardo, quien le prometió dejarle más libros sobre las costumbres del pueblo vasco y sobre su complicada historia. Cuando el viejo sabio se despidió para volver a casa con su mujer, Miguel se acercó a Unax sonriendo entusiasmado.

- ¡Bienvenido al equipo, Mikel! Lo has hecho muy bien. ¿Qué tal van esas piernas?

- Me están matando, tío, los músculos del cuádriceps me arden.

- Ya se te pasará cuando te acostumbres, ya lo verás.

- ¿Siempre entrenáis de esta manera?

- No jodas, estaríamos todos con una hernia discal o un lumbago crónico. Normalmente tiramos unos contra otros, corremos por el monte, estiramos y calentamos los músculos; vamos, lo normal en todo deporte. Algunos también van al gimnasio, pero yo paso de pagar por hacer ejercicio.

- Pues me alivia tu respuesta. Si tengo que enfrentarme al tractor dos veces a la semana, me dará un infarto.

Miguel se lo pasó muy bien aquella tarde. Habló con otros vecinos del pueblo que no había conocido hasta entonces, comió con glotonería, brindó con sus amigos y bromeó con ellos hasta que empezó a dolerle la tripa. Cuando oscureció, recogieron entre todos y se despidieron para ir a casa. Zigor condujo el coche y charlaron animados hasta llegar a la Pensión Chifflet. Esa noche Miguel se fue a la cama feliz y animado, se había sentido como en casa junto a los amables vecinos de Uzanza. Por fortuna, no había sentido la desconfianza de la gente y se había reído muchísimo. La única pena es que Elurne no había asistido, seguramente había estado demasiado ocupada.

El resto de la semana fue bastante tranquila, monótona incluso. Se levantaba temprano todos los días para ayudar a Elurne a ordeñar, paseaba por Kuartango con Gorri para descubrir todos sus parajes, y por las tardes comenzó por fin a recopilar información sobre costumbres vascas, tal y como le había pedido el Coronel Narváez. Ahora que estaba rodeado de gente cuya familia había vivido según esas creencias durante generaciones, Miguel se sentía feliz investigando sobre sus mitos y leyendas. Disfrutó especialmente aprendiendo sobre tradiciones agrícolas y ganaderas de los caseríos vascos. Quedó con Zigor, Iñigo y Galder en la Taberna todas las tardes para tomar una cerveza y el viernes se pasó a visitar a Don Gerardo de nuevo.

El tranquilo profesor estaba muy enfadado cuando llegó a su casa. Al parecer, el Señor Heredia le había enviado una notificación escrita en la que se prohibía al Coro que él dirigía ensayar en el Txoko, por ser una asociación ajena a la Junta Administrativa. Don Gerardo, lívido de ira, no pudo contener su enfado y se quejó amargamente de la actitud del odiado concejal. El Coro es un servicio para el Valle, le dijo. Admitió que no a todos los vecinos les gustaba cantar, pero que para los integrantes del Coro era una tradición semanal juntarse, ensayar canciones y planificar conciertos. Además, a los vecinos creyentes les encantaba que el Coro cantara en las misas importantes, en las bodas, funerales, las fiestas patronales y en las Romerías de la Santísima Trinidad y Eskolunbe. Don Gerardo no podía creer que Heredia llegase a tales mezquindades. Al

ver que el hombre estaba de tan mal humor, Miguel se marchó al poco rato con sus libros bajo el brazo.

El viernes por la tarde llamó a Narváez como le había prometido. No había descubierto nada nuevo y el viejo Coronel se mostró impaciente por ver resultados en la investigación. Quería ser de los primeros en tener éxito en la misión, y le repitió varias veces que ya se les habían adelantado los franceses y que no estaba satisfecho con sus escasos progresos. Continuó enumerando los fallos de Miguel con voz fría y desagradable, hasta que por fin se despidió. Colgó el teléfono y, harto de su jefe, se dirigió a la Taberna a buscar a sus nuevos amigos rurales para ahogar sus penas con ellos y con la ayuda de las cervezas de Txiki. A decir verdad, empezaba a sentirse muy cómodo con su vida tranquila en Kuartango. Zigor cada día era más amable con él, Galder era como un ángel caído del cielo y también Unax le caía estupendamente. Se sentía muy cómodo con ellos, y a pesar de no saber nada de agricultura o ganadería, aprendía ávidamente de sus interminables discusiones.

El sábado fue al río a pescar con Galder y fue una jornada inolvidable. El rubio tenía una risa estridente y contagiosa que le ponía de buen humor al instante. Se alegraba mucho de poder contar de nuevo con la compañía cercana de un amigo. Hablaron de la vida, de sus planes, de pesca, de caza, y las horas transcurrieron tranquilas mientras las truchas picaban. Esa noche invitó a Zigor, Unax, Galder e Iñigo a la Pensión Chifflet y Miguel les preparó algo de cenar. Fue una pena que Elurne no pudiese bajar, seguía estando demasiado ocupada. Estuvieron charlando sobre ella durante un buen rato y pudo comprobar que los amigos estaban muy preocupados por la pelirroja. Al parecer, Elurne siempre había sido una chica sonriente, alegre y llena de vida. Sin embargo, desde la muerte del abuelo, parecía haber perdido parte de su vitalidad y esencia. Lamentablemente los amigos poco podían hacer, aparte de ayudarla con las tareas del caserío. Por las expresiones de Galder cuando hablaba de la pelirroja, Miguel pudo deducir que estaba también enamorado de ella. Caviló preocupado sobre el tema unos minutos, no quería hacer daño a su amigo si en algún momento se atrevía a intentar algo con ella. Cuando salió de su ensimismamiento comprobó que los amigos habían cambiado de tema y, sonriente, se unió a la discusión que había comenzado en torno a qué vecino de Uzanza tenía la nariz más grande. Alborotados una vez más, los amigos hicieron otra apuesta estúpida y Miguel tuvo que darle la razón a Unax. En su opinión, nadie en Uzanza tenía la nariz más grande que Txiki, el tabernero. A las tres de la mañana los cuatro amigos se marcharon a casa contentos, palmeando la espalda de Miguel con entusiasmo para agradecerle la velada casera. Satisfecho, trastabilló hasta su cuarto y se dejó caer en la cama completamente vestido con una bobalicona sonrisa en la cara.

El Domingo se levantó temprano porque había quedado con Elurne, que por fin parecía haber avanzado con su trabajo. La pelirroja le había prometido un día de excursión en toda regla, así que preparó la mochila y se aseguró de meter la cámara de fotos, un par de botellas de agua, unos bocadillos y una tableta de chocolate. Habían quedado en hacer la excursión a caballo una vez más, para que pudiera continuar enseñándole a montar. Cuando llegó a Lamietxe la encontró volteando la tierra con un motocultor en un terreno de buen tamaño adyacente a la cuadra principal. La joven apenas podía controlar el peso de la máquina y tenía la cara colorada por el esfuerzo de mantenerla clavada en la tierra. Se acercó a ella y le tocó la espalda suavemente, alarmándola sin ser su intención.

- Joder, Mikel, vaya susto me has dado. No te he oído acercarte con el ruido de este cacharro. ¿Ya

son las doce?

- Sí, pero no pasa nada, tengo todo el día por delante. ¿Qué haces?

- Estoy preparando y aireando bien la tierra para empezar a plantar la huerta en los próximos días.

- ¿También pones huerta?

- Anda, claro. Tomates, pimientos, lechugas, alubias, zanahorias, guindillas y muchas verduras más.

- ¿Ese motocultor era de tu abuelo?

- No, lo compré yo de segunda mano. El bruto del abuelo seguía usando la pala-azada para la huerta.

- ¿Necesitas ayuda?

- No, tranquilo, que ya casi he acabado. Enseguida nos vamos, ¿vale?

Miguel se sentó en la hierba y la observó mientras trabajaba acalorada. Hacía un día precioso y el aire era fresco y límpido, perfecto para una excursión. Cuando acabó de hacer la tarea y mientras ensillaba los caballos, Elurne le contó que estaba a punto de cerrar una venta con un laboratorio de San Sebastián y que la entrega se haría a las pocas semanas. Había preparado también un plan de acción para tranquilizar a su jefe, que parecía estar más amable con ella en los últimos días. Aunque seguía visiblemente cansada, parecía estar de excelente humor, y pronto estuvieron montados a lomos de sus caballos y charlando en el bosque. Miguel le contó su nueva afición a la Sokatira y sus progresos con la lectura de los libros que los vecinos le habían prestado.

Pasearon lentamente mientras Elurne le contaba cuentos y leyendas antiguas. Con una cuentacuentos tan buena y la soledad del baserri, no le extrañaba que la mente enferma de la abuela María hubiera preferido instalarse en un mundo paralelo. Las historias de Elurne parecían reales y escenificaba a los personajes tan bien que Miguel creyó ver enormes gigantes, malvadas brujas y oscuros machos cabríos moviéndose entre los árboles. Se detuvieron a comer bajo la sombra de un viejo roble y, tras fumarse un porro a medias, se acomodaron en la hierba hombro con hombro y cerraron los ojos. La pelirroja se durmió enseguida y Miguel disfrutó observándola. Sus párpados parecían temblar mientras respiraba tranquila. Su piel era pálida y suave y sus labios llenos, deseables. Conteniendo la respiración se inclinó sobre ella y, tímidamente, le besó con suavidad en los labios. Elurne entreabrió los ojos y le miró confusa, todavía inmersa en sus sueños. Por fortuna, se volvió a dormir inmediatamente y Miguel, azorado, se alejó unos centímetros de su cuerpo, cerró los ojos e intentó visualizar una cazuela de acelgas hervidas. Desde la más tierna adolescencia aquél era su truco para bajar el calentón, ya que al besar a la pelirroja se había empalmado sin remedio. Sonrojado y cruzando dedos de que Elurne no se despertara en ese momento, se concentró en imaginar las desagradables verduras que su abuela le cocinaba en la infancia. Acelgas duras, fibrosas y amargas hervidas con patatas blandengues, zanahorias pasadas y ajos requemados. Se recreó en recordar el asco que le provocaba comerlas y pronto sus pantalones volvieron a su sitio.

Soltando una risita de alivio, Miguel observó el Valle mientras Elurne descansaba. Todo parecía estar en orden, era un tranquilo Domingo en Kuartango. Con la bella durmiente a su lado, los perros correteando alegremente y los dos caballos masticando la hierba, Miguel se sintió como en casa. Deseó poder detener el tiempo en ese preciso instante en el que se sentía relajado y feliz admirando el impresionante paisaje del Valle. El pueblo se veía en la distancia, pequeño y pintoresco, y se entretuvo intentando adivinar dónde quedaba la Pensión Chifflet. Estuvo un rato fantaseando sobre cómo sería vivir allí con Elurne, en Lamietxe, ayudando con las labores del baserri y formando un hogar con ella. Se recostó de nuevo en el suelo con una brizna de hierba entre los labios y al poco tiempo él también se quedó dormido con una sonrisa entre los labios.

Al cabo de un rato, un enorme estruendo estalló entre las colinas del Valle, despertándoles de la siesta. Miguel, alarmado, pegó un salto y miró a su alrededor confundido. Elurne también se había levantado y le miraba asustada.

- ¿Qué ha sido eso, Mikel? ¿Crees que ha sido un trueno?

- No puede ser, no hay ni una nube en el cielo.

Elurne, nerviosa, miraba a su alrededor con miedo y Miguel empezó a descender la suave pendiente para obtener una mejor vista del pueblo. No tardó en divisar una oscura columna de humo denso que se extendía entre los árboles en la lejanía. Con el corazón laténdole a mil kilómetros por hora, se volvió y empezó a correr hacia la pelirroja, que había empezado a recoger apresuradamente los restos del picnic.

- ¡Elurne, es una bomba! ¡Ha estallado una bomba!

- ¿Qué? No puede ser, Mikel. No es momento para bromas.

- Que sí, joder, que acabo de ver el humo en la distancia.

- ¿Dónde ha estallado? ¿Crees que ha sido en Lamietxe?

- No estoy seguro, no me oriento bien todavía.

Realmente alarmada al escucharle, Elurne se puso la mochila a toda velocidad y subió a su montura mientras silbaba a los perros. Con un gesto de apremio, ordenó a Miguel que montase sin demora.

- Hoy vas a aprender a cabalgar, no podemos perder un minuto. Venga, vámonos ya.

- Elurne, tranquila, cálmate. No creo que haya estallado en Lamietxe. ¿Por qué razón iba E.T.A. a colocar una bomba ahí?

- ¿Y qué coño te hace pensar que es una bomba de E.T.A.?

- ¿Cuántas bombas caseras estallan en Uzanza habitualmente?

- Joder, Mikel, despierta, con la información disponible en Internet, cualquier idiota puede

fabricar una bomba. Hazme caso, sé bien de lo que hablo. He conocido un montón de imbéciles que creen que los productos químicos son un juguete. No lo son, eso te lo aseguro, y me dedico profesionalmente a ellos. Vamos, joder, no podemos perder tiempo.

- Elurne, tranquilízate, por favor. Creo que estás teniendo un ataque de pánico. Piénsalo con frialdad, ¿en casa de quién puede haber estallado una bomba, sea ETA o no la culpable?

Elurne le miró extrañada, confusa con su pregunta. Lentamente, su semblante cambió y le miró con ojos de haber comprendido.

- ¡Heredia! Todo el mundo le odia. ¿Crees que alguien ha puesto una bomba en casa de Heredia?

- Quizás, al igual que antes pusieron petardos.

- No seas estúpido, sabes perfectamente quién puso allí los petardos. Pero te lo aseguro, ninguno de mis amigos es un terrorista.

- No sé quién ha puesto la bomba, pero me apuesto lo que quieras a que estalló en casa de Heredia. Venga, Elurne, a Heredia le sigue un escolta allá donde va, y se ha ganado la enemistad de la gran mayoría de los vecinos de Kuartango. ETA o no ETA, tiene que tratarse de la casa de Heredia.

- Vamos allí a comprobarlo.

- No me jodas, Elurne. La última vez que fui a comprobar un ruido a casa de Heredia, acabé arrestado. Vamos al pueblo a ver qué cuentan los vecinos.

- Tienes razón.

Decidida, Elurne comenzó a trotar, gritándole indicaciones para adoptar la postura correcta, y luego espoleó a su montura y comenzó a cabalgar a toda velocidad. Su caballo estaba preparado para grandes carreras, pero Lasai, su jamelgo, ya no estaba para esos trotes. Siguió a su compañero sin dejar de resoplar y el culo de Miguel padeció las consecuencias inmediatamente. Intentando no caerse de su montura, apretó las rodillas contra los lomos del animal e intentó fundirse con su cuerpo mientras pensaba con rapidez. ¿Sería una bomba? ¿Quién la había puesto? El Coronel Narváez le iba a matar, el suceso había tenido lugar delante de sus narices. Mierda. Esperaba que no le llamaran a él a declarar, su nombre figuraba en el informe de los petardos. ¿Estaría herido Heredia?

Tardaron quince minutos en llegar a Lamietxe a todo galope y Elurne insistió en detenerse allí para comprobar cómo se encontraba la abuela. La anciana María estaba inmóvil en el balcón del segundo piso observando concentrada el horizonte; en la lejanía, se apreciaban todavía rastros del denso humo negro. Elurne subió corriendo las escaleras y salió al balcón para calmarla. La sentó en una antigua mecedora de madera mientras llamaba por su móvil a alguien, nerviosa. Miguel desensilló a los caballos y los llevó al establo con el corazón en un puño. Tenía que llamar a Narváez, pero ¿cuándo? Elurne bajó corriendo a los pocos minutos, después de tranquilizar y besar a su abuela.

- He llamado a Zigor. Tenías razón, ha estallado una bomba en casa de Heredia. Ellos estaban en la taberna cuando escucharon la detonación. Al parecer, han llegado la Ertzaintza (67) y la Guardia Civil y han acordonado toda la zona. Se rumorea que Heredia ha muerto y que su mujer está herida de gravedad. La han llevado al hospital en helicóptero.

- Joder...

- No lo entiendo, este tipo de cosas no suceden en Kuartango. Nunca ha pasado algo así.

Elurne parecía conmocionada y balbucía palabras sin sentido mientras paseaba la mirada por el Valle. Miguel le rodeó el hombro con su brazo y la atrajo hacia sí con suavidad.

- Joder, Mikel, la abuela... Pensé que le había pasado algo a la abuela María.

Miguel empezó a conducirla hacia el caserón sin saber exactamente qué hacer, simplemente abrazándola mientras ella se desahogaba.

- Lo siento, Mikel, debes de pensar que soy una histérica.

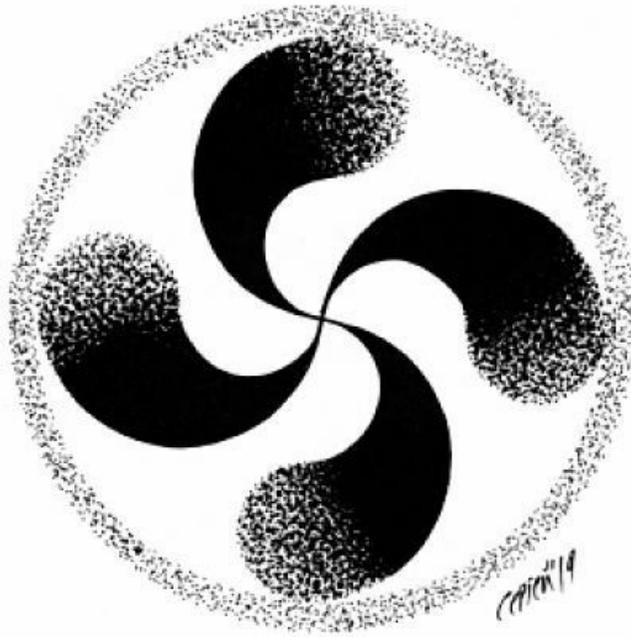
- No, no pienso eso para nada. Siéntate y pon las piernas en alto para descansar. Hazte un cigarro especial y yo voy a hacerte una infusión.

Volvió al salón a los pocos minutos con dos tazas humeantes y, guiñándole un ojo, le pasó una a Elurne.

- Gracias, Mikel, eres un sol.

Mientras fumaba con la mirada perdida en las ramas de un árbol cercano a la ventana, Elurne comenzó a hablar sobre su infancia. Sus palabras parecían no acabar nunca, y durante horas habló sin apenas mirar a Miguel. Le abrió su corazón y le habló sobre su soledad, su pena con la muerte de su madre y su abuelo, sobre el abandono de su padre, sobre el hecho de que echaba tanto de menos a sus amigos extranjeros, a Irlanda entera, a sus costumbres y sus gentes. Miguel se acercó a ella y le rodeó una vez más el hombro mientras la escuchaba en silencio. Poco a poco, agotada, se quedó dormida en su hombro mientras él le acariciaba la cabeza con cariño. Entristecido por sus palabras y relajado por el humo del porro, Miguel olvidó temporalmente la bomba y cayó también en un sueño inquieto, con Elurne como protagonista.

LAUBURU



LAUBURU

Este símbolo tan antiguo y sagrado significa “cuatro cabezas” y lleva siglos adornando nuestras casas, muebles e incluso nuestras tumbas. El Lauburu simboliza el sol en movimiento y cada cabeza representa el fuego, el aire, el agua y tierra. Si las cabezas miran hacia la derecha es un símbolo de la vida, y si miran hacia la izquierda, un símbolo de la muerte.

Kuartango, noviembre de 1.955

Ayer bajé a Zuhatsu a visitar a mi amiga Sebastiana. Antonio tenía que ir a Vitoria a firmar unos papeles, así que bajamos juntos en la carreta y me dejó en la puerta de su casa. Tenía muchas ganas de verla porque estoy pasando una mala temporada y ella, con su fuerza y optimismo, siempre consigue infundirme nuevas energías. Sebastiana me comprende perfectamente; sabe que estoy agotada, desorientada y triste, además de tener la sensación de que no soy una buena madre. En la carreta me mantuve en silencio, pensativa, y Antonio me preguntó preocupado si me encontraba bien. Yo le dije que sí, que simplemente estaba cansada porque había dormido mal la noche anterior. En realidad, le mentí; no estaba bien entonces y tampoco estoy bien ahora. Soy consciente de que debería estar agradecida por todas las cosas buenas que nos han sucedido estos últimos años. Para empezar, a los pocos meses de la boda pude por fin sobreponerme al miedo a yacer desnuda con mi marido. Fue un proceso lento, porque cada vez que intentaba desnudarme y él se acercaba a mí, me entraba el pánico y tenía que salir huyendo a vestirme. El proceso de desnudarme y dejarle ver mi cuerpo me recordaba a Sugaar, el alemán. Sin esperarlo, una bonita noche de luna llena en la que habíamos cabalgado hasta el dolmen de los Jentilak, logré relajarme lo suficiente. No habíamos bebido alcohol ni tomado setas alucinógenas como hicimos el día de nuestra boda pagana, pero estando allí tumbada junto a Antonio mirando las estrellas tuve la certeza de que era el momento correcto. Al principio me dolió, pero él fue tierno y cuidadoso, y no dejó de acariciarme las mejillas y besarme la frente para tranquilizarme. A pesar de que estuve un poco tensa, siempre la recordaré como una noche extraordinaria.

Al cabo de dos años por fin me quedé embarazada. Estoy agradecida por el nacimiento de mi hija Catalina, o Kattalin como la llamamos en casa, pero he de admitir que su nacimiento ha supuesto todo un reto para mí. No el parto en sí, que, a pesar de pillarnos totalmente desprevenidos, salió a las mil maravillas. Antes de dar a luz estaba tan preocupada por el parto que apenas alcancé a pensar en lo que significaría cuidar de un bebé durante las veinticuatro horas del día, un día tras otro, sin poder descansar entre amamantar, cambiar pañales, calmar los llantos y hacer las tareas de Lamietxe. La tarde anterior al día de su nacimiento estuvimos paseando por el bosque que rodea la ermita de San Antonio, cercana a la ermita de la Trinidad. El comienzo del embarazo fue duro, porque ya desde temprano por la mañana tenía fuertes sensaciones de náusea y pensar en comer me revolvió el estómago. Al quinto mes, por fin dejé de vomitar y empecé a encontrarme más enérgica y animada. Recuerdo que los vecinos del pueblo me decían que estaba más guapa que nunca y que me sentaba genial estar encinta. Tenía mucho brío para las tareas de Lamietxe, y amama y yo preparamos entusiasmadas la cuna en la que dormiría el bebé y bordamos con primor las sábanas donde descansaría. Para el noveno mes de gestación ya no me quedaban energías, ni tampoco tantas ganas de trabajar o de pasear. Sin embargo, amama repetía sin cesar que es muy importante para el cuerpo de una mujer mantenerse activo durante el embarazo, a pesar de los consejos médicos que se escuchan en los últimos tiempos de la conveniencia de guardar cama antes de que nazca el bebé. De eso nada, dijo amama, las enseñanzas de nuestras mujeres de antaño lo dicen claro, el bebé necesita mecerse en el vientre cuando la madre camina. Me obligó a salir a pasear todos los días, asegurándome que, de esa manera, el bebé nacería sano y fuerte. Antonio le dio la razón y ahora les agradezco que me insistieran tanto, porque me recuperé muy pronto del parto. El nacimiento en sí estuvo repleto de nervios y magia. Nervios porque estaba

segura de que algo saldría mal. Había escuchado historias en el pueblo de bebés que nacían muertos y partos largos y agotadores. No olvidemos que mi propia madre murió al darme a luz a mí. Cuando llegó el momento, yo no estaba preparada. Kattalin se adelantó tres semanas y Antonio y yo estábamos solos en casa, porque amama había viajado a Zugarramurdi a visitar a la tía Mertxe antes de que naciese el bebé.

La tarde del nacimiento, Antonio y yo caminamos de la mano hasta la ermita de San Antonio, charlando sobre el futuro y sobre cómo sería nuestro bebé. Nos sentamos en una campa y admiramos la belleza de Kuartango, nuestro Valle. Al volver a casa le pedí que camináramos más lentos, porque la barriga parecía pesar más de lo habitual aquella tarde. Me resultaba difícil andar y el diminuto pie del bebé se clavaba entre mis costillas, dejándome sin aliento. Cuando pasamos por la fuente de Oleaga empecé a notar un dolor agudo en la zona del bajo vientre, que apenas duró unos segundos. Al cabo de un rato volví a notarlo y luego desapareció de nuevo. Eso sucedió varias veces hasta que, horas después, cuando los dolores eran más intensos, le dije a Antonio que quizás el bebé estaba a punto de hacer su aparición. Recuerdo su cara de pánico y que me sugirió que quizá debíamos ir hasta el pueblo a pedir ayuda. Si amama hubiera estado en casa no habríamos tenido tanto miedo. Ella sabía exactamente cómo asistir a una parturienta porque lo había aprendido de su madre, su abuela y el resto de las mujeres de su familia. Pero sin ella a nuestro lado, la perspectiva de dar a luz parecía mucho más difícil. Le dije que no quería ir al pueblo; yo quería que nuestro bebé naciera en Lamietxe, como había hecho yo, mi madre antes que yo, mi abuela antes que ella, y así durante generaciones. No quería arriesgarme a parir en casa ajena o incluso en la carreta al aire libre en plena noche, así que me negué. Intenté tranquilizarle, y le aseguré que podríamos hacerlo porque, al fin y al cabo, las mujeres llevamos milenios pariendo. Él no estaba muy seguro, pero me ayudó a preparar las cosas que debíamos tener a mano. Paños y toallas, agua caliente, tijeras, mantas, lociones... Colocamos todo ordenadamente en el dormitorio y nos preparamos para esperar a que llegara el momento, controlando la frecuencia de mis contracciones. Todavía no había roto aguas y los dolores no eran demasiado fuertes. Empezaban a ganar en intensidad, pero eran soportables. Después de cenar subimos a la cama y nos acurrucamos bajo las mantas, hablando en susurros sobre cómo sería nuestro bebé, si sería niño o niña, y a quién se parecería. Antonio se durmió pronto, agotado, pero yo no podía dormir, estaba demasiado concentrada en aguantar las contracciones que iban y venían. Cada vez que llegaba una nueva, el vientre entero se tensaba y me empezaba a doler muy fuerte, y tenía que morderme los labios para no gemir. No quería despertar a Antonio, para empezar. Además, amama me había dicho que una mujer de verdad tenía que soportar el dolor sin llorar. Empecé a preocuparme, porque también me había dicho que habitualmente las mujeres rompen aguas antes de que las contracciones se hagan tan dolorosas, pero yo todavía no había sentido ningún líquido resbalar entre mis piernas.

Llegó un momento en el que los dolores eran demasiado fuertes para soportarlos tumbada en la cama, así que me levanté y comencé a caminar de un extremo al otro del pasillo, deteniéndome para apoyarme en la pared cada vez que me venía una nueva contracción. A las tres de la mañana me vino una contracción fortísima y entré en la habitación para avisar a Antonio de que el bebé llegaría pronto. Me entraron ganas de orinar, así que me encaminé al retrete acariciando mi barriga con suavidad, pidiéndole al bebé que fuese cuidadoso conmigo al nacer y deseándonos a ambos buena suerte. Llegué al baño y me levanté el camisón mientras me ponía en cuclillas para no salpicar. Al agacharme, sentí un dolor desgarrador entre las piernas y, para mi asombro, décimas de segundo después noté algo similar a una pompa de jabón resbaladizo que salía de mis

entrañas. Atónita, me palpé con curiosidad entre las piernas y pude notar que la burbuja crecía entre mis dedos. Antes de darme cuenta de lo que estaba sucediendo, la pompa estalló entre mis dedos mojándome la mano, las piernas y el baldosín del retrete. Al instante noté la cabeza de mi hija que salía de mi vientre y no pude contenerme. Histérica, me puse a gritar llamando a Antonio, sin saber qué debía hacer en ese momento. Me quedé allí parada en cuclillas, con las piernas muy abiertas y la diminuta cabecita asomando de mi cuerpo. Antonio me contó después que al escuchar mis gritos pegó un respingo y salió de la cama aterrorizado, pensando inmediatamente que me había pasado algo. Cuando llegó al retrete y vio el suelo lleno de sangre a punto estuvo de desmayarse, pero se repuso al instante y, con valentía, vino a arrodillarse ante mí para examinar la situación. Yo le grité que por favor me ayudase tirando de la cabeza del bebé, pero por suerte él mantuvo la calma y me recordó que no podíamos hacer eso o la mataríamos. Me recomendó que recordara los partos de los corderos, las cabras y demás mamíferos; teníamos que esperar a la siguiente contracción antes de empujar. Por suerte, la contracción no tardó mucho y Antonio, al ver mi dolor y el sudor que me caía por la frente, me miró fijamente a los ojos, sereno, y me animó a empujar con todas mis fuerzas. Empujé utilizando hasta la última energía y de pronto sentí como si los huesos de mi cadera se estuvieran desencajando. El bebé salió inmediatamente después y Antonio lo cogió al vuelo en sus brazos, mirándome aliviado. Yo sin embargo me fijé en la pequeña carita de nuestra hija y se lo arrebaté de las manos, aterrorizada. Había nacido con doble vuelta de cordón y tenía el rostro morado. Me senté en el suelo con ella en brazos y traté de desenredarle el cordón. Fueron unos segundos angustiosos, Kattalin estaba resbalosa por la sangre y el líquido amniótico y yo estaba tan nerviosa que a punto estuve de dejarla caer al suelo. Por fin logré liberar el cordón y la levanté para inspeccionarla minuciosamente y comprobar que todo estaba bien. Antonio me dijo nervioso que parecía que la niña no respiraba porque tenía la boca y la nariz llena de mocos. Ese fue el momento en el que estuvimos a punto de entrar en pánico; no sabíamos qué debíamos hacer para salvarla. Como si de un instinto primitivo se tratara, Antonio cogió a la niña y la colocó en su regazo con la panza hacia arriba. Posó sus labios suavemente sobre su diminuta naricilla y sopló suavemente para intentar abrir sus vías respiratorias. Por fortuna funcionó de inmediato y Kattalin abrió la boca y empezó a berrear al instante, con un timbre tan agudo que nos hizo estallar en carcajadas, probablemente de los nervios. Todo sucedió en menos de dos minutos, pero fueron los minutos más intensos de nuestras vidas. Antonio me acompañó al dormitorio con el bebé en brazos y limpió el retrete y el pasillo mientras yo esperaba acostada, con el bebé pegado a mi pecho desnudo, a que la placenta saliera de mi cuerpo. Estaba tan emocionada que no podía dejar de mirar a mi bebé, a mi preciosa hija que, suave y pequeñita, había crecido en mi vientre durante todos estos meses y por fin respiraba dormida junto a mí. Quizá fueran las hormonas, pero no pude evitar llorar de alegría y de alivio de que la niña y yo estábamos bien. Gracias a la Diosa Mari, todo había sucedido muy rápido y con mucho menos dolor del que me habían hablado las ancianas de Kuartango. Cuando por fin expulsé la placenta, Antonio cortó el cordón umbilical con unas tijeras e hizo un pequeño nudo como nos había explicado amama durante el embarazo. Después nos tapó bien a las dos y se tumbó a nuestro lado, abrazándonos y con los ojos llenos de lágrimas. Dijo que aquello había sido un milagro, que nunca imaginaba que nuestra hija llegaría al mundo de aquella manera. Fue un momento mágico, una noche irrepetible e inolvidable. Aquella noche apenas dormimos. Primero me aseguré de que la pequeña mamase correctamente, y por suerte aprendió enseguida y empezó a chupar ávidamente de mi pecho. Me pareció algo fascinante sentir la leche abandonando mi cuerpo y alimentando a nuestra pequeña. A pesar de no haberlo hecho nunca, me pareció la cosa más natural del mundo. Estuvimos toda la noche admirando su perfecta carita arrugada y prometiéndole que la queríamos

durante toda su vida y la cuidaríamos y protegeríamos de cualquier peligro que pudiera acecharla. Aquella fue, sin duda, una noche fascinante.

Cuando amama volvió de Zugarramurdi días después, me dijo que había sido una mujer muy valiente y que estaba orgullosa de mí. Acto seguido sacó un trozo de carbón de un pequeño saco que yo nunca había visto y lo acercó a la cara de Kattalin. Yo la miré preocupada y le pregunté qué pensaba hacer con aquello. Me dijo que en su familia y durante generaciones, se ha dibujado con carbón un Lauburu a los bebés para darles protección y bendecirlos en su nacimiento. Me contó que el carbón que traía era de una hoguera ancestral. Hacía más de trescientos años, nuestros antepasados habían guardado los carbones de los antiguos akelarres, por considerarlos sagrados. Se guardaban como oro en paño, me dijo, y ella se había traído carbones a Kuartango cuando vino para casarse con aitite. Pronunciando un poema precioso en euskera, amama dibujó con cariño un pequeño Lauburu en la diminuta frente de mi hija. No sé si alguna vez he hablado sobre el Lauburu, el símbolo sagrado de nuestro pueblo. Dicen las leyendas que lleva con nosotros desde el principio de los tiempos, porque los antiguos creían que era la representación del sol en movimiento. El sol y los cuatro elementos han sido siempre muy importantes para nuestro pueblo. Sus cuatro cabezas simbolizan el agua, el fuego, el aire y la Tierra. Antaño, el símbolo era tallado en tumbas centenarias como protección para los difuntos, y ahora lo seguimos utilizando para adornar muebles y lápidas. Nunca había escuchado esta tradición familiar de dibujar el Lauburu en la frente de nuestros recién nacidos. Me dijo amama que, a mí, a mi hermana y a mi ama también nos dibujó el lauburu con el carbón de Zugarramurdi.

Semanas después del nacimiento, las cosas empezaron a decaer. Yo quiero muchísimo a Kattalin, eso que quede claro, más que el primer día, pero es innegable que me está resultando muy duro que esté pegada a mi cuerpo día y noche. No quiero que la gente piense que soy mala madre por sentir estas cosas, pero hay momentos en los que sus llantos incesantes hacen que desee más que nunca salir corriendo hacia el monte, dejándola atrás. Yo pensaba que las hormonas se encargarían de mantener la sensación inicial de magia y ayudarían a calmar mis preocupaciones sobre la crianza. Lejos de eso, ahora estoy más preocupada. Cada vez que la pequeña tose o estornuda pienso que vaya a morir, y nunca estoy segura de si come poco o mucho. Durante el embarazo quizá no asimilé bien que un bebé necesita colgarse de tu pecho cada par de horas para sobrevivir. Yo amo a Kattalin, pero he de admitir que a veces desearía poder dejársela a alguien un par de días para descansar. Es imposible, lo sé, claramente yo soy la que lleva su comida colgando del pecho. Antonio está preocupado porque estoy cansada y desanimada, e intenta ayudarme en todo lo que puede. Cuando acaba con sus tareas, cambia los pañales de la niña y nos ayuda a mí y a amama a lavarlos y tenderlos a secar. Pasa todas sus horas libres acunándola en brazos y contándole cuentos, y cuando llora, siempre consigue calmarla con su voz grave y melodiosa. Es un padre excepcional y sé que tengo mucha suerte de tenerle a mi lado como compañero de vida.

El otro día volvió muy enfadado de Zuhatzu, cosa rara en él, pero su indignación estaba más que justificada esta vez. Cuando nace un bebé hay que informar al cura de la parroquia, para que registre la fecha de nacimiento, nombre y apellidos y confirme la fecha del bautizo. A la abuela casi le da un infarto al escucharnos hablar de bautismos católicos, pero bien sabía ella que teníamos que hacerlo por obligación. La Dictadura y la Iglesia tienen todo el poder. El mayor problema ha sido el tema del nombre. El día que bajamos a Uzanza a hablar con Don Julián, el cura que nos casó, para presentarle a Kattalin, Antonio estuvo a punto de soltarle un bofetón, lo que hubiera sido prácticamente un crimen y nos hubiera metido en problemas. Por suerte logró

contenerse a tiempo. El problema es que Don Julián no nos permite llamar Kattalin a nuestra hija. Dice que los días de las antiguas costumbres y nombres paganos vascos se han acabado por fin. Opina que la nación tiene que volver a sus costumbres pías y católicas, sin alborotadores como nosotros que nos empeñamos en ir contracorriente. Yo me quedé de piedra y le miré con los ojos abiertos como platos, sorprendida por el cariz que estaba tomando la situación. Aquello no podía ser legal; nuestra hija es nuestra responsabilidad y por lo tanto nos corresponde a nosotros la elección de su nombre. Él respondió que podíamos llamarla Catalina si queríamos, pero que Kattalin no estaba permitido y no la registraría con ese nombre. Antonio y yo le dijimos que bajaríamos a Zuhatzu a hablar con el cura de allí, que tiene contactos en el obispado. Al día siguiente, Antonio bajó a hablar con Don José, el cura de Zuhatzu, pero el resultado fue exactamente el mismo. No nos permitirían llamarla Kattalin. Volvió a Lamietxe enfurecido y se metió directamente al granero a patear y pegar puñetazos a los sacos de trigo, que es una actividad que le calma cuando está enfadado. Cuando se serenó, subió a la cocina y nos informó de la negativa de la Iglesia a acceder al nombre que deseábamos. Suspirando, le dije que la registraríamos como Catalina pero que en casa la llamaríamos Kattalin. Intenté convencerle de que sería temporal y que, cuando por fin muriese Franco, cambiarían la estúpida ley. Quizás entonces lo podríamos cambiar. No tuvimos más remedio que tragarnos nuestro orgullo y bajar al pueblo a bautizarla como Catalina.

Por eso, tras los problemas de papeleo y el cansancio de tener un bebé tan pequeño, necesitaba pasar unas horas con alguna amiga que hubiese pasado por problemas similares. Mi amiga Sebastiana tenía ya tres hijos y mucha experiencia con bebés, ella sabría aconsejarme. Cuando llegué a su casa se puso muy contenta porque hacía tiempo que no nos veíamos, y dejó su labor en la huerta para abrazarnos. Después nos sentamos en el muro, mirando a Badaia mientras charlábamos. Me dijo que la pequeña Kattalin era perfecta y me preguntó sobre sus hábitos de comer y dormir. Aquella tarde me desahugué con ella como nunca antes había hecho con nadie. Sacó una botella de anís y me animó a echar un trago para calmarme. Le conté todas mis preocupaciones, mis dudas y mis angustias por la falta de conocimientos sobre bebés. Ella, calmada y pausada como es, me dio indicaciones y consejos sobre su experiencia como madre. Dijo que todas nosotras, o casi todas, sentimos esa sensación de desesperanza y nervios, de ansiedad y agotamiento. Me aseguró que pronto se me pasaría y que suele ocurrir al principio, porque nos cuesta acostumbrarnos al cambio de rutinas. Mi amiga Sebastiana es muy sabia; aunque nunca fue la más lista de la escuela, sabe mucho de la vida y agradezco a la Diosa Mari que sea mi amiga. Comimos juntas y a las seis me despedí de ella para acercarme hasta la estación de tren, donde había quedado con Antonio. Por desgracia todavía no había llegado. Dispuesta a esperar, entré en la taberna y me senté en un taburete de la barra. Pepón, el tabernero, se acercó a mí y me dijo que Antonio había llamado al teléfono del bar hacía apenas media hora. Se había desatado un tremendo incendio en Vitoria, en una casa situada frente al Palacio de la Diputación en la Plaza de la Provincia, y Antonio había ayudado a sacar a los vecinos y a extinguir el fuego. Al parecer, estaba haciendo unos trámites en la Diputación cuando se escucharon gritos de auxilio desde el exterior del edificio. Funcionarios y ciudadanos salieron a la calle y se quedaron atónitos ante las enormes llamaradas que consumían el inmueble. Se apresuraron a socorrer a los vecinos mientras llegaban los bomberos, pero los que entraron en el edificio en llamas, Antonio entre ellos, fueron trasladados al hospital para tenerlos observados durante la noche, porque habían inhalado gran cantidad de humo. Pepón me aseguró que Antonio le había dicho que se encontraba bien. Cuando saliera del hospital al día siguiente, volvería directamente a Lamietxe. Intranquila, amamanté al bebé en una esquina de la taberna mientras tomaba el café que me había preparado

Pepón. Consulté el reloj de la pared y calculé que tardaría un par de horas en llegar a casa caminando. No era la primera vez que subía desde Zuhatsu, pero sí era la primera vez que cargaba al bebé conmigo durante el trayecto.

Me despedí de Pepón y del resto de los vecinos de Zuhatsu y comencé a caminar cuesta arriba por el camino de Jokano. Pensé aliviada que al menos Antonio no estaba herido, pero tenía ganas de verle con mis propios ojos para asegurarme de que estaba bien. Había sido tan valiente durante el incendio que me sentí muy orgullosa de él; no estoy segura de que yo hubiera tenido la valentía de entrar en un edificio en llamas a rescatar a personas desconocidas. O quizá sí, no podía estar segura. Cavilando estaba sobre la cuestión cuando empecé a escuchar un sonido extraño que se acercaba a mis espaldas. No sonaba como una carreta o un caballo, más bien metálico como el tren, pero eso era imposible. Esperanzada, me di la vuelta y vi aparecer delante de mis ojos algo que llevo años deseando ver en persona. Cuando yo era joven, aitte trajo un recorte de periódico en el que aparecía una máquina grande y de cuatro ruedas que nos dijo que se llamaba automóvil. Me dijo que tenía un motor dentro, que hacía mover las ruedas sin necesitar de yeguas, bueyes o mulos. Yo pensé que se estaba riendo de mí y así se lo dije, pero él estaba convencido de que pronto llegarían a Kuartango. Muchos vecinos del Valle han visto automóviles en Vitoria y en las ferias, pero yo no había tenido suerte hasta ese momento. Me hubiera puesto a dar saltitos de alegría, pero Kattalin dormía tranquila en el hatillo a mi espalda y me contuve. Saludé con la mano mientras la máquina se acercaba, con la esperanza de conocer al conductor. Cuando se fue acercando, contuve el aliento. El automóvil era una máquina cuadrada y de un negro tan brillante como mis gallos, con un morro cuadrado en la parte delantera donde va el motor del que me habló el abuelo. Tenía muchas ventanas y brillantes asientos de cuero. ¡Aquello era un milagro de la ciencia! Yo, que nunca había salido de Kuartango, me quedé embobada mirando el automóvil que se acercaba. Sonreí cuando comprobé que el señor Albina, un hombre de Uzanza adinerado pero amable y generoso, manejaba la máquina. Casi muero de la emoción cuando me invitó a subir y me dijo que enseguida llegaríamos a Uzanza. El interior del coche era precioso y los asientos muy cómodos. El señor Albina me dijo que era un Fiat 508, llamado Balilla, y que se lo había comprado a un empresario italiano. Estuve cómoda en aquellos asientos mullidos, pero confieso que me daba miedo que ningún animal arrastrase el automóvil. Parecía cosa de magia negra que las ruedas girasen sin ayuda. Cuando subíamos una de las cuestas empinadas hacia Jokano, el automóvil emitió un ruido ahogado, como si estuviera tartamudeando, y se detuvo. Maldiciendo, el señor Albina salió y observó la parte delantera de la máquina. Abrió un compartimento, sacó un extraño hierro doblado y lo insertó en una ranura, indicándome desde fuera que saliera. Acunando a Kattalin con cuidado para no despertarla, salí y le pregunté qué sucedía. Al parecer los automóviles no son infalibles; hay veces que el motor pierde fuelle, se ahoga y se detiene. Y entonces hay que darle cuerda como a un reloj de bolsillo, me explicó el señor Albina. Una vez más, me quedé sin palabras. Le observé girar la manivela una y otra vez hasta que por fin pareció satisfecho. Me pidió que dejase al bebé en el asiento trasero, porque necesitaba que yo empujase mientras él volvía a encender la máquina. Me preparé, apoyé las manos en la ventanilla trasera y esperé a que el señor Albina me diera la señal. Cuando noté que el coche empezaba a vibrar y el motor arrancaba, empujé con todas mis fuerzas. Poco a poco las ruedas volvieron a girar y seguí empujando para ayudar al automóvil a recuperar velocidad. Cuando vi que ya no se detendría, corrí y salté al asiento del copiloto con el coche en marcha y riendo como una chiquilla alocada. Kattalin seguía profundamente dormida, y el señor Albina y yo no pudimos parar de reír a carcajadas mientras subíamos a Uzanza. El automóvil ya no se volvió a parar, y disfruté muchísimo con la sensación de velocidad de la máquina. Me encantó ver los árboles pasar junto a

mí a toda velocidad y disfruté cuando mi cuerpo se sacudía y saltaba sin yo quererlo al caer en los muchos baches del camino. Me despedí del señor Albina, agradecida, y caminé muy contenta con la inesperada experiencia. Por fortuna, el viaje me levantó el ánimo y dejé de preocuparme por Antonio. Kattalin ha dormido bien esta noche y ahora estoy esperando a que mi apuesto Basajaun llegue de Vitoria. Tengo muchísimas ganas de contarle mi viaje por Kuartango en el Balilla.

Kuartango, abril de 2.009

A la mañana siguiente les despertó el timbre del teléfono. Elurne se incorporó sobresaltada y le miró extrañada, sorprendida de encontrarle allí dormido junto a ella. Se apresuró a levantarse del sofá, se acercó a la mesa a por el teléfono móvil y suspiró al mirar la pantalla. Respondió con voz gangosa y Miguel, al verla, se acordó de pronto de la bomba del día anterior. Se metió la mano al bolsillo del pantalón, sacó su teléfono y lo encendió. Lo había apagado la noche anterior para no molestar a Elurne mientras se desahogaba. Para su disgusto, al encenderlo comprobó que tenía cinco mensajes del Coronel Narváez, que estaba muy enfadado porque no se había puesto en contacto con él. Se había enterado de la bomba al poco tiempo de estallar y sabía que los medios de comunicación y las Fuerzas de Seguridad del Estado habían salido disparados hacia Kuartango para investigar los hechos. El Coronel le ordenaba ponerse en contacto con él inmediatamente, así que debía encontrar el modo de marcharse a la Pensión Chifflet cuando fuera posible sin levantar sospechas. Miró a Elurne, que estaba ya despidiéndose. Cuando colgó el aparato, se volvió hacia él.

- Era Bixente. Me ha dicho que el pueblo se ha llenado de policías y periodistas; hay bastante jaleo, así que no podrá venir a ayudarme a ordeñar.

- ¿Te ha contado más detalles del incidente?

- Heredia está muerto, anoche se llevaron el cuerpo al tanatorio. Han trasladado a la señora Heredia al hospital de Txagorritxu en Vitoria para tratar de salvarle la vida. Me cuesta creerlo... ¡Una bomba en Uzanza!

- Es difícil de asimilar, sí. ¿Sabe algo la policía?

- No han dicho nada. Nuestros amigos estaban en la taberna cuando sucedió todo; estoy aliviada de que tengan coartada. Deduzco que la policía querrá hablar pronto con todos nosotros.

Miguel la observó intrigado, intentando adivinar en qué pensaba la pelirroja. Parecía todavía adormilada, pero estaba tranquila y se acercó a él con la mirada avergonzada.

- Mikel, siento mucho lo de anoche. Me asusté porque pensé que la abuela estaría muerta. Sé que no paré de hablar y llorar. Gracias por escucharme.

- No hay problema, estoy aquí para lo que necesites, cuando lo necesites.

- Eres muy buen tío, Mikel.

- Bueno, a veces...

Sonriendo, Elurne le besó suavemente en la mejilla y, azorado, Miguel se levantó y se disculpó para usar el baño. Salió al pasillo, entró al servicio, atrancó la puerta y sacó el móvil. Con el corazón en un puño, esperó hasta que Narváez respondió a su llamada.

- ¡A buenas horas! ¿Dónde coño te habías metido? Llevo horas intentando dar contigo. Sabes que tienes la obligación de estar disponible las veinticuatro horas del día, para eso te pagamos.

- Perdóneme, mi Coronel, tenía el móvil apagado.

- ¿Apagado? ¿A qué crees que estás jugando? Ésta es una misión muy importante, no te pago para que te tomes unas vacaciones. Supongo que, a pesar de tu vagancia, te habrás enterado de la explosión de la bomba en Uzanza ayer por la tarde.

- Sí, claro. Escuché la detonación y vi el humo desde el monte, estaba pasando el día con Elurne.

- ¿Elurne Balaitx, la sospechosa? ¿Me estás diciendo que estabas paseando tranquilamente con una terrorista?

- Cállese, mi Coronel. Fue una manera de conseguir información. ¿Hay algún sospechoso?

- ¡Tú, para empezar! ¿Te parece poco? Te dije que cometiste un grave error al involucrarte en lo de los petardos. Los agentes te han fichado.

- Mi Coronel, siento estar en desacuerdo; la táctica está funcionando. Estoy entrando en el círculo de confianza de los amigos y es gracias a ese día.

- ¿Y de qué te ha servido entrar en su círculo, en realidad? Acaba de morir un hombre y su mujer está gravemente herida.

Miguel calló, avergonzado. Estaba bastante cabreado porque Narváez estaba siendo muy desagradable, pero en el fondo sabía que tenía razón, la había cagado. Había muerto un hombre, y él tenía parte de la culpa por haberse relajado. Derrotado, se mesó la barba e intentó calmar a su jefe.

- ¿Se sospecha que es un atentado de E.T.A., mi Coronel?

- Sí, aunque todavía no lo han reivindicado. No hemos recibido ningún comunicado.

- ¿Qué pasará conmigo? ¿Me llamarán a declarar?

- Probablemente, gracias a tu estúpida actuación del otro día. He organizado una videoconferencia esta tarde con todos los dirigentes de la Operación New Age. En ella concretaremos los pasos a seguir. No queremos filtraciones, pero tenemos que evitar a toda costa que te arresten.

- No tienen pruebas, yo no he sido.

- Sabes bien que a veces no hacen falta pruebas concluyentes para arrestar a alguien, sobre todo si los verdaderos culpables no han sido apresados y el objetivo es calmar a la población.

Una vez más, Miguel enmudeció. No se lo podía creer, le consideraban sospechoso de un atentado terrorista. Aparentando calma, continuó con la conversación en voz baja para que no le escuchara Elurne.

- ¿Llamarán también a declarar a Zigor Maizkurrena?

- No lo sé. Su nombre no aparece como tal en la investigación de los petardos, aunque deduzco que hablarán con él también. ¿Tienes coartada?

- Sí, estaba con Elurne montando a caballo. Ella lo puede confirmar y también su abuela, la anciana María, que nos vio justo después de la explosión.

- Su abuela está loca, tú mismo lo dijiste. No servirá como testigo. Y la nieta es una de las sospechosas principales. Tendré que hacer algo desde aquí para borrar tu nombre de la lista de sospechosos. Miguel, esto es intolerable; cuando sugerí tu nombre para la misión pensé que estabas preparado para ella. Has sido negligente, descuidado y demasiado confiado. No puedo ordenarte que abandones Kuartango ahora, no podemos sustituirte tan fácilmente en un entorno tan pequeño. Tendrás que aguantar el chaparrón y las sospechas de la gente por el momento. Y ponte a trabajar en serio de inmediato; hasta ahora no has hecho más que vagar. Estoy muy decepcionado

- Mi Coronel, no puedo prolongar esta llamada durante mucho tiempo. Estoy encerrado en el baño de Elurne, tengo que volver con ella o sospechará de mí.

- ¿Dónde están los demás sospechosos?

- No lo sé.

- ¿Y para qué cojones te pago? Vete a casa ahora mismo a investigar. Quiero que me llames esta tarde a las siete en punto. Te comunicaré qué decisión tomamos durante la videoconferencia.

- Sí, mi Coronel.

- Estoy muy decepcionado, hijo, muy decepcionado.

Con esta última reprimenda, el huraño Coronel colgó el teléfono bruscamente. Miguel se lavó las manos y la cara y volvió al salón con semblante preocupado. Elurne ya no estaba allí, así que la llamó y su voz le llegó desde la cocina. Estaba preparando el desayuno mientras escuchaba la radio, atenta a novedades sobre la explosión. Con poco apetito, Miguel se sentó en la mesa y encendió un cigarrillo. Pensativo, jugueteó con el mechero mientras la pelirroja acababa de tostar pan.

- ¿Qué te pasa, Mikel? No tienes buena cara.

- Estoy preocupado, creo que seré yo el principal sospechoso de plantar allí la bomba. Los altercados del otro día, primero en casa de Heredia con los petardos, y después en casa de Zigor con los policías, irán en mi contra y probablemente me harán la vida imposible a partir de ahora.

- Pero tú estabas conmigo, y no pusiste allí la bomba.

- Lo sé, pero el gobierno necesitará un cabeza de turco al que detener mientras acaban de investigar quién fue el verdadero culpable.

- Mikel, no te preocupes, yo hablaré con ellos si es necesario.

- ¿Y tú qué crees, que te van a tener en cuenta a ti?

- No lo sé, yo espero que sí.

Desayunaron en silencio, alicaídos y concentrados en sus propios pensamientos. ¿Quién o quiénes habrían sido los culpables? ¿Podía tratarse de Elurne, Unax, Zigor o uno de los otros amigos? No podía ser, había pasado toda la semana con ellos y no había observado ningún comportamiento extraño. Aún no tenía la información de la investigación forense del lugar de la detonación: qué habían hallado en la escena del crimen, cuáles eran los componentes químicos de la bomba, en qué cantidades, qué tipo de detonadores, si había huellas dactilares, *etc.* No tenía ni idea, tendría que esperar a hablar con Narváez de nuevo esa noche.

No tenía claro si el difunto Heredia había sido amenazado por la banda terrorista alguna vez. Debía averiguarlo, quizá por eso llevaba escolta. ¿Y dónde estaba su escolta en el momento de la explosión? Miles de preguntas se agolpaban en su cerebro. ¿Por qué razón E.T.A. mataba sin compasión? El señor Heredia era un tipo desagradable, pero de odiar a alguien a matarlo, hay un trecho. Sin darse cuenta de que estaba hablando en voz alta, espetó de súbito:

- Malditos hijos de puta...

- ¿Quiénes?

- Los de E.T.A. y su entorno radical.

- E.T.A. todavía no ha reivindicado nada, puede que no hayan sido ellos.

- ¡Por supuesto que son los culpables! Era un hombre demasiado molesto y se han librado de él, no hay otra explicación posible.

- E.T.A. es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

- Te pasas el día defendiendo lo indefendible. ¿No será que tú también estás a favor de la violencia?

- ¡Ya vale, Miguel! ¿No te das cuenta de que no todo en este país es culpa de E.T.A.?

Elurne le miró fijamente, claramente herida por la dureza y el tono de sus palabras. Se levantó de la mesa y empezó a recoger los cacharros del desayuno. Con el semblante sombrío, comenzó a fregar enérgicamente mientras volvía la cabeza hacia él.

- ¿Quién coño eres tú para acusarme de ser violenta? Hace menos de un mes que me conoces y ya estás juzgándome. ¿Porque hablo en euskera con mis amigos? ¿Porque estoy muy orgullosa de mis raíces vascas? Eso no significa que sea una terrorista ni una persona violenta. Qué coño sabrás tú.

- Elurne, perdóname, estoy un poco aturdido. Cuando vine a Kuartango esperaba encontrar un tranquilo valle rural donde aprender costumbres vascas, escribir la tesis y relajarme. Pero no

esperaba encontrarme terrorismo, artefactos explosivos y muerte.

- Me importa tres cojones que estés aturdido. Yo también lo estoy y no voy acusándote de cosas tan serias. Si un día quieres charlar conmigo sobre política, quizá, y sólo quizá, te exponga mis pensamientos. Pero quiero que tengas claro que no los comparto a menudo. Mi ideología es mía y no tengo por qué compartirla con nadie. Tu comentario ha estado totalmente fuera de lugar, y no es justo que pagues conmigo tu frustración o tus miedos. Muchos vascos y vascas estamos francamente hartos de que se nos asocie automáticamente con la violencia y con la muerte. Hartos. Márchate, Mikel. No me apetece que estés aquí en estos momentos.

Con esto, Elurne dio la conversación por concluida, y doblando el trapo cuidadosamente e ignorándole por completo, salió de la cocina y la escuchó correr escaleras abajo.

Aturdido, Miguel miró a su alrededor y apoyó la cabeza entre sus manos. No se podía creer el giro que había dado la conversación; la pelirroja parecía muy cabreada. Enfadado, se levantó de súbito y pegó un fuerte manotazo a la cajita de marihuana de Elurne, que salió volando por la cocina y se estampó en la pared, haciéndose añicos. A grandes zancadas atravesó el pasillo, bajó las escaleras, se metió en el coche y, derrapando agresivamente, salió disparado hacia el camino de parcelaria. Estaba furioso, totalmente colérico, con la reacción de Elurne. No le gustaba que la gente cortara en seco una buena discusión. Su sangre hervía de tal manera que le hubiera encantado contrastar opiniones políticas con ella justo en ese preciso momento. Parecía que la muerte de Heredia no le había afectado demasiado, y se preguntó si sería por ideología política o simplemente porque el difunto era un gilipollas. Frenó bruscamente al doblar la siguiente curva, que estaba próxima a la casa del concejal asesinado. Seguro que estaría llena hasta los topes de Guardias Civiles y Policías, por no hablar de decenas de periodistas. Parecía haber una frontera invisible entre él y la seguridad de su pequeño piso. Si alguno de los guardias civiles le recordaba del registro antiterrorista o de la declaración en casa de Zigor, estaría metido en un buen lío. Le harían detener el coche de inmediato, los periodistas le sacarían fotos y su careto aparecería en las portadas de todos los periódicos y en los noticiarios de todas las televisiones del país. Al imaginar la cara del Coronel Narváez si eso sucediera, Miguel se abrochó el cinturón y se puso las gafas de sol, rezando por primera vez en varios meses. En realidad, no era creyente, pero curiosamente recurría a los rezos cuando estaba nervioso, probablemente porque siempre había visto a su madre hacerlo. Santiguándose, bajó la velocidad e intentó fingir una tranquilidad que no sentía. Al pasar por delante de la casa de Heredia, custodiada por ocho agentes que portaban metralletas relucientes, pensó que su joven corazón sufriría un infarto. Los agentes le hicieron señas y, angustiado, detuvo el coche y bajó la ventanilla. Por suerte, ninguno de los agentes reconoció su cara o su nombre, así que tras echar un vistazo al coche le dejaron pasar.

No dejó de temblar hasta que llegó a casa y atrancó la puerta. Resoplando disgustado, se dirigió a la cocina, abrió la nevera y sacó una cerveza. Se sentó en una silla del salón, meditando con la mirada perdida en el paisaje de Kuartango. Era sospechoso en una investigación por terrorismo y no podía desvelar su verdadera identidad, porque la misión se iría al traste. Las cosas ya no podían empeorar, menudo embolado. ¿Quién le había mandado a él aceptar la misión? Después de la muerte de Luis y del abandono de Natalia, debería haberse tomado unas vacaciones, o incluso dimitir. Su trabajo era muy duro, por mucho que la gente de a pie no lo entendiera. Estar siempre disponible, defender el país con tu vida, enemistarte con compañeros y jefes, sospechar continuamente de todos. Le entristeció constatar que, por mucho que ellos lucharan, no se podía

hacer nada. Vivimos en un mundo donde la gente se pelea, se odia y se mata; donde unos son los buenos y otros los malos. Pero las cosas estaban muy embrolladas en ese momento. Él era de los buenos, pero los investigadores pensaban que era malo. Y Elurne y sus amigos... ¿Eran buenos o malos? ¿Los habría juzgado mal? Con la cabeza a punto de estallar, se levantó y se acercó a un cajón para sacar una aspirina. Al meterse la pastilla en la boca le pareció que una sombra pasaba por delante de la ventana. Tenso, se acercó a la cortina y atisbó la calle con cuidado, pero no vio nada raro. Estoy paranoico, pensó. Sacó un cigarro y se volvió a sentar, inquieto. Cuando estaba encendiéndolo con el mechero, alguien llamó a la puerta con los nudillos, y Miguel saltó de la silla. Con el corazón en un puño, abrió la puerta con precaución unos milímetros. Afortunadamente se trataba de Zigor, que tenía la mirada sombría y se frotaba las manos con nerviosismo. Aliviado de que no fuera la policía, le invitó a pasar.

- ¿Qué tal estás, Mikel?

- Preocupado. Creo que la Policía vendrá a interrogarme.

- Eso mismo pienso yo. Fuimos los únicos a los que entrevistaron el día de los petardos. Vaya marrón se nos avecina.

- Y que lo digas.

Miguel ofreció una cerveza a su amigo y fueron a sentarse al sofá. Se miraron el uno al otro, comunicándose con la mirada las preocupaciones que ambos compartían.

- ¿Y ahora qué hacemos?

- Nada, sólo podemos esperar.

- ¿Esperar a qué exactamente?

- No lo sé.

La habitación quedó en silencio, con el ambiente tan tenso que podía cortarse con un cuchillo. Miguel, mirando al huraño chaval, intentó discernir por sus gestos si había tenido algo que ver con el atentado. Zigor parecía nervioso, pero eso era de esperar, también él se sentía inquieto a pesar de ser inocente. Por sus gestos, tuvo la certeza de que no sabía nada sobre el atentado. No podía asegurarlo, por supuesto, pero siempre se le había dado bien analizar gestos faciales. Pero si no habían sido ellos, ¿Quiénes eran los culpables?

- Zigor, sé que tú no has puesto la bomba en casa de Heredia, pero tengo que preguntártelo porque estoy muy preocupado. ¿Sabes de alguien que pudiera haberlo hecho, sospechas de alguien?

- No, joder, no tengo ni la menor idea. Nadie apreciaba a Heredia, pero de ahí a ponerle un bombazo... Es increíble.

Meneando la cabeza con incredulidad, Zigor se lio un porro mientras intentaba ordenar sus pensamientos.

- Van a pensar que soy yo, Mikel, seguro. Sabes que mi hermano está en la cárcel, ¿verdad?

- Sí, algo me contó Don Gerardo. Pero no le hice muchas preguntas porque no me gusta ser indiscreto.

- Hace unos meses se metió en algo serio y le pillaron; estará encerrado en la cárcel muchos años. Desde que lo arrestaron a él me han estado observando y siguiéndome a mí, estoy convencido de ello.

- No creo, Zigor. Aunque no tengo la menor idea de cómo actúa la policía en estos casos.

- Me han estado siguiendo, te lo juro, Mikel, esas cosas se notan. Al principio, cuando llegaste, pensé que te habían enviado a ti a Kuartango para espiarme.

Miguel le sostuvo la mirada, intentando que sus ojos transmitieran confianza mientras las mentiras iban surgiendo de su boca.

- Cuando llegué, supuse que había algo que no te gustaba de mí y me sentí bastante herido, no te voy a mentir. No sabía cuál era tu problema y me dolió tu frialdad. Me alegro mucho de que ahora nos llevemos mejor. Te lo juro, Zigor, yo no estoy aquí para espiarte. ¿Cómo coño va a ser espía un tipo como yo, que me he pasado los últimos años regentando una librería de barrio en Madrid?

- Lo sé, Elurne habló conmigo varias veces y me aseguró que no creía probable que alguien como tú pudiera hacer algo así. Confía en ti y ella es como mi hermana, así que fui cambiando de opinión. Cuando me ayudaste con el interrogatorio en mi casa el día de los petardos, supe que ella tenía razón y que tus intenciones no son malas. Lo siento de verdad, Mikel, tengo que pedirte perdón. Para empezar, no soy la persona más extrovertida del pueblo y además soy bastante desconfiado.

- No te preocupes Zigor, que no hay problema. ¿Amigos?

Con expresión grave, Miguel le tendió la mano y el chaval, asintiendo, la tomó y la estrechó con vigor. Al verle abrir su corazón por primera vez, Miguel no pudo evitar indagar sobre el tema que más le intrigaba desde que había conocido a los vecinos de Kuartango.

- No te voy a mentir, Zigor. Hay cosas de vosotros, los vascos, que no acabo de entender. Mi profesor de la Universidad me ha llamado esta mañana al enterarse en la televisión de la bomba, y ha intentado convencerme de que enfoque mi tesis en lo político, además de en lo social. ¿Te importaría que te hiciera preguntas sobre tus ideas algún día, dado que hay más confianza entre nosotros?

- No lo sé, Mikel. La política es algo muy personal y no suelo debatir sobre estas cosas con extraños.

- Yo ya no soy un extraño para ti, tío.

- Pero tampoco te conozco desde hace mucho.

- Lo sé. Pero simplemente soy un estudiante que quiere aprobar su tesis.

- Vamos a hacer una cosa, si te parece. Tú me haces la pregunta y yo responderé si creo que no es demasiado comprometida para mí.

- Cuándo, ¿ahora?

- ¿Por qué no? ¿Tienes algo mejor que hacer en estos momentos? Estamos bebiendo cerveza a las once de la mañana, preocupados por la policía y metidos juntos en el ajo; no es mal momento para debates políticos.

- Vale, perfecto. ¿Puedo ir a por un cuaderno para apuntar cosas?

- Claro, estás en tu casa.

Nervioso, Miguel se levantó del sofá y se dirigió a la cocina, donde cogió otro par de botellines de cerveza, un bolígrafo y un cuaderno. No sabía qué preguntarle porque no había tenido tiempo de prepararse. Volvió al salón y se sentó de nuevo junto a Zigor. Aclarándose la garganta, comenzó a soltar preguntas al azar, cruzando mentalmente los dedos.

- ¿Naciste en Kuartango?

- Sí, aquí en Uzanza, en el baserri de mis aitas.

- ¿Y te consideras vasco o español?

- Vasco, pero no español.

- ¿Por qué? Has nacido en una provincia que ha pertenecido legalmente al reino de España desde hace siglos.

- La legalidad del asunto es algo debatible, nunca a lo largo de la Historia han dejado decidir al pueblo. Nuestra cultura es ancestral, y nuestro idioma y tradiciones están firmemente arraigadas desde el principio de los tiempos. ¿Por qué una ley actual decide cómo nos tenemos que sentir? ¿Porque hace siglos un Rey ganó una batalla en épocas medievales? ¿Porque un dictador loco, que quería conseguir su utopía a toda costa, nos ordenó en su día que debíamos olvidar nuestras raíces? No es justo, lo justo sería que el pueblo tuviera la oportunidad de decidir. Nosotros queremos la independencia del pueblo vasco. Queremos tener la libertad de sentirnos vascos sin que nos juzguen por ello.

- ¿Independencia como país, ajeno a España?

- Sí, claro, Mikel. Queremos un país propio con todas sus competencias: Sanidad, Industria, Interior, Hacienda... El país de los vascos, gobernado por los vascos.

- ¿Qué pasaría con los que no somos vascos?

- No entiendo la pregunta.

- Imagina que yo me enamoro en Kuartango y me quedo a vivir aquí. Yo he nacido en Madrid, no soy vasco. ¿Qué pasaría conmigo si finalmente lograsedis la independencia?

- Menuda tontería has preguntado, Mikel. Todo el mundo sería bienvenido, por supuesto. Los vascos somos gente acogedora y no tenemos ningún problema con los extranjeros. En nuestra tierra viven chinos, musulmanes, africanos, europeos, americanos, y en general todos son bienvenidos. ¿Es que no viven extranjeros también en París, en Londres o en Madrid? Nos gustaría ser un país con gobierno independiente, pero no excluiríamos ni echaríamos a nadie, no jodas. Tenéis una idea muy equivocada de lo que significa la independencia para nosotros. Tenemos una economía muy sólida, una buena industria, el turismo crece y hemos demostrado que podemos gestionar un país.

- Pero no habéis demostrado saber hacerlo pacíficamente.

- Cada persona lucha en su bando durante la guerra.

- Pero esto no ha sido una guerra, sino una larga oleada de atentados terroristas. Ha muerto mucha gente y eso es lo que no entiendo, que estéis de acuerdo con matar a inocentes por vuestros ideales. Los independentistas catalanes, que también reclaman la independencia, nunca han recurrido a la violencia.

Zigor se giró hacia él con la mirada intensa y se pasó la mano por el pelo. Podía ver claramente en sus ojos que consideraba el tema resbaladizo y muy complejo.

- Sí, claro que ha muerto gente. Y cuando yo era un adolescente lleno de ideales y de pasión por mi tierra, estaba convencido de que la violencia era el único camino. Sentía que mi pueblo estaba oprimido, que España nos había cerrado las puertas durante la guerra y la posterior dictadura. Franco prohibió nuestro idioma, nuestros bailes, nuestras tradiciones e incluso los nombres vascos, todas nuestras costumbres. ¿Y por qué? Porque era un puto dictador al que le gustaba demasiado el poder. La banda terrorista E.T.A. nació en un momento clave en la Historia; fueron el ejército de los vascos, el símbolo de la resistencia al Franquismo y de esperanza para muchas familias. Los nuestros han muerto también, pero el gobierno no le da importancia. Nuestros muertos no son considerados víctimas del conflicto, simplemente terroristas que hace falta matar.

- Pero Franco ordenó fusilar a miles de personas en todas las provincias de España. No sois los únicos que sufristeis durante la dictadura, y eso es lo que el resto de los ciudadanos españoles no logramos entender. Murió mucha gente en la guerra y en la posguerra, pero sucedió a lo largo y ancho del país. E.T.A. ha matado a más de ochocientas personas en estas últimas décadas, muchos de ellos inocentes. Ninguna otra Comunidad Autónoma ha reaccionado igual después de la dictadura.

- Ya te dije que no lo entenderías. Joder, es super difícil de explicar, a ver cómo consigo explicártelo. Tú, por supuesto, estarás orgulloso de ser madrileño, del Parque del Retiro, la Puerta del Sol, el bocata de calamares, el cocidito madrileño y esas cosas vuestras.

- Claro.

- Imagina que un poder más grande, alguien con muchos prejuicios y las ideas claras, llega al

mando del país y empieza a prohibir todo lo madrileño. Llega incluso a decirnos que no podéis sentirnos Madrileños, que es delito, que hay que sentirse Europeo, por ejemplo. ¿No te dolería en lo más profundo de tu ser? ¿No intentarías hacer algo al respecto?

- Supongo.

- Bueno, pues eso nos ha sucedido a los vascos en varios momentos de nuestra Historia. Cada persona es distinta y, como dice Don Gerardo, tiene su perspectiva sobre el conflicto. Elurne pasa del tema, ella tiene su propia filosofía sobre el pueblo vasco, pero nunca se ha implicado demasiado en estos temas, prefiere observar desde lejos. Unax, sin embargo, es un tío muy político y está convencido de que se puede conseguir una Euskal Herria independiente si conseguimos la unión del pueblo. Le gusta estar implicado en Kuartango, asistir a los Concejos (68) para aportar ideas, trabajar por el bienestar del pueblo, *etc.* Le gustaría poder presentarse en las listas del Ayuntamiento en las próximas elecciones. Iñigo y Galder sin embargo no quieren meterse en política, pero están de acuerdo con reivindicar nuestros derechos en manifestaciones, concentraciones y en actos de apoyo a los presos políticos.

- ¿Y tú?

- A mí no me gustan los problemas, pero admito que soy muy independentista y que tengo pasión por la idea de una Euskal Herria ajena a España. Hace años, te lo voy a admitir, estaba de acuerdo con la violencia de E.T.A. y todo lo que representaba. Últimamente, sin embargo, preferiría que fuéramos capaces de solucionar el conflicto de una manera más pacífica; deberíamos hacer mejor uso de la política, deberíamos hacer una reflexión sobre el conflicto, y personalmente creo que ya es hora de que E.T.A. abandone las armas.

- Pero los españoles quizá ya no creemos que el independentismo vasco sea capaz de dar ese cambio, ha habido demasiadas muertes. Tampoco creemos que E.T.A. vaya a dejar las armas.

- Uno de los problemas a los que nos enfrentamos ahora es que los distintos partidos políticos que conforman el independentismo vasco no se ponen de acuerdo. Tampoco ayuda que el Gobierno Español no permite a algunos de nuestros ciudadanos presentarse a las elecciones. Ilegalizados por violentos, eso es lo que dicen. Puta democracia. Si no nos dejan presentarnos, ¿cómo coño vamos a dar un paso exclusivamente político para arreglar la situación?

Miguel se encogió de hombros, meditando sobre lo que había escuchado. Zigor parecía estar siendo honesto y, aunque no le gustara su opinión tan extremista, tuvo la convicción de que jamás había matado a nadie. Quizá la Guardia Civil estuviera equivocada y estaban siguiendo a un inocente. ¿Y Unax y Elurne? ¿Era toda una coincidencia o le estaban vendiendo la moto? Confuso, Miguel se disculpó y se dirigió al baño y escrutó su imagen en el espejo.

Estaba confundido, cansado y desilusionado, y de pronto deseó no haberse visto nunca implicado en la Operación New Age. El conflicto vasco era demasiado complicado y, aunque nunca lo hubiera pensado, empezó a atisbar algunas de las razones por las que sus nuevos amigos pensaban como pensaban. Suspirando profundamente, salió del baño y se dirigió al salón. Zigor había abierto la puerta del jardín y caminaba inquieto por el césped mientras hablaba a gritos por el móvil. Parecía colérico y además no entendía nada porque hablaba en euskera, así que le dejó hacer. Se dirigió al dormitorio y echó un vistazo a los rastreadores GPS de los demás amigos, por

rutina más que nada. Estaban en sus lugares de trabajo, seguían su día a día como si nada hubiera sucedido. Las cámaras de Lamietxe mostraban a Elurne haciendo el queso en el Gaztandegi. Parecía estar llorando, porque de vez en cuando se pasaba las mangas del viejo jersey por los ojos, apartándose las lágrimas. Miguel se sintió muy culpable por ser el causante de su llanto, y se prometió visitarla más tarde para pedirle perdón. A los pocos minutos Zigor volvió al salón y, furioso, lanzó su teléfono a una de las butacas.

- ¡Putas mujeres! No dan más que problemas.

- ¿Quién era, Garbiñe?

- Sí. Las tías son muy complicadas, Mikel. Garbiñe quiere controlar hasta mi último movimiento: dónde estoy, con quién estoy, a dónde me dirijo, qué voy a hacer cuando llegue allí... Joder, me está volviendo loco.

- Lo siento mucho.

- No lo sientas, que no es tu culpa. ¿Tú tienes novia?

- En estos momentos, no.

- Pues no te busques una, lo único que hacen es dar problemas.

Miguel enmudeció pensando en la pelirroja. Era consciente de que algunas mujeres podían ser complicadas, pero no podía negar que le encantaría tenerla como pareja. Y además los hombres también eran complicados, no se podía culpar siempre al género femenino. Zigor le miró fijamente y esbozó una sonrisa traviesa.

- ¡Ya sé lo que te pasa! Te gusta nuestra hermana pequeña, ¿verdad? Yo no sé qué tiene la moza, pero atrae mucho a los hombres, aunque a ella le traen sin cuidado. Si fuera tú, hablaría con Galder; está colado por ella desde la infancia.

- ¿Y ella le corresponde?

- No, qué va. Únicamente son amigos, pero a Galder le está costando quitársela de la cabeza.

- Ya veo.

Sin poder contenerse, Zigor estalló en una sonora carcajada al observar su rostro compungido.

- Si te gusta Elurne, adelante, inténtalo con ella, pero sin hacerle daño a Galder. Aunque deberías saber que Elurne tiene un gusto muy extraño, nunca hemos sabido exactamente qué es lo que busca en una pareja. Nunca le han interesado los guaperas, los musculitos, los ricachones ni los que presumen de tener grandes trabajos, casas o coches.

- No lo sé, todavía no sé si intentaré algo, es pronto, la acabo de conocer. Y, además, yo tampoco tengo claro qué es lo que busco. Desde que me dejó Natalia estoy sufriendo mucho, y no sé si quiero una relación. Además, esta mañana hemos tenido una bronca bastante seria.

- ¿Elurne y tú? ¿Por qué?

- Porque me he puesto nervioso pensando que la policía vendría a buscarme, y he acabado acusándola de estar de acuerdo con los que mataron a Heredia.

- Joder, Mikel. Conociéndola, se habrá encolerizado como una leona.

- Estaba totalmente furiosa. De hecho, parecía otra persona. Me ha dicho que me largara inmediatamente.

- No te preocupes, tío, se le pasará. Elurne tiene mucho carácter y una personalidad muy fuerte, pero enseguida se le olvidan las ofensas. Si le pides perdón con sinceridad, todo volverá a su cauce enseguida. Yo te aconsejaría que le lleves unas flores, le encantan y le tranquilizan mucho. Hazme caso, que la conozco como la palma de mi mano porque es mi mejor amiga desde la guardería, llévale flores.

- Pero en Uzanza no hay floristería.

- Joder, Mikel. Vaya con el puto señorito de ciudad. Estás rodeado de campos y de bosques, y estamos en primavera. Date un buen paseo y encontrarás cientos de flores para llevarle.

- Tienes razón, gracias, Zigor.

- De nada. Oye, no parece que vaya a venir la policía a interrogarnos por el momento, igual me marchó a ver qué hace Unax. ¿Te vienes conmigo?

- No, gracias. Voy a aceptar tu consejo y me voy a dar un paseo.

- Vale. Muchas gracias por las cervezas.

- Y a ti por la charla, Zigor. Gracias por tu honestidad y por intentar explicarme algo que me ha costado toda la vida asimilar. Tus opiniones sinceras me han ayudado mucho.

- No hay problema. Ha sido una conversación compleja pero agradable. Yo te agradezco desde el corazón tu respeto a mi opinión, tus preguntas respetuosas y tus ganas de entendernos. No es habitual poder hablar de estas cosas, lamentablemente. Hasta luego, Mikel, ¿nos vemos en la taberna a la noche?

- No lo sé, igual voy a ver a Elurne esta tarde.

- Buena idea, Casanova. Suerte con eso.

- Agur, Zigor.

Con un gesto de despedida, salió del salón y cuando por fin se fue, Miguel se desplomó en el sofá con los ojos cerrados, algo deprimido. Al poco tiempo se incorporó esperanzado. Había algo que podía hacer en esos momentos mientras paseaba buscando flores para Elurne. Debía volver al bosque, al edificio donde vio a los cuatro amigos aquella noche trasladando las cajas de petardos. Intentaría encontrar el sitio exacto donde los guardaban; quizás allí pudiera encontrar algo de

información para apaciguar el mal humor de Narváez. Se cambió de ropa, cogió las llaves del coche y arrancó con energías renovadas.

Por suerte, para llegar allí no tenía que pasar por delante de la casa de Heredia, llena hasta los topes de policías. En la plaza del pueblo vio que la multitud de periodistas seguían allí apostados esperando noticias mientras charlaban con Txiki. Miguel no creía que el tabernero pudiera darles información importante, pero el enorme hombretón parecía estar disfrutando con la atención de los recién llegados. Le saludó desde el coche, pero pasó de largo sin detenerse. Al cabo de un rato, aparcó bajo unos árboles y empezó a caminar con el cachorro, que había crecido mucho en esas semanas y se desfogaba correteando por el bosque. Sin saber exactamente por dónde comenzar la búsqueda se adentró en el bosque, y comenzó a otear entre los árboles. Después de una hora se sentó en una piedra al lado del río, sacó un cigarrillo y observó a su alrededor. Hacía un día espectacular, no había nubes en el cielo y los rayos del sol acariciaban su espalda, calentándolo. Un destello inesperado le sacó de su ensimismamiento. Había visto brillar algo cerca y, esperanzado, empezó a caminar de nuevo. El destello provenía de un CD que estaba atado a la rama de un árbol y, al acercarse, vio que había más. En el suelo del bosque, en un pequeño claro entre los robles, había diez plantas de marihuana pequeñas, todavía en fase de crecimiento. Probablemente se trataba de la plantación privada de algún vecino, una huerta ilegal. Sonriendo comprensivo, continuó caminando entre los árboles y a través del denso follaje distinguió una ruinoso ermita de piedra.

Era un edificio pequeño, de forma rectangular y con el tejado estropeado. Algunas de sus piedras lucían desgastadas y daban al lugar un aire bastante siniestro. Realmente intrigado, Miguel escudriñó los alrededores para comprobar que no había coches por allí. Se acercó con tiento y miró a través de una sucia ventana. No se distinguía nada, así que rodeó la ermita y forcejeó con la verja hasta que logró abrirla. Al entrar comprobó inmediatamente que no podía tratarse de un zulo de E.T.A. Había varios sacos de tierra apilados en un rincón, una mesa, dos sillas cochambrosas, un camastro viejo, cubos de plástico y azadas, palas y rastrillos. Parecía que había dado con el escondite de los dueños de las plantas de marihuana. Aquellas eran las herramientas necesarias para asegurarse una exitosa cosecha en Otoño. Se acercó a la mesa, encima de la cual reposaban dos cajas de cartón. Las abrió, convencido de que dentro probablemente encontraría petardos exactamente iguales a los que habían estallado en casa de Heredia. Enseguida comprobó que no se había equivocado. Decepcionado, inspeccionó minuciosamente la estancia, buscando una trampilla en el suelo o algún escondite donde se pudieran almacenar explosivos. Pero no hubo suerte; allí no había nada comprometedor, y la rabia le hizo pegar un fuerte puñetazo en la pared.

Al instante deseó no haberlo hecho. Sus nudillos comenzaron a sangrar profusamente, así que salió disparado de la ermita cubriéndose la mano con la chaqueta. No quería que su sangre le metiera en problemas si descubrían el escondite durante la investigación policial. Se secó la mano con un pañuelo y se dirigió al coche de muy mal humor, recogiendo flores por el camino para apaciguar a Elurne. Cuando por fin llegó a casa, se sentó frente al ordenador para comprobar que las cámaras y los rastreadores todavía funcionaban correctamente. Abrió su cuenta de correo electrónico, pero no había noticias de Kevin sobre la investigación de la empresa de Elurne, SWK. Se entretuvo un rato en su ordenador con los diversos programas y a las siete en punto, tal y como le había ordenado Narváez, descolgó el teléfono y marcó su número. Tuvo que intentarlo varias veces porque el Coronel comunicaba, pero al tercer intento contestó con voz firme.

- Buenas tardes, Miguel. Gracias por ser puntual.

- Buenas tardes, mi Coronel.

- He hablado con los altos mandos de la Operación New Age hace un rato. La investigación sigue en curso, pero por ahora no han encontrado ninguna evidencia que nos indique quién pudo ser el autor del atentado. No hay huellas dactilares, fibras, huellas de pisadas ni pelos. Siguen rastreando la zona con la esperanza de encontrar algo.

- ¿Cuál es el siguiente paso?

- Me acaban de informar de que serás interrogado mañana en la Comisaría de Vitoria. Debes estar allí puntual a las doce del mediodía. He hablado personalmente con el jefe del Cuartel y le he hecho partícipe de nuestra misión secreta. Comprende perfectamente tu función y es consciente de la importancia de mantener tu clandestinidad, así que me ha asegurado que te dejarán en libertad después del interrogatorio. Le he ordenado mantener el secreto. Él será el único que lo sabe, por lo que los demás agentes seguirán considerándote sospechoso. Puede que te causen problemas en los próximos días, pero considérate afortunado de que haya podido enderezar la situación.

- Gracias, mi Coronel.

- Necesito que vengas a Madrid mañana, en cuanto acabes en la comisaría. Tengo que hablar contigo en persona, debemos revisar la misión meticulosamente y planificar nuestros próximos pasos.

- ¿A Madrid? ¿Mañana?

- Cuando salgas de Vitoria, sin demoras y sin excusas. Es una orden.

- De acuerdo, mi Coronel. ¿Cuándo podré volver a Kuartango?

- Cuando yo te diga, ni un minuto antes o después. Te alojarás en un hotel de las afueras. Cuando llegues a Madrid pásate directamente por aquí, te estaré esperando.

- Sí, mi Coronel.

- Hasta mañana, entonces. Buenas tardes.

Narváez colgó bruscamente el teléfono otra vez y Miguel se quedó con el auricular pegado a la oreja, estupefacto y decepcionado. Al día siguiente tendría que volver a Madrid y no le apetecía lo más mínimo, a decir verdad. Volver a su antigua vida se le antojaba aborrecible. Sólo llevaba unas semanas en Uzanza, pero la idea de volver a la capital le agobió. No tenía ninguna gana de ver las calles abarrotadas, la contaminación del tráfico, los altos edificios, el ruido... Y, sobre todo, no le apetecía alejarse demasiado de Elurne y de Lamietxe. Disgustado, apagó el ordenador y volvió a meterse en el coche, dejando el ramo de flores silvestres en el asiento del copiloto. La plaza del pueblo seguía llena de periodistas, y se dirigió a Lamietxe con el corazón en un puño. Los Guardias Civiles que le habían parado por la mañana seguían apostados en casa de Heredia, y al reconocerle le dejaron pasar sin obligarle a parar.

Cuando llegó al encantador caserío aparcó el coche frente a las cuadras, y cuando estaba quitando la llave del contacto escuchó el tono de su móvil. Descolgó sin mirar quién llamaba. Era Zigor, avisándole de que había sido citado por la Guardia Civil a declarar al día siguiente en Vitoria a las cuatro de la tarde. Miguel le contó que él tenía también cita por la mañana. Se desearon suerte y se despidieron, nerviosos los dos por el interrogatorio del día siguiente. Salió del coche, cogió las flores y se dirigió a la casa. Subió las escaleras de dos en dos y buscó a Elurne en la cocina y en el salón. Como no la encontraba, siguió abriendo puertas por el pasillo, llamándola con voz suave. Cuando llegó a la puerta de su habitación, dudó sobre si debía entrar. Si estaba dormida le pegaría un buen susto, y probablemente ella ni siquiera quería verle. Suspirando, golpeó en la madera con los nudillos. A los pocos segundos escuchó su voz que le invitaba a pasar. Abrió la puerta y la encontró tumbada en la cama con los brazos reposando bajo la cabeza, observando el techo de la habitación. Llevaba puesto un desgastado pantalón de chándal y una raída camisa de cuadros que le quedaba demasiado grande. Probablemente la camisa pertenecía a su difunto abuelo. Parecía estar agotada y tenía los ojos enrojecidos de llorar. Miguel sintió que su corazón se hundía al verla. Se acercó hacia ella y se sentó en el borde de la cama, alargándole el ramo de flores.

- Elurne, perdóname por lo que te he dicho esta mañana. Tienes razón, he sido un imbécil. No debería haber dicho lo que te dije bajo ningún concepto. Siento haberte hecho daño.

La pelirroja se volvió hacia él mirándole con ojos tristes que parecían atravesarle el alma. Se incorporó de pronto y apoyó la espalda en el cabecero de la cama. Cogió el ramo con las manos y se lo acercó a la nariz, aspirando su perfume sin dejar de mirarle.

- Por favor Elurne, dime algo, sé que me he comportado como un capullo. No es verdad lo que dije, no pienso que seas una persona violenta. Pagué mi nerviosismo contigo y no fui justo.

La pelirroja siguió en silencio un rato, mirándole directamente a los ojos. Los minutos pasaban lentamente, y Miguel se sintió cada vez más nervioso. De repente Elurne bajó los ojos, miró las flores y comenzó a hablar en voz baja.

- Sé que no piensas que soy una terrorista, y sé que estabas nervioso, pero no solucionas nada siendo borde conmigo. De hecho, lo empeoras todo. Estamos comenzando nuestra amistad, disfrutamos de la compañía del otro y, creo que no lo podemos negar, hay cierta atracción entre nosotros. No quiero que me vuelvas a hablar en ese tono de voz, nunca. Entre adultos no hace falta gritar; si tienes algo que decirme perfecto, pero lo dices sin agresividad. Si tenemos puntos de vista diferentes es respetable pero no hace falta discutir y acusar, un debate es suficiente. Creo en el respeto al otro y a su punto de vista. El respeto es necesario en toda relación, ya sea de familia, amigos o pareja.

La pelirroja volvió a levantar la vista y le miró, serena. Miguel, sintiendo la vergüenza crecer en su interior, se acercó a ella milímetro a milímetro.

- Elurne, lo siento de verdad. Tienes toda la razón y lo tendré siempre presente. Perdóname, no he querido hacerte daño.

La pelirroja asintió lentamente y una sonrisa se asomó a sus labios, iluminándole el rostro. Volvió a aspirar el aroma de las flores y la sonrisa se amplió.

- Son muy bonitas, muchas gracias. ¿Las has cogido en el monte?

- Sí, pensé que te gustarían.

- Me encantan.

Se levantó de la cama y salió al pasillo indicándole que le esperara. Miguel, más relajado, se descalzó y se sentó en la cama. Elurne volvió enseguida con un jarrón de barro lleno de agua; metió las flores y lo dejó en el alféizar de la ventana. Satisfecha, se sentó junto a él.

- ¿Has tenido algún problema con la poli esta mañana?

- Me han parado delante de casa de Heredia, pero no me han registrado el coche. Por otra parte, me han llamado del Cuartel de la Guardia Civil en Vitoria y me han citado mañana a las doce. Zigor también ha recibido una llamada y tiene cita a las cuatro.

- ¿A Zigor también?

- Estamos los dos flipando porque no hemos hecho nada.

- No pueden hacer nada. Tú estabas conmigo y él en la taberna.

- Probablemente te llamarán a declarar más adelante.

- Lo sé.

- ¿Te preocupa?

- No, la verdad. Nosotros no tuvimos nada que ver, estábamos el uno con el otro, así que no hay problema con las coartadas.

- Elurne, no seas inocente. Las bombas llevan detonadores que pueden programarse con días de antelación. En realidad, podría haber sido cualquiera de nosotros.

Ella le miró con un gesto de reproche.

- No soy inocente; no olvides que trabajo con productos químicos y que he estudiado todo sobre explosivos en la Universidad. Pero nosotros no hemos puesto la bomba. La policía no encontrará pruebas contra nosotros.

- Zigor y yo no lo tenemos tan claro. Y para empeorarlo todo, tengo que ir a Madrid mañana, y a la policía le parecerá sospechoso que me marche.

- ¿A Madrid? ¿Para qué?

- Tengo que ir a la Universidad. Viene un investigador famoso a impartir un curso intensivo. Mi profesor me matará si no me ve en la Facultad. También quiere revisar mi progreso con la tesis; cree que me he relajado demasiado en Kuartango y que no es aceptable que vaya con retraso.

- Entonces te espera un buen broncazo.

- Exacto.

- Lo siento. ¿Puedo ayudarte en algo? Me siento culpable; al fin y al cabo, me has ayudado tanto con Lamietxe que has descuidado tus estudios.

- No te sientas culpable, me encanta ayudarte con las labores. Es interesante comprender cómo funciona un caserío vasco tradicional. Y la verdad es que me siento muy atraído por esta casa, especialmente por sus habitantes.

Se miraron el uno al otro intensamente y, sonriendo, Elurne se acercó a él. Sin pensárselo dos veces, Miguel la besó suavemente en los labios. Fue un beso eléctrico, un beso que pareció electrocutarle el alma. Sin hablar y mirándose con pasión, se desnudaron el uno al otro. La pelirroja era muy hermosa, con la piel suave, clara y bañada en la tenue luz del atardecer que se colaba por la ventana. Conteniendo la respiración, Miguel la observó detenidamente. Nunca había visto una mujer más atractiva, y empezó a acariciarle el cuerpo, primero con las manos y luego con los labios. Nunca antes había sentido algo así, esa conexión tan intensa al hacer el amor. Las sensaciones que experimentó aquella tarde eran nuevas para ellos, y disfrutaron juntos besándose, acariciándose, haciendo el amor, hablando y bromeando. Después de cenar se acurrucaron en el sofá frente a la chimenea y, abrazados bajo la manta, cayeron en un profundo sueño.

Al abrir los ojos a la mañana siguiente y encontrarse desnudo junto a ella sintiendo su suave piel, Miguel se sintió feliz. La pelirroja le había gustado en el preciso instante de conocerla en la taberna, pero después de conocerla y de tan romántica noche, estaba convencido de amarla, aunque no pensaba decírselo a ninguno de sus nuevos amigos o se reirían de él. Al fin y al cabo, era demasiado pronto para decir esas cosas. La besó suavemente en la frente y ella abrió los ojos y se restregó perezosamente contra él, sonriente.

- Buenos días, preciosa, ¿qué tal has dormido?

- De lujo, ¿y tú?

- Yo también.

- Mikel, espero que no pienses que soy una golfa por lo que pasó anoche.

- No lo pienso, muy al contrario. Fue una noche mágica, de principio a fin. Me gustas mucho, Elurne, y me encantaría poder seguir lo que hemos empezado y pasar más tiempo juntos.

- A mí también, me atraes mucho desde el día en que nos conocimos.

Sonriendo, se besaron bajo la manta durante unos minutos hasta que Elurne sacó la cabeza y gritó, presa del pánico.

- ¡Las ovejas! ¿Qué hora es?

- Las ocho.

- Joder, llevo casi dos horas de retraso. ¡Mierda!

Se quitó la manta, saltó del sofá y corrió desnuda por el pasillo en dirección a la habitación. Miguel la siguió, decepcionado por el final de los arrumacos, pero sonriendo con la imagen de la muchacha.

- Me gusta tu culo cuando correteas por el pasillo, pelirroja.

- Cochinillo...

Se vistieron a toda prisa muertos de la risa, con esa complicidad de los amantes recién estrenados. Corrieron hacia la cuadra y ordeñaron a buen ritmo mientras charlaban sobre el interrogatorio de Miguel.

Cuando acabaron, dieron de comer a los animales y limpiaron los gallineros. Elurne le invitó a desayunar, pero Miguel se vio obligado a declinar.

- Lo siento guapa, pero tengo que ducharme antes del interrogatorio y preparar ropa para llevar a Madrid.

- ¿Cuándo volverás a Kuartango? ¿Mañana después del curso?

- No lo sé, tengo que llegar allí esta tarde, no sé cuándo querrá revisar Narváez mi tesis.

- ¿Narváez?

Joder, menudo descuido. Quería evitar dar nombres reales a toda costa. Hasta ese momento había descrito al viejo coronel como su profesor, pero sin especificar su nombre.

- Sí, es mi profesor de la Universidad. Te llamo en cuanto sepa cuándo vuelvo, ¿de acuerdo?

- Vale. ¿Te quedas con tus padres? Tendrás ganas de verlos, llevas un par de semanas.

Era verdad, llevaba varias semanas en Uzanza y apenas había pensado en su madre. No sabía si le daría tiempo de ir a visitarla, pero en cualquier caso no podía contarle a Elurne la verdad, así que siguió mintiendo, sintiéndose algo culpable.

- Sí, dormiré con ellos esta noche porque les hace ilusión. Aunque no sé si les echo mucho de menos.

- El problema es que no echamos algo de menos hasta que nos falta. Yo, por ejemplo, echo de menos a mis padres sin haberlos conocido.

Miguel la abrazó con fuerza y le besó la frente. No tenía ninguna gana de marcharse a Madrid y dejar a Elurne en Kuartango cuando acababan de comenzar algo juntos. Se despidieron en el coche, apenados, y prometieron verse cuando Miguel regresara.

Cuando llegó a la Pensión Chifflet, Miguel se duchó a toda prisa, se cambió de ropa y metió en el maletero del coche una bolsa y su ordenador portátil. Antes de salir, se aseguró de que ningún

papel de la misión quedaba a la vista en la habitación. Escribió una nota para Zigor, avisando que se marchaba a Madrid a un curso un par de días y que faltaría a la sesión de entrenamiento de Sokatira por la tarde. También le deseó suerte para su interrogatorio y escribió que le llamaría. Introdujo el papel debajo de su puerta y subió al coche, nervioso, pensando en su inminente cita en el cuartel de Vitoria.

Normalmente era él quien interrogaba a los sospechosos, nunca se había visto en semejante situación. Por lo menos el Jefe del Cuartel sabía la verdad sobre su identidad. Cuando llegó a Vitoria, estacionó el coche a un par de calles del edificio y se dirigió al interior, nervioso. Al entrar le indicaron que esperase en una silla y pronto le hicieron pasar a una sala de interrogatorios. Se encontró delante de dos agentes, uno de los cuales se presentó como el jefe de la División Antiterrorista y le hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza, confirmándole que sabía la verdad sobre la Operación New Age. Al verlo, Miguel se tranquilizó de inmediato y respondió a sus preguntas con frases breves y concisas. El segundo agente parecía frustrado con su jefe por no ser más duro con el sospechoso, pero no le quedó más remedio que callarse porque tenía un rango inferior. Le preguntaron lo que ya se esperaba; dónde estaba en el momento de la detonación, dónde había estado los días anteriores, quién le había visto para poder confirmar la coartada... Volvieron a sacar el tema de los petardos, y Miguel repitió la misma historia que había contado aquel día para encubrir a Zigor. Estaba empezando a volverse loco con todas las mentiras que se veía obligado a contar a diestro y siniestro. El interrogatorio duró un par de horas y después le soltaron con la promesa de que no saldría del país mientras durase la investigación.

Salió aliviado de allí, parecía que el plan del Coronel Narváez había dado resultado. Dos agentes le miraron con odio al salir a la calle, pero Miguel los ignoró, aunque tenía los nervios a flor de piel. Estuvo a punto de volverse y empezar a gritarles, pero se contuvo y caminó despacio hacia el coche. Entró, encendió la radio y arrancó. Llamó al Coronel para avisarle de que estaba en camino, recibió órdenes de dirigirse directamente a su despacho, Narváez le esperaba allí.

Las horas que tardó en llegar a la capital se le hicieron eternas. El tráfico era muy denso comparado con el de Kuartango, y los conductores parecían volar por la autopista. Al entrar en Madrid se sintió ahogado por los atascos y los altos edificios grisáceos. ¿Cómo podía la gente vivir allí toda la vida? ¿Cómo podía él mismo haber vivido allí durante tanto tiempo? Era realmente aborrecible y echó de menos los montes de su nuevo hogar. Cuando llegó al edificio del Servicio de Información de la Guardia Civil, su antiguo puesto de trabajo, Miguel tenía un enorme dolor de cabeza. No tenía ninguna gana de sentarse delante de Narváez a llevarse un rapapolvo, y eso era precisamente lo que le esperaba. Al entrar en el edificio, la guapa recepcionista no le reconoció con la barba y la nueva indumentaria de monte. Aliviado, entró en el ascensor y pulsó el botón. Recorrió los últimos metros muy nervioso. Elena, la secretaria, ya no estaba en su escritorio. Golpeó con tiento la puerta del despacho y, al instante, una voz atronadora le ordenó pasar. Abrió la puerta, respiró hondo y entró, encontrándose cara a cara con Narváez por primera vez en casi varias semanas. El Coronel, que tenía el semblante serio, no se levantó de su butaca y con un gesto brusco le indicó que se sentara. Miguel tomó asiento.

- ¿Has tenido un buen viaje?

- Sí, mi Coronel, gracias.

- ¿Has estado en el interrogatorio en Vitoria?

- Sí, claro.

- ¿Y cómo ha ido?

- Como usted dijo, mi Coronel. Me formularon las preguntas necesarias para poder hacer un informe, pero me dejaron marchar inmediatamente después. ¿Qué ha pasado con Zigor, se sabe algo?

- Parecido. Todavía no hay pruebas, así que le han dejado marchar a casa.

Miguel se retorció las manos, nervioso. Los ojos del Coronel se clavaban en su rostro, acusadores y retadores.

- ¿No tienes nada que decir, Miguel?

- ¿Sobre qué?

- Sobre tu comportamiento en las últimas semanas. ¿Crees que es una broma?

- Claro que no, mi Coronel.

- Pues eso parece. Llevas semanas allí y sólo has instalado un par de cámaras y colocado unos rastreadores. No has visto nada raro, nada te ha parecido sospechoso y, sin embargo, han matado a un hombre delante de tus narices.

- He hecho lo que he podido.

- Eso es mentira, y lo sabes.

El Coronel se agachó, abrió un cajón de su escritorio y le pasó una carpeta marrón. Miguel la cogió y sacó los papeles que había dentro. Contenía informes detallados de la investigación de otro agente de la operación New Age. Había registros con fechas de los movimientos de los sospechosos, copias de las tarjetas SIM de sus móviles, con información precisa sobre a quién habían llamado y cuándo lo habían hecho. El agente había entrado en varios locales para registrarlos y había encontrado manuales de entrenamiento para terroristas y había detenido a los dueños de los locales. Todo en menos de un mes. Suspirando, cerró la carpeta y se la devolvió a Narváez, que le observaba con un gesto acusador en la mirada.

- No me digas que has hecho todo lo que has podido.

- Quizá no he hecho tanto como este tipo, no.

- Eso es un buen trabajo, y eso es lo que espero de ti.

- Sí, mi Coronel.

- Volverás a Kuartango mañana cuando te levantes, no queremos despertar sospechas. Pero a partir

de ahora tenemos que cambiar nuestro modo de actuar. En primer lugar, quiero que me envíes todos los días un informe por email, incluyendo detalles de cómo has utilizado tus horas. A quién has seguido, con quién has estado, y dónde estaban los sospechosos mientras tanto. Quiero también que esta semana, sin falta, copies información de los teléfonos móviles de los tres principales sospechosos, Elurne, Unax y Zigor. Analiza exhaustivamente sus llamadas y sus mensajes. Y tienes que efectuar más registros. Dime, ¿cuántas viviendas has investigado?

- El piso de Zigor a fondo, allí no hay nada. El caserío de Elurne es enorme, así que he registrado una parte, pero no todo.

- No es suficiente. Acaba de registrarlo y empieza con la casa de Unax. ¿Has estado allí?

- Nunca.

- Pues ya es hora, Teniente, ya es hora.

- Sí, mi Coronel.

Narváez, visiblemente cabreado, se levantó de la silla y empezó a caminar por el despacho apoyándose en su bastón. Miguel, harto de su jefe, le observó mientras el viejo coronel cojeaba.

- Dime, hijo, ¿por qué no estás trabajando tan duro como siempre?

- Estoy trabajando duro.

- No es así, Miguel, no estás tan concentrado como es habitual en ti. Normalmente eres el primero en tener éxito. Te he observado durante años y nunca te he visto actuar con tanto desinterés.

- Estoy interesado.

- No lo estás. ¿Te das cuenta de que ni siquiera me has preguntado cómo va la misión?

Miguel calló, a sabiendas de que no le serviría de nada protestar. Supuestamente, le habían indicado que los movimientos de cada agente eran secretos, así que no había querido preguntar. Aunque sabía que el Coronel tenía algo de razón, en realidad no le interesaba cómo les iban las cosas a los demás agentes. Él ya tenía suficientes problemas con lo suyo.

- ¿Y cómo va todo?

- Bien, pero progresamos más lento de lo previsto. Habrás visto en las noticias que hemos arrestado a varias personas en Bilbao y en Biarritz.

- Sí.

Otra mentira, pensó Miguel. No había visto las noticias en varios días porque había estado disfrutando en Kuartango con sus nuevos amigos.

- En total hemos arrestado a ocho personas y tenemos pruebas suficientes para arrestar a otras cuatro en un par de días. Los investigadores franceses nos están ganando y no nos hace ninguna

gracia. Esos franceses se creen superiores. El Ministro del Interior no está contento. Me llamó ayer muy enfadado con el hecho de que haya detonado una bomba en nuestro puesto de espionaje. Me sugirió que te apartara de la misión, pero le convencí de lo contrario, dado que no es fácil reemplazarte en una población tan diminuta. Necesito que dejes de hacer el tonto inmediatamente. Sé que la muerte de Luis y el final de tu relación con Natalia te han afectado mucho. Pero tu objetivo, que juraste al entrar en la Guardia Civil, es servir a España y perder tu vida si es preciso luchando contra el terrorismo o ayudando a neutralizar cualquier otra amenaza al país.

- Sí, mi Coronel.

- No estoy contento, Miguel; estás manchando tu nombre y el mío, espero de inmediato una mejora considerable en tu actitud. No quiero verme obligado a tomar medidas más drásticas.

- Claro, mi Coronel.

Miguel empezaba a sentirse realmente cabreado. Narváez estaba actuando como si fuera su culpa que hubiera muerto alguien en Uzanza. Quizás se había despistado las últimas semanas, pero había estado trabajando; había visitado a los vecinos para sonsacarles información, había instalado cámaras y rastreadores y registrado la ermita. Se abstuvo de pedirle explicaciones, pero se preguntó a qué se refería Narváez con que tomaría medidas. ¿Le echaría o simplemente le apartaría de la misión? El Coronel volvió a sentarse frente a él y le clavó sus heladores ojos azules. Miguel sintió un cosquilleo por la espalda que no auguraba nada bueno. Se aclaró la garganta y con voz grave despidió a Miguel.

- No me falles, Miguel; te estoy avisando, no me falles. No tolero que agentes ineptos arruinen mi reputación. Concéntrate en tu objetivo, quiero resultados inmediatos. No comas, no duermas y no descanses hasta que tengas pruebas suficientes para arrestar a alguien. Y ahora vete al hotel, duerme algo y vuelve a Kuartango temprano. Quiero el primer email con tu progreso diario mañana a la noche, sin falta.

- Sí, mi Coronel.

- Hablaremos el viernes. Miguel, recuerda, quiero resultados ya.

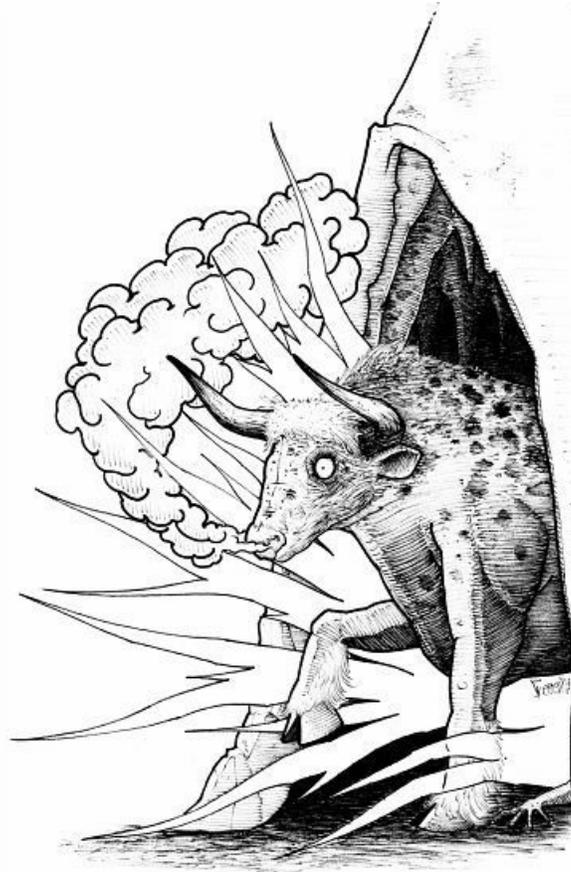
- Adiós, mi Coronel.

Salió del despacho malhumorado y con ganas de abofetear a Narváez por perdonavidas. ¿Qué coño sabría él sobre lo que estaba pasando en Uzanza? Y ¿qué era eso de no duermas, no comas? Si al Coronel le apetecía pasar las veinticuatro horas del día metido en su despacho era su decisión, pero Miguel estaba harto de trabajar horas extra durante años para nada. Se metió en el coche y condujo hasta el hotel que le había reservado su jefe. Tacaño, pensó mientras aparcaba. Se trataba de un hotelucho de mala muerte en un barrio de la periferia de Madrid, con las vías del tren a pocos metros de su ventana. El ruido era ensordecedor cada vez que un tren pasaba por delante del hotel, lo que empeoró su humor. La dueña le preparó un sándwich que se comió sentado encima de la cama. Envío un mensaje a Elurne diciendo que la estaba echando de menos, y ella respondió a los pocos minutos, lo que le animó bastante. Estaba ilusionado por conocerla más y avanzar en una posible relación. Aunque se sentía culpable por todas las mentiras que le había dicho, todavía no podía contarle quién era él realmente. Le avergonzaba estar engañando a

la chica que había empezado a querer.

Se sintió muy cabreado con el giro que estaban dando las cosas en el terreno profesional. Menudo marrón, le tocaba espiar a fondo a su nueva novia y a sus nuevos amigos y el Coronel Narváez estaría controlando sus movimientos a diario. Y lo que era el colmo, la policía estaba convencida de que él era un terrorista vasco. ¿Podrían complicarse las cosas más? En ese momento le pareció imposible. Estaba agotado de darle vueltas a la cabeza sin encontrar solución a ninguno de sus problemas. Se desnudó, se metió en la cama, se fumó un cigarrillo y se arrebujó en el edredón. Se sintió terriblemente solo, un bicho raro, un don nadie colgando entre dos mundos, Madrid y Kuartango. Le costó mucho, pero al final se durmió profundamente y cayó en un sueño inquieto y lleno de pesadillas.

ZEZENGORRI



ZEZENGORRI

Imponente, musculoso y terrorífico, Zezengorri es un toro rojo maligno que vive en nuestras cuevas y que arroja fuego por la boca y la nariz cuando está furioso. Es el guardián de las entradas al inframundo de los espíritus, y se enfurece cuando los humanos osan romper la paz del interior de las cuevas. Dicen que algunos custodian fabulosos tesoros.

Kuartango, marzo de 1.976

Volvemos a vivir tiempos convulsos y hoy escribo muy preocupada por Kattalin. Estoy esperando a que Antonio la traiga a casa, es muy tarde y todavía no han llegado. Ha pasado mucho tiempo desde que nació y ya es adulta, soy consciente de ello, pero no por eso he dejado de preocuparme por ella. Tiene veintiún años y estoy convencida de que nos ha salido rebelde. Antonio dice que no es que sea rebelde, sino que le ha tocado vivir la juventud en unos momentos muy agitados para una sociedad que está intentando reconstruirse. El veinte de noviembre del año pasado por fin murió Francisco Franco, el dictador que ha dirigido el país y controlado nuestras vidas durante las últimas décadas. Muchos dicen que echarán de menos su manera eficiente de gestionar las instituciones y las infraestructuras del Estado, pero yo me alegro de que esté muerto. Nunca podré olvidar que fueron él y sus secuaces los que raptaron y asesinaron a mi padre, a mi abuelo y a mi tío Kepa y nos dejaron desoladas y solas.

Vivir la dictadura ha sido muy difícil para nosotros, no sólo por la hambruna y la pobreza que hemos sufrido, sino también por tener que asimilar que los asesinos de mi familia han salido impunes de cada tortura y cada ejecución y, en vez de castigarlos, se les ha tratado como a héroes y se les han concedido honores y cargos en la Administración. Es una injusticia y no hay derecho, deberían pedir perdón por sus crímenes, o mejor aún, pagar por ellos. Ahora mismo estamos viviendo lo que desde Madrid han denominado la Transición, o lo que es lo mismo, el cambio de gobierno de la antigua dictadura a una supuesta democracia. Yo no creo que este país vaya a lograr nunca una verdadera democracia; los herederos políticos de Franco siguen en activo y presionan al pueblo para que voten al partido que ellos quieren. Espero realmente que no vayamos a entrar en una segunda guerra civil; a diario nos llegan noticias de altercados y peleas en las calles, y el ambiente de incertidumbre me recuerda al de hace décadas. Franco decidió dejar al país como herencia una monarquía obligada, y ha nombrado a Carlos de Borbón, un monarca en el exilio, su heredero. De este modo se asegura la usurpación completa y definitiva de la antigua república. Y ahora todos los políticos están agrupándose en partidos para hacer campaña y presentarse a las primeras elecciones después de la dictadura, que se celebrarán el año que viene. Me alegra saber que por fin los obreros de la industria están saliendo a la calle a demandar mejores condiciones laborales y más derechos para los trabajadores. A pesar de que la provincia de Álava ha mejorado mucho desde el final de la guerra, es innegable que algunas clases sociales se han beneficiado más que otras del crecimiento económico de los últimos años. O por lo menos eso dice Kattalin, que es una joven apasionada por la política, la justicia social y la lucha por la defensa de los derechos de la mujer. Yo no tengo energía para esas cosas ya, prefiero seguir concentrada en mis labores de Lamietxe y en la cría de mis elegantes gallos negros, que es lo que realmente me llena. La lucha la dejo para las generaciones más jóvenes, que tienen la pasión suficiente para cambiar las cosas. Kattalin fue una pequeña traviesa, energética y alegre, que creció feliz en Lamietxe junto a nosotros.

Por desgracia no fui capaz de concebir más hijos. Sé que a Antonio le hubiera gustado tener una familia más grande, pero nos concentramos en hacer feliz a Kattalin y ella nos recompensó con una infancia tranquila y sosegada, exenta de problemas. Sin embargo, en los últimos dos o tres años hemos visto un gran cambio en ella. Antes era abierta y nos contaba sus sueños y preocupaciones con pelos y señales, pero últimamente la noto más reservada y nunca quiere contarnos dónde va o

qué hace con sus amigos. El año pasado consiguió un trabajo como secretaria en un despacho de notarios, gracias a la recomendación de un amigo de Antonio. Ella no tenía experiencia como asistente personal, pero es ágil y aprende rápido, por lo que no dudaron en contratarla. Pronto comprobamos que era muy cansado para ella conducir hasta Vitoria todos los días y volver a Lamietxe, así que nos dijo que quería alquilar una habitación en Vitoria con una compañera del trabajo. En un principio la idea no me gustó, porque se palpaban en el aire las tensiones políticas y en la capital siempre hay más peligro que en el campo, pero Kattalin acabó convenciéndonos. Para empezar, argumentó que ya era mayor de edad y ganaba su propio dinero que, aunque no era mucho, le llegaba para una habitación y para sus gastos. También nos contó que su amiga Estibaliz había encontrado un piso en el centro, cerca de la Catedral, y que el precio era muy razonable. Kattalin nunca se ha interesado por las labores del baserri y a mí eso me entristece. No sé qué pasará cuando nosotros fallezcamos, porque ella no quiere volver a Kuartango a vivir.

Ahora su vida está en Vitoria y, aunque llama todas las semanas, la echamos de menos porque sólo viene a visitarnos una vez al mes. Tiene un montón de amigos y está disfrutando con su trabajo y eso me alegra, pero me preocupan las manifestaciones, las huelgas y los líos en los que se pueda estar metiendo. Todos hemos sido jóvenes y vivido con pasión nuestros ideales, pero yo espero que Kattalin sepa distinguir por cuáles merece la pena luchar y por cuáles no. Hace unos meses empezó a salir con un chico muy majo que trabaja en una empresa de forja en Vitoria. Pertenece a un sindicato y hace meses que están en huelga, demandando mejoras laborales. Últimamente nos llegan noticias a diario de altercados en la calle entre la policía y los participantes de la huelga, y estoy muy preocupada por dónde estallará todo esto.

Esta misma tarde ha llamado Kattalin y nos ha dado un buen susto. A las cinco de la tarde se encontraban en una asamblea en la Iglesia de San Francisco de Asís en el barrio de Zaramaga de Vitoria. Estaban debatiendo el proceso de la huelga y proponiendo más ideas, y de repente han sido atacados por la Policía Armada que, a la fuerza, ha intentado desalojar la iglesia. Kattalin nos ha contado del tumulto que se ha organizado y cómo todos los trabajadores intentaban en vano detener a los agentes de Policía y franquearles el paso. Al ver que no era posible entrar, los agentes comenzaron a lanzar gases lacrimógenos al interior de la iglesia y a disparar a la muchedumbre no sólo con pelotas de goma, sino con armas de verdad. Ha sido una verdadera matanza por parte de la policía. Han muerto cinco hombres y cientos de ciudadanos han resultado heridos. Una de ellas ha sido Kattalin que, al intentar abandonar la iglesia por el efecto del gas lacrimógeno, ha caído empujada por la muchedumbre y se ha partido la tibia. Nos ha llamado desde el hospital y Antonio ha marchado sin demora a buscarla en el coche. Hace unos años Antonio compró un Seat 600, de un amarillo brillante, en un mercado de segunda mano. Me encanta tener un automóvil, pero todavía no he aprendido a conducirlo porque me da miedo. Yo me he quedado en casa esperando a que vuelvan del hospital. Nos ha dicho que se encuentra bien, pero estoy preocupada porque al parecer han arrestado a su novio a la salida de la iglesia, acusado de alborotador. Kattalin llegará a casa hecha un manojo de nervios y la entiendo. Espero que le suelten pronto y puedan hablar por teléfono. Yo por mi parte intentaré calmar a mi hija y atenderla durante el tiempo que tarde en soldar el hueso.

La situación política ya había comenzado a ponerse tensa antes incluso de morir Franco. Nosotros, los que hemos vivido la guerra, hemos soportado como hemos podido las cosas que nos han sucedido, pero esta nueva generación no está contenta con el desarrollo del país y con la manera del Gobierno de llevar las cosas. Para muchas familias ha sido duro ver a los asesinos de nuestros

familiares imponer su verdad y cortar de raíz con nuestra identidad vasca, con nuestras costumbres, nuestro idioma, el legado entero de nuestros antepasados. A principios de la década pasada, en los sesenta, estos jóvenes inquietos empezaron a juntarse para intentar resistir al yugo del franquismo. A mi modo de ver, por culpa de la Dictadura, nuestra Historia y nuestro legado estaban desapareciendo, y nuestro modo de vida ahorcado por Franco y sus seguidores. Al principio estos jóvenes sólo se reunían para escribir panfletos, debatir, e intentar recuperar por medio de la política parte de la autonomía que nuestro pueblo ha tenido desde que los Fueros (69), nuestras leyes, nos fueron otorgados hace siglos. En los últimos tiempos una parte de esos jóvenes ha comenzado a luchar con las armas, como si de una guerra se tratase. Yo entiendo su sentimiento de venganza, pero no creo que la violencia sea la solución. Antonio sin embargo no lo ve como yo. Él está de acuerdo con E.T.A., o Euskadi Ta Askatasuna (70), la organización de disidentes que se ha formado para luchar contra la opresión del Estado. Dice Antonio que está escrito en la Biblia: ojo por ojo y diente por diente, y que al igual que hicieron nuestros antepasados, tenemos que luchar para mantener viva la llama de nuestro pueblo y vengar a nuestros muertos.

Desde 1.968, el grupo armado ha matado a más de quince personas. Hace tres años, España entera enmudeció cuando asesinaron al Almirante Luis Carrero Blanco, el Presidente del Gobierno. Literalmente le hicieron volar por los aires con una bomba de una fuerza excepcional. En un principio y según me contó mi amiga Julene, que conoce a la madre de uno de los chicos que pusieron la bomba, el plan no era asesinarle. El objetivo inicial era secuestrarle, para pedir a cambio la liberación de ciento cincuenta presos políticos. Llevaban meses en Madrid controlando sus movimientos y sus hábitos; a qué hora despertaba, cuándo le recogía el chófer, qué recorrido hacía hasta su despacho, los horarios de comidas y días de asueto... Tenían controlados todos los detalles. Al final tuvieron que cambiar sus planes porque le nombraron Presidente del Gobierno en funciones, ya que la salud de Franco empeoraba a ojos vista. Reforzaron su seguridad, le asignaron más escoltas y estaba más protegido que nunca, por lo que el secuestro quedó descartado. En noviembre debieron de alquilar un piso en la planta baja de un edificio, que estaba situado en una calle por la que el Almirante pasaba todos los días. Haciéndose pasar por escultores para justificar el ruido que hacían, cavaron un túnel que terminaba bajo la carretera. Allí plantaron tres cargas explosivas con cincuenta kilos de dinamita que explotaron de forma tan violenta que abrieron un gran cráter en el asfalto y mataron al instante a Carrero Blanco. Su coche salió disparado como un cohete por la fuerza de la explosión, y aterrizó en la azotea de un edificio cercano. El Almirante no fue el único en morir. Ese día también fallecieron el chófer del vehículo en el que viajaba y el policía que le acompañaba. Todavía recuerdo la cara de felicidad de Antonio y amama, que apoyan abiertamente a E.T.A., y celebraron por todo lo alto que el atentado hubiera tenido éxito. Yo, aunque estoy de acuerdo con recuperar la autonomía para nuestro pueblo, no soy partidaria de la violencia. Me dan pena todas las personas que están muriendo en este conflicto, y ya van cientos. Pienso en todas esas vidas perdidas, en esas personas con sus miedos, sus sueños y sus deseos al igual que yo, y me asoman las lágrimas. Pienso en sus familias, como las nuestras, que ahora lloran desconsoladamente la pérdida de su ser querido. Es un despropósito, yo quiero que acaben las muertes de una vez. Pero Antonio está convencido de que la lucha es la solución y sé que Kattalin piensa lo mismo, por eso me preocupan los incidentes de hoy en Vitoria. Por suerte sólo se ha roto un hueso, pero si sigue por este camino y se junta con determinadas personas, acabará sin duda metida en problemas serios. Lo peor es que no sé a quién consultar sobre esto, porque la abuela ya no está entre nosotros. Todavía hoy, al pensar en sus últimas horas con vida, se me revuelve el estómago y me entran ganas de llorar. La echo tanto de

menos... No sé si lograré controlar a Kattalin sin ella. Antonio me ayuda mucho, pero en cosas de mujeres no está tan versado como amama. Perderla ha sido como perder una pierna o un ojo; por más que lo intento, no logro superarlo.

Amama llevaba meses obsesionada con Zezengorri, uno de los genios oscuros que habitan en ciertas cuevas de Euskal Herria. Se trata de un espíritu diabólico con forma de toro rojo. Echa fuego por los orificios de la nariz y evita que las personas entren en las moradas sagradas del inframundo. La abuela no dejaba de pensar en Zezengorri, por una leyenda que cuentan sobre él en un lugar que no está muy lejos de Kuartango, en un pueblo llamado Orozko. Cuenta la leyenda que había un ladrón que vivía en el pueblo y al que los negocios le iban muy bien. Robaba dinero y enseres de los caseríos y de los pueblos cercanos. Escondía todo lo que robaba en una cueva del monte Itzine; anillos, pulseras, candelabros de plata, colgantes, piedras preciosas... El ladrón murió muy lejos de casa, durante uno de los viajes que hacía para acumular todavía más tesoros. Cuando sus vecinos se enteraron del fallecimiento, se organizaron en grupos para barrer el monte e intentar encontrar el tesoro para repartírselo. Por fin encontraron la cueva de Atxulaur, y lo celebraron lanzando vítores y palmeándose la espalda unos a otros. Sin embargo, cuando entraron en la cueva se escuchó un mugido estremecedor y de pronto surgió de las profundidades de la tierra un toro enorme, de un rojo intenso, que infundía temor y estaba claramente enfurecido. Les gritó que no volvieran nunca, a menos que le trajeran los huesos del ladrón, que debía ser castigado y bajado al inframundo, donde los pecadores pasarán el resto de la eternidad. Asustados, los hombres bajaron al pueblo a consultar con los más ancianos. Algunos opinaban que no era posible que fuera un Zezengorri, que habían visto un toro normal y se habían imaginado todo. Otros decían que era verdad, que Zezengorri se aparecía a veces para castigar a las almas que habían sido impuras y llevárselas con él. Al final resolvieron hacer lo que el Zezengorri les había indicado. Fueron al camposanto y desenterraron los huesos del bandido, los enrollaron en una vieja alfombra y volvieron a la cueva a depositarlos en la entrada. El cadáver desapareció ante sus ojos, convirtiéndose en polvo. Entraron temerosos en la cueva y enseguida vieron el tesoro posado en una piedra. Se acercaron jubilosos a llevárselo, pero en el instante en que las yemas de sus dedos tocaron los objetos, se desvanecieron. En ese momento se escuchó de nuevo el mugido de Zezengorri saliendo de las profundidades y los hombres escaparon al exterior asustados. Nunca volvieron por allí, y en Orozko no volvió a verse el Zezengorri.

Esta historia me la contó la abuela cuando yo apenas era una niña, pero últimamente ha estado obsesionada con el toro rojo. Me contó que ella había visto también al Zezengorri cuando era joven, en Solacueva. Aquí en Kuartango tenemos varias cuevas, y una de ellas es una maravilla de los tiempos antiguos, según amama. Es una gruta preciosa, situada en la sierra de Arkamo. Se sube desde el pueblo de Jokano y está muy escondida, si no sabes dónde está es probable que no la encuentres. La abuela visitó la cueva cientos de veces desde que llegó de Zugarramurdi, porque le habló de ella una anciana de Uzanza que ya murió. Hace unos años, unos arqueólogos dijeron que la “habían descubierto”, pero los habitantes del Valle de Kuartango siempre hemos sabido de su existencia. Es una cueva larga y oscura, con un pasillo largo y estrecho y una galería grande al fondo, y en sus paredes hay maravillosas representaciones de arte rupestre, algunas de las mejores de la zona. En su mayoría son dibujos de figuras humanas sencillas, espigadas y monocromas. Parece ser que, en la antigüedad, los moradores de Solacueva no utilizaron el color como en otras pinturas rupestres. También se distinguen formas de animales en la roca. Los antiguos Kuartangueses lo consideraban una especie de santuario; los arqueólogos han encontrado objetos que van desde la prehistoria hasta nuestros tiempos. Los encontraron depositados en el suelo,

como si de ofrendas se tratase. La abuela estaba convencida de que era una de las cuevas del Zezengorri, aunque yo hace años no estaba de acuerdo con ella. Sin embargo, desde el día en que depositamos allí sus cenizas el año pasado, ya no estoy tan segura.

Hacia meses que amama se encontraba mal. Se notaba en la postura de su cuerpo, en sus ojos cansados y en lo costosas que le resultaban las labores de Lamietxe. Ella decía que no le dolía nada, pero era innegable que tenía parte del vientre muy hinchado y que cada día le costaba más respirar. Recuerdo que, días antes de morir, la pobre apenas podía aguantar media hora sentada en una silla sin tener que inclinarse ligeramente para aliviar la presión. Una mañana me llamó a gritos desde su habitación y corrí asustada a su lado. Nunca olvidaré su cara esa mañana; tenía la piel hundida y arrugada, pero me miraba con gesto firme y decidido. Me hizo una señal para que me acercase y me sentase a su lado en la cama. Seria, cogió mis manos entre las suyas y empezó a describirme sus últimas voluntades, consciente de que la vida se le escapaba. Me hizo prometer que no la enterraría en el cementerio de Uzanza, no quería pasar el resto de la eternidad descansando en tierra católica. Me dijo que quería que la incinerásemos y que llevásemos sus cenizas a Solacueva a la morada del Zezengorri. Yo le dije enseguida que veía varios problemas con ese plan. En primer lugar, las cremaciones no son muy habituales porque la Iglesia sigue sin estar de acuerdo con ellas. Según sus tradiciones, todos los fieles han de descansar juntos en el cementerio, cercanos a su Dios. Habíamos escuchado en el pueblo que uno de los tanatorios de Vitoria había empezado a hacer cremaciones, pero yo tenía claro que al cura de Uzanza no iba a sentarle muy bien aquello. La abuela me dijo que le importaba un comino el cura de Uzanza y sus opiniones, y que quería que le prometiese que la incineraríamos. Se lo prometí cabizbaja, sabiendo que los vecinos del pueblo volverían a cuchichear sobre nosotras.

Le conté mi preocupación por su deseo de que lleváramos sus cenizas a Solacueva. Antaño, cuando era niña, la cueva estaba abierta a todos los que conocían de su existencia. Amama y yo solíamos ir allí mucho de excursión porque era uno de sus lugares favoritos de Kuartango. Pero en 1.960, cuando los arqueólogos entraron a excavar, cerraron el acceso a la cavidad con una verja sólida y resistente, cerrada a cal y canto con un candado grueso. Desde entonces no hemos podido entrar a la cueva. Le pregunté por qué esa insistencia en ser llevada allí, y me recordó una vez más la leyenda de Orozko. Me dijo que estaba segura de que, al convencer a mi hermana Elurne para que saltara por la sima para sacrificarse, estaba condenada a sufrir por ello en el inframundo. Con el semblante serio, me aseguró que Zezengorri le había hablado en sueños y le pidió que sus descendientes depositaran allí sus huesos, para que su alma pecadora residiera con él hasta el final de los tiempos. Debo confesar que me asustó mucho con esa historia y lo primero que pensé fue que, aparte de la dolencia del vientre, amama había empezado a perder la cabeza. Creo que adivinó mis pensamientos porque me aseguró que no estaba loca, y que debía respetar su último deseo en vida. Quería residir con Zezengorri en Solacueva, y me amenazó diciendo que, si no cumplía con mi palabra, volvería tras la muerte a recordarme que había desoído su deseo. Le prometí que cumpliría la promesa. Satisfecha, se recostó en los almohadones de su vieja cama y sacó de un cajón un pequeño paquete envuelto en tela blanca. Me lo entregó y me indicó que lo abriese. Retiré con cuidado el cordel que ataba la tela y abrí con cuidado los pliegues, que estaban primorosamente doblados. Ante mi vista apareció un objeto extraño. Era un collar, pero las cuentas no eran de perla, plata ni piedras preciosas. A primera vista parecían dientes de algún animal ensartados por un cordel bastante antiguo. Alcé la cabeza y la miré con gesto extrañado. Me contó que en tiempos prehistóricos era común para algunas familias llevar collares protectores de dientes de caballo. Al parecer, los collares emitían buenas energías y protegían a

sus dueños. Ese collar en particular llevaba en su familia desde los tiempos antiguos, no sabía exactamente cuántas generaciones, pero me dijo que llevaba siglos adornando los cuellos de nuestra estirpe. Se regalaba de abuela a nieta, saltándose siempre una generación. Extrañada, le pregunté por qué. Me dijo que en nuestra familia siempre había habido mujeres extraordinarias, que tenían poderes distintos al del resto de la población, pero que sólo sucedía en generaciones alternas. Me confesó que ella podía ver atisbos del futuro desde que era pequeña, pero que no me lo había querido contar hasta que yo estuviera preparada. Dijo que era el momento de entregarme el collar, porque sabía que yo tenía una energía especial y que el velo veneciano en mi nacimiento era prueba de ello. Cuando vio mi gesto de protesta por la historia de siempre, me confesó que también le había pasado a ella, y a su abuela antes que a ella, y también a su tatarabuela, y así durante siglos. Y que, si me fijaba, no le había pasado a mi madre ni a mi hija al nacer. Mirándome fijamente a los ojos, me contó que hacía unos días había tenido una visión en la que aparecía un bebé pelirrojo recién nacido que estaba envuelto en el saco amniótico, como había ocurrido con nosotras.

Había visto que la próxima heredera del collar nacería pronto, la mujer que continuaría con el talento y la magia de nuestra familia. Dijo que Kattalin pronto me daría una nieta y que ella sería especial como nosotras. Me dijo que debía llevar puesto el collar hasta el nacimiento de mi futura nieta, contarle la historia familiar a su debido tiempo y compartir con ella la colección de libros y manuscritos antiguos de nuestra familia. Le prometí que así lo haría y ella, asintiendo, me pasó un saco de cuero del tamaño de una manzana, atado con un bonito cordel. Lo abrí y saqué tres pedazos de carbón, aquellos con los que la abuela había dibujado hacía tantos años el símbolo del Lauburu en la frente de mi hija. Era el carbón que provenía de la hoguera de nuestros antepasados y me sentí abrumada por el peso de mis nuevas responsabilidades: el collar, el carbón, la herencia familiar y su deseo de descansar eternamente en Solacueva. Incapaz de contenerme, me eché a llorar desconsoladamente. Amama dijo que entendía mi confusión, pero me pidió que le jurase que llevaría a cabo todas sus peticiones. Así lo hice; le juré no romper la conexión con nuestras antepasadas y continuar la tradición. Aliviada, cerró los ojos y me pidió que la dejara descansar.

Murió pocos días después mientras dormía, y por suerte no sufrió demasiado al final. Me la encontré con las manos cruzadas sobre su vientre, el semblante pacífico y una media sonrisa entre los labios. Me senté a su lado, le cogí la mano y comencé a llorar. Amama me había criado, educado y cuidado desde que tenía uso de razón. Había sido mi madre, mi amiga y confidente, un pilar sólido en el que me había apoyado durante toda mi vida. Lloré amargamente hasta que Antonio me llevó a la cocina a hacerme un café. Kattalin estaba trabajando en Vitoria, así que decidimos esperar a que llegara su hora de comer para llamarla y contarle que amama había muerto. Cuando le dije a Antonio lo que la abuela quería que hiciéramos con su cadáver, casi se atraganta. Me dijo que estábamos las dos locas de remate y que nos meteríamos en un buen lío si entrábamos en Solacueva con sus cenizas. Le dije que no pensaba permitir que la enterrasen en el cementerio y que, si no quería acompañarme, me encargaría de hacerlo yo sola. Finalmente accedió a ayudarme, pero dijo que deberíamos tener mucho cuidado. Llamamos al tanatorio de Vitoria y yo viajé en el coche fúnebre mientras Antonio hablaba con el cura de Uanza para informarle de la decisión de la abuela. La cremación en sí fue breve y no muy emotiva, y al acabar nos entregaron una pequeña urna con las cenizas de la abuela. Si soy honesta, me dio un poco de aprensión tener sus cenizas en la mano y deseé poder deshacerme de ellas pronto.

Planificamos la visita a la cueva para esa misma noche, pero excluimos de los planes a Kattalin

porque estábamos seguros de que no estaría de acuerdo. Fuimos en coche hasta Jokano y aparcamos en una cuneta a la salida del pueblo. Comenzamos a subir la ladera con las cenizas en una mochila que llevaba Antonio. De pronto me resultó gracioso llevar a la abuela en una mochila de Kattalin de la escuela, y me eché a reír a carcajadas sin lograr contenerme. Estaba segura de que amama también habría visto la parte divertida del asunto. Cuando llegamos a la entrada de Solacueva estaba anocheciendo y Kuartango se veía precioso desde allí. Era un lugar espectacular para esparcir sus cenizas, en eso había tenido razón la abuela. La infranqueable verja seguía allí, así como el candado, pero Antonio me dijo que no me preocupase por nada. Sacó una vara de hierro de la mochila y, haciendo palanca, empujó con todas sus fuerzas para reventar la puerta. Asustada, intenté detenerle, pero me miró extrañado y dijo que aquella era la única manera de entrar. Le pedí que continuase y recé a la Diosa Mari para que nadie nos viera reventando la verja. Cuando por fin cedió, suspiré de alivio. Antonio me dijo que tenía que entrar yo sola, que aquel era un ritual nuestro. Me pasó una linterna y me dijo que esperaría en la entrada para vigilar, por si alguien venía por allí y nos pillaba in fraganti.

Asustada, franquéé la verja y me detuve unos instantes en el comienzo del pasadizo. Era largo y estrecho, pero podía caminar sin agacharme porque tenía una buena altura. El aire estaba seco, al contrario que en otras cuevas del Valle, y se respiraba perfectamente. No escuché el ruido característico de los murciélagos y me alegré mucho, porque me siguen dando miedo a pesar de tener cincuenta años. Caminé con tiento hacia la gran galería del fondo, deteniéndome a cada paso a observar las prehistóricas pinturas rupestres trazadas en las paredes. En ese momento me pareció el sitio de descanso perfecto para la abuela, en un lugar considerado un santuario pagano desde el principio de los tiempos. Cuando llegué a la gran galería observé la amplia estancia, maravillada por las paredes rocosas de la cueva. No había mucho sitio donde esconder la urna, las paredes estaban desnudas y no había cavidades escondidas. Si dejaba la urna allí en el suelo, se la llevarían los arqueólogos en su próxima visita. Preocupada, rebusqué por todos los rincones hasta que encontré un saliente en una roca. Tenía el tamaño de una caja de zapatos y estaba lleno de tierra y piedrecitas. Decidí que aquel era el único lugar posible, y utilicé mis manos para retirar parte de la tierra de la grieta. Después abrí la urna y dejé caer las cenizas, recitando las palabras antiguas para ayudar al alma del difunto a descansar en paz en la próxima vida. Me arrodillé ante la grieta, sollozando, y le pedí a la abuela que protegiese a la familia como lo había hecho en vida. Cuando volví a levantarme, escuché de pronto unos ruidos sordos que salían de las entrañas de la tierra y me quedé allí quieta, sin respirar, con el alma en vilo. Sentí una extraña energía allí en la cueva, y estoy convencida de que fue el Zezengorri, que había venido a por la abuela. Escuché gemidos y el sonido de una respiración entrecortada y agitada.

Asustada como nunca lo había estado antes, salí de la cueva y corrí por el oscuro pasadizo a toda velocidad, tropezando varias veces e ignorando las pinturas rupestres en mi ansia de salir de allí ilesa. Antonio se asustó cuando me vio venir en aquel estado, pero se echó a reír a carcajadas cuando le conté que había sentido al Zezengorri. Me abrazó y me aseguró que la cueva tenía grietas que daban al exterior, y que probablemente lo que había escuchado era algún animal en la superficie. Puede ser que tenga razón, pero eso no explica la respiración que escuché a mi lado ni la sensación de no estar sola en la cueva. Hay cosas en esta tierra que parecen inexplicables, pero que nosotras podemos sentir. Después de esa visita a Solacueva me sentí aún más unida a la abuela, y a todas las mujeres que habían mantenido viva la sabiduría de los antiguos en nuestro linaje.

Espero ansiosa el día en el que Kattalin me dé una nieta, como predijo amama, para poder compartir con ella todos los secretos de nuestra familia.

Kuartango, abril de 2.009

Cuando sonó el despertador a las siete, Miguel se incorporó de un salto, se duchó y se vistió con rapidez y en menos de quince minutos estaba en el coche preparado para marchar. Estaba deseando volver a Kuartango y alejarse de Madrid lo antes posible. Desayunó en una estación de servicio de la autopista, desde donde llamó a Elurne, que acababa de ordeñar y parecía estar de un humor excelente. Se alegró mucho de que Miguel volviera tan pronto y le pidió que fuera a comer con ella a Lamietxe. El camino se le hizo eterno y se pasó las horas cavilando sobre su situación profesional. Estaba agobiado, inquieto y desilusionado. A partir de ese día se vería obligado a enviar a Narváez informes diarios con detalles del progreso de la misión. Tendría que justificar cada hora dedicada al seguimiento de los sospechosos, observación de cámaras, registros domiciliarios y otras tareas. Y, por descontado, cerciorarse de que sus nuevos amigos no sospecharan nada. Preocupado, pensó en cómo podría copiar las tarjetas SIM de sus móviles antes del viernes, que era lo que le había ordenado el Coronel. Después de copiar las tarjetas, debía analizar las llamadas de los últimos meses y enviarle los números de teléfono de los amigos y familiares de los supuestos sospechosos. Furioso, golpeó el volante y soltó una larga retahíla de tacos de los que su madre no estaría precisamente orgullosa. ¿Quién le habría mandado aceptar la puta misión?

En los últimos meses, incluso antes del asesinato de Luis, se había sentido bastante desilusionado y quizá debería haber declinado la oferta de Narváez. Pero de no haber aceptado la misión, no habría conocido a Elurne. Llevaba poco tiempo en Kuartango, pero empezaba a encontrarse como en casa. En un principio pensó que nunca se acostumbraría a la soledad del campo, a la falta de cines, bares y tiendas; al principio había estado convencido de que odiaría el olor a pueblo y echaría de menos el bullicio de la ciudad. Pero se había dado cuenta de que en el campo se estaba estupendamente. El paisaje, la cercanía de la gente, la comida casera, los árboles del bosque, los animales, la camaradería de los vecinos. Le gustaba su nuevo entorno, pero en realidad todo era una ilusión. Era un hogar temporal, y Miguel no podía dejar de pensar en qué pasaría cuando el Gobierno diera la misión por completada. ¿Tendría que volver a Madrid? La idea no le apetecía lo más mínimo. Cuando la Operación New Age se acabase, preferiría contarles a sus amigos la verdad. Estaba siendo un utópico; en realidad tampoco podría desvelar quién era él, porque se descubriría toda la verdad y sería odiado por ambos bandos, Madrid y Kuartango. Intentó distraerse de tan fúnebres pensamientos cantando a voz en grito las canciones que salían a todo volumen de los altavoces del Peugeot. Cuando conducía por la N1 a la altura de Miranda le llegó un mensaje del Coronel Narváez. En él le informaba de que le había enviado un email urgente con información pertinente a la investigación. Pasaría por la Pensión Chifflet para leerlo antes de ir a Lamietxe. Llegó a la una de la tarde y sacó a Gorri a pasear para desentumecerse tras el largo trayecto. El cachorro se puso como loco al verle, y se sintió feliz con el recibimiento, hacía siglos que nadie se alegraba tanto de verle. A Gorri no le importaba que se hubiera marchado sin explicaciones y lo hubiera dejado encerrado en el jardín. Estaba feliz de ver a su amo.

El paseo por Kuartango le animó y pronto se sintió más relajado. Había vuelto al pueblo y pronto vería a Elurne, pensó sonriente. Antes de salir hacia Lamietxe encendió el ordenador y leyó el correo electrónico que le había enviado Narváez. Era breve. Al parecer la banda terrorista aún no había reivindicado la autoría del atentado. Abrió el archivo adjunto, que contenía el informe

forense preliminar de la escena del crimen. Lo leyó rápidamente y arrugó el entrecejo. Los compuestos químicos del explosivo no habían sido analizados todavía, pero habían identificado una anomalía respecto a atentados anteriores. La bomba lapa había sido escondida no en un vehículo, que era el modo habitual de proceder de E.T.A., sino en el cortacésped del matrimonio Heredia, que se encontraba dentro del garaje de la casa. Al parecer el concejal había arrancado la máquina para comenzar a segar la hierba y el arranque había activado el explosivo, matándolo inmediatamente. ¿Una bomba en un cortacésped? ¿En un garaje cerrado? Sólo alguien con acceso a la casa podía haber dejado la bomba allí, pero ¿quién y cómo? ¿Estaría algún vecino de Uzanza relacionado con el atentado? Antes de salir de casa decidió meterse en el bolsillo su tarjeta SIM forense, que era capaz de copiar toda la información de cualquier teléfono móvil en pocos segundos. La utilizaría con sus nuevos amigos cuando viera la oportunidad. Pensativo, cerró el ordenador y fue al baño a recortarse la barba, que le había crecido demasiado y le hacía parecer un mendigo.

Quería estar guapo para Elurne; quería impresionarla al llegar a Lamietxe, acercarse a ella y darle un beso largo e intenso como los de las películas. Con esa imagen romántica en la cabeza, se metió en el coche y condujo hasta allí con una sonrisa bobalicona en el rostro. Se puso serio al pasar por delante de la casa del difunto concejal porque vio que era la Guardia Civil la que custodiaba la entrada en esos momentos. Le hicieron señales para que se detuviera, y comprobó que uno de los agentes era el que le había entrevistado en el cuartel de Vitoria el día anterior. Le pidió identificación y la documentación del coche, pero no tuvo más remedio que dejarlo pasar. Cuando aparcó en Lamietxe, su alegría se había esfumado. Estaba convencido de que pronto todos los agentes de los controles antiterroristas reconocerían su coche y le harían detenerse cada vez que le vieran. Subió las escaleras del caserío llamando a Elurne, pero no obtuvo respuesta. En la cocina, la anciana María revolvía sus mejunjes en la resquebrajada marmita en absoluto silencio. La saludó desde lejos, pero la anciana no pareció notar su presencia, por lo que se acercó a ella y le tocó suavemente en el hombro. La anciana saltó como un resorte y le miró con gesto de alarma.

- Perdóneme, abuela María, no era mi intención darle un susto. He venido a ver a Elurne. ¿Está en casa?

La vieja negó con la cabeza mirándole fijamente con sus profundos ojos verdes, que eran igual de perturbadores que los de su nieta. Finalmente, levantó la mano y le indicó con un gesto dónde estaba.

- ¿Está en las fincas?

La vieja asintió, sonrió, y le despidió con un gesto de la cabeza antes de volverse de nuevo a la marmita.

- Muchas gracias.

Salió presuroso de la cocina y bajó las escaleras de tres en tres, agobiado. Se sentía incómodo hablando con la abuela de Elurne porque no tenía ni idea de cómo tratar con ella. Nunca había conocido a un psicótico crónico y no estaba muy seguro de cómo actuar. Caminando de prisa, atravesó la huerta y dejó atrás los árboles frutales.

Se encaminó hacia la finca que estaba más alejada de la casa, y pronto vislumbró un tractor verde

que arrastraba un remolque. Subió la cuesta sudando porque hacía calor, y cuando llegó al tractor, su sueño de dar un beso de película a la pelirroja se esfumó al instante. Elurne conducía el tractor y le saludó alegremente con la mano. Bixente y Unax estaban con ella, y Miguel comprobó que su tarea consistía en levantar los pesados fardos de paja de la finca y amontonarlos en el remolque. Parecían cansados, por lo que Miguel se prestó voluntario para ayudarles. A los pocos minutos sudaba copiosamente. Los fardos pesaban una barbaridad y su espalda pronto sufrió las consecuencias del esfuerzo físico. Miró con admiración al viejo ganadero, que parecía aguantar la tarea con fortaleza. Hablando a voces para hacerse oír por encima del ruido del motor, le aleccionó sobre la manera correcta de sujetar el fardo y depositarlo en su lugar exacto con rapidez, para no obligar al tractor a detenerse. Le explicó las diferencias entre los fardos de paja, la mejor manera de almacenarla, la maquinaria agrícola necesaria para empacarla, los precios de venta, *etc.* Unax se burló varias veces de Bixente al ver cómo disfrutaba dando la vara al estudiante de Etnología Vasca, y le imitó en varias ocasiones para hacer reír a Miguel, que se aburría como una ostra con aquella información. Cuando acabaron la faena, Elurne condujo el tractor hacia Lamietxe y ellos la siguieron a pie, charlando sobre el único tema que les interesaba en ese momento. Unax se volvió hacia él con curiosidad.

- ¿Qué tal el interrogatorio ayer, Mikel?

- No lo sé. Estaba muy nervioso, pero por lo menos no me detuvieron, que era lo que más me temía; no tenían pruebas, así que tuvieron que dejarme marchar.

- ¿Y qué te preguntaron?

- Lo de siempre, supongo. Dónde me encontraba en el momento de la detonación, con quién estaba, dónde he estado los últimos días y ese tipo de cosas. ¿Qué le preguntaron a Zigor?

- Exactamente lo mismo, parece.

- ¿Se sabe algo de la señora Heredia?

- Está herida de gravedad. Sigue ingresada en la U.C.I. (71) del hospital. Está en coma, tiene graves quemaduras en gran parte de su cuerpo y no saben si sobrevivirá.

Siguieron caminando en silencio concentrados en sus propios pensamientos. Si Dolores sobrevivía, al menos podrían esclarecer quién había tenido acceso al garaje de la vivienda en los últimos días. Tenía la sensación de que había algo extraño en ese caso en particular. Él tenía los detalles de la investigación, pero no se habían filtrado a la prensa, así que no podía preguntarles sobre ello. Pero sí podía hacerles preguntas para intentar averiguar qué sabían realmente los vecinos de Uzanza.

- Bixente, ¿viste algo raro ese día?

- No, nada.

- ¿No viste a nadie por los alrededores cuando estabas en tus fincas?

- No vi a nadie, Mikel.

El hombre, habitualmente charlatán, parecía haberse quedado mudo. Sus ojos se movían rápidamente entre los árboles y parecía incómodo; a juzgar por sus respuestas breves y cortantes, Bixente mentía. ¿A quién habría visto en los alrededores de la casa de Heredia? Unax se volvió hacia el viejo ganadero.

- Ahora tendremos que solucionar el tema del Concejo.

- ¿El Concejo? ¿Qué es eso?

- Es la reunión de los vecinos de Uzanza, donde se deciden las cuestiones relacionadas con el pueblo. El Ayuntamiento de Kuartango y las Juntas Administrativas de los pueblos participan juntos en el gobierno y la administración del Valle de Kuartango. En cada Junta Administrativa hay un Presidente, que es la persona que dirige el Concejo. Cada Presidente, en teoría, ayuda de buena fe a los vecinos con sus peticiones, quejas y consultas.

- ¿Por qué dices en teoría?

- Porque el que hemos tenido los últimos años en Uzanza no lo ha hecho.

- ¿Quién es el Presidente?

- Es la señora Heredia.

Miguel enmudeció al escuchar esto, y comenzó a analizar las posibles conexiones. ¿Podría el atentado haber tenido una motivación local? ¿O se trataba del terrorismo habitual de E.T.A.? Se volvió hacia el ganadero, deseoso de conseguir más información.

- ¿No ha desempeñado bien su cargo la señora Heredia?

- Bueno, no del todo. Ella se ha limitado a seguir las instrucciones de su marido, que le indicaba cómo proceder en Uzanza. Cuando hemos tenido problemas y acudido a ella, se ha limitado a sonreír y a decirnos que lo dejáramos todo en sus manos.

- ¿Y luego os solucionaba esos problemas?

- A veces.

- ¿Y ahora qué pasará, si ella está en el hospital?

- Tiene dos ayudantes que se encargarán de todo por el momento, pero supongo que habrá que convocar una reunión y votar.

- ¿Eligen los vecinos de cada pueblo al Presidente de la Junta Administrativa?

- Sí.

- ¿Y quién se va a presentar?

Bixente se encogió de hombros con cara de no saber nada, pero Unax se volvió hacia él con rostro

esperanzado.

- Yo me voy a presentar.

- ¿Tú?

- Si me dejan, sí. Nunca había muerto el Presidente antes de acabar su mandato, así que no sabemos qué se decidirá, supongo que probablemente tengamos que hacer una votación. Hoy tenemos reunión en el Txoko, nuestro lugar de reuniones.

- ¿Y yo puedo ir?

- Puedes asistir porque ahora vives aquí, pero no tendrás voz ni voto ya que no estás empadronado en Uzanza.

- ¿Os importa que vaya?

- A mí no. Pero pensándolo bien, quizá los hijos de los Heredia se ofendan si apareces. Probablemente les hayan informado de que Zigor y tú sois los únicos sospechosos por el momento. Bixente, ¿tú vas a venir a la reunión?

- No lo sé, hay muchos periodistas en el pueblo y no me apetece que me graben con sus cámaras.

- Vamos, Bixente, necesitamos estar unidos en estos momentos. Don Gerardo va a presidir la reunión en lugar de Dolores, es nuestro deber como vecinos asistir.

- Vale, vale, iré. Pero ahora, dejadme en paz de una vez. Me voy a casa.

Claramente irritado, se apartó de ellos y se metió en su coche sin despedirse. Miguel, sorprendido por la brusca reacción del ganadero, miró a Unax sorprendido.

- ¿Qué mosca le ha picado hoy?

- Está muy preocupado por Dolores. Hace años eran novios, antes de que ella conociera a Heredia. Sigue enamorado de ella, lo ha estado toda la vida. La ha querido tanto como ha odiado a Heredia por robársela.

- ¿Eran novios? Pero si me habéis dicho que ella es una arpía...

- Antes era una chica normal, pero cuando Francisco Heredia se mudó a Uzanza, comenzó la pesadilla para Bixente.

- Nunca me lo hubiera imaginado.

- Por aquí todo el mundo lo sabe, Heredia y él se odiaban mutuamente.

Habían llegado al lado del tractor, que la pelirroja había dejado aparcado frente a la cuadra. No se la veía por ninguna parte y Unax, silbando, subió al remolque, se sentó en un fardo y miró hacia arriba. Miguel le imitó y se llevó una sorpresa al verla aparecer en el alto pajar del caserío,

maniobrando una pesada soga que estaba colocando en una vieja polea. Miguel le guiñó un ojo y ella le respondió con una resplandeciente sonrisa mientras dejaba caer la cuerda hasta el remolque. Miguel, sonriendo, se dispuso a atraparla. Unax empezó a burlarse de ellos mientras aseguraba el primer fardo con la gruesa soga, haciendo gestos exagerados para imitar sus besos y guiños.

- ¿De qué te ríes, gilipollas?

- De vosotros dos, Casanova.

- ¿Te has enterado?

- ¿Me preguntas eso en serio? Creo que lo sabe todo el pueblo ya.

- Joder. ¿Y también lo sabe Galder?

- Sí.

- ¿Está enfadado conmigo?

- Eso tendrás que preguntárselo tú mismo.

Miguel le miró, alarmado y Unax, que seguía sonriendo, le palmeó la espalda mientras hacía un gesto a Elurne para que comenzara a tirar de la cuerda.

- No te estreses, Mikel, que Galder estará bien. Creo que quiere hablar contigo en algún momento, eso es todo.

- ¿Está enfadado?

- No me dio la sensación anoche en la taberna. Está sorprendido porque no había notado que te gustaba Elurne. Pero no te preocupes por eso y sube al pajar a ayudarla, no es muy caballeroso dejar que tu novia cargue con los fardos ella sola.

- De acuerdo.

- Venga, Mikel, alegra esa cara, que todo tiene solución menos la muerte.

Miguel, desanimado, rodeó la casa y comenzó a subir las escaleras. No había tenido tiempo de llamar a Galder para contárselo todo porque había estado en Madrid. Evidentemente, en un pueblo tan pequeño las noticias volaban. Esperaba que su amigo no estuviera demasiado enfadado, le apreciaba mucho y no era su intención hacerle daño. En el descansillo del segundo piso se detuvo de pronto y miró sigiloso a su alrededor, esperanzado.

Había dos teléfonos móviles en el pasillo, apoyados en un viejo arcón de madera que estaba primorosamente tallado con simbología vasca. ¿Serían los móviles de Unax y Elurne? Se acercó a ellos conteniendo la respiración, y los cogió con dedos temblorosos. Se aseguró de que la anciana María no estuviera observándole desde algún rincón oscuro de esa planta. Estaba solo, así que extrajo la tarjeta SIM del primer móvil y copió la información apresuradamente con su tarjeta

forense. Repitió la operación con el segundo teléfono y, tras comprobar que la información se había copiado correctamente, subió a todo correr al pajar con el corazón latiéndole a toda velocidad. Allí encontró a Elurne, que sudaba a mares por el esfuerzo de tirar de la cuerda para subir los pesados fardos hasta allí arriba. Se acercó a ella en silencio y le besó en el cuello. Sorprendida, la pelirroja pegó un respingo y estuvo a punto de dejar escapar la cuerda. Se escuchó un grito de reproche de Unax desde el tractor, que al ver la cuerda temblar, había temido que la paja prensada pudiera caérsele encima. Riendo como dos niños traviosos, asomaron la cabeza por la ventana y le sacaron la lengua. Luego se dieron un fugaz beso y se concentraron en la tarea. Tardaron media hora en almacenar la paja, y al acabar Miguel no tenía fuerzas para nada más. Cuando acabaron de amontonar el último fardo, se dejó caer pesadamente en el suelo y Elurne se tiró encima de él, cubriéndole de besos.

- Gracias por ayudarme, Mikel. Eres un ángel.

- No hace falta dar las gracias, me gusta ayudarte.

- Eres genial. Vamos a despedirnos de Unax y después comemos, ¿te parece? Estoy hambrienta.

Se levantó con energía y le tendió la mano para ayudarle a incorporarse. Bajaron al jardín, y allí se encontraron a Unax jugando con los perros. Al verlos, se acercó a ellos con las llaves del coche en la mano y una mirada traviesa.

- Bueno, parejita, os dejo solos. Tengo cosas que hacer en casa.

- Gracias por ayudarme otra vez, Unax.

- De nada, hermana, es un placer. Luego os veo en el Concejo.

Se montó en el coche sonriendo y, haciendo sonar la bocina alegremente, se alejó hacia el pueblo. Miguel cogió a Elurne de la cintura y la acercó hacia él para besarla. Después subieron a la cocina, donde la abuela María les había dejado unas alubias cocinadas lentamente a la manera tradicional, en una cazuela de barro y varias horas al calor de la lumbre. Mientras ponían la mesa, Elurne le preguntó sobre el supuesto cursillo de la Universidad del día anterior en Madrid. Si ella supiera la verdad...

- Fue bastante aburrido, y encima tengo que hacer una propuesta escrita para mañana de cómo aplicaré en mi tesis los conceptos aprendidos. Se la tengo que mandar a mi profesor por email.

- ¿Qué tal con él?

- Fatal, me llevé un rapapolvo épico.

- Pobrecito Mikel...

Con una sonrisa traviesa, la pelirroja acercó la cazuela a la mesa y sirvió las alubias. Comieron los dos con glotonería mientras charlaban sobre las labores del campo. Miguel se sentía pletórico estando junto a ella de nuevo. Después de comer, se sentaron en el balcón a observar el paisaje de Kuartango mientras se tomaban el café sentados en un viejo banco de madera, que al parecer había

fabricado el abuelo Antonio hacía décadas. El cielo estaba azul y los prados llenos de flores. Suspirando, Miguel miró a Elurne.

- Me alegro de estar de vuelta en Uzanza.

- Y yo me alegro de que hayas vuelto tan pronto.

- Me encanta estar aquí, en este mundo paralelo que es Lamietxe.

- Es una buena manera de definir este lugar.

- ¿Qué tal está la abuela?

- No parece haberse enterado de nada, gracias a Dios. Vio la columna de humo de la bomba, pero parece que la olvidó al instante, así que está bien.

- Y tú, ¿qué tal estás?

- Aturdida, esa es la palabra exacta. Nunca hubiera imaginado que uno de mis vecinos moriría de esa manera. Es horrible.

- Sí, lo es. ¿Se sabe algo más?

- La policía, que yo sepa, no ha desvelado ningún detalle y en las noticias no saben qué decir, porque E.T.A. no ha reivindicado la autoría del atentado.

- Yo no sé qué pensar. ¿Por qué razón mataría E.T.A. a Heredia? No era alguien tan importante en la política como para librarse de él.

- No lo sé, Mikel.

- ¿Crees que pudo ser alguien de Uzanza?

Elurne dejó vagar la mirada por las colinas del Valle, pensativa.

- Tampoco lo sé. Me gustaría pensar que el culpable no es de Uzanza y que ha sido cosa de E.T.A., pero es innegable que Francisco Heredia era un hombre muy odiado en Kuartango.

- Por eso lo digo. Lo mismo sucedió en Puerto Hurraco (72). Allí los asesinatos se debieron a las disputas entre vecinos, que desembocaron en una masacre.

- Pero no todo el mundo sabe cómo fabricar una bomba.

- Lo sé, pero tú misma lo dijiste el otro día. La información está disponible en Internet así que, con un poco de paciencia y organización, cualquiera podría fabricar una.

Elurne asintió, preocupada. Se llevó la taza a los labios y sorbió pensativa.

- No quiero creerlo, Mikel, ésa es la verdad. No me atrevo a pensar que alguien en Uzanza sea

capaz de matar. Las semanas próximas van a ser horribles porque los cotilleos, sospechas y rumores estarán a la orden del día. Me parece que haré como la abuela María e intentaré concentrarme en mi propio mundo.

- Pero no puedes esconderte, Elurne, porque el daño ya está hecho. Y lo peor del asunto es que Zigor y yo seremos sospechosos hasta que atrapen al verdadero culpable.

- Lo sé. Si los periodistas escuchan un rumor sobre vuestro nombre o vuestro domicilio, será una pesadilla.

Deprimidos con el lamentable panorama, se miraron con semblante serio. Al cabo de un rato, escucharon el sonido del motor de un coche que se acercaba a Lamiex. Giraron la cabeza a tiempo de ver el todoterreno de Zigor acercándose a la casa. Venía con Galder y con Garbiñe, su antipática novia. Saludaron con la mano y entraron por la puerta del baserri. Miguel se volvió hacia Elurne y le sorprendió la dureza de su rostro. Miraba a la otra mujer con verdadero odio en los ojos.

- ¿Qué te pasa?

- Que no la soporto.

- ¿A quién, a Garbiñe?

- Sí.

- ¿Por qué?

- Porque no es buena gente, y además es una mala influencia para Zigor. Debería haberlo dejado con ella hace tiempo.

- ¿Llevan juntos muchos años?

- Demasiados.

La conversación fue interrumpida por los tres amigos, que en ese momento entraban en la cocina. Elurne les preparó un café y luego se sentaron alrededor de la vieja mesa de la cocina para charlar. Galder evitaba mirarle a los ojos y Miguel se fue sintiendo cada vez más nervioso. Estaba deseando hablar con él para explicarle lo que había sucedido con Elurne, pero tendría que esperar. Parecía haber asuntos más importantes para debatir. Zigor tenía cara de malas pulgas, pero Garbiñe estaba más animada que nunca.

- Pero bueno, ¿se puede saber qué coño os pasa a todos? No ha muerto nadie de vuestra familia. El puto Heredia se lo merecía, así que animad esa cara, deberíamos estar tomando una copa para celebrarlo.

- Cierra la boca, Garbiñe.

- No me digas lo que tengo que hacer, Zigor, no eres mi padre. Y sabéis que lo que digo es verdad,

el hombre se lo merecía. Si nos libráramos de más gente molesta, solucionaríamos muchos de nuestros problemas.

Miguel la miró, sorprendido por la frialdad de sus palabras. Parecía estar pletórica por la muerte de Heredia. Zigor parecía avergonzado por el comportamiento de su novia y miró a Elurne pidiendo auxilio. La pelirroja intentó salir en su ayuda.

- Garbiñe, cállate por favor, que si te oye la abuela María se asustará.

- Tu abuela está tan loca que ni siquiera es capaz de entender lo que estoy diciendo.

- Estás en mi casa, compórtate.

- Que te den por el culo, a ti y a tu puta abuela.

Las dos mujeres se miraron con rencor por encima de la mesa, sosteniendo la mirada de su enemiga con rabia incontenible. Miguel pensó que saltarían la una sobre la otra y empezarían a pelearse como gatas, pero por fortuna no fue así. Garbiñe bajó la mirada, no sin antes hacer un gesto despectivo a la pelirroja. Zigor, agobiado por la cortante tensión del ambiente, se disculpó y se fue al baño. Durante varios minutos interminables reinó el silencio en la cocina; nadie parecía querer decir nada y evitaron mirarse a los ojos. Por fin Galder empezó a hablar, intentando destensar el ambiente.

- Garbiñe, ¿qué tal va tu curro? ¿No estabas trabajando en una empresa de electrónica? Zigor dijo que igual te ascendían este año. Eso estaría genial, ¿verdad?

- He dejado mi trabajo.

- ¿En serio? ¿Por qué?

- Porque me ha salido otra cosa.

- ¿En Pamplona?

- No, en Iparralde [\(73\)](#).

- ¿Te mudas a Iparralde?

Galder y Elurne miraron a Garbiñe con esperanza.

- Sí, me marché en unas semanas. He dejado mi piso y me quedaré con Zigor hasta que me mude a Francia.

- ¿Vas a vivir aquí, en Kuartango?

- Sí. Me vendrán bien unas semanas en el pueblo con mi chico. Y esta situación tiene otra gran ventaja; ahora ya no podrás manipularle y ponerle en mi contra, Elurne.

Miró con aire de superioridad a la pelirroja, que pareció a punto de estallar de rabia al escuchar

el reto verbal de la delgaducha. En ese preciso momento, Zigor entró en la cocina y las dos muchachas enmudecieron. Miguel miró a su alrededor sorprendido, disgustado por la tensión que se respiraba en la vieja cocina. Se levantó y, al igual que Zigor, se excusó para ir al baño y escapar de la incómoda situación. Debería marcharse a casa inmediatamente, tenía que analizar las tarjetas SIM de Elurne y Unax para seguir con la investigación. Otra razón para marcharse era que podría evitar a Garbiñe y su gélido carácter. Pero la novia de Zigor se había mudado a Uzanza e iba a ser su vecina un par de meses, así que no podría esquivarla del todo. Disgustado, se lavó las manos y abrió la puerta. Su corazón pegó un vuelco al encontrarse con Galder, que le esperaba nervioso en el pasillo.

- Mikel, ¿podemos hablar?

- Sí, claro. Galder, lo siento, de verdad. Debería haberte dicho que me gustaba Elurne, pero no pensé que sería un problema.

- ¿Por qué no me lo dijiste?

- Porque no pensaba que ella me correspondía; intuía que tú estabas enamorado de ella y no quería estar en medio. Pero todo sucedió muy rápido el otro día, y antes de darme cuenta nos estábamos besando. Por favor, no dejes de ser mi amigo por esto, y no me odies.

- No te odio, tío.

- Sé que la situación es un poco incómoda, pero me gustaría que siguiéramos siendo amigos. Me gusta pescar, charlar y pasar tiempo contigo. Eres un tío cojonudo, sin duda el mejor que he conocido en los últimos tiempos.

Galder le miró fijamente con sus cálidos ojos color avellana clavados en él. Finalmente asintió, alargándole la mano y dándole un fuerte apretón.

- Está bien, Mikel, no pasa nada.

- Gracias, Galder. Siento haberte hecho daño.

- No te preocupes. A decir verdad, siempre he sabido que Elurne no quería nada conmigo. Pero al seguir soltera nunca perdí la esperanza. No pasa nada, estoy seguro de que acabaré encontrando a mi media naranja, no estoy tan mal y soy buena gente.

Empezaron a caminar por el pasillo sonrientes, contentos por haber disipado la tensión entre ellos. Cuando entraron en la cocina, Elurne había bajado al Gaztandegi a voltear los quesos, por lo que se encontraron a Garbiñe y a Zigor solos, silenciosos y enfurruñados. Anunciaron que se marchaban, así que bajaron juntos a despedirse de Elurne. Quedaron en verse por la tarde en el Txoko de Uzanza para la esperada reunión de los vecinos del pueblo. Galder se metió en el coche de Miguel, decidido a evitar pasar un segundo más en presencia de la enfadada pareja.

Cuando llegaron a Uzanza dejó a su amigo en la plaza y se dirigió a la Pensión Chifflet con determinación. Los bolsillos parecían quemarle con las copias de las tarjetas de los teléfonos de Unax y Elurne. Tenía verdadera curiosidad por saber qué encontraría en ellas. Fue directo al

ordenador y conectó los cables mientras encendía el aparato. Esperó unos segundos y al instante el software identificó los números de los contactos de los teléfonos sustraídos, las listas de llamadas y todos los mensajes enviados y recibidos por los sospechosos. Decidió empezar con Unax y empezó a teclear con rapidez, moviéndose entre las diferentes bases de datos del Gobierno para esclarecer nombres, apellidos, direcciones y posibles antecedentes de sus contactos. Al cabo de una hora tenía un análisis completo de su entorno de amistades. Intrigado, sacó un cigarrillo. Había tres nombres que le preocupaban. Uno de ellos estaba fichado por Kale Borroka (74), al igual que Unax. Los otros dos eran terroristas altamente peligrosos fugados de la justicia española. ¿Por qué conocía Unax a aquella gente? ¿Habría tenido algún contacto reciente con ellos? Volvió la mirada a la pantalla del ordenador y continuó tecleando. No había llamadas ni mensajes entre sus móviles en los últimos dos años, tiempo que coincidía aproximadamente con las fechas de las fugas de los dos terroristas. Pero eso no quería decir al cien por cien que no había tenido contacto con ellos. Pensativo, se puso a pasear por la habitación inhalando ansiosamente el humo de su cigarro. ¿Dónde estaría Unax en esos momentos? Volvió al ordenador y comprobó que su amigo se encontraba en el coche por la autovía N-1 y parecía dirigirse a Kuartango. Quedaban dos horas para el comienzo del Concejo, así que decidió ir hasta su casa e intentar entrar a registrarla, aunque fuera a plena luz del día. Necesitaba acceder a su ordenador e instalar alguna cámara allí para tenerle controlado. Metió todos los aparatos en una mochila y salió a la calle tras comprobar la localización de los demás amigos de la cuadrilla. Todos estaban en sus casas o lugares de trabajo, así que en teoría no tendría problemas.

Entró en el coche y se dirigió a la carretera principal, saludando a Txiki que estaba sentado al sol con un viejo delante de la Taberna. Cuando pasaba por las últimas casas del pueblo divisó en la distancia a Don Gerardo, que iba cargado como un burro con tres pesadas cajas en brazos. Sudaba copiosamente, así que decidió detener el coche y echarle una mano.

- ¿Necesita ayuda, Don Gerardo?

- Pues no te voy a decir que no. Mi mujer se ha llevado el coche y la espalda me está matando, ya no soy un chaval.

- No se preocupe, lo cargaremos todo en mi coche.

Visiblemente aliviado, Don Gerardo depositó las cajas en el suelo y se incorporó masajeándose la zona lumbar. Miguel se apeó y se apresuró a meterlas en el maletero, invitando al profesor a entrar en el coche. Miguel volvió a sentarse al volante y dio la vuelta para dirigirse hacia el pueblo otra vez.

- ¿Dónde hay que descargar las cajas?

- En el Txoko. Estoy preparando la reunión de esta tarde.

- Ah sí, ya me ha contado Unax que hay reunión. ¿Crees que yo podría asistir?

Don Gerardo le miró pensativo, suspirando hondo mientras reflexionaba. Tardó un buen rato en responderle, sopesando la respuesta mientras se acariciaba la barba. De repente se giró hacia él.

- No sé qué decirte, Miguel. Profesionalmente hablando, te vendría bien asistir a una reunión

administrativa tradicional, para aumentar tu material de investigación para la tesis. Por otra parte, sé que los hijos de los Heredia armarían un escándalo si tú o Zigor aparecéis por la reunión. Creo que es mejor que no vengáis esta vez.

- De acuerdo, Don Gerardo, no hay problema. No quiero agravar la situación.

Aparcó el coche frente al Txoko y abrió la puerta trasera del maletero, observando el edificio. Era de una sola planta, de piedra, con una moderna puerta de roble. La arquitectura de la fachada era la tradicional del Valle y Miguel no pudo evitar comentar que era una casa de reuniones muy bonita. El profesor asintió, invitándole a entrar con un gesto de cabeza. Cruzaron un pasillo largo pintado de blanco, demasiado aséptico para su gusto, y entraron por la primera puerta a la sala de reuniones. Era una estancia grande, blanca, con mucha luz natural y unas veinte sillas colocadas frente a una alargada y robusta mesa de roble. Don Gerardo suspiró una vez más, con semblante grave y gesto preocupado.

- No sé qué va a pasar esta noche en la reunión, pero bien sabe Dios que no tengo ninguna gana de ser yo quien la dirija. He pensado en todas y cada una de las preguntas que los vecinos me harán, pero me temo que no tengo todas las respuestas.

- No se preocupe, seguro que todo sale bien.

- Gracias, Miguel, eso espero. ¿Podría abusar de tu amabilidad y pedirte otro favor?

- Claro, lo que sea.

- Inés, mi mujer, se ha llevado por error la llave del pequeño almacén a casa de su madre, que vive aquí cerca. Necesito guardar las cajas allí hasta la hora de la reunión, son las Ordenanzas Municipales y otros documentos importantes. ¿Te importaría esperar aquí mientras voy a buscar la llave? Sólo me llevará cinco minutos.

- Claro que no me importa, no tenía nada que hacer. Esperaré aquí hasta que vuelva.

Agradecido, Don Gerardo salió del Txoko en busca de su mujer. Miguel le despidió en la puerta de entrada, encantado por el inesperado golpe de suerte. Miguel escrutó la calle, la plaza y las ventanas de las casas orientadas a ésta, para comprobar si había vecinos a la vista.

No había nadie mirando, así que abrió el maletero, cogió su mochila y sacó dos cámaras. Era la oportunidad perfecta para colocarlas, y así a la tarde poder observar cómo se desarrollaba tan importante reunión. Anotaría desde casa todos los detalles, prestando mucha atención a la conversación y los gestos de los vecinos. Entró de nuevo en la sala de reuniones y observó a su alrededor, nervioso. La habitación era tan parca en decoración que no sería fácil ocultar las cámaras. Necesitaba dos enfoques, la mesa en la que se sentarían Don Gerardo y sus ayudantes y el grupo de vecinos congregados frente a ellos. La primera cámara la ocultó en el elegante tapiz que colgaba detrás de la mesa de roble. La segunda en la lámpara, precariamente escondida en la madera tallada de la araña. No estaba demasiado convencido; si mirabas fijamente la lámpara, se distinguía el pequeño aparato por ser ligeramente más oscuro que el barniz. En cualquier caso, esperaba que ningún vecino alzara la vista hacia el techo en tan solemne reunión. Miró por la ventana y observó a Don Gerardo, que caminaba resuelto hacia el Txoko. Al entrar, agradeció

efusivamente a Miguel su ayuda. Introdujo la llave en la ranura del almacén y Miguel le ayudó a dejar las cajas en una estantería. La habitación era pequeña, oscura, polvorienta, y estaba hasta los topes de viejos archivadores metálicos, baldas y ordenadores obsoletos que parecían llevar años abandonados en ese rincón. No vio nada que pareciera interesante a primera vista, pero decidió que entraría a investigar una noche los archivadores, por si encontraba alguna pista o algún papel vital para la investigación. Miró su reloj y, al ver que la reunión daría comienzo en una hora, se despidió de Don Gerardo.

En el coche dudó; antes de encontrarse con el profesor su plan era dirigirse a casa de Unax para colocar cámaras. Pero no podía arriesgarse a perderse la reunión, así que volvió a casa inmediatamente y, tras sacar un botellín de cerveza de la nevera, se conectó al ordenador. Lo primero que hizo fue comprobar la batería de las cámaras que ya llevaban varios días funcionando, las colocadas en casa de Zigor y las de Lamietxe. Pronto tendría que empezar a sustituirlas por otras nuevas para poder recargar las baterías. Por ahora la señal llegaba clara y observó las diferentes imágenes que se mostraban en la pantalla. Zigor y Garbiñe estaban merendando en su cocina, atentos al televisor, probablemente escuchando las novedades del asesinato de Heredia. Don Gerardo se afanaba en ordenar las sillas en el Txoko visiblemente intranquilo. Elurne estaba en la cocina de Lamietxe, acompañada por dos hombres trajeados a los que no conocía. No sabía que la pelirroja esperase visita esa tarde; preocupado, frunció el entrecejo. ¿Quiénes serían aquellos hombres? Estaban sentados alrededor de la mesa con el semblante serio, debatiendo sobre un papel que sujetaba el individuo de mayor edad. Era un hombre alto y musculoso, con el pelo cano encrespado y el rostro serio pero sereno. Tenía varias carpetas amontonadas frente a él. Elurne, tranquila, hablaba en fluido inglés con autoridad, mirándolos fijamente y sin amilanarse ante el gélido semblante del segundo hombre. Era joven, muy alto, fuerte pero no gordo, con espeso pelo rizado y gafas de montura cuadrada. A primera vista, parecía un gorila de discoteca. Miguel no entendía ni una palabra de lo que hablaban porque el inglés nunca había sido su fuerte, así que se limitó a observarles con atención. Al cabo de varios minutos se hizo el silencio mientras leían sendas copias de un informe que el más joven había sacado de una carpeta. Elurne asintió, sacó una pluma estilográfica de un estuche y firmó el papel. Los hombres firmaron también; luego se levantaron y abandonaron la cocina a instancias de la pelirroja. Confundido, Miguel pulsó varias teclas para cambiar la imagen de una cámara a otra, buscando al extraño trío en Lamietxe. No estaban en el salón, en el Gaztandegi ni, por supuesto, en la habitación de Elurne, así que se dio por vencido. Sacó su móvil del bolsillo para llamar a Elurne con cualquier excusa para ver qué le decía, pero no sabía si era lo correcto. Ardía en deseo de saber quiénes eran los misteriosos visitantes, pero decidió esperar unos minutos.

Mientras tanto, preparó papel y bolígrafo y comprobó los rastreadores de los coches de sus amigos. Unax, Galder e Iñigo se dirigían a Uzanza, probablemente para participar en la reunión. De pronto sonó el teléfono y descolgó enseguida, viendo que era Elurne la que llamaba.

- Hola, guapa. ¿Qué tal estás, me has echado de menos?

- Hola, Mikel. Por supuesto, he llorado sin cesar desde que te has marchado hace un par de horas. He tenido un imprevisto y no voy a ir a la reunión.

- ¿Qué ha pasado?

- Hace una hora se ha presentado mi jefe en casa.
- ¿Tu jefe, el irlandés? ¿Y qué narices hace aquí?
- Ha dicho que tenía una reunión mañana en Barcelona y que quería verme, aprovechando que viajaba a España.
- Pero Barcelona está a seis horas en coche, Kuartango no le pillará precisamente de camino.
- Lo sé. Creo que quiere comprobar en persona qué tal avanza mi plan comercial. Y también quería cambiar algunas de las condiciones de mi contrato laboral.

Miguel suspiró aliviado, el papel que había firmado Elurne era una modificación de su contrato; misterio resuelto. Aun y todo, le parecía extraño que su jefe se presentase sin previo aviso tras miles de kilómetros de viaje, sólo para discutir un contrato laboral.

- ¿Cuándo se marcha?
- Se va por la mañana, coge un vuelo de Bilbao a Barcelona, así que tendré que hacerme cargo de él esta noche. Ya lo siento, no voy a poder ir a la reunión ni quedar contigo luego.
- ¿Qué...?
- Lo sé, lo siento. La verdad es que tenía ganas de estar contigo.
- Nos veremos mañana y te prepararé una sorpresa, ¿te parece?

La pelirroja asintió entusiasmada y le dijo que le encantaban las sorpresas. Se despidieron y Miguel se puso cómodo frente al ordenador, preparado para observar con detenimiento el desarrollo del Concejo.

La sala de reuniones del Txoko se había ido llenando mientras hablaba con Elurne por teléfono. Don Gerardo estaba sentado tras la mesa de roble, y a su lado estaban un hombre y una mujer de mediana edad que Miguel no había visto antes. Todos los asientos estaban ocupados, por lo que los vecinos rezagados traían sillas del almacén mientras charlaban en voz baja. Miguel ajustó el sonido para intentar escuchar algo entre los cuchicheos de la gente. Imposible por el momento, tendría que esperar a que el profesor diera comienzo a la sesión. A las ocho menos cinco vio llegar a Unax, Iñigo y Galder, acompañados de Garbiñe. Por las caras de circunstancias de los tres amigos, era evidente que no estaban cómodos con la novia de Zigor; parecía buscar pelea, a juzgar por las miradas de desprecio que lanzaba al resto de los vecinos allí congregados. Se quedaron de pie al fondo de la sala, arrinconados en una esquina. Reconoció entre el gentío a Bixente el ganadero, a Txiki el tabernero, a Inés, la esposa de Don Gerardo, a los padres de Iñigo y a la señora Chifflet, que chismorreaba sin cesar con todo el que la escuchara. Todos ellos parecían nerviosos y miraban a sus vecinos a hurtadillas, sopesando sobre qué conversar y con quién. Don Gerardo parecía muy calmado, lo que sorprendió a Miguel. Por la tarde lo había visto muy preocupado, pero ahora era la imagen de la serenidad y la calma. Observaba a todos con detenimiento, analizando la situación y, cuando estuvo satisfecho, levantó la mano, se aclaró la garganta y pidió silencio. La audiencia calló expectante.

- Queridos vecinos y vecinas, bienvenidos a esta sesión extraordinaria del Concejo de Uzanza. En primer lugar, quiero expresar mi más sentido pésame a los hijos de Dolores y Francisco Heredia, que hoy nos acompañan.

Con un gesto señaló al hombre y la mujer sentados a su lado. Él miraba a la concurrencia con arrogancia, sin poder ocultar su odio. Ella se secaba las lágrimas, utilizando un aparatoso pañuelo de seda negra y mirando desconfiada a su alrededor. Miguel observó a los vecinos en la pantalla y se maravilló de lo fácil que era leer el rostro humano. Se podía ver desde lejos aquellos vecinos que sufrían por los hijos de las víctimas y aquellos que les miraban con desdén, sin ocultar su desprecio por la familia Heredia. Garbiñe les observaba fijamente con los puños apretados y la mirada torva. Don Gerardo volvió a tomar la palabra.

- Lamentablemente, todavía no tenemos información sobre cómo se llevó a cabo el atentado o quién cometió la atrocidad. Hasta que la Policía esclarezca todos los detalles, quisiera pedirlos a todos y todas que os abstengáis de desconfiar los unos de los otros. Lo único que conseguiréis es viciar el ambiente del pueblo. Claramente, esta muerte nos ha afectado a todos y estamos deseando que atrapen a los culpables, pero no podemos perder la cabeza y acusarnos entre nosotros. Dos vecinos de Uzanza, que no están presentes en la reunión, han sido interrogados, como vosotros sabéis, por la Guardia Civil. Me gustaría pedirlos que confiarais en las Fuerzas de Seguridad del Estado. Si les han dejado en libertad, son presuntamente inocentes. Ambos tienen coartada. Apoyemos a nuestra gente, no debemos empeorar la situación.

- Cuando el río suena, agua lleva.

Una vecina, ya mayor, miró a Don Gerardo con gesto altivo, claramente ofendida por sus palabras.

- No entiendo qué quiere decir, doña Elaia.

- Conoces perfectamente el tipo de calaña que son la familia de Zigor Maizkurrena. Son todos unos violentos y unos asesinos.

- ¿Cómo coño te atreves? ¡Mi novio no es calaña! Cállate la puta boca, gallina vieja.

Garbiñe, colérica, había avanzado unos metros abriéndose paso entre los vecinos y se acercaba a la vieja con mirada furiosa y el puño levantado. Iñigo, avergonzado, intentaba tirar de ella para detenerla. Unax y Galder la sujetaron mientras la escuálida muchacha se revolvía con mirada furiosa. El vozarrón de Don Gerardo interrumpió los improperios y los insultos de ambas contendientes.

- ¡Orden y silencio! Si no sabéis comportaros como adultos, tendré que pedirlos que os marchéis. Doña Elaia, ese comentario ha estado totalmente fuera de lugar. Garbiñe, ¿quieres hacer el favor de dejar de patalear? Somos personas, no animales. Vecinos y vecinas, me refería precisamente a esto hace unos minutos. No podemos pasarnos los próximos meses acusándonos entre nosotros. Conservemos la sangre fría. Nadie es culpable hasta que se demuestra lo contrario, y en este caso nada ha sido demostrado. No pienso discutir más sobre este tema. Os pido respeto, y creo que no es mucho pedir. Don Gerardo miró autoritario a Garbiñe, que había bajado el puño, pero tenía la cara encendida de rabia. Unax le apretaba el brazo con firmeza y susurraba en su oído para aconsejarle que se calmara. El profesor volvió la vista hacia sus papeles.

- El tema prioritario de hoy es analizar qué dicen las Ordenanzas Municipales sobre la elección de un nuevo Presidente. Probablemente Dolores no podrá desempeñar el cargo en mucho tiempo.

Don Gerardo se levantó y comenzó a repartir cuadernillos entre los asistentes. Miguel perdió un poco el hilo mientras explicaba todas las ordenanzas paso a paso. La jerga jurídica era un coñazo y los vecinos parecían tan confundidos como él. Después de leer los párrafos más importantes, Don Gerardo resumió la situación. Deberían organizar una votación y participarían todos los vecinos de Uzanza mayores de dieciocho años.

La votación tendría lugar en una reunión extraordinaria. Los actuales ayudantes, Don Gerardo y Enrique, seguirían en su cargo. El hijo de Heredia seguía lanzando miradas de desprecio al público allí congregado, y Miguel no pudo evitar pensar que él probablemente se comportaría igual si fuera su padre el fallecido. Varios vecinos preguntaron sobre los detalles de las candidaturas y Miguel se fijó en Unax, que en ese momento estiraba el cuello para escuchar la respuesta del profesor. Se oyó una voz despectiva que reclamaba la atención de todos. Provenía de la hija de los Heredia, que había dejado el pañuelo de seda sobre la mesa y miraba a los vecinos con desdén.

- Solicito que se prohíban expresamente las candidaturas de los militantes de cualquier partido ilegalizado. He oído decir que Unax Etxebarria aspira al cargo, y como extremista que es, no deberíamos permitirselo. Sería un insulto a la memoria de mi padre y a todo el resto de las víctimas del terrorismo.

El aludido, realmente cabreado, empezó a contestar a la mujer de malos modos, por lo que Don Gerardo tuvo que ponerse firme de nuevo.

- ¡Silencio! Berta, me temo que esa ley no es aplicable en este caso. Los partidos ilegalizados no pueden presentarse a las elecciones de los Ayuntamientos o de la Diputación (75), pero para elegir Presidente de la Junta Administrativa no se tiene en cuenta la ideología política de los candidatos. El Presidente vela por el bienestar del pueblo y sus vecinos, independientemente de las creencias de cada cual. Debemos votar a aquel candidato que consideremos más apto para Uzanza.

- Está bromeando.

- No bromeo con estas cosas, deberías saberlo. Ayer tuve reunión en el Ayuntamiento y me confirmaron que todo vecino empadronado en Uzanza tiene derecho a presentar su candidatura.

La mujer enmudeció y miró al viejo profesor refunfuñando. Su hermano empezó a vociferar, lo que animó a la audiencia a sumarse a la bronca; unos gesticulaban, otros gritaban, y alguno incluso empujaba a su vecino para atraer la atención. Miguel bajó el volumen de los altavoces, incrédulo con el giro que habían dado las cosas. Don Gerardo intentó acallar a la concurrencia, desesperado con la situación. Comenzó a vocear y, al ver que no funcionaba, lanzó un silbido tan estridente como el de los pastores en las montañas. Por fin el método dio resultado e hizo que la gente comenzara a calmarse.

- Aquellos vecinos que quieran presentarse como candidatos para el cargo de Presidente de la Junta Administrativa de Uzanza deberán depositar una solicitud en el buzón del Txoko, junto a la

puerta de entrada. En unos días se publicarán en el tablón de anuncios los nombres de los candidatos. Anunciaremos pronto la fecha de la votación. Por el momento yo sigo recomendando calma y paz. Confiemos en que todo se aclare pronto y podamos volver a la vida normal. Doy por concluida la sesión, a menos que haya más ruegos o preguntas.

Nadie dijo nada; algunos vecinos negaban con la cabeza y otros miraban al suelo, un tanto avergonzados por su comportamiento. Don Gerardo se levantó y les despidió con un gesto de la mano. Hubo una estampida para salir del Txoko, unos se dirigieron a la Taberna y otros a sus casas, sin duda para comentar la reunión y analizar lo que pasaría en los próximos días. Los hijos de Heredia se quedaron a discutir acaloradamente sobre la legalidad de las candidaturas y Don Gerardo tardó un buen rato en conseguir perderles de vista. Cuando se quedó solo, se desplomó en una silla con la cabeza entre las manos, y Miguel se compadeció de él. Menudo mal rato había pasado el profesor. El hombre recogió la sala y amontonó las sillas en un extremo de la habitación. Después apagó la luz y se marchó.

Miguel se arrellanó en la silla del escritorio y encendió un cigarrillo, cavilando pensativo. Había sido un día de investigación muy productivo. Abrió su cuenta de correo electrónico y envió un email a Narváez informándole detalladamente de las novedades del caso. Cuando acabó, se preparó una ensalada y la comió en el jardín contemplando el caer del día. Luego se fumó un porro que le había dado Elurne para relajarse después del rapapolvo de su jefe el día anterior. Normalmente Miguel no fumaba, pero en esos momentos le apetecía. Deseaba más que nada tumbarse en un prado con Elurne, observando la vida pasar con lentitud en vez de trabajar veinticuatro horas al día intentando atrapar terroristas. Pensó en la pelirroja y en qué estaría haciendo en ese momento con su jefe irlandés y el gorila que les acompañaba. Sin poder contenerse, entró en la habitación y comprobó las cámaras instaladas en Lamietxe. Su novia y sus acompañantes no estaban a la vista, por lo que dedujo que les habría llevado a cenar a Vitoria. Comprobó por rutina las demás cámaras, atento al nivel de autonomía de sus baterías. Cuando evaluaba la cámara nueve, instalada en el Txoko, vio una silueta entrar en la oscura habitación con dos aparatosos bultos a la espalda. Extrañado, Miguel observó la figura atentamente pero no podía identificar quién era. Don Gerardo fijó que no, la silueta era menos corpulenta. El intruso se acercó al almacén que había usado el profesor para guardar las cajas, y forcejeó con la puerta unos instantes antes de entrar sin encender la luz.

Estaba todo tan oscuro que Miguel temió no poder distinguir quién entraba a hurtadillas en el edificio a aquellas horas. Pero, por fortuna, cuando la sombra salió del almacén pudo ver de quién se trataba. Alta y delgada, con el pelo corto y demasiado maquillaje... ¡Era Garbiñe! ¿Qué demonios hacía allí a oscuras? La novia de Zigor no tenía permiso para entrar en el Txoko, estaba casi seguro. ¿Qué estaba pasando? Cuando Garbiñe abandonó el Txoko, Miguel comenzó a pasear en círculos para deshacerse de la tensión que le embargaba. Debía averiguar inmediatamente qué contenían los bultos que la chica había dejado en el almacén. Esperaría unas horas y, al amparo del silencio y la oscuridad de la noche, entraría al Txoko a investigar. Preparó todo lo que necesitaría para la excursión nocturna y se sentó en el sofá a esperar, tecleando furiosamente en el ordenador para buscar más información sobre la esquelética mujer. Estaba alerta y concentrado, y por fin parecía que comenzaba la acción.

LAMIAK



LAMIAK

Las Lamiak son genios femeninos mitad mujer, mitad animal. Son seres de extraordinaria belleza, con el pelo largo y brillante y patas de gallina. Nos ayudan a hilar lana y a lavar la ropa, pero lo que más les gusta es sentarse al borde de una cascada para peinar su pelo con peines de oro. Son seductoras y enamoran a los pastores y a los mozos con sus encantos

Kuartango, noviembre de 1.980

Este año ha sido un tumulto de emociones, altibajos, alegrías y sufrimientos. Hoy apenas puedo escribir porque me ahoga la tristeza; ningún padre o madre debería tener que enfrentarse a la pérdida de un hijo. Hoy hemos enterrado a Kattalin en el cementerio de Uzanza, después de unas horas angustiosas en las que se estuvo debatiendo entre la vida y la muerte en el hospital, sin lograr ganar la batalla. Antonio y yo estamos destrozados, no podemos pensar ni hablar y, cuando lo intentamos, las palabras mueren en nuestros labios. No sabemos cómo consolarnos el uno al otro desde que nuestra hermosa hija falleció hace dos días. Siempre, desde que nació, he temido por ella y me ha preocupado lo que pudiera sucederle, pero nunca imaginé que la perdería de esta manera. Cuando ella era niña, me daba miedo que se despeñase por el monte o se cayera a una sima jugando por el bosque de Yarto o la sierra de Gibijo.

Siendo ella joven, era la situación política lo que me hacía temer por su seguridad; los altercados con la policía en Vitoria, las multitudinarias manifestaciones o que alguno de sus amigos la convencieran para unirse a la lucha de E.T.A. El grupo armado ha crecido en los últimos años, ganando cada vez más adeptos que están convencidos de que hay que luchar con uñas y dientes por la independencia de nuestro pueblo. Yo estoy de acuerdo con la independencia, pero sigue sin gustarme el reguero de sangre que están dejando tras de sí con tantas muertes. Algunos amigos de Kattalin se unieron a ellos y actualmente están en búsqueda y captura. Otros han sido arrestados y están pendientes de juicio. Por suerte para nosotros, a ella nunca le interesó la lucha armada. Siempre creyó que la lucha a través de la política era la vía correcta, así que rehuyó invitaciones e insinuaciones de sus amigos y conocidos. Sí se afilió a Herri Batasuna (76) a tiempo para votar en las primeras elecciones, al igual que hicimos Antonio y yo, porque era la opción con la que estábamos más de acuerdo: independencia y socialismo para nuestro pueblo. Nunca pensé que la democracia llegara realmente a este país pero, aunque los tiempos siguen siendo convulsos, contra todo pronóstico las elecciones se desarrollaron con calma. El nuevo Presidente de la Comunidad Autónoma Vasca es Carlos Garaikoetxea, del Partido Nacionalista Vasco (77). El menor de otros males, según dice Antonio, porque al menos el P.N.V. defenderá a la sociedad vasca mejor que los otros partidos que se presentaban a las elecciones. Desde el día de la votación se nota una mejoría en el ambiente, como si los ecos del franquismo empezasen realmente a desaparecer. Sin embargo, Kattalin solía decirme que los herederos del Régimen seguían vivos y debíamos tener cuidado. Decía siempre que, aunque no hubiera ya guerra ni represión, la lucha seguía en la calle. Manifestaciones, huelgas, protestas, arrestos, quemas de autobuses y contenedores...

Por suerte en Kuartango no hemos tenido tantos problemas como en la ciudad. Recuerdo que, hace algo más de un año, Kattalin nos llamó aterrada desde el teléfono de un bar del Casco Medieval de Vitoria. Eran las tres de la mañana y nos dio un susto de muerte, porque en Lamietxe el teléfono no suele sonar a esas horas. Nos contó que estaban tomando una cerveza en la calle Cuchillería de Vitoria cuando la policía empezó a disparar pelotas de goma a diestro y siniestro contra los jóvenes que allí se encontraban. La muchedumbre empezó a correr y a refugiarse en bares y portales mientras el pelotón de la Policía Armada avanzaba por la calle a pelotazo limpio. Kattalin y sus amigos corrieron a esconderse en un bar, pero cuando estaban franqueando la puerta, una de las duras pelotas de goma alcanzó a su amiga Luisa en un hombro, tirándola al suelo por la fuerza del impacto. La muchacha se golpeó la cabeza en la piedra del pavimento y perdió el

conocimiento. Entre todos los amigos lograron meterla dentro y cerrar la persiana del bar. En la calle seguían los altercados: los policías disparaban y los jóvenes más valientes, o inconscientes a mi modo de ver, les gritaban improperios y les lanzaban botellas y cócteles molotov (78). Según los noticiarios, fue una verdadera batalla campal, una que se repetía prácticamente todos los fines de semana. Kattalin nos dijo que habían llamado a una ambulancia para llevar a su amiga al hospital, pero necesitaban a alguien para ponerse en contacto con su familia. Ella seguía inconsciente y nadie recordaba el teléfono de sus padres. Me indicó que entrase en su habitación y buscase en el segundo cajón de su mesa de estudio. Allí encontraría una libreta roja donde tenía apuntados los teléfonos de sus amigos. Nunca olvidaré la angustia de la madre de Luisa cuando respondió al teléfono aquella noche. Le conté lo que había sucedido, y le dije que no tenía más detalles sobre el estado de su hija. Pude escuchar en su voz el temor y la angustia de que algo grave le hubiera pasado y colgó enseguida para despertar a su marido y salir corriendo hacia el hospital. Kattalin nos llamó a las cinco de la mañana, preocupada pero esperanzada. Luisa, su mejor amiga, era como su hermana. Vivía en Zuhatsu y habían sido inseparables desde pequeñas. La pelota de goma le había roto el hombro, pero eso tenía solución, dijeron los médicos. Lo que preocupaba a los especialistas era el severo traumatismo craneoencefálico que le había causado el golpe contra el suelo. Seguía inconsciente, aunque sus constantes vitales permanecían estables. Kattalin estaba muy asustada porque no quería perder a su amiga, y se juró a sí misma no volver a salir de noche hasta que la situación política se calmase. Por fortuna, tres días después del incidente, su amiga Luisa salió del coma y mejoró visiblemente en pocas semanas.

Me resulta muy frustrante ver las noticias después de aquella noche, porque los medios de comunicación no son independientes, por mucho que se esfuercen en decir lo contrario. Todavía no he visto que se hable de las cargas policiales contra los jóvenes las noches de los fines de semana, las que han vivido Kattalin y sus amigos durante tantos meses. En la televisión se habla de las manifestaciones a favor de la paz, con las que estoy de acuerdo, pero me frustra que no hagan mención de los abusos policiales y de las torturas que están sufriendo las personas arrestadas, sean culpables o no. Luisa, la amiga de mi hija, estuvo cerca de morir aquella noche y, como ella, tantos otros de los que no se habla en la radio, en la televisión o en los periódicos. Según las fuerzas policiales y los Gobiernos Vasco y Español, las cargas son necesarias para deshacerse de los terroristas que campan a sus anchas por nuestros pueblos y ciudades. Es verdad que E.T.A. cada día comete más atentados, yo creo que deberían dejar las armas cuanto antes. Pero no es justo que se nos juzgue a toda la sociedad vasca como terroristas, porque no lo somos. Todo esto me enfurece mucho, aunque dice Antonio que no podemos hacer nada.

Kattalin cumplió su palabra, y no volvió a salir por el centro de la ciudad las noches de los fines de semana, para no exponerse al peligro. Ella y sus amigos quedaban en un barrio de las afueras, donde no había tantos problemas con la policía. También se apuntó a clases de baile, a un club de montaña y a una academia para aprender inglés. Antonio y yo nos alegramos al ver que parecía tranquila y serena y disfrutaba con sus nuevas aficiones. El monte siempre le había gustado, claro está, raro sería que alguien de nuestra familia no fuese aficionado al monte.

Pero para mí lo peor fueron sus clases de inglés, porque fue allí donde conoció a la persona que lo torció todo para nuestra familia. Al principio yo estaba muy contenta, Kattalin había aprendido francés en el colegio y se le daban muy bien los idiomas, así que me pareció adecuado que empezara a estudiar inglés. El mundo es cada vez más moderno y dicen que el inglés pronto será el idioma global. La empresa en la que trabajaba en Vitoria está empezando a exportar, y le

prometieron un ascenso si lograba aprender pronto el idioma. Se aplicó a estudiar como si la vida le fuera en ello. Iba a clase todos los días y le encantaba el aprendizaje del idioma. Disfrutaba debatiendo con su profesora, una chica irlandesa que hacía las clases amenas y divertidas. Por desgracia, la irlandesa se quedó embarazada de un chico ruso y se marchó a vivir a Moscú al final del primer curso. Su marcha trajo consigo la aparición en nuestra vida de una persona a la que desearía no haber conocido.

Al empezar el segundo curso conoció a su nuevo profesor, Tom, un chico inglés que llevaba pocas semanas en Vitoria. Antonio dice que he sido muy injusta con él desde que le conocimos, por no hablar del sufrimiento que causé a Kattalin en vida. Tom es un chico guapo, alto y delgado. Es poco hablador y parece honesto, pero es muy engreído y bastante terco, cosas que me resultan difíciles de soportar y hacen que choquemos. Lo peor para mí es que se parece a Sugaar, el alemán que me violó en el alto de Sendadiano. Cada vez que le miro, no puedo evitar recordar aquel día, ese momento en el que los fríos ojos del nazi se clavaron en mí mientras me forzaba. Antonio dice que no puedo culpar a Tom por algo que él no ha hecho, pero no puedo evitarlo. Son sus ojos... Los tiene del tono exacto de azul, fríos como el hielo. Desde el momento en que Kattalin le vio, se enamoró perdidamente. Él dice que también se enamoró al instante, pero yo creo que miente. No me fio de él y de sus ojos gélidos. Estuvieron saliendo juntos unas semanas y luego Kattalin lo trajo a Lamietxe para que le conociéramos. Recordaré ese día mientras viva. Cuando se bajaron del coche y me miró, me invadió una sensación de miedo y desasosiego que llevaba años sin sentir, una certeza de que algo saldría mal después de aquel momento. Tom desprendía una energía negativa y agresiva. Hace tiempo que sé que amama tenía razón: tengo una sensibilidad especial. Hay momentos en los que la energía de los demás me desborda y me inundan sensaciones intensas, a veces positivas y otras negativas. Soy capaz de leer el corazón ajeno y veo bastante claro en mi mente lo que sienten los demás, aunque no me lo digan. En los libros antiguos de amama queda claro que es un don que han tenido otras mujeres en mi familia. Según ellas, este don es una bendición y una maldición. Antonio notó mi angustia al verle y me apretó la mano para darme seguridad, aunque no sabía por qué yo estaba tan tensa. Ese día Tom fue muy atento y se mostró interesado en el baserri, las fincas y los animales. Kattalin estaba feliz enseñándole todos los rincones de nuestro hogar y contándole las historias familiares. Durante la comida charló animadamente de su infancia y de las aventuras que había corrido con sus amigos por Kuartango. Él escuchó con atención y se mostró muy cariñoso con ella, pero yo sentí en mi fuero interno que el inglés nos traería la desgracia a la familia. Después de comer, se pusieron las botas de monte y fueron a explorar Gibijo mientras Antonio y yo recogíamos la cocina. Le conté mis preocupaciones, y él me pidió que controlase mis sentimientos y mis opiniones para no hacer daño a Kattalin. Lo he intentado, lo sigo intentando, todos y cada uno de los días que le he visto, pero sigo sin confiar en Tom y no me gusta quedarme a solas con él.

A los pocos meses de empezar la relación, se mudaron juntos a un piso de alquiler en Vitoria. Un día de finales de verano fuimos a la ciudad a comprar cosas para amueblar y decorar el piso, y aproveché para preguntarle si estaba segura de que Tom era el chico adecuado para ella. Tensa, me dijo que había supuesto que yo no aprobaría su elección, pero me pidió que la respetara. Se lo prometí, contrita y algo angustiada, e intenté que no me notara la ansiedad que sentía mientras escogíamos electrodomésticos, muebles y ropa de cama. Durante un tiempo todo fue relativamente bien; Antonio y yo vivíamos tranquilos en Lamietxe y ellos venían a vernos cada dos o tres fines de semana. A veces se quedaban unos días para ayudarnos a embotar tomate o hacer morcillas y chorizos en la época de la matanza.

Desgraciadamente hace nueve meses todo cambió. Yo noté el cambio de energía desde el momento en que se bajaron del coche aquel domingo. Tom se acercó a nosotros sonriente, pero yo vi al instante la preocupación y el agobio que intentaba esconder, no sólo de nosotros sino de nuestra hija. Kattalin abrió la puerta rebosante de felicidad y salió del coche corriendo hacia nosotros como una chiquilla. Saltó hacia nosotros para abrazarnos y contarnos la buena nueva que traían. Como yo me temía, estaba encinta. Yo la abracé, feliz por ella porque siempre ha querido ser madre. Le acaricié con cariño el vientre, aunque todavía no se le notaba el embarazo. Deseé con todas mis fuerzas que fuera una niña, para poder transmitirle el conocimiento de mis antepasados como me pidió amama. Ese día pasamos horas en el jardín hablando con emoción de la gestación, de cómo sería el bebé y deseando que naciese sano; también planeamos cómo decoraríamos la habitación y el tipo de ropitas que le compraríamos. Todavía eran las fases tempranas del embarazo y Kattalin no parecía tener náuseas y se encontraba llena de energía y vitalidad. Todo cambió al segundo mes y, al igual que yo hace años, empezó a vomitar todo lo que comía y a sentirse agotada. Yo hablaba con ella por teléfono todos los días, para darle ánimos y asegurarle que las náuseas no tardarían en desaparecer. Al cuarto mes la acompañé al médico; era un señor serio, alto y grueso, y le recomendó hacer ejercicio y dieta saludable para que el bebé naciese sano. Aunque siempre he estado en contra de los matasanos, me pareció que sabía de lo que hablaba y me quedé más tranquila. Kattalin y Tom querían que fuera niño, pero yo deseaba de todo corazón que fuera una niña, y subí decenas de ofrendas a la Diosa hasta la cumbre del Pico Marinda durante el embarazo.

Durante los meses de gestación y mientras el bebé crecía sin parar en el vientre de mi hija, yo pasé horas en la biblioteca de amama leyendo toda la información que encontré sobre el momento del parto. Quería aprenderme de memoria los conocimientos antiguos, por si hacían falta durante el alumbramiento. Obsesionada, pasé horas absorbiendo información sobre las diferentes infusiones para calmar las contracciones y las cataplasmas para aliviar el dolor. Preparé también una habitación en Lamietxe para cuando vinieran a visitarnos. Antonio dijo que parecía hacerme más ilusión ser abuela de lo que me hizo ser madre, pero le dije que era una tontería y que había olvidado ya aquellos tiempos en los que Kattalin crecía en mi vientre. Estamos empezando a envejecer, aunque no nos gusta pensarlo. Escogí la habitación más cálida y luminosa para cuando llegara el bebé y pinté las paredes de un verde precioso. También cosí sábanas y tejí mantas y toquillas, porque en invierno hace frío en este viejo caserón y no es bueno para un bebé resfriarse. Kattalin me dijo que quizás no podrían venir en invierno, que no estaba segura de que Lamietxe fuera el mejor ambiente para un bebé durante los meses fríos. Me enfadé mucho con ella; al fin y al cabo, ella nació en esta casa y nunca se puso enferma. Le dejé claro que, si no venían a visitarnos en invierno, nos instalaríamos nosotros en Vitoria para ayudarles. La cara de susto que puso fue tan graciosa que no pude evitar echarme a reír a carcajadas. Al ver que era una broma, ella se unió también a las risas y acabamos las dos sentadas en la cocina agarrándonos la barriga de tanto reír. Ella sabe tan bien como su padre que yo nunca me iría de Lamietxe. Lo que realmente me llena es estar aquí en el baserri con Antonio y rodeada de mis animales y de mis libros, no me hace falta nada más.

Cuando se acercó el noveno mes le pregunté dónde pensaba dar a luz y Kattalin me miró como si hubiera preguntado una tontería. En el hospital, por supuesto, me respondió sin titubear. Yo intenté convencerla de que sería maravilloso que el bebé naciera en Lamietxe, pero me dijo tajantemente que no. Habían decidido que querían estar rodeados de personal clínico cuando llegase el bebé, por si algo salía mal. Antonio lo entendió enseguida, pero para mí fue una decepción, no puedo

negarlo. Lo acepté de mala gana sin intentar cambiar su opinión, pero a cambio le pedí estar allí con ella cuando llegara el momento. Kattalin estuvo de acuerdo de inmediato, porque dijo que Tom tenía fobia a la sangre. Sin embargo, yo creo que estaba agobiado por ser padre tan joven.

El día que Kattalin se puso de parto nos llamó angustiada porque estaba sola en casa. Tom no contestaba al teléfono porque estaba dando clase en la Academia. Antonio y yo nos vestimos a toda prisa y salimos de Lamietxe a toda velocidad, deteniendo el coche en Uzanza para avisar a mi amiga Julene de que nos marchábamos y pedirle que diera de comer a los animales esa tarde. Cuando llegamos, Kattalin nos esperaba sentada en el sofá, muy nerviosa. La abracé con fuerza y le susurré que todo iría bien, que había llegado el momento y que yo estaría a su lado. Al llegar al hospital, una enfermera sonriente nos mostró el camino al paritorio y nos llevó a una habitación con vistas al aparcamiento. Suspiré disgustada, no era aquel el sitio donde yo me imaginaba que nacería mi nieta. En ese momento tuve la certeza de que sería una nieta, podía percibirlo en la energía de mi hija. Previsora, me había traído en el bolso el collar de dientes de caballo y el saquito de carbón de la abuela. Quería hacer los ritos antiguos de protección cuando tuviera un momento a solas con mi nieta. Kattalin estaba muy nerviosa, y paseaba de un lado al otro de la habitación, convencida de que eso ayudaría a acelerar el proceso. A las dos horas entró una enfermera muy simpática y le tomó las constantes vitales. Preocupada, nos indicó que era mejor que Kattalin se tumbase en la cama para poder ponerle un aparato en la barriga y monitorizar al bebé. Nos dijo que tenía fiebre y que eso no era bueno para el bebé. La acomodó en la cama, le puso el monitor y nos pidió que la avisáramos si las contracciones eran más frecuentes o el dolor era insoportable.

Kattalin me miró con miedo y cogí sus manos entre las mías para tranquilizarla. Veía en sus ojos el dolor de las contracciones que iban y venían, y deseé poder pasar el dolor por ella. Antonio seguía intentando ponerse en contacto con Tom. En la Academia le dijeron que había cancelado sus clases y que no le habían visto desde las cinco de la tarde. Tampoco contestaba al teléfono en casa. ¿Dónde demonios se habría metido? Decidimos no decirle nada a Kattalin por el momento; si se enteraba de que no encontrábamos a Tom, se preocuparía todavía más. A las once de la noche se abrió la puerta de la habitación y entró la matrona del turno de noche a presentarse. Para alegría de Kattalin, se trataba de una antigua compañera del colegio; se dieron un abrazo y se pusieron a charlar de los viejos tiempos. Aproveché a salir a cenar un bocadillo y hablar con Antonio. No sabía nada de Tom, seguía sin contestar en casa y tampoco él había llamado al hospital. Volví a entrar en la habitación y me encontré a Leire, que así se llamaba la matrona, inclinada entre las piernas de mi hija. ¡Veo la coronilla y es pelirroja, Kattalin, como tú!, gritó contenta. Llamó corriendo a las enfermeras y la llevaron a la sala de partos. Aquel sitio me pareció tan frío y lúgubre que lamenté que mi nieta tuviera que nacer en aquellas condiciones. Estábamos la matrona, tres enfermeras, un celador y yo. La salita estaba atestada de gente y de instrumental quirúrgico, que en aquel momento me pareció instrumental de tortura. Le colocaron las piernas en unos brazos elevados para hacer más cómoda la salida del bebé, y yo le fui refrescando la cara mientras le cantaba nanas en euskera, como hacía cuando ella era pequeña. Pronto Leire anunció que necesitaba que Kattalin empujara con todas sus fuerzas en la siguiente contracción. Se la veía preocupada porque todavía no había roto aguas, pero le recordé que mi parto había sido exactamente igual. Me apretó la mano y me miró con miedo, temiendo que algo saliera mal. Yo sonreí, serena, y le di un beso en la frente, animándola a que fuera valiente. Cuando llegó la contracción, apretó los dientes y se concentró en empujar mientras Leire y yo la animábamos. Yo sabía exactamente lo que estaba sintiendo mi hija en esos momentos: el dolor de

los músculos al contraerse, el agotamiento de empujar con todas tus fuerzas, la sensación de que los huesos se van a desencajar y por fin, en un último estertor de dolor, la sensación indescriptible de un ser vivo saliendo de tu interior.

La matrona la felicitó y le dijo que iba todo perfecto, que creía que con un último empujón el bebé saldría sin problemas, aunque la bolsa seguía sin romperse. El suelo del paritorio estaba lleno de sangre y las enfermeras se afanaban en preparar todo lo necesario para arropar al bebé al nacer. Cuando llegó la última contracción Kattalin me miró y, con la frente empapada de sudor, apretó con todas sus fuerzas. La matrona soltó un grito y nos enseñó al bebé, sorprendida. Mi corazón se detuvo en el pecho. Era niña, tal y como yo había predicho, pero había nacido con el velo veneciano. Aquel maldito saco amniótico, intacto, recubría todo su cuerpecillo, al igual que cuando yo nací, y mi abuela y su abuela antes que ella. Era una premonición y parecía confirmar que mi nieta tendría algún don especial. La matrona recortó con cuidado el saco amniótico y liberó a la pequeña, asegurándonos que estaba perfecta. Estuve a punto de desmayarme; ¡la niña tenía patas de gallina, negras y brillantes como las de mis animales! ¡Era una Lamia! ¿O eran imaginaciones mías? Tenía el rostro más bonito que había visto en mi vida; su tez era blanca y suave como el alabastro, sus manitas pequeñas aferraban mis dedos y sus labios eran perfectos, pero me impresionaron sus patas de gallina. ¡Mi nieta era una Lamia, estaba segura!

Las Lamiak son mujeres de nuestra mitología que han poblado la tierra desde el principio de los tiempos; son auténticas bellezas, con ojos hermosos y sabios, el pelo largo y brillante, el cuerpo esbelto y voluptuoso y patas de gallina que esconden tras vaporosas faldas. Son seres especiales y mágicos que viven en algunas cuevas de nuestro país, siempre cerca de alguna cascada, y con sus cantos y palabras enamoran y atraen a todo el que las conoce. Algunas Lamiak son buenas y ayudan a los humanos, pero otras son malvadas; la belleza que poseen es superficial, porque de corazón son malignas e intentan hacer daño al que no las complace en sus deseos. Parpadeé varias veces bajo la luz del paritorio para inspeccionarla mejor. Parecía imposible que mi hija hubiera dado a luz a una Lamia y la matrona no hubiera dicho nada. Cuando la levantó en el aire para enseñárnosla mejor, me pareció ver que sus pies eran normales, pero no estaba segura. Las Lamiak pueden cambiar de apariencia a su antojo, aunque no estoy segura de que las Lamiak bebés también puedan hacerlo. Pensé inmediatamente que debía buscar más información en los libros antiguos. Creía recordar que cuando era joven, amama había conocido a una Lamia en un prado en Zugarramurdi. Tal vez encontraría algo en sus viejos manuscritos y libros.

Las enfermeras se apresuraron a envolver a la pequeña con una manta y la colocaron sobre el pecho de Kattalin, para que escuchase los latidos del corazón a los que había estado acostumbrada todos esos meses. Mi hija observaba a su hija maravillada mientras le susurraba palabras de amor, y yo la felicité calurosamente por su valentía. La besé a las dos en la frente y acaricié con cariño la carita sonrosada y arrugada de mi nieta, que era verdaderamente preciosa, con su pelusilla pelirroja y su naricita perfecta. A los pocos minutos, las enfermeras la llevaron a pesar, a medir y a comprobar sus constantes vitales. Yo no me fiaba de ellas, así que las seguí y las observé de cerca mientras hacían las mediciones pertinentes. Estábamos tan concentradas que nos sobresaltaron unos pitidos que sonaron de repente. Al darnos la vuelta, vimos inmediatamente que el charco de sangre del suelo había crecido y que Kattalin tenía los ojos cerrados y el rostro blanco como un cadáver. Asustada, corrí a su lado y comprobé que no respondía y que no abría los ojos. Empezaron a entrar médicos y me apartaron de la cama de un empujón, gritándose unos a otros órdenes incomprensibles mientras cogían diversos aparatos para intentar salvarla. Yo mecí

a mi nieta en mis brazos y, con lágrimas en los ojos, pedí a la Diosa Mari que por favor intercediera; no podía perder a mi hija el día que recibía el regalo de mi nieta. Recé incluso al Dios cristiano, acordándome de los rezos de antaño en la iglesia de Uzanza. Habría también rezado a Allah y a Buddha si hubiera sabido algunas de sus oraciones. Los minutos pasaron lentos mientras yo observaba cómo mi hija se desangraba. Me quedé de pie, con el bebé dormido en mis brazos, observando al enjambre de batas blancas que intentaban devolver a mi hija a la vida. La hemorragia no cesaba y la piel de su rostro era cada vez más pálida. Le inyectaron medicamentos, le pusieron oxígeno e intentaron por todos los medios detener esa cascada de sangre que, roja y brillante, extinguía sin remedio la luz de mi hija. Al cabo de quince minutos se dieron la vuelta y, cabizbajos, me informaron de que nada se podía hacer; Kattalin había muerto. Gracias a la Diosa que un fornido médico se acercó a tiempo para coger el bebé, porque la noticia hizo que me desmayase y cayera al suelo.

Cuando desperté me encontré al lado de Antonio, acostada en una cama y con el bebé en una cunita de cristal a mi lado. Mi querido Basajaun lloraba desconsoladamente mientras la pequeña agarraba su dedo y dormía plácidamente sin enterarse de la desgracia de su nacimiento. Me incorporé en la cama y él me abrazó, hundido, pronunciando frases incomprensibles y maldiciendo a Dios por llevarse a nuestra hija tan pronto y de aquella manera. Cuando logramos dejar de llorar, cogí mi bolso y saqué el collar y el carbón. Antonio me miró extrañado, pero no dijo nada, probablemente porque vio en mis ojos una determinación inamovible. Puse el collar de dientes de caballo alrededor del cuello de nuestra nieta y dibujé un Lauburu en su frente con el carbón de la hoguera ancestral, al igual que había hecho amama con Kattalin. Recité las palabras de protección y la besé en la frente varias veces, prometiéndole que la cuidaría como si fuera su madre. Antonio rompió a llorar; yo guardé el collar y limpié el carbón de su frente antes de que alguna enfermera nos quitara la custodia por paganos. Tom aún no había aparecido ni nos había llamado. Aseguramos al personal médico que nos haríamos cargo de la niña si su padre no aparecía por allí.

Por fin, horas más tarde, recibimos una llamada suya. Dijo que se había alargado su clase y que llegaría pronto al hospital. Antonio y yo sabíamos que era mentira, porque habíamos hablado con la Academia. Cuando entró en la habitación a conocer a su hija, pude ver que estaba aliviado y no parecía triste por la muerte de Kattalin. Antonio también lo percibió y estuvo a punto de pegarle un puñetazo en la mandíbula, pero se contuvo porque no era el momento ni el lugar de pelearse. Tom nos dijo que él no podría hacerse cargo de la niña y nos pidió que la lleváramos a Lamietxe, asegurándonos que él vendría todos los días a estar con ella. También nos advirtió con frialdad que, si no accedíamos a hacer lo que él proponía, no tendría otra alternativa que dar a mi nieta en adopción. Yo le miré con odio, atónita. ¿Cómo tenía la desfachatez de decir algo así cuando el cuerpo de mi hija estaba todavía caliente? Furiosa como una leona, le aseguré que nadie daría a mi nieta en adopción sin mi permiso, y le aseguré que yo ejercería de madre para Elurne, ya que quedaba claro que él no estaba dispuesto a cuidar de su hija. Elurne... El nombre me salió de repente, sin pensarlo, como si el nombre de mi hermana hubiera estado destinado para mi nieta desde el principio de los tiempos. Tom no se atrevió a responderme, y con el semblante serio y la voz fría nos dio las gracias y dijo que nos veríamos el día del entierro en Uzanza. Claramente, no pensaba pasar las primeras horas de la vida de su hija con ella. Presentí que no tardaría en abandonarla y viajar a Inglaterra para nunca volver, y una lágrima corrió por mi mejilla. Elurne crecería sin madre, al igual que hice yo, y el pensamiento me partía el corazón. Antonio me envolvió en sus brazos para consolarme y, para cuando nos dimos la vuelta, Tom había

desaparecido.

El día del entierro el cielo estaba cubierto y llovía sin parar, como si el valle de Kuartango estuvieran llorando la pérdida de una de sus mejores vecinas. Antonio me abrazó durante toda la ceremonia para infundirme fuerza, mientras yo apretaba a Elurne contra mi pecho para darle calor. Por suerte, la pequeña dormía profundamente y no se enteraría de nada. El funeral fue multitudinario, no cabían en la iglesia todas las personas que habían venido a presentarle sus respetos. Kattalin era una mujer alegre y trabajadora, desprendida y muy buena amiga, por lo que muchos quisieron venir a despedirla. Tom se mantuvo a nuestro lado, silencioso y taciturno; se le notaba incómodo, y comprobé que en toda la ceremonia no derramó ni una sola lágrima por la muerte de mi hija. Deseo con todo mi corazón que el inglés desaparezca pronto de nuestras vidas y nos deje criar a Elurne tranquilos. Ella se merece crecer en una familia donde pueda percibir el amor y el calor de los suyos, en un Valle como el de Kuartango, que apacigua los nervios y hace resplandecer el alma. Sé que Elurne, mi bella Lamia, estará bien con nosotros, y juro a la Diosa Mari que lucharé con uñas y dientes para que nunca le pase nada malo.

Kuartango, abril de 2.009

A las cuatro de la mañana estaba preparado para la misión nocturna. Tras varias horas concentrado en los ordenadores, Miguel había conseguido una imagen más o menos fiable de Garbiñe. Nacida en 1.980 en Pamplona, había estudiado Ingeniería Electrónica en San Sebastián y desde su graduación trabajaba en una empresa en su ciudad natal como Técnico de Calidad. No tenía antecedentes penales ni su nombre figuraba en las listas de posibles sospechosos de E.T.A. o sus organizaciones afines. Miguel podía asegurar, después de la reunión explosiva del día anterior, que Garbiñe comulgaba con la banda terrorista. Independentista confesa, había admitido ante todos los amigos que estaba contenta con el asesinato del concejal. Quizá fuera un miembro legal de la banda, como llamamos a aquellos etarras (79) que no estaban previamente fichados. Si Garbiñe había sido la responsable del atentado y él conseguía suficientes pruebas para arrestarla, Narváez le dejaría en paz por el momento.

Después de buscar toda la información que había sobre ella, Miguel cogió cuaderno y bolígrafo y empezó a poner por escrito lo que había averiguado desde que llegó a Uzanza. Unax, a quien no podía espiar por el momento por no tener cámaras instaladas en su casa, era del entorno abertzale (80). Se sorprendió a sí mismo pensando que ese hecho no significaba que formara parte de E.T.A. o de su entorno cercano. En este caso y tras haberse ganado su amistad, realmente no lo creía. Había comprobado a lo largo de su carrera profesional que su instinto era bastante fiable. Trazó con rotulador un interrogante en la hoja recién estrenada de su cuaderno. Necesitaba instalar cámaras en su casa ipso facto. Y Elurne... no sabía qué pensar de Elurne. Estaba enamorado de ella y por eso no podía ser imparcial, tenía que reconocerlo. Si el Coronel Narváez se enteraba de que había comenzado una relación con ella, le abriría un expediente disciplinario. Tenía que asegurarse de que su jefe nunca se enterase. La pelirroja no parecía tener interés por la política. Estaba tremendamente orgullosa de sus raíces vascas, pero nada en sus gestos o palabras indicaba que apoyaba o pertenecía a la banda terrorista. Su ausencia de varios años era explicable, había estado estudiando y trabajando en el extranjero como hacen miles de españoles cada año. Se resistía a pensar que su nueva novia perteneciera a E.T.A., le parecía imposible. Pero sus débiles argumentos no iban a convencer a Narváez, tendría que seguir investigándola. Abrió el archivo de vídeo que mostraba a la pelirroja con los dos irlandeses en Lamiex y lo envió a Kevin, su colega del MI5, para que intentase averiguar algo sobre los dos misteriosos personajes.

Zigor era harina de otro costal, todavía le costaba comprender al huraño chaval. Estaba fichado por kale borroka y había pertenecido a Jarrai (81), pero no creía que hubiera seguido escalando posiciones en la banda terrorista. Durante semanas le había observado, seguido y registrado su domicilio, pero no parecía haber nada sospechoso en él, aparte de ser un borde algunas veces. Llevaba una vida muy rutinaria, de Uzanza al trabajo en Zuhatzu, y vuelta a Uzanza. Al final de la jornada laboral no quedaba con personas ajenas a Kuartango, aparte de Garbiñe, su novia. Esta última era un misterio, sólo había coincidido con ella un par de veces, pero, aparte de alguna conversación tensa, apenas había tratado con ella. Era territorio desconocido y eso no le gustaba en absoluto. Comprobó las cámaras para asegurarse de que Zigor y su novia estuvieran durmiendo, se levantó del sofá y se lavó la cara para desperezarse un poco. Acto seguido se echó la mochila al hombro, abrió la puerta, salió sigilosamente y la cerró con cuidado. Tenía que ser totalmente silencioso.

A varios metros de la Pensión Chifflet estaba aparcada la furgoneta de Garbiñe. Trabajando con celeridad, Miguel instaló un rastreador en los bajos y comprobó que funcionaba correctamente. Después se dirigió hacia el Txoko, observando la calle con atención para asegurarse de que estaba solo. Nada interrumpía el denso silencio de la noche de Uzanza excepto sus tenues pasos en los adoquines. Al doblar la esquina de la calle, se pegó a la pared y se cercioró de que no hubiese nadie en la plaza. Parecía estar vacía, así que recorrió con celeridad los últimos metros hasta el Txoko mientras sacaba un pequeño estuche de su bolsillo. Al llegar a la puerta de entrada, le llevó apenas dos minutos forzar la cerradura con la ganzúa adecuada. Cuando se encontró en el interior y cerró la puerta tras de sí, respiró aliviado. Encendió su linterna y recorrió el oscuro pasillo con el corazón en un puño hasta que llegó a la sala de reuniones, que no estaba cerrada de llave. Se acercó al trastero y, nervioso, forcejeó unos segundos con el orificio de la llave y cuando oyó un pequeño clic, sonrió aliviado. Había sido muy fácil. Abrió la puerta conteniendo la respiración y, moviendo el haz de luz de la linterna por la estancia, pudo comprobar que no tenía ventana. Nadie podría verle desde el exterior. La estancia no era muy grande, pero estaba repleta de cachivaches, bultos, papeles y carpetas. Suspirando resignado, empezó la búsqueda en los archivadores de oficina que estaban apoyados contra una pared. Contenían las actas de los Concejos, los comprobantes de mantenimiento de agua, electricidad y gas, antiguos contratos de obras y demás papeleo burocrático del pueblo. Ojeó rápidamente todos los documentos archivados por si algo llamaba su atención, pero no había nada sospechoso. No podía ver por ninguna parte el bulto que Garbiñe había acarreado y escondido en el Txoko. A decir verdad, todo estaba tan oscuro en las imágenes que había visto en las cámaras que no estaba seguro de qué era exactamente lo que buscaba.

Decidió probar suerte en dos viejos baúles de madera desvencijada arrinconados en una esquina y que estaban primorosamente tallados con simbología vasca. Abrió el primero y, decepcionado, comprobó que estaba lleno de libros. Se cercioró de que no había ningún objeto escondido en el fondo y abrió el segundo baúl. Estaba lleno de bolsas grandes que parecían contener ropa. La noche se presentaba más larga de lo esperado. Se sentó en el suelo y comenzó a abrir las bolsas: disfraces, manteles, ropa vieja y poco más. De repente la mano de Miguel topó con una bolsa grande de deporte que contenía algo duro en su interior y parecía muy pesada. Con el corazón acelerado, forcejeó con la cremallera y, soltando una maldición, maniobró precipitadamente tratando de no romperla. Por fin, la cremallera cedió. Un grueso jersey de lana ocultaba una docena de cuadernillos, aparentemente del mismo tamaño y pulcramente encuadernados. Cuando leyó las portadas abrió los ojos como platos.

Eran manuales de entrenamiento de E.T.A. y de S.E.G.I.(82), la organización considerada como la cantera de la banda terrorista. Miguel hojeó apresuradamente los cuadernillos y descubrió papeles sueltos escondidos entre sus hojas, que resultaron ser documentación que la Guardia Civil consideraría de vital importancia. Caminó por la estancia, inseguro de cómo proceder. Si se llevaba el material y Garbiñe volvía a por él, se daría cuenta de que la policía estaba tras ella. Lo mejor sería fotografiar el material y dejarlo todo exactamente como estaba. Enviaría las fotos a Narváez y esperaría nuevas órdenes. Mientras tanto, debería tener controlada la cámara que grababa imágenes en el Txoko. Lo más seguro era que Garbiñe planease retirar la documentación para luego trasladarla a otro escondrijo cuando se fuera a Francia. Si tenía paciencia, quizá pudiera conseguir arrestar a Garbiñe y a alguno de sus amiguitos violentos. Maldita cabrona... Había sabido de su existencia desde que llegó a Uzanza, pero ni por asomo había reparado en la posible implicación de la delgada mujer. Dedicó un rato a fotografiar los documentos de la bolsa

y algunas páginas de los manuales de entrenamiento para terroristas y volvió a dejar todo como lo había encontrado. Triunfante, cerró la cremallera y depositó la bolsa en su lugar original, cubriéndola con el resto de los bultos. Bajó la tapa del baúl y le pegó unas palmaditas, como felicitándole por sus importantes contenidos. Observó cuidadosamente la habitación para asegurarse de que no había dejado ningún rastro, apagó la luz y salió a la sala de reuniones. Se acercó a la entrada del Txoko y abrió la puerta un poco, lo justo para que sus ojos escanearan la plaza, que por fortuna seguía vacía. Salió, cerró la puerta y, precavido, caminó atento a las casas de Uzanza y a sus posibles paseantes noctámbulos. No se cruzó con nadie y a los pocos minutos estaba en casa con la adrenalina a tope tras el emocionante hallazgo.

Ciertamente, a pesar de lo que sus amigos parecían pensar, había terrorismo en Uzanza. ¿Era esa la razón por la que Elurne desconfiaba de Garbiñe? ¿Era consciente la pelirroja de la implicación de ésta en E.T.A.? ¿Había sido ella la asesina de Heredia? ¿Y Zigor? Si eran pareja desde hacía muchos años, era imposible que él no supiera en qué círculos se movía su novia. Pero tampoco podía afirmar categóricamente que Zigor tuviera nada que ver. Estaba agotado por la falta de descanso de los últimos días, pero antes de meterse en la cama se obligó a sí mismo a enviar un email al Coronel Narváez, adjuntando un informe detallado con las novedades. Incluyó todas las fotografías tomadas en el Txoko, y añadió una posdata recomendando que no se arrestase a Garbiñe todavía. Quería averiguar qué planeaba hacer con los documentos, no podían quedarse en el viejo baúl del Txoko para siempre. Además, Garbiñe se marchaba a Francia en las próximas semanas. Miguel estaba cada vez más convencido de que allí pasaría a formar parte de los comandos franceses de la banda terrorista. Si la mantenía en su punto de mira en los próximos días, podía intentar conseguir más información sobre ella. Después de enviar el email, vio que le había llegado un mensaje de Elena, la secretaria de Narváez. El archivo que adjuntaba confirmaba que los componentes químicos del explosivo que mató a Heredia eran los habitualmente usados por E.T.A. Nitrato amónico, polvo de aluminio, nitro metano y pentrita, entre otros. En su opinión, aquello confirmaba la autoría del atentado por la banda terrorista, aunque ésta todavía no había roto su silencio. Apagó el ordenador, se desvistió y se metió en la cama, exhausto.

Cuatro horas más tarde le despertó el timbre de la puerta. Maldiciendo, se levantó a regañadientes y salió a abrirla en calzoncillos, decidido a volver a la cama en cuanto se deshiciera del molesto visitante. Al abrir, su corazón pegó un vuelco. Su preciosa pelirroja, rizos al viento, sonreía desde la entrada con una cesta llena de croissants hasta los topes.

- Buenos días, guapo. ¿Puedo pasar?

- Por supuesto, Elurne. ¡Qué sorpresa más agradable!

- Ayer dijiste que querías darme una sorpresa, y decidí adelantarme. Desayuno a domicilio para mi estudiante favorito. Vuélvete a la cama, que yo preparo unos cafés.

- ¿Quieres desayunar dentro de la cama?

- Claro. ¿Es que nunca lo has hecho?

- No. ¿Y qué pasa con las migas?

- No te preocupes, Mikel, que ya encontraré alguna bandeja en la cocina. ¿Puedo pasar o piensas

estar toda la mañana sujetando la puerta en calzoncillos?

Avergonzado, Miguel la invitó a entrar, asegurándose de guiarla directamente hasta la cocina. La mesa de su habitación estaba atiborrada de aparatos electrónicos y papeles confidenciales, y no podía permitir que ella los viera. Le enseñó dónde estaban las tazas, el café y la leche y corrió a la habitación para guardar a toda velocidad todo aquello que podía comprometerle. Elurne silbaba alegre en la cocina mientras preparaba el desayuno; mientras tanto, Miguel sacó de un cajón los libros de Etnología Vasca que le había prestado Don Gerardo y páginas sueltas con información que había buscado en Internet. Los desparramó por la mesa para aparentar haber estado estudiando y, nervioso, se metió en la cama a esperarla. Elurne entró a los pocos segundos, con el apetitoso desayuno colocado en una diminuta bandeja. Con una sonrisa lo dejó en la cama y se volvió hacia él.

- Me alegro tanto de estar contigo aquí, en tu casa. Es exactamente igual que la de Zigor.

- Parece que la señora Chifflet no se rompió el coco decorando.

- No, aunque tú tampoco la has personalizado mucho.

- Ya... Es que no estoy seguro de cuánto tiempo voy a vivir aquí.

Se miraron incómodos, evitando el complejo tema. Probablemente Elurne pensara que, cuando finalizara la tesis, él se volvería a Madrid. Pero ella no sabía la verdad, y la situación era muy diferente; no tenía ni idea de cuánto tiempo estaría en Kuartango porque todo dependía de la Operación New Age y de las órdenes del Coronel. En esos instantes deseó poder quedarse con ella en Uzanza. Incómodo, bajó la vista y cogió la taza de café.

- Mikel, estás pálido como un fantasma. ¿No has dormido bien?

- No, la verdad. Estuve escribiendo hasta tarde.

- ¿Has avanzado? ¿Puedo leer lo que vas escribiendo?

- Todavía no, si no te importa. Prefiero esperar a terminarla porque me falta todavía mucha documentación, hay errores en la redacción y todavía me quedan dudas que espero me aclare mi profesor.

- Yo puedo ayudarte, si quieres.

- No es que no quiera, Elurne. Pero necesito desconectar un rato, estuve estudiando muchas horas ayer. No pude concentrarme mucho, a decir verdad, no dejé de pensar en la reunión del Concejo. ¿Sabes algo?

- No he hablado con nadie todavía; he madrugado para llevar a mi jefe a Bilbao.

- Es verdad, tu jefe, se me había olvidado. ¿Qué tal la visita?

- Bien, no me ha dado mucha guerra. Al fin y al cabo, es mi tío.

- ¿Es tu tío?

Miguel la miró estupefacto. Estaba convencido de que la única familia que le quedaba a la pelirroja era su abuela.

- ¿Olvidas que mi padre era inglés?

- Sí, lo había olvidado. Pero tu padre desapareció sin dejar rastro.

- Digamos que dejó rastro.

- ¿A qué te refieres?

- Harto de la abuela loca, del abuelo silencioso y de la pequeña mocosa que necesitaba su atención constante, mi padre escapó sin avisar y se dejó algunas pertenencias en Lamietxe. La abuela María las escondió para que yo no llegara nunca a verlas. Pero, en mi adolescencia, encontré en el desván una caja cubierta de telarañas, junto a una guitarra que nunca había visto. Estaba metida en una funda de cuero y tenía el nombre de mi padre escrito con pulcritud en un costado. Rebuscando entre sus cosas, encontré muchas cartas dirigidas a él desde Inglaterra. Eran de su madre y de su hermano mayor, mi tío, que es ahora mi jefe.

- ¿Y cómo ha llegado tu tío a ser tu jefe?

- Me obsesioné con el pensamiento de que por fin encontraría a mi padre. No les conté a los abuelos lo que había hallado y escondí las cartas en mi habitación, en el fondo de un cajón del escritorio. Las leía cada día, para intentar conocer a ese padre que nunca estuvo presente en mi vida. Cuando aprobé el Bachillerato y la Selectividad con notas excelentes, pensé que era el momento perfecto para alejarme de los abuelos y vivir sola. Ellos tuvieron buena intención, pero creo que me cuidaron y arroparon en exceso por la ausencia de mis padres. Había llegado la hora de volar del nido. Me apunté a un viaje de verano en Londres para estudiar inglés y mi intención era quedarme allí un mes. Al día siguiente de mi llegada cogí un metro y me planté en la dirección que aparecía en el remite de las cartas de mi padre. Era una mansión victoriana preciosa, con un encantador jardín bien cuidado lleno de flores y con un césped impecable, como toda casa aristocrática inglesa que se precie. Por suerte, mi tío estaba en casa. Se quedó de piedra cuando le enseñé el fajo de cartas que años atrás había enviado a su hermano. Me invitó a pasar y conversamos durante horas. Estaba avergonzado por no haberse puesto nunca en contacto conmigo y fue encantador. Me contó decenas de anécdotas familiares y me enseñó fotos y viejos recuerdos de mi padre y de mis abuelos paternos.

- ¿Y te dijo dónde estaba tu padre? ¿Lograste llegar a conocerle?

- Ese día me informó de que estaba enterrado en Bristol, la ciudad donde trabajaba.

- Joder, Elurne... Lo siento mucho.

- No lo sientas; como nunca le conocí, no me duele demasiado. Por lo menos conseguí encontrarlo, y también a mi tío, que ha sido mi protector en los últimos años.

- ¿Os lleváis bien?

- Sí, mucho, pero a veces es difícil separar la relación profesional de la familiar.

- Entonces, ¿te quedaste en Inglaterra por tu tío?

- Yo quería estudiar Ingeniería Química. Tras años de presenciar cómo la abuela mezclaba hierbajos y mejunjes en la marmita, me fascinaba la mezcla de los componentes químicos de sus ingredientes y lo que éstos podían hacer para la piel, la tos, la fiebre... Se lo comenté a mi tío durante uno de nuestros muchos encuentros del mes que pasé en Londres. Él, que se sentía culpable por el abandono de mi padre, se ofreció a pagarme los estudios. Me aseguró que bastaba con mencionar la Universidad a la que quisiera ir y que él se encargaría de pagarlo todo, alojamiento incluido.

Miguel la miró, abrumado por la cantidad de información que acumulaba sobre su novia cada día. Le sorprendía y entristecía la compleja vida que había tenido la pelirroja. Aunque estaba seguro de quererla, no podía quitarse la extraña sensación en el estómago de que apenas la conocía.

- ¿Y tus abuelos qué dijeron?

- Bueno, en Lamietxe nunca hemos andado demasiado holgados de dinero porque es difícil en estos tiempos vivir exclusivamente de la ganadería y de la agricultura. Cuando escucharon que alguien de la familia de mi padre quería compensarme por los años perdidos, mi abuelo estuvo de acuerdo. Estudiar en Inglaterra me beneficiaría en muchos aspectos: la carrera, el idioma, la experiencia de vivir con otras culturas... Kuartango es muy pequeño y el mundo es muy grande, solía decir él. Mi abuela estaba ya muy deteriorada y metida en su mundo, así que también accedió.

- ¿Estudiaste en Londres?

- No, estudié en Bristol, la ciudad donde trabajaba mi padre. Es una ciudad increíble. Allí he conocido amigos que son como familia, y les echo de menos. Cuando acabé la carrera, mi tío me contrató. Por coincidencia o por sangre, como dice él, es socio de la empresa y tiene mucho poder.

- Por eso es tan comprensivo con la situación de la abuela María y de Lamietxe, porque es tu tío, te quiere, y no podría despedirte.

- Así es.

Elurne partió un pedazo de croissant y se lo metió en la boca, masticando con cara de verdadero placer. Bebió un sorbo de su café, dejó la bandeja en el suelo y se estiró perezosa, mirándole con sus intensos ojos verdes.

- ¿Por qué no dejamos de hablar y nos dedicamos a otros menesteres? No nos hemos visto en dos días...

Con aire seductor, se sacó la camiseta por la cabeza, provocando que una cascada de rizos

cobrizos cayera suavemente sobre sus pechos. Miguel, sonriendo, comenzó también a desnudarse. Se besaron y acariciaron con pasión y ternura murmurando palabras dulces. Después la naturaleza siguió su curso y, juntos, experimentaron el paraíso. Luego se quedaron dormidos, ella apoyada en el pecho de Miguel.

Le encantaba sentir a Elurne junto a él, respirando con suavidad en la oscuridad. Se sentía el hombre más feliz del mundo por tener a alguien como ella a su lado, pero también estaba agobiado porque no sabía dónde podía conducirle aquella relación. Estaba jugando con fuego, dejándose llevar por sus sentimientos en lugar de pensar con la cabeza. Elurne era sospechosa de terrorismo, aunque cada día estaba más convencido de que la información que manejaba la Guardia Civil era errónea. Alguien se había equivocado.

A la una de la tarde el teléfono de Elurne comenzó a sonar, y ella tanteó el suelo hasta que encontró su bolso y respondió con voz gangosa. Miguel escuchó con atención la única parte de la conversación que podía oír.

- No, no estoy en Lamietxe. Estoy en casa de Mikel... Sí... De acuerdo, preparamos café... Hasta ahora.

- ¿Quién era?

- Zigor. Ha conseguido librarse de Garbiñe y le apetece venir a tomarse un café con nosotros. ¿Te molesta?

- No, claro que no. Me vendrá bien charlar con él, creo que ambos tenemos los nervios a flor de piel. Voy a darme una ducha, ¿Te importa?

- Claro que no. Yo preparo café y te espero en el jardín.

Miguel entró en el baño y se metió en la ducha con prisa. Le ponía nervioso dejarla sola mientras se duchaba. No quería que se pusiera a curiosear y encontrase algo sobre su vida real. No había tenido tiempo de cerrar el cajón del escritorio con llave, y no sabía si podía fiarse de ella. Se enjabonó pensando en la conversación sobre su tío inglés. ¿Cómo había acabado Elurne en Irlanda? Necesitaba saberlo para averiguar su última dirección. Salió del baño, se vistió a toda prisa y encendió el ordenador para comprobar el rastreador del coche de Garbiñe, agudizando el oído para asegurarse de que su novia estaba en el jardín. La furgoneta estaba en la autovía y parecía dirigirse a Pamplona.

Satisfecho, salió al jardín con Elurne. Zigor llegó enseguida y parecía cansado. Tenía la tez pálida y grandes ojeras oscuras habían aparecido en su rostro.

- ¿Estás bien, Zigor?

- No duermo mucho últimamente, pero creo que estoy bien. No me hace ninguna gracia que medio pueblo piense que he matado a Heredia.

- A mí tampoco, la verdad.

- ¿Crees que atraparán pronto al verdadero culpable?

- No tengo ni idea, Zigor. Ojalá supiéramos qué está planeando la policía.

- De momento sabemos que sois los únicos sospechosos. Todavía os pueden arrestar, necesitan algún cabeza de turco para calmar a la prensa.

Elurne miraba los árboles concentrada mientras analizaba la situación. Suspirando, sacó su estuche y se lió un porro.

- ¿Dónde está Garbiñe?

- Ha ido a Pamplona a por las últimas cajas y a devolver su llave al casero.

- ¿Por qué se va a Francia en realidad?

- Dice que le han ofrecido un trabajo.

- ¿Dónde?

- Cerca de Toulouse, creo.

El chaval parecía en verdad abatido y Miguel, curioso, siguió preguntando.

- ¿Qué te parece que ella se vaya a Francia?

- Me da igual. Últimamente hemos tenido muchas broncas y no estamos disfrutando mucho juntos. Creo que un tiempo separados nos vendrá bien.

- Pero en las próximas semanas vivirá aquí contigo.

- No te creas que me hace especialmente feliz. El caso es que tenía que dejar el piso hoy y no quería quedarse con sus padres, es comprensible. Aguantaré hasta que se vaya y luego disfrutaré de una temporada tranquila sin ella.

- ¿Cuándo se marcha?

- En unos días. No es tanto, sobreviviré. Por cierto, Garbiñe quiere ir el domingo a la Feria del Perretxiko y la Vaca Terreña. ¿Os apetece venir con nosotros? Galder, Unax e Iñigo también vendrán.

Elurne negó con la cabeza y Miguel arqueó las cejas, confundido. No sabía cuál era la feria que mencionaba Zigor.

- ¿Cuándo y dónde es?

- Es aquí en Kuartango, en Zuhatsu. Todos los años se celebra por estas fechas una feria de artesanía tradicional en honor a los perretxikos, unas setas de primavera muy apreciadas, y a la vaca Terreña, que es la raza autóctona del Valle. Suele haber música y danzas tradicionales

vascas, tenderetes de artesanos, degustación de pintxos (83) y muchas otras actividades. Siempre lo pasamos muy bien. ¿Te vienes?

- Por mí sí, nunca he visto una feria y podría venirme bien para recabar información para la tesis. Elurne, ¿tú no vienes?

- No, tengo que volver a Zugarramurdi mañana.

- ¿Mañana? No me habías dicho nada. ¿Por qué tienes que volver allí?

- Mi jefe me ha ordenado recopilar información de posibles laboratorios del País Vasco que podríamos captar como nuevos clientes. Mi amigo Inaxio es un excelente informático, y me va a ayudar a crear una base de datos y a preparar las cartas de presentación. Tengo que enviarlas pronto para poder llamarles personalmente la semana que viene.

- Joder, Elurne, qué rabia. ¿Cuándo podremos pasar unos días juntos?

- Lo siento, Mikel, pero ya conoces mi situación. Sabes que preferiría disfrutar contigo en la feria, pero tengo que trabajar.

Zigor, incómodo con el giro personal que estaba tomando la conversación, se levantó, se metió las manos en los bolsillos y se despidió con la excusa de que tenía que cambiar la batería del coche de Txiki. Saltó a su jardín por encima de la verja y desapareció. Elurne intentó calmar su evidente mal humor.

- Mikel, en ningún momento te he engañado. Sabes que estoy trabajando sin parar todo el día, y que no doy abasto entre el baserri y mi otro curro. Tú mismo me has estado ayudando y lo has visto. Mi tío es comprensivo, pero necesito justificar mi sueldo.

- Eso lo entiendo, pero no comprendo qué haces realmente para tu empresa.

- No sabía que necesitabas mi currículum completo para salir conmigo.

Lo miró dolida, se levantó de la silla y comenzó a caminar a grandes zancadas por el jardín. Después se volvió hacia él, suspirando malhumorada.

- Sabes que trabajo para una multinacional química, que estoy intentando abrir aquí una nueva sede, que tengo que conseguir nuevos clientes para venderles nuestros productos y asegurarme de que llegan en buen estado a su lugar de destino. También dirijo un grupo de empleados en Irlanda; ellos se ocupan de mis clientes sudamericanos.

- ¿Diriges un equipo desde aquí?

- Ya te dije que soy muy buena en relaciones públicas, ventas y dirigiendo gente. Podría vender hielo en el polo norte, te lo aseguro. Mis clientes no quieren perder el contacto directo conmigo sólo porque me he mudado de país; ése no es su problema. Quieren poder contactar directamente conmigo. Eso me ocupa mucho tiempo. Mi equipo gestiona pedidos, albaranes, facturas, contabilidad... Yo me limito a controlar todo y a ser el punto de contacto del cliente.

- Elurne, siento mucho haber perdido la paciencia.

La pelirroja volvió a sentarse frente a él y encendió un cigarro sin contestarle. Miguel observó que, cuando estaba nerviosa, se rascaba las manos sin parar.

- Por favor, perdóname, entiendo tu situación. Bueno, no la entiendo del todo, porque nunca he trabajado en puestos así. No te enfades, por favor. Sé que estás pasando una temporada dura y quiero apoyarte. Olvida lo que he dicho. Tú vete a Zugarramurdi tranquila y yo me aseguraré de que la abuela María esté atendida y ayudaré a Bixente con las ovejas.

- Mi vida es un caos en estos momentos. Tienes que intentar no perder la cabeza con la situación si quieres que sigamos juntos. Yo también quiero pasar más tiempo contigo. Pero así son las cosas ahora mismo.

- Lo sé. Intentaré ser paciente.

- Gracias. Tengo que volver a Lamietxe a voltear los quesos y preparar los papeles para el viaje de mañana. ¿Vendrás a dormir conmigo a Lamietxe?

- No lo sé, luego hablamos. Esta tarde Galder y yo pensábamos ir a pescar. ¡Ah! Y muchas gracias por la sorpresa del desayuno en la cama.

La acompañó al prehistórico Land Rover que, al igual que siempre, tardó siglos en arrancar. La despidió con la mano hasta que la perdió de vista, y entró en casa preocupado. La pelirroja era un vendaval de emociones, experiencias y dramas. Caviló preocupado mientras comía, y luego se tumbó en el sofá con la intención de dormir un rato, pero no lo consiguió. Su cabeza daba vueltas sin parar, porque cuando cerraba los ojos no podía evitar pensar en Garbiñe, Elurne, Unax y Zigor. Estaba cansado de espiar a sus amigos, y esperaba que con la detención de Garbiñe, Narváez le dejara tranquilo unos días. Suspirando, se tapó la cara con un cojín. Sabía que el Coronel nunca le dejaría en paz. Estaba harto de las eternas horas dedicadas a su trabajo sin recibir nunca nada a cambio. Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Narváez llamó en ese momento. Maldiciendo a sus muertos, se llevó el auricular a la oreja.

- ¿Sí?

- Hola, Teniente.

- Buenos días, Coronel.

- Gracias por tu email de esta mañana, son excelentes noticias. Las fotos serán muy útiles hasta que podamos incautar el material definitivamente.

- ¿No la vamos a arrestar de inmediato?

- No, estoy de acuerdo contigo, es demasiado pronto. Debes observar esa cámara noche y día. Cuando veas que la sospechosa retira el material, debes seguirla allá donde vaya. Necesitamos saber más sobre ella: dónde la han entrenado, a qué comando pertenece, cuál va a ser su dirección cuando llegue a Francia, *etc.*

- He colocado un rastreador en su vehículo.

- Bien. Tienes que encontrar el modo de colocar uno en su bolso o chaqueta.

- Va a ser complicado, no se fia de mí.

- Tienes que intentarlo, es vital que sepamos dónde se encuentra en cada momento del día. Te ha costado un mes empezar a rendir. Casi todos los agentes de la Operación New Age han conseguido información para practicar arrestos. Tienes que esforzarte, Miguel.

- Así lo haré, mi Coronel.

- Manténme informado. Buena suerte y cuidado, nada puede salir mal.

- Adiós, mi Coronel.

Colgó el teléfono cabizbajo. Le parecía imposible que la terrorista se descuidara y dejara abandonado su bolso. Mugriento y fabricado con una tela peruana, lo llevaba siempre colgado de su huesudo hombro. Estaba sucio y desgastado, pero tenía muchos bolsillos donde poder esconder el rastreador si tenía la ocasión. Decidió dejar de pensar en su trabajo porque estaba empezando a sentirse verdaderamente agobiado. Nada le apetecía más en esos momentos que ir a pescar con Galder. Cruzando los dedos marcó su número y su amigo contestó al instante. Quedaron en encontrarse en el río, en el mismo lugar donde habían pescado juntos por primera vez.

Como siempre, disfrutó mucho con Galder. Mientras pescaban, le contó todo sobre la reunión del día anterior. Miguel lo había visto en riguroso directo así que no era novedad para él, pero aparentó sorprenderse cuando le habló de la bronca entre los vecinos. Cuando anocheció se dirigió a la Taberna a tomarse unas merecidas cervezas. La furgoneta de Garbiñe estaba aparcada en la plaza, bajo la sombra de un árbol. Maldijo su descuido de no llevar rastreadores encima, y decidió que no podía dejar pasar la oportunidad. Mintió a Galder, diciéndole que se había olvidado la cartera en casa y salió corriendo. Volvió a los pocos minutos y entró sin resuello en la Taberna. No quería perderse ni una palabra. Unax, Galder, Zigor, Iñigo y Garbiñe estaban sentados en una mesa y Miguel se sentó con ellos, saludándoles con familiaridad.

- ¿Qué pasa, vagos?

- ¿Vagos? Y lo dice el puto estudiante, que no hace más que tocarse los cojones todo el día.

- Habló el policía de los peces, el que pasea y echa la siesta bajo un árbol.

Iñigo, sonriente, le soltó una colleja que Miguel recibió con deportividad. Escuchó atentamente la conversación de los amigos, que hablaban sobre la feria del domingo.

- ¿Habrá música?

- Supongo que algún txistulari [\(84\)](#).

- ¿Qué es eso?

- El txistu es un instrumento típico vasco, una flauta de tres agujeros.

- Ah. ¿Y habrá conciertos?

- No, pero hay competiciones de deporte rural, campeonato de pelota mano, degustación de carne de vaca Terreña y puestos con productos de la zona: queso, cuajadas, verduras, pastel vasco, productos de madera y esas cosas.

- Suena muy interesante.

- Lo es.

Miguel estaba deseando ir a la feria para conocer más tradiciones de Kuartango. Cada día sentía más conexión con el Valle y sus gentes. Quizá en la feria podría comprar algún producto típico y enviárselo por correo a su madre. Apesadumbrado, recordó que no la había llamado todavía, probablemente estaría enfadadísima con él. Galder, al ver su cara, le pegó un codazo.

- ¿Qué coño te pasa?

- Nada, problemas familiares. ¿Va mucha gente a la feria?

- Muchísima, pero no es agobiante. La población de Zuhatzu se multiplica ese día.

- Eso sí, los putos empresarios fascistas aparecerán bien guapos en las fotos de los periódicos, mostrando al público su magnanimidad al bajar de su castillo y juntarse con los plebeyos. Malditos bastardos.

Este último comentario pilló a Miguel por sorpresa. Se giró hacia Garbiñe y, una vez más, pudo comprobar el hielo en sus ojos. ¿Cómo podía Zigor amar a alguien así? Él parecía avergonzado por los comentarios de su novia, pero la dejó hacer.

- Sabéis que tengo razón, pero sois demasiado cobardes. Los grandes empresarios están destrozando al pequeño comercio. Llegarán en sus caros cochazos a Zuhatzu, les harán una visita guiada por la feria para lamerles bien el culo, y luego les darán un aperitivo. Malditos hijos de puta.

- Tienes razón, Garbiñe, estoy de acuerdo. Por no hablar del daño que hacen las grandes superficies a los pequeños agricultores y ganaderos. A nosotros nos suben la gasolina, los seguros y nos ponen mil trabas administrativas, pero cada vez nos pagan menos por la carne y la leche.

- Habría que matarlos a todos.

Iñigo pasó por alto el último comentario de Garbiñe porque no estaba de acuerdo, y continuó quejándose de los Gobiernos Vasco y Español, y especialmente de la Unión Europea. Calló cuando Bixente, el ganadero, estalló en grandes carcajadas en la esquina más alejada del bar. Estaba agachado sobre un álbum de fotos observando de cerca una vieja fotografía en blanco y negro. Galder, que disfrutaba escuchando las anécdotas e historias de antaño, se levantó y se fue a ver la foto. Le encantaba escuchar las batallitas de la gente mayor de Kuartango: las batidas contra

el lobo, la caza, las Romerías, las apuestas y la camaradería de los viejillos. Cuando comenzó también él a reírse a carcajadas, no pudieron evitar sentir curiosidad, y se levantaron para ver por sí mismos qué era lo que les provocaba semejante hilaridad. Garbiñe les siguió también, así que Miguel, aprovechando la inesperada ocasión, sacó el pequeño rastreador de su bolsillo y, conteniendo la respiración, se agachó bajo la mesa y metió la mano en el bolso de la terrorista. Descubrió un pequeño agujero en el forro, que sería perfecto para esconder el diminuto aparato hasta que tuviera órdenes de arrestarla. Lo dejó caer, cruzando los dedos para que Garbiñe no lo notase y le permitiera seguirla de cerca. Luego se acabó la cerveza y se dirigió a la mesa de Bixente para unirse a los demás.

Txiki, el tabernero, había encontrado una vieja foto que alguien había sacado hacía décadas. La imagen mostraba a varios vecinos de Kuartango de jóvenes, que disfrutaban compartiendo una bota de vino el día de la Romería de Eskolunbe. Los parroquianos de la Taberna se reían sobre todo de Bixente, que en esa época tendría unos diez años y aparecía vestido de monaguillo. Esa noche estuvieron horas recordando viejas historias y bebiendo, pero a la una de la madrugada, totalmente borracho, Miguel dio la velada por terminada. Se despidió de sus amigos y se marchó a casa. Antes de meterse en la cama comprobó que el rastreador del bolso de Garbiñe funcionaba. La señal llegaba nítida, confirmando que la terrorista seguía en la taberna. Apagó el ordenador y mandó un mensaje de buenas noches a Elurne, deseándole suerte en Zugarramurdi. Luego se envolvió en el edredón y se quedó dormido.

Los siguientes días fueron bastante tranquilos en lo que a la investigación se refería. Ninguno de sus amigos salió de Kuartango, y estuvo con ellos todas las noches en la Taberna. Garbiñe parecía haber abandonado sus excursiones nocturnas, la cámara del Txoko seguía sin mostrar actividad y el rastreador del bolso no se alejó de Uzanza en ningún momento. Miguel pasó varias horas todos los días ayudando a Bixente a ordeñar, alimentar a los animales, vacunar a las vacas del monte y a reparar algún cercado. Estaba exhausto, pero empezaban a gustarle cada vez más las labores del campo. Disfrutaba de los animales, del olor a paja y del desvencijado tractor. La abuela María parecía cómoda con su presencia en el viejo baserri; en un par de ocasiones le sonrió y un día se quedó a comer con ella a petición de Elurne. La experiencia fue extraña, pero agradable. A pesar de que no creía en la magia y de que la anciana no hablaba, Miguel podía jurar que habían conversado. Durante la comida, la anciana no dejó de mirarle, y con sus cálidos ojos le transmitió cariño, amistad y agradecimiento por la ayuda en Lamietxe y el cariño hacia su nieta. No pronunciaron una sola palabra, pero esa comida sirvió para unirles. Cuando acabaron, la anciana María se levantó de la mesa, recogió los platos y le dio un beso fugaz en la mejilla, sonriendo. Se marchó tan silenciosa como había entrado en la cocina. Sorprendido pero halagado, bajó contento a voltear los quesos, aunque era la única tarea que no le gustaba. La habitación era oscura, fría y un tanto tenebrosa. Cuando no estaba ayudando en Lamietxe, Miguel trabajaba con sus ordenadores para intentar obtener más información relevante para la investigación. Pero sabía que, hasta que Garbiñe no moviera ficha, no podría pasar a la acción.

Por fin llegó el Domingo y Miguel se levantó con muchas ganas de ir a la feria. Los amigos quedaron en la Taberna y bajaron a Zuhatsu en dos coches. Aparcaron en el pueblo, que aquel día multiplicaba su población por diez. El puente sobre el río Baias estaba hasta rebosar de gente que no quería perderse la feria. La entrada de acceso al recinto era de piedra, los tenderetes de los vendedores estaban situados a ambos lados de un largo paseo asfaltado, bajo enormes castaños que les daban sombra. El ambiente era festivo, la música tradicional se escuchaba por los

altavoces y los amigos disfrutaron un rato escogiendo los productos que los artesanos ofrecían en sus puestos. Miguel estaba encantado, había pequeños tarros de mermeladas, cestas de cebollas, lechugas y berenjenas, quesos, perretxikos, licores, pasteles, carne, sidras y vinos de la zona. Sacó la cartera en repetidas ocasiones y acabó cargando con varias bolsas, muy satisfecho con su compra. Vieron los deportes rurales, que le fascinaron, y también el partido de pelota. El frontón estaba hasta los topes, y Miguel disfrutó mucho animando a los pelotaris (85). Tomaron unas cervezas y después se sentaron bajo unos árboles, abrieron sus mochilas y compartieron la comida. Se pegaron un festín y disfrutaron tanto de la comida como de las chanzas y bromas entre ellos. La única que desentonaba era Garbiñe, que parecía más silenciosa de lo habitual. Apenas había abierto la boca, pero a los amigos les alivió no tener que escucharla y se limitaron a ignorarla. Después de almorzar se tumbaron en la hierba a descansar un rato. Miguel no podía dejar de pensar en Elurne, cavilar qué estaría haciendo en Zugarramurdi y si volvería al día siguiente como estaba previsto... Sus nuevos amigos eran geniales, pero prefería que ella les acompañase. Echaba de menos sus ojos verdes y sus rizos de cobre. Intentó llamarla, pero el móvil estaba apagado.

Al cabo de un rato se levantaron y volvieron a unirse a la fiesta. Iñigo quería probar la carne de vaca terreña, que ese día asaban en el recinto ferial. Tuvieron que hacer cola un buen rato, pero mereció la pena porque Miguel no había probado un bocado tan tierno desde hacía mucho tiempo. Cuando estaban en la cola, Garbiñe se disculpó y se marchó; al parecer, había visto a una amiga en la distancia y quería saludarla. Ellos se encaminaron a la orilla del río para observar a una panda de chiquillos que se lanzaban al río Baias desde los altos muros de piedra que lo flanqueaban. Miguel se sentía feliz con sus nuevos amigos y observaba emocionado sus rostros. Estaban relajados y felices, haciendo bromas sobre los chavales y compartiendo un porro. También Zigor parecía más tranquilo desde que Garbiñe se había marchado con su amiga. De pronto se escuchó la música de los txistularis y Miguel vio a un grupo de hombres trajeados que se alejaban del río y se dirigían a un pequeño escenario que se encontraba justo delante de la Sagardotegi (86), situada en el majestuoso edificio del antiguo balneario de Zuhatzu. Sobre el escenario había un atril metálico y un micrófono. Intrigado, Miguel se giró hacia Unax.

- ¿Son los empresarios de los que hablaba Garbiñe en la Taberna?

- Supongo que sí, no tengo ni idea. Cada año cambian la persona que hace el pregón en la feria. De todas formas y ahora que no está, todavía no hemos comentado lo borde que está últimamente. Tiene razón en que algunos empresarios son bastante prepotentes, pero menuda mala ostia se gasta, ¿verdad, Zigor? Yo no sé cómo la aguantas.

Su amigo se encogió de hombros y no respondió. Los hombres trajeados estaban subiendo al escenario, y la gente empezó a congregarse frente a ellos. La curiosidad pudo más que él; se levantó y empezó a caminar hacia ellos. Los demás le siguieron por inercia, pero se lanzaron entre ellos miradas cómplices. Iñigo le cogió con suavidad del hombro, deteniendo su avance.

- ¿Dónde vas, Mikel? ¿No querrás escuchar a esos gilipollas engañabobos?

- No especialmente, pero después de la polémica conversación del otro día, me pica la curiosidad.

- Joder, pero si la charla será un coñazo.
- Quedaos aquí, no pasa nada; yo me acercaré un poco y vuelvo enseguida.
- Vale, vamos contigo. Mira que nos das guerra, ¿eh?

Sonriendo, Iñigo le propinó otra colleja amistosa y echó a andar con él hacia el escenario. No se acercaron demasiado porque el recinto contaba con megafonía, así que se quedaron de pie a unos metros y escucharon a los hombres trajeados. Dijeron lo de siempre: subrayaron la importancia de desarrollar la zona, apoyar a los ganaderos, artesanos y agricultores y favorecer a la población y el comercio local. Galder estaba furioso, no podía entender cómo su medio de vida había caído en picado en tan pocas décadas. La ganadería lo era todo para él. Soñaba con poner sus propias vacas algún día, si el clima económico se tornaba más propicio. Les aseguró que las grandes empresas habían pisoteado su sueño, y que todo se debía a los mercados de valores, a los bancos y a los gobiernos, que con sus ansias de poder habían jodido al pueblo llano.

Terminados los discursos, los empresarios se despidieron de los organizadores de la feria y los políticos locales y se dirigieron hacia el aparcamiento acompañados por sus guardaespaldas. Como ya era tarde, también ellos se encaminaron hacia la salida, cargados con sus bolsas de productos de la zona y preguntándose dónde estaría Garbiñe. Zigor intentó llamarla, pero el teléfono estaba apagado o no tenía cobertura, y tampoco veían rastro de ella por el recinto. Mosqueados, se apoyaron en el coche de Unax en el aparcamiento.

- Maldita egoísta, siempre hace lo que le da la gana. Nunca piensa en los demás, se cree que tenemos que estar todos dispuestos a hacer las cosas como a ella le da la gana.
- Tíos, lo siento mucho, se marchará pronto a Francia.
- ¿Por qué coño no la dejas de una vez? Te está amargando, tío, líbrate de ella, será...

En mitad de la frase se escuchó un terrible estruendo en el parque natural, seguido de una densa columna de humo. Los cinco amigos se miraron, atónitos, y echaron a correr en dirección a la deflagración. Al instante unos policías les cortaron el paso. ¿Qué había pasado? ¿Había estallado otra bomba? La gente se amontonaba frente al cordón policial exigiendo información a gritos, porque algunos de sus familiares se encontraban todavía dentro del recinto. La multitud gritaba y se empujaban unos a otros para ver qué había sucedido. Sin saber muy bien qué hacer, se miraron unos a otros sin decir nada. ¿Dónde coño estaba Garbiñe? ¿Le habría pillado la explosión? ¿O había tenido algo que ver con ella? Como la policía no les dejaría entrar y no querían destacar, volvieron al coche a esperarla allí. Zigor estaba histérico, y predecía que la Guardia Civil iría a arrestarle. Iñigo, Galder, Mikel y Unax intentaron calmarle, pero también estaban nerviosos y miraban a su alrededor desconfiados. ¿Y si habían puesto más bombas? En la distancia se empezaron a escuchar las sirenas de las ambulancias y las patrullas de policía, que se acercaban a toda velocidad.

Garbiñe volvió al cabo de un rato, con el bolso colgado del hombro y mirándolos con gesto nervioso. Al verla llegar, Zigor comenzó a gritar en su dirección y ella le respondió con su habitual mal humor y en euskera, así que Miguel no entendió nada. A juzgar por la cara de Iñigo, él también quería asesinarla por haberles dado semejante susto. Se metieron en los coches con los

nervios a flor de piel y arrancaron de inmediato. Se cruzaron con dos ambulancias que, más que rodar, volaban por la carretera comarcal con la sirena a todo volumen, lo que hizo que un nudo se formara en el estómago de Miguel. Miraba el paisaje sin verlo, aturdido por la noticia de que otra bomba había estallado en Kuartango en tan pocos días. ¿Habría algún fallecido esta vez? Necesitaba llegar a casa para llamar al Coronel y obtener información sobre el atentado en tiempo real. Cuando llegaron a Uzanza, se despidió apresuradamente y se marchó a casa a toda velocidad. Los demás hicieron lo propio, deseosos de llegar a sus hogares cuanto antes. Zigor seguía preocupado y mascullaba entre dientes, convencido de que le seguirían, seguro de que sus caras aparecerían en alguna cámara y les arrestarían porque eran los únicos sospechosos. Miguel intentó calmarle cuando llegaron a la Pensión Chifflet. Al entrar en casa marcó el número del Coronel Narváez, que parecía tener el teléfono en la mano porque contestó al instante. Al parecer, había estallado un coche bomba en el aparcamiento, matando a uno de los empresarios. Se trataba de un tal Kepa Irigoyen, dueño de una gran empresa del Parque Tecnológico de Jándiz, en Álava. Había varios heridos leves y la policía forense se afanaba por esclarecer los detalles del atentado. Miguel se apresuró a contarle que él había sido testigo de la detonación, y le detalló las novedades del día. El Coronel masculló una maldición cuando escuchó que había perdido de vista a la sospechosa en la feria. Ordenó a Miguel no separarse bajo ningún concepto de su teléfono y sus ordenadores en los próximos días. Necesitaban tener controlada a Garbiñe y estar preparados para seguirla cuando fuera necesario. Prometió llamarle si averiguaba algo nuevo y colgó. No era tarde, así que salió al jardín a darse un largo paseo con Gorri; estaba abrumado y necesitaba pensar.

Caminó a buen ritmo mientras cavilaba y, cuando volvió a casa, cenó en la cocina sin dejar de mirar la señal del rastreador por si la sospechosa se movía. Se sentó en el sofá y sesteó un rato con la cabeza apoyada en un cojín. Se despertó a las dos de la mañana con las cervicales doloridas a causa de la extraña posición en la que se había quedado dormido. Con los ojos todavía cerrados, tanteó en la oscuridad para buscar su vaso de agua y lo apuró con avidez. Necesitaba su cama, estaba realmente agotado. Se desnudó, se metió entre las sábanas y, por costumbre, comprobó la señal del rastreador por última vez. De pronto se incorporó de un salto, completamente despierto. El puntito verde de la pantalla salía en esos momentos de la casa de Zigor y se dirigía a la plaza. Miguel saltó de la cama, se vistió con ropa oscura y metió a toda prisa sus aparatos electrónicos en la mochila. Nervioso pero excitado, salió de casa y la siguió sigiloso con el corazón en un puño, ansioso por atraparla.

GALTZAGORRIAK



GALTZAGORRIAK

Diminutos, traviosos y amigables, los Galtzagorriak, o calzas rojas, son pequeños seres voladores que nos ayudan con las tareas más engorrosas. Viven dentro de un alfiletero y cumplen las órdenes de sus dueños, por extrañas que sean. Gustan de revolotear alrededor de nuestras cabezas cuando están aburridos, ansiosos de que les mandemos más trabajos.

Kuartango, junio de 1.984

Apenas puedo creer la alegría que ha traído Elurne a esta casa. Su nacimiento fue maravilloso y horrible al mismo tiempo, y echo mucho de menos a Kattalin, mi hermosa hija, pero la certeza de que su sangre continúa viva en mi nieta alegra mis momentos más tristes. Elurne tiene ya casi cuatro años, y es la niña más alegre y pizpireta que he conocido jamás. Soy consciente de que, al ser su abuela, no soy muy imparcial. Tiene los ojos grandes, de un color verde intenso, y su pelo pelirrojo es ensortijado y rebelde. Es feliz correteando por las fincas y abrazando a los animales de Lamietxe, que parecen esperarla, ansiosos, cuando se acerca trotando con sus rizos al viento y su contagiosa risa cristalina. Nunca pensé que criar solos a nuestra nieta podría unirnos tanto, pero Antonio y yo estamos más felices que nunca y vivimos cada día como si fuera un regalo. Nuestra pequeña Lamia nos ha traído la alegría a Lamietxe, la casa entera parece resplandecer simplemente con su presencia. Le encanta acompañar a su abuelo a ordeñar y a reparar verjas en el monte; sabe muchísimo de plantas, flores y animales, y ha empezado a ayudarme en la cocina y en la limpieza.

Yo estoy convencida de que es una niña realmente especial; no me parece normal para su edad la enorme curiosidad que tiene por aprender todo sobre el mundo que le rodea. Se pasa el día charlando sin parar y siempre tiene nuevas preguntas para hacernos sobre cualquier cosa: cómo crecen las plantas, por qué existen las tormentas, cómo paren las ovejas o cómo elaboramos el queso. En un par de años empezará la escuela, aunque me da pena que tengamos que llevarla a Izarra, un pueblo en el valle vecino, Urkabustaiz. Es un pueblo muy bonito, más grande que Uzanza, y allí tienen una escuela estupenda. Los profesores y profesoras se vuelcan en los niños y tienen mucha experiencia; lo sé de primera mano porque las nietas de mis amigas van allí a la escuela. Si soy sincera, me da pena que Elurne no pueda estudiar aquí en Kuartango, como hice yo. En 1.965 cerraron todas las escuelas del Valle para centralizar la educación de las pequeñas poblaciones alavesas en otras más grandes. Creo que Elurne será una gran estudiante, porque ya demuestra una insaciable curiosidad por el conocimiento. Supongo que será como yo: cuando aprenda a leer y a escribir, devorará un libro tras otro y me alegro, porque leer es una actividad fantástica para el cerebro. En la biblioteca de la abuela encontré decenas de libros infantiles antiguos con cuentos que hablan de nuestras leyendas y, cada noche antes de acostarla, nos metemos los tres en la cama y le leemos las historias de Mari, Basajaun, Tartalo y todos los demás personajes importantes de nuestra mitología. Es nuestro pequeño ritual para dormir, y me encanta ver su semblante fascinado y sus grandes ojos verdes abiertos como platos, hechizada por nuestras criaturas más mágicas

Me alegro de ver que, por el momento, Elurne no está acusando la falta de su madre o de su padre. Antonio y yo estamos haciendo un buen trabajo en proveerle de un hogar feliz, creo. Tras la muerte de Kattalin estuve a punto de caer en una depresión, en un abismo sin fondo, pero gracias a Antonio conseguí salir a la luz de nuevo. Cuando me desequilibro, se me descontrolan todos los pensamientos en el cerebro y me da la sensación de que me estoy volviendo loca. Se me enmarañan, desajustan y agolpan, y no puedo dormir, comer ni trabajar como debería. Las pesadillas invaden mi descanso, y las imágenes fugaces de las tragedias que han sucedido en mi vida invaden mis sueños. Aunque estoy dormida, experimento de nuevo el dolor y la angustia de los arrestos de aita, aitite y el tío Kepa durante la guerra, el desgarrar de mi alma tras la muerte de

mi hermana, la vergüenza y el tormento de la violación y del aborto, el horror de ver a mi hija morir desangrada, y todos los demás momentos negativos que han marcado mi vida hasta ahora. Cuando me despierto de esos sueños tenebrosos, no soy capaz de funcionar de manera normal, como si a mi cerebro le costase enviar señales al resto de mi cuerpo para que mueva las piernas o los brazos.

Tengo que confesar que los tres primeros meses tras el entierro de Kattalin fue Antonio quien se encargó de la crianza de Elurne. Una vez más demostró el gran marido, padre y abuelo que es. Se levantó cada noche a dar el biberón a la pequeña y acunarla mientras le cantaba con tono suave, le cambiaba los pañales con amor infinito, jugaba con ella en el suelo, le hacía muecas para hacerla sonreír y le masajeaba la barriguita cuando tenía cólicos. Esos primeros meses yo no pude ayudar todo lo que hubiera deseado; la tristeza me atenazaba, pero por fin una mañana desperté mejor. Aún estaba triste, pero también decidida a salir del agujero en el que me encontraba. Si Kattalin hubiera estado viva, no habría querido verme caer en lo más profundo. Ella me hubiera dicho que una Sorgina de verdad levantaría la cabeza orgullosa y seguiría adelante, demostrando valentía y fortaleza. Desde pequeña solía llamarme Sorgina, la bruja, por las cremas y potingues que hago en la marmita. Últimamente he empezado a venderlas en algunas ferias, y eso ayuda a la economía familiar. Cuando Kattalin me llamaba Sorgina lo decía con amor, con ojos relucientes y mirada de admiración. Echo mucho de menos a mi hija, y pensar en su fortaleza hizo que recuperase la energía y empezase a implicarme en la crianza de Elurne.

Es curioso que no parece haber notado la ausencia de su padre. Probablemente porque se marchó cuando todavía era un bebé, como ya nos suponíamos Antonio y yo. Creo que Tom, el inglés, nunca quiso a Kattalin y que, para él, ella solo fue una aventura más. Pero el embarazo inesperado e indeseado dificultó que lo dejara con ella antes. Me duele tanto pensar que nunca quiso a su propia hija... A pesar de prometernos en el hospital que vendría a pasar tiempo con ella todos los días, nunca cumplió su palabra. Después del funeral vino a visitarnos a Kuartango algunos días, pero sus breves visitas eran incómodas para todos nosotros. Yo nunca llegué a confiar en Tom y debo admitir que pasar tiempo con él seguía sin gustarme, especialmente sin Kattalin a nuestro lado. Él claramente tampoco tenía ningún deseo de pasar tiempo con nosotros, así que fue progresivamente espaciando sus visitas a Lamietxe hasta que, hace cuatro años, dejó de venir del todo. Mis amigas Sebastiana y Julene piensan que deberíamos ir a buscarlo, porque la niña necesita un padre. Pero ya les he dicho que de ningún modo voy a buscar a alguien que no tiene interés en ser encontrado. Tengo guardados bajo llave la dirección y el teléfono de sus padres en Inglaterra, porque Kattalin me los dio al principio de su noviazgo. Dijo que me los daba por si había algún problema y necesitábamos ponernos en contacto con ellos, pero nunca he tenido intención de hacerlo. Si Tom quiere visitar a su hija como prometió, ya sabe dónde estamos. Mientras tanto, Elurne crece feliz sin echarle de menos. Por el momento nunca ha preguntado sobre sus padres. Ella es consciente de que nosotros somos sus abuelos y de que sus amiguitos de Uanza viven con sus padres y ella no, pero no parece mostrar interés por el tema. Me alivia, pero también me pone nerviosa pensar en el día que nos pregunte y le tengamos que contar las circunstancias tan desgraciadas que marcaron su nacimiento. De momento voy a intentar no preocuparme por ello, como me aconseja Antonio, y disfrutar con ella todo lo que pueda.

Una de las cosas que más le gusta hacer es ir de excursión a mi gruta secreta, aquella en la que se escondió el tío Kepa durante la guerra y en la que yo guardaba mis tesoros de infancia y adolescencia. Solemos ir paseando hasta allí al menos una vez a la semana, porque a Elurne le

encanta imaginar que somos una familia cavernícola y que cazamos en el bosque, pescamos en el río y pintamos en las paredes como hicieron los Kuartangueses prehistóricos en Solacueva. Ayer llevamos con nosotros unos trozos de carbón en la mochila y estuvimos pintando en la gruta para complacerla. Antonio dibujó unos caballos y unos jabalíes bastante realistas, yo unas figuras humanas sonrientes con lanzas y arcos y Elurne trazó sus manos en las paredes agrietadas de la gruta. Quería imitar las pinturas rupestres de las cuevas de Lascaux, en Francia, que vimos en un documental en televisión. Cuando acabamos de pintar, Antonio sacó el almuerzo de la mochila y comimos contentos, mirándonos con complicidad y disfrutando de nuestro pequeño refugio secreto. Elurne nos pidió que le contásemos más cuentos, así que Antonio, que es tan corpulento que apenas cabe de pie en la pequeña cueva, escenificó al gigantesco Basajaun silbando en el monte para alertar a los pastores de que su ganado estaba en peligro. Gesticulaba con los brazos y las manos, y movía grotescamente las cejas y los músculos de la cara para dar veracidad al relato. Me fascinó observar a Elurne en ese momento; sus brillantes ojos verdes cambiaban de expresión con cada giro de la historia, chispeantes de alegría cuando al personaje le ocurrían cosas buenas, y repletos de lágrimas cuando sufrían desgracias. Le sucede lo mismo cuando un animal de Lamietxe sufre o alguno de sus amigos se cae o se hace daño jugando; le afectan muchísimo los sufrimientos ajenos. Por otra parte, tiene una personalidad tan abierta y alegre que hace que una habitación se ilumine nada más entrar. Tiene una imaginación portentosa; ni yo, que me encantan las leyendas y la mitología de nuestro pueblo, soy capaz de inventar historias y mundos fantásticos como lo hace ella. Cuando era joven, me prometí a mí misma escribir una novela antes de morir, pero veo que no será posible. Quizás Elurne lo consiga en un futuro, porque le encanta inventarse mundos paralelos y contarnos lo que pasa en ellos, las aventuras que le encantaría correr y los personajes mitológicos con los que le gustaría encontrarse.

Como yo, está muy intrigada por conocer a la Diosa Mari. Me entristece que, aunque he intentado buscarla, no he logrado verla nunca. Llevo años subiendo al Pico Marinda casi todos los días, haya niebla en la cumbre o no, se aproximen nubes o tormentas, para intentar verla, aunque sea por unos breves instantes, pero todos mis esfuerzos han sido en vano hasta ahora. A Elurne también le encantaría ver a la Diosa, aunque le fascinaría todavía más ver una Lamia, una bella mujer del bosque, porque ése es mi apodo para ella. Hace un mes, cuando volvíamos del mercado en Vitoria, nos preguntó si había algún personaje de nuestras leyendas al que pudiéramos llamar o conjurar de alguna forma. Antonio y yo, en la parte delantera del coche, nos miramos en silencio, perplejos. Claramente, ambos sabemos que hay varias maneras de llamar a ciertas deidades poderosas, como son Akerbeltz, Herensuge, Gaeko o Inguma, pero no nos pareció buena idea meterle ese tipo de ideas en la cabeza siendo tan pequeña. Cuando sea mayor, ya tendrá tiempo de aprender las antiguas enseñanzas que yo le mostraré, como hizo la abuela conmigo. Al escuchar que no podríamos llamar a los seres mágicos, como ella los llama, hizo un mohín que me enterneció el alma. Arruga la naricilla y frunce el entrecejo exactamente igual que hago yo. Cuando se enfurruña es como mirarme en un espejo, y me tengo que contener porque me da la risa y ella se amohína, y ya no puedo evitar reírme a carcajadas. Se mantuvo en silencio el resto del camino; cuando llegamos bajó del coche sin decir palabra y corrió hacia el prado para abrazar a sus perros, claramente disgustada con nosotros. Sonriendo con complicidad, Antonio y yo descargamos las bolsas y las subimos a la cocina. Mientras yo colocaba las cosas en armarios y estanterías y ponía la leche fresca a hervir en la chapa, Antonio bajó a hablar con ella para calmarla.

Les observé desde el balcón de la cocina y deseé saber dibujar y pintar para immortalizar ese

momento; era una imagen entrañable, el gigante Basajaun de la barba blanca meciendo cuidadosamente en sus brazos a la pequeña Lamia traviesa de rizos pelirrojos. Les observé, embobada, hasta que escuché a mis espaldas un ruido familiar que me hizo maldecir a todos mis antepasados, cosa que no me gusta hacer. La leche estaba completamente quemada; había hervido demasiado y se derramaba por los costados de la olla, chisporroteando al entrar en contacto con la ardiente chapa de la cocina de leña. Corrí hacia ella y, al retirarla del fuego, me quemé los dedos y la solté. Aterrizó estrepitosamente en el suelo y la leche se derramó sobre la fría piedra. Refunfuñando, metí las manos bajo el chorro de agua fría y contemplé el desastre, disgustada. Me llevaría un buen rato limpiar aquella calamidad. Deseé tener mayordomo o criada como tenían las familias ricas, alguien que me hiciera todas las labores pesadas. De repente, lo tuve claro. Lo que necesitábamos en Lamietxe eran unos Galtzagorriak. Ellos nos ayudarían en las labores de la casa, del campo y del ganado; al fin y al cabo, para eso existen. Dejé la olla y el charco de leche en el suelo y bajé corriendo a coger uno de los libros de la abuela, en el que sabía que encontraría una bonita ilustración para enseñar a Elurne y planificar nuestra próxima aventura. Estaba segura de que le encantaría la idea. Agarré el libro y salí al jardín, caminando deprisa para unirme a ellos en el prado. Me senté a su lado y le di un beso en la frente. Le dije que se me había ocurrido el personaje mágico perfecto para llamar, y le expliqué cómo tendríamos que hacerlo. Elurne me miró entusiasmada. Abrí el libro para enseñarle la bonita ilustración de los simpáticos geniecillos, y ella asintió al instante.

Los Galtzagorriak, o calzas rojas, son diminutos geniecillos de ojos brillantes y risa contagiosa, cuyo cometido es ayudar a los humanos en las labores del hogar y de la labranza. Son astutos, obedientes y rápidos y, si los tratas bien, tendrás unos excelentes ayudantes para el resto de tu vida. Son capaces de coser botones o calcetines agujereados, tejer mantas y manteles, preparar pan, pasteles o bollos, plantar flores, limpiar y lavar la ropa... Cualquier cosa que tú les pidas, en realidad. El truco consiste en mantenerlos ocupados constantemente porque, si te olvidas de darles tareas, se aburrirán y puede que destrocen tu casa jugando para entretenerse. Los Galtzagorriak viven en pequeñas cajitas de alfileres, que se abren cuando tienes una tarea para ellos. Les pides lo que quieres con educación y respeto y dejas la cajita abierta, dándoles paso libre. Esa misma noche, mientras los humanos dormimos, salen volando de su cajita y, nadie sabe cómo, realizan todas las tareas con rapidez y eficiencia. Cuando el dueño de la casa despierta a la mañana siguiente, las labores están acabadas y los geniecillos de vuelta en el alfilerero. Elurne asintió entusiasmada. Si tenemos Galtzagorriak en casa, dijo, ya no tendremos que perder más el tiempo en limpiar y cocinar, cosechar y embotar. Sonriendo, asentí y busqué la página donde especificaba cómo llamar a los Galtzagorriak. Las instrucciones parecían fáciles, y le dije a Elurne que sin duda podríamos llamar a alguno. Todo lo que tendríamos que hacer era buscar la cajita adecuada para cobijarlos y ponerla en el alféizar de la ventana la noche de la víspera del día de San Juan, la noche de las hogueras. La ventana debía quedar abierta, para que los Galtzagorriak puedan volar por ella y meterse a descansar en nuestro nuevo hogar. Si conseguíamos atraerlos se quedarían con nosotros. Y si nos aburríamos de ellos, haríamos como un señor de Kortezubi, en Bizkaia, que se hartó de los pequeños geniecillos porque pasaban el día revoloteando alrededor de su cabeza. Estaban constantemente demandándole más tareas, porque se aburrían. Agobiado por su constante presencia, un día les ordenó que le trajeran agua en un tamiz, cosa que les resultó imposible y se marcharon por fin, ofendidos porque el hombre se había burlado de ellos. Sería el plan perfecto si nos hartábamos de ellos, le dije a Elurne, les ordenaríamos algo imposible.

Mi pequeña Lamia, entusiasmada, se puso a correr y saltar por el prado gritando que teníamos que

buscar un alfiletero de metal de inmediato, el más bonito que pudiéramos encontrar. Antonio me sonrió y se despidió de nosotras para ir a ordeñar. Lo primero que hicimos fue volver a la cocina a limpiar apresuradamente la leche derramada y, acto seguido, fuimos al salón a buscar el costurero. Yo he coleccionado cajitas preciosas a lo largo de mi vida y Elurne disfrutó escogiendo la que más le gustaba. Como la víspera de San Juan estaba cerca no tuvimos que esperar mucho. Cuando llegó el día, encendimos una hoguera y bailamos como locos a su alrededor, disfrutando del día más largo del año. Antes de acostarnos dejamos el alfiletero en el alféizar y nos fuimos a dormir esperanzadas. Nuestra decepción fue mayúscula al día siguiente ya que no encontramos Galtzagorriak en la cajita. Elurne, desconsolada, se echó a llorar en los brazos de Antonio, y yo debo confesar que también me disgusté. Estaba segura de que lo lograríamos; lo ponía claramente en el libro, la víspera de San Juan. Consolé a Elurne y le prometí que al año siguiente lo volveríamos a intentar. Quizá debería releer bien todos los libros de mi herencia de Zugarramurdi. Al fin y al cabo, me tocará transmitir el conocimiento familiar a Elurne cuando crezca; debería estar más versada en el tema y conocer todos los detalles.

Dos días después de San Juan, me encontraba leyendo información sobre la Diosa Mari bajo el roble del establo cuando escuché con toda claridad una discusión muy fuerte entre dos voces masculinas. Identifiqué una de ellas, la de Antonio, que gritaba, cosa rara en él. Me sorprendí mucho: al fin y al cabo, mi apuesto Basajaun es la persona más calmada que conozco. Me levanté de la silla, dejé el libro en el suelo y salí al jardín para ver qué pasaba. Cuando por fin logré ver al hombre que discutía con Antonio, no lo reconocí. Era joven, bajito y regordete. Tenía la mirada altanera y se veía claramente que se consideraba superior. Me acerqué y le pregunté a Antonio qué pasaba. Él no me respondió, estaba concentrado en apretar los puños y contener su ira. Me hizo un gesto para que volviese a entrar en la casa y obedecí preocupada. Subí a la cocina, puse un cazo con café a hervir y esperé sentada a que subiera a contarme qué diablos estaba pasando. No tardó mucho; entró en la cocina con la mirada furiosa y echando humo por las orejas. Se sentó y le preparé un café bien cargado mientras me contaba los detalles. Al parecer el hombre, un tal Heredia, era nuevo en Uzanza y había comprado una casa que no se encontraba lejos de Lamietxe. El hombre quería anexionarse más tierras a su propiedad y había venido a hablar con Antonio para informarle de que próximamente bajaría a Zuhatsu al Ayuntamiento para rellenar una solicitud. Quería que le concedieran en alquiler una finca que ahora utilizamos nosotros para nuestras ovejas. Antonio le confirmó que la finca era de nuestro uso, pero el hombre aseguró que él sabía que los papeles no estaban en regla y que, por lo tanto, tenía tanto derecho como nosotros a utilizarla. Antonio, rojo de ira, farfullaba entre dientes sin parar; yo le besé la frente y le dejé solo para que se calmase en solitario, que es como él lo prefiere.

Es mala suerte que tengamos un nuevo vecino y que el primer contacto que tengamos sea tan negativo. Espero poder enderezar las cosas con él sin que Antonio se entere. Quizá un día de estos baje paseando a caballo para charlar con él, darle la bienvenida al Valle y comentar el tema de la finca para que nos deje en paz.

En otro orden de cosas, estoy bastante angustiada estos últimos días. No sé en realidad por qué, pero tengo una sensación extraña en el estómago que no desaparece, una sensación de náusea que no pasa y que me hace pensar que se trata de un presagio de que algo malo va a suceder. No sé exactamente por qué, pero siento una presencia maligna que se acerca a Kuartango y que rodea el valle, alguien que no viene con buenas intenciones. Antonio me dice que no le dé vueltas a la cabeza y que me tome una manzanilla o una infusión de milenrama si me duele la tripa. Dice que

ya estoy mayorcita para saber que los presagios son cosa de los libros y que no pertenecen a la vida real.

Pero él no posee la sabiduría de antaño, que confirma que en cada uno de nosotros hay un pequeño radar que, más o menos afinado según el individuo, es capaz de sentir las vibraciones de un lugar y cómo van cambiando a lo largo del tiempo. Amama, Elurne y yo tenemos ese don, pero no espero que mi Basajaun lo entienda. Ojalá mis temores no se hagan realidad y todo quede en nada. Con la temporada familiar tan bonita que estamos viviendo en los últimos años, no quiero que cambie la suerte para nosotros y nos ocurran más desgracias en el futuro inmediato. Creo que haré como amama hizo hace años y subiré un gallo para sacrificar en la cumbre de Marinda. Hacerlo me hace sufrir, pero nuestros ancestros nos enseñaron que la Diosa Mari necesita de ofrendas y sacrificios para encontrar la energía necesaria para cuidar de su pueblo.

Kuartango, abril de 2.009

Asegurándose de que las calles de Uzanza estuvieran desiertas, Miguel caminó a una distancia prudencial de Garbiñe tratando de camuflarse entre las sombras. A los pocos metros, observó que el punto verde del rastreador se detenía en la plaza. Sin duda, la terrorista estaba entrando en el Txoko, quizá para retirar la bolsa de deportes o para esconder más material de E.T.A. en el baúl. Cuando llegó a la esquina de la calle, se pegó a la pared y observó la puerta del edificio. No debía quedarse allí; era un mal sitio, porque Garbiñe tendría que pasar cerca para volver a casa de Zigor. Se fijó en un desvencijado caserón que estaba alejado del Txoko, desde donde se vería perfectamente el edificio. Cruzando los dedos, atravesó la plaza a toda velocidad y se internó en el pequeño callejón que daba al jardín. La casa estaba deshabitada y la estaban renovando. Se encaramó a los precarios andamios y se instaló en el descuidado balcón. Mientras esperaba a que la terrorista abandonara el Txoko, sacó el móvil para llamar al Coronel. A su modo de ver, la urgente situación lo requería. Quería comprobar qué procedimiento debía seguir. Narváez respondió con voz gangosa.

- ¿Diga?

- Soy Miguel, mi Coronel.

- ¿Qué pasa? ¿Sabes la hora que es?

- La sospechosa está de vuelta en su escondite del Txoko. Aún no sé si está añadiendo documentación a la que fotografié el otro día, o si piensa llevarse el material. ¿Qué debo hacer?

- Escóndete y espera a que salga; si lleva algún bulto encima es que tiene la intención de llevárselo a alguien.

- ¿La sigo?

- Si ves que abandona Uzanza, desde luego. Y asegúrate de que no te vea. Has de ser todo lo silencioso que puedas, es primordial que no la pierdas de vista en ningún momento.

- Y si se reúne con otra persona, ¿qué hago?

- Si puedes identificarla, llama al Grupo de Acción Rápida; están en alerta desde la bomba de ayer y tu hallazgo del material la semana pasada. Debes obtener una imagen de su cara. Nuestros expertos informáticos podrán mejorar la calidad y luego introduciremos la imagen en el software de identificación facial. Si tiene un vehículo necesitaremos la matrícula, como es habitual. De momento no la pierdas de vista y llámame en cuanto sepas hacia dónde se dirige.

- Desde luego, mi Coronel.

Colgó el teléfono y lo metió en el bolsillo mientras oteaba, tenso, el horizonte. Había metido apresuradamente en la mochila una linterna, ganchúas, unos pequeños binoculares y sus gafas de visión nocturna, pero se había olvidado de la cámara de fotos. Joder, parecía un principiante. Su teléfono móvil llevaba cámara incorporada, pero las fotos no tenían la calidad óptima. Como Garbiñe no salía del Txoko, Miguel sacó los binoculares y los ajustó mientras esperaba en el oscuro y tenebroso caserón deshabitado.

Corría una fuerte brisa entre los árboles y las ramas creaban sombras fantasmagóricas en las descascarilladas paredes del caserón, dándole un aire siniestro que le provocó un escalofrío. Se conectó con las bases de datos de la Guardia Civil y buscó las listas actualizadas de los terroristas vascos fugados de la justicia española. Mientras esperaba a que las imágenes se cargaran, siguió observando la puerta. Se entretuvo intentando memorizar las caras de los terroristas hasta que Garbiñe abandonó el Txoko; memorizó sus rostros, sus ojos, el color de su

pelo y su constitución. De repente, vio que la terrorista cerraba la puerta del Txoko y empezaba a caminar aprisa por la oscura calle. Miguel guardó su material en la mochila, bajó apresuradamente del andamio y se dirigió con sigilo hacia la plaza. No podía ver si ella llevaba algún bulto en brazos. La terrorista doblaba en ese momento la esquina en dirección a la Pensión Chifflet, y Miguel se detuvo delante del Txoko mientras observaba el puntito verde del rastreador que Garbiñe llevaba en el bolso. La terrorista caminaba a buen paso por la calle de la Pensión y Miguel contuvo la respiración cuando pasó al lado de su furgoneta sin detenerse. No escuchó ningún motor, así que se atrevió a caminar hacia la esquina. Desencantado, observó que volvía a casa de Zigor. Abrió la imagen de las cámaras instaladas allí, aunque no pudo ver nada porque estaba todo a oscuras. Subió el volumen al máximo; los pasos de Garbiñe se escuchaban, tenues, en la cámara instalada en el dormitorio. Cuando oyó crujir la cama soltó una maldición; Garbiñe volvía a la cama. ¿Habría retirado la documentación?

Esperó diez minutos para asegurarse de que no volvía a salir de casa, y se dirigió hacia el Txoko. En pocos minutos estaba dentro del pequeño almacén y abrió la tapa del baúl, impaciente. Comenzó a sacar las bolsas y enseguida descubrió una pequeña mochila negra que no estaba allí cuando había fotografiado el material. Tiró de la cremallera con impaciencia y metió la mano sin perder un segundo. Al instante su piel entró en contacto con metal, lo que no dejaba lugar a dudas: allí había armas. Sacó dos pistolas y pasaportes procedentes de diversos países, todos falsificados. Al levantar las tapas de los documentos, Miguel abrió los ojos como platos. Cuatro de ellos pertenecían a Garbiñe. La delgaducha tenía varias identidades que, sin duda alguna, habría utilizado con regularidad durante sus actividades terroristas. Los otros pasaportes pertenecían a dos hombres que no reconoció. Llamó al Coronel inmediatamente para informarle de la situación. Narváez le informó de que los altos mandos de la Operación New Age se reunirían aquella misma mañana y le ordenó fotografiar el material, pero no incautarlo por el momento. El objetivo principal era no perder de vista a la sospechosa hasta que ella decidiera trasladarlo. La misión había ganado en intensidad y Miguel sintió la familiar sensación de la adrenalina acelerando su pulso. Garbiñe era una terrorista y, gracias a ellos, pronto daría con su huesudo culo en la cárcel. Sonriendo sin poder evitarlo, fotografió la mochila, los manuales de entrenamiento, las pistolas y los pasaportes, y después los devolvió ordenadamente a su sitio. Salió del Txoko en silencio y a los pocos minutos estaba de vuelta en casa. Se sentó en el ordenador para enviar a Narváez las fotografías realizadas, y después buscó información sobre el hombre asesinado en el atentado de la feria del día anterior.

El empresario, como le había informado el Coronel, se llamaba Kepa Irigoyen y vivía en Derio, Bizkaia, con su mujer y sus tres hijos. Era dueño de una multinacional farmacéutica cuya sede estaba en Vitoria y, aparentemente, el negocio le iba bien. El exitoso empresario parecía nadar en dinero y era dueño de tres casas, cinco coches, un barco y pertenecía a un exclusivo club de Golf. Que ellos supieran, nunca había sido amenazado por la banda terrorista y tampoco era militante de ningún partido político. ¿Por qué razón habría matado E.T.A. al empresario? ¿Y a Heredia? ¿Había alguna conexión entre ambos atentados? Se exprimió el cerebro para buscar alguna relación entre los dos difuntos, pero al cabo de un rato se dio por vencido. No veía un nexo común entre ellos, excepto que Garbiñe podría estar implicada en ambos. Eran las seis de la mañana y no había pegado ojo, así que se dejó caer sobre la cama sin molestarse en desnudarse o descalzarse, y se durmió al instante.

A las pocas horas sonó su teléfono. Tanteó en la oscuridad para encontrarlo y, al ver que era Elurne, contestó con rapidez. No la había visto en varios días ya que había estado en Zugarramurdi trabajando con su amigo Inaxio.

- Buenos días, preciosa.
- ¡Egun on, Mikel! ¿Te he despertado?
- Sí, pero es un sueño para mí despertarme escuchando tu voz...
- ¡Qué cursi eres! Siento despertarte, pero hemos quedado en Lamietxe dentro de un rato para ultimar los detalles de las fiestas de Uzanza. Somos miembros de la comisión organizadora.
- ¿Y cuándo son las fiestas?
- El próximo fin de semana. ¿Te vienes a la reunión?
- Vale, me pego una ducha y voy para allá.
- Estupendo. Agur, Mikel.

Contento porque le apetecía ver a sus amigos, Miguel colgó el teléfono y saltó de la cama con energía. Cuando pulsó el interruptor de la luz y vio los papeles desordenados, las fotografías del material que pronto incautarían y la mochila con sus aparatos electrónicos, gruñó disgustado. Había olvidado la misión de la noche anterior; la voz de Elurne siempre le hacía olvidarse de todo. Contrariado, se sentó frente al ordenador y comprobó las cámaras y los rastreadores. No podía permitirse el lujo de perder a Garbiñe de vista. Los rastreadores de la furgoneta y del bolso de la terrorista se movían en dirección a Lamietxe. Se duchó a toda prisa y desayunó en el jardín. Hacía un día precioso, la temperatura primaveral y los verdes colores de Kuartango le quitaban el aliento cada vez que tenía tiempo de detenerse a apreciarlos. Le gustaban los montes y los bosques, el río, las casas tradicionales, las fincas de hierba y de cereal y los animales en los prados. Ojalá pudiera relajarse más a menudo, pero la Operación New Age le estaba arruinando demasiadas horas de tranquilidad. ¿Qué sucedería cuando arrestaran a Garbiñe? ¿Querría Narváez que volviera a Madrid o tendría que quedarse a seguir espionando a sus amigos? Estaba empezando a dudar de su entusiasmo por servir a la Madre Patria con la Operación New Age. ¿Qué le aportaba a él, en realidad?

Trabajar en la Guardia Civil significó mucho para Miguel durante sus años jóvenes, porque varias generaciones de su familia habían pertenecido al Cuerpo, incluido su padre. Era consciente de que en el Departamento le consideraban uno de los mejores agentes del Servicio de Inteligencia, pero empezaba a tener la sensación de que su trabajo ya no le llenaba. Quizá no era lo que él había nacido para ser. En misiones anteriores las cosas le habían resultado más fáciles, pero en Uzanza estaba empezando a odiar el espionaje, los rastreos, el seguimiento a sus amigos y vecinos, las mentiras... Tal vez si llevaba a cabo la misión con éxito podría hablar con Narváez y exponerle su situación. Quizá podría pedir un año sabático y quedarse en Kuartango, con Elurne. Pero acababan de empezar su relación, no podía decidir algo así todavía, y menos sin hablarlo con ella. Siguió observando el paisaje un rato y luego se levantó, preocupado. Montó en el coche con Gorri y se dirigió a Lamietxe. Los Guardias Civiles apostados en casa de Heredia habían abandonado por fin sus posiciones, probablemente para trasladarse a Zuhatsu a investigar el recinto de la feria. El atentado del día anterior todavía le ponía los pelos de punta. El olor a humo, el estruendo, el pánico de la gente que corría alborotada por el pueblo buscando a sus familiares y amigos. Al pasar bajo los viejos árboles que flanqueaban Lamietxe, le embargó la emoción al volver a ver sus fincas alegres y llenas de vida. Enseguida vio a sus amigos sentados cómodamente en unos fardos de paja bajo unos árboles. La pelirroja había sacado unas cervezas y un pequeño aperitivo. Garbiñe estaba sentada junto a Zigor con cara de pocos amigos. Miguel intentó que no se notara el odio en sus ojos al mirarla. Cuando se unió a ellos estaban debatiendo el programa de fiestas.

- Es imposible, no me fastidies. No podremos arrastrar el tractor.
- Es diminuto y pesa muy poco. Lo pondremos en punto muerto y la plaza es plana, no habrá problema.

- Seguro que se puede arrastrar. Quizá no una sola persona, pero dos o tres yo creo que sí.

- ¿Y las chicas?

- ¿Las chicas? Ellas no querrán saber nada.

- ¿Cómo que no? Yo sí quiero intentarlo.

- Elurne, no seas bruta, no podrás arrastrar un tractor. Egun on, Mikel.

Miguel se unió a ellos realmente intrigado por la conversación y se acomodó en un fardo junto a Elurne. Una vez más, sus amigos le sorprendían por lo extraño de su mundo rural.

- ¿Queréis organizar una competición en la que los vecinos arrastren el tractor de Elurne?

- Sí, con un arnés. ¿A que es buena idea?

- No creo que sea posible.

- Ya estamos, otro puto pesimista. Vamos ahora mismo a probarlo.

- ¿Ahora?

- Claro, vamos.

- Iñigo, no seas gilipollas, ahora no vamos a ponernos a arrastrar el tractor. Hemos venido a planificar las fiestas.

Elurne le miró con autoridad y el rubio enmudeció, no sin antes sacarle la lengua con aire travieso. Pasaron a hablar de la música, de la que se encargaría Zigor; la comida popular, que cocinarían entre Txiki, Galder y Bixente; las bebidas para la txosna (87), que compraría Iñigo en Vitoria, y el montaje de electricidad y sonido del que se encargaría Unax. Elurne organizaría los juegos infantiles y en ese momento intentaba convencer a Garbiñe de que la acompañara ese día, pues no podría encargarse de todos los niños ella sola.

- Venga, ámate, ahora estás viviendo aquí. Ni siquiera tendrías que venir desde Pamplona.

- Odio los niños. Paso de estar tres horas achicharrándome al sol por unos putos niñatos pueblerinos.

- Eres una borde, ¿lo sabes?

- Que te den por el culo, zorra.

Las dos mujeres se miraron con desprecio y Garbiñe apretó los puños. Miguel decidió intervenir antes de que siguieran con su pelea.

- Te ayudaré yo, Elurne, me encantan los niños.

- ¿En serio?

- Claro, no hay problema, los niños lo pasarán genial.

La pelirroja lo miró con cariño y su sonrisa blanca y luminosa llegó al corazón de Miguel, intensa y transparente. En realidad, él no tenía ni idea de cómo tratar con niños, pero ya pensaría qué hacer cuando llegara el momento.

Los amigos empezaron a hablar de la actividad que más ilusión hacía a todos: la Olimpiada Rural. Llevaban todo el año planeando cómo organizarla para que todo el pueblo participase. Querían organizar equipos de cuatro personas, cada uno de los cuales debería disfrazarse en grupo para amenizar la fiesta. Se realizarían pruebas, unas acuáticas en el río y otras por todo el pueblo. Sería una Gymkhana gigante por todo Uzanza. Las pruebas variarían en dificultad, para que pudieran participar niños, adolescentes y adultos por igual. Charlaron sobre el tema un buen rato, discutiendo a voz en grito e insultándose la mitad de las veces. A Miguel le hacía mucha gracia ver cómo hablaba su nueva cuadrilla. Más que hablar, daba la sensación de que se insultaban, se gritaban y hasta se empujaban a veces. Sin embargo, el griterío resultaba armónico, y se percibían la amistad y el cariño en cada uno de los comentarios. Ultimaron los detalles sobre las tres de la tarde y se acabaron las cervezas, satisfechos con las decisiones tomadas. Evitaron completamente hablar sobre la bomba del día anterior, lo que extrañó a Miguel. Comprobó que Zigor apenas

había participado y que miraba a Garbiñe a hurtadillas. Ésta, que apenas había dicho palabra, ignoraba las miradas de su novio y no habló con él en todo el tiempo que estuvieron en Lamietxe. Por fin los amigos se despidieron para marcharse a sus casas a comer. Miguel y Elurne les despidieron con la mano hasta que se perdieron en la distancia, y luego cayeron al suelo abrazados, cubriéndose de besos. Estuvieron un buen rato tirados en el césped charlando.

- ¿Qué tal en Zugarramurdi?

- Pues muy bien, la verdad es que ha sido un viaje muy productivo. Hemos conseguido escribir y enviar las cartas que necesitábamos, así que me esperan unos días más tranquilos. ¿Tú qué tal?

- Bien, he estado ayudando a Bixente en Lamietxe.

- Ya me lo ha contado, eres el mejor novio del mundo.

Miguel se inclinó hacia ella y la volvió a besar. Empezaba a pensar que la pelirroja era la mujer de su vida. Pensó en plantearle vivir juntos, pero no le pareció el momento adecuado. Además, todavía tenía que esperar a ver qué sucedía con la Operación New Age. Decidió cambiar de tema.

- ¿Te has enterado del atentado de ayer?

- Sí, me lo ha contado Galder esta mañana. Qué fuerte, otro atentado en Kuartango en tan pocos días.

- Ya te digo. Es mucha coincidencia, ¿no crees?

- Yo no creo en las coincidencias.

- Dicen las noticias que el modus operandi del atentado y los explosivos son los habituales de E.T.A.; parece que no hay duda de que han sido ellos. Espero que atrapen pronto a los culpables.

- Yo también. Toda esta situación es bastante fuerte.

- ¿Qué le pasaba a Zigor hoy? Tenía mala cara.

- No lo sé.

La cara de Elurne parecía desmentir su ignorancia y comenzó a rascarse las manos, como hacía habitualmente cuando estaba nerviosa. Miguel la presionó un poco más.

- Sí que lo sabes, ¿verdad?

- No puedo decírtelo.

- ¿Y por qué no? Creía que entre nosotros no había secretos.

Elurne le miró y una sombra de duda cruzó su semblante.

- En todas las parejas hay secretos, Mikel, pero éste en concreto no es mío para compartir. Es de Zigor, y a él le corresponde contártelo si quiere.

- Tiene algo que ver con Garbiñe, ¿verdad?

- Puede ser.

La pelirroja parecía reacia a hablar sobre el tema y evitaba mirarle a los ojos. Miguel decidió presionarla; quizá sabía algo de vital importancia para la Operación New Age, y no podía dejar pasar la oportunidad de conseguir nuevos datos. Determinado, tomó aliento e intentó sonsacarle más información.

- Ayer Garbiñe desapareció un par de horas durante el atentado en Zuhatzu. Había estado especialmente inquieta todo el día, y de pronto desapareció después de comer. Cuando volvió al coche tras el estallido de la bomba, estaba nerviosísima. ¿Tuvo algo que ver con el atentado y Zigor sospecha de ella?

Elurne miró hacia el suelo, insegura de si debía responder. Retorcó sus manos durante unos segundos, nerviosa, antes de volver la vista hacia él suspirando resignada.

- No lo sabemos, Mikel, ésa es la verdad. Zigor no está seguro a ciencia cierta, pero cree que quizás ella haya tenido algo que ver.

- ¿Es Garbiñe miembro de E.T.A.?

- Creemos que quizá sí, aunque ella no le ha dicho nada. Garbiñe ha estado siempre muy activa en las distintas organizaciones del movimiento abertzale, y creemos que tal vez la reclutaron para un comando de legales (88) hace unos meses.

- ¿Y no la habéis denunciado a la policía?

- ¿A su novia? ¿Estás tonto, Mikel? Claro que no va a denunciarla, llevan juntos muchos años.

- ¿Cómo se conocieron?

- Hace unos años les presentó Peio, el hermano de Zigor, que como sabes está en la cárcel en Huelva. Garbiñe es una idealista y tiene verdadera pasión por conseguir la independencia de Euskal Herria y la liberación de los presos políticos vascos. Hace años lanzaba cócteles molotov y quemaba autobuses en las manifestaciones, aunque nunca la ficharon en serio para la organización terrorista. En los últimos meses E.T.A. está muy debilitada. Los gobiernos Francés y Español han arrestado a muchos integrantes de la banda, y creemos que quizá por esa razón han asignado a Garbiñe nuevas actividades más serias en Francia.

- ¿Y no vais a denunciarlo?

- En realidad, no estamos seguros de si ha tenido algo que ver con el atentado. Y si la arrestan a ella, Zigor será el próximo. Ya ha tenido bastantes problemas porque su hermano Peio está encarcelado. Le han llovido las acusaciones, los insultos, han registrado su casa en tres ocasiones...

- Menudo marrón.

- Por favor, prométeme que no llamarás a la policía.

- ¿Y qué pensáis hacer?

- Zigor quiere esperar a que se marche a Francia, y después de un par de días lo dejará con ella. Cree que cuando se asiente allí y esté ocupada en otras cosas, no le importará romper con él.

- Pero si se comprueba que ha matado a dos hombres y se marcha al extranjero, seguirá organizando atentados desde allí.

- Ése es problema de la Policía. Nosotros sólo queremos que la mala influencia de Garbiñe desaparezca para siempre. Zigor parece el más extremista y problemático de todos nosotros, pero en realidad es un buen tío y nunca ha hecho nada malo. Tiene pasión por su tierra, eso es todo.

Miguel miró a Elurne con la incredulidad pintada en su rostro. ¿Desde cuándo sospechaban los dos amigos de Garbiñe? Entendía que intentaran evitar que Zigor se metiera en problemas, pero era su deber como ciudadanos informar a la Policía si sospechaban de alguien que podía estar implicado en actividades terroristas.

- No entiendo cómo alguien puede arriesgar su pellejo militando en organizaciones ilegales. Parece que no comprenden que, con toda probabilidad, pasarán varios años encerrados en la cárcel. ¿Para qué? No tiene sentido. Tampoco logro comprender por qué algunos vascos justifican y apoyan la violencia de E.T.A.

- Es un tema muy complejo, Mikel. Esto no es un juego de buenos y malos, la situación aquí es muy difícil. No todos los vascos sentimos lo mismo, definir la identidad vasca es muy complejo porque tiene muchos matices. No todos ven a E.T.A. como una banda terrorista.

- ¿Hablas en serio? Y entonces, ¿cómo la ven exactamente?

- No lo sé a ciencia cierta porque cada persona tiene sus opiniones, sus motivaciones y sus deseos. Llevo años intentando comprender el conflicto vasco en toda su dimensión, pero por mucho que lea libros, artículos o ensayos sobre el tema, ninguna opinión me convence del todo. Yo tengo mi propia teoría, pero ojo, que sólo es la mía. Primero quiero dejar claro, aunque ya te lo he dicho varias veces, que yo estoy en contra de la violencia en general. Y ése justamente es el matiz importante para mí. Yo estoy en contra de la violencia de E.T.A., de la violencia del Estado,

de la violencia de género, de la violencia callejera y de cualquier otra violencia. Para la mayoría de nosotros Euskal Herria es nuestro país, nuestra nación, la tierra de los vascos. En toda sociedad humana hay individuos muy diversos, con preocupaciones, ideales y sueños diferentes. Algunos quieren triunfar en el mundo laboral mientras que otros quieren vivir una vida sencilla cuidando de su familia; unos dedican su vida a los más necesitados y otros prefieren amasar fortuna para su beneficio. A algunos les gusta el deporte y a otros la política, la moda, el cine o el teatro. Hay personas que están muy orgullosas de su patria. Los militantes y seguidores de E.T.A. consideran que su patria no es España sino Euskal Herria, y desean servir y proteger a la sociedad vasca. Están dispuestos a defender su patria a toda costa. Hace décadas, para muchos vascos E.T.A. simbolizó la esperanza de una posible independencia. Digamos que fue considerado el ejército vasco, especialmente durante los duros años del franquismo, cuando tantas familias se vieron avasalladas por la violencia del Estado. En las últimas décadas han perdido mucho apoyo de la sociedad, porque los tiempos han cambiado y la vía política parece la única forma razonable de defender lo que nosotros creemos son nuestros derechos. Sin embargo, la mayoría de los miembros de E.T.A. piensan que todavía es necesario utilizar la violencia para servir a su patria, y que su actividad armada debe continuar hasta el final. Es difícil de comprender, pero ésa es mi teoría.

- No puedes hablar en serio.

- Claro que sí. Como decía Ortega y Gasset (89), yo soy yo y mis circunstancias. Él escribió que no podemos separar el “yo” del “medio en el que vivo”, y debo decir que yo estoy de acuerdo con esa filosofía. Imagina dos muchachos de similar edad, ambos jóvenes e idealistas, que crecen en hogares diferentes al mismo tiempo, digamos durante la década de los ochenta. Uno de ellos, pongamos que sea de Madrid, ha nacido en el seno de una familia conservadora y católica. Como es lógico, le han infundido el orgullo de ser español y ha crecido convencido de que a España le hacen falta hombres valientes que la defiendan ante posibles enemigos. Quizá su abuelo falleció defendiendo el país y ha escuchado decenas de historias familiares al respecto. Ese joven, si es suficientemente apasionado, ingresará tal vez en el Ejército Español. Ahora imagina el segundo joven, un chico vasco, que ha vivido toda su vida en un remoto pueblo en las montañas. En su familia ha escuchado desde niño cómo los vascos han sido sometidos y torturados durante décadas, que el Gobierno Español es injusto porque encarcelan, torturan y matan a los suyos. Quizás su abuelo fue fusilado por el ejército Franquista y él ha crecido escuchando también esas historias familiares. Si este segundo joven también es apasionado, puede que termine ingresando en E.T.A, lo que él considera el ejército de los vascos.

Miguel enmudeció, cavilando sobre su propia experiencia. También él se había decidido por una carrera profesional en la Guardia Civil por inercia, en cierta manera. ¿Habría ingresado en el Cuerpo si su padre y su abuelo no hubieran sido Agentes? Elurne tenía razón en parte, pero, a su modo de ver, la cosa no era tan sencilla.

- Pero los miembros de E.T.A. saben que la vía que han elegido es ilegal. Son conscientes de ello y, sin embargo, siguen matando.

- En mi opinión matar es ilegal en todos los ámbitos, Mikel. Para mí es igual de ilegal que mate un terrorista vasco o colombiano, un narcotraficante, un maltratador de mujeres, un asesino a sueldo o un soldado.

- No me jodas, Elurne. Los soldados participan en misiones específicas, completamente legales y que cuentan con el apoyo de su Gobierno.

- ¿Y eso les da licencia para matar inocentes? A lo largo de la Historia los seres humanos nos hemos matado entre nosotros, en todos y cada uno de los siglos de la historia conocida. Nos

hemos matado por pasión, por amor, por religión, por rencillas familiares, por venganza... Este es el siglo que nos ha tocado vivir a nosotros y nada ha cambiado, seguimos matándonos unos a otros. Gobiernos de todo el mundo, Al Qaeda, el Estado Islámico, el I.R.A., E.T.A., las F.A.R.C., narcotraficantes y sicarios independientes, psicópatas y otra larga lista de asesinos. Por eso yo intento ser neutra, en la medida de lo posible, con el conflicto vasco y con los demás conflictos del mundo. No porque carezca de una opinión sobre ellos, sino porque intento entender las perspectivas y opiniones contrarias a la mía. Porque el ser humano mata en todos los sitios y por los motivos más diversos, y eso no debería sorprendernos a estas alturas. Y quiero dejar claro que me compadezco de las víctimas, de todas y cada una de ellas. Las que son asesinadas por maridos, por bandas callejeras, por ejércitos de grandes potencias, por psicópatas, por asesinos en serie o por bandas terroristas. Siento en mis propias carnes el tremendo dolor que deben de experimentar sus familias y la gente que les quiso en vida. Nadie debería morir a manos de otro ser humano, pero desgraciadamente existen personas que creen que la única solución es borrar a sus enemigos del mapa. A mí me ha tocado vivir de cerca el conflicto vasco, pero intento no dar la razón a los unos o a los otros. Tardaremos décadas en solucionar este terrible problema, pero yo no puedo implicarme más porque bastante tengo con mi vida. Y por eso no voy a denunciar a Garbiñe, porque cada uno elegimos la vía que queremos tomar y hacernos responsables de esa decisión. Yo quiero que ella desaparezca de la vida de Zigor, eso es todo. Él no ha hecho nada. Por favor, Miguel, no le cuentes a nadie nuestras sospechas. Vamos a comer y olvidemos el tema, por favor. La pelirroja parecía preocupada por su mejor amigo, así que le aseguró que no diría nada a nadie. La cabeza de Miguel estaba a punto de estallar; no sabía ni qué pensar ya; las conversaciones con Elurne siempre le ponían el mundo patas arriba. No se mordía la lengua, siempre hablaba con claridad y sabía transmitir su mensaje. Le sorprendía mucho que fuera respetuosa con todos, los buenos y los malos. Intentaba entender sus motivaciones sin juzgar y eso le desconcertaba enormemente. Con calma, frialdad y argumentos bien meditados hacía balance de las situaciones, pero nunca se decantaba por una ideología en particular.

Comieron embebidos en sus propios pensamientos mientras masticaban en silencio, y después de llenar el estómago se sentaron en el balcón a tomar un café y charlar de asuntos triviales. En algún momento de la conversación, la anciana María salió al jardín con un cuchillo enorme y se puso a cortar hierbas, plantas y flores del suelo para luego meterlas en un cesto. La observaron desde el balcón.

- ¿Qué hace ahora?

- Está recolectando ingredientes.

- ¿Para los brebajes esos que prepara en la marmita?

- Sí. No olvides que, en su cabeza, ella es una Sorgina.

- Una bruja vasca.

- Efectivamente. Lo que las leyendas y los cuentos llamaban “brujas” eran antaño muy respetadas por la sociedad vasca. No todas las familias podían permitirse pagar un médico, y mucho menos en los caseríos por su lejana localización en las montañas. Muchas mujeres eran curanderas y parteras, y recogían hierbas, raíces y plantas para preparar ungüentos con los que curar a los enfermos. Ayudaban a traer a los niños a este mundo y asistían a las mujeres en sus cuidados íntimos antes, durante y después del parto. La Inquisición, obsesionada con la herejía, las persiguió incansable durante siglos, quemando a muchas inocentes en la hoguera. En el pueblo natal de mi tatarabuela quemaron a varias mujeres, en Zugarramurdi, pueblo famoso por sus brujas. Debieron de quemar también a varias mujeres de mi familia. Es una pena que la tradición se haya perdido en el tiempo porque muchos de los remedios caseros de estas mujeres eran

infalibles. Y, por descontado, no volaban en escoba.

- ¿Funcionan las cremas y potingues que hace tu abuela?

- Algunos sí, otros no. Además, como está muy mayor, va perdiendo facultades. Hay una crema para el eczema que le encanta a mi tío, el irlandés. Sus remedios caseros se perderán cuando ella abandone este mundo a menos que los haya apuntado en algún papel. Es una pena.

Observaron a la anciana de pelo blanco, serena y bella, mientras se agachaba pacientemente aquí y allá entre los árboles del jardín, ajena a todo lo que sucedía en el mundo real. En su cabeza sólo había fantasías: gigantes arrojando piedras en las montañas, brujas bailando alrededor de una hoguera, pastores enamorados de las misteriosas mujeres del bosque y la Diosa Mari y sus machos cabríos surcando el cielo. Qué extraña mujer.

Tenían toda la tarde por delante, así que decidieron salir a dar un paseo a caballo. Lasai, el caballo feliz, había pasado a ser su jamelgo en propiedad. Tenía algo más de confianza cabalgando porque Elurne estaba siendo muy paciente con él. Disfrutó enormemente de la excursión y aprovechó un momento en el que Elurne se escondió tras un arbusto a orinar para sacar su teléfono móvil y comprobar dónde se encontraba Garbiñe. El rastreador del bolso la situaba en la taberna. Perfecto, no quería que se alejara demasiado de él. Después del paseo ordeñaron a las ovejas y se tumbaron en el sofá a ver una película con un recipiente de palomitas. Miguel se quedó en Lamietxe a dormir con Elurne, asegurándose primero de que Garbiñe no se movía de Uzanza.

Los días siguientes no hubo sobresaltos. Garbiñe seguía sin moverse de Kuartango, así que Miguel se relajó un poco. Los detalles del atentado de Zuhatsu le llegaron por email, confirmando que los componentes químicos de la bomba y el tipo de detonador eran también los habituales de E.T.A., que todavía no había roto su silencio. Pasó la semana disfrutando de la vida con Elurne. La pelirroja tenía menos trabajo en Lamietxe porque la temporada de ordeño tocaba a su fin. Pasaron horas muertas paseando por el Valle y conociéndose poco a poco. Nunca había sentido algo así por una chica. Era curioso pensar que había estado con Natalia varios años, pero ahora podía ver que había sido una relación superficial. Ropa bonita, coches caros y fiestas de lujo en Madrid. Lo que ahora experimentaba con Elurne no tenía comparación. Era una conexión que, estaba convencido, no podía sentir nadie más que ellos en el mundo entero. A ratos debatían sobre la vida, la familia y el universo; otras veces se comportaban como chiquillos y corrían por el viejo baserri escondiéndose, dándose sustos y haciéndose cosquillas. En otros momentos se quedaban en silencio disfrutando de la compañía del otro, hablando a través de pensamientos sin necesidad de palabras, tan sólo con la mirada. Se sentía tan cómodo con ella que estaba convencido de que era ella o nadie. Empezaba a estar seguro de que la pelirroja era la mujer de su vida. Amaba su pelo ensortijado, sus pecas traviesas, sus penetrantes ojos verdes, su eterna sonrisa, su cuerpo sensual y su personalidad tan grande, tan fuerte. Le disgustaba no saber qué pasaría en el futuro. No podía prescindir de Elurne, no quería abandonarla jamás.

Pero eso significaría dejar Madrid para siempre e instalarse en Kuartango permanentemente. La idea le apasionaba, pero no podía dejar de pensar en el Coronel. ¿Qué debía hacer? En ese momento lo que más echaba de menos era a su madre, le hubiera encantado apoyarse en su amplio regazo y contarle todas sus penas. El jueves por fin se decidió a llamarla. Esperó con el corazón en un puño hasta que respondió con su dulce voz.

- ¿Diga?

- ¿Mamá? Soy Miguel.

- Dios mío, Miguel, hijo, ¡qué alegría! He estado tan preocupada por ti...

- Lo siento, mamá, necesitaba estar solo. ¿Qué tal estás?

- Ya sabes hijo, por aquí por Mérida todo sigue igual, la vida pasa lenta. Pero estoy contenta. Me he apuntado a colaborar con un grupo de la Iglesia que da de comer a los más necesitados y me entretengo mucho con ellos.

- Me alegro mucho, mamá. Te vendrá bien estar acompañada.

- Y tú, ¿qué tal el viaje? ¿Dónde estás? Espero que estés disfrutando y que poco a poco, el dolor por Luis y Natalia vaya menguando. He estado preocupada por ti, me alegro tanto de que hayas llamado.

- Te echo de menos, mamá. Y te quiero mucho.

Ramona no respondió de inmediato y, al ver que el silencio se alargaba, Miguel empezó a ponerse nervioso.

- ¿Mamá? ¿Estás ahí?

- Sí, hijo, perdona. Estoy emocionada, hace tiempo que no me dices que me quieres.

- Pues te quiero mucho, mamá. Ojalá pudiera verte, me gustaría mucho hablar contigo.

- ¿Estás bien?

Esta vez fue Miguel el que no pudo contestar de inmediato. No sabía qué responder a esa pregunta. Su madre no podía saber nada de la Operación New Age ya que era secreto de Estado.

- No lo sé, mamá, creo que estoy teniendo una crisis de identidad o algo así. Al final no he viajado lejos, empecé visitando el norte de España y acabé en un pequeño pueblecito alavés. Estoy muy feliz aquí; tengo alquilado un pequeño piso, he hecho buenos amigos y he conocido a una chica.

- Me alegro mucho de que estés bien y te encuentres tranquilo y asentado. Las últimas semanas que pasaste en Madrid fueron muy duras para ti. Pero si estás tan contento, ¿qué es lo que te aflige?

- No sé qué hacer con mi trabajo, mamá. El Coronel Narváez sigue llamándome para convencerme de que vuelva. Pero creo que ya no me llena esa vida, y creo que no quiero volver a la Guardia Civil. Siento defraudarte, pero llevo dándole vueltas desde que llegué aquí.

- ¿Defraudarme por qué?

- Sé que papá y tú teníais grandes esperanzas depositadas en mí, y ahora que por fin tengo un buen puesto en el Cuerpo, lo dejo para irme de vacaciones.

- Eso no me defrauda, y a tu padre tampoco si estuviera vivo. Parece que a los hijos os cuesta comprender que los padres os apoyaremos siempre, porque lo único que deseamos es que seáis felices. Si tú sientes de corazón que tu nuevo hogar está en ese pequeño pueblo alavés, sigue tu intuición. Lo único que lamento es que estés todavía más lejos de Mérida, pero eso no debería importarte. ¿Quieres a esta chica?

- Desde el primer día en que la vi.

- ¿Ella te quiere?

- Sí. Mamá, es fantástica, tengo ganas de que la conozcas, os llevaréis bien.

- Espero que podamos vernos pronto, tengo muchas ganas de abrazarte. ¿Le has confirmado al Coronel que no piensas volver?

- Todavía no, creo que debo esperar un poco todavía. Me da miedo su reacción, se pondrá hecho una furia. Ha apostado fuerte por mí estos últimos años y a sus ojos será una traición.

- El Coronel te estima mucho, Miguel, creo que estás siendo injusto con él.

- Ya, mamá, pero tú no le conoces bien. Yo sé cómo piensa; es pragmático, frío y calculador. Si me marcho, jamás me lo perdonará.

- Tendrá que hacerlo y lo hará, aunque puede que le cueste un tiempo.

- Muchas gracias por tu apoyo, mamá, me siento mucho mejor después de hablar contigo. Siento haber sido un mal hijo.

- No eres un mal hijo; eres un hijo independiente, que no es lo mismo. Te gusta estar a tu aire, sin

que te molesten ni te manden y siempre lo he respetado. Eres inteligente, cariñoso y atento, Miguel, una gran persona. Y estoy muy orgullosa de ti.

- Gracias, mamá, te agradezco esas bonitas palabras.

- Bueno hijo, me tengo que ir a la Iglesia. A ver cuándo puedo ir a visitarte para conocer a tu nueva novia.

- Me encantaría que vinieras pronto, te llamaré en unos días. Ahora voy a ayudar a Bixente, el ganadero, con sus vacas.

- ¿Vacas?

- Sí, mamá. Por extraño que parezca, estoy feliz en este mundo rural, ayudando a los vecinos con sus vacas, ovejas, tractores y lo que haga falta.

- Me alegro, hijo, me alegro mucho. Cuídate, hablaremos pronto.

- Adiós, mamá.

Colgó el teléfono exultante, animado por las palabras de su madre. Quizás era lo que su corazón realmente deseaba: abandonar la Guardia Civil y quedarse en Kuartango. La cuestión era cuándo y cómo. Todo dependía de la Operación New Age. No quería defraudar al Coronel hasta ese punto, pensaba completar la misión.

El jueves a la noche los amigos quedaron para debatir la reunión del Concejo programada para el día siguiente, la más importante del año. La votación sobre quién sería el nuevo Presidente de la Junta Administrativa de Uzanza era inminente. La taberna estaba repleta y Txiki no daba abasto abriendo botellas de vino y cerveza. Cuando se acomodaron en su mesa favorita en la esquina del bar, comenzaron a hablar de las elecciones. Miguel escuchó con atención, intrigado. Iñigo empezó a hablar en voz más baja de la habitual, por lo que todos se inclinaron hacia él.

- He averiguado que aparte de Unax, hay dos candidatos.

- ¿Quién te lo ha dicho?

- Ya sabemos que la hija de Heredia se va a presentar, no es ningún secreto. Siguen queriendo el control del pueblo. La Señora Chifflet me contó el otro día que Bixente también está interesado.

- ¿Bixente? ¡Es imposible!

Se miraron asombrados unos a otros, totalmente estupefactos con la noticia. ¿El viejo ganadero se presentaba a Presidente? A juzgar por la cara de todos los amigos, era novedad que Bixente se interesase por la política del pueblo. Unax se volvió hacia el rubio con la incredulidad reflejada en su mirada.

- ¿Es fiable la información de la vieja Chifflet?

- Totalmente. Se lo dijo Bixente cuando bajó a llevarle la leche esta mañana.

- ¿Y por qué coño se ha presentado? Ni siquiera quería asistir a la puta reunión del otro día. ¿Es que se ha vuelto loco?

- La vieja Chifflet asegura que Bixente está convencido. Varios hombres del pueblo hablaron con él, al parecer. Según ellos, Uzanza necesita la mano firme de un hombre adulto y con experiencia. Creo que le han camelado para que se presente, pero no creo que gane.

- ¿No? Yo creo que sí, Bixente es un hombre muy apreciado en el pueblo y tiene mucha más experiencia que yo. No tengo nada que hacer, unos votarán a la hija de Heredia y los demás a Bixente. No contaré con los votos necesarios para triunfar.

Unax acercó la cerveza a sus labios y, cerrando los ojos con un gesto teatral de desesperación, la apuró de un solo trago. Elurne alargó el brazo hacia él y le tocó con suavidad en el pecho.

- También estamos nosotros, no lo olvides. Votaremos por ti y haremos campaña entre los vecinos, no te preocupes. Bixente tiene más experiencia, sí, pero todo el mundo sabe que tú tienes energía, entusiasmo y pasión por Kuartango y por conseguir que Uzanza mejore. Eres bueno liderando,

administrando y organizando. No pierdas la esperanza, que la carrera no ha hecho más que comenzar. Van a morder el polvo, ya lo verás.

La pelirroja, mirándole con cariño, consiguió que el rostro abatido de Unax se relajase ligeramente. Los demás amigos asintieron ruidosamente al escuchar las palabras de Elurne. Por supuesto que no pensaban rendirse, Unax debía entrar a formar parte de la Junta Administrativa de Uzanza para cambiar cosas de una vez por todas. Miguel tenía curiosidad sobre el cargo de Presidente.

- ¿A los Presidentes se les paga un salario?

- No, claro que no. Es voluntario.

- ¿Y qué tienen que hacer?

- Se encargan del bienestar del pueblo y de sus vecinos. Administran el agua, la luz, el mantenimiento de todos los servicios, y son mediadores ente los vecinos y el Ayuntamiento de Kuartango cuando es necesario.

- Entonces, si no te van a pagar nada, ¿para qué te quieres presentar? Me parece un jaleo administrar este pueblo con tantas rencillas personales entre familias.

- Quizás el cargo de Presidente sea un jaleo, pero Uzanza necesita renovar ideas, los Heredia se han estancado en el tiempo. No velan por el bienestar de los vecinos. Son unos seres avariciosos y aprovechados.

- Eran, querrás decir. He oído decir que a la Señora Heredia le quedan menos de dos telediarios, no durará ni un par de días. Pronto se reunirá con su jodido marido en el infierno.

Garbiñe, tras su habitual aportación violenta a la conversación, miró a su alrededor con una gélida sonrisa en los labios y Miguel sintió ganas de abofetearla. Maldita hija de puta. No sólo asesinaba a sangre fría, también hacía bromas al respecto. Zigor, cabreado, la arrastró del brazo hacia la puerta de la Taberna. Sin despedirse, desaparecieron gritando en euskera a todo volumen mientras los vecinos de Uzanza les observaban curiosos. Miguel y Elurne se miraron, preocupados por Zigor. Se sintió culpable al fijar su mirada en ella.

A espaldas de Elurne, había contado al Coronel Narváez todo acerca de las sospechas sobre los dos amigos, por lo que el S.I.G.C. tenía vigilados también a los familiares y colegas de Garbiñe en Pamplona. La enorme tela de araña del Estado se extendía, enviando agentes de inteligencia donde fuera necesario para acabar con la violencia de E.T.A. Después de la súbita marcha de la enfadada pareja, el ambiente incómodo de la mesa tardó en disiparse. A las doce de la noche Miguel se despidió para irse a casa. Tenía que volver a su puesto de vigilancia delante de los ordenadores. Narváez le llamaba con frecuencia por lo que se sentía más agobiado de lo habitual. Elurne lo acompañó a la puerta de la Taberna.

- ¿No subes a Lamietxe a dormir conmigo?

- Lo siento, Elurne, quiero terminar un capítulo de la tesis esta noche.

- ¿Y no puedes subir el portátil a Lamietxe? Podrías trabajar desde allí.

- Necesito los libros de referencia que me dejó Don Gerardo y conexión a Internet, no puedo llevármelo todo al baserri.

- Es una pena.

- Lo siento de verdad. Mañana por la mañana te llamo, ¿vale?

La pelirroja asintió con rostro desilusionado, se dieron un beso de despedida en la oscuridad de la plaza y Miguel se encaminó a la Pensión Chifflet. Cuando pasaba por delante de la puerta de Zigor se fijó en que la furgoneta de Garbiñe estaba abierta, al igual que la puerta del piso de su vecino. Podía escuchar a lo lejos el sonido distorsionado de la televisión, pero no se veía a ninguno de ellos en el pasillo. Conteniendo la respiración, metió la cabeza en la furgoneta y

comprobó preocupado que Garbiñe parecía estar haciendo las maletas para marcharse. La furgoneta estaba equipada con una cama y encima del colchón había varias bolsas a medio llenar. Intrigado y nervioso, Miguel se alejó de la furgoneta y abrió la puerta de su piso con manos temblorosas. Corrió a la habitación y encendió los dos ordenadores mientras sacaba su mochila del armario. ¿Se marchaba Garbiñe? ¿Adónde iba? Tenía que prepararse para seguirla si salía de Kuartango. Se sentó y tecleó furiosamente para comprobar las cámaras de vigilancia instaladas en el piso contiguo. Zigor, con cara de malas pulgas, estaba sentado en el sofá cambiando mecánicamente los canales de la televisión. Tenía el volumen muy alto, probablemente para evitar verse obligado a hablar con su novia. Garbiñe entraba en ese momento en la habitación para meter en una maleta varias prendas de ropa. Sus ojos escanearon la habitación para asegurarse de que no quedaba rastro de ella en el piso. Cerró la maleta, la llevó a la furgoneta y después se desvistió y desapareció de la vista. Probablemente se estaba duchando antes de marcharse.

La misión ganaba en intensidad, su obligación era seguirla allá donde fuera. Mientras la terrorista se duchaba, se cambió de ropa. Se puso prendas ligeras, cómodas y sobre todo, negras. No sabía por dónde tendría que seguirla en la oscuridad de la noche. Si la terrorista planeaba abandonar el país y pasar a Francia, la Guardia Civil tendría que contar con la ayuda de la Gendarmerie (90). Miguel llamó al Coronel sin dilación y le informó de las últimas novedades mientras metía diversos aparatos electrónicos en la mochila. Las órdenes de Narváez fueron estrictas: debía seguir a Garbiñe hasta su destino. Si, como parecía, la delgaducha se dirigía a Francia, probablemente acabaría en una de las localizaciones secretas de la banda terrorista. Miguel debía decidir cuándo contactar con el Grupo de Acción Rápida, que efectuaría la detención de la sospechosa si la situación así lo requería. Narváez se encargaría de mantenerles a la espera de órdenes. Cuando colgó el auricular, ultimó los preparativos y se sentó frente al ordenador mientras tomaba un café cargado para darse energía y mantenerse despierto. La cámara mostraba a Garbiñe sentada en la cocina del piso contiguo con el teléfono en la mano. Al cabo de un rato el aparato sonó y Miguel agudizó el oído. No pudo entender nada porque la terrorista hablaba en euskera. La muchacha se levantó, agarró su bolso y salió por la puerta sin despedirse de Zigor. No entró en la furgoneta directamente, sino que se encaminó a la plaza. Sin duda alguna se dirigía al Txoko para llevarse la documentación y las armas y abandonar el país. Era el momento que llevaban varios días esperando. Se aseguró de que nada que pudiera comprometerle quedaba a la vista en su habitación y apagó la luz. Esperó en la cocina a oscuras, atisbando a través de las cortinas para ver llegar a Garbiñe con el material.

La terrorista no tardó en volver, montarse en su furgoneta y desaparecer al final de la calle de la Pensión. Miguel saltó de la silla, cerró la puerta con cuidado de no despertar a la Señora Chifflet y se metió en el coche con sigilo. Comprobó las cámaras de seguridad de nuevo. Zigor se dirigía a la cocina para mirar por la ventana, así que se agachó más para no ser visto. Su amigo desapareció tras las cortinas y volvió al salón a ver la televisión. Miguel arrancó el coche y, cruzando los dedos, siguió a Garbiñe dejando una buena distancia para que no advirtiera su presencia. Al llegar a la plaza se sobresaltó; los coches de Elurne, Unax y Galder seguían aparcados fuera de la Taberna. Esperaba que no le vieran abandonar el pueblo a esas horas de la madrugada. Por suerte nadie salió del bar y Miguel atravesó el pueblo conteniendo la respiración. Cuando por fin llegó a la carretera que bajaba hacia Zuhatsu, suspiró aliviado. El rastreador de la furgoneta parpadeaba en la pantalla y el GPS le orientaría allá donde fuera la terrorista. Miguel comenzó a sentir la familiar sensación de adrenalina corriendo por sus venas; la velocidad del coche, la noche estrellada y la posibilidad de atrapar a una terrorista contribuían a que su corazón latiera más rápido que de costumbre. Debía calmarse, no podía cometer una imprudencia de

tráfico y verse retrasado por un control policial. Garbiñe salió de Kuartango por el Túnel de Tetxa y al cabo de un rato se unió a la N-1 (91) en dirección a Pamplona. Tomó el desvío hacia la capital navarra y después se dirigió hacia los valles del norte.

Las carreteras eran estrechas y estaban llenas de curvas, dificultando la persecución. Al cabo de una hora que le pareció interminable, giró en un cruce y se metió por una carretera poco transitada que culminaba en el Puerto de Aizpegui, en la frontera con Francia. La carretera serpenteaba entre montes y era oscura como la boca de un lobo, dificultando la conducción. Se mantuvo lejos de la furgoneta para que no se distinguieran los faros de su coche en la distancia. Pronto cruzaron la frontera con Francia sin encontrarse con patrullas de la policía.

Al cabo de una hora entraron en St-Jean-Pied-de-Port, una pequeña ciudad encantadora del Departamento de los Pirineos Atlánticos. Garbiñe se dirigió al centro y estacionó el coche junto a la impresionante fortaleza de piedra que domina la ciudad. Después se alejó a pie hacia el Casco Medieval. Miguel no tuvo dificultad en seguirla, porque por suerte el bolso seguía colgado de su hombro. Caminó en la penumbra con cuidado de no tropezar, a bastante distancia de ella, pero sin perderla de vista. Podía distinguir su esquelética silueta en la distancia, alumbrada por la luz tenue de las farolas. Si la situación hubiera sido distinta, Miguel habría disfrutado de las estrechas callejuelas del Casco Antiguo, las empedradas cuestas, las cuidadas casas y los pequeños comercios de la pintoresca ciudad vasca. Pero no se detuvo a mirar nada que no fuera la silueta de la mujer en la distancia; ella subía un camino empedrado en dirección a otra vieja fortaleza de piedra que destacaba en la cima de una colina. Al cabo de cinco minutos vio a Garbiñe detenerse bajo un viejo y gigantesco árbol del jardín de la majestuosa fortaleza. Se sentó y esperó a oscuras, apoyada en el tronco de un árbol sin dejar de fumar. No parecía nerviosa. Eso significaba que su enlace no tardaría en aparecer, estaba convencido de ello. Escogió una esquina oscura del parque y se agazapó tras un arbusto. Abrió la mochila con cuidado de no hacer ruido y sacó unos prismáticos de gran calidad para poder observar a la terrorista, que seguía pendiente de su teléfono y fumaba cigarro tras cigarro con apacible desgana. Miguel la observó furioso, odiaba su rostro helador, sus ojos fríos y su cara huesuda y desagradable. Tenía muchas ganas de atraparla.

Jugueteó con su teléfono, indeciso de si debía llamar al Coronel, pero al final decidió no hacerlo. Le mandó un breve mensaje de texto con su localización y después intentó ponerse cómodo mientras observaba a la sospechosa. Se preguntó qué sentía en aquellos instantes. ¿Sospecharía que pronto sería arrestada? Quizá pensaba que era tan lista que nadie podría atraparla. Al cabo de un rato la mujer empezó a mostrar señales de nerviosismo. No dejaba de comprobar la hora en su reloj de pulsera y mirar ansiosamente la pantalla de su móvil y los alrededores del parque oscuro. Los minutos pasaron lentos, y después las horas. Miguel tuvo que hacer un gran esfuerzo por no dormirse, tumbado como estaba bajo el tupido arbusto. De repente, hacia las cinco de la madrugada, una sombra corpulenta cruzó un viejo arco de piedra y se aproximó al árbol. Cogió los prismáticos y observó a Garbiñe caminar con energía hacia el anónimo personaje. No podía distinguir bien sus rasgos y se encontraba demasiado lejos para sacar una fotografía. Le hubiera gustado poder acercarse más a ellos, pero no podía arriesgarse. Se dieron la mano y se pusieron en marcha sin demora, bajando la cuesta con rapidez y pasando a pocos metros de Miguel. Con el corazón en un puño, intentó fundirse con el arbusto para no ser detectado. Cuando estaban a una distancia prudencial salió de su escondite y les siguió. Pronto dedujo que no planeaban ponerse en marcha todavía.

Observó que entraban en un bar de alterne poco concurrido y se sentaban al fondo del local en una mesa poco iluminada. Miguel no podía entrar o Garbiñe le vería al instante, así que tendría que esperar fuera. Se sentó en un banco en la acera opuesta al bar y sacó un periódico arrugado de la

basura. Olía a podrido y le entraron arcadas de inmediato, pero lo utilizaría para taparse la cara y evitar que le reconocieran cuando los dos terroristas salieran del bar. Agotado, somnoliento y harto de la Operación New Age, volvió a plantearse su situación laboral. Las cosas tenían que cambiar pronto o se volvería loco como la anciana María. Suspirando, cruzó las piernas y siguió esperando con la vista clavada en la puerta del bar y el nerviosismo impregnando cada poro de su piel.

AKERBELTZ



AKERBELTZ

Akerbeltz es un espíritu del inframundo con forma de macho cabrío. Unas veces es benévolo con nosotros, pero en otras ocasiones es malvado. Si se siente magnánimo nos ayuda a cuidar de nuestros rebaños, pero si le enfadamos nos enseña su cara más oscura. Preside los akelarres, las reuniones de las sorginak, supervisando los rituales de magia negra.

Kuartango, octubre de 1.985

Me encuentro triste y arrepentida, aquí tumbada en esta incómoda cama de hospital. Estoy recostada sobre la almohada con mi diario sobre las piernas, y me siento emocionalmente agotada. No puedo por menos que meditar sobre todas las circunstancias que me han llevado hasta aquí, a esta habitación de la clínica. Apenas he podido dormir en toda la noche porque no puedo dejar de mirar a Elurne, mi querida Lamia, que parece aún más diminuta bajo las sábanas en esta cama metálica, con el respirador nasal cubriendo gran parte de su bello rostro. Parece tranquila y relajada, pero puede que sea por las drogas intravenosas que le inyectaron las enfermeras antes de dormirla. Sus manos, pequeñas y pálidas, descansan sobre la sábana azul, inmóviles y por fin limpias y desinfectadas. Cuando nos trajo la ambulancia estábamos las dos sucias y desaliñadas. Apenas puedo creer lo que pasó anoche, no puedo dejar de ver las imágenes en mi cabeza en cámara lenta. No sólo me impresionó profundamente el hecho en sí, sino la suerte de que ambas salimos con vida. Antonio, por desgracia, no está aquí todavía porque hace dos días viajó a Cantabria a una feria. Me aseguré por teléfono anoche que llegaría a Vitoria hoy a la tarde, y estoy deseando que llegue ya, estoy asustadísima de que Elurne no se ponga bien. Francamente, siento que no tengo la suficiente fortaleza para superar esto yo sola. Los médicos me dijeron ayer que, aunque todavía no está fuera de peligro, la pequeña permanece estable. Diagnostican que se pondrá bien en un par de días y muy pronto volverá a ser la niña alegre y pizpireta de siempre. Anoche también me visitó una psicóloga en la habitación, para hablar conmigo y aconsejarme sobre cómo enfocar este accidente con Elurne. Es todavía tan pequeñita que no tiene los mismos mecanismos que los adultos para asimilar y superar los acontecimientos traumáticos. Me alivió al asegurarme que probablemente se olvidará del asunto en unos meses, aunque tendremos que trabajar mucho con ella para ayudarla con las pesadillas y los cambios de humor que inevitablemente sufrirá en los próximos meses.

Lo que me ahoga y me atenaza es el sentimiento de culpa. El médico de urgencias me dijo al llegar ayer que me quitase eso de la cabeza, que no había sido culpa mía; me aseguró que los accidentes pasan y que nunca podemos proteger a los niños de estas cosas, aunque queramos. Le agradecí el intento de calmar mi ánimo, pero él no sabe lo que hice hace unos días en el bosque. Tampoco se lo pienso contar, porque probablemente me encierren si se enteran. Quiero dejar claro desde el principio que mi intención era buena y que yo nunca imaginé que mi acción traería esta desgracia a la familia. Quizás el conjuro no salió bien o no fui clara al pronunciar mis deseos. En cualquier caso, creo que nunca intentaré volver a convocar a Akerbeltz, es demasiado peligroso.

La idea me vino a la cabeza hace un par de semanas, mientras paseaba por el bosque que rodea la fuente de Oleaga. La vida nos ha ido bien en los últimos años; las cosechas han sido excelentes y los animales han engordado bien, no hemos perdido ninguna cabeza de ganado a causa de los depredadores, y además hemos logrado vender todo en las ferias a buen precio. Antonio y yo nos sentimos más unidos que nunca y el día a día en Lamietxe ha sido fantástico. Elurne empezó la escuela el año pasado, y disfruta enormemente del viaje diario a Izarra en autobús y de sus horas allí jugando con sus nuevos amigos. Si lo pienso fríamente, únicamente había una pequeña cosa que nos estaba fastidiando, y a toro pasado me gustaría haberlo podido evitar sin entrometerme. Aunque ya tengo sesenta años, debo admitir que todavía no soy capaz de no meterme en asuntos que no puedo controlar. Antonio tampoco sabe lo que hice en el bosque y eso me hace sentir aún

más culpable. Sé que me quiere y que respeta mis creencias y mis rituales, pero no está de acuerdo con ellos. No sé si confesarle todo o eso empeoraría las cosas. Hace un mes tuvimos una fuerte discusión en la que me dijo que creía que yo estaba perdiendo totalmente la cabeza. Quizá tenga razón, aunque no lo creo; él no es consciente de la importancia de nuestra fe y de la fuerza de nuestras deidades y espíritus. Parece haber olvidado las verdaderas enseñanzas, pero yo no. Yo las pienso mantener vivas hasta el día en que me muera y se las transmitiré a Elurne a su debido tiempo, como antes hicieron mis antepasadas. Aunque tal vez debería dejar la magia más negra para personas con más experiencia que yo, porque claramente la cosa me ha salido fatal esta vez.

El domingo pasado bajé a la biblioteca de amama a seguir leyendo los libros de Zugarramurdi. Ya casi he acabado de leerlos todos, y cada día me fascina más la vida de nuestros ancestros y la paz interior que tenían al sentir a la Diosa Mari velando por su bienestar. Mi fe en ella es cada día más firme, y ahora que los tiempos han cambiado y la Iglesia Católica ya no es tan controladora, ni siquiera tengo que bajar a misa y aparentar ser una buena cristiana. Por fin puedo concentrarme en lo verdaderamente importante. Gracias a los libros de Zugarramurdi, mis cremas para la piel y mis remedios para el eczema y la psoriasis son más efectivos que nunca, y los estoy vendiendo muy bien en algunas ferias aquí en la Álava rural, y también en dos herbolarios de Vitoria. Me parece increíble que, cuando era joven, ignorase todos los usos que se les puede dar a las plantas, flores, setas y raíces de la vegetación de Kuartango. Ahora sé casi todo sobre los remedios de los antiguos. Recolecto los ingredientes en la época del año adecuada, deshidrato los que necesito conservar y elaboro y embotello lo que se conservará bien largo tiempo. Hace unas semanas estaba en el bosque de Yarto recogiendo cantarelus (92), unos hongos diminutos y espigados de intenso sabor y potencia mágica. De pronto, escuché la voz de dos hombres cerca de donde yo me encontraba. No podían verme desde su posición, así que pude escuchar con claridad su conversación sin miedo a ser descubierta. Pronto identifiqué la voz del tabernero de Uzanza, Txiki, que conversaba distendidamente con el nuevo vecino, Heredia, al que mucha gente odia, aunque sólo lleva en Kuartango unos años. Txiki es un joven orondo, sociable y demasiado charlatán, pero no es mala gente. Heredia, por otra parte, es un peligro, o al menos así lo veo yo; es un hombre listo y algo malvado, que busca con codicia enriquecerse a costa de los demás. Estaban paseando tranquilos, así que les seguí con cuidado de no hacer ningún ruido que me delatara. Hablaban de fincas, y pronto comprendí lo que planeaba Heredia. Antonio y yo tenemos muchas cabezas de ganado pastando en fincas que no son nuestras, como es habitual aquí en Álava en los pueblos pequeños. Algunas fincas pertenecen a los pueblos, pero es posible utilizarlas si las pides durante la reunión del Concejo y los demás vecinos están de acuerdo en alquilarlas. Generalmente no hay problema; se fija un precio de alquiler anual y un tiempo determinado de uso, y se firma un contrato para legalizar la situación. Heredia lleva cinco años intentando alquilar las fincas que rodean su casa para, dice él, vivir más tranquilo sin oler a mierda. El problema es que está intentando quitarnos las fincas a los ganaderos de Uzanza. El año pasado, Julene Chifflet y su marido tuvieron que dejar una finca que llevaban usando más de treinta años, y todo por su culpa. Pronto comprendí que los dos hombres hablaban de una de las fincas que utilizamos para nuestras vacas. Me di cuenta por la forma en la que Heredia describió la curva que delinea la finca junto al río. Admito que tuve que contenerme para no saltar de mi escondite bajo unas zarzas y arrearle un buen golpe con la cesta de cantarelus. Qué hombre más perverso.

La mayoría de las personas, al llegar a un nuevo pueblo, intentarían congraciarse con sus vecinos, entablar amistades y forjar lazos, pero Heredia parece dispuesto a enemistarse con todo el mundo. Comprendí que pensaba escribir al Presidente de la Junta Administrativa para mostrar su interés

en alquilar la finca en el siguiente Concejo, que sería dos días después. Disgustada, me di la vuelta y empecé a caminar a toda velocidad hacia Lamietxe, respirando con dificultad porque ya no soy tan joven. No podía perder ni un segundo en contarle a Antonio lo que había descubierto. Al escuchar lo que había visto en el bosque, se enfureció y asestó un fuerte golpe a la mesa de la cocina. Me explicó que, de algún modo, Heredia habría averiguado que el alquiler de la finca se terminaba este mes, y que probablemente había empezado una campaña para convencer a los vecinos de que se la alquilaran a él. Yo no sabía que, si dos vecinos muestran interés por una misma finca, se hace una puja a sobre cerrado. El vecino que oferte más dinero anual por el alquiler de la finca puede darle uso durante el tiempo estipulado en el contrato. Antonio y yo no andamos mal de dinero pero tampoco nos sobra, y desde luego nosotros no podemos competir con Heredia. Efectivamente, como él predecía, en el Concejo siguiente Heredia pujó más de diez veces la cantidad por la que pudimos pujar nosotros y nos quitó la finca de delante de las narices. Es un desastre, ahora tenemos varias hectáreas menos para dar pasto a nuestro ganado, pero él piensa meter un único caballo. Dijo que así no tendría que oler desde casa la mierda de nuestras vacas. Cuando Antonio intentó encararse con él le detuve, porque no queremos líos ni problemas con los vecinos del pueblo. Siempre hemos tenido buena relación con la mayoría y no creo que debamos estropearla por algo así. Ya intentaremos buscar otra finca o incluso reducir alguna cabeza de ganado para ajustar más el pasto que tenemos ahora. Antonio se sorprendió con mis palabras conciliadoras, pero en realidad no eran tan conciliadoras. No le conté que yo tenía un plan todavía mejor para vengarnos y darle un buen susto que le sirviera de escarmiento.

Bien es sabido por todos que el personaje que más miedo infunde en nuestras creencias es Akerbeltz, el macho cabrío que vive bajo las profundidades de la tierra. Akerbeltz es el genio más importante de nuestras leyendas y hay quien cree que encarna al Diablo. Puede mostrar su lado benigno y cuidar nuestros rebaños y protegerlos de alimañas, o mostrar su lado más maligno y liderar insurrecciones de los genios demoníacos y traer desgracias al mundo de los humanos. Se le considera el otro consorte de Mari, la Diosa. Es el equilibrio de esa unión, la bondad de Mari y el mal que encarna Akerbeltz, lo que hace que el universo siga vivo y pueda desarrollarse la vida de forma natural. Hace siglos, cuando quemaron a algunas de las mujeres de mi familia, fueron acusadas de brujería por convocar a Akerbeltz durante los akelarres, las reuniones de las Sorginak. En esos Akelarres las mujeres se juntaban para presentar al macho cabrío ofrendas como huevos, pan y dinero, y bailar alrededor de la hoguera pronunciando las palabras precisas para convocarlo. Los libros de la abuela describen el humo negro y denso que comenzaba a salir de la hoguera instantes antes de que Akerbeltz saliera de entre las llamas; sus cuernos largos y retorcidos, su apuesta cabeza esbelta de cabra con perilla y ojos negros y sabios que, regios y solemntes, observaban magnánimos a sus Sorginak antes de atender sus peticiones. Estuve dándole vueltas a la cabeza unos días, insegura de si debía intentar convocarlo yo también, dadas las circunstancias. Al fin y al cabo, el don lleva siglos en mi familia y probablemente no sería la primera en intentarlo. Pero no sabía si harían falta más Sorginak para que el akelarre de magia negra surtiera efecto.

Devoré por segunda vez los libros que describían el ritual y junté los ingredientes necesarios para echar a la hoguera, pero no acababa de decidirme a dar el paso. ¿Y si salía mal? Tampoco podía preguntarle a nadie por aquello; la abuela ya no estaba y mi familia de Zugarramurdi murió hace años. La tía Mertxe y mi prima tuvieron un accidente de tráfico cerca de San Sebastián; al parecer, un camión arrolló el coche en el que viajaban y perecieron al instante. Antonio no era buena opción, se reafirmaría en que estoy loca y me haría desistir de la idea. Y por supuesto Elurne, a

sus cinco años, no es tampoco la persona indicada. Por fin me decidí a realizar el ritual. Antonio ya se había marchado a Cantabria con Bixente, nuestro vecino ganadero, y Elurne dormía pacíficamente en su cuarto y no suele despertarse durante la noche. Decidida, preparé mi mochila con los ingredientes necesarios: la pócima secreta, varios litros de agua, cerillas, periódicos y unos troncos. Cogí una linterna y rodeé el Pico Marinda, bajando la colina hasta llegar a la finca contigua al terreno de Heredia. Escogí bien el lugar porque, aunque eran ya las tres de la madrugada, quería asegurarme de que nadie viese el resplandor de la hoguera desde la casa. Dispuse siete piedras de gran tamaño en un círculo y coloqué los periódicos, las ramas y los troncos en una pira alargada y le prendí fuego con la cerilla. Ardió enseguida, y yo me senté en el suelo agradecida por el calor de la lumbre. Bebí un trago de agua y utilicé una pequeña cantidad para mezclar con el brebaje de la cantimplora metálica, que acerqué a las llamas para calentarlo un poco. Cuando la hoguera alcanzó un tamaño razonable, saqué un papel del bolsillo del abrigo y lo desdoblé con dedos temblorosos. No me da vergüenza admitir que estaba totalmente muerta de miedo. Si Akerbeltz salía de la hoguera entre chispazos y humo denso, como aseguraban los libros, debería conservar la calma y articular con voz firme mi petición. Me puse de pie y, meciendo mi cuerpo de izquierda a derecha, leí las palabras antiguas, primero susurrando y poco a poco elevando el tono hasta acabar el rezo casi gritando a pleno pulmón. Después me puse a bailar alrededor de la hoguera, dos vueltas en silencio y dos vueltas repitiendo el cántico, y así una y otra vez hasta que me senté en el suelo mareada. La hoguera seguía chisporroteando alegremente, pero no se apreciaba humo denso ni destellos o chispas mágicas. Suspiré y recordé aquella ocasión hacía ya medio siglo en la que mi hermana, mi prima y yo habíamos bailado alrededor de la hoguera con la inocencia propia de la adolescencia. Y en ese momento allí estaba, yo sola, sin su ayuda para convocar a Akerbeltz. Pronto me di cuenta de por qué aquello no estaba funcionando. Se me había olvidado beber el resto de la pócima. Maldiciendo mi mala cabeza, abrí el tapón de la cantimplora y pegué un gran sorbo del denso y amargo brebaje, conteniendo las ganas de vomitar.

Después volví a recitar las palabras sagradas y vertí los restos de la cantimplora sobre el fuego, que enseguida empezó a chisporrotear con más fuerza. Esto me infundió nuevos ánimos y me puse a cantar y bailar alrededor de la hoguera con nuevos bríos, a pesar del dolor de mis ya viejas articulaciones. Al poco tiempo, las llamas de la hoguera crecieron hasta casi alcanzar mi pecho y comencé a asustarme. ¿Estaría saliendo Akerbeltz de las llamas? ¿O sería una reacción del fuego a los ingredientes del brebaje? Asustada, detuve mi baile y observé las llamas con el corazón en un puño. Las sombras de los árboles, iluminados por la hoguera, proyectaban formas ondulantes en el suelo y yo cada vez estaba más asustada. De pronto, el fuego comenzó a chisporrotear con fuerza y a lanzar carboncillos encendidos, y me pareció ver dos cuernos largos y retorcidos salir de entre las llamas. No me gusta confesar mi cobardía, pero no pude evitar recoger mis cosas, ponerme la mochila al hombro y salir corriendo despavorida dejando la hoguera encendida. Tropecé varias veces camino a casa, y recuerdo que volví la vista atrás continuamente para asegurarme de que no me seguía el diabólico macho cabrío.

Cuando por fin llegué a Lamietxe estaba sin aliento, con el rostro, los brazos y las piernas llenos de arañazos de las zarzas y el pelo desaliñado y lleno de hojas y ramas. Me encerré en el baño, me senté en el suelo y me eché a llorar, asustada por lo que pudiera ocurrir. Había convocado al mismísimo diablo, Akerbeltz, y había salido huyendo despavorida dejándole libre de ejecutar cualquier maldad en cualquier hogar de Kuartango. Cerré los ojos, me abracé las rodillas contra el pecho y mecí mi cuerpo de izquierda a derecha hasta calmarme lo suficiente. Al cabo de un rato

miré el reloj y me sorprendí al ver que eran ya las siete de la mañana. Debía ducharme y ponerme presentable para despertar a Elurne, darle el desayuno y llevarla a la parada para coger el autobús de la escuela. Cuando estaba cortando rebanadas de pan para tostar, el cielo se cubrió de nubarrones negros, el viento se encabritó y empezó a llover con fuerza. Preocupada, me acerqué al balcón y observé el valle, oscurecido por la inesperada tormenta. Ni siquiera podía ver el Pico Rodio, que estaba muy cerca de casa. Parecía haberse desatado el mismísimo infierno, y en ese momento percibí con claridad que todo era culpa mía. Debía buscar una manera de solucionar aquello. Cuando volví de llevar a Elurne al autobús, me encerré en la biblioteca de amama y pasé horas buscando en los libros alguna manera de devolver a Akerbeltz al ultramundo. Pasaron las horas y no encontré nada, así que me puse un chubasquero y volví al lugar de la hoguera. Obviamente, se había apagado hacía horas bajo aquella lluvia torrencial y nada quedaba ya del chisporroteo y el danzar de las llamas. Todo parecía normal y, sin embargo, yo sentí en lo más profundo de mi ser que no era así, que algo estaba a punto de suceder. Esparcí las piedras y removí los restos de la hoguera para que no quedara evidencia de mi paso por allí. Luego volví a Lamietxe a por el coche para ir a recoger a Elurne del autobús que la dejaba en Uzanza. Estuvimos un rato jugando en el pueblo, aunque yo no pude concentrarme ese día en la charla insustancial de mi amiga Julene. Parece que nunca se le agotan las palabras. Volvimos a casa y cenamos en silencio, yo porque estaba preocupada y mi nieta porque estaba agotada de tanto jugar. Le estuve leyendo unos cuentos en el salón y luego la acosté en su cama y me dirigí a mi cuarto. Parece imposible que esto fuera ayer a la noche, parece que hayan pasado días. Yo tardé un buen rato en dormirme por la preocupación y el miedo. Me corroía la sensación de culpa al pensar que, por mí, Akerbeltz andaba suelto por Kuartango; estaba segura de que, más pronto que tarde, la desgracia caería sobre alguna familia de la zona. La desgracia, o tal vez la justicia, dado que fui yo la culpable de convocarlo, cayó sobre nuestra casa.

Todavía estoy algo confusa por los detalles, a pesar de que hace unas horas que ha sucedido, pero al pensar en ello se me revuelve el estómago y me dan ganas de gritar y salir corriendo para encerrarme en alguna cueva en el monte. Estaba dormida cuando escuché el primer ruido, que me despertó y me puso la mente en alerta. Había sido un sonido sordo, como de algo que cae y golpea el suelo. Cuando volví a escucharlo, más fuerte esa vez, me incorporé en la cama y agudicé el oído. Al incorporarme, noté que no podía respirar porque algo atenazaba mi garganta. Pensé enseguida en Akerbeltz y, aterrorizada, salté al suelo apoyándome en la pared para no caerme. Apenas podía andar, mi cabeza daba vueltas y notaba cómo un humo negro y denso entraba por mis fosas nasales. Asustada, abrí la puerta de la habitación y, al salir al pasillo, comprobé que allí había aún más humo. Traté torpemente de pulsar el interruptor de la luz del pasillo conteniendo la respiración, pero no funcionaba. Hacía un calor infernal y, tapándome la boca con las manos, avancé por el pasillo trastabillando y chocando con los muebles y las paredes. No podía abrir los ojos, que me picaban muchísimo a causa del humo denso que llenaba la casa por completo. Cuando por fin encontré el picaporte de la puerta de Elurne, lo abrí y corrí hacia su cama. Intenté despertarla, pero mi Lamia no abría los ojos y me asusté; la cogí en mis brazos y la zarandé con toda la fuerza que pude, pero seguía sin responder. Estuve a punto de entrar en pánico porque no podía perder a mi pequeña, pero conseguí mantener la lucidez suficiente para colocarla en mis brazos, taponarle la cara con una mantita y volver corriendo al pasillo. Tenía que salir de allí o moriríamos las dos en el incendio. Tropecé al bajar las escaleras y di varias vueltas de campana. Intenté proteger su cuerpecito hasta que aterricé en el piso de abajo, donde había menos humo. La cabeza y el hombro me dolían muchísimo, pero logré colocar a Elurne en el suelo y posé mis labios en los suyos, pequeños y resecos. Soplé con suavidad; después coloqué las manos sobre

sus costillas y apreté con fuerza varias veces, con cuidado de no romper sus pequeños huesecillos. Volví a soplar en sus labios y pronto vi que sus párpados aleteaban; por fin abrió los ojos, confusa. Rompí a llorar del alivio y la cogí de nuevo para salir al coche. No podía volver a entrar para llamar por teléfono o moriríamos las dos carbonizadas.

Metí a la pequeña en el coche y conduje hasta Uzanza a toda velocidad, hablando despacio para tranquilizarla. Nunca olvidaré esa imagen de Lamietxe en el retrovisor, con las enormes llamas consumiendo el tejado del pajar y parte de la fachada sur, y el denso humo de Akerbeltz envolviendo nuestro hogar con las primeras luces del alba. Mi amiga Julene nos abrió enseguida alarmada por los golpes en la puerta, y nos hizo pasar al salón a tumbarnos en el sofá. Elurne estaba débil y respiraba trabajosamente por la inhalación de humo. Yo no podía dejar de llorar mientras la acariciaba; había estado a punto de perder también a mi pequeña Lamia. Julene llamó inmediatamente a los bomberos y a la ambulancia, mientras su marido nos preparaba un poco de leche caliente con miel para tranquilizarnos. Los primeros en llegar fueron dos policías, que me interrogaron sobre lo sucedido mientras Elurne miraba con los ojos como platos y el rostro negro por el hollín. Cuando llegó la ambulancia, nos montaron en sendas camillas y, haciendo sonar las sirenas, nos trajeron aquí, al hospital Txagorritxu de Vitoria. Supongo que todavía estaremos un par de días aquí. Al llegar, pedí por favor que no me separasen de la pequeña, y por fortuna han respetado mis deseos. Nos hicieron una exploración externa e interna, y en mi caso también unas radiografías por la caída por las escaleras. Elurne es la que tiene más peligro por sus pulmones todavía en desarrollo, y por eso sigue intubada. Yo tengo la clavícula rota y un buen traumatismo craneoencefálico, pero por suerte no ha sido más; realmente, podría haber sido una desgracia. Si pienso en lo que podría haber pasado me pongo a llorar, y dijo la psicóloga anoche que ese sentimiento de angustia y desazón continuaría durante mucho tiempo. Dijo también que posiblemente me asaltarían sentimientos de culpabilidad, porque era la única, aparte de Elurne, que había experimentado esa aterradora sensación de ahogo, de no poder respirar, y el instinto primario de salvar la vida propia y la de mi nieta. Probablemente tenga razón. Han llamado los bomberos para comunicarme que la casa no se ha quemado del todo. Por fortuna sólo tendremos que arreglar una parte relativamente pequeña de Lamietxe. El tejado habrá que cambiarlo todo, pero la estructura de piedra es sólida. Gracias a la Diosa que Antonio insistió en asegurar el baserri hace unos años. De otro modo, no sé cómo hubiéramos hecho para pagar todos los desperfectos. Espero que mi Basajaun llegue pronto al hospital, estoy deseando verle.

Hasta ahora he intentado aparentar fortaleza cuando hablo con los médicos y cuando Elurne despierta de su sueño, pero creo que estoy a punto de derrumbarme por completo. Estoy agotada y muy asustada. Tengo que volver cuanto antes a Lamietxe para averiguar si se han quemado los libros y todos los amuletos mágicos de mi herencia de Zugarramurdi. Rezo a Mari para que los haya protegido con su magia, para que no se hayan quemado ni estropeado con el humo o el agua de las mangueras de los bomberos. Cuando recupere la fortaleza, tengo que buscar a toda costa la manera correcta de devolver a Akerbeltz a las profundidades de la tierra para que esta desgracia no vuelva a suceder jamás.

Kuartango, abril de 2.009

El tiempo que pasó hasta que Garbiñe y su misterioso amigo salieron del oscuro bar se le hizo eterno. El banco estaba duro y era una noche fría y ventosa, lo que contribuía a hacer más desagradable la larga espera. Bajo la tenue luz de una farola, leyó el arrugado periódico varias veces para distraerse hasta que, a las seis de la madrugada, los dos terroristas salieron del local con paso resuelto y caminaron en dirección a la furgoneta. En ningún momento se molestaron en comprobar los alrededores ni miraron hacia donde él se encontraba. Se escondió detrás del periódico hasta que los vio desaparecer por la esquina de la oscura calle. Esperó unos segundos y se levantó para seguirlos a una distancia prudencial. En pocos minutos llegaron al aparcamiento, se montaron en la furgoneta y desaparecieron. Miguel entró en su coche y comprobó el rastreador para controlar hacia dónde se dirigían. Ansioso, conectó el dispositivo de manos libres mientras arrancaba y marcó el número de Narváez. A los pocos segundos contestó con voz nerviosa.

- ¿Dónde estás?

- Saliendo de St-Jean-Pied-de-Port, una población del sur de Francia. Garbiñe está con su enlace, un hombre alto y corpulento, pero no he podido identificarle todavía. Han estado un par de horas metidos en un bar y ahora mismo estoy siguiéndoles en dirección nordeste. No me han visto.

- ¿Han cambiado de vehículo?

- No, todavía siguen en la furgoneta.

- ¿Sabes hacia dónde se dirigen?

- Todavía no, mi Coronel.

- Síguelos hasta que se detengan, aunque tarden dos días, ¿entendido? No los pierdas de vista. Seguiremos vuestra posición por GPS desde Madrid, y mantendremos debidamente informada a la Gendarmerie. Están en alerta desde anoche. También hemos enviado a nuestras unidades antiterroristas hacia donde te encuentras, van de camino.

- ¿Cuáles son mis órdenes, Coronel?

- Debes identificar al acompañante de Garbiñe. Envíanos una fotografía y, dependiendo de quién se trate, analizaremos qué debemos hacer. Vuelve a llamarme cuando tengas confirmación de su destino final.

- Sí, mi Coronel.

- Buen trabajo, Miguel. No los pierdas de vista.

- No lo haré. Adiós, mi Coronel.

Colgó el teléfono y siguió conduciendo, poniendo máxima atención a la carretera, que a esas horas

de la noche estaba prácticamente vacía y muy oscura. Empezaban a poderle el sueño y el cansancio, así que para mantenerse despierto se puso a cantar, al principio en voz baja y a gritos después. Estaba nervioso, no podía negarlo, en parte porque Elurne tenía razón. Cuando las Fuerzas de Seguridad del Estado arrestaran a Garbiñe, pondrían todo el foco de atención en Zigor y su entorno en Kuartango. Era sospechoso desde el comienzo de la misión y el arresto de su novia empeoraría las cosas para su amigo. Miguel creía a la pelirroja cuando decía que Zigor no tenía nada que ver con E.T.A. ni sus actividades delictivas, pero sería harina de otro costal intentar convencer a Narváez y los demás dirigentes de la Operación New Age. Tenía que analizar todos los datos que había acumulado en sus semanas en Uzanza y preparar un informe que excluyera de la investigación a sus nuevos amigos. Prepararles alguna coartada fiable, por así decirlo. Estaba convencido de que todos ellos eran inocentes, menos Garbiñe, y se sentía muy culpable por acarrearles problemas. Pero ¿cómo alejar de ellos las inevitables sospechas que surgirían tras la detención de la terrorista? Si Garbiñe no confesaba haber matado a Heredia y al empresario el día de la Feria del Perretxiko y la Vaca Terreña, las sospechas volverían a centrarse en los demás amigos.

Estuvo cavilando sobre el tema sin dar con la solución hasta que, una hora más tarde, la furgoneta salió de la carretera D817 para adentrarse en un pueblecito llamado Argagnon, situado en el Departamento francés de los Pirineos Atlánticos. Miguel se incorporó en su asiento, parecía que el viaje tocaba a su fin. Con el corazón palpitando a toda velocidad, giró en la salida adecuada y siguió al coche de Garbiñe a medio kilómetro de distancia. Cruzaron el pueblo, pequeño y sin gracia, y giraron a la izquierda para atravesar el puente que cruzaba el ancho río. A las afueras de la población, cuando las casas comenzaban ya a escasear, la furgoneta se paró definitivamente. Eran las siete de la mañana y la tenue luz del alba anunciaba el comienzo de un nuevo día. Miguel aparcó el coche delante de un colegio y, colgándose la mochila al hombro, empezó a correr hacia la dirección donde el rastreador le mostraba que estaba aparcada la furgoneta. Al acercarse comprobó que se encontraba en una urbanización moderna. Algunas de las casas unifamiliares estaban sin terminar y muchas parecían deshabitadas. Garbiñe y su amigo entraban en ese momento en una de las viviendas más periféricas del vecindario, cargados con bolsas y cajas. Al cruzar el umbral, cerraron la puerta a sus espaldas sin dilación. No eran descuidados; habían aparcado la furgoneta a varias casas de distancia. Esperó unos minutos y cuando estuvo seguro de que no volverían a salir a buscar más bártulos, bajó por la calle caminando con paso ligero y vigilando que nadie le observara desde las oscuras ventanas. Descubrió un chalé, aparentemente deshabitado, que estaba situado en la posición ideal para espiar el escondite de los dos etarras. Saltó la verja del jardín y abrió la puerta trasera con una ganzúa, trabajando en absoluto silencio y conteniendo la respiración. Esperaba que la vivienda no tuviera alarma. Respiró aliviado al entrar y comprobar el piso de abajo; los dueños no habían instalado ningún sistema de seguridad. Tampoco había muebles, y Miguel sintió que los pelos de la piel se le erizaban mientras subía las oscuras escaleras; un silencio absoluto invadía el amplio espacio. Entró en lo que parecía el dormitorio principal y atisbó con cuidado por la ventana, que tenía la persiana a medio cerrar. Como había previsto, podía ver perfectamente el jardín lateral y varias habitaciones de la casa donde se encontraba Garbiñe.

Las luces del piso de abajo estaban encendidas y desde allí podía ver un sofá rojo, unas estanterías repletas de libros y una mesa de madera rodeada por varias sillas de diferentes colores. No se veía a nadie y Miguel se apresuró a sacar los prismáticos para estar preparado. Abrió la ventana con sigilo y pegó sus ojos a las lentes, ajustando el enfoque con la máxima

precisión. Sobre la mesa había papeles, cuadernos y carpetas y, al escanear con esmero el resto de la estancia, Miguel tuvo que contener un grito nervioso. Varios manuales de entrenamiento de E.T.A. estaban apilados sobre una de las sillas. Encima de ellos había varias armas y al menos una docena de pasaportes falsos. Sacó la cámara de fotos y la montó en un pequeño trípode que le ayudaría a sacar las imágenes con la resolución adecuada; ajustó el zoom al máximo y tomó una fotografía sin flash. Bingo, ya tenía las pruebas necesarias. Ahora sólo tenía que esperar a identificar al terrorista que había dado cobijo a Garbiñe. Sorprendido, notó que estaba sudando a mares; tenía el jersey empapado y la frente bañada de perlas de un sudor frío. Hacía meses que no experimentaba la sensación de tener a un criminal en el punto de mira. Esos minutos de espera antes de dar paso a la acción eran los más difíciles. Anteriormente en su carrera en la Guardia Civil había arrestado a varios narcotraficantes, y ahora estaba a punto de atrapar a dos terroristas vascos. Cuando diera la alarma, las unidades tácticas armadas se lanzarían sobre la casa y sus ocupantes. De repente vio por el rabillo del ojo cómo una sombra se acercaba a la mesa. Era Garbiñe; Miguel enfocó la cámara de fotos hacia ella. Maldita hija de puta... Su rostro era la viva imagen del diablo y sus ojos fríos contemplaban orgullosos los papeles desperdigados por la mesa. Cogió los manuales de entrenamiento terrorista y se volvió sonriendo hacia la puerta del salón. Alguien se acercaba hacia ella, acompañado por dos enormes Rottweiler (93). Las manos de Miguel temblaban mientras sujetaba la cámara de fotos; cuando tuvo la cara del terrorista en el punto de mira, disparó varias fotografías para asegurarse de que alguna sirviera para el software de identificación facial. No reconocía al hombre que en ese momento palmeaba la espalda de Garbiñe. Sin demorarse un segundo, maniobró con sus aparatos para enviar las fotografías a Narváez. Luego sacó su teléfono y marcó el número del Coronel, que respondió al instante.

- Tenemos tu posición, Miguel. Afortunadamente, nuestros amigos no han ido demasiado lejos. Cuéntame, ¿qué está sucediendo?

- Estoy vigilando la casa donde se han escondido los dos sospechosos. Tengo fotografías del hombre, os las acabo de enviar. Parece que están solos pero tienen dos perros peligrosos, avise a los agentes antiterroristas.

- Dame un segundo para abrir los archivos, tu mensaje acaba de llegar.

Miguel esperó, impaciente, mientras Narváez tecleaba en su ordenador. Lo imaginó sentado en su despacho, en Madrid, con sus fríos ojos azules y su mente calculadora analizando la situación hasta el último detalle. Lo había admirado durante muchos años, pero por alguna razón en ese momento sintió cierto desprecio hacia él. Lo único que parecía importarle era arrestar al mayor número de sospechosos para que su nombre brillara de nuevo dentro del Cuerpo. A los pocos segundos volvió a escuchar su voz.

- Buen trabajo, Miguel, las imágenes son lo suficientemente nítidas. Identificaremos al sospechoso pronto, te llamaré en unos minutos.

- De acuerdo, Coronel, estaré a la espera.

Mientras esperaba, observó con los prismáticos lo que ocurría en la vivienda de enfrente. Garbiñe y su amigo estaban sentados en la mesa leyendo algunos papeles y haciendo anotaciones en unos cuadernos. No parecían sospechar que estaban siendo observados. Empezaba a amanecer y

Miguel se impacientó; estaba cansado de los acontecimientos de la noche, llevaba horas sin comer ni dormir conduciendo por las carreteras de Francia. ¿Qué coño hacía Narváez, por qué tardaba tanto en llamarle? Debían arrestarlos de inmediato para que él pudiera regresar a Kuartango, que era donde le apetecía estar. Con Elurne, las gallinas, los caballos, las vacas y los perros. A los pocos minutos volvió a sonar el teléfono. Era el Coronel.

- Sabemos quién es. Se llama Urko Zarrabeitia y es natural de San Sebastián. Lleva cuatro años fugado de la justicia, no teníamos ni rastro de él. Fue miembro del comando Madrid y participó en varios atentados durante los años noventa. Buen trabajo, Miguel.

- Coronel, no podemos perder tiempo en alabanzas. Está empezando a amanecer. Tiene que enviar a los agentes antiterroristas antes de que los vecinos despierten.

- Ya está dada la orden. Llegarán a tu posición en cinco minutos y asaltarán la casa sin dilación. No salgas hasta que se lleven a Garbiñe en el furgón policial, no podemos arriesgarnos a que te vea allí.

- Sí, mi Coronel.

- Cuando se marchen los furgones, abandona tu posición, identificate con el Gendarme a cargo de la Operación y vuelve a Uzanza sin demora.

- Sí, mi Coronel.

- Te llamaré a lo largo de la mañana. Adiós, Miguel, buen trabajo.

Miguel guardó el móvil y la cámara de fotos en la mochila y volvió a concentrarse en mirar a través de los prismáticos. Observó pensativo unos segundos a los dos terroristas, que seguían concentrados en sus labores, y se dispuso a vigilar los alrededores de la urbanización, que de momento seguía en silencio. Al poco rato pudo divisar en la distancia unas siluetas negras que se acercaban en formación por las diversas callejuelas, tomando posiciones tácticas. Con sus cascos, chalecos salvavidas y fuertemente armados, los agentes antiterroristas eran silenciosos; a los pocos minutos estaban todos situados en sus puestos en el perímetro de la vivienda. El jefe del escuadrón hizo una señal y un agente abrió, milímetro a milímetro, la verja del jardín. Se aseguró de que los perros no estuvieran a la vista y, con un gesto del brazo, instó a los integrantes del equipo a que entraran tras él. Lo hicieron en tropel, pero en perfecto silencio, rodeando la casa pegados a la pared y agachados para no ser vistos.

Cuando llegaron a la entrada de la vivienda, un fornido agente pegó una contundente patada y tiró la puerta, que cayó al suelo con un gran estrépito. Entre órdenes, gritos y ladridos, el grupo de élite tomó el control de la casa en pocos segundos. Garbiñe y su amigo habían intentado huir por la ventana, pero los agentes apostados en el jardín, con sus metralletas relucientes apuntando al corazón, les impidieron el paso. Les esposaron inmediatamente y fueron conducidos al salón. Les obligaron a sentarse en las sillas del salón mientras esperaban al furgón blindado que les conduciría a la comisaría. Todo había sucedido en apenas dos minutos. Habían arrestado a dos terroristas y la vida seguía su curso. Por primera vez en su carrera profesional, Miguel se sintió insatisfecho. Había conseguido dos buenos arrestos para su expediente, pero no le importaba demasiado; estaba francamente asqueado de todo aquel drama. Esperó en la oscura habitación

hasta que los dos terroristas fueron conducidos al furgón, que no tardó en acelerar y perderse en la distancia. Fue entonces cuando pudo por fin abandonar su escondite. Varios agentes de la Gendarmerie le apuntaron con sus armas cuando apareció ante su vista, pero le dejaron pasar al ver su identificación. El jefe del comando francés le felicitó calurosamente por su intervención y, tras estrecharle la mano, desapareció dentro de la casa para acabar de registrarla e incautar todo el material. Aparte de papeles y carpetas, habían encontrado todo un arsenal: varios kilos de explosivos, pistolas y detonadores, ordenadores portátiles, discos duros y decenas de pasaportes falsos. Echando un último vistazo a la urbanización, invadida de agentes, coches y sirenas parpadeantes, Miguel se dirigió a su coche, cabizbajo.

Estaba agotado, hambriento y muy agobiado. Comenzó a conducir de vuelta a Kuartango, y se detuvo en una estación de servicio de la frontera para desayunar y echar gasolina al viejo Peugeot. Narváez le había mandado un amable mensaje felicitándole por el resultado de la misión nocturna, pero le importaba un comino. Lo único que quería era abrazar a Elurne debajo de una manta y dejar que los malos recuerdos fueran abandonando su cerebro. No se sentía orgulloso de sí mismo, no quería espiar a personas inocentes ni verse obligado a mentir a sus amigos de Kuartango. Tenía que idear un plan para abandonar la Guardia Civil, pero el Coronel no se lo pondría fácil. Llegó a Zuhatsu a las diez de la mañana y aparcó el coche junto al río para dar un paseo por la orilla. Estuvo un rato sentado junto al Baias bajo unos chopos, lanzando piedras a la corriente mientras cavilaba. No quería volver aún a la Pensión Chifflet porque no sabía si Zigor se habría enterado del arresto de su novia, y no le apetecía toparse con él. Caminó otro rato mientras miraba distraído las truchas zigzagueando en el río e intentó no pensar en nada, pero no dio resultado. Necesitaba dormir, eso era lo único que quería en esos momentos. Volvió al coche y condujo los pocos kilómetros que faltaban para llegar a Uzanza. Se alegró cuando por fin sintió el tacto de la almohada bajo su agotada cabeza.

Sin embargo, no pudo descansar lo suficiente porque, al poco rato, empezó a sentir unos fuertes golpes que provenían de la puerta del piso. Maldiciendo en voz alta, Miguel salió de la cama y, en calzoncillos, abrió con cara de malas pulgas. Para su sorpresa, se encontró frente a la persona que menos quería ver en esos momentos, Zigor.

- Perdona, Mikel, ¿Te he despertado? Pensé que ya te habrías levantado.

- No importa, iba a levantarme ya. Pasa.

- ¿Te apetece tomar un café juntos en el jardín?

- Claro, dame unos minutos para que me cambie y te veo allí.

- Cojonudo, gracias, tío. Hasta ahora.

Miguel volvió a la habitación y se puso los pantalones, pensativo y algo nervioso. Su amigo no parecía saber aún que Garbiñe había sido arrestada durante la noche, aunque no tardaría en enterarse. Bostezando, se puso la camiseta, un jersey, unas zapatillas de casa y salió al jardín. Zigor estaba sacando café, leche y bollos de mantequilla a la mesa de su terraza.

- Pasa y siéntate, voy a sacar unas tazas.

- ¿Quieres que traiga algo de casa?

- No, tengo todo controlado.

Miguel saltó la verja con agilidad y se instaló en una de las sillas de su vecino, deseando que la cafeína empezara a correr por sus venas. Menuda semanita llevaba... El sol había empezado a brillar con fuerza y sus ojos, enrojecidos por el cansancio, escanearon el valle admirando su belleza. A los pocos minutos, Zigor sacó las tazas y se desplomó en su silla suspirando.

- ¿Estás bien?

- No lo sé, tío. Ésa es la verdad. No he dormido mucho.

- ¿Por qué? ¿Va todo bien?

- No. Garbiñe se marchó anoche.

- ¿Dónde?

- No lo sé.

Miguel intentó fingir una inocencia que no sentía mientras seguía con la conversación. Zigor parecía verdaderamente preocupado, y eso le hizo sentirse todavía más culpable.

- ¿Lo habéis dejado?

- Sí, y esta vez parece que para siempre. Se ha llevado todas sus cosas.

- Lo siento, tío, no sé qué decir.

El moreno chaval volvió a suspirar mientras encogía los hombros, aparentemente confuso con todo lo que le estaba pasando en los últimos tiempos.

- No tienes por qué sentirlo. A decir verdad, llevaba ya muchos meses pensando en dejarlo, pero creo que no me esperaba que sucediera así. Estas últimas semanas con ella han sido tan complicadas que todavía no he tenido tiempo de analizarlas a fondo. Me llevé tal sorpresa ayer cuando hizo las maletas y se marchó de repente...

- Tal vez se arrepienta y vuelva pronto.

- No lo creo y, en cierta manera, es mejor que así sea. Joder, qué complicadas son las mujeres.

Miguel no pudo por menos que estar de acuerdo, al menos en parte.

- Tienes razón, aunque nosotros también deberíamos llevar un manual de instrucciones. Y no se te ocurra decir eso delante de Elurne o te encerrará en una cuadra por machista.

Intentó bromear para disipar la tristeza de Zigor, pero evidentemente su amigo no estaba para chistes. Era la primera vez que lo veía tan vulnerable y deprimido.

- ¿Tú qué tal lo llevas con Elurne?

- Pues... Muy bien, la verdad.

- ¿La quieres?

- Sí. Nunca había conocido a nadie como ella.

- Es una mujer muy especial. Y también es muy compleja, Mikel. Cuídala mucho, se lo merece.

Un denso silencio invadió el jardín mientras los dos amigos deliberaban sobre sus vidas amorosas. Observando al alicaído Zigor, volvió a sentirse culpable por los días que le esperaban. Pronto se enteraría de que Garbiñe había sido arrestada y eso empeoraría las cosas para él. La situación se iba complicando por momentos, pero él no podía hacer nada por evitarlo. Siguieron en silencio durante lo que pareció una eternidad y, de repente, se escuchó un grito estridente desde el segundo piso de la pensión. La ventana de la Señora Chifflet se abrió y los dos miraron hacia arriba sobresaltados, justo a tiempo de ver a la vieja mujer sacar la cabeza con la mirada desencajada y la cabeza llena de rulos.

- ¡Ahí estáis! Gracias a la Diosa Mari... Poned la televisión, rápido, vamos, ¡rápido!

- ¿Qué demonios pasa?

- ¡Es Garbiñe! ¡Está en las noticias!

Zigor saltó como un resorte y corrió hacia la puerta del salón. Miguel le siguió presuroso con el corazón latiéndole a toda velocidad. Le tocaba poner cara de no saber nada y actuar como si la situación fuera una sorpresa para él. Zigor forcejeó unos segundos con el mando de la televisión con manos temblorosas; tras varios intentos fallidos, consiguió encenderla. Una despampanante periodista rubia anunciaba en esos momentos la detención de dos terroristas vascos la madrugada anterior y su posterior traslado a dependencias policiales francesas. Las imágenes no dejaban lugar a dudas. Las cámaras de televisión habían grabado a Garbiñe y a su amigo en los escasos metros que separaban la furgoneta de la comisaría en París. Su amigo se desplomó en el sofá y le miró fijamente, estupefacto por la noticia.

- ¿Qué coño ha pasado? ¿Quién es ese tipo que estaba con ella? No lo conozco. ¿Y de qué se les acusa?

- No lo sé, tío, no lo han dicho. Lo siento mucho.

- Joder, menudo embolado. Y ahora, ¿qué voy a hacer yo?

- ¿A qué te refieres?

- Vendrán a por mí.

- Pero tú no has hecho nada.

- Soy su novio y ella estaba convencida de que llevaban semanas siguiéndola. Seré el siguiente,

estoy convencido.

- Bueno, no lo sabemos en realidad. Por favor, cálmate.

- No intentes ser tan jodidamente positivo, no tienes ni idea de cómo funcionan las cosas por aquí. ¿Crees de verdad que la policía me dejará en paz porque les diga que no fui yo? No me jodas, tío, no seas tan inocente.

- Perdona, intentaba animarte.

- Vete, por favor. Me apetece estar solo.

- De acuerdo, pero si me necesitas estaré en casa. Siento de verdad que haya pasado todo esto.

Zigor ni le contestó, concentrado como estaba en la imagen del televisor que volvía a mostrar a la periodista ampliando datos sobre el arsenal incautado en la vivienda. Miguel volvió a salir al jardín, apuró su café, saltó la verja y entró en su casa, sentándose inmediatamente frente al televisor. Se encontraba tan confuso... Sentía su mundo patas arriba, y no sabía a ciencia cierta quiénes eran los buenos o los malos, quién tenía la culpa ni qué sentido tenía todo aquello. Se imaginaba a su nuevo amigo en el piso contiguo. Abatido, triste y temeroso de lo que pudiera pasarle. Se dirigió cabizbajo hasta el cuarto de baño, se desnudó mecánicamente y se metió en la ducha, ajustando al máximo la temperatura. Cerró los ojos y dejó que el agua ardiente abrasara todos y cada uno de los poros de su piel; mientras, imágenes de las últimas semanas iban pasando por su cabeza sin orden aparente. Sus amigos de Madrid y Kuartango, los papeles de la misión, pistolas de varios calibres, la taberna, cajas con explosivos, Elurne y Lamietxe... Cuando sintió que su piel quemaba, salió de la ducha y se envolvió en una toalla. El vaho le impedía ver su imagen reflejada en el espejo, por lo que frotó la superficie con la mano y observó con atención. Tenía ojeras oscuras, la barba descuidada y la piel demacrada, casi cadavérica. Estaba muy desmejorado porque llevaba varios días durmiendo poco y muy mal.

Necesitaba desesperadamente descansar y sabía que sólo podría hacerlo en brazos de su pelirroja. Elurne... probablemente todavía no se habría enterado de la detención de Garbiñe. ¿Debía llamarla? Con la toalla envuelta alrededor de la cintura, entró en la habitación y encendió el ordenador mientras buscaba su móvil por la superficie de la desordenada mesa. Tenía dos llamadas perdidas, una de Narváez y la otra de Elurne. Llamó a la pelirroja primero, ansioso por escuchar su voz. Hacía sólo unas horas que se había despedido de ella, pero parecían haber pasado varios años. No tuvo que esperar mucho para escuchar su alegre voz.

- Hola, guapo. ¿Qué tal has dormido? Hace un día precioso, ¿te apetece dar un paseo conmigo esta mañana?

Claramente, Elurne no tenía ni idea de lo acontecido la noche anterior. Se sintió obligado a decírselo, pero debía conseguir actuar como un amigo afligido y no como un agente secreto confuso.

- Creo que hoy no es el mejor día para pasear. ¿No te ha llamado Zigor?

- No, ¿por qué?

- Tenemos un problema, y es de los gordos.

- ¿Qué ha pasado, Mikel? Me estás asustando.

- Garbiñe dejó a Zigor anoche. Después de marcharse de la Taberna, empaquetó todas sus pertenencias y se marchó en la furgoneta con intención de no volver. Esta mañana han dicho en las noticias que la han arrestado en Francia; yo estaba con él cuando lo hemos visto en la televisión. Está conmocionado y asustado, y me acaba de echar de su casa.

Un tenso silencio invadió la línea telefónica mientras Elurne asimilaba la información. Miguel, ansioso, esperaba su respuesta mientras observaba la figura inmóvil de Zigor en la pantalla de su ordenador, que seguía fija en el salón de su amigo. Estaba de pie, con la mirada perdida en la pared blanca, con las manos en la cabeza y sin realizar el más mínimo movimiento. Sintió una pena infinita por él; había perdido a su novia y estaba en un buen apuro, confuso y harto de todo. Zigor estaba tan jodido como él mismo había estado hacía un par de meses en Madrid. Elurne pareció volver a cobrar vida y su voz se escuchó firme y autoritaria.

- Mikel, por favor, asegúrate de que Zigor no se marcha de casa. No le tengas en cuenta su mal humor, es su forma instintiva de reaccionar cuando está agobiado. Me visto y voy para allá. Te veo en media hora.

- Vale, no hay problema.

- Te quiero.

- Y yo a ti.

Colgó el teléfono angustiado y empezó a esconder apresuradamente todo el material de la Operación New Age. Elurne llegaría pronto y necesitaba asegurarse de que nada quedaba a la vista. Cuando todos los ordenadores y aparatos electrónicos estuvieron a buen recaudo, esparció los libros de Etnología de Don Gerardo por la superficie de la mesa y sacó su última joya de un cajón. Varios días atrás había tenido la fortuna de encontrar una tesis de Etnología colgada en Internet. Era lo mejor que le podía haber pasado, ya no tenía que preocuparse si algún amigo o vecino le pedía ver cómo iba progresando con la escritura. Los primeros capítulos trataban de la Historia del pueblo vasco en general, así que Miguel, previendo visitas, los había impreso y grapado con pulcritud. Acabó el falso decorado de su mesa de trabajo volcando un estuche con gomas, lapiceros y bolígrafos, y abriendo un par de libros al azar.

Satisfecho, miró su reloj. Todavía tenía tiempo de hacer la cama y ordenar un poco la cocina y el salón. Antes de que pudiera darse cuenta escuchó el motor del destartado Land Rover bajar por la calle y aparcar frente a la Pensión Chifflet. Salió presuroso para recibir a su novia, que saltaba en ese momento del vehículo con el semblante preocupado. Se dieron un rápido beso y entraron en el piso.

- Gracias por llamarme. No he podido ver las noticias y el Land Rover no sintoniza ninguna radio, ¿qué demonios ha pasado?

- Esta mañana me ha despertado Zigor, parecía preocupado. Hemos tomado un café en el jardín y

me ha contado que Garbiñe y él tuvieron una gran bronca anoche; ella hizo las bolsas y se marchó.

Le contó el resto apresuradamente mientras Elurne le miraba fijamente, escuchando con atención. Cuando acabó la historia, puso cara de inocencia y esperó hasta que su novia se decidió a hablar.

- Joder, menudo marrón. ¿Qué vamos a hacer ahora? Van a venir a por Zigor. Se suponía que cuando Garbiñe se marchara a Francia, su mala influencia desaparecería para siempre y podríamos olvidarnos de ella y de sus secretos. No me esperaba esto, no me lo esperaba, Mikel. Todos los vecinos saben que ella ha estado viviendo en Uzanza, la vieron anoche en la Taberna. Y ahora ha sido arrestada en Francia con un terrorista fugado y todo un arsenal de material de E.T.A. Será cuestión de horas que el pueblo se llene otra vez de policías. ¿Es que esta pesadilla no va a acabar nunca?

Miguel, sorprendido al ver el grado de preocupación de su novia, se acercó a ella y la tomó de la mano con cariño.

- Intenta ser positiva, Elurne, tienes que calmar a Zigor. Necesita que seas fuerte, porque está muy agobiado.

- No quiero que nadie sospeche de él, no es justo. Él no ha hecho nada.

- Lo sé, Elurne. Por favor, tranquilízate.

La rodeó con los brazos y la abrazó, acariciando su pelo con suavidad hasta que notó que su cuerpo se relajaba. Miguel se sentía culpable de añadir preocupaciones a la mente de su novia, que ya tenía suficiente con los problemas del baserri, su trabajo irlandés y el cuidado de la anciana María. Había conseguido arrestar a Garbiñe, pero con ello había hecho que el mundo de sus amigos se desestabilizase. Estaban asustados e inseguros y él tenía gran parte de culpa. Quizá si no hubiera aceptado la misión cuando estaba en Madrid... Pero no podía engañarse, si él hubiera rechazado la oferta de su jefe, Narváez habría enviado a otro agente a Kuartango. Y entonces nunca hubiera conocido a Elurne y a todos sus nuevos amigos. El sonido de su móvil interrumpió sus pensamientos. El aparato vibraba ruidosamente encima de la mesa; lo cogió y, disgustado, comprobó que se trataba de Narváez. No podía ignorar dos llamadas del Coronel en un día como aquél, pero no podía hablar con libertad delante de la pelirroja. Se deshizo del abrazo de Elurne y contestó, aparentando estar tranquilo mientras miraba por la ventana.

- Buenos días, profesor, gracias por devolverme la llamada. Estoy un poco ocupado ahora, ¿le importa que le llame en un rato? ¿Va a estar en la Facultad toda la mañana?

Asintió un par de veces y luego colgó girándose de nuevo hacia su novia, que le miraba, tensa y silenciosa, sorbiendo café con lentitud. Parecía haber estado observando su actuación con interés.

- ¿Quién era?

- Mi tutor de la tesis. Le llamé ayer para hacerle una pregunta sobre cómo continuar encaminando el trabajo.

- ¿Qué le querías preguntar?

- No sé si incluir en la tesis un capítulo sobre todo este lío; me refiero al asesinato de Heredia y el bombazo de la Feria del Perretxiko.

- Me estás tomando el pelo.

Elurne le miró con los ojos como platos, totalmente atónita. Dejó el café en la mesa y se levantó para abrir un cajón, de donde sacó una pequeña caja de metal que había dejado allí días atrás. Volvió a la mesa y abrió la tapa; sacó un pequeño y arrugado cogollo de marihuana y empezó a liarse un porro lentamente mientras seguían conversando.

- Mikel, no puedes hablar en serio. ¿Estás perdiendo la cabeza?

- ¿Por qué? La Etnología Vasca trata sobre la Historia y la Cultura del pueblo vasco. La violencia, te guste o no, forma parte de la Historia. Esto es una tesis académica y no se va a editar para el público en general, por lo que no puede perjudicar a nadie. Y si la hago bien, puedo recibir una buena nota.

- ¿Una buena nota? ¿Y qué pasa con nosotros, tus amigos? ¿También piensas hablar de Zigor en tu tesis? Joder, no me lo puedo creer.

- Bueno, Elurne, no te estreses, que todavía no lo he decidido; por eso llamé a mi profesor anoche, para consultarlo con él. Cálmate, por favor.

- Perdona, hoy todo me está pillando por sorpresa. Menuda mañana de emociones. Y encima tengo resaca, bebí demasiado anoche en la taberna.

- ¿Estuvisteis allí hasta muy tarde?

- No me acuerdo. Unax, Galder y yo le dimos bastante caña a las cervezas de Txiki. Queríamos cotillear sobre Bixente y sus compinches para ver cómo piensan presentar su candidatura a Presidente de la Junta y se nos hizo bastante tarde. Esta mañana he visto que el Land Rover tiene un pequeño rasguño en un lateral, así que creo que mi conducción hasta Lamietxe debió de ser ligeramente ilegal.

Elurne le guiñó un ojo con aire travieso y Miguel pudo ver instantáneamente que su novia se había relajado de repente. Así era a veces su humor, saltarín y cambiante como el viento. En un breve segundo podía pasar de la alegría más contagiosa a convertirse en un ser triste y melancólico. Se alegró de que su mal humor hubiera mejorado ligeramente y se acercó a darle un beso.

- Si no te encontraste con ningún poli por el camino, tienes amnistía.

- Gracias, su Señoría. Bromas aparte, ¿qué tal va tu tesis? ¿Podemos empezar a leer algo ya? Llevas unas semanas aquí y todavía no hemos visto nada.

- Pues tengo acabados un par de capítulos, aunque me da un poco de vergüenza. Si quieres te los dejo leer, pero por favor no te rías.

- Gracias Mikel, me encantaría leerlos. Tengo muchas ganas de saber cómo escribes y qué

impresión te has formado sobre nuestro pueblo.

- Espera un poco mientras voy a buscarlos.

Se dirigió presuroso a la habitación y cogió los dos primeros capítulos de la tesis “prestada”, metiéndolos en una carpeta de plástico transparente. Volvió a la cocina y se la entregó a Elurne, que alargó la mano con expectación. Empezó a leer las primeras líneas, pero Miguel desvió su atención; necesitaba llamar a Narváez inmediatamente.

- Elurne, no puedes empezar a leer ahora. Tienes que ir a casa de Zigor y comprobar qué tal está. Eres su mejor amiga y estoy convencido de que le apetecerá verte y pasar un rato contigo.

- Tienes razón. ¿Me puedo llevar estos papeles?

- Sí, claro. Cógelos ahora o cuando acabes con Zigor.

- Me los llevo ahora, los leeré en casa cuando tenga algo de tiempo libre. Quiero llevarme a Zigor a comer a Lamietxe, si no te importa los dos solos. Necesita salir de su piso un rato.

- Sí, claro, lo entiendo. ¿Me llamarás luego para contarme qué tal está?

- Por supuesto. No te olvides, a las ocho de la noche tenemos la reunión del Concejo en el Txoko.

- Claro, la reunión. ¿Hoy se decide el Presidente?

- No, hoy sólo se presentan las candidaturas. Espero que no haya bronca, con todo este jaleo del arresto de Garbiñe.

Miguel asintió preocupado. El ambiente de la última reunión había estado muy caldeado, y ese día no lo estaría menos, dadas las circunstancias.

- ¿Sabes si Zigor piensa ir también?

- No lo sé. Tampoco sé qué aconsejarle, la verdad.

- Creo que no debería ir. Si va, la familia de Heredia lo linchará.

- Quizá tengas razón.

Acompañó a su novia a la puerta y, dándole un beso cariñoso, se despidió de ella y cerró la puerta, decepcionado. Le hubiera gustado hacerle el amor a la pelirroja en esos momentos, abandonarse en su cuerpo cálido y acogedor, pero no podía ser. Volvió a la habitación y encendió de nuevo el ordenador, comprobando las cámaras de seguridad. Elurne y Zigor charlaban en euskera y, aunque no podía entender ni una palabra, podía sentir la tensión en la conversación. En algún momento la pelirroja abrazó a su amigo y Miguel sintió un ramalazo de celos que enseguida desechó, sintiéndose culpable. Suspiró con fuerza y marcó el número de Narváez, que respondió a los pocos segundos.

- Buenos días, Miguel, ¿es seguro hablar ahora?

- Sí, ahora sí. Tenía visita, pero ya se ha marchado.

- ¿Alguno de los sospechosos?

- No, era una vecina que me traía huevos y leche.

No estaba seguro de por qué había mentido al Coronel, había sido algo instintivo. Al fin y al cabo, Elurne seguía siendo una de las sospechosas principales.

- Miguel, quiero darte mi más sentida enhorabuena, has hecho un gran trabajo en los últimos días. Llevamos años buscando a Urko Zarrabeitia, es uno de los terroristas fugados más peligrosos del país. Ha merecido la pena esperar estas semanas; has manejado la misión con gran profesionalidad y estoy muy orgulloso de ti.

- Gracias, mi Coronel.

- ¿Qué te sucede? No parece estar muy contento.

- Perdona, es que no he podido dormir mucho y estoy agotado.

- Las emociones de anoche no te dejaron conciliar el sueño, ¿eh? Pero no puedes ponerte a dormir ahora, necesitamos que sigas trabajando.

Suspiró hondo. ¿Qué más quería Narváez? ¿No podía tomarse el día libre? Parecía que no, así que respondió rápido para no irritar a su jefe.

- Claro, mi Coronel. ¿Qué tengo que hacer?

- Necesito un informe urgente de lo acontecido en las últimas horas; tiene que ser lo más conciso posible. Esta tarde me reúno con los altos mandos de la Operación New Age para evaluar el progreso general de la misión.

- De acuerdo. ¿A qué hora es la reunión?

- A las ocho, pero quiero tu informe antes de la siete para familiarizarme con su contenido. Aparte de los detalles de tu misión de anoche, debes incluir información actualizada sobre los otros tres presuntos terroristas; sus últimos movimientos, transcripciones escritas de telecomunicaciones sospechosas, y cualquier otra evidencia que consideres relevante. En especial me interesa el tal Zigor Maizkurrena, el novio de la arrestada.

- Creo que no encontraremos nada más aquí, mi Coronel. Es un callejón sin salida, estoy convencido de que ninguno de ellos ha tenido nada que ver con los atentados. Garbiñe parece la única implicada.

- ¿Parece? Yo quiero hechos, no opiniones. Incluye todo en el informe; cuanto antes acabes, antes podrás irte a dormir.

- Sí, Coronel, así lo haré.

- Miguel, buen trabajo. Te llamaré mañana para darte nuevas órdenes.

- De acuerdo.

- No te olvides, quiero el informe para las siete.

- Adiós, mi Coronel.

Cuando colgó se dirigió al salón y, cegado por la ira, comenzó a aporrear los cojines del sofá, imaginándose la cara de Narváez. Maldito hijo de puta, negrero, fascista y cabrón. Quería un informe completo para ya mismo, sin dilación y sin quejas. Y Miguel tenía que hacer una reverencia y obedecer, como era habitual.

Estaba hasta los mismísimos cojones de la Operación New Age. Cuando hubo golpeado los cojines lo suficiente se obligó a salir de casa y dar un paseo con Gorri para calmarse. Ni siquiera la alegre compañía del cariñoso Setter Irlandés pudo lograr que dejara de sentirse enfurecido. Necesitaba pensar antes de sentarse a escribir el maldito informe. ¿Qué podía decir sobre Unax, Zigor y Elurne? ¿Que eran sus nuevos amigos del alma? ¿Que le encantaba estar con ellos? Su jefe le enviaría a un pelotón de fusilamiento. Primera norma del agente secreto: no debes nunca acercarte emocionalmente a los sospechosos. No podía haberse tomado la regla más a la torera; Unax le caía genial, Zigor empezaba a ser un gran amigo y Elurne era la mujer de su vida. Estaba totalmente convencido de que los tres eran inocentes. Había convivido con ellos durante semanas y les conocía bastante ya; podía leer sus gestos y analizar sus palabras con facilidad. Los había investigado durante días, tenía sus coches, casas y móviles pinchados, y había pasado horas mirando las cámaras de seguridad que robaban su intimidad. Y al final, no había encontrado nada, excepto a Garbiñe. Caviló sobre ello durante el tiempo que estuvo paseando entre los robustos árboles del bosque. Después, con un plan parcialmente forjado, Miguel volvió a casa y pasó el resto de la mañana y parte de la tarde concentrado en escribir su informe lo más meticulosamente posible. De vez en cuando miraba distraído las cámaras de Lamietxe para controlar que Zigor y Elurne estuvieran bien. Después de comer parecieron instalarse definitivamente en el salón y Miguel les observó frustrado, sin poder entender ni una palabra. Si pensaba quedarse a vivir en Kuartango debía aprender euskera. No se parecía en nada al castellano y le irritaba no poder entender lo que hablaban sus vecinos y amigos. Los dos estuvieron un largo rato charlando con el semblante grave. A lo largo de la tarde se les fueron uniendo Unax, Galder e Iñigo, que se habían dirigido a Lamietxe conmocionados por la noticia del arresto de Garbiñe. Miguel miró su reloj, eran ya las seis y media. Pronto daría comienzo la reunión del Concejo y debía enviar el informe a Narváez antes de encontrarse con sus amigos en la Taberna. Acabó apresuradamente de escribirlo y, satisfecho con el resultado, lo envió por correo electrónico.

Se sentía un poco culpable por haber enviado datos falsos en el informe, pero quería que Narváez dejara en paz a sus amigos. Al escribir había obviado varias pruebas, entre ellas los números de teléfono de dos terroristas fugados que contenían los móviles de Unax y Zigor. No lo consideraba grave porque no habían tenido comunicación reciente, podían haber sido colegas hacía muchos años. Hizo un exhaustivo escrito con la información necesaria para alejar a Narváez y al resto de los buitres de sus amigos. ¿Sería suficiente? Probablemente no, pero al menos lo había intentado. Suspirando, apagó el ordenador y cogió la cartera para dirigirse a la Taberna. Allí estarían sus amigos, que habían salido de Lamietxe hacía un rato. Zigor se había quedado en casa, aceptando

de buena gana el consejo de no aparecer por la reunión.

Caminó a buen paso y enseguida vio los coches de sus amigos aparcados en un callejón adyacente a la plaza. Entró en la abarrotada taberna y miró a su alrededor, intentando ubicar a la cuadrilla. Los vio en la mesa del rincón, concentrados en Unax que ensayaba, en voz baja, su discurso de candidatura en mitad del barullo general. Casi todo el pueblo parecía estar en el bar cotilleando hasta que llegara la hora del comienzo de la reunión. Bixente el ganadero estaba de pie en la barra, rodeado por sus amigos y aparentemente confiado en que lograría convencer a los vecinos para que le votaran a él. Miguel pidió una cerveza y se acercó a la mesa, saludando sin hacer ruido y sentándose al lado de Galder. En ese preciso momento Unax terminaba su discurso y miraba a sus amigos con expectación.

- Bueno, ¿qué os ha parecido?

- Está bien, pero aún deberíamos cambiar un par de cosas.

- No tenemos tiempo, Elurne.

- Claro que tenemos tiempo, déjame el papel.

Los amigos se inclinaron hacia la pelirroja que, pensativa y concentrada, tachó varias frases del escrito y las cambió, decidida. Devolvió el papel a Unax que lo escaneó con rapidez, asintiendo impresionado.

- Queda mejor.

- El lenguaje es muy poderoso y conviene que lo uses para que tu mensaje sea aún más impactante. Enuncia bien las frases, no te aceleres y mira a los vecinos directamente a los ojos. Tienen derecho a preguntas y hoy las harán más que nunca, no lo dudes. Sé breve y conciso, y no te enrolles con grandes discursos políticos porque no te servirán de nada. Tienes que evitar cualquier mención de Garbiñe o te comerán vivo. Concéntrate en Uzanza, en el pueblo, en lo que necesitamos los vecinos y las vecinas. Queremos calma, entendimiento y buena voluntad. Todo eso es necesario para enderezar la situación de desequilibrio que llevamos sufriendo en los últimos dos meses.

Cuando acabó su discurso se hizo el silencio y los amigos, embobados, miraron a Elurne fijamente. Iñigo rompió el silencio con una broma, como era habitual cuando estaba nervioso.

- Bueno, Unax, no puedes perder. Tu vicepresidenta es eficaz, no podemos negarlo. “Enderezar la situación de desequilibrio”, dice. Joder, Elurne, esa frase no se me hubiera ocurrido en años.

Elurne le sacó la lengua y se dedicó a ignorarle tras recoger los papeles esparcidos por la mesa, metiéndolos en una carpeta que cedió a Unax. Los demás guardaron silencio, cabizbajos. La tensión del día era evidente en todos y cada uno de sus rostros. Estaban preocupados por Zigor y por la reunión que se acercaba. Aunque ninguno quería decirlo en voz alta, todos pensaban lo mismo, Miguel incluido. Si la última reunión había resultado explosiva, la de esa tarde no sería diferente. Con Garbiñe arrestada, era casi seguro que Unax no saldría elegido. La gente del pueblo le acusaría de confraternizar con terroristas. La reunión iba a ser un infierno, y deseó haberse

quedado en casa a observar todo por las cámaras instaladas en el Txoko. A un gesto de Unax, se levantaron y dejaron sus cervezas en la barra antes de abandonar la Taberna. Quedaban ya pocos vecinos en el bar, que se apresuraban a vaciar sus vasos antes de cruzar la plaza para dirigirse a la reunión.

La cuadrilla entró en el Txoko en silencio y Miguel sintió cómo las miradas de los asistentes se concentraban en ellos, buscando a Zigor entre sus filas. No había murmullos ni cotilleos esta vez; de hecho, el silencio invadía la pequeña sala. Don Gerardo y Enrique, el hijo del difunto Heredia, estaban sentados en la mesa de caoba como correspondía a los vocales de la Junta Administrativa. Don Gerardo presidiría la reunión de nuevo, pero esta vez se le notaba mucho más tenso. Se sentaron al fondo de la sala y se acomodaron en las sillas, mirándose con nerviosismo. Elurne cogió la mano de Miguel y la apretó con fuerza, como buscando refugio. Unax parecía estar petrificado, y tenía la vista concentrada en el viejo reloj de pared; en breves minutos daría comienzo el espectáculo. Cuando llegaron los últimos rezagados, Don Gerardo hizo un gesto a Txiki el tabernero para que cerrara la puerta. Carraspeó y comenzó a hablar, rompiendo el silencio.

- Buenas tardes a todos, os agradezco vuestra asistencia a la reunión del Concejo. El objetivo de hoy es presentar formalmente las candidaturas a Presidente de la Junta Administrativa de Uzanza. El próximo viernes se podrá votar durante todo el día aquí en el Txoko. A las siete de la tarde anunciaremos al nuevo Presidente. Hemos recibido tres papeletas de candidatura en el buzón. En breves momentos pasaré a anunciar los nombres de los candidatos y éstos subirán al estrado a exponer sus programas. Pero antes de pasar a eso, ¿alguien tiene alguna pregunta?

Don Gerardo paseó su mirada por la sala, pero nadie movió un músculo. No parecía haber preguntas. Suspirando aliviado, el viejo profesor continuó hablando.

- Pues bien, prosigamos. Los candidatos son los siguientes: Berta Heredia, Bixente Gandaria y Unax Etxebarria. Irán subiendo al estrado por orden de edad y nos... ¿Sí, Berta? ¿Querías decir algo?

Miguel apartó la vista de Don Gerardo y, extrañado, observó que la hija del difunto Heredia estaba sentada muy tiesa en su silla con el dedo levantado y una mirada de desafío en el rostro.

- Perdone, Don Gerardo, pero me gustaría hacer un inciso. Unax Etxebarria no puede presentarse al cargo de Presidente. Es ilegal.

El absoluto silencio que se había instalado en la sala se rompió en ese instante y varios vecinos prorrumpieron en airados comentarios. Unax se levantó de su asiento, furioso, pero Elurne impidió que abriera la boca al ver el gesto conciliador de Don Gerardo, que pedía calma.

- Por favor, Berta, explícate. A los demás os pido silencio, por favor.

- En primer lugar, tenemos lo obvio. Este joven candidato es uno de los más fervientes extremistas de nuestro entorno. No debemos permitir a nadie con inclinaciones violentas el acceso a las Instituciones. Los extremistas vascos han matado a mi padre y a cientos de personas más en las últimas décadas. Sus partidos están ilegalizados, y por lo tanto no deberían tener acceso a determinados cargos, desde donde mueven sus hilos y se reorganizan para continuar con su

campana de terror.

Airados exabruptos provenientes de los cinco amigos interrumpieron el monólogo de Berta, y pronto todos los vecinos se unieron a la algarabía general para manifestar sus opiniones a gritos. Las había para todos los gustos; Miguel observó, estupefacto, a varias señoras de avanzada edad empujándose unas a otras con violencia. Don Gerardo, que había perdido por completo el control de la reunión, se subió a la silla y, metiendo sus dedos índices en su boca, silbó como haría un ganadero.

- ¡Silencio! ¡Orden! No creo que sea necesario comportarnos como animales. ¡Santo Dios! Menuda pandilla de trogloditas.

Sorprendidos como colegiales traviesos, los vecinos se fueron sentando poco a poco, avergonzados unos e iracundos los otros. Don Gerardo hizo lo propio, mesándose la barba mientras meneaba la cabeza en señal de desaprobación.

- Berta, ya lo hablamos en la última reunión. La ideología política no ha de tenerse en cuenta para la elección del cargo de Presidente. No se presenta un partido político, sino un ciudadano a título individual. Bixente, Unax y tú os presentáis como vecinos.

La voz de Berta volvió a escucharse, retadora e hiriente.

- Eso no es todo. Tengo informes policiales que confirman que Unax Etxebarria tiene antecedentes penales por Kale Borroka, y que vivió durante dos años en Pamplona con Garbiñe, la terrorista arrestada esta mañana por pertenecer a E.T.A. y asesinar a mi padre y a otro hombre.

Un incrédulo silencio acogió esta declaración. La mayoría de los vecinos se giraron para mirar hacia el fondo de la sala; Unax seguía de pie, petrificado y con la sangre abandonando lentamente su rostro. Miguel, cuyo mentón amenazaba con desencajarse por la sorpresa, le observó estupefacto. ¿Dónde había conseguido Berta Heredia semejante información? Él ya sabía lo de los arrestos de Unax en su juventud, pero no tenía ni idea de que hubiera vivido con Garbiñe. Era material altamente secreto y no era asequible para cualquier civil. Sorprendido, miró a Elurne buscando una explicación, pero ésta lo ignoró. La visión de la pelirroja le hipnotizó. Su mirada fría habría asesinado a Berta si hubiera podido hacerlo. Sus ojos se tornaron de un verde más oscuro, más acerado, como si el odio hubiera apagado su brillo habitual. Su rostro había perdido toda dulzura y su belleza parecía haber adquirido un tono más duro y autoritario. Le costó apartar la mirada de ella, pero Don Gerardo había vuelto a hablar, así que se giró hacia él.

- Perdona Berta, pero no tengo constancia de eso.

- Claro que no la tienes, no seas necio. Probablemente nadie del pueblo sepa nada, excepto esa gentuza. Pero es cierto, tengo mis propias fuentes y es información verificada. He visto con mis propios ojos las actas policiales de sus arrestos. Puedo enseñártelas, las tengo aquí mismo.

- No es necesario en estos momentos, gracias. Vecinos y vecinas de Uzanza, no sé qué decir. No sé si las acusaciones de Berta son fundadas o infundadas. Tampoco sé qué dice el Derecho acerca de si se deben tener en cuenta posibles antecedentes penales en las candidaturas a Presidente de una Junta Administrativa.

- Hemos consultado a un abogado en esta materia y no hay lugar a duda, Don Gerardo. Unax no puede presentarse como candidato, ni tampoco ninguno de sus amiguitos extremistas que están sentados allí al fondo. Son todos unos terroristas.

Los vecinos se revolvían en sus sillas inquietos, alternando la mirada entre Berta, Don Gerardo y Unax. Se empezaron a escuchar murmullos y movimientos de sillas, y los rumores y cuchicheos empezaron a subir de tono. Elurne se levantó y, con actitud retadora, comenzó a hablar. Claramente estaba acostumbrada a hablar en público, pues su voz no temblaba. Con la voz firme, consiguió atraer la atención de los vecinos.

- Vaya, Berta, sabía que utilizarías métodos sucios para salir elegida, pero esto se lleva la palma. ¿Has obtenido esa información de manera legal? Ningún Cuerpo de Policía puede haber compartido estos datos con una civil. ¿A quién has sobornado? ¿O alguno de tus amiguitos la ha robado para ti? Juegas sucio, Berta, y eso no debería estar permitido. Propongo que Berta tampoco pueda presentarse al cargo de Presidente por prejuicios sociales y políticos demostrados.

- ¿Cómo te atreves, impertinente? Yo no juego sucio, es información obtenida de manera perfectamente legal. Este terrorista no puede presentarse al cargo de Presidente, y eso es lo que dicta la ley. Si no te gusta, apela a los Tribunales.

- No hace falta. Retiro mi candidatura.

La voz de Unax se escuchó desde el fondo de la sala, cortando la tensa conversación entre las dos mujeres, que se giraron sorprendidas hacia él.

- Unax, no te precipites. Antes tenemos que aclarar este asunto.

- Escúcheme, Don Gerardo. Esta señora probablemente tiene razón y mis supuestos antecedentes son un escollo para presentarme. De todos modos, habiendo contado ese chisme no tengo ninguna opción de ganar. Es curioso lo que el dinero puede comprar, desde policías corruptos hasta abogados sedientos de sangre de izquierdas. Estáis confundiendo todo, esto no va de política. Este cargo tiene que ver con el pueblo. Me retiro, toda esta mierda no merece la pena.

- Muchacho, no te precipites. Vamos a esperar hasta mañana. Consultaré las Ordenanzas Municipales en el Ayuntamiento y hablaré con el Alcalde. Quizás él sepa de algún caso similar en algún otro pueblo. Mañana a la noche nos reuniremos de nuevo y traeré una solución.

- Me parece bien que consultes lo que quieras, pero conmigo no contéis. Retiro mi candidatura; es mi última palabra.

Con la cara todavía pálida, Unax cogió la carpeta donde había escrito su discurso, se la metió bajo el brazo y salió del salón atropelladamente. Miguel sintió en sus propias carnes la vergüenza y la ira que sentía su amigo al sentirse rechazado de tal manera. Iñigo y Galder le siguieron presurosos, lanzando furibundas miradas a Berta Heredia. Elurne siguió pegada al sitio, mirando desafiante a la despreciable mujer, que sonreía triunfante a su hermano.

- Me presentaré yo en su lugar.

- ¿Qué?

Miguel, cuya mandíbula había a duras penas vuelto a su ser, volvió a quedarse petrificado por enésima vez en aquella media hora mirando a la pelirroja. ¿Qué pretendía Elurne metiéndose en politiqueros?

- Has jugado sucio, Berta, sabes que la elección del cargo de Presidente no debiera tener tintes políticos. Pero si hemos de jugar, juguemos. Yo no tengo antecedentes penales ni he convivido con terrorista alguno, así que estoy limpia. Las propuestas de Unax para el pueblo son buenas, justas y están bien pensadas. Su juventud haría un gran favor al pueblo y a su desarrollo. Yo pensaba votarle, así que me presentaré yo y haré campaña por sus propuestas.

Don Gerardo miró a las dos mujeres con gesto agotado y alzó las manos en señal de paz; Berta comenzaba con una larga perorata de objeciones, pero la pelirroja no parecía achantarse por el comportamiento de la hija del concejal.

- ¡Calma, he dicho! Doy la sesión por concluída. No podemos continuar hasta que haya consultado la legalidad de todo esto. Unax se ha retirado, pero el plazo para presentar candidaturas acabó ayer por la noche. Elurne, tendré que consultar si tu candidatura es válida como sustituta de Unax. Berta, no me interrumpas. Mañana a las siete de la tarde volveremos a reunirnos. Hasta entonces, por favor, absteneos de comportaros como habéis hecho hace algunos minutos. Estas últimas semanas ya han sido bastante difíciles, y sería deseable que no empeorásemos más las cosas. Adiós, vecinos y vecinas, mañana retomaremos la cuestión.

Cogiendo con firmeza la mano de Miguel, Elurne se abrió paso entre los alterados vecinos y alcanzó la puerta antes que el resto, saliendo acelerada a la plaza. Su respiración era entrecortada y parecía realmente furiosa. Sacó el móvil, marcó un número, y comenzó a hablar atropelladamente en euskera cuando alguien respondió al otro lado de la línea. Miguel dedujo que hablaba con Unax, por sus gestos alterados mientras caminaban en dirección a la Pensión Chifflet. Colgó cuando llegaron a la altura del destartado Land Rover y, abriendo la puerta, le invitó a pasar sin darle ninguna explicación sobre lo que había hablado por teléfono con Unax.

- Me voy a Lamietxe, ¿vienes? Estoy harta, necesito la paz del baserri.

- ¿Quieres estar sola?

- No me hace falta. Sólo quiero un café cargado y un buen porro.

- Está bien, subiré contigo.

Se montó en el asiento del copiloto y miró a su novia mientras intentaba arrancar el motor. Por suerte no pasó mucho tiempo y pronto estuvieron en camino. A oscuras, entre los árboles del bosque, Miguel la observó a hurtadillas. La pelirroja parecía haberse calmado, pero su ceño fruncido indicaba que estaba concentrada en sus pensamientos y sin ganas de hablar. Sabía que no compartiría nada con él hasta que estuviera preparada, así que, a pesar de tener mil preguntas que hacerle, se recostó en el asiento y dejó vagar sus pensamientos, semidormido, mientras traqueteaban por el camino de parcelaria hacia Lamietxe.

INGUMA



INGUMA

Tenebroso, demoníaco y aterrador, Inguma aparece de noche en las casas para atemorizarnos. Dicen de él que no tiene forma humana, sino que es una silueta de humo espeluznante que se cuela por debajo de la puerta y envuelve a sus víctimas, apretándoles la garganta y haciendo difícil que respiren. Es el guardián de los malos sueños, las pesadillas y el insomnio.

Kuartango, junio de 2.008

Llevo ya ochenta y tres años escribiendo en mis diarios y, cuando los releo de vez en cuando, me doy cuenta de que las entradas que más me cuesta escribir son aquellas en las que mis circunstancias me superaron por completo. Circunstancias en las que el sufrimiento era insoportable y la vida más me puso a prueba. Hoy siento lo mismo aquí sentada en la mecedora del balcón mirando a Kuartango, el valle que me vio nacer, y reflexionando sobre mi vida. Hoy empiezo mi diario número cuarenta y cuatro, y tengo el presentimiento de que éste será el último y de que no llegaré a acabarlo. Como a todos nos pasa, ya me ha llegado la vejez y los huesos me crujen, el cuerpo me duele y las tareas de Lamietxe me cuestan más tiempo que hace años. Sufro mucho de la rodilla derecha, que lleva años dándome guerra, y también me duele bastante el costado, como si algo estuviera hinchándose por dentro como un globo. Todavía no le he dicho nada a Elurne porque no quiero preocuparla más de lo que ya está. Ella se hace la valiente y cree que yo no me doy cuenta de todo lo que está sufriendo. Pero, al fin y al cabo, yo fui quien la vi nacer, quien la educó, y sé qué significa cada uno de sus gestos y miradas. Está sufriendo y a mí me angustia no poder hacer nada por ayudarla. Pero, al igual que yo, Elurne es fieramente independiente y prefiere gestionar sus emociones sin ayuda. Su vuelta obligada a Uzanza es una de las cosas que le han apagado el alma, porque ella era feliz en Irlanda, con su vida independiente, su trabajo y sus amigos. Ahora se ha visto obligada a volver al pueblo para cuidarme, perdiendo así su independencia. A mí me encantaría poder decirle que se vuelva a Irlanda, que no hace falta que me cuide porque puedo vivir yo sola, pero si soy honesta conmigo misma, quedarme sola a estas alturas en Lamietxe significaría mi muerte.

Sin Antonio yo no podría sobrevivir aquí, el ordeño y la gestión del ganado es algo que yo no puedo hacer sola. Eso sin contar con la absoluta certeza de que en algunos momentos se me está yendo la cabeza. Antonio, preocupado, ya me dijo hace años que deberíamos ir a ver a un psiquiatra, porque había momentos en los que yo parecía estar algo alejada de la realidad. Me enfadé muchísimo con él y estuve días sin hablarle; me dolió tanto que la única persona en el mundo que parecía comprenderme y respetar mis creencias me estuviera acusando de volverme loca. Intentó explicármelo unos días después; dijo que estaba convencido de que la fe que tengo en la Diosa Mari no es mala per se, pero que hay momentos en los que me obsesiono con alguna leyenda o algún ritual, y no como ni duermo hasta que estoy satisfecha con el resultado. Yo le respondí, molesta, que no tenía nada de malo proteger a la familia de la mejor manera que yo sabía, al modo de mis ancestros, y que en ningún momento estaba alejada de la realidad. Antonio, mi Basajaun, bajó los hombros decepcionado por mi negativa a hablar del tema. Sé que habló con Elurne sobre ello en varias ocasiones, pero siempre evitaron sacar el tema a relucir si estaba yo delante. Intenté no pensar en su acusación de locura, aunque cuanto más meditaba sobre los acontecimientos traumáticos de mi pasado, más entendía por qué él no podía comprenderme.

Para empezar, Antonio no nació con el velo veneciano intacto, así que no tiene el don que Elurne y yo poseemos. Tampoco lleva la sangre sagrada de mi estirpe de Zugarramurdi, la estirpe de las brujas y del conocimiento de los antiguos. Los rituales, cánticos y pócimas que para mí son normales porque están grabadas a fuego en mi sangre, eran para él ajenas y extrañas, aunque siempre se esforzó por respetarme y dejarme hacer. Nunca llegué a contarle lo de aquella noche en la que convoqué a Akerbeltz en un akelarre, y que ésa fue la razón por la que se incendió

Lamietxe. Probablemente me hubiera dicho que no tenía nada que ver conmigo, porque dijeron los bomberos que una chispa de la chimenea fue la culpable del incendio. Pero, si se lo contaba, me hubiera echado una buena bronca por dejar a Elurne sola durmiendo en Lamietxe mientras yo bailaba alrededor de una fogata a kilómetros de distancia. Sigo sintiéndome culpable de aquello, aunque a veces prefiero pensar que Antonio y los bomberos tienen razón y que yo no podría haberlo evitado. Cuando Elurne y yo salimos del hospital por fin, me obsesioné con buscar la manera de hacer volver a Akerbeltz al ultramundo, pero no encontré nada en los libros de mis antepasadas. Leí y releí cada línea y cada párrafo, pero no fui capaz de encontrar la solución a mi problema. Al final, resolví dejarlo estar, pensando que Akerbeltz era al fin y al cabo el señor de las tinieblas y que no estaría esperando a que una vieja le devolviera a su morada subterránea. Hay días en los que pienso que todos estos rituales no tienen ningún sentido. Pero, por lo general, esos días no son muchos. Estoy orgullosa de mi herencia genética, y pasé años durante la infancia y la adolescencia de Elurne instruyéndola en las antiguas enseñanzas.

Era una niña aplicada y curiosa y pronto aprendió todas las leyendas, pero en la adolescencia dejó de interesarse por mis historias y pasar más tiempo con sus amigos, como es habitual, claro está. Pero me da miedo que las enseñanzas de mis antepasadas se pierdan conmigo y que al morir yo, muera el conocimiento de esta rama de mi familia. Hoy estoy inquieta porque he tenido una noche extraña, por decirlo de alguna manera. Gracias a la Diosa Mari que Elurne se había quedado a dormir en casa de algún amigo y no me ha visto, porque de otro modo me hubiera llevado al hospital sin dejarme siquiera rechistar. Lo único que tengo claro es que llevaba días soñando con el sacrificio que hizo mi abuela hace décadas a Mari, cuando rebanó el cuello de mi elegante gallo negro en la cumbre de Marinda para complacerla. En mi sueño veo todos los detalles de aquel día como si estuviera allí de nuevo. Veo el brillo del hacha al reflejar la luz del sol, los ojos negros brillantes de mi apuesto gallo mirándome directamente al alma, el sonido ahogado del animal cuando la abuela le rebanó el cuello de un hachazo y, sobre todo, vuelvo a ver la sangre, roja, viscosa y brillante, que se derramaba desde el hacha por la cumbre del Pico Marinda. En el sueño es como si pudiera tocar y oler la sangre de nuevo, y siento las mismas arcadas que entonces. Esas pesadillas me hacen despertarme con el cuerpo cubierto de sudor y el pelo húmedo, el corazón palpitando con fuerza y una sensación angustiosa en la boca del estómago. Desde esas pesadillas a lo de esta mañana, no sé muy bien qué ha sucedido. Por eso digo que empiezo a tener la sospecha de que Antonio quizás tuviera razón, y que hay momentos en los que no percibo la realidad como es.

Anoche me acosté como hago habitualmente; de eso estoy segura porque recuerdo el vaso de leche templada que tomé en la cocina y el suspiro de alivio cuando mi cansado cuerpo estuvo por fin descansando entre las sábanas. Sin embargo, al despertar esta mañana no estaba en la cama y definitivamente mi cuerpo no descansaba entre las sábanas, sino sobre una carnicería sangrienta. Al abrir los ojos y enfocar la mirada no he visto el reloj despertador de mi mesilla, sino un tablón de madera vieja que se encontraba a pocos centímetros de mi cara. Sorprendida, me he incorporado y al ver lo que allí había, me he echado a llorar desconsoladamente. Casi todas mis gallinas y mis gallos negros estaban muertos; sus cabezas rebanadas estaban tiradas sin ton ni son por el suelo, y cientos de plumas y litros de sangre cubrían el suelo del gallinero. Al mirarme las manos, he visto horrorizada que estaban cubiertas de sangre parduza y reseca, y que el hacha de amama descansaba en el suelo a mi lado. No entiendo qué ha podido pasar, ¿los he matado a todos yo? ¿Cómo, si me metí en la cama y no recuerdo haberme levantado en ningún momento? En shock, he tardado más de una hora en acumular la fuerza mental suficiente para levantarme y

evaluar el desastre. De los cuarenta animales que tenía, sólo quedan vivos nueve: mis gallos favoritos, Kuro y Noir, y siete gallinas jóvenes. He recogido los cuerpos y las cabezas sangrientas, los he metido en un saco y los he subido a la cumbre del Pico Rodio para que bajen los buitres a comérselas. Después, casi como un robot, he limpiado concienzudamente el gallinero con agua, jabón y lejía llorando sin parar. ¿Cómo ha podido ocurrir ésto? ¿Será verdad que me estoy volviendo loca? Quizás Antonio tenía razón y empiezo a ser un peligro para mí misma, aunque no me gusta pensar de ese modo. Al fin y al cabo, soy vieja, y todos los viejos nos olvidamos de las cosas. Voy a intentar quitarle importancia al asunto y le diré a Elurne que se las llevó el zorro, pero debo confesarme más preocupada que nunca.

Echo tantísimo de menos a Antonio; está claro que la vida no es igual sin él. Desde que vi por primera vez a mi apuesto Basajaun en la Romería de la Trinidad hace ya tantos años, he estado enamorada de él hasta la médula. De joven, no creí posible que yo encontrase a alguien con quien compartir mi vida, pero tuve la suerte de conocer a mi alma gemela. He aprendido que el amor no va de romance y palabras bonitas, sino de respeto y de cariño, de trabajar en equipo, de apoyarse el uno al otro durante los momentos difíciles y disfrutar, celebrar y reír juntos a carcajadas en los momentos alegres. Antonio ha sido mi compañero, mi amigo, mi amante y mi roca. En él me he apoyado siempre, en sus fuertes brazos los problemas parecían menos y, mirando sus ojos, las angustias menguaban. Y ahora, sin él, la vida se antoja difícil y triste. El maldito Inguma se lo llevó una noche, y con él también se llevó parte de mi alma.

Nada ese día auguraba que nos sobrevendría una desgracia. De hecho, comenzamos el día riéndonos los dos de buena gana en el desayuno leyendo una carta que nos había mandado Elurne desde Irlanda. En ella nos contaba que había estado haciendo prácticas de combustión de gases con una compañera del trabajo y que se habían confundido al hacer la mezcla y habían provocado una pequeña explosión en el laboratorio. Por suerte, ambas estaban bien y no habían tenido que lamentar daños materiales, así que todo quedó en un susto. La foto que nos envió de las dos sonriendo con las cejas chamuscadas y haciendo el gesto de la paz nos hizo reír a carcajadas; nos recordó a un verano cuando era joven, que se había chamuscado las pestañas intentando fumarse su primer cigarrillo con Zigor, su mejor amigo. Después de leer la carta y fregar los cacharros del desayuno, Antonio subió al tractor y se dirigió hacia el alto de Sendadiano para fumigar una finca de trigo. Yo ordené la casa, atendí a todos los animales y estuve limpiando los dos gallineros. Más tarde subí a hacer la comida y me senté a esperarle mientras leía el periódico. Suspiré disgustada al ver que el día anterior había estallado otro artefacto de E.T.A. en una casa Cuartel en Villareal, en Álava. Habían hecho explotar una furgoneta en la entrada del edificio, matando a un Guardia Civil e hiriendo a otros cuatro compañeros. Esta matanza debe acabar cuanto antes, no hay derecho a que hayan muerto más de ochocientas personas en este conflicto nuestro, que lleva manchando nuestras vidas desde hace tantas décadas. He de admitir que, al principio, durante el franquismo, estuve de acuerdo en que teníamos que luchar con las armas para recuperar nuestra cultura, nuestro idioma y nuestras costumbres, pero hace ya muchos años que no estoy de acuerdo con la violencia. He visto que hay otras maneras de trabajar para recuperar nuestra identidad, y he comprobado que se pueden cambiar las cosas a través de la política y de la colaboración social.

Los de mi generación no podíamos imaginar que las cosas mejorasen tanto como lo han hecho. Nuestro idioma, el euskera, está más vivo que nunca, gracias al esfuerzo de los profesores y profesoras de las ikastolas (94), del Gobierno Vasco y de Euskaltzaindia (95), la Academia de la Lengua Vasca. Nuestros jóvenes viven y trabajan en euskera, por fin hemos recuperado la

estabilidad económica y la libertad de expresión, y vivimos con más comodidades que nunca. Por eso no entiendo que haya sectores que consideren necesario seguir matando. Espero de todo corazón que los atentados cesen pronto y que E.T.A. entregue las armas cuanto antes. Hace años, me preocupaba la idea de que Elurne se metiera en esos líos, pero gracias a la Diosa sus inquietudes son otras. Hace un par de meses arrestaron a uno de sus amigos, el hermano de Zigor, y las cosas se pusieron feas. La policía efectuó registros domiciliarios por todo Kuartango, e incluso vinieron aquí a Lamietxe, lo que es una locura. ¿Qué vamos a esconder unos viejos como nosotros en este caserón?

Volviendo al tema del día en que Inguma se llevó a Antonio, cuando acabé de leer el periódico miré el reloj de la cocina, extrañada. Me había dicho que llegaría a comer, pero eran ya las cuatro de la tarde y no había aparecido. Yo tenía hambre, así que me terminé el plato de alubias y me puse a limpiar el establo. Cuando dieron las ocho, preocupada, entré en la casa y marqué el número de su teléfono móvil. Estos cacharros son cosa de brujería, puedes llamar al aparato y hablar con la gente, aunque no está conectado a ningún cable, e incluso puedes enviar mensajes de voz. Yo no quería esas modernidades en casa, pero Elurne insistió en regalarnos unos para que llevemos en el bolsillo cuando estamos lejos de casa. Cuando por fin la llamada se estableció, escuché el tono del móvil en la habitación contigua. Disgustada, me dirigí al salón y comprobé que, en efecto, Antonio se lo había dejado en casa. Me calcé las botas y cogí el coche, dispuesta a subir a la finca a buscarle. Quizá se había despistado, aunque se me hacía bastante raro; al fin y al cabo, sabemos aproximadamente la hora que es por la posición del sol, y me parecía demasiado tiempo para fumigar una simple finca. Sin duda, algo le había pasado. Con el corazón en un puño por la preocupación, arranqué el Land Rover y me dirigí al alto de Sendadiano. Hay tramos muy escarpados y hay que tener cuidado, así que conduje despacio y muy concentrada. No me gusta nada conducir el Land Rover, eso suele ser cosa de Antonio, pero me vi obligada a sacarme el carné hace algunos años. Me argumentó que, si algo le pasaba a él, necesitábamos ser capaces de llegar rápido al pueblo a buscar ayuda. Cuando llegué a la finca pude ver al instante que allí no estaba, así que, extrañada, seguí conduciendo por si había aprovechado a subir hasta otra finca cercana al pueblo de Andagoia. El terreno empinado no admitía descuidos y concentré mis cinco sentidos en no salirme del camino marcado por las ruedas de los 4x4. Cuando giré una curva especialmente difícil, mi corazón se detuvo de pronto y pegué un frenazo.

Abajo en el ribazo, entre matos, se entreveía el tractor hecho pedazos; sin duda alguna, había rodado por la escarpada pendiente después de algún resbalón. Salí del Land Rover y bajé la pendiente con toda la rapidez que me permitían mis ochenta años, agarrándome a los espinos, las zarzas y los troncos de los árboles. El terreno estaba muy resbaladizo porque había llovido mucho en los días anteriores, y me dio miedo caerme y partirme algún hueso. Cuando llegué al lugar del siniestro bajé la cabeza, junté las manos, cerré los ojos y entoné una breve oración a la Diosa Mari para pedirle que estuviera sano y salvo después de semejante caída. El tractor estaba volcado de costado y lo rodeé para buscar a Antonio. Lo encontré en la cabina, con los ojos cerrados y la cara y la barba blanca manchada de sangre. Me acerqué a él llamándole suavemente y le toqué la mejilla, temiendo que estuviera muerto. Por suerte, sólo estaba inconsciente y al sentir mis dedos abrió los ojos y pronunció mi nombre con dificultad. Por fortuna, había tenido el acierto de abrocharse el cinturón y no había salido despedido del tractor mientras daba tumbos por el precipicio. Tenía una pequeña herida en la frente y la sangre siempre es aparatosa, pero por lo demás parecía estar bien. Le desabroché el cinturón y le ayudé a salir. Cojeaba un poco, pero me aseguró que no tenía nada roto porque podía mover con facilidad todas las articulaciones.

Tardamos bastante tiempo en subir al camino donde estaba aparcado el Land Rover, por lo empinado de la cuesta y el mareo de Antonio, pero cuando llegamos se sentó aliviado en el asiento del copiloto. Me miró agradecido y admitió que había sido una imprudencia dejarse el móvil en casa, pero que nada se podía hacer ya. Llorando aliviada, arranqué y me concentré una vez más en la conducción, mirándole de reojo cada varios metros para asegurarme de que estaba bien. Le dije que deberíamos ir al hospital a que le hicieran alguna prueba, pero se negó porque dijo que tan sólo eran un par de golpes y que con un poco de descanso estaría bien en pocos días. Insistí, pero era terco como una mula, así que volvimos a Lamiexxe como él quería, le preparé un baño y algo de cena y lo dejé acostado en nuestra cama mientras recogía los cacharros. Después llamé a nuestro amigo Bixente para pedirle ayuda; necesitaba subir el tractor al camino para llamar al seguro y poder evaluar los daños. Estuve un par de horas mirando el fuego en el salón, agradeciendo la buena fortuna de que Antonio hubiera sobrevivido a semejante caída. Después apagué la luz y entré en nuestra habitación para ponerme el camisón y acostarme. Le vi tan pálido y frágil que no me atreví a meterme en la cama junto a él, por miedo a golpear sus heridas durante la noche y hacerle daño. Tengo un dormir bastante alterado y doy vueltas durante toda la noche. Acerqué una butaca a la cama y me senté a su lado, apoyando las piernas encima de un taburete y tapándome con una vieja manta de cuadros que él me regaló hace unos años. No pude dormir porque no es la postura más indicada para ello, pero sí eché varias cabezadas y comprobé varias veces que Antonio se encontraba bien.

En uno de esos breves períodos de consciencia entre mis sueños inquietos, me pareció percibir un vaho que se colaba por debajo de la puerta. Me quedé inmóvil, mirándolo fijamente por si indicaba que algún otro incendio se había desatado en Lamiexxe. Elurne estaba en Irlanda y Antonio seguía dormido, así que me levanté con el corazón en vilo para ir a investigar. Era imposible que hubiera un incendio en casa, no habíamos encendido la chapa ni la chimenea aquel día y no había tormenta en el cielo que desatara rayos que pudieran causarlo. Salí al pasillo y no vi humo ni olí a quemado, así que recorrí todas las estancias de Lamiexxe para comprobar que, efectivamente, no había humo ni fuego por allí. Volví a la habitación, convencida de que me lo había imaginado todo, y volví a recostarme en la butaca con la manta. A los pocos minutos apareció de nuevo el vaho blanco, y lo vi entrar por el quicio de la puerta; me quedé inmóvil, muy asustada porque ese humo sólo podía significar una cosa. Inguma quería entrar en la habitación y eso no auguraba nada bueno.

Inguma es uno de los genios malignos de nuestra mitología; es un ser del ultramundo, tétrico, oscuro y despreciable, que gusta de alterar el sueño de los humanos entrando en su casa por las noches, causándoles pesadillas y aplastándoles el pecho para dificultar su respiración. Yo había leído en los libros de Zugarramurdi que no se le conoce forma humana, que es un ser de forma cambiante, y que está formado por un vaho denso que exuda maldad y que se esparce por la habitación rodeando a la persona que ha elegido para ahogarla. Nunca he leído que Inguma haya matado a nadie con sus malas artes y eso me confunde mucho, todavía hoy. También se supone que Inguma no entra en aquellos hogares que tienen un Eguzkilore, nuestra flor sagrada, en la puerta de casa. Sin embargo, aunque en Lamiexxe hay decenas de Eguzkiloires, el vaho siguió creciendo en la habitación y esparciéndose cada vez más. Yo sólo podía mirar; no podía moverme ni un milímetro porque parecía que Inguma nos estaba atacando a Antonio y a mí en igual medida. Petrificada en la butaca sin poder apartar la vista de aquel fenómeno, me pareció percibir unos ojos malignos y heladores dentro del vaho; los ojos me miraron durante unos segundos, crueles y burlones, y luego volvieron la vista hacia Antonio. Quise gritar, pero tenía la voz congelada y la garganta dolorida,

como si alguien la estuviera apretando con fuerza. Miré a Antonio a través del denso vaho, mi apuesto y fornido Basajaun, mi amor, mi roca, y le agradecí toda una vida juntos. Le agradecí su amor incondicional, su respeto a mis creencias y decisiones, su apoyo en los momentos duros y su cariño a la hora de enfrentar todas mis locuras. Vi cómo le costaba respirar mientras Inguma le rodeaba, vi que abría la boca una y otra vez como un pez fuera del agua, desesperado por lograr que el aire entrara en sus pulmones. También vi el momento en el que ya no pudo más, el momento en el que el aire abandonó por última vez sus pulmones, y la forma dulce en la que sus ojos aletearon por última vez. Sentí que Inguma reía a carcajadas, y vi el vaho que giraba sin cesar sobre Antonio haciendo que la barba blanca se meciera agitada sobre su rostro, como si fuera un tornado que lo arrasaba todo a su paso. Lo último que vi fue a Inguma girarse hacia mí, y sus ojos tenebrosos brillaron mientras el vaho se acercaba a mí a toda velocidad, envolviéndome.

Como es evidente, Inguma no me llevó a mí también porque aquí estoy vivita y coleando, pero tuvo algún efecto en mi mente; no desperté de mi sueño agitado hasta muchas horas después. Tenía el cuerpo entumecido y el cuello rígido, y me dolía muchísimo la cabeza. Me quité la manta y corrí hacia Antonio, sintiendo que el corazón se me rompía en mil pedazos. Era claro que había muerto, que Inguma se lo había llevado a otro mundo. Su tez blanca, casi translúcida, su rostro demacrado y su pecho inmóvil denotaban que ya no respiraba. Me metí entre las sábanas junto a él y lloré desconsoladamente abrazada a su frío cuerpo durante horas. No quería despedirme de él, no quería vivir sin él, quería que Inguma se me llevara, o Akerbeltz, Tartalo o incluso Herio, cualquier ser maligno que pudiera devolverme junto a Antonio lo antes posible. Cuando ya no me quedaron lágrimas salí de la cama y llamé a mi amiga Julene y a Elurne a Irlanda, para contarles las malas noticias y pedirles ayuda. Al oírme a mí misma decir en voz alta que Antonio había muerto volví a echarme a llorar y me derrumbé en el suelo junto al teléfono, convencida de que no sobreviviría a semejante desgracia. Allí me encontró Julene cuando llegó a Lamietxe junto a su marido, y me acompañó con suavidad al sofá a descansar mientras ellos llamaban al tanatorio y a otros vecinos del pueblo para informarles del fallecimiento. Decirle a Elurne que su aitite había muerto es probablemente lo más difícil que he tenido que hacer nunca.

Contestó a la llamada con su habitual voz pizpireta, preguntando inmediatamente qué tal iban las cosas por casa. Tardé unos segundos en responder, pero ella lo entendió enseguida. Es el abuelo, dijo en voz queda. Se echó a llorar y prometió que cogería el primer vuelo a casa. Hizo lo prometido, y para esa misma tarde ya estaba conmigo en Vitoria en el tanatorio, un lugar espantosamente frío y aséptico que odié desde el momento en el que crucé el umbral. Cuando Elurne entró por la puerta corrió hacia mí y se lanzó a mis brazos con lágrimas en los ojos. Nos abrazamos durante un largo rato, desconsoladas por nuestra pérdida y llorando amargamente. Después entramos al despacho del tanatorio para hablar de los próximos pasos que debíamos dar. Estuve a punto de marearme porque el calor allí dentro era sofocante y el dueño del tanatorio olía muchísimo a vino, amén del calvario de tener que hablar de féretros o urnas, de funerales y de coronas de flores. Por fortuna, Elurne conservó la calma y se hizo cargo de la situación; obviamente elegimos una cremación, Antonio y yo ya lo habíamos hablado y ninguno de los dos queríamos ser enterrados. Me provoca asco desde pequeña la imagen de gusanos y otros insectos devorando mi carne lentamente día tras día. Prefiero que, tras mi muerte, mi cuerpo arda entre las llamas, como hicieron mis antepasadas hace tantos siglos, para convertirse en ceniza que luego puedan esparcir por Kuartango. Antonio quería lo mismo, así que ultimamos los preparativos y volvimos a Lamietxe. Tendríamos que esperar al día siguiente a celebrar el funeral en Uzanza, y temí no tener la fortaleza suficiente para acompañar a Elurne a la iglesia. Antonio respetaba mis

creencias, pero él era católico creyente y nos pidió que se celebrase un funeral en su memoria en el pueblo.

En el viaje de vuelta a Kuartango permanecí en silencio, y Elurne me prometió que se encargaría de hablar con el cura y de avisar a los amigos cercanos a la familia por teléfono o mensaje. A mí me daba igual, sólo podía pensar en Inguma sobrevolando el cuerpo de Antonio y llevándose su alma. Nunca mientras viva podré olvidar aquella horrible noche. Al día siguiente bajamos al pueblo y aguanté estoicamente la Misa del aburrido párroco y las condolencias de los vecinos y vecinas de Uzanza. Me sentía ajena a todo aquello, y tuve que esforzarme mucho por mantenerme allí de pie besando a gente que apenas conozco, que se arremolinaban a nuestro alrededor para darnos el pésame. Respiré aliviada cuando pudimos por fin volver a casa. Colocamos el cofre con las cenizas encima de la mesa de la cocina y nos cogimos de la mano, tristes y compungidas. Pasamos muchas horas en silencio en la cocina, cada una embebida en sus propios pensamientos, recuerdos y temores. Después nos fuimos a la cama y al día siguiente informé a Elurne de que quería esparcir las cenizas yo sola, en la intimidad. Me miró con un gesto de reproche, pero creo que lo entendió; al fin y al cabo, sabe desde pequeña que su abuelo es parte de mí, y que es lo más importante que me ha sucedido en la vida. Después de desayunar, subí al lugar perfecto para que descansara mi Basajaun, en plena naturaleza y con el tintineo del agua subterránea manando de las profundidades de la tierra. La surgencia de agua de la ermita de la Trinidad, donde quedamos por primera vez hace tantos años ya, era el lugar ideal para su descanso. Ya no teníamos la llave de la ermita porque hacía años que su familia ya no la custodiaba, pero cavé un agujero a orillas del arroyo, debajo de un árbol, y enterré allí las cenizas, entonando los cánticos funerarios de los antiguos. Era un sitio maravilloso y lleno de significado para nosotros; allí podría visitarle a menudo. Su alma descansará junto al manantial para toda la eternidad y eso me consuela y me da un poco de paz.

Pero ahora lo que siento es desazón. Estoy desorientada porque no sé cómo continuar sin él. Elurne volvió a Irlanda a las dos semanas del funeral, no sin antes acordar con mi amiga Julene que vendría a quedarse conmigo un par de días hasta su regreso. Esos dos días se me hicieron interminables; tenía una angustia espantosa de que pudiera pasarle algo estando allí que le impidiera regresar a mi lado. Parece egoísta, porque sé que ella debería ser libre para continuar con su vida sin tener que encargarse también de la mía, pero creo que, si hubiera decidido no volver, yo me habría tirado por el precipicio del Salto del Nervión. No creo que hubiera sido capaz de continuar sola aquí, como hacen tantas otras mujeres longevas de mi generación. Las mujeres Kuartanguesas somos fuertes y valientes, y hay muchas viudas en este valle que viven solas y se manejan a las mil maravillas, pero quizá yo no esté hecha de la misma pasta. Si pienso en levantarme cada mañana sabiendo que estoy sola, sin familia ni amigos con los que conversar, y con las tareas de la huerta y de animales para hacer sola, me entra una sensación de depresión que no logro quitarme de encima. Y no sería tan difícil acabar con mi vida en realidad, todo lo que tendría que hacer es subir hasta el nacimiento del Nervión como he hecho tantas otras veces, pero esta vez, en lugar de simplemente asomarme al abismo, atreverme a saltar para reunirme con Antonio.

Al final, tras muchas horas de reflexión, tomé la determinación de que no podía hacer algo así, porque si yo muero, Elurne es la que se queda sola. Está muy preocupada pensando en qué haremos con los animales y con los cultivos de Lamietxe porque, aunque es una muchacha fuerte, ágil e inteligente, no será fácil para ella mantener esta casa prácticamente sola. Rezo a Mari para

que, de algún modo, logremos encontrar una solución al problema y alguien pueda venir a ayudarnos, a poder ser pronto.

Kuartango, abril de 2.009

El trayecto hasta Lamiexxe no fue muy largo, pero Miguel se durmió casi al instante; al llegar, Elurne le zarandó para que bajara del destartado Land Rover. Sacudió la cabeza varias veces para desperezarse y abrió la puerta, disgustado por la fría brisa que soplaba entre los árboles. No sabía si estaba destemplado o sencillamente agotado porque llevaba varias noches durmiendo muy poco. Siguió a la pelirroja por las antiquísimas escaleras del baserri y al entrar en la cocina se detuvo, boquiabierto una vez más. Lamiexxe nunca dejaría de sorprenderle. La anciana María estaba sentada en un viejísimo taburete en la semioscuridad. Había encendido una hoguera bajo la pesada marmita, que colgaba de una herrumbrosa cadena de hierro fijada al techo. Vestía una vieja túnica de lino verde y su pelo, suave y blanco, caía en una cascada de rizos hasta las caderas. Miguel no pudo evitar pensar que parecía sacada de alguno de los cuentos de su infancia. La marmita, llena hasta la mitad, borboteaba alegremente, salpicando los bordes con un denso líquido oscuro. De la marmita asomaban hojas, flores, setas y ramas que la anciana María probablemente había recogido en el bosque. Era una bruja de leyenda, pero de la era moderna, y le fascinaba observarla. Era consciente de que la bruja no era tal, sino una enferma mental, pero su locura tenía algo de cautivador. Se sintió tentado de sacar una foto a la escena que se desarrollaba ante sus ojos en la vieja cocina. La anciana, que no les había visto, canturreaba en voz baja algún ritual inventado, revolviendo con brío el mejunje mientras observaba la pócima con curiosidad infantil. La pelirroja, habituada como estaba a las extravagancias de su abuela, se acercó a ella, la besó con dulzura en la frente y se puso a preparar café. Miguel no sabía exactamente cómo proceder. Dudó unos segundos, pero por fin optó por acercarse a la anciana María y le dio un beso imitando a su novia, que le sonrió feliz desde el fregadero. La bruja levantó los ojos de la marmita y le miró fijamente durante unos segundos, confusa. Lentamente una sonrisa apareció en sus labios e inclinó su hermoso rostro hacia él, dándole la bienvenida. Cuando la anciana volvió a centrar su atención en el brebaje, Miguel exhaló un suspiro de alivio y se volvió hacia Elurne.

- No quisiera ofender, y quizá no es el mejor momento para preguntar, pero ¿es hereditario?

- ¿La enfermedad de la abuela? No lo saben a ciencia cierta, pero creo que no. Espero que no salgas espantado, ahora que he sembrado la duda.

- Para nada, preciosa, tú no te escapas.

- Me gusta que la abuela no se haya sobresaltado cuando tú has entrado en la cocina. Sólo el abuelo y yo podíamos presenciar algunos de sus rituales, éste incluido. Las pocas veces que alguien ajeno a la familia la ha visto, ella ha salido gritando a esconderse en el pajar. Me emociona ver que sigue concentrada en su ritual sin importarle tu presencia, eso quiere decir que te considera de confianza.

Se volvieron para mirar a la anciana, que en aquellos momentos agitaba una pequeña cesta de mimbre para añadir hongos arrugados a la receta.

- ¿Está haciendo algún potingue útil?

- No, creo que la pócima que está haciendo ahora es invento de su fantasía. Una de sus cremas para el cutis, fijo que no es; ésas son más viscosas. Espero que no tenga intención de probarla, tiene una pinta asquerosa. La última vez insistió en probarla y le entró un cólico que la tuvo corriendo al baño dos días seguidos.

Elurne le miró con ojos chispeantes, acordándose de la anécdota familiar. Parecía haber olvidado la desastrosa reunión del Txoko, el arresto de Garbiñe y todos sus problemas. Miguel siguió preguntando, intuyendo que la pelirroja se calmaría si seguían hablando de la abuela.

- ¿Qué clase de ingredientes utiliza para la sopa tóxica esa?

- De todo, literalmente. Raíces, plantas, flores, piedras que ella considera mágicas, escarabajos, tierra, agua del río... Creo recordar que una vez echó las lentejas que había cocinado el abuelo Antonio y él se enfadó muchísimo. No sirvió de nada, ella siguió canturreando mientras embotaba el brebaje en frascos de vidrio hasta que acabó de vaciar la marmita. Hay una habitación en el sótano que está llena hasta los topes con sus potingues. No puedo tirarlos a la basura, le daría un disgusto de muerte.

- Debe haber sido duro crecer con ella.

- A veces sí, a veces no. Aprendimos a aceptar la situación. Vive en su mundo imaginario, que a veces se entrelaza con el real. Lo único que podemos hacer los que convivimos con ella es quererla, cuidarla y respetar sus peculiaridades. Recuerdo que el abuelo y yo llevábamos un pequeño zurrón de cuero en nuestras excursiones por el Valle para meter plantas, flores y raíces que entregábamos a la abuela al volver a casa. Nos esperaba en el balcón, impaciente, y al vernos regresar corría a recibirnos con unas sonrisas inocentes que alegraban el corazón.

Sonriendo mientras la inundaban los viejos recuerdos, Elurne vertió la leche y el azúcar en las tazas de café e indicó a Miguel que la siguiera hacia el salón. Encendieron la pequeña lámpara de la mesita y se acomodaron en el sofá el uno junto al otro, en silencio. Los minutos pasaron con lentitud sin que ninguno de los dos comenzara a hablar. Los ojos de la pelirroja estaban fijos en el café y, por la intensidad de su mirada, Miguel dedujo que volvía a pensar en la reunión. Frunció el ceño y, con un suspiro hondo, se recostó en el sofá y se tapó con una colorida manta de lana.

- Crees que estoy loca, ¿verdad?

- ¿Por lo de tu abuela?

- No seas imbécil. Por presentarme a Presidente.

- No creo que estés loca. Estoy sorprendido, eso es todo. Creo que ya tienes bastante con Lamietxe, con la abuela María y con tu trabajo a distancia para tu tío el irlandés.

- Lo sé. No he podido evitarlo, me he calentado. Berta es una aprovechada y no es justo lo que hizo. Unax está destrozado; todo el pueblo habla de él.

- De él y de todos nosotros.

- Exacto, y eso es justo lo que Berta quería. Quitarse un contrincante de en medio y apuntarse un tanto en el camino.

- No entiendo que te quieras presentar sustituyendo a Unax.

- Sus propuestas para Uzanza son buenas y se merecen que el pueblo tenga acceso a ellas.

- ¿Y tienes que ser tú necesariamente?

- Unax y Zigor están descartados, por lo obvio. Berta tratará por todos los medios de desacreditar a los demás, pero no puede hacerlo conmigo. Mi historial está limpio y he vivido en el extranjero más de diez años, por lo que ni siquiera puede inventarse chismes falsos sobre mí. La gente de Uzanza me respeta. Puede que no sea tan mala idea, al fin y al cabo.

- ¿Y qué dirá Unax?

- Le he llamado cuando hemos salido del Txoko. Le parece bien, pero está bastante deprimido, así que iré a verle por la mañana para asegurarme. No quiero ofenderle.

- ¿De dónde piensas sacar tiempo para todo esto?

- El cargo de Presidente, en caso de que ganara yo, no conlleva tanto tiempo como el de Alcalde de un Ayuntamiento, por ejemplo. Es mucho trabajo y no se cobra, a veces ni siquiera los vecinos y vecinas agradecemos el compromiso personal que implica el cargo. Unax y Zigor me ayudarían encantados, son los que más pasión tienen por la gestión del pueblo. En cualquier caso, aunque me presente no creo que gane, pero quiero intentarlo de todos modos.

Miguel la miró, sopesando cómo plantear la pregunta que llevaba un rato queriendo hacer.

- ¿Sabías que Garbiñe y Unax habían vivido juntos?

- Claro, los dos estudiaron en Pamplona. Ya se conocían por medio de Zigor y estuvieron compartiendo piso un par de años.

- ¿Y vivían los dos solos?

- Eran cuatro, creo que los otros dos chicos eran de Bilbao. ¿Por qué lo preguntas?

- Por nada en particular. ¿Puedo hacerte otra pregunta? ¿No te molesta que te asocien con terroristas y alborotadores?

- No me jodas, Mikel. ¿De verdad crees que Unax y Zigor son terroristas y alborotadores?

- No, yo no lo creo. Pero eso no impide que medio pueblo lo piense.

- No me importa lo que piense la gente. Si nos conocen de verdad, ya saben que somos gente trabajadora, que colaboramos en las actividades del pueblo y que en general somos sensatos. Lo que Uzanza necesita ahora son buenas ideas y vecinos y vecinas dispuestas a llevarlas a cabo.

- Supongo.

- No pareces convencido.

Por supuesto que no lo estaba. Si Berta Heredia tenía acceso a papeleo policial confidencial, no dudaría en informar a sus contactos de que Elurne tenía intención de entrar en la escena política del pueblo. Si eso sucedía, todos los esfuerzos que había hecho al escribir el informe para Narváez no habrían servido para nada. Había omitido algunos datos y modificado otros para evitar que los tres amigos siguieran estando vigilados, pero si continuaban apareciendo en el radar de la policía, él no podría hacer nada. Narváez y el resto de los buitres se frotarían las manos y volverían a la carga. Suspiró pesaroso y miró a la pelirroja, atrayéndola hacia sí para envolverla en un abrazo.

- No estoy convencido, pero es tu decisión y te apoyo.

- Mañana sabremos si me dejan presentarme. Tú no te preocupes por mí, Mikel, que sé cuidar de mí misma.

- Pero no tienes por qué hacerlo sola, ahora también estoy yo.

Comenzaron a besarse y acariciarse hasta que notaron sus cuerpos anhelando el del otro. Para evitar que la anciana María pudiera interrumpir sus amoríos si se quedaban en el salón, se dirigieron a la habitación de Elurne riendo como chiquillos, y cayeron en la cama abrazándose apasionadamente. Hacer el amor con la pelirroja era llegar al paraíso; su mutuo entendimiento, amor y energía les hacía experimentar un estado superior, un placer que ninguno de ellos había experimentado antes. Por fin cayeron en un profundo sueño enredados en un abrazo relajado.

Al abrir los ojos a la mañana siguiente, Miguel observó durante un largo rato el rostro dormido de Elurne. Sus ojos aleteaban levemente bajo los párpados y sus labios carnosos, entreabiertos, formaban una bella sonrisa. Sueños felices, pensó Miguel. Salió de la cama sin hacer ruido, se puso los pantalones y la camiseta y salió al pasillo cerrando la puerta de la habitación tras de sí.

Se encaminó a la cocina para preparar el desayuno y llevárselo a la cama. Supuestamente era algo que a algunas mujeres les encantaba, aunque él encontraba incómodo comer medio tumbado. Entró en la cocina y suspiró aliviado al ver que estaba solo; se sentía bastante extraño en presencia de la anciana María. Silbando, preparó café, puso magdalenas en un plato y tostó rebanadas de pan casero, untándolas con mantequilla y exquisita mermelada casera. Tardó una eternidad en encontrar una bandeja, pero por fin tuvo todo preparado, y lo llevó a la habitación. Cuando llegó, Elurne estaba desperezándose y se mostró entusiasmada con la sorpresa. Al terminar el desayuno, la pelirroja saltó a los brazos de Miguel, comiéndoselo a besos.

- Tú sí que sabes cómo ganarte a las mujeres de Kuartango, ¿eh?

- Un buen desayuno ayuda a comenzar el día con energía.

- Y una ducha, también.

Desnuda, Elurne se acercó al armario y sacó una toalla blanca con la que se envolvió mientras

guiñaba pícaramente un ojo en su dirección.

- ¿Te vienes?

Sin poder creer su suerte, Miguel saltó de la cama con tal energía que sus pies se enredaron en las sábanas, enviándole de bruces al suelo. La pelirroja, riendo a carcajadas sin poder controlarse, le echó una mano para levantarse y le llevó hasta el baño entre risitas. La ducha fue mucho más larga y placentera que las habituales y, tal y como había dicho Elurne, fue el perfecto complemento para comenzar el día con buen pie. Cuando por fin se vistieron, entraron en la cocina para fregar las tazas y los platos. Elurne se mostró ansiosa por marchar cuanto antes a hablar con Zigor y con Unax, por lo que tras despedir a la anciana María y dar de comer a la extensa familia perruna, avícola, ovina, bovina y caballar del viejo caserío, montaron en el coche y se dirigieron a la Pensión Chifflet. Zigor parecía estar esperándoles, porque salió a recibirles a la puerta, claramente nervioso y con cara de no haber pegado ojo.

- Estaba a punto de irme a casa de Unax. ¿Os apetece venir?

- Yo sí. Mikel, ¿tú qué vas a hacer?

- Creo que me quedaré aquí, necesito seguir avanzando con la redacción de la tesis. Si a la tarde vais a tomar una cerveza, igual me animo.

- ¿Vendrás a la reunión?

- No estoy seguro, luego hablamos.

Elurne y Zigor montaron en el viejo Land Rover y marcharon con prisa en dirección al pueblo; la pelirroja le lanzó un beso desde la ventanilla bajada cuando le dejó en la Pensión Chifflet.

Descansado y satisfecho, Miguel entró en casa y se dedicó a limpiar con brío un par de horas. Hacía días que no se preocupaba por el orden y la limpieza, y el piso había tomado el aspecto de la típica gruta de un oso cavernario. Cuando por fin estuvo satisfecho, llamó a Gorri y salieron a dar una larga caminata por el bosque, rodeando el Pico Marinda. Para su agradable sorpresa, se encontró con Don Gerardo. El profesor, ágil y elegante aún en su avanzada edad, caminaba agachado con una cesta de mimbre en la mano. Parecía estar buscando setas. Miguel silbó quedamente para no alarmarle y le saludó con la mano mientras se acercaba a él. El hombre pareció agradablemente sorprendido por el inesperado encuentro y, tras acariciar al cachorro, se acercó para estrecharle la mano.

- Buenos días, Miguel, ¿o debo llamarte Mikel? Me ha contado un pajarito que los vecinos te han cambiado la identidad.

- Todos me llaman Mikel, pero la identidad no me ha cambiado un ápice.

- ¿Estás seguro de eso?

El hombre le guiñó un ojo y le palmeó la espalda con una fuerza que no se esperaba de un erudito hombre de libros.

- ¿Qué quiere decir, Don Gerardo?

- Llevas ya unas semanas en Kuartango, trabajando en tu tesis sobre Etnología Vasca, y al mismo tiempo has estado conviviendo con nosotros en este diminuto pueblo de las montañas vascas. La experiencia ha debido de cambiarte, en cierta manera.

- Supongo que sí, no puedo negarlo. Pero no sé exactamente cómo me ha cambiado.

- ¿Estás disfrutando en Uzanza?

- Muchísimo, me encanta el pueblo. La armonía del paisaje, la belleza de los parajes y la amabilidad de sus gentes.

- Y además me han dicho que te has echado novia, ¿verdad?

- Sí, eso también ayuda a estar contento.

- Elurne es una chica excepcional, cuídala mucho.

- Lo haré. ¿Puedo hacerle una pregunta?

- Sí, claro.

- ¿Es normal lo que sucedió anoche en el Txoko?

Don Gerardo inspiró hondo y meditó antes de responder. Miguel esperó pacientemente mientras caminaban entre los frondosos árboles.

- Es difícil contestar a tu pregunta. Nunca había ocurrido algo así en Uzanza, al menos desde que yo estoy en la Junta Administrativa. Pero supongo que las disputas vecinales son habituales en cualquier pueblo.

- ¿Es normal que un candidato intente revocar la candidatura de otro? Yo nunca lo había visto.

- Yo tampoco, pero las circunstancias de las últimas semanas tampoco son las habituales. Un vecino muerto en Uzanza y varios vecinos investigados e incluso arrestados. Los Heredia están, como puedes comprender, destrozados por la muerte de su padre y la hospitalización de su madre.

- Lo comprendo. La situación es horrible y se me ponen los pelos de punta cada vez que pienso en los hijos y el resto de la familia, que nunca volverán a ver a su padre. Pero al mismo tiempo me molesta que se acuse a Unax, Zigor y Elurne, que no han tenido la culpa.

- Puede que no, pero has de admitir que el arresto de Garbiñe no ayuda a disipar las sospechas de algunos vecinos. Berta hará cualquier cosa con tal de evitar que entréis a formar parte de la Junta Administrativa de Uzanza.

- No es justo. Por cierto, ¿se sabe dónde ha obtenido Berta esa información tan confidencial? Es imposible que esos datos sean de dominio público.

- La respuesta a eso sólo la tiene ella. No me sorprende, de todas formas. El señor Heredia era un exitoso hombre de negocios y siempre ha tenido sus contactos en las Administraciones Públicas y en las Fuerzas de Seguridad.

- Me parece mezquino mezclar la política de partidos a la hora de votar a un cargo que no debería considerarse político, ¿no cree?

- Estoy de acuerdo, pero es inevitable. Esto sucede en cualquier pueblo pequeño, porque las familias llevan generaciones conviviendo en estrecha relación y saben de qué pie cojea cada cual. No es tan extraño, lo mismo pasaría en un pueblo de Andalucía o en otro de Castilla y León. Aunque no se presentan partidos políticos sino vecinos o vecinas, no resulta difícil saber la inclinación política de cada candidato. La política, nos guste o no, tiene una influencia en la convivencia de una población.

- ¿Podrá presentarse Elurne al cargo?

- Tendrás que esperar a la reunión de esta tarde; no puedo adelantar acontecimientos, sería injusto para el resto del pueblo. ¿Estás preocupado por ella?

- Sí, la verdad. No me gusta que se involucre en temas políticos.

- Tal y como has dicho antes, esto no es un tema político.

- Pero sí lo parece. No quiero que Berta arruine su reputación o que haga que la investiguen como a Zigor y Unax.

- La conducta de Elurne siempre ha sido intachable y los vecinos lo saben. Berta no puede obligar a la policía a que la investiguen, Mikel. Supongo que tiene algún contacto corrupto que le habrá pasado la información.

- En cualquier caso, todo esto no me gusta.

El barbudo profesor asintió, completamente de acuerdo con él. Frunció el entrecejo y se agachó para recoger unos hongos que inspeccionó minuciosamente antes de meterlos en la cesta.

- He de admitir que tengo ganas de que se acabe el proceso de elecciones; está resultando muy difícil controlar a los vecinos durante las reuniones.

- Pues yo creo que lo hace usted muy bien, Don Gerardo. Yo sería incapaz de dirigir las reuniones, con el ambiente tan tenso que se respira y las discusiones.

- No me resulta difícil. Quizá se deba a mi experiencia con los chavales adolescentes en la Ikastola.

Siguieron hablando distendidamente mientras caminaban de vuelta a Uanza y un rato más tarde se despidieron en casa del profesor. Éste insistió en que se llevara la mitad de las setas que había recolectado, así que, con la cena en una bolsa, Miguel se encaminó a la Pensión Chifflet de muy buen humor.

Por desgracia, no le duró mucho. Había olvidado su teléfono en casa y pronto pudo comprobar que tenía tres llamadas perdidas del Coronel Narváez. Maldiciendo, se dirigió a la habitación y encendió el ordenador a toda prisa antes de devolver la llamada. Revisó mecánicamente las cámaras de seguridad y comprobó disgustado que las diminutas baterías comenzaban a agotarse. Tendría que cambiarlas en las próximas veinticuatro horas o perdería la conexión. Marcó el número del Coronel y esperó inquieto.

- ¡Miguel! ¿Dónde coño estabas? Llevo horas llamándote.

- Perdona, mi Coronel. He ido a dar un paseo para despejarme y me dejé el móvil en casa.

- Es un descuido imperdonable, dadas las circunstancias. Me acabo de enterar de que Unax Etxebarria, uno de los sospechosos, convivió durante dos años con la terrorista que arrestamos ayer. ¿Por qué diablos no averiguaste esta información antes? Podríamos haberles atrapado a ambos hace semanas. Llevas un mes en ese pueblo conviviendo con esa gente y no has sido capaz de averiguar algo tan sencillo como esto. ¿Qué más has pasado por alto? Quizás estamos malgastando dinero público y deberíamos reemplazarte.

El corazón de Miguel se detuvo unos segundos mientras pensaba en una respuesta adecuada. No se le ocurrió ninguna disculpa, al contrario; no pudo evitar que la sangre comenzara a hervir en sus venas. Por segunda vez en su carrera profesional perdió la paciencia con un supervisor.

- Estoy haciéndolo lo mejor que puedo, joder. He trabajado sin parar todas estas semanas, pero no puedo enterarme tan fácilmente de todo lo que ha hecho cada sospechoso a lo largo de su vida. Unax no ha realizado ningún movimiento turbio en todas estas semanas. La única involucrada es Garbiñe. Si consideráis que vivir con un sospechoso es tan importante, ¿por qué coño no investigáis a todos los que han vivido con ella en Pamplona, incluidos sus puñeteros padres?

- No seas impertinente, Miguel, no se te ocurra volver a hablarme así. Soy tu superior directo. Es tu trabajo y para eso te pagamos. Qué querías, ¿unas vacaciones relajadas en la montaña? No es la primera vez que te enviamos a una misión secreta. No comprendo tu actitud. Te he apoyado desde tus comienzos en el Cuerpo y has sido mi protegido, pero estás decepcionándome esta vez. Esta misión es la más importante de tu carrera profesional y te la estás jugando. Tenemos agentes infiltrados en otras zonas del País Vasco que ya han practicado varios arrestos, y sus nombres son los que brillan, cuando deberían ser los nuestros. Estás haciendo un trabajo mediocre y no es tu proceder habitual. ¿Qué cojones te pasa?

Era una buena pregunta, y difícil de contestar. ¿Cómo decirle que en Uzanza había encontrado un hogar, amigos, una novia y una relativa paz interior? Lo único que estropeaba en aquel momento su feliz existencia en Kuartango era la puta Operación New Age, Narváez y la obligación de espiar a todos sus vecinos y amigos. Suspirando, dijo lo que en verdad deseaba decir.

- Quizás esto ya no sea para mí.

- Estarás de broma, Teniente. Entiendo que sigas triste por la muerte de Luis, pero no seas estúpido. No eches por la borda toda tu carrera. Puede que enviarte a esta misión dadas las circunstancias haya sido un error por mi parte. El atentado de Luis estaba demasiado reciente, y no lo tuve en cuenta. Pero tu trayectoria profesional en misiones encubiertas es brillante, y quería

darte una oportunidad.

En eso tenía razón el Coronel, pero en ese momento no le servía de consuelo. Había dedicado días, semanas, incluso meses a seguir a ladrones y narcotraficantes por la geografía española, inventando vidas nuevas, pero sin poder vivir la suya propia.

- No lo sé, Coronel, creo que lo digo en serio.

- Basta de idioteces, no quiero escuchar ni una palabra más. No vas a dejarme tirado en mitad de una misión de este calibre. Sería bochornoso después de haberte recomendado personalmente al Ministro. Me importa un bledo que estés teniendo una crisis de la mediana edad; céntrate en tu cometido y échale pelotas, es tu deber. Cuando acabe la misión ya hablaremos amplio y tendido sobre tu futuro, pero ahora has de continuar.

- ¿Continuar haciendo qué? Aquí ya no hay nada más por hacer.

- ¿Nada más por hacer? ¿Te parece poco que seguimos teniendo tres sospechosos y siguen saliendo a la luz pruebas de que no son trigo limpio?

- Estoy convencido de que están limpios.

- Pues yo no. Ni el resto de los altos mandos de la Operación New Age. Esos tres huelen a podrido; no en vano, algunos tienen antecedentes penales y todos ellos mantienen relaciones personales con terroristas.

- La gente cambia, mi Coronel. Los antecedentes penales son de hace quince años, cuando ellos eran chavales. La chica no tiene ningún antecedente.

- No seas cretino. ¿Te han comido el cerebro o qué? Ahora que hemos arrestado a su amiga, se pondrán nerviosos y cometerán algún fallo, es cuestión de tiempo. Te necesito totalmente concentrado en ellos y sus movimientos. Mañana decidiremos si arrestar a los dos varones para interrogarles de inmediato, o esperar a obtener más información, por si ellos nos pueden llevar a otros terroristas escondidos.

- ¿Arrestarles, mi Coronel? ¿Por qué las prisas? No tenemos pruebas.

- Tenemos las pruebas suficientes para un interrogatorio preliminar, pero lo estamos debatiendo todavía. Te comunicaré nuestra decisión en los próximos días. No te separes de tu teléfono y continúa monitorizando a los sospechosos. Quiero informes diarios con datos y pruebas. No me falles, Miguel, creo que acabarías lamentándolo. Tengo que hacer algunas llamadas, adiós, Miguel.

- Adiós, mi Coronel.

Colgó el teléfono y pasaron largos minutos antes de que lograra levantar la vista del teclado. A veces, el Coronel parecía el diablo en persona; era tajante, frío y calculador. Era evidente que no quería escuchar lo que Miguel intentaba decirle. ¿Cuándo se acabaría la puñetera Operación New Age? Estaba cada vez más harto de la misión. Compungido, volvió a comprobar las cámaras de

seguridad. Como se había temido, la mayoría necesitaba baterías nuevas y algunas perderían la señal en menos de veinticuatro horas, según los cálculos del software. Esperaba que las del Txoko aguantaran todavía unos días; necesitaba ver cómo se desarrollaba la reunión. Suspirando, se puso a trabajar de inmediato.

Comprobó que Elurne y Zigor seguían a buen recaudo en casa de Unax y preparó tres minúsculas baterías, asegurándose de que estaban lo suficientemente cargadas para durar otro par de semanas como mínimo. Después salió al jardín para cerciorarse de que la señora Chifflet no se hallaba a la vista. Entró en el piso de Zigor con la ayuda de una pequeña ganzúa y recorrió metódicamente todas las estancias, sustituyendo en pocos minutos las baterías gastadas. Cuando volvió a su piso se sintió aliviado, aunque todavía tenía que reemplazar las otras, a poder ser aquella misma tarde. Elurne asistiría a la reunión pero no estaba seguro de si Unax lo haría. Tenía que encontrar el momento adecuado de colarse en sus casas en las próximas horas. Menuda situación tan comprometida; si sus amigos se enteraban de quién era él en realidad, le odiarían y le darían la espalda para siempre. Y con toda la razón del mundo. Se sentía vil y mezquino al verse obligado a seguir inmiscuyéndose en sus vidas privadas cuando estaba convencido de que no tenían nada que esconder. Miró su reloj, sorprendiéndose al ver que era ya media tarde y aún no había comido nada. Se preparó unos macarrones con tomate y los comió con desgana en la cocina, mirando la televisión sin interés. Su teléfono sonó cuando estaba fregando y contestó con rapidez al ver que era Elurne; llamaba para comprobar si pensaba ir a la reunión para apoyarla. Sintió su voz decepcionada cuando le comunicó que no podía ir al Txoko, con la habitual excusa de tener que continuar escribiendo la tesis. Preferiría estar a su lado mientras presentaba su candidatura, pero no tenía otra opción; tenía que cambiar las cámaras de Lamietxe si quería evitar tener más problemas con Narváez. Prometió llamarla cuando terminara de escribir y colgó el teléfono cabreado. Odiaba mentir y espiar a su novia, no quería perderla por nada en el mundo. ¿Qué diría Elurne si se enteraba de quién era él realmente? ¿Le abandonaría o intentaría comprender por qué había tenido que mentirle? ¿Le quería la pelirroja lo suficiente para superarlo? ¿Debía confesárselo todo si decidía abandonar el Cuerpo? Una relación no podía comenzar a edificarse con una base tan llena de mentiras graves, ¿o quizá sí?

Se preparó un café y se instaló en el jardín con la vista perdida en el Valle. Admirando la belleza de Kuartango, pronto se sintió mejor, menos irritado y estresado. Pensó largamente en los últimos meses, en el gran cambio que se había producido en su vida. Meditó sobre el amor y un posible futuro con Elurne. Reflexionó largo y tendido sin llegar a ninguna conclusión hasta que, poco antes de las siete, entró en la habitación, metió el resto de las baterías en su cazadora y se instaló frente al ordenador. Activó las cámaras del Txoko y se dispuso a esperar a que diera comienzo la reunión. No tuvo que esperar mucho; pronto todos los vecinos estaban ya congregados expectantes frente a la mesa de caoba, presidida una vez más por Don Gerardo. Elurne y sus amigos se habían situado más cerca de la mesa esta vez y parecían tensos y preocupados. Suspiró aliviado al ver que Unax y Zigor no pensaban asistir a la reunión, y comprobó disgustado que ambos seguían en casa de Unax. No podría reemplazar por el momento las cámaras que estaban colocadas allí, pero tenía que dirigirse a Lamietxe sin perder tiempo. Calculaba que contaba más o menos con una hora hasta que terminara la reunión. Apagó el ordenador y salió apresuradamente de casa, se puso al volante y colocó el móvil a la vista con el volumen encendido. Así podría controlar en directo cómo transcurría la reunión. Después arrancó el Peugeot y se encaminó a Lamietxe a toda velocidad.

Escuchó el discurso de Don Gerardo mientras zigzagueaba por el pintoresco camino al baserri de su pelirroja. La decisión del Ayuntamiento de Kuartango era favorable para Elurne; se le permitía presentarse como candidata sustituyendo a Unax. Como era de esperar, Berta y sus compinches estallaron en airados gritos al mismo tiempo que la pelirroja y sus amigos sonreían y se chocaban las manos triunfantes. Miguel se alegró en parte, pero su preocupación aumentó un grado. Llegó a Lamietxe justo cuando Berta se disponía a comenzar su discurso de candidatura. Bajó el volumen al mínimo y se metió el móvil en el bolsillo mientras entraba con sigilo. Primero quería asegurarse de que la anciana María no interrumpía sus planes. No la vio por mucho que la buscó; no estaba en el piso superior ni en el pajar, por lo que recorrió la planta baja concienzudamente. Tampoco estaba en el Gaztandegi, en ninguno de sus gallineros ni en la cuadra. ¿Habría salido a recoger ingredientes para sus pociones? Por último, se encaminó a inspeccionar la oscura leñera y cuál no fue su sorpresa al ver una trampa de madera abierta de par en par en el suelo. En sus anteriores visitas nunca se había percatado de su existencia. Con el corazón en un puño, Miguel se aproximó a la abertura sin hacer ruido y se agachó con cuidado. Le pareció ver luz al final del inclinado pasadizo escalonado, que se adentraba misterioso y frío en las entrañas del viejo caserón.

Bajó con cautela conteniendo la respiración y, en efecto, pronto los viejos escalones de piedra desaparecieron y un largo y estrecho pasillo se abrió ante sus ojos. Parecía torcer a la derecha a varios metros de él y era ahí de donde provenía la luz. Siguió avanzando y dobló la esquina con cautela. Lo que apareció ante sus ojos le dejó sin aliento. Era una gigantesca habitación rectangular, llena hasta los topes de estanterías de madera, que se extendía bajo una gran parte del enorme caserón. Parecía una biblioteca antigua, con los techos contruidos con torcidas vigas de roble, pero en lugar de libros, las estanterías contenían polvorientos tarros de cristal. Para su sorpresa, comprobó que la estancia se encontraba iluminada tan sólo por viejas lámparas de aceite que colgaban herrumbrosas de la pared. Escuchó pasos al fondo de la sala y se apresuró a esconderse detrás de una columna. La anciana María, marmita al hombro y antorcha en mano, se disponía en ese momento a abandonar su escondrijo tras, aparentemente, terminar de embotellar la asquerosa poción del día anterior. Estaba atrapado sin salida; no podía sobresaltar a la anciana y delatar su presencia. ¿Qué podía hacer? Impotente, observó a la anciana, que en ese momento apagaba las lámparas mientras canturreaba ensimismada una canción de cuna. A los pocos segundos desapareció en el pasadizo, dejándole sumido en la más absoluta oscuridad. Cuando escuchó la trampa cerrarse en la distancia, Miguel resopló, frustrado. Al menos no se había cerciorado de su presencia. Menuda sorpresa, había dado con la habitación escondida de la bruja desequilibrada. Lamentó no haberse traído la linterna, pero no esperaba acabar su visita a Lamietxe atrapado bajo tierra. Se valió de la tenue luz del móvil para encontrar la salida y caminó con tiento para no tropezar. Esperaba poder abrir la trampa sin demasiada dificultad, o se encontraría en un buen aprieto porque no tenía cobertura telefónica en aquel bunker de piedra. Se le erizaron los pelos de la nuca mientras subía los escalones que comunicaban el subsuelo con la leñera. El ambiente era lúgubre y sombrío, y lo parecía todavía más en la oscuridad. Se alegró cuando, por fin, sus manos extendidas tocaron la trampa. Esperó unos segundos para cerciorarse de que no se escuchaban ruidos en la leñera, y la empujó con todas sus fuerzas. Por fortuna, era sorprendentemente ligera, y aliviado, salió sigilosamente y la volvió a cerrar. Nervioso, esperó en el más absoluto silencio hasta que se cercioró de que la vieja María no estaba por allí; después salió, respirando agradecido el aire límpido de Kuartango.

Recordaba que Elurne le había hablado de la habitación de los brebajes de la anciana, pero no

había especificado dónde se encontraba. Ahora ya lo sabía, y no podía decir que el sitio fuera acogedor, aunque le fascinaba la posibilidad de volver para husmear si se le presentaba la ocasión. ¿Cuántos tarros contenía aquel oscuro sótano? Tras unos momentos de reflexión miró su reloj sobresaltado; había pasado un rato abajo y aún no había cambiado las baterías de las cámaras. Sacó el móvil, miró la imagen de la cámara del Txoko y comprobó disgustado que los vecinos comenzaban a levantarse de las sillas y abandonaban el Txoko. Elurne podía llamarle en cualquier momento para contarle las novedades, quizás incluso pasarse por la Pensión Chifflet para celebrar con él. Subió apresurado las escaleras, sin importarle ya si la abuela se encontraba en casa. No podía perder ni un minuto. Por fortuna, nadie le interrumpió mientras maniobraba los minúsculos aparatos y los volvía a colocar en su sitio. Cuando estuvo satisfecho, volvió a correr escaleras abajo con la intención de meterse en el coche y salir disparado hacia el pueblo. Se detuvo unos segundos a considerar qué debía hacer. Para llegar a la Pensión Chifflet tenía que pasar por la plaza, y corría el riesgo de que Elurne y sus amigos le vieran. Se suponía que él estaba en casa escribiendo. Decidió comprobar los rastreadores de los coches de sus amigos y cuál no fue su sorpresa al ver que Elurne ya había abandonado el pueblo y se encaminaba a Lamietxe. Estaba convencido de que se quedaría en la Taberna para celebrar el veredicto con los demás, pero estaba equivocado. No podía marcharse o se cruzaría con ella por el camino. Mejor esperarla en casa, pero ¿qué decirle cuando llegara? Angustiado, se dispuso a cortar unas flores de los prados colindantes para preparar un ramo. Podía fingir que había querido darle una sorpresa.

Esperó sentado en el césped y se levantó apresuradamente cuando el destartado Land Rover apareció entre los árboles. Elurne enarcó las cejas cuando vio el Peugeot aparcado en un lateral del baserri y salió del coche con cara de pocos amigos.

- ¿Qué haces aquí?

- He venido a esperarte.

- ¿Por qué?

- Para ver qué tal ha ido la reunión.

- Podías haber venido y así te hubieras enterado por ti mismo.

Sin decir una sola palabra más, la pelirroja ignoró a Miguel y su ramo de flores y se encaminó a buen paso hacia el baserri. Sorprendido, la llamó varias veces, pero fue en vano; no se volvió hacia él ni se molestó en responderle. Claramente, estaba enfadada por su falta de apoyo moral. La siguió compungido hasta la cocina y la observó cacharrear en el fregadero. No le pidió que se marchara, por lo que se sentó en una silla y la observó sin saber exactamente qué decir. A los pocos minutos Elurne se volvió hacia él con la mirada herida.

- ¿Por qué no has venido?

- Yo pensaba seguir con ...

- ¿La tesis? ¿Tanto pensabas avanzar en media hora? No me jodas, Mikel, simplemente pasabas de venir.

- No, no es eso, no sabía que era tan importante que yo estuviera allí.

- Vamos, Mikel, después de la reunión del otro día podías haberte imaginado que te necesitaba cerca, estaba muy nerviosa. Zigor y Unax no han venido para no caldear más el ambiente y me hubiera gustado contar con tu apoyo.

- Elurne, lo siento; por favor, perdóname. ¿Cuál ha sido la decisión, te dejan presentarte al cargo?

Esperó mientras la pelirroja le observaba fijamente, hundiendo su mirada en lo más hondo de su ser. Parecía indecisa sobre si perdonarle o no, pero tras un rato en silencio que le parecieron horas, suspiró y se sentó a su lado.

- Sí, me dejan presentarme. Soy oficialmente candidata al puesto de Presidente de la Junta Administrativa de Uzanza. A los Heredia no les ha hecho ninguna gracia, créeme.

- Felicidades, son buenas noticias.

- En realidad no te alegras, ¿no es así?

- Sí, me alegro por ti porque te hace ilusión. Pero no me gustaría verte todavía más estresada con esta nueva responsabilidad si ganas.

- Estoy casi convencida de que no ganaré, Bixente tiene demasiados apoyos.

- ¿Te apetece ir a dar un paseo a caballo para celebrar?

- No puedo, vienen todos para aquí. Pronto empiezan las fiestas de Uzanza y no hemos acabado de prepararlo todo.

Se había olvidado completamente de las fiestas. Con la atmósfera tan viciada que se respiraba en el pueblo en aquellos momentos, los vecinos estaban como para celebrar las fiestas. Esperaba que no hubiera problemas.

Acercó el rostro al de la pelirroja y, paciente, esperó a que ella se acercara a darle un beso. Se abrazaron en silencio unos minutos, hasta que sintieron los pasos de varias personas subiendo por las escaleras. Se separaron presurosos y Miguel fingió leer una revista mientras Elurne preparaba café.

La cuadrilla al completo entró en tropel a la cocina y les saludaron ruidosamente antes de sentarse alrededor de la mesa, comentando la reunión en tono claramente más alegre que el día anterior. Miguel se alegró de pasar un rato con Iñigo y Galder charlando relajadamente sobre pesca y ganadería. Elurne, Zigor y Unax conversaban intranquilos sobre las probabilidades de ganar la votación. Pronto la conversación giró en torno a las fiestas de Uzanza, que darían comienzo en unos días. Había que distribuir el programa por las casas de Uzanza y poner carteles en el resto de los pueblos de Kuartango y sus alrededores para asegurarse de que había ambiente festivo y el fin de semana fuera un éxito. Ultimaron los detalles de la verbena nocturna, la comida popular y la exhibición de deporte rural, y pasaron a una actividad que todos los años, al parecer, desataba polémica. Unax fue el primero en sacar el tema, con una sonrisa traviesa que auguraba exabruptos

y tacos varios.

- Bueno, entonces sólo nos queda debatir cuáles serán los ingredientes permitidos.
- Joder, ¿todos los años igual? Dijimos que tenía que ser tradicional, básica, y punto.
- Manda huevos que yo he sido descalificada dos años seguidos y el año pasado tú te llevaste el premio. Eres un tramposo.
- ¿Tramposo, yo? Recuérdame, ¿Quién fue la que hizo trampas metiendo boniato?
- El boniato es una patata dulce, joder, ya os lo dije.
- Sí claro, y el chocolate huevo oscurecido, no te jode.

Miguel, confuso, miró a Elurne y Unax mientras se desafiaban con la mirada.

- ¿Me he perdido algo? ¿Alguien me puede explicar de qué habláis?
- Perdona Mikel, es que se nos olvida que has llegado hace poco al pueblo. Hace unos años, Bixente propuso un concurso de tortilla de patata tradicional. Empezó como una tontería, pero los últimos años es una de las actividades que más interés suscita en fiestas.
- Y claramente se dijo que sólo se pueden utilizar patatas, huevos, aceite, cebolla y sal.
- Y aun y todo, me descalificasteis con la cebolla caramelizada.
- Para caramelizarla utilizaste azúcar.
- ¡Venga ya! Y tú pusiste chocolate, joder, que es una guarrada. No sólo dentro, también la espolvoreaste por encima.

Miguel, atónito, no pudo evitar volver a interrumpirlos.

- ¿Me decís en serio que Unax hizo una tortilla de chocolate?
- Es una puta guarrada. Y encima ganó.
- ¿Que ganó?
- Sí, siempre elegimos un jurado independiente, ajeno al pueblo. El año pasado llegaron unos turistas británicos que se habían perdido y les pedimos que fueran los jueces. Y Unax ganó con su guarrada de tortilla.

Mikel, todavía más confuso que antes, no supo muy bien cómo responder. Era increíble cómo, en Uzanza, se podía pasar de los temas más serios a los más absurdos en un abrir y cerrar de ojos. Y todos los temas despertaban pasiones, al parecer. Elurne miraba a Unax con la cara roja por lo que percibía como una injusticia, y él le sacó la lengua mientras gesticulaba por la habitación como si fuera el ganador de la Liga de fútbol.

- ¿Y yo me puedo presentar?

- Claro, cómo no.

- ¿Qué día es?

- El viernes empiezan las fiestas a las ocho de la tarde. Lo primero, los juegos infantiles y la costillada popular. Solemos asar la carne mientras la gente va llegando y así calentamos motores con unas cervecitas. Luego fiestón, y el sábado por la mañana, con la primera resaca, traemos todos los ingredientes y unas sartenes de casa y la comisión de fiestas pone los hornillos. Cocinamos allí, y el ambiente siempre es muy divertido.

- Ganaré yo este año. Mis tortillas son legendarias.

- Ya veremos, madrileño, ya veremos.

Sonriente, Unax le palmeó la espalda y acto seguido su semblante se puso grave.

-En otro orden de cosas, antes de dar comienzo a las fiestas está el tema de la votación del nuevo Presidente. Espero que nos voten a nosotros. Bixente está insoportable desde que Heredia murió, esta mañana le he visto conversando con Berta y parecían estar tramando algo. ¿Habrás jaleo?

Elurne, con la mirada perdida en las ramas de un árbol que se mecía lentamente al viento, asintió preocupada.

- Dalo por hecho, va a ser otra reunión incómoda. Y no podemos descartar que haya bronca.

Los amigos se miraron en silencio, comunicándose sin palabras con miradas apesadumbradas. La elección del cargo de Presidente, los posibles interrogatorios a Unax y a Zigor tras el arresto de Garbiñe... Se avecinaban tiempos complicados. La energía de la habitación era tan triste, tan negativa, que Miguel no pudo soportarlo más y anunció que se piraba. Los demás se sentían igual, así que abandonaron Lamietxe con el ánimo decaído, no sin antes despedirse de Elurne. La pelirroja también estaba pensativa y triste, y Miguel se cercioró de que no le importaba pasar la noche sin él. Dijo que necesitaba estar sola y pensar, y que por la mañana le llamaría para dar un paseo a caballo juntos.

Animado con la perspectiva, Miguel condujo pensativo hacia Uzanza. ¿Y ahora, qué debía hacer? En Kuartango, por fin, parecía haber encontrado un hogar. Un sitio en el que se sentía contento, lleno de vida, y en el que había comenzado a valorar la lentitud del tiempo y la innegable atracción que la naturaleza ejercía sobre él. Sobre todo, el entorno de Lamietxe. No ya el baserri en sí y los bellos parajes que lo rodeaban, sino la irremediable atracción que sentía por Elurne. Elurne no era el tipo de chica por el que se había interesado en el pasado. No era su tipo habitual de mujer, si es que los tipos existían como tal. Mientras se acercaba al pueblo, de repente lo vio claro. Necesitaba un cambio de aires en su vida, un nuevo comienzo, y Kuartango le parecía el lugar perfecto para comenzar de nuevo. Se la traía al paio que Narváez le abriera un expediente disciplinario, o que él se quedara sin la pensión complementaria que le correspondía por pertenecer al Cuerpo. Quería una vida sencilla en Uzanza, junto a Elurne, sin otro estrés que prever cuándo debía parir la próxima vaca o si la anciana María cogía una cagalera por beberse

sus amargos brebajes. Sonriendo, bajó del coche en la pensión Chifflet y se lio un porro mientras encendía el ordenador. Al abrir su email, vio que había recibido un mensaje de Elena, la secretaria de Narváez. En él adjuntaba varios archivos, con las declaraciones de Garbiñe y del terrorista que la acompañaba cuando fueron arrestados. Mientras leía, Miguel comenzó a fruncir el ceño, extrañado. Leyendo las declaraciones, comprobó que ambos admitían haber asesinado al empresario durante la Feria del Perretxiko y la Vaca Terreña, pero negaban rotundamente haber asesinado a Heredia. La transcripción de Garbiñe no dejaba lugar a dudas; la novia de Zigor negaba haber participado en ese bombazo en particular. Preocupado, siguió leyendo. Los papeles confirmaban que tenía coartada sólida para el momento del atentado en el que había fallecido Heredia. Había evidencia de su registro en un hotel de Bilbao y de su asistencia presencial a una conferencia sobre avances en ingeniería mecánica, organizada por la Universidad de Deusto. Además, la policía científica había por fin recibido los resultados de las sustancias químicas de todos los explosivos incautados. Atónito, leyó que los informes confirmaban que el tipo de pentrita utilizado habitualmente por E.T.A. coincidía en el caso de Kepa Irigoyen, pero no en el caso de Heredia. La composición del artefacto era ligeramente diferente, así como el tipo de detonador. El que habían utilizado para asesinar a Heredia parecía ser mucho más antiguo.

Miguel sintió que su corazón se desplomaba y empezó a marearse. Si Garbiñe y su amiguito no habían asesinado a Heredia, ¿entonces quién había sido? Alguno de los vecinos tenía que seguir escondiendo algún secreto ¿O quizás él no era tan bueno como creía investigando a la gente? ¿Sería el asesino real de Heredia alguno de sus amigos? Sintió su corazón latir a un ritmo frenético; la cabeza le daba vueltas y, cuando le llegó la primera arcada, corrió hacia el baño y vomitó copiosamente. Se lavó la cara y se miró en el espejo, pálido como un cadáver. Aquello no podía ser verdad, estaba convencido de haber resuelto el caso. Al parecer, el asesino seguía suelto, pero no tenía claro si quería saber quién era y no le apetecía seguir investigando. No quería seguir involucrado en el aparato de espionaje del Estado, continuamente identificando y persiguiendo a nuevos sospechosos, espionando sus intimidades, intentando atrapar a más delincuentes, soportando cada día más órdenes y broncas del Coronel. ¿Y realmente para qué? Cada día morían y nacían nuevos delincuentes. Él nada podía hacer para salvar el mundo, bastante tenía ya con solucionar sus propios problemas. Se lavó la cara, se secó concienzudamente y se sentó frente al ordenador con la mente algo más despejada. Abrió un documento de Word y comenzó a escribir:

“Estimado Coronel Narváez,

A través del presente comunicado presento mi dimisión y renuncio a mi cargo de Teniente de la Guardia Civil. Habiendo reflexionado largo y tendido durante las últimas semanas, he llegado a la conclusión de que mi vocación no es lo suficientemente fuerte para llevar a cabo mis responsabilidades con la eficacia y eficiencia que he demostrado en el pasado. Creo, además, que mis problemas mentales actuales, debidos a mis circunstancias personales, son una traba más para llevar a cabo misión alguna con éxito, mucho menos una tan delicada como la Operación New Age. He visitado hoy a mi médico de cabecera quien, a su vez, me ha derivado a un psiquiatra que remitirá al Cuerpo la pertinente valoración. Dada la naturaleza de mi estado mental actual, sería conveniente que el Cuerpo tuviera a bien apartarme de la Operación New Age inmediatamente. Quiero aprovechar para solicitar que los días de servicio pendientes hasta que la fecha de mi

dimisión sea efectiva, sean disfrutados como vacaciones que tengo pendientes de este año. Mi decisión de dejar el Cuerpo de manera definitiva es firme e irrevocable.

Un saludo.

Miguel Pacheco”

Volvió varias veces sobre el escrito, cambiando palabras aquí y allá hasta que estuvo satisfecho de que la redacción era la definitiva. Abrió su cuenta de email y redactó un mensaje para el Coronel, copiando a Elena en el mensaje. Cuando estaba a punto de enviarlo dudó, indeciso, con el puntero del ratón oscilando encima del botón de envío. ¿Estaba realmente seguro de aquello o se trataba de un calentón? ¿Debería meditar la decisión algún día más o decidirse antes de volverse atrás? Inspiró aire profundamente, cerró los ojos, y dejó que su dedo índice pulsara el ratón con decisión. Abrió los ojos mientras exhalaba lentamente, y el ordenador le confirmó con un pequeño sonido que el mensaje se había enviado correctamente. Se quedó mirando la pantalla hechizado, con la cabeza vacía de todo pensamiento. Se levantó de la silla y salió al jardín en busca del cachorro. Atravesaron la verja y se dirigieron hacia el Pico Marinda. El aire estaba limpio y el sol brillaba, aunque no hacía demasiado calor. Mirando la cumbre, no pudo evitar pensar que la Diosa Mari no se encontraba en su morada en aquel momento. Recordó sonriendo que Elurne le había contado que, si el Pico Marinda estaba cubierto por la niebla, la Diosa se encontraba en casa. Si la cumbre estaba limpia, se encontraba de viaje por tierras vascas. Miguel se fue animando a medida que pasaban los minutos, intentando asimilar la magnitud de la decisión que acababa de tomar. ¡Había abandonado su trabajo! Acababa de dejar atrás de un plumazo todo lo que había conocido hasta aquel momento. Era como saltar al vacío por un precipicio o un barranco. Se sentía emocionado y tenía la adrenalina a tope, no podía negarlo. Empezó a pensar en los días siguientes y en los próximos pasos que debía dar. Tenía que hablar con Elurne, pero ¿qué contarle exactamente? Se detuvo de repente, angustiado.

Acababa de darse cuenta de que no tenía nadie con quien celebrar la decisión de cambiar su vida. En Kuartango, su nuevo mundo, nadie conocía su verdadera identidad. Le encantaría poder hablar con Elurne, contarle las verdaderas razones para haberles espiado, su disgusto al haberse visto obligado a hacerlo, su arrepentimiento por haber considerado a todos los amigos terroristas. Pero no podía decirle eso porque había firmado un acuerdo de confidencialidad al aceptar la misión; tendría que mentirle de nuevo para enmascarar su verdadera razón para quedarse permanentemente en Uzanza. Le diría que no quería estudiar más, que no quería acabar la tesis porque no le serviría para nada. Esperaba que fuera la última mentira que le decía a la pelirroja. Comprobó su teléfono, que llevaba un rato en silencio, de camino a casa. Tenía diez llamadas perdidas del Coronel Narváez, cuatro mensajes de texto y varias llamadas desde el teléfono de Elena. Que le jodan, pensó malhumorado, ya le llamaré mañana. Tecleó con rapidez y esperó mientras se establecía el tono de una nueva llamada. Cuando escuchó su voz al otro lado de la línea, sintió mariposas en el estómago.

- ¡Buenas tardes, guapo! ¿Qué tal estás?

- Bien. He estado dando un paseo para quitarme las malas energías que tenía dentro del cuerpo.

- Estás empezando a hablar como yo, te estoy contagiando mi locura.

Elurne soltó una carcajada, clara y cristalina, que le acabó de convencer de que había tomado la decisión correcta.

- Todo lo bueno se pega, guapa. Hasta tu risa.

- Que galante.

- Ya sabes cómo somos los putos españoles, que diría Iñigo.

- Tú desde luego, Mikel, eres un encanto.

- Te quiero, Elurne.

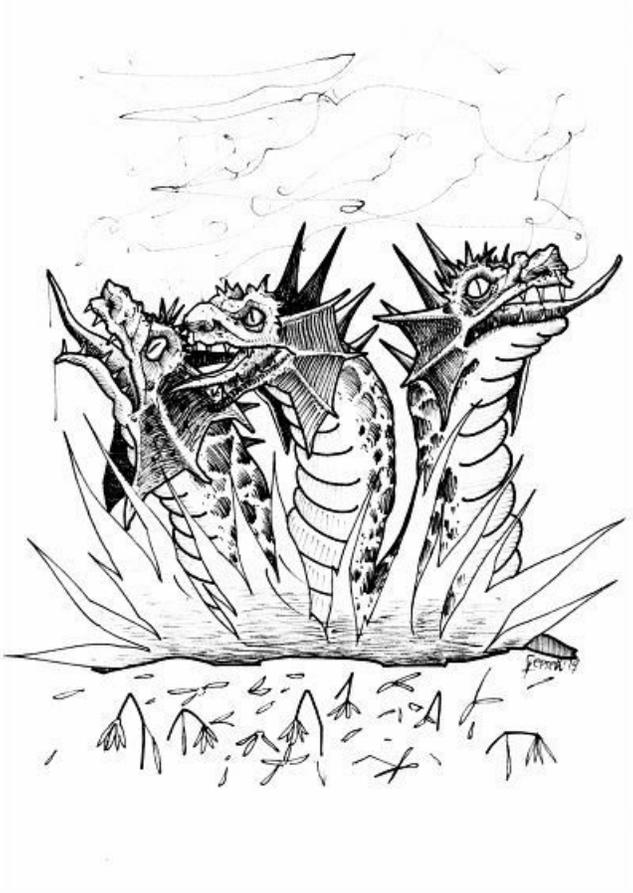
- Y yo a ti. ¿Llamabas por alguna razón en particular?

- No, sólo para decirte eso, que te quiero.

Con otra carcajada y lanzando unos besos al auricular, Elurne se despidió porque estaba acabando de limpiar el gallinero. Quedaron en verse al día siguiente, así tendrían toda la mañana para pasear, almorzar en el bosque y podría encontrar el momento adecuado para decirle que quería quedarse en Kuartango.

Volvió a casa, se duchó y se preparó la cena; comió en silencio en la cocina observando el jardín y sintiéndose totalmente relajado por primera vez desde su llegada a Uzanza. Podía escuchar a la señora Chifflet cacharreando arriba en su cocina, a Zigor tocando la guitarra en el piso contiguo y a los pájaros cantando en el jardín. Después de cenar se tumbó en el sofá a ver la televisión. Esperaba que Narvéez tuviera tiempo de calmarse antes de hablar con él por la mañana y que pudiera disfrutar tranquilo en sus primeras fiestas de Uzanza. Agotado, cerró los ojos y se quedó dormido con el sonido lejano del rasgueo de la guitarra de Zigor adormeciendo su cerebro.

HERENSUGE



HERENSUGE

Herensuge es una de las bestias más terroríficas que existen. Es un enorme dragón de tres cabezas que vive en nuestras grutas y simas, y sale a alimentarse de animales y de carne humana envuelto en llamaradas de fuego del mismísimo infierno. Cuentan los sabios que, para apaciguarlo, conviene ofrecerle a un mozo o una moza en sacrificio cada pocos años.

Kuartango, abril de 2009

Debo confesar que estoy muy preocupada por los acontecimientos de los últimos tiempos, no sólo lo que está sucediendo aquí en Lamiex, sino también por la tensión que se palpa en el ambiente del Valle. Es difícil definir el frágil equilibrio de la vida en un pueblo pequeño; me da la sensación de que sólo los que hemos vivido en uno desde niños podemos palpar esas energías subyacentes entre sus habitantes, las tiranteces entre las familias, las rencillas diarias entre vecinos, el nerviosismo reinante en estos tiempos tan difíciles y la desconfianza general dado el clima político actual. En algunos sectores se rumorea que E.T.A. pronto dejará las armas y espero que así sea esta vez, por el bien de toda la sociedad vasca. El año pasado murieron cuatro personas a manos de la banda terrorista y, aunque son demasiados, esta cifra nada tiene que ver con el número de asesinatos durante los ochenta y principios de los noventa. La sociedad está harta de la violencia y quiere la paz para nuestro país. El mayor problema que yo veo es que no sé si lograremos entendernos unos con otros. Creo que tardaremos décadas en hacerlo y me apena que yo no estaré aquí para verlo porque pronto llegaré a las puertas de la muerte.

Cada individuo tiene una opinión sobre el conflicto vasco construida en base a sus circunstancias, y esa visión puede ser similar a la del vecino o diametralmente opuesta. Para mí es importante el respeto a la opinión del otro. El problema en realidad es el ser humano en sí. Hay quien me llamaría dramática, pero yo lo veo así. En ocasiones no estamos del todo dispuestos a escuchar con el corazón al vecino y a respetar su punto de vista. Esto se siente a nivel local, provincial, autonómico y estatal. El gobierno de España reclama que E.T.A. deje las armas y pida perdón por todos los daños causados. Es una petición razonable y, sin embargo enfada a un buen porcentaje de la sociedad vasca; la mayoría de nosotros deseamos que la banda terrorista abandone la actividad armada y deje de regar de muertos esta tierra ancestral y sagrada. Pero ¿por qué deberían ser los únicos que pidan perdón? También los gobiernos Español y Francés y algunos cuerpos de Policía han causado daños. Yo soy vieja y no soy historiadora, pero he vivido la Guerra Civil, la postguerra, la Segunda Guerra Mundial, la Dictadura, la Transición y la Democracia, y creo que no hemos aprendido de nuestros errores. Creo que sería bueno que cada partido político, cada individuo en realidad, hiciera un análisis interno de cómo hemos contribuido a cómo es la sociedad actual, y reflexionemos sobre las cosas por las que cada uno de nosotros deberíamos pedir perdón. Todos nosotros, seamos del partido político, religión o movimiento social que sea. Todos hemos contribuido a nuestro modo a esta sociedad fragmentada. También yo, que he pasado tantas horas meditando sobre los efectos que este complejo conflicto ha tenido en mi vida.

Todos y cada uno de nosotros, nos consideremos vascos, españoles, europeos o simplemente ciudadanos del mundo, deberíamos observar el conflicto desde todas sus dimensiones, entender las razones del otro para actuar como lo hizo e intentar colaborar para construir un mundo mejor. Pero he aquí el quid de la cuestión y la razón por la que será difícil que la sociedad reflexione de verdad. No estamos preparados para reflexionar juntos; es más fácil juzgarnos, acusarnos e insultarnos unos a otros. Me cansa y me agota el corazón, no me gusta que Kuartango siga fragmentado tantas décadas después. Me apena darme cuenta de que quizá la guerra no ha acabado del todo. Ya no nos matamos unos a otros con armas, sino con palabras e insultos. No nos fiamos los unos de los otros por cosas que sucedieron hace casi un siglo, no buscamos el bienestar del

pueblo sino el nuestro propio, y todavía optamos por la violencia verbal y las acusaciones. Me incluyo a mí misma, que tampoco soy un ángel. Hay vecinos que no me caen muy bien y de los que no me fio. Me ha contado Elurne los problemas vecinales de los últimos tiempos y lo problemática que va a resultar la elección de un Presidente de la Junta Administrativa. En teoría debería de ser pan comido. Únicamente tenemos que votar a un vecino o vecina y ayudarle a que gestione el pueblo. Al fin y al cabo, somos menos de cien habitantes y nos conocemos bien; deberíamos elegir a la mejor persona para Uzanza. Pero ni siquiera para eso valemos. Pongamos por ejemplo a la familia Heredia.

Me contó Julene que, aparte de querer la Presidencia de la Junta Administrativa, quieren una concejalía en el Ayuntamiento de Kuartango en las próximas elecciones. Su ambición no tiene límites y se comportan de manera soberbia y desdenosa con el resto de los vecinos. Yo he intentado poner en práctica mis teorías y entender por qué ellos son así, no sólo políticamente sino también como personas, para intentar llevarnos mejor. Pero hace ya muchos años que me rendí y vi que no es posible llevarse bien con esa familia, siempre buscan enriquecerse a costa ajena. A Antonio y a mí nos quitó dos fincas hace ya unos años, y creo que le ha echado el ojo a otra que queda cerca de su casa. He ido ya dos veces allí para hacerles entrar en razón, pero no hay manera de convencerles; parecen dispuestos a enemistarse con todo el pueblo. Y, por desgracia, son las personas como Heredia, egoístas, intransigentes y de corazón frío, las que hacen imposible el entendimiento. Me encantaría ser testigo de la paz en Euskal Herria antes de morir; que E.T.A. deje las armas y que todos los partidos políticos aporten su granito de arena para, con madurez y entendimiento, sentarse juntos a analizar, reflexionar, entender al otro, perdonar, pedir perdón y pensar cómo vamos a curar las heridas tan profundas del pasado.

Pero no creo que me dé tiempo a verlo antes de morir; obviamente ya estoy vieja y pelleja, como decía amama, pero no son sólo los achaques habituales de la vejez los que me llevarán a una tumba temprana. Mi médica lo confirmó hace unos días con lágrimas en los ojos, me quedan como máximo dos años de vida. Voy a cumplir ochenta y cinco pronto, así que supongo que es justo que me llegue la hora. Pero es inevitable que tenga un miedo tremendo a ese momento en concreto. Tengo todavía tantas cosas por hacer que espero que la Diosa Mari sea benévola y me regale unos meses extra. Tengo cáncer y, según dijo la oncóloga, está bastante avanzado. Empezó en el hígado, me lo diagnosticaron hace unos meses. No me pilló del todo por sorpresa; yo ya sabía que algo iba mal porque el costado me molestaba incluso antes de morir Antonio. Al principio eran unos dolores sordos y tenues que no me molestaban mucho. Semanas después se intensificaron, pero como tengo una alta tolerancia al dolor no les di demasiada importancia; al fin y al cabo, no tengo veinte años y es normal tener dolores. Poco después adelgacé mucho en poco tiempo, y eso que siempre he sido rechoncha porque me encanta comer. Perdí el apetito y Elurne me dijo que debíamos concertar una cita con el médico. Efectivamente, ahí estaba el bicho y además se expandía por todo mi cuerpo; se veía claro en las pruebas que empezaba ya la metástasis, como la llamó la doctora.

Me acordé al instante de uno de mis libros favoritos, “La sonrisa etrusca” de José Luis Sampedro, en la que un viejo campesino calabrés se ve obligado a mudarse del pueblo a la ciudad porque le entra “La Rusca” en el cuerpo. Enferma tanto que ya no puede cuidarse solo, pero gracias a su nieto Bruno ese declive hacia la muerte es mucho más llevadero, porque la complicidad entre ellos le anima a llegar hasta el final disfrutando de cada instante que le queda. Y al igual que él al principio del libro, ahí estaba yo, en la consulta con Elurne, pensando en el campesino y su

similitud conmigo, que tengo una rusca dentro al igual que él, y dependeré más que nunca de mi nieta para sobrellevarlo. A Elurne se le llenaron los ojos de lágrimas y apretó mi mano con fuerza mientras la médica describía el tratamiento que debería seguir en las próximas semanas para no sentir dolores y conservar en la medida de lo posible la fortaleza. Intenté tranquilizarla asegurándole que no pasaba nada, que a todos nos llegaba nuestra hora y que la doctora había dicho dos años, y dos años nos dan para disfrutar mucho todavía. El viaje de vuelta a Kuartango estuvimos las dos en silencio, perdidas en nuestros pensamientos, temores y preocupaciones. Teníamos ya bastantes problemas para gestionar Lamietxe las dos solas, pero ahora todo resultaría aún más duro. Resolví esforzarme para que Elurne no note mis dolores o mi sufrimiento, porque bastante tiene ella ya con tratar de ver cómo puede coordinar su trabajo de Irlanda con nuestra pequeña granja aquí en Kuartango.

Empecé el tratamiento a los pocos días de la consulta, y fue horriblemente tedioso pasar tantas horas en el hospital enchufada a esa máquina infernal que me mete el veneno para intentar contener al bicho. Los días siguientes al tratamiento era incapaz de levantarme de la cama porque el cuerpo no me respondía. Yo intentaba moverme, pero el dolor y el agotamiento gobernaban cada centímetro de mis músculos y huesos. Por fortuna, a las dos semanas podía ya llevar una vida seminormal. Me dieron varias sesiones de radioterapia y quimioterapia y los últimos meses he estado mejor. Sigo delgaducha, pero al menos puedo levantarme y asearme, cocinar, leer y escribir e incluso seguir haciendo mis pócimas secretas. Dijo la oncóloga que este cáncer no se curará, pero me conformo si conservo esta calidad de vida hasta el día en que me muera. No puedo evitar pensar en la muerte, en el día en el que Herio venga a llevarme. No me asusta morir, en realidad, porque soy consciente de lo efímero de nuestro paso por este mundo y en general estoy contenta de cómo he vivido mi vida, a pesar de los sucesos tan traumáticos que me ha tocado superar.

Hay cosas que sé que la Diosa Mari agradecerá cuando por fin la conozca al otro lado, pero no puedo evitar sentirme nerviosa por las ocasiones en las que no he obrado bien. ¿Seré castigada? Intento no pensarlo mucho para no deprimirme, pero creo que la Diosa será justa conmigo. Dejando a un lado las cuestiones de fe, he tenido también que planificar y organizar todo el papeleo que necesitará Elurne cuando yo ya no esté. Ella se negó durante varias semanas a hablar del tema, porque dijo que le daba mucho repelús y que no estaba dispuesta a hablar de esas cosas cuando yo estaba tan bien. Pero pronto claudicó; al fin y al cabo, no es habitual que yo quiera hablar porque llevo mucho tiempo en silencio. Prefiero pensar en mi mundo interior que intentar exteriorizar todos los pensamientos extraños que llevo dentro. Nos sentamos en el balcón de la cocina, uno de mis sitios favoritos de Lamietxe, porque veo la belleza virgen de Kuartango, el ancestral valle que me vio nacer y en el que he tenido la fortuna de pasar toda mi vida. Saqué todos los papeles referentes a las fincas y edificios de nuestra propiedad con las debidas tasaciones, las escrituras de Lamietxe, los papeles bancarios, los impuestos anuales y todo lo que consideré necesario hacerle saber sobre ello. Como es obvio, ella es la única heredera, así que no habrá peleas. Pero es importante para mí que sepa que lo que recibe es mucho, pero que tiene que valorar que nuestra familia lo ha acumulado trabajando muy duro durante generaciones. Le pedí por favor que nunca, jamás, se le ocurra vender Lamietxe. Lleva tantos siglos en nuestra familia que sería para mí espantoso que cualquier otra familia viva aquí. Ella me lo prometió con los ojos llenos de lágrimas, sé que comprende la importancia de Lamietxe en nuestras raíces, en nuestra sangre.

Hablando de nuestra sangre, cuando acabamos de revisar el papeleo bajamos a mi biblioteca, repleta hasta los topes de mis libros antiguos. No es la primera vez que estábamos allí juntas, pero sí la primera que le enseñé el cofre antiguo que tenía escondido desde que amama me lo confió. En él se encuentran las reliquias familiares más sagradas, las que han ido pasando de abuela a nieta a través de los siglos. En primer lugar, los pequeños retales de los restos de las prendas chamuscadas de nuestras antepasadas, que recogieron de la hoguera el día nefasto en que la Inquisición las quemó en Zugarramurdi. Son amuletos sagrados, le dije, y nos recuerdan que por nuestras venas corre la sangre del conocimiento de la naturaleza y del don de las Sorginak. También le confió el saquito de cuero de nuestras antepasadas, que guardan el carbón que hemos utilizado durante generaciones para trazar el Lauburu en las frentes de los recién nacidos de la familia. Y, por último, pero no por ello menos importante, los dos únicos libros de la herencia de nuestros ancestros que nunca le había enseñado. Son libros mágicos y mucho más especiales que el resto, porque en su interior se describen con dibujos detallados no sólo las criaturas mitológicas más importantes de nuestro pueblo, sino cómo convocarles y hacerles ofrendas. Son libros peligrosos, le avisé, y no deben caer en manos enemigas, porque podrían utilizarlos para crear el caos y romper el equilibrio de nuestros seres sagrados. Elurne me miró con ese cariño especial que sólo reserva para mí y cogió los libros, los metió de vuelta en el baúl y lo cerró, jurándome que lo mantendría a salvo. Luego se me acercó y me abrazó con fuerza con uno de esos abrazos que son capaces de arreglar todas tus partes rotas, porque están cargados de energía, de sentimientos y de palabras no pronunciadas. Más tarde subimos a la cocina a guardar los papeles que habíamos dejado desparramados sobre la mesa y comimos juntas en silencio, mirándonos y sonriendo por el secreto compartido. Cuando acabamos me ofrecí a recoger y Elurne, agradecida, marchó a proseguir con las labores de Lamietxe.

Me senté en el balcón con una taza de café, mirando al Valle con la extraña sensación de que se me había olvidado hacer algo importante. Estuve dándole vueltas a la cabeza al menos una hora, hasta que de repente caí en la cuenta de que, a pesar de tener muchísimos libros repletos de enseñanzas, no había dejado por escrito mis recetas para las cremas y los remedios caseros. Elurne las necesitaría si algún día se interesaba por ellas; al fin y al cabo, llevo años vendiéndolas y trayendo algún ingreso extra a casa. Bajé al almacén y busqué papel pergamino, mi pluma estilográfica favorita, mi marmita antigua, y todos los ingredientes que necesitaba para mi remedio para el eczema. En el almacén tengo cientos de hierbas y hongos conservados en seco o en salmuera, listos para utilizar cuando los necesito. Tuve que hacer un par de viajes hasta que tuve todo lo que necesitaba. Encendí una buena lumbre en el suelo, colgué el caldero en la argolla del techo y lo llené con agua fría y vinagre de manzana casero, cortando las raíces y semillas necesarias mientras esperaba a que el líquido hirviese a la temperatura correcta. Después fui añadiendo los ingredientes de uno en uno y en el orden correcto, escribiendo con letra pulcra en el papel de pergamino cada uno de los pasos, siendo muy explícita con los detalles para que no hubiera equivocación posible a la hora de elaborar las cremas. Por último, anoté las palabras necesarias para imbuir a la pócima de la energía necesaria para sanar. Satisfecha, cerré el cuaderno y seguí removiendo la marmita, susurrando la plegaria una y otra vez mientras la mezcla tomaba la densidad adecuada.

En algún momento de la elaboración sentí un par de ojos posados en mí y, sobresaltada, levanté la vista y vi a un chico moreno, con barba, muy alto, delgado y de oscuros ojos amables que me miraba sorprendido desde el quicio de la puerta de la cocina. Ya le he visto por aquí un par de veces, es el nuevo amigo de Elurne, un chico que vive en Uzanza. Desde que ha llegado al pueblo

mi pequeña Lamia parece haber florecido; es evidente que el muchacho le gusta. Se acercó lentamente a mí, se presentó diciendo que se llama Miguel y me preguntó si estaba elaborando cremas caseras. Su voz es masculina, grave y amable, y pude ver que no se burlaba de mí a pesar de la extraña estampa que probablemente yo presentaba allí, cocinando en mi marmita antigua y aparentemente hablando sola. Le sonreí porque enseguida comprobé que su alma era transparente, amable y respetuosa, como era la de Antonio. La verdad es que me recordó a un Jentil, porque me dio la sensación de que poseía una fuerza física y mental sobrehumanas y que, al igual que nuestros fornidos gigantes ancestrales, sería capaz de transmitir conocimiento y sabiduría a esta casa. Sus ojos transmiten la fortaleza de aquellos que han atravesado penurias, pero han sabido encauzar su energía para enfrentarse a ellas y vencerlas. Apenas estuvimos solos en la cocina un par de minutos, porque Elurne apareció de repente por allí y marcharon juntos a ordeñar. Espero poder compartir pronto más tiempo con Miguel, el Jentil, para conocerlo un poco mejor y conocer sus intenciones con mi nieta. Ojalá su amistad evolucione hacia algo más profundo y duradero; creo que alguien como él podría ser la persona adecuada para ella. Y me callo ya, que parezco una vieja cotilla; en estas cosas del corazón es mejor no meterse porque es cosa de ellos, y no quiero repetir el error que cometí con mi propia hija de decirle alto y claro desde el principio que no soportaba a su novio. Ahora que estoy vieja, me doy cuenta de que, si hubiera escuchado a Antonio y me hubiera esforzado por congeniar con Tom, el novio de Kattalin, quizá no la hubiéramos perdido a ella, y probablemente Elurne habría crecido con un padre cerca. Es una de las tantas cosas de las que me arrepiento de corazón, pero ahora no puedo hacer nada ya. Su madre y su padre están muertos y también su abuelo, mi amado Basajaun. Muy pronto Elurne se quedará totalmente sola, porque a mí me queda poco tiempo ya. Espero que la Diosa Mari le sea favorable y la bendiga con una vida larga y llena de fortuna.

Estoy pensando que tal vez debería empezar a escribir una lista de las cosas de las que me arrepiento, a efectos de estar preparada cuando la muerte venga a buscarme. Examinando y reflexionando sobre mi vida, quiero tener claro en qué he logrado contribuir a hacer este mundo mejor y cómo y en qué momento he podido empeorar las cosas para mis seres queridos. Creo que, a pesar de desearlo desde la más tierna infancia, no lograré ver a la Diosa en persona hasta el día de mi muerte. Hay secretos guardados en mi corazón que serán sólo para ella, porque no hay nadie en la faz de esta tierra a quien pueda confiarle los peores pecados de mi alma y abrirle los rincones más oscuros de mi ser. Todo aquel que diga que nunca ha obrado mal o hecho daño a otro ser humano miente, es totalmente imposible. Incluso las personas más santas del planeta han experimentado asco, vergüenza, ira y culpabilidad. Hay cosas en mi pasado y mi presente de las que me arrepiento, pero no sé si podré enmendarlas antes de morir. Hay gente a la que debería haber pedido perdón y nunca pude en vida, y es algo que me corroe por dentro.

Ayer por la noche, mientras buscaba en el almacén un ingrediente esencial para mi loción para la psoriasis, encontré la caja de madera del Herensuge, en la que no pensaba desde el año pasado. Esa caja lleva en mi poder desde que falleció amama, hace ya tantas lunas. Se acerca la fecha señalada, pero este año mis viejas piernas no podrán acompañar a Elurne a la sima. Estoy muy apenada, porque me encantaría poder subir y hacer yo misma la ofrenda, quizá sea el último año que pueda hacerlo. El Herensuge es el dragón por excelencia de la mitología, la bestia que más me aterriza y se aparece en mis pesadillas. Es un malvado dragón de tres cabezas que, echando fuego y humo por la nariz y por la boca, sale de ultratumba entre temblores de tierra y explosiones volcánicas; sobrevuela los montes de Euskal Herria y emite un sonido aterrador, que es un mal presagio de que viene a traer la desgracia y la catástrofe a los humanos. En otros lugares se dice

que tiene forma de serpiente de varias cabezas, pero en mis libros de Zugarramurdi la descripción es la de un dragón de escamas brillantes, con tres espantosas cabezas y seis ojos malvados, que gusta de comer burros, caballos y ovejas, atacando al ganado cuando está hambriento, matándolos con rapidez y eficacia. Los humanos somos su plato favorito, y dicen los que le han visto que es un ser terrorífico y malvado, con ojos fríos y crueles que al clavarse en ti son capaces de congelarte la sangre al instante. Yo siempre he tenido miedo al Herensuge, desde que era pequeña. No en vano en muchos pueblos de esta tierra se cree en su existencia, y se llevan regalos y ofrendas a las simas conocidas por ser acceso al ultramundo. Nerviosa, abrí la caja y observé sus contenidos con reverencia. Las piedras, lisas y brillantes, provenían de las cuevas mágicas de Zugarramurdi y llevaban siglos en poder de nuestra familia. Eran tan poderosas y estaban tan llenas de magia negra que, al golpearlas, se podía llamar al Herensuge para que viniera a recoger nuestras ofrendas. Recordé a mi hermana mayor, que estaba convencida de que, si se sacrificaba para el Herensuge, las cosas mejorarían para toda la familia. Intenté no pensar otra vez en su cuerpo ya sin vida, que había aterrizado de golpe en el fondo de la sima y que fue tan complicado de rescatar. Me acordé de la temporada de depresión que siguió a su muerte, la sensación de pérdida que me hacía imposible respirar, las conversaciones con amama, que fue quien la convenció, mi reacción ante su cruel decisión. Empecé a recordar tantas cosas tristes que intenté olvidarme de ellas sacudiendo la cabeza con fuerza mientras intentaba secar las lágrimas de mi rostro. Metí las manos en la caja de nuevo y saqué las viejas tijeras, algo oxidadas ya, que compró Antonio hace unos años. Las tijeras no formaban parte del ritual original, pero Antonio me convenció de que hacíamos lo correcto intercambiando una ofrenda por otra.

Esa historia es difícil para mí, prefiero de momento no pensar en ello demasiado, aunque soy consciente de que en algún momento debería ponerla por escrito y regalarle a Elurne la verdad. Sé que Antonio habló con ella mucho de ese día pero yo todavía no he sido capaz, me atenaza el miedo y las ganas de escapar sin volver la vista atrás. Las tijeras son un parche, pero hace tiempo que sé que no sirvieron de nada en su día y que no servirán tampoco este año, por mucho que se mantenga la tradición familiar. Al Herensuge lo que más le gusta como ofrenda es la sangre, yo no lo olvido a pesar de que llevo intentando borrarlo de mi mente media vida. Cogí de nuevo el cofre de madera y se me escapó un suspiro hondo, desesperado, y con lágrimas en los ojos miré lo que había dentro. Lo único que quedaba en el fondo era un montón de rizos cobrizos, largos y ensortijados, guardados en una fina bolsita de seda transparente. Los cogí entre los dedos y cerré los ojos, pidiendo perdón a la Diosa Mari por lo inconsciente de mis actos hacía ya tantos años. Los rizos parecían estar hechos de fuego y quemaban las yemas de mis dedos, así que los volví a meter en la bolsita, lo guardé todo apresuradamente y volví a esconder el cofre en su sitio, tapándolo cuidadosamente con unas viejas mantas. Quizá lo mejor sea que Elurne lleve a cabo el ritual del Herensuge, por lo que pudiera pasar. Hay veces en las que todo tiene sentido, pero hay otras en las que tengo la sensación de que nadie entiende realmente lo confusas que son ciertas cosas para mí.

Se me acaba el tiempo ya, no hay duda; lo presiento en el fondo de mi ser y en el palpitante dolor del costado. Necesito despedirme de Kuartango, mi hogar. Necesito visitar por última vez mis parajes favoritos y los lugares claves de mi vida; quiero despedirme de cada rincón de esta bella tierra. Por fortuna y a pesar del dolor del costado, todavía puedo caminar bastante distancia sin cansarme. Elurne está ocupada últimamente entre su trabajo y Lamietxe, así que no me echará de menos los días que organice mis excursiones de despedida. Estoy planificando una última subida a Solacueva, en Arkamo; quiero llevar alguna ofrenda para agradecer al Zezengorri, nuestro toro

rojo sagrado, la fiel custodia que ha hecho de las cenizas de amama. A ella quiero pedirle que me espere en la siguiente vida, para enseñarme y guiarme como hizo cuando estaba viva. También volveré al dolmen de los Jentilak, donde tuvo lugar mi boda espiritual con Antonio. Quiero también llevar agradecimientos a estas deidades antiguas que han cuidado de los Kuartangueses desde el principio de los tiempos, y pedirles que sigan intercediendo por nosotros y nuestro bienestar. También subiré al Pico Marinda, como he hecho cientos de veces desde mi nacimiento, para hacer una última ofrenda a Mari antes de reunirme con ella en el más allá. Necesitaré visitar la gruta subterránea de la ermita de la Trinidad, testigo del florecimiento del amor entre Antonio y yo y donde sus cenizas descansarán eternamente. También visitaré el Salto del río Nervión, la lobera de Gibijo, la ermita de Eskolunbe, tan bella escondida en Badaia y cómo no, mi sima secreta de la infancia, donde guardé mis primeras piedras y eguzkilores y donde Antonio, Elurne y yo dibujamos aquellas pinturas rupestres hace ya tanto tiempo. Por último, creo que debería subir por última vez al alto de Sendadiano y hacer las paces con el recuerdo de la violación aquel aciago día de Sugaar, la serpiente demoníaca. Hasta ahora no he sido capaz de volver allí, porque me aterra la energía negativa del lugar y el pánico que me atenaza al pensar en él, aunque hace ya más de sesenta años de aquello. Creo que me merezco paz interior por fin y reconciliarme con ese momento tan traumático.

No sé exactamente los meses o semanas que me quedan de vida, pero en la medida de lo posible me gustaría despedirme de este mundo con todos mis asuntos en orden, tanto los físicos como los mentales.

Kuartango, abril de 2.009

Le despertó el sonido de unos nudillos golpeando la puerta de entrada con insistencia. Intentó ignorar los golpes porque estaba soñando algo precioso y no quería volver a la realidad en ese preciso momento. Sin pausa, los nudillos continuaron golpeando sin cesar. Rezongando disgustado, Miguel abrió los ojos y miró el reloj despertador de la mesilla. Eran todavía las ocho y media, ¿quién podía ser a esas horas? Era imposible que fuera Zigor porque a esa hora ya estaba trabajando. Elurne era improbable, a esa hora no habría acabado con las labores de Lamietxe y habían quedado en verse al cabo de unas horas. Se incorporó en la cama y tanteó en la oscuridad de la habitación, buscando una camiseta y unos pantalones para cubrir su desnudez. El martilleo de la puerta seguía, insistente, con un golpeteo sordo que empezó a provocarle dolor de cabeza. Gruñó cabreado y soltó un par de tacos mientras se ponía los pantalones. ¿Es que la gente no tenía modales? ¡Qué insistencia! Cabreado, saltó de la cama, caminó iracundo por el pasillo y abrió la puerta de golpe, con cara de pocos amigos y a punto de abroncar a quien fuera que no dejaba de golpear. Se quedó petrificado al ver al Coronel Narváez en la puerta, con el semblante serio, vestido de civil, y con una cara de enfado mucho más intensa que la suya. Narváez en Kuartango, en la Pensión Chifflet, poniendo en riesgo la confidencialidad de la Operación New Age. Sin saber exactamente qué decir, se echó a un lado y le hizo un gesto para que entrase. Narváez, clavándole unos ojos fríos como el hielo, pasó por su lado sin decir nada, recorrió el pasillo con el bastón y se paró en el salón, girándose lentamente a mirarle.

- ¿Sorprendido?

Miguel seguía sin saber qué decir y se quedó de pie mirando avergonzado a su superior. Entendía que estuviese cabreado por su dimisión por escrito del día anterior y la magnitud de las consecuencias que ésta acarrearía para sus excompañeros. Había dejado el Cuerpo en mitad de una misión vital para España y había evitado conscientemente las llamadas y los mensajes de Narváez. Su plan original era preparar bien la inevitablemente incómoda conversación antes de llamarle. Sin embargo, todo había salido mal y se sentía menos preparado que nunca para afrontar la cuestión; estaba recién levantado, despeinado, sin afeitarse y sin haber practicado sus argumentos. La visita le había pillado totalmente por sorpresa. Narváez, al ver que Miguel no salía de su estupor, siguió hablando.

- Si tú no estás sorprendido, ten por seguro que yo sí que lo estoy. Al recibir tu email casi me da una apoplejía. Te llamé cientos de veces anoche. Quería una explicación y no tuviste las agallas de llamarme para decírmelo cara a cara. Por eso he venido hasta aquí, porque tú y yo sabemos que me merezco una explicación. Así que haz el favor de lavarte la cara, hacerme un café y empezar a hablar. Llevo toda la noche conduciendo.

Asintiendo, Miguel volvió a la habitación, se puso unas deportivas, se lavó la cara y fijó la mirada en el espejo. No reconocía al Miguel que tenía delante. La barba crecida de varios días, el pelo más largo, los pantalones llenos de barro, la sudadera rota y las ojeras bajo sus ojos oscuros. Atrás quedaron los pantalones planchados y las camisetas de Armani, los zapatos de Ferragamo, los cortes de pelo modernos en la peluquería de Marco el italiano y el bólido rojo de alta gama. Si era honesto consigo mismo, prefería la imagen que le devolvía el espejo en aquel momento.

Haciéndose a sí mismo un gesto de ánimo, salió del baño y se encaminó con paso firme a la cocina, silbando mientras ponía la cafetera para aparentar una tranquilidad que no sentía. Al fin y al cabo, estaba en su casa y no iba a permitir que le amenazaran.

Mientras trasteaba por los armarios buscando cucharillas, escuchó el sonido del televisor al encenderse, y comprendió que Narváez quería que el ruido de fondo ahogara su conversación por si la Señora Chifflet podía escucharlos desde arriba. Puso en una bandeja las tazas, la cafetera, el azúcar, una jarra de leche y unas galletas y entró en el salón.

- Aquí tiene, Coronel, su café.

- Gracias. Y ahora quiero una explicación.

Miguel clavó su mirada en aquellos ojos azules, intentando encontrar las palabras adecuadas. Las experiencias de los años en el Cuerpo pasaron por su mente una tras otra: las operaciones tácticas, las prácticas de tiro, los antiguos compañeros y muchos otros recuerdos. En aquellos años estaba convencido de que su misión en el mundo era aquella, defender su país. Seguía sintiéndose orgulloso de haber defendido su bandera con el tesón que lo había hecho, pero había llegado el momento de pasar el testigo a hombres con más ambición que él. Tragando saliva, comenzó a hablar con la vista en el suelo.

-En primer lugar, mi Coronel, lamento que mi dimisión le decepcione tan profundamente, sé que está decepcionado. Ha velado por mí como un padre en los últimos años, y sé que tenía puestas sus más altas esperanzas en mi éxito durante el desarrollo de la Operación New Age. En las últimas semanas me he esforzado por llevar a cabo mis responsabilidades con la máxima profesionalidad y el más estricto rigor, pero he comprendido que realmente no tengo fuerzas para seguir haciendo esto. Si hace memoria, hace varios años durante unas maniobras hablamos del sacrificio que supone estar dispuestos a dar la vida por nuestro país. Tanto tú como yo somos conscientes de las vivencias y las experiencias tan duras, extremas y a veces traumáticas que soportamos a lo largo de nuestra carrera. Debemos obedecer sin rechistar, trabajar hasta caer rendidos, estar disponibles a cualquier hora, luchar contra la violencia, la muerte y la delincuencia, granjearnos la enemistad de gran parte de la sociedad y, en algunos casos, soportar unos niveles de estrés profesional y personal mucho más elevados que los de la sociedad civil. Desde el asesinato de Luis, desde antes quizá, me he dado cuenta de que la pasión y la fortaleza mental que tenía cuando me uní al Cuerpo ya no está ahí, ha desaparecido. He visto que no soy capaz de afrontar psicológicamente los aspectos clave de este trabajo. El constante estado de alerta, las interminables mentiras propias de las operaciones secretas, la falta de sueño, la ansiedad del próximo informe, la próxima conversación en la que un superior me dirá que no es suficiente, que nunca es suficiente, que siempre hay más por hacer y más órdenes por cumplir. Sueño con Luis y con nuestra infancia y carrera profesional juntos, y también con el atentado. Escucho de nuevo sus gritos de miedo al escuchar que iba a morir, oigo la voz del terrorista que contaba los minutos y siento en el corazón como si fuera ese día el momento en el que escuché el disparo y supe que estaba muerto. Tengo pesadillas espantosas y vívidas, y cada noche vuelvo a revivir cosas que no desearía a mi peor enemigo. ¿Sabe lo que me ha decidido del todo a tomar esta decisión, mi Coronel? Que nunca acabaremos, que nunca atraparemos a todos los malos. Los violadores seguirán violando, los traficantes seguirán vendiendo droga y los terroristas seguirán poniendo bombas y matando inocentes, aquí y en todas partes del mundo. Míreme, Coronel,

míreme a los ojos, usted me conoce. Hace días fue usted mismo quien dijo que no parezco el mismo, que estoy errático en mi modo de proceder y que no comprende mi cambio. Ahora lo comprende. No puedo soportar más esta vida de soldado abnegado e infalible. Necesito volver a ser un hombre normal. Necesito una vida sin órdenes continuas, sin operaciones de espionaje, sin muertes, sin informes, y sobre todo sin tener que mentir a todo aquel que me rodea. ¡No puedo más!

Tras esto, Miguel enmudeció y, sin poder evitarlo, comenzó a llorar. Primero en silencio, con lágrimas temblorosas deslizándose silenciosas por sus mejillas y luego con más fuerza. Sintió que el dique que había contenido toda la carga emocional de los últimos meses se derrumbaba. Comenzó a sollozar y escondió la cara entre las manos, avergonzado de estar llorando delante del Coronel. En aquellos momentos necesitaba más que nunca un abrazo, pero Narváez nunca le abrazaría, estaba seguro de ello. Tardó unos segundos en serenarse, y cuando lo logró miró a los ojos de Narváez. El coronel no se había movido ni un milímetro y le miraba fijamente, evaluándole.

-Miguel, eso lo comprendo completamente. ¿Acaso crees que eres el único Guardia Civil, Policía o miembro de las Fuerzas Armadas que se siente así en algún punto de su carrera? Los veteranos de guerra, los agentes de tráfico, los agentes del Servicio de Inteligencia, los Capitanes de División, los equipos antidroga y los comandos de lucha antiterrorista, todos y cada uno de nosotros pasamos por esta fase. Por la etapa del “qué sentido tiene todo esto” y del “me da miedo qué pueda llegar a suceder, a mí o a mi familia”. Es algo natural porque trabajamos con la miseria humana y debemos enfrentarnos a los aspectos más oscuros de las personas. Tenemos, como dices, que soportar grandes cantidades de estrés profesional que sin duda tienen un efecto negativo en nuestra vida personal. Sabes el tipo de misiones en las que yo trabajé en mi juventud, y sabes el efecto que tuvieron en mi matrimonio y en la relación con mis hijos. Pero lo hacemos porque amamos este país, porque amamos nuestra bandera, y la defensa de España es ante todo nuestra prioridad.

- Ya no es mi prioridad, Coronel.

- Eso es lo que crees ahora, pero ¿estás seguro de que no cambiarás de idea? Si solicitas una excedencia temporal, de un año o dos, tendrás más tiempo para meditarlo, probar la vida de civil y tomar una decisión final. Una excedencia es una partida con la puerta abierta, pero una dimisión la cierra definitivamente.

- Lo sé. Lo tengo más que meditado. Se acabó.

- En el caso de que aceptara dejarte marchar sin más, ¿qué piensas hacer?

- ¿Qué quiere decir exactamente con eso? No hay más que hablar, mi dimisión es firme.

- Podría acusarte de traición a la Patria y, como sabes bien, nosotros nos regimos por la justicia militar, no la civil. Podría causarte muchos problemas.

- Nunca hubiera creído que me amenazaría de este modo. A mí, que tanto he dado por usted. ¿Piensa hacerme la vida imposible? ¿Cómo a aquella Teniente que denunció? Si no recuerdo mal, la acusó de abandono del puesto de trabajo por ir al baño a ponerse una compresa durante el

servicio. Y todo porque ella no quiso follar con usted en la cena de Navidad. Pensé que la relación que teníamos iba más allá de lo profesional y que nos comprendíamos a un nivel más profundo, mi Coronel. A lo largo de estos años he pensado en usted como lo más cercano a un padre que he tenido. Hablé con mi madre hace unos días y le conté mi plan de dimitir de mi puesto en la Guardia Civil. Le hablé de mi angustia al pensar que mi padre, de estar vivo, se hubiera sentido decepcionado. Pero ella me dijo una cosa que se me quedará grabada a fuego mientras viva. Me dijo que mi padre me había querido por encima de todo, y que los padres quieren que sus hijos sean felices. A usted le veía como un padre y me decepciona su amenaza. Eso significa que no soy tan importante para usted como yo pensaba.

Miguel, sin dejar de mirar a Narváez y con las lágrimas todavía brillando en sus ojos, tomó un sorbo de café y esperó a que Narváez le respondiera. Tardó unos minutos, en los que se vio claramente que iba perdiendo su confianza inicial. Sus hombros cayeron unos milímetros, su rostro pareció adquirir un matiz más melancólico y sus ojos se perdieron unos instantes en la alfombra del salón.

-Miguel, no soy hombre de grandes emociones, pero claro que significas más para mí que cualquier otro de mis subordinados. Lo sabes muy bien. No quiero ponerte las cosas difíciles, no era mi intención decirte algo así. Perdóname, no debí amenazarte. Realmente no sé cómo explicarlo, Miguel. Te valoro tanto que no quiero creérmelo, me gustaría mucho que reconsiderases tu postura, que dieras marcha atrás y cancelaras tu solicitud de dimisión. Durante más de diez años he visto cómo te has convertido en un hombre, cómo has trabajado hasta llegar a ser de los mejores y cómo llevas a cabo tus responsabilidades con eficacia y discreción. Hemos compartido buenos momentos, hemos tenido grandes conversaciones, tanto del trabajo como de la vida, y he disfrutado con nuestro contacto a lo largo de los años. No quiero que abandones, ésa es la realidad; no quiero perderte. Si no trabajas conmigo, inevitablemente perderemos el contacto con el paso del tiempo y te olvidarás de tu vida anterior. Me aflige pensar que debería haber sido un mejor mentor y haber exigido menos de ti, pero ¿cómo podría haberlo hecho? La Operación New Age es una de las más importantes de los últimos años para la lucha antiterrorista en este país. Mi cargo y las responsabilidades que conlleva me obligan a ser firme, a dirigir los equipos, a controlar la información y a trataros a todos por igual. Por favor, Miguel, hazme el favor, reconsidera tu decisión, ¿no te bastaría con una excedencia por el momento?

Miguel, sorprendido por una franqueza y humildad que nunca había visto en Narváez, se mesó la barba y suspiró hondo.

- Una excedencia alarga el período de indecisión y estrés, mi Coronel.

- O te da tiempo para tomar la decisión correcta, depende de cómo lo mires. Tómame unos días para pensarlo, no tengo por qué enviar tu carta a recursos humanos todavía.

- Por favor, Coronel, no me haga esto más difícil. Lo tengo decidido.

- Todavía quedan unas horas para acabar la jornada laboral de hoy, Miguel. Por favor, reflexiona un poco más. ¿Qué harás si lo dejas todo?

- Tenía pensado quedarme aquí, en Uzanza, y pedir trabajo en alguna granja local para aprender la labor de ganadero o agricultor.

El Coronel Narváez le miró, completamente atónito, y su taza de café se quedó congelada en el aire.

- ¿Qué has dicho? ¿Has perdido la cabeza?

- Para nada, mi Coronel.

- ¿Aquí, en Uzanza? ¿En mitad de la Operación New Age?

- ¿Y por qué no? Aquí en Kuartango, en la pensión Chifflet, he encontrado una paz y una serenidad que nunca había sentido anteriormente. La lentitud con la que pasa el tiempo, la sencillez de los animales, del campo y del paso de las estaciones. Las relaciones estrechas entre vecinos, entre...

- Entre terroristas, Miguel, no lo olvides. Esto me preocupa más que todo lo anterior que hemos hablado. ¿Has estado confabulando con esta gentuza?

- ¡Venga ya! Sabe que yo nunca haría eso, mi Coronel. ¿No se jacta de que me conoce bien? No le voy a mentir, he convivido de cerca con la mayoría de los vecinos de este pueblo y son trigo limpio. Sé que no me quiere creer y soy consciente de que sigue sospechando de Unax, Elurne, Zigor y el resto de sus amigos, pero estoy convencido de que están desperdiciando fondos y tiempo valiosos. Garbiñe ya ha sido arrestada y sé que no hay más que ver aquí.

- Los tipos de pentrita no coinciden, Miguel, y como bien sabes, no tenemos confesión por parte de Garbiñe o de su compinche sobre uno de los atentados.

- ¿Cree que los criminales confiesen todos sus crímenes? No sea inocente. Cuantos más crímenes confiesen, más larga la condena. Esperarán a conseguir un buen abogado y tratarán de evitar más cargos.

- No soy inocente, pero es estadística pura y dura. Si Garbiñe es una terrorista, alguien de su entorno probablemente también lo será.

- Pero éste no es su entorno. He convivido con ellos y he visto que Garbiñe apenas hacía vida en Kuartango, sólo venía de vez en cuando a estar con su novio. Los vecinos y los amigos de Zigor la odian. Alguno ha valorado alguna vez ponerse en contacto con la policía para alertarles de sus sospechas sobre ella, pero al final les han dado miedo las consecuencias si se descubría al chivato.

Esta última frase la soltó con cara de póker, intentando poner énfasis en la intención de denuncia de la terrorista por parte de los amigos. Total, pensó agobiado, una mentira más o una menos no iba a ninguna parte ya.

- ¿Por qué no lo denunciaron?

- ¿Está seguro de que lo haría usted, mi Coronel? ¿Denunciar a la novia de un amigo? ¿En un lugar como el País Vasco, en el que hacer algo así podría conllevar amenazas, daños corporales o incluso la muerte? Yo les comprendo, mi Coronel. Yo mantendría mi boca cerrada e intentaría

evitar a esa persona. Si yo fuera usted, mi Coronel, trataría de convencer a los altos mandos de la Operación New Age de que en Kuartango ya no hay nada más que ver. Dedicaría todos mis esfuerzos a partir de ahora al entorno verdaderamente cercano de Garbiñe, que han sido su familia, su último trabajo, los bares que frecuentaba....

El Coronel Narváez se revolvió inquieto, aparentemente incómodo por el rumbo que estaba tomando la conversación.

-Esta tarde tengo una reunión con el resto de los altos mandos de la Operación New Age. Hay tres Capitanes que son de la misma opinión que tú; opinan que en un pueblo tan pequeño como Uzanza no hay mucho más que ver si no lo hemos visto ya, y que estamos malgastando dinero público. Yo quiero creerte, Miguel, pero sería como anunciar que hemos fracasado.

- ¿Por qué habla de fracaso? Hemos arrestado a dos terroristas, Garbiñe y su amiguito. Una retirada a tiempo es una victoria, usted lo sabe, mi Coronel.

- Y a ti te vendría de perlas que abandonáramos Kuartango para poder comenzar con tu nueva vida.

- Eso también.

- Miguel, la posible retirada de Uzanza no está en mis manos. Y para mí y para tus compañeros del Departamento esa decisión no cambiaría las cosas. Si trasladamos el centro de operaciones a Pamplona, me gustaría poder contar contigo igualmente.

- Lo siento, pero no. Mi negativa es firme.

- He pasado media noche conduciendo para venir a hablar contigo en persona y pedirte que reflexiones. Piénsalo un poco más, por favor. Tengo que marcharme, la reunión es en unas horas y no puedo faltar. Por favor, piénsatelo, puedo llamarte después y contarte cuál es la decisión final sobre si nos quedaremos en Uzanza o nos trasladamos a Pamplona.

- Mi Coronel, por respeto a usted reflexionaré por última vez sobre mi dimisión. Llámeme después de la reunión, pero no se haga ilusiones.

- Gracias. Nunca se sabe, puede pasar algo en las próximas horas que te haga cambiar de opinión.

El Coronel se levantó del sofá haciendo una mueca de dolor. A decir verdad, el hombre ya estaba mayor para aquellos trotes. Quizás el Coronel debería considerar jubilarse y llevar una vida tranquila y relajada en algún pueblo de la Sierra de Madrid. Alargó la mano hacia Narváez, que se acercó a él y para su sorpresa le envolvió en un fuerte abrazo.

-Gracias, Miguel, por tus años de dedicación, esfuerzo y trabajo. Estoy orgulloso de ti, como profesional y como persona.

- Gracias mi Coronel, sus palabras significan mucho para mí.

- Hablaremos esta tarde; por favor, medita todos los aspectos de tan importante decisión.

- Así lo hare. Que tenga un buen viaje de vuelta, Coronel.

Sonriendo desde la puerta, Miguel se despidió del Coronel mientras éste entraba en su coche y se dirigía hacia la salida del pueblo. Anonadado pero aliviado, caminó hacia el salón y se dejó caer en el sofá. El hecho de que Narváez le hubiera pedido unas horas más de reflexión no cambiaba nada en realidad, no pensaba cambiar de opinión. A partir de esa misma mañana podría dedicarse, con calma, a trazar los planes para la nueva etapa de su vida en Kuartango con Elurne. Al pensar en la pelirroja y en Lamietxe, el corazón le dio un vuelco nuevamente. Era libre, podría empezar desde cero con Elurne, aunque ella no fuera consciente de que algo tan importante hubiera cambiado para él. Miró el reloj y pegó un salto. ¡Eran ya las once! En media hora había quedado en Lamietxe para montar a caballo con ella. Animado, se desvistió y, silbando alegremente, entró en la ducha, abrió el grifo a máxima potencia y dejó que el agua resbalara por su espalda, como si ésta pudiera borrar el estrés producido por la misión. Le importaba todo un comino, menos su nueva vida en Uzanza. Cuando salió de la ducha se vistió, subió al coche y salió disparado hacia Lamietxe.

La mañana estaba preciosa, la temperatura era perfecta y el cielo azul auguraba un buen día. Sonrió a los vecinos que le saludaron al pasar por la plaza y a Txiki, que estaba sacudiendo unos manteles desde su balcón. Paró de buena gana en el camino de parcelaria para que unas vacas, lentas y perezosas, cruzaran sin peligro. Cuando llegó a Lamietxe y vio a la pelirroja, rizos al viento, persiguiendo a un enorme gallo negro por las fincas, no pudo evitar echarse a reír de buena gana. Se acercó a ella, que no le había visto y maldecía a voz en grito mientras corría detrás del animal.

-Ven aquí, maldito cabrón, ¡ni se te ocurra! ¡Vuelve aquí!

- ¿Qué te ha hecho el pobre?

- Joder, Mikel, ¡menudo susto me has dado! No te había oído llegar. Es este gallo de la abuela María, que se escapa del gallinero cada vez que ella se marcha de paseo por el bosque.

- ¿Se escapa para seguirla, como un perro faldero?

- Suena ridículo, pero es así. Por suerte, sólo los dos gallos hacen eso, pero me tienen frita. Este es Noir (96), y sale disparado cada vez que ve salir a la abuela de los terrenos de Lamietxe. Su hermano Kuro (97), que es el favorito de la abuela, no se escapa tan a menudo, pero le encanta saltar a su regazo para que lo acaricie, como haría un gato. Hace días que no veo a Kuro, por cierto.

- ¿Y es normal que esos bichos se comporten así? ¿No son agresivos?

- Son agresivos con la gente que no conocen, pero con nosotras no, faltaría más. La abuela María ha estado obsesionada con esta raza desde que era una niña, son sus animales favoritos y tiene una conexión muy extraña con ellos. De hecho, creo que pasa más tiempo con los gallos que conmigo.

- ¿Y ahora tienes que cogerlo para meterlo en el gallinero?

- Claro. No creerás que me encanta correr detrás de los gallos por afición.

- Estás muy sexy corriendo detrás del gallo ese tan extraño.

- Eres un pelota, Mikel.

Elurne lo miró, colorada por el esfuerzo y regalándole una sonrisa deslumbrante, que pronto se convirtió en carcajada.

- No sé qué haces ahí parado como un pasmarote, venga, ayúdame.

- Anda ya, yo no pienso ponerme a correr detrás de un gallo, que me puede picar o sacarme un ojo.

- No te va a atacar, y si lo hace te apartas y listo. Venga, no seas gallina. Tú le rodeas por la derecha y yo por la izquierda. Empújalo hacia mí.

Con un suspiro y un gesto teatral para hacer sonreír a la pelirroja, Miguel se dispuso a obedecer sus órdenes. Miró con desconfianza al gallo, que picoteaba unas briznas de hierba con desmedida glotonería. Con ese pico podía perfectamente sacarle un ojo y dejarlo ciego. Paso a paso, se fue acercando con los brazos extendidos, atento ante un posible ataque. Escuchaba las risitas de Elurne, que le miraba divertida mientras lo rodeaba por el otro lado. Saltaron los dos a la vez, extendiendo los brazos y atrapando al gallo al mismo tiempo. Al verse atrapado se puso a cantar asustado, lo que hizo que Miguel casi lo soltara. Muertos de risa, llevaron al gallo díscolo al gallinero y lo dejaron allí con las demás aves. Se dirigieron a la finca contigua, donde Elurne ya había ensillado los caballos y preparado la comida y subieron a sus monturas, todavía bromeando sobre la captura del gallo. Pronto la conversación giró hacia la votación del cargo a Presidente y a las fiestas de Uzanza, que comenzaban aquella tarde. La pelirroja estaba convencida de que los vecinos no la votarían a ella y ya se había hecho a la idea de que Bixente sería el caballo ganador. Miguel lo prefería así, pero le dijo que estaría en la reunión con ella pasase lo que pasase. Ella le miró agradecida y le lanzó un beso desde su montura, espoleando al caballo con suavidad para que empezase a trotar y luego a galopar. Miguel hizo lo propio y dejó que sus pensamientos volaran libres mientras disfrutaba de la sensación de fundirse con el animal, sintiendo su pecho pegado a su cuello musculoso y escuchando su respiración acompasada. Aunque era todavía un principiante, le había cogido el truco a Lasai, el caballo feliz, y estaba de acuerdo con Elurne en que montar a caballo era un ejercicio muy relajante. Sobre todo, en los bellos parajes de Kuartango.

Disminuyendo la velocidad, Elurne giró a la derecha y le hizo señas para que la siguiera por el paraje de Yarto. Se adentraron en un bosque frondoso, más sombrío que los que había visto en sus anteriores excursiones, y sortearon los viejos árboles en silencio. Sólo se escuchaban el trinar de los pájaros y los cascos de los caballos, que caminaban casi en silencio por el mullido suelo de musgo del bosque. Elurne se giró a mirarle, con una sonrisa algo triste.

-Te voy a llevar a otro de los sitios sorprendentes de Kuartango.

- Perfecto, pelirroja. Donde sea que me lleves, yo iré encantado. ¿Es un sitio bonito?

- Es precioso pero, al mismo tiempo, es un lugar pavoroso.

Con esa misteriosa declaración y una sombra oscureciendo su mirada, volvió a girarse. Al cabo de pocos minutos se empezó a escuchar a lo lejos el murmullo del agua y Miguel notó sorprendido que la espalda de la pelirroja se tensaba más a cada metro que avanzaban. Enseguida llegaron a un claro del bosque en el que una diminuta cascada tintineaba entre las rocas de la empinada colina. Cuando llegaron, Elurne desmontó y, con un gesto vago y sin mirarle a los ojos, indicó a Miguel que habían llegado. Acto seguido, se agachó entre los árboles y se dispuso a recoger flores y juntarlas en un pequeño ramo. Miguel miró a su alrededor, sobrecogido por la belleza del paraje. El agua de la cascada era de una transparencia bellísima, y desembocaba en una pequeña poza que estaba rodeada por grandes rocas lisas. Después continuaba bajando por la pendiente deslizándose entre los árboles. Miguel se sentó en una de las rocas, hechizado por el hipnótico sonido del fluir del agua. Elurne se sentó a su lado suspirando, y dejó en la roca el ramo de flores silvestres.

- ¿Te gusta este sitio?

- Me gusta muchísimo. Es un sitio tranquilo y sosegado.

- Lo bueno es que no mucha gente sabe dónde está.

- ¿No viene mucha gente por aquí?

- Aparte de la abuela María y yo, no mucha.

- ¿Y por qué dijiste que era pavoroso? A mí me parece muy tranquilo.

- La cascada no es pavorosa, sino el paraje en sí. Ven conmigo, Mikel, que siempre me ha asustado ir sola.

Cogió el ramo de flores, le tomó con suavidad de la mano y se adentraron juntos en la espesura del bosque. Rodearon un roble centenario, nudoso y fuerte, y Elurne se detuvo de repente, soltándole la mano y observando fijamente una alargada grieta en el suelo que se encontraba a pocos metros de ellos. Miguel no lo había visto, entretenido como había estado observando la triste y cada vez más tensa mirada de la pelirroja. Sorprendido, observó que había decenas de flores marchitas dispuestas en círculo alrededor de la profunda sima, como si se tratara de algún ritual macabro. De pronto, y sin saber muy bien por qué, comenzó a invadirle una extraña desazón; notó que su corazón palpitaba más fuerte y sintió una energía tenebrosa y oscura que parecía invadir el lugar, ahogando toda su belleza. Observando el agujero, tuvo un terrible presentimiento. ¿Y si había subestimado a la pelirroja, después de todo? ¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Qué causaba la tensión que podía leer en su rostro? Y, sobre todo, ¿qué era aquel agujero? ¿Sería un escondite ilegal de E.T.A., quizá uno de los zulos (98) donde esconder armas? ¿O sería algo aún más terrible? Sin poder evitarlo, le vinieron a la cabeza los numerosos casos de políticos, empresarios y agentes de las fuerzas de seguridad, Luis incluido, que habían sido apresados por miembros de la banda terrorista a lo largo de la historia reciente. Algunos de ellos habían sido secuestrados y metidos a la fuerza en agujeros minúsculos como aquél, privados de libertad durante meses, sin poder contactar con sus familias y viviendo con un miedo constante en la más profunda oscuridad. Algunos, como Luis, para acabar volviendo a casa en un cajón de pino. Miguel notó que tenía mucho miedo, y era la primera vez que lo sentía desde su llegada a Kuartango. En realidad, ¿podía asegurar que conocía bien a la pelirroja habiendo pasado tan poco

tiempo con ella? Miró a Elurne, que seguía en silencio, con sus increíbles ojos verdes fijos en la sima. Con voz temblorosa y en voz baja, comenzó a hablar, insegura al principio.

- ¿La notas, Mikel? ¿Notas la maldad? Yo sí que la noto, la he notado siempre, desde que era pequeña y escuchaba las historias antiguas. La primera vez que subí aquí con los abuelos me causó tal trauma que estuve meses con pesadillas angustiosas y oscuras. No me gusta venir aquí, pero le prometí al abuelo que seguiría subiendo una vez al año. Según él, de momento no hace falta venir más.

Sorprendido por tan extraña declaración, Miguel la miró enarcando las cejas. Aunque seguía sintiendo miedo, se disiparon sus temores sobre una posible emboscada. No parecía que Elurne fuera a sacar un arma y lanzarle a la sima. Sin embargo, parecía estar a punto de venirse abajo; sus hombros habían empezado a temblar y una lágrima asomaba por su rostro.

Con voz queda y suspirando hondo, la pelirroja comenzó a hablar en euskera mientras rodeaba la sima y depositaba las flores recién cogidas encima de las secas que allí se encontraban. Después comenzó a cantar. Aunque no entendía las palabras, la melodía sonaba triste y melancólica. Cuando dejó de cantar, entró en el círculo con las flores que le habían sobrado, se arrodilló al borde de la sima y volvió a suspirar. Sacó de su mochila un saco de cuero que contenía dos piedras alargadas, brillantes y oscuras, y unas tijeras muy afiladas y que parecían antiguas. Miguel estaba extrañado y muy confuso. ¿Qué narices estaba pasando allí? Comenzó a andar en dirección a la pelirroja, pero ésta se volvió hacia él con un imperioso gesto de advertencia y movió la cabeza de izquierda a derecha, indicándole que no entrase en el círculo de flores. Elurne comenzó de nuevo a pronunciar palabras en euskera, en voz más alta esta vez. De pronto, agarró con sus manos uno de sus brillantes rizos cobrizos y, con gesto nervioso, lo cortó con las tijeras. Manipuló el rizo con destreza para unirlo con las flores y atarlo con un lazo de color negro, creando un ramo un tanto macabro. Luego cerró los ojos y lo lanzó hacia la sima como si quemase, pillando a Miguel por sorpresa al gritar a todo volumen una última palabra: ¡Herensugeeeee! Después cogió las dos piedras y comenzó a golpearlas con un ritmo lento mientras murmuraba más palabras. Después abrió los ojos, se puso en pie y salió del círculo, ignorando completamente a Miguel y caminando con prisa. Casi corriendo, se dirigió de nuevo a la cascada sin mirar atrás. Miguel, sin saber muy bien qué decir o hacer, la siguió presuroso, volviéndose varias veces para mirar a la sima totalmente desconcertado. Cuando salieron de nuevo al claro del bosque, Elurne volvió a sentarse en una de las piedras con la mirada perdida en el agua, pero aparentemente libre de la tensión anterior. Parecía haber lanzado su angustia a la sima, junto con las flores, el lazo negro y el rizo. Inseguro, se acercó a ella y le rodeó los hombros con los brazos, atrayéndola hacia sí. Al principio la abrazó en silencio, besándole la frente para calmarla, pero a los pocos minutos la curiosidad pudo con él y empezó a hablar.

-Elurne, no entiendo absolutamente nada de lo que ha sucedido en esa sima. Dices que nunca te ha gustado subir sola y no me extraña, porque es un sitio con una energía muy rara. Pero no acabo de comprender qué es exactamente lo que has hecho allí. ¿Qué clase de ritual era ése? ¿Qué es lo que has gritado al final? Y, sobre todo, ¿por qué lo has hecho? He de confesarte que me he asustado bastante al verte.

- La sima es la morada del Herensuge.

- ¿El Herensuge? ¿Quién es éste?

- El Herensuge es el dragón que habita en el ultramundo de las tierras vascas, según las leyendas. Las historias antiguas cuentan que hay dragones muy peligrosos en muchas simas de Euskal Herria, algunos de dos, tres y hasta siete cabezas. Unos tienen aspecto de dragón, otros de lagarto, y otros el de serpientes gigantes de varias cabezas. O al menos eso dicen las leyendas, yo nunca he visto a nuestro Herensuge.

- Joder, Elurne, hasta este momento pensaba que era la abuela María la única que creía en estas cosas. ¿De verdad crees en dragones?

- No lo sé, Miguel. En este caso en concreto, no sé ni lo que creo.

Estupefacto, Miguel miró fijamente a su novia. Aunque había pasado por su cabeza que la enfermedad mental de la anciana María pudiera ser hereditaria, en ese momento se dio cuenta de cuán alto podría ser el precio de esa herencia genética.

-No puedes hablar en serio. En estas semanas creo que he llegado a conocerte muy bien, Elurne, y tú no estás loca.

- No, no estoy loca. Pero este lugar está plagado de muerte, de temor y de energías negativas. Lo del Herensuge es secundario.

- ¿Qué quieres decir?

- Te voy a contar la leyenda de los Herensuge, que es parecida en todas las zonas de Euskal Herria. En muchos pueblos se creía fervientemente en ellos, en esas deidades malignas que poblaban el inframundo. Según los antiguos, una vez al año, algunas simas temblaban, crujían y una temible bestia salía de las profundidades de la tierra. Eran dragones o serpientes feroces, envueltos en ardientes llamaradas de fuego, y abrasaban y aplastaban todo bajo sus gigantescos cuerpos. Creían que solamente había una manera de aplacarlos: lanzar a la sima a una persona como ofrenda, con el objetivo de aplacar al Herensuge y su apetito voraz de sangre humana. Solían escoger mozas jóvenes, y en algunos pueblos se hacía el ritual cada año, si las poblaciones eran lo suficientemente grandes. Pero en poblaciones más pequeñas sólo aplacaban al Herensuge cada diez o doce años.

- No puedes hablar en serio. Eso es un crimen y una salvajada.

- Claro que hablo en serio. Elegían a la joven en una votación en la que participaban todos los vecinos mayores de edad de la zona. Las familias tenían que aceptar el resultado porque no se podían permitir enfurecer al Herensuge. En la noche elegida, las mujeres del pueblo subían a la niña hasta la sima iluminándose con antorchas y hacían el ritual de las flores, las piedras y los cánticos antes de arrojarla a la sima. Tiene más de cuarenta metros de profundidad y, según las historias que cuenta la abuela, se escuchaban los gritos aterrados durante varios segundos y el golpe del cuerpo al estrellarse. Después de acabar el ritual volvían a sus casas, la madre por supuesto desgarrada de dolor, e intentaban olvidarlo todo sobre el Herensuge hasta la fecha de la siguiente ofrenda.

Miguel la miró horrorizado, sin saber muy bien qué decir. No eran muchas las veces que se quedaba sin palabras, pero en el mundo particular de Elurne nunca acababan las sorpresas.

- Por favor, Elurne, dime que ya nadie lanza niñas por esta sima.

- Hace ya tiempo que no.

- ¿Cuánto tiempo?

- La última joven que ofrecieron al Herensuge de Kuartango murió hace aproximadamente setenta años.

- Hace mucho tiempo ya de eso.

- Sí.

- Entonces ¿por qué sigues haciendo tan extraño ritual?

- Porque la cosa se complica, como siempre. Ya sabes que en Lamietxe las cosas no son tan sencillas como en otras familias.

Con una sonrisa triste Elurne cambió de postura, tumbándose boca abajo en la piedra con la barbilla descansando en un brazo y la mano acariciando el agua del arroyo. Miguel se tumbó también y la escuchó con atención.

- La última niña que ofrecieron fue a la hermana mayor de la abuela María.

- Joder, Elurne, qué fuerte...

- Sí. Tenía entonces diecisiete años y se llamaba como yo, Elurne. La abuela ni siquiera pudo despedirse de ella. Mi tatarabuela, la abuela de la abuela, la convenció para que se sacrificara por el bien de la familia. Subieron las dos a la sima sin contárselo a nadie, hicieron el ritual y mi difunta tía abuela se tiró al abismo.

- ¿Y por qué a ella?

- Porque era pelirroja. Según creía ciegamente mi tatarabuela, el Herensuge prefiere a las niñas cuyo pelo recuerda al de las poderosas llamaradas de fuego del infierno. Según ella, el Herensuge quedaba más complacido con las niñas pelirrojas y si le entregaban una, la paz reinaría durante más tiempo.

- Joder Elurne, tengo los pelos de punta. ¿Y la abuela María? ¿Cómo asumió ella que su hermana muriese de aquella manera?

- Debió de llorar desconsoladamente durante varias semanas. Imagínate, no tenía más hermanos, ni a sus padres, sólo quedaron ella y su propia abuela, la asesina. Su hermana era su única amiga, su confidente, la que hacía que el duro mundo del baserri fuera más fácil. Cuando murió Elurne la abuela se puso muy enferma, tanto que temieron por su vida. No comía, apenas bebía y tenía pesadillas constantes en las que gritaba al Herensuge que se la devolviera y despertaba llena de

sudor. Poco a poco, con el tiempo, fue saliendo de aquella etapa crítica y su salud mejoró. El abuelo y yo creíamos que quizá fue entonces cuando comenzó su locura y su mente empezó a divagar. Cuando por fin mejoró de la depresión, comenzó a subir cada semana a la sima, sola, para llevarle flores, hojas, piedras, hongos o regalos a su hermana. Se sentaba en el borde de la sima y charlaba con ella y con el resto de las niñas que habían sido previamente ofrecidas al Herensuge. Cuando la abuela conoció al abuelo Antonio todavía no había brotado del todo su locura, pero supongo que algo ya se le notaba.

- Es una historia tan triste y espantosa que no sé exactamente qué decir, Elurne. Quién iba a decirlo, que sucedieran ese tipo de barbaridades en Kuartango. ¿Y por qué dejaron de ofrecer jóvenes al Herensuge?

- Diez años después de la muerte de Elurne, cuando la abuela María ya tenía casi veinte años, Franco era el nuevo jefe de Estado y la Iglesia Católica recibió nuevas cuotas de poder a lo largo y ancho del país, también aquí en el Valle. Como ya sabes, hace muchos siglos la Inquisición apresó, torturó y asesinó a las familias sospechosas de brujería. Cuando la Iglesia Católica, ayudada por el golpe de Estado, asumió el control de las zonas rurales, muchos de los rituales que eran tradicionales en los caseríos vascos fueron abandonados o practicados en secreto. Nadie quería ser acusado de brujería. Empezaron a ir a Misa y a persignarse en presencia del cura, aunque siguieron con muchas de las costumbres y creencias menos sangrientas.

- Si la mayoría de la gente ha abandonado esas creencias y ya no se ofrecen niñas al Herensuge, ¿por qué sigues practicando ese extraño ritual del rizo? Es realmente macabro y se me ha helado la sangre, si te soy sincero. He podido ver que también a ti te asusta.

Elurne suspiró hondo y Miguel vio que una lágrima se deslizaba por la comisura de su ojo y se descolgaba por sus pestañas, aterrizando en su mejilla pecosa.

- Esta historia no la sabe nadie, excepto la abuela María, el abuelo Antonio y yo. El día en el que yo cumplía diez años hubo un terremoto de intensidad moderada que se sintió durante varios minutos en Uzanza. No es algo habitual sentir temblores de tierra aquí en Kuartango y tengo recuerdos de que en ese momento yo estaba ayudando al abuelo a hacer el queso. De pronto, la tierra tembló ligeramente, moviendo las estanterías y haciendo que una docena de quesos cayeran al suelo. No fue nada serio y no hubo que lamentar daños materiales en Lamietxe, pero el abuelo no contó con la reacción de la abuela María.

- ¿Qué hizo ella?

Un largo silencio siguió a su pregunta. La cara de pánico de Elurne, que miraba a algún punto perdido en la distancia, y sus hombros rígidos como un tablón de madera deberían haber alertado a Miguel de que aquél era un tema delicado para ella. Pero la curiosidad pudo con él e insistió.

- Elurne, dime, por favor. ¿Qué hizo la abuela María ese día?

- Los quesos, por suerte, no se habían estropeado, así que el abuelo y yo volvimos a colocarlos en las estanterías; acabamos de hacer el queso y subimos a buscarla a la cocina. Estaba sentada en la mecedora del balcón mirando al Pico Rodio y murmurando palabras que para mí entonces no tenían mucho sentido. Hablaba de flores, de una muchacha de pelo rojo y de un dragón que salía

del infierno. El abuelo, que tenía que bajar unas potras al pueblo para venderle a un vecino, prometió que volvería pronto para celebrar mi cumpleaños con una fiesta y una tarta que había hecho la abuela. Yo estaba muy contenta y empecé a calentar leche para preparar un chocolate caliente para la fiesta. Comencé a cantar una canción de cuna, la favorita de la abuela, y ella se volvió para mirarme fijamente. Te juro que recuerdo su cara de comprensión al verme allí canturreando tan contenta. Se acercó a mí y me dio la mano, pidiéndome que la siguiera. Me dijo que tenía otra sorpresa de cumpleaños para mí y que me iba a llevar a un sitio mágico y secreto.

- Ya no sé si quiero que sigas, Elurne; creo que sé lo que me vas a contar.

- Yo estaba tan contenta, el plan era ir a un sitio mágico, ¡por fin! La abuela había empezado a contarme historias de los antiguos, de nuestros dioses y diosas y de nuestros seres mitológicos, y yo estaba como loca de contenta. Esperaba poder ver a una Lamia, a Basajaun o incluso a la Diosa Mari. Deseaba tanto de pequeña encontrarme en el bosque con la Diosa Mari que tenía todo planeado. Si algún día lograba verla, le haría una reverencia y le daría las gracias por las buenas cosechas y la salud de los abuelos y animales. Montamos en su vieja yegua y subimos lentamente hasta aquí en silencio. Nunca me ha importado el silencio de la abuela María; es un silencio cómodo si sabes acostumbrarte. Ya sabes lo que me gusta cabalgar por el bosque y nunca había estado en este paraje, así que casi me quedé sin aliento cuando llegué aquí por primera vez. Es tan jodidamente bonito, Mikel, pero tan horrible. La abuela me llevó de la mano hasta la sima, después de recoger unas flores. Me hizo entrar en el círculo de flores muertas y arrodillarme al borde de la grieta. Primero me asomé a la oscuridad con curiosidad, esperando ver la sorpresa que prometía la abuela. Pensé que quizás ahí abajo había alguna cueva donde las Lamiak escondían sus tesoros. O incluso que podía ser uno de los lugares secretos sagrados de la Diosa.

La abuela comenzó a recitar las palabras adecuadas para despertar al Herensuge, para que viniera a recoger su ofrenda e hiciera que la tierra dejara de temblar. Me comenzó a embargar el miedo y la miré con el alma en vilo mientras danzaba a mi alrededor depositando las flores en un círculo. Tenía la mirada perdida, como si se hubiera vuelto loca de remate. Aunque yo era pequeña y estaba acostumbrada a verla en esos momentos en los que su cabeza escapa a la realidad, en aquel momento mi mente infantil comprendió que estaba en peligro. Ten en cuenta que, en aquel entonces, yo ni siquiera sabía la historia de mi tía abuela Elurne, pero estaba convencida de que aquellas palabras no significaban nada bueno. Sin embargo, aunque quería correr, mi cuerpo no respondía porque estaba completamente petrificada. La abuela entró conmigo en el círculo de flores y se puso de rodillas a mi lado, preparando las piedras que golpearía después de arrojarme y gritar el nombre de la serpiente dragón. Cuando se acercó a mí con los ojos nublados y llenos de lágrimas y sentí sus manos tocar mis hombros, entré en pánico y grité a todo pulmón; fue un chillido tan estridente que hizo que la abuela dejara de empujarme. Para mi alivio, escuché en la distancia una voz de hombre que gritaba mi nombre y el ruido frenético de los cascos de un caballo que cabalgaba a toda velocidad. La abuela se quedó helada, mirándome fijamente con las manos todavía en mi hombro, confusa. Pude ver que su mente volvía a la realidad y que la chispa de locura de sus ojos iba perdiendo fuerza. De pronto, una mirada de horror cruzó su rostro; se miró las manos, me miró a mí y se echó a llorar. Todo su cuerpo temblaba y sus ojos estaban llenos de lágrimas. De repente me abrazó con fuerza unos segundos y salió corriendo a toda velocidad entre los árboles. Justo en ese momento el abuelo llegó donde yo me encontraba, desmontó del caballo de un salto y corrió a mi lado para abrazarme con fuerza. Me eché a llorar en sus brazos y estuvimos allí en silencio un largo tiempo al lado de la sima. Ese día no me contó

nada porque consideró que era demasiado pequeña, pero cinco años después volvimos a subir y me contó la historia del Herensuge y de la tía abuela Elurne.

- Tu abuela estuvo a punto de matarte.

- No lo hizo conscientemente, fue un accidente. Estaba enferma, y por fortuna no pasó nada grave.

- ¿Cómo pudo tu abuelo Antonio perdonarla? ¿Y tú?

- No lo sé, Miguel, yo la quiero tanto... Y ella no es consciente de lo que hace, está enferma.

- Joder, eso ya lo sé, pero lo que me estás contando es horripilante. ¿Qué pasó cuando volvisteis a Lamietxe?

- El abuelo me dejó sentada en el sofá con un vaso de chocolate caliente y se fue a buscarla. Nunca sabré lo que hablaron ese día, pero el abuelo me contó que la abuela estaba desesperada cuando la encontró escondida en su gruta del bosque. Decía que quería marcharse lejos de aquí para no ponernos en peligro a mí o al abuelo. Pero, obviamente, el abuelo no la dejó marchar. ¿Dónde iba a ir la abuela María en ese estado?

- A un psiquiátrico, está claro.

Elurne la miró con cara de pocos amigos, claramente enfadada.

- ¿A un psiquiátrico? Jamás. La abuela nació en Lamietxe, ha vivido toda la vida en Lamietxe, y morirá en Lamietxe. Cada tres meses viene un psiquiatra a evaluar su estado mental y de momento están de acuerdo conmigo. Ella está más estable en casa, llevarla a otro lugar sería su final.

- Perdona por seguir con este tema, pero todavía no has respondido a mi respuesta. ¿Por qué continúas haciendo ese extraño ritual?

- Por la abuela. Aquel día, aparte de estar horrorizada por haber estado a punto de arrojarme a la sima, estaba preocupadísima. Durante los siguientes días no dejó de hacer pócimas y de escribir en su diario. Estaba convencida de que el Herensuge saldría de la cueva a vengarse de ella porque no había lanzado la ofrenda prometida a la sima, a pesar de haber pronunciado las palabras mágicas. Al abuelo se le ocurrió un buen día el bulo de las flores y el rizo, para seguirle la corriente y ayudar a tranquilizarla. Le dijo que quizás el Herensuge se conformaría con un rizo, ya que era el pelo de fuego lo que le complacía más. La abuela estuvo valorándolo en su extraño mundo interior, y al cabo de un par de días le dijo que estaba de acuerdo. Desde entonces y por su paz mental, subimos a la sima cada año y lanzamos el rizo y las flores.

- ¿Y qué hacían ellos los años que tú viviste en Irlanda?

- Una vez al año, en Navidad, la abuela me cortaba su rizo favorito y lo arrojaban ellos al Herensuge. Creo que la abuela guarda varios rizos en alguna cajita.

- Joder, Elurne, cada día que pasa tengo más preguntas sobre ti, sobre Lamietxe y sobre todo tu mundo. Además, cada vez que respondes a una de mis dudas, me creas mil preguntas más.

- Te dije que Lamietxe es un mundo paralelo fantástico y de leyenda, pero nunca te dije que fuera fácil.

- Es verdad, eso no lo dijiste.

- Por favor, Mikel, no le cuentes a nadie esta historia, por favor. ¿Puedo confiar en ti? Es demasiado íntimo y doloroso. Olvidémoslo hasta el año que viene, ¿de acuerdo?

Miguel asintió, no demasiado convencido, pero la abrazó con fuerza.

-Gracias por habérmelo contado. Significa mucho para mí ser el único en Uzanza que lo sabe, aparte de la abuela.

- Mikel, no entiendo esta necesidad física que tengo de estar contigo y de contarte mis más profundos secretos. Precisamente a ti, que todavía ni siquiera te conozco bien.

- Yo sí lo entiendo, Elurne, yo también lo siento. Nunca he conocido a alguien como tú. Prometo apoyarte en todo lo que me dejes, escucharte cuando necesites hablar y contar cosas, y prometo cuidarte si me dejas.

- Me recuerdas al abuelo Antonio, Mikel, y eso me da un poco de miedo.

- A mí también. Pero la vida es eso, arriesgarse a veces.

Estuvieron abrazados un largo rato, cada uno concentrado en sus propios pensamientos, hasta que el timbre del teléfono de Elurne interrumpió el silencio del bosque. Pronunció unas palabras en euskera y colgó disgustada.

-Joder, lo que me faltaba con este ánimo. Era Zigor, que le han llamado del pueblo de Sendadiano que se me acaban de escapar unas vacas y andan sueltas por el pueblo. Voy a tener que galopar a toda velocidad y es mejor que vaya sola, si no te importa, porque acabaré antes. Lo siento, es que todavía no tienes la suficiente destreza para seguirme. ¿Te importaría bajar y esperarme en Lamietxe? Si no llego y lo prefieres, puedes ir a Uzanza y esperarme en tu casa.

Miguel la abrazó y le dijo que estuviera tranquila. Le aseguró que no había problema porque él bajaría siguiendo el camino por el que habían subido, cogería su coche y la esperaría en la Pensión Chifflet. La pelirroja montó, le lanzó un beso y salió disparada a través de la espesura. Miguel volvió a sentarse en la roca y a meditar sobre su situación. Apenas podía creer el vuelco que había dado su vida. Había dejado su trabajo y, a partir de ahora, las páginas de su libro estaban en blanco. Se sentía fatal por Elurne y sus circunstancias tan duras. Suponía que cuando la anciana María muriera, las cosas serían más normales. La pelirroja podría volver al mundo real, dejando a un lado las brujas, los mitos y las leyendas.

Se sentía algo adormilado y, después de beber un trago de agua, se recostó y cerró los ojos para echar una cabezada. Despertó al cabo de una hora y, echando un último vistazo a la pequeña cascada, montó en el caballo y se dispuso a bajar hacia Lamietxe. Cuando salió de la espesura del bosque, espoleó al caballo y comenzó a trotar a más velocidad, disfrutando de las vistas. De pronto, un estruendo atronador sacudió el Valle y pudo ver una familiar columna de humo que se

formaba junto al Pico Marinda. Observando el cielo con la boca abierta, completamente atónito, Miguel espoleó al caballo y se puso a galopar sin importarle su falta de experiencia. ¿Qué coño estaba pasando? ¿Tenía que estallar otra bomba justo cuando le acababa de asegurar a Narváez que allí no quedaba nada por ver? ¿Provenía la explosión de Lamietxe? Con el corazón en un puño y soltando un taco tras otro, siguió galopando hasta que tuvo Lamietxe a la vista. Refrenó un poco al caballo, que sudaba a mares a causa de la velocidad y de su edad. Aliviado al ver que la explosión no había tenido lugar en Lamietxe, redujo el paso y sacó el teléfono de su bolsillo para llamar a Elurne, que le daba apagado o fuera de cobertura. Intentó llamar también a Zigor, que tampoco tenía cobertura. ¿Qué cojones estaba pasando? ¿Habría algún herido? Tenía que bajar inmediatamente al pueblo a averiguar qué había pasado.

Cuando bajaba la colina del Pico Rodio hacia el caserío, le pareció ver un movimiento entre los árboles del bosque que quedaba directamente a su derecha. Le había parecido ver algo oscuro moviéndose entre los árboles. Detuvo al caballo y se concentró en escanear la maleza. Quizás había sido una vaca pastando o uno de los caballos de Elurne. Siguió su camino, con los nervios a flor de piel y, de pronto, volvió a ver un movimiento a su derecha. Sin duda alguna, se trataba de una figura humana y no de un animal. Parecía llevar mucha prisa y se dirigía directamente hacia el caserío. Por desgracia, no llevaba encima los prismáticos y recordó que estaban en el maletero del coche, junto a su pistola. Aunque tenía muy buena visión, no podía distinguir el rostro de la silueta oscura, que empujaba un bulto por la espesura del bosque. ¿Sería la persona que había explotado la bomba? Cuando la sombra pasó por detrás de una de las cuadras, la perdió de vista por un instante, pero pronto la pudo ver cruzando a toda velocidad el césped y doblar la esquina de Lamietxe. Pudo ver que lo que empujaba era una carretilla llena hasta los topes de bultos y telas. Dedujo que el intruso había entrado en Lamietxe porque no le volvió a ver, así que decidió cambiar su rumbo y dar un pequeño rodeo para no ser visto desde el viejo caserón. Volvió a llamar a Elurne, pero la pelirroja seguía sin conexión. Preocupado, guio al caballo hacia el bosque con el corazón en un puño. Tenía que llegar como fuera al coche y coger la pistola y la linterna. Cuando llegó a la última línea de árboles, que colindaban con la gran explanada de césped que rodeaba la casa, desmontó con cuidado y ató al caballo a uno de los árboles, tratando de tranquilizarlo. Desde su posición, escudriñó la distribución de las cuadras, los edificios de ordeño, las casetas de aperos y los gallineros desperdigados por la finca, calculando cuál era la mejor ruta para llegar hasta el coche sin ser visto. El caserón era enorme y las ventanas no eran muy grandes, pero no sabía en qué parte del baserri se habría escondido el intruso. Sacó su teléfono y comprobó las cámaras de seguridad que había colocado en el interior. Aún no había devuelto el material de la misión a Narváez y en aquel momento le venía de perlas poder consultar los datos que necesitaba. Se concentró en las imágenes, cruzando dedos mentalmente, pero no hubo suerte. No se veía movimiento en la cocina, el salón, la habitación de Elurne ni en el Gaztandegi. Se sentía desnudo sin su pistola en una situación como aquella.

Cerró los ojos unos instantes, concentrándose en ralentizar los latidos del corazón e intentar que la calma y la concentración volvieran a su mente. Inspiró aire, se agachó y echó a correr a toda velocidad hacia la cuadra, deseando ser invisible. Cuando llegó a la pared, se detuvo y oteó con cuidado los demás edificios. Si llegaba a la cabaña de aperos sin ser visto, podría correr en diagonal hacia la parte trasera del baserri, donde estaba aparcado su viejo Peugeot. Hacía sólo unas horas que había presentado su dimisión y ya estaba otra vez preparado para el ataque. Disgustado, flexionó las piernas para calentar mientras observaba con atención las ventanas de la casa. Con mil preguntas cruzando su extenuado cerebro, Miguel suspiró y se preparó para seguir

corriendo. ¿Quién era el intruso misterioso? Y, ante todo, ¿qué hacía allí en Lamietxe?

HERIO



HERIO

Tétrico, lúgubre y siniestro, Herio representa la muerte. Cuando nos llega el momento de morir viene a llevarse nuestras almas a otro mundo. Dicen que, si escuchas los aullidos incesantes de un perro en la distancia, está anunciando la muerte de un familiar. Herio se acerca a la cama y si se pone a los pies del enfermo, sanará. Si se coloca en el cabecero, morirá.

Kuartango, abril de 2.009

Me duele muchísimo el cuerpo en estos momentos y tengo la angustiosa sensación de que mis músculos están agarrotados y paralizados; por más que lo intente, no consigo moverlos. Estoy empezando a asustarme porque llevo un rato nadando entre la consciencia y la inconsciencia. Siento como si una neblina hubiera invadido mi cerebro, que me confunde y me impide pensar con claridad. Acabo de tener un sueño oscuro y tenebroso en el que se me aparecía Herio, el señor de la muerte, y noto mi cuerpo bañado en sudor a causa del miedo que he pasado. No puedo por menos que preguntarme si ha llegado mi hora y ésta es la razón por la que no puedo moverme. Quizás el cáncer se ha extendido más rápido de lo previsto y está ganándome la batalla antes de lo que pensábamos. Quizá ya no me quedan meses de vida, como dijo la oncóloga, sino días o incluso horas. En realidad, la Diosa Mari y Herio son los únicos que saben a ciencia cierta si ha llegado ya mi hora. Estoy angustiada porque intento abrir los ojos, pero no soy capaz porque me pesan los párpados como si fueran de piedra. Me esfuerzo por comprender dónde me encuentro, pero la fatiga gana la batalla y vuelvo a la prisión de mi letargo una vez más. En el sueño me veo a mí misma cuando era niña, saltando por los parajes de la Sierra de Gibijo buscando Eguzkilores, gritando de alegría al encontrar algún tesoro o amuleto y leyendo y escribiendo en mi gruta secreta del bosque. Veo a mi hermana Elurne, alta, hermosa e inteligente, con su ensortijado pelo rojo al viento, persiguiéndome colina abajo riendo feliz. Veo a aitate, a aita y al tío Kepa, que en el sueño siguen vivos, aunque murieron fusilados hace ya tantas décadas. Vuelvo a revivir aquella lejana Navidad en la que el tío Kepa me trajo las primeras gallinas negras; recuerdo mi ilusión al ver su belleza y acunarlas por primera vez en mis brazos. Mis aves negras, sobre todo mis gallos, me han salvado la vida. Verlos nacer y crecer, cuidarlos, atenderlos y sobre todo, poder admirar a diario esa misteriosa belleza negra, digna del más magnífico de los Akelarres.

De pronto el sueño se desvanece y las imágenes cambian. Ya no veo a mis Ayam Cemani con vida, esbeltos y altivos, sino que observo con horror sus cuellos degollados y la sangre roja, viscosa y densa, que abandona sus cuerpos e impregna el filo del hacha. Tantos sacrificios a la Diosa Mari y a Akerbeltz, a tantas otras deidades en realidad. Tanta sangre derramada y, sin embargo, tengo la sensación de que no ha servido para nada. Con el corazón lleno de angustia, recuerdo que sacrifiqué también a mi gallo más querido, mi hermoso Kuro. Su belleza y apostura eran tales que quise egoístamente reservarlo para poder disfrutarlo yo sola. Pero al final, al pensar en los problemas que hemos tenido últimamente, llegué a la conclusión de que no tendría más remedio que ofrecérselo a la Diosa. Me entristece pensar que fue la última vez que subí a mi amado Pico Marinda, el altar de la Diosa Mari, la cumbre más sagrada de Kuartango. Desde allí se divisa nuestro Valle, el lugar más mágico del mundo. Aquel día me costó subir a la cima, ya lo creo que me costó; mis huesos ya no son lo que eran y mis rodillas maltrechas hicieron que subir la empinada montaña fuera todo un suplicio para mí.

Subir fue duro, pero más duro fue mirar a Kuro a los ojos y transmitirle con mi energía que debía ofrecerlo en sacrificio. No le gustó, y sé que lo entendió porque hay una conexión entre nosotros que va más allá de lo terrenal. Nadie más que yo es capaz de ver que nuestras almas están unidas, aunque yo sea una Sorgina y él sea un animal. Lo acuné con cariño entre mis brazos, como hago siempre para tranquilizarlo, y comenzamos juntos la ascensión. No dejé de susurrarle para calmarlo porque, aunque había entendido su cometido a la perfección, le notaba nervioso. Llevaba

a mi espalda un morral de cuero, y en su interior el hacha, la pócima sagrada y el rezo escrito en un papel de pergamino, porque ya no me fio de mi cabeza. Cuando llegamos a la cumbre, el sol había comenzado a asomar por la Sierra de Badaia, iluminando los rincones de mi bello Valle. La Sierra de Arkamo resplandece en mi estación favorita, la primavera, cuando los árboles, arbustos, plantas y flores de los prados y de los montes comienzan a brotar. En primavera, las plantas de trigo aún no han adquirido el color amarillo del verano y ondean al viento verdes, brillantes y altivas. Badaia, Arkamo, Gilarte y Gibijo son las cuatro Sierras que protegen nuestro tesoro natural, Kuartango, y en el centro exacto del valle se yergue orgulloso el Pico Marinda, el trono sagrado de la Diosa. Cuando llegué a la cima, abrí los brazos para recibir al viento y cerré los ojos, con mi pelo blanco revoloteando alrededor de mi rostro mientras entonaba un canto ancestral. Al terminar abrí los ojos, cogí a mi elegante gallo, lo coloqué en la piedra sagrada y, agradeciéndole que ofreciera su vida por un bien mayor, levanté el hacha inspirando hondo. La luz del sol impactó en su filo, lanzando destellos que se reflejaron en los negros ojos de Kuro. Asustado, pero transmitiéndome todo su amor con su mirada, mantuvo sus pupilas fijas en mí hasta que el hacha alcanzó su cuello, quitándole la vida al instante. Pronuncié otro rezo con los ojos cerrados, mientras una cascada de lágrimas de dolor y de amor resbalaban por mis mejillas. No vi a la Diosa Mari, pero sentí su agradecimiento en las rachas de viento que agitaron mi cabello y en la hoja de roble que, revoloteando, aterrizó en el charco de sangre que se había formado a mis pies. Recogí la hoja de roble y la acerqué a mi pecho, colocándola cerca de mi corazón. Grité el nombre de la Diosa a los cuatro vientos y miré hacia el cielo, agradecida. Un grupo de buitres sobrevolaba la cumbre de Marinda y me pareció la señal que estaba esperando. Mari haría lo que fuera necesario para protegernos a Elurne y a mí. Me arrodillé ante Kuro, cuyos ojos se habían apagado, y cogí su cabeza para besarlo. Cubierta de sangre completamente, le arranqué la pluma más larga de la cola para llevármela conmigo al más allá. Bajé a casa llorando desconsoladamente; por una parte estaba aliviada por haber complacido a la Diosa, pero también me entristecía haber perdido a mi mejor amigo.

La niebla vuelve a invadir de nuevo mi cerebro y las imágenes de ese día se desvanecen; llega la oscuridad y puedo notar mis huesos doloridos postrados en este catre. ¿Dónde demonios estoy? Es una cama sin duda, pero no sé si estoy en un hospital o en algún otro lugar. Si agudizo mucho el oído no consigo identificar los ruidos habituales de las clínicas, aquellos que escuchaba cuando me operaron de la vesícula. No distingo la charla incesante de las enfermeras ni las pisadas de los familiares que visitan a sus seres queridos. Sigo sin poder abrir los ojos, aunque ahora puedo entrever sombras bajo los párpados si me esfuerzo mucho. ¿Me habrán drogado? Lo último que recuerdo es el paseo que he dado esta mañana por el bosque de Yarto con los perros. Quizá me haya dado un ataque al corazón por el camino y por eso no tengo los sentidos funcionando a pleno rendimiento. Pero si me hubiera dado un infarto, estaría sin duda en un hospital y notaría los tubos de oxígeno conectados a mi nariz. No puedo levantar la mano para comprobarlo, pero no noto nada extraño en las fosas nasales y creo que respiro igual que siempre. Me estoy asustando muchísimo, ¿estoy literalmente a las puertas de la muerte? Quizá por eso el cuerpo ya no me responde y mi mente está adormilada, enmarañada y confusa. Me siento tan sola en esta oscuridad que desearía poder gritar, pero mi garganta está seca y no soy capaz de articular palabra. Intento concentrarme en mover cualquier músculo, el que sea, pero de pronto escucho un ruido y me detengo. Estoy paralizada por el miedo e intento agudizar el oído. No hay duda, escucho pisadas tenues en la distancia que parecen dirigirse hacia aquí. Sea quien sea, intenta pasar desapercibido, pero ya no tengo duda de que no son imaginaciones mías. Tengo miedo; estoy convencida de que las pisadas pertenecen a Herio, que viene a llevarme al otro mundo.

Él es el señor de la muerte, la única divinidad de esta tierra que todos nosotros veremos en persona, sin excepciones, a la hora de morir. Aquellos que lo han visto y que no han fallecido, que han sido pocos y han enloquecido al verle, lo describen como una figura alta y delgada, sin rostro definido, pero con ojos aterradores. Dicen que lleva puesta una túnica raída y que sus manos cadavéricas son huesudas y blancas como el papel. Dicen que llega a las casas y entra en la habitación del moribundo para evaluarlo. Hay veces, las menos, que Herio se coloca a los pies de la cama del enfermo y lo observa con sus ojos escrutadores, asomando bajo la capucha negra. Sin embargo, la mayoría de las veces el Señor de la muerte se posiciona en la cabecera del enfermo y se inclina ante él, indicando así que ha llegado la hora de acompañarle a otro lugar. Nadie sabe dónde iremos. Algunos afirman que iremos a un nuevo mundo, donde nos reencarnaremos y podremos enmendar nuestros errores de esta vida. Otros afirman que Herio hará arder nuestras almas en la hoguera del infierno, y que con nuestras cenizas alimentará a todos los volcanes del planeta. Tengo un nudo en la garganta que me atenaza; ahora no hay duda, escucho sus pisadas que resuenan, lúgubres, cada vez más cerca de mi figura postrada.

De súbito los pasos se detienen y escucho el picaporte de una puerta que gira a pocos metros de mí. La cabeza parece estallarme, siento una presión interna en el cráneo que se intensifica, como si mi cerebro estuviera a punto de explotar. Cuando la puerta se abre, se cuele una tenue luz y puedo por fin ver que estoy aquí, en Lamietxe. Me alegro mucho, porque mi peor pesadilla hubiera sido morir en algún hospital de mala muerte conectada a una máquina. Al menos parece que moriré aquí, en mi hogar. Herio se mueve despacio y se aproxima con parsimonia a mi librería sagrada, deteniéndose para acariciar los lomos de los libros de Zugarramurdi con aparente veneración. Me siento tan honrada de que el mismísimo Señor de la muerte esté interesado por mi biblioteca... Sabrá que soy una de las últimas Sorginak que quedamos, las que tenemos el don y hemos mantenido vivas las antiguas enseñanzas. Estupefacta, le veo escoger uno de mis diarios y sentarse en una butaca a leerlo. Nunca hubiera imaginado que Herio se distraería con mis pensamientos ¿Se colocará a la cabecera o a los pies de mi cama? Estoy nerviosa, porque no quiero morir todavía, aún no estoy preparada. Me quedan cosas por hacer y mucha sabiduría que enseñar a Elurne, mi querida Lamia, heredera de la sangre ancestral y sagrada de nuestras antepasadas. Herio sigue ojeando mis diarios y parece complacido, a juzgar por su postura relajada y su energía, que percibo fácilmente desde la cama. Diosa Mari, ten compasión de mí porque ahora veo que se está incorporando. La angustia invade mi corazón, ha llegado la hora de saber si la vida se me acaba. Mientras camina hacia la cama veo que le acompaña Kuro, mi gallo sagrado, que está vivo, y su porte orgulloso y elegante me llena los ojos de lágrimas. Me mira con amor e inclina su altiva cabeza en un gesto de respeto hacia mí. Herio no dice nada; simplemente me observa fijamente mientras se acerca. Se detiene a los pies de la cama y se inclina ante mí para mirarme con detenimiento. Yo cierro los ojos con fuerza porque tengo miedo de mirar directamente a los ojos al Señor de la muerte. No sé si morir duele porque nadie ha vuelto para contarlo, pero espero que sea rápido y no sienta dolor. De pronto noto que comienza a alejarse despacio, quizás intentando no despertarme, y mi corazón salta de júbilo. ¡No me ha llegado el momento de morir! Escucho sus pisadas alejándose y la niebla vuelve a invadir mi cerebro. Justo cuando estoy a punto de dormirme, ahogada por la densa neblina de mi mente, escucho la voz de Herio conversando con otra persona. Es una voz suave y agradable, de mujer, y me siento de pronto esperanzada. ¡Quizá sea la Diosa Mari, que por fin ha venido a visitarme! ¿Podré verla por fin, aunque sólo sea una vez en mi vida? Intento mantenerme despierta para lograr divisarla, pero me puede el sueño y mi cerebro se adormece de nuevo.

Ahora me veo en la gruta de la Trinidad con Antonio, mi apuesto Basajaun. Veo frente a mí su cuerpo alto y fornido, sus amables ojos marrones, su poblada barba y su pelo enmarañado. Me veo a mí misma de joven, nerviosa, mirándole a los ojos y dejando resbalar entre mis dedos el agua fría que surge de la gruta subterránea. La imagen cambia y nos veo tumbados en la hierba bajo el dolmen de los Jentilak, observando las estrellas cogidos de la mano y prometiéndonos el uno al otro que nos cuidaremos en la vida y en la muerte. También le veo en las fincas de Lamietxe jugando con Elurne, enseñándola a montar a caballo, pintando con ella y sentado en la hierba abrazándola. Le veo entre mis piernas el día en que nació Kattalin, tranquilizándome con su mirada y asegurándome que la niña nacería bien. Lo bueno de morirme, si es que me estoy muriendo, es que pronto me reuniré con Antonio y con el resto de mi familia. Espero poder hablar con ellos en el sitio adonde voy, porque me quedan mil preguntas por hacerles y otras mil cosas que agradecerles. Nunca olvidaré el día en el que trajimos a casa a Elurne, aquel increíble momento en el que nos dimos cuenta de que la vida nos había ofrecido un tesoro. La Diosa Mari nos regaló a la pequeña Lamia de pelo rojizo y nuestra vida mejoró con su llegada a la familia.

Las imágenes vuelven a disiparse y entre la niebla veo un bosque oscuro, mojado a causa de una tormenta terrible. Los truenos estremecen el silencio de la noche y los rayos iluminan las ramas de los árboles, dándole un aire tenebroso al lugar. Siento que una presencia maligna se acerca bajo la tormenta e intento escapar corriendo; quiero abandonar ese lugar tan peligroso, pero las piernas me fallan y tropiezo, una y otra vez. Noto dos ojos penetrantes posados en mí y me doy la vuelta, asustada; Como me temía, tal y como he soñado en mis peores pesadillas, el que me persigue no es otro que Sugaar, la serpiente maligna, con sus ojos maléficos clavados en mí. Quiere poseerme, y sé que me raptará y me llevará con él a las entrañas de la tierra para que no logre escapar jamás. Se acerca a mí y noto cómo la orina se escapa entre mis piernas, no sólo en el sueño, sino en la realidad. Vuelvo a sentir exactamente lo que sentí aquel día: la asfixiante sensación de que no lograré escapar; la certeza de que, por mucho que me esfuerce, nunca podré derrotar a Sugaar. Él continúa reptando hacia mí, con su enorme cabeza de reptil y sus afilados colmillos acercándose cada vez más a mi cuerpo. Por suerte, la imagen comienza a desvanecerse y Sugaar desaparece. El corazón me late muy deprisa y empiezo a preocuparme por todas las visiones que estoy teniendo.

De pronto escucho un teléfono móvil que suena cerca de mí. Oigo ruidos apresurados, pisadas que corren sin molestarse en pasar desapercibidas esta vez. La puerta se abre y una silueta alta y oscura entra en la estancia, alarga la mano hacia la mesa y desaparece, cerrando la puerta de golpe. Sigo oyendo el tono del móvil, pero ahora se aleja de mí. ¿Quién está aquí, en Lamietxe? ¿Hay algún intruso dentro de la casa? Escucho voces en la distancia, voces que suben y bajan de tono, a veces amenazantes y a veces conciliadoras. Estoy tan agotada que desearía poder dormir un rato sin alucinaciones. Hace horas que estoy en este vaivén de consciencia y creo que voy a volverme loca. Las voces se desvanecen y entro en un sueño inquieto. Hace ya mucho tiempo de aquello, pero no lo he olvidado todavía.

Veo claramente el orificio de la sima, con sus rocas angulosas y el abismo profundo y oscuro. Me veo a mí misma en la mediana edad, caminando alrededor de la sima lanzando flores y recitando los cantos de los antiguos. Veo el cofre justo al borde, abierto, con las piedras sagradas reluciendo al sol. Y, sobre todo, observo los ojos extrañados de Elurne, mi nieta, que a tan temprana edad no podía comprender absolutamente nada. Se notaba claramente que quería decir algo, pero no sabía exactamente cómo articular sus preguntas. La pobre no opuso resistencia; le cogí del hombro y la introduje conmigo en el círculo de flores, arrodillándola a mi lado. Recuerdo

sus profundos ojos verdes mirando con asombro mis manos mientras golpeaba las piedras ancestrales, llamando al Herensuge. Nunca olvidaré su mirada cuando me giré hacia ella y percibí su terror; observó el fondo de la sima y la vi temblar horrorizada. Luego volvió a mirarme y pude ver la súplica en sus ojos. Alargué la mano y la posé en su espalda, acariciándola. Fue en ese momento cuando me vino a la cabeza la imagen de mi hermana muerta, con el cuello doblado en un ángulo imposible en el fondo de aquella misma sima. Recordé a amama admitiendo que la había convencido para entregarse al Herensuge, el dragón de tres cabezas, y el odio y la ira que sentí al enterarme de tal crimen. Mirando a los ojos de mi nieta, que había comenzado a gritar despavorida, me di cuenta de que estaba a punto de cometer el mismo crimen que amama; estaba a punto de asesinar a sangre fría a mi propia estirpe, a mi descendencia, como ella hizo con mi hermana. Al escuchar los chillidos de Elurne, pegué un salto y eché a correr. Corrí sin resuello hasta que no pude más; no sabía qué hacer, no podía volver a casa bajo ningún concepto. Me encontró Antonio horas más tarde, escondida en mi pequeña gruta del bosque. Nunca podré olvidar su mirada, estaba aterrado y horrorizado. Me envolvió en sus brazos de oso, acunándome hasta que cesó mi llanto. Me da pavor pensar en el día en el que Herio venga a llevarme, porque estoy segura de que mi alma arderá en el infierno como castigo por los pecados que he cometido. Hay tantas cosas de las que me arrepiento que ni siquiera sé por dónde empezar a enumerarlas. Me gustaría poder borrarlas de un plumazo, pero es imposible a estas alturas.

Las imágenes se disipan de nuevo y vuelvo a la oscuridad de mi camastro. Aprovecho esos minutos libres de pesadillas para recitar una oración y pedir perdón a la Diosa Mari por mis faltas y mis acciones imperdonables. De pronto vuelvo a escuchar pasos que se acercan a la habitación. La puerta se abre y percibo dos siluetas que se acercan. Una de ellas, femenina, se inclina y me besa en la frente a modo de protección. Ahora no me queda ninguna duda porque he olido su esencia, es una Lamia, y probablemente quien la acompaña sea un Jentil. Me llena de orgullo que tantos personajes importantes vengan a despedirse de mí en mis últimos momentos, eso significa que celebran que he mantenido vivas las creencias de mi pueblo, a pesar de que seré juzgada por mis errores. La Lamia y el Jentil se alejan de mí, cierran la puerta y vuelvo a quedarme en silencio en la más absoluta oscuridad. Me despierta un sonido familiar que me pone los pelos de punta. Parecen disparos, y ahora estoy muy asustada. ¿Quién habrá disparado? ¿A quién han disparado? Espero que no se trate de otro atentado, estoy harta de tanta barbarie y necesito descansar en paz. Me vienen a la cabeza los recuerdos de mi primer Akelarre hace ya tantos años, con mi hermana Elurne y la prima Irati de Zugarramurdi. Vuelvo a sentir en mi cuerpo la energía de la juventud y parece que estuviera allí ahora mismo, riendo a carcajadas con ellas y bailando alrededor de mi primera hoguera sagrada. Recuerdo el mareo que nos provocó el brebaje alucinógeno de mi prima y las historias que nos contamos bajo las estrellas aquella noche. Eso es lo peor de hacerse vieja, recordar todas las cosas que hiciste, pero tener que limitarte a verlas como un libro que ya no puedes volver atrás y reescribir. Ahora, con la experiencia de la edad, me encantaría viajar en el tiempo como hacen en las películas modernas, para volver a experimentar las cosas buenas y apreciarlas de verdad. Me encantaría poder cambiar las malas decisiones y los actos imperdonables. De pronto me asaltan imágenes de cuando murió amama y llevamos sus cenizas al Zezengorri. Recuerdo a Antonio reventando la verja y ese momento mágico en el que sus cenizas se fundieron con la tierra ancestral de Solacueva.

Ya le he indicado a Elurne lo que quiero que haga con mis cenizas cuando muera. Al igual que Antonio, no quiero que me entierren bajo tierra o incluso peor, en un nicho, para pudrirme rodeada de gente que no me importa demasiado. Mi deseo es que mi nieta divida mis cenizas en varios

saquitos de cuero. El primero lo subirá al Pico Marinda, y deberá cavar cuatro agujeros en la cumbre, en los cuatro puntos cardinales, para que reposen junto a la Diosa. El segundo saquito deberá bajarlo a la gruta de la ermita de la Trinidad y mezclar mis cenizas con las de Antonio para que sigamos unidos toda la eternidad. El tercer saquito lo subirá a la ladera de Arkamo, a la morada del Zezengorri en Solacueva, para poder también descansar junto a amama. Elurne tendrá que decidir si revienta la verja como hicimos nosotros. A mí me gustaría que lo hiciera, pero cuando se lo sugerí puso mala cara, así que dudo que lo haga. Le dije enfadada que, si su ética le impedía romper la verja, debía cavar un hoyo profundo en la entrada y enterrar allí mis cenizas, tapándolas bien para que no se las lleven los excursionistas o los arqueólogos pegadas a las botas. El cuarto saquito deberá llevarlo a la sima del Herensuge, allí donde mi hermana perdió la vida y donde yo casi se la arrebató a Elurne. Es justo que mis cenizas se queden con el dragón de tres cabezas como castigo por mis acciones. Y el último saquito, con mis últimas cenizas, debe quedarse aquí mismo. Lamietxe me vio nacer y Lamietxe me verá morir. Hace años, en una feria en Durango, compré un frasquito de cristal pequeño, con forma de lágrima y con un tapón de corcho fácilmente sellable con cera. Quiero que Elurne llene el frasquito con las últimas cenizas y lo guarde en mi biblioteca, entre libros y tarros de cristal, para que mi alma descansa junto a los objetos y los libros que han marcado mi vida. Me parece escuchar música en la distancia, pero eso es imposible. Desde esta habitación no suele escucharse ruido del exterior porque los muros son demasiado gruesos; quizá sean los Galtzagorriak, esos traviosos y simpáticos geniecillos de calzas rojas. Puede que estén ayudando a Mari a preparar mi recibimiento en el otro mundo. Siento la certeza de que pronto Herio vendrá a por mí. Lamento mucho que, al morir, no podré ver a Elurne y tendré que esperar hasta que venga conmigo al otro lado. Espero que la Diosa Mari sea magnánima. Si logra evitar que Herio quemé mi alma en el infierno, le pediré que me conceda el deseo de que Elurne viva una vida larga, sana y feliz, y que en un futuro alumbré una hija que, a su vez, le dé una nieta pelirroja que conserve el don de nuestra estirpe de Sorginak. Diosa Mari, te lo ruego, ten compasión de mí y permíteme estar a tu lado cuando Herio venga a llevarme.

Hace más calor ahora y los párpados me pesan. Intento seguir reflexionando sobre mi pasado, pero ya no soy capaz de mantenerme despierta. Vuelvo a escuchar disparos en la distancia, pero la neblina invade mi cerebro y me abandono por fin al sueño.

Kuartango, abril de 2.009

Miguel cogió aire, flexionó las piernas, se preparó y salió corriendo hacia la cabaña de aperos a toda velocidad, cruzando los dedos para que el intruso no pudiera verle. De ahí al coche quedaban unos metros y una vez allí, podría coger su pistola. Su corazón latía apresuradamente y apenas podía respirar. Cuando llegó al Peugeot, se agazapó y lo rodeó hasta que llegó a la puerta del copiloto. La abrió con cuidado, para no hacer ningún ruido que pudiera alertar al intruso que, sin duda alguna, había entrado en Lamietxe; no se veía a nadie más en las fincas que rodeaban el baserri y tampoco podía escuchar ruido de vehículos. Tratando de no hacer ruido retiró con cuidado uno de los paneles laterales del interior de la puerta; allí había escondido días atrás una de sus pistolas para evitar complicaciones si le volvían a registrar el coche en otro control antiterrorista. Comprobó que el arma estaba cargada y respiró aliviado; era innegable que se sentía más protegido con ella en la mano. Abrió apresuradamente la guantera y cogió también una diminuta linterna LED, que ocupaba poco espacio, pero alumbraba con una intensidad sorprendente para su reducido tamaño.

Cerrando la puerta con cuidado, escrutó las fincas y los bosques, evaluando minuciosamente el perímetro del baserri. Los caballos, las ovejas y las cabras de las fincas no parecían mostrar nerviosismo alguno y no se oía nada aparte del habitual de los animales y del bosque. Se concentró en planificar los próximos movimientos. ¿Dónde se habría metido la sombra misteriosa? ¿Qué parte del enorme caserón debía registrar primero? De pronto cayó en la cuenta de que la abuela María podía estar en peligro; si se encontraba sola dentro del viejo caserón, el intruso podría tomarla como rehén si las cosas se ponían feas. ¿Habría vuelto la anciana de su paseo diario en el que recogía hierbas para los potingues? ¿Y dónde cojones se había metido Elurne? No podía esperar hasta que ella llegase para registrar Lamietxe, pero si la anciana María lo veía entrar en la casa con la pistola, no tendría ninguna duda de que Miguel no era quien decía ser, estuviera loca o no. Resoplando disgustado, decidió que tenía que entrar de inmediato porque no podía arriesgarse a quedarse allí. Tampoco podía permitir que le pasara algo a la anciana. Observó las ventanas del primer piso con atención, pero no vio ningún movimiento que delatara la presencia del intruso. Comprobó las cámaras de Lamietxe en su móvil, pero tampoco se veía nada en ellas. Resignado, inspiró aire profundamente y empezó a correr agazapado. Los segundos que tardó en llegar al arco de la entrada de Lamietxe se le hicieron eternos.

Por fortuna, parecía que había pasado desapercibido. Si un terrorista le hubiera visto acercarse de aquel modo, habría sido fácil pegarle un tiro. Llegó a la puerta de entrada sin incidentes y se detuvo en seco al ver que estaba entreabierta. Se acercó con sigilo, escuchando atentamente para identificar cualquier chasquido o sonido que pudiera indicarle dónde se encontraba el intruso. No se escuchaba nada, así que Miguel entró con cautela.

Quitó el seguro de la pistola y cruzó el umbral, concentrado en no hacer ningún ruido que pudiera delatarle. No se escuchaba nada aparte del reloj de cuco del abuelo Antonio en el primer piso; su rítmico segundero se escuchaba con claridad. Avanzó de puntillas con sigilo, comprobando que nadie se escondía entre los antiquísimos arcones de madera tallada. Su corazón estaba desbocado, y se retiró impaciente el sudor que resbalaba por su frente mientras abría la puerta bajo la escalera, que conducía a una diminuta habitación donde Elurne y la abuela María guardaban las

botas, los gorros y los abrigos. Alumbró detenidamente todos los rincones de la estancia, pero allí no había nada ni nadie. Cuando se disponía a salir, se escuchó claramente el crujir de una tabla, que parecía provenir de uno de los pisos superiores. Resolvió subir a registrarlos sin más demora. Subió las escaleras con el corazón encogido y latiendo con fuerza, intentando no hacer ningún ruido y evitando pisar el quinto escalón, que había comprobado en sus visitas anteriores que crujía sin remedio. Cuando llegó al rellano del primer piso se detuvo a escuchar; al ver que todo seguía en silencio, empezó a caminar despacio, abriendo las puertas de las habitaciones, el baño y la cocina, con la pistola preparada en caso de que el intruso saliera a su encuentro repentinamente. Su búsqueda fue infructuosa; el primer y el segundo piso estaban desiertos.

Abrió la puerta que subía al desván, donde Elurne y la abuela guardaban no sólo sus trastos, sino toda la paja que habían subido con Unax y Bixente días atrás. Había mil sitios donde esconderse allí arriba, y muchos de los maderos del viejo suelo crujían al pisarlos. Inspirando nervioso, comenzó el ascenso con los oídos bien atentos a cualquier ruido sospechoso. Asomó la cabeza por el desván, recorrió la vista por la gran estancia y se dispuso a mirar concienzudamente entre los bultos y los fardos, intentando no hacer ruido al pisar los viejos tablones desgastados. En escasos minutos comprobó que allí tampoco se escondía nadie. Frustrado, Miguel constató que sólo quedaba por registrar la parte inferior del baserri: la oscura leñera, la quesería y las dos habitaciones subterráneas a las que se accedía desde allí. El intruso no podía estar en ningún otro sitio. ¿Se habría equivocado? Podía ser que la extraña sombra no hubiera entrado en Lamietxe, sino que hubiera continuado huyendo por el bosque. Desde la ventana del desván observó las fincas colindantes al viejo caserón, por si podía atisbar a Elurne regresando a caballo con las vacas díscolas. En ese momento no podía arriesgarse a llamarla, pero resolvió enviarle un mensaje de texto para advertirle de la situación. Con el corazón en un puño, tecleó a gran velocidad: “Elurne, ten cuidado cuando vuelvas a Lamietxe. Hay un intruso en el interior, le pillé entrando al baserri cuando regresé de la sima. Estoy dentro, intentando encontrar su escondrijo. Por favor, llama a la policía antes de entrar”. Pulsó el botón de envío y, alerta, comenzó a bajar las escaleras. Volvió a registrar apresuradamente las estancias del primer piso, pero no vio nada digno de sospecha. Siguió bajando las escaleras de puntillas, suspirando aliviado cuando sus pies llegaron al suelo de piedra de la planta baja, que no crujiría. Entró en la leñera y alumbró las cuatro esquinas, constatando que allí no había nadie aparte de las arañas que se dispersaron al ser cegadas por el haz de su linterna. Dejaría la habitación de las pócimas, bajo la leñera, para el final. Haría demasiado ruido al abrir la trampilla; sería mejor no anunciarse al intruso a menos que fuera necesario.

Registró el gaztandegi, que también estaba vacío aparte de las interminables hileras de quesos. Inquieto, franqueó la puerta que llevaba a la habitación subterránea donde se curaban los quesos. Su corazón se aceleró. No le hacía ninguna gracia bajar a aquella enorme y oscura habitación subterránea solo, sin cobertura en el móvil, con tantos pasillos como formaban las estanterías repletas de quesos en diferentes etapas de curación, y el penetrante y fuerte olor de éstos. Se armó de valor y comenzó a bajar, poniendo cuidado en cada escalón para no resbalar y acabar desnucado en el fondo. Cuando sus pies tocaron suelo firme se mantuvo inmóvil durante unos segundos, intentando acallar el ensordecedor sonido de los latidos de su corazón, que le impedían escuchar con nitidez. Cuando se cercioró de que el silencio era absoluto, encendió su linterna y empezó a recorrer las estanterías, pasando el haz de luz sobre todos los recovecos de la estancia, sin éxito en su búsqueda. Al iluminar el fondo de la enorme sala, observó que algunas de las telas que utilizaban para elaborar los quesos, que estaban colgadas como grandes cortinajes de un

teatro a lo largo de la pared, ondeaban ligeramente como mecidas por alguna corriente invisible. Frunciendo el ceño, recordó que las veces que había estado allí con Elurne se había percatado con desagrado de la corriente que había allí abajo. Pero no tenía ningún sentido. En aquella sala subterránea no podía haber corriente porque no había ventanas, y la única forma de acceder a ella era por las escaleras que acababa de bajar. Se acercó a las telas y las retiró con cuidado, esperando encontrarse con una pared de piedra. Su sorpresa fue mayúscula al ver un estrecho y oscuro pasillo que serpenteaba bajo las entrañas del viejo caserón. Lamietxe estaba lleno de sorpresas, y Miguel no estaba tan seguro de que le gustaran las sorpresas. Inspirando hondo, comenzó a avanzar de puntillas por el largo y lúgubre pasadizo. A los pocos metros se percató de la existencia de una pesada puerta de madera que se encontraba a su izquierda. No se escuchaba ningún ruido dentro, pero vio que una luz tenue escapaba por la cerradura. Se apresuró a apagar la linterna y, conteniendo el aliento, avanzó hacia la puerta y acercó el oído a la madera, con la pistola preparada a la altura de su pecho. Dentro seguía sin escucharse un alma, todo estaba en silencio. ¿Qué habría allí adentro?

Con mucho cuidado, alargó la mano hacia el pomo y lo giró, rezando fervientemente para que no estuviera cerrada de llave y para que los goznes de la puerta no chirriaran al abrir. Tuvo suerte y la puerta se abrió sin emitir ningún ruido, como si las bisagras hubieran sido engrasadas recientemente. Cuando entró en la estancia, que estaba vacía, le sorprendió su amplitud y el gran número de antigüedades, excelsamente cuidadas a lo largo de los siglos, que en ella se veían. Lámparas, cuadros al óleo, cojines de bastas telas, jarrones de barro, estatuillas talladas en madera de diversas deidades vascas, grabados antiguos... Todo perfectamente colocado en su lugar, como si de un pequeño museo se tratase. Cada objeto estaba primorosamente pulido y brillaba en la tenue luz de la habitación. Le dio la sensación de haber hecho un viaje en el tiempo. Paseó la vista por la habitación, que estaba iluminada por cuatro viejos candiles de aceite. Una antiquísima máquina de escribir descansaba sobre un amplio escritorio de roble, primorosamente tallado, con papeles, manuscritos de pergaminos y viejos mapas desparramados por doquier. Junto al escritorio había una silla, la más extraña que Miguel había visto jamás. Tenía una sólida estructura de madera de roble, intrincadamente tallada a mano con simbología vasca y tapizada en piel, con el cojín hundido y desgastado tras décadas de uso. Justo enfrente de la puerta había un biombo de madera tallada, tras el que se asomaba una enorme cama de matrimonio, antigua, con el cabecero de metal forjado detalladamente. La cama, en penumbra, parecía estar completamente cubierta de pesadas mantas de lana y cojines de varios tamaños. En la pared opuesta al escritorio había una gran librería de madera maciza, hecha a medida y que abarcaba todo el espacio, desde el techo hasta el suelo. La librería estaba repleta de volúmenes, algunos nuevos y otros que parecían muy antiguos. A sus pies, dos cómodas butacas de cuero. Se acercó con curiosidad a la estantería y pasó las yemas de los dedos por los viejos ejemplares. Había varias enciclopedias completas, tanto en euskera como en inglés y en castellano; libros sobre Historia, pesca, caza, agricultura y ganadería, libros de leyendas y de mitología vasca, de monte y escalada, así como enormes volúmenes antiguos, escritos a mano, de lo que parecían ser registros de la gestión de Lamietxe a través de los siglos. Los libros más antiguos databan del 1.720 y estaban encuadernados a mano con lo que parecía piel de animal, lo que le dejó estupefacto. Sabía que Lamietxe era una construcción muy, muy antigua, pero Elurne no le había especificado cuánto. Sacó uno de ellos y observó anonadado la escritura, pequeña y apretada, de algún ancestro de Elurne que en un euskera que suponía antiguo había anotado cantidades de animales, cosechas, alimentos, herramientas y todo lo que había en el baserri en esa época. Después de las horas que había pasado las últimas semanas leyendo sobre cultura vasca, Miguel pudo comprobar que

aquellos registros eran puro oro etnológico y que a cualquier historiador le encantaría pasar unas horas en aquella habitación.

Siguió leyendo títulos que fue sacando de la estantería, y al final de la segunda fila le llamó la atención una gran colección de cuadernos menos gruesos, también encuadernados en cuero artesanal, pero que tenían un tamaño menor que los viejos volúmenes de Lamietxe. No se veía ningún título en los lomos desgastados por lo que Miguel, curioso, sacó el primero para ver sobre qué trataban. Le llamó la atención la letra torcida y desigual de los renglones sobre el papel y, sin poder evitar la curiosidad, comenzó a leer.

“Kuartango, abril de 1.933 ¿Alguna vez os pasa que veis algo tan hermoso y espectacular que os quita el aliento al instante? A mí sí, muchas veces, y de hecho me pasa muy a menudo. Hay paisajes, animales, plantas e incluso personas que, al mirarlas, hacen que parezca que no puedo respirar y que me duela el pecho, como si de pronto me faltase el aire. Cuando la imagen entra por mi retina, se me detienen los latidos del corazón durante unos segundos e incluso me salen lágrimas en los ojos, como si esa belleza afectase a todo mi cuerpo. Ayer me sucedió de nuevo, temprano por la mañana. Después de limpiar el gallinero al levantarme subí caminando al alba al Pico Rodío, un pequeño monte que no está lejos de nuestra casa. Es uno de mis lugares favoritos del Valle y subo todos los días que puedo.”

Miguel levantó la vista del papel asombrado por la fecha del diario, que sin duda alguna pertenecía a la abuela María. Enarcó las cejas, boquiabierto al darse cuenta de que, si todos aquellos viejos diarios eran suyos, la anciana había descrito su vida entera. Si algún día tenía la oportunidad, le encantaría poder leer aquellos alocados pensamientos de María, que de algún modo se habían deteriorado hasta tal punto que cabalgaban entre la fantasía y la realidad. Recordó que Elurne le había mencionado en algún momento los diarios de la abuela. Pero no entendía que estuvieran escritos en castellano. El euskera había sido la lengua materna de los habitantes de Lamietxe a través de los siglos, o eso le había dicho Elurne.

La curiosidad lo distrajo temporalmente de la verdadera razón por la que había bajado hasta aquella habitación, y Miguel sacó del estante varios de los viejos diarios. Escogió al azar volúmenes de las distintas baldas y se sentó en una de las butacas a hojearlos. En los pocos párrafos que leyó, pudo entrever el declive gradual que había afectado a la mente de la anciana María desde su niñez hasta el presente. Se notaba en el trazo, en la forma de escribir, en los párrafos y las palabras que describían los eventos acontecidos a lo largo del tiempo con unos detalles increíbles. Escribía sobre los personajes mitológicos que adoraba con una claridad como si los hubiera visto en persona. Suponía que en su cabeza enferma los había visto a todos. También describía el día a día de su vida en Kuartango y relataba sus anhelos, sus miedos, describiendo con amor los parajes del Valle. Había varias páginas oscuras, con la letra apretada, en las que hablaba de serpientes y dragones, del señor de la noche y de los demonios que supuestamente poblaban la tierra. Miguel deseó tener más tiempo para leerlos, tenía que satisfacer su curiosidad en algún momento. Quizás encontrase algo en los diarios más recientes sobre su propia aparición en la vida de su nieta. ¿Qué pensaría la anciana María sobre él? Incapaz de contener la curiosidad, sacó el último libro del estante, lo abrió por la cubierta posterior y buscó la fecha de la última entrada. Consternado, comprobó que era de ese mismo año pero que lo había terminado varios meses atrás, mucho antes de que él llegara. Tenía que haber otro diario por allí.

Sin hacer ruido, se acercó al escritorio y se dispuso a mover los viejos mapas de Uzanza, que cubrían todo el espacio. Eran mapas verdaderamente antiguos, trazados mucho antes de que construyeran carreteras en el pueblo. En ellos se veía la orografía de los pequeños valles que rodeaban Lamietxe y se distinguían viejos caminos forestales, que ahora estarían cubiertos por la maleza porque no se utilizaban mucho desde la llegada del automóvil al Valle. Al retirar el último mapa vio la esquina de un diario que sobresalía bajo un libro de leyendas vascas. Con el corazón acelerado lo cogió, dejando su pistola y linterna encima del escritorio y volvió a la butaca. Abrió el cuaderno y se dispuso a leer a partir de la fecha en la que él había llegado al pueblo. Se sentía como un verdadero cotilla. Al fin y al cabo, los diarios eran personales y nadie debía leerlos. Se suponía que debía respetar la intimidad de la dueña del diario. Debatió consigo mismo unos instantes, pero no pudo contenerse. Al principio la anciana no mencionaba nada sobre él, pero a mitad del cuaderno encontró la primera referencia a su persona. Le llamaba Mikel, no Miguel, y le describía como un Jentil moreno, apuesto, simpático y bondadoso. Explicaba que era un Jentil de tierras lejanas que había venido a Lamietxe a quedarse con la Lamia, que era como llamaba a Elurne. Mezclaba la ficción con la realidad de la manera más absurda pero, por suerte, parecía que la anciana le tenía cariño, y eso era lo que él deseaba. María era la persona más cercana a Elurne y deseaba ser aceptado por ella. Pasó varias páginas al azar intentando identificar su nombre de nuevo, y un nombre que la anciana había subrayado con rabia atrajo su atención. El señor Heredia no salía bien parado en una de las entradas del diario de unas semanas atrás. La anciana María lo comparaba sin ambages con Tartalo, el personaje mitológico aterrador y de un solo ojo que comía carne humana. Lo describía como el gigante maligno del Valle, que buscaba extender el miedo y la infelicidad entre los vecinos. Miguel meneó la cabeza, sorprendido al comprobar que la anciana María sí parecía entender y poner atención a los problemas de la vida real de Uzanza. Claramente, escuchaba a la gente hablar y podía razonar en sus momentos de lucidez, aunque no diera esa sensación al verla. Leyó cómo la anciana contaba las injusticias de Tartalo-Heredia; que expropiaba tierras, insultaba y timaba a la gente y sólo deseaba su propio beneficio. Decía la anciana, con toda la razón, que Heredia acabaría siendo el más rico del cementerio, pero que nadie iría a llevarle flores. El concejal, independientemente de su sensibilidad política, no había sido un buen vecino. Sin embargo, no por eso merecía morir.

De repente, un fuerte ronquido sacó a Miguel de su ensimismamiento. Se quedó petrificado unos instantes, seguro de que el corazón saldría disparado de su pecho; se levantó con mucho sigilo de la butaca y se giró hacia la esquina de donde provenía el ruido. Atónito, se fue acercando de puntillas a la antiquísima cama de metal, rodeándola hasta quedar junto a los pies del lecho. Para su sorpresa, el bulto que había creído que eran mantas se movió de pronto y una mano asomó entre los pliegues de la suave tela de la blanca sábana. Miguel pegó un respingo, seguro de que le daría un infarto. Alucinado, comprobó que se trataba de la anciana María, que parecía dormir plácida y profundamente con una sonrisa en los labios. Al retirar un poco más las mantas, observó que tenía la cara muy sucia, hilillos de sangre reseca en la frente y el pelo despeinado y sin brillo. Se acercó a ella con cuidado para no despertarla y vio que algunos de los rizos blancos que asomaban entre las mantas estaban chamuscados. ¿Qué le había pasado? Nervioso, paseó la mirada por la habitación. ¿Cómo iba a explicar a Elurne que alguien había hecho daño a la abuela María?

Se había distraído hojeando los viejos diarios, menudo profesional de pacotilla. No podía perder más tiempo, tenía que seguir buscando al intruso por aquellas habitaciones subterráneas o no conseguiría atraparlo. Al echar un último vistazo antes de coger la pistola y volver al pasadizo, un

pensamiento repentino le vino de golpe a la cabeza. No era posible... ¿Rizos chamuscados? Alarmado, salió al otro lado del biombo, ansioso por coger su arma.

Se quedó paralizado al ver el reluciente cañón de su propia pistola apuntándole a la cabeza. Su corazón se detuvo de pronto y se le cortó la respiración. Lo que le dejó sin aliento fue la persona que empuñaba el arma y sujetaba el gatillo con firmeza. No podía ser, aquello no podía estar sucediendo. Hundido, miró fijamente a esos ojos verdes que le habían enamorado, observó aquellos rizos cobrizos que le volvían loco y esa cara tan bella llena de pecas.

- Elurne... ¿Qué haces? ¿Qué está pasando aquí?

- Pon las manos en alto, Mikel, y ve vaciando con mucho cuidado tus bolsillos. Tira al suelo todo lo que lleves en ellos y te aconsejaría que no intentes nada extraño.

- Pero, Elurne...

- Haz lo que te digo Mikel. No me lo pongas aún más difícil.

La mirada de la pelirroja reflejaba determinación a pesar del nerviosismo y el agotamiento que eran evidentes en su semblante. Sin embargo, la postura de su cuerpo era relajada y sujetaba la pistola con ambas manos con firmeza. El corazón de Miguel latía cada vez más desbocado. ¿Qué cojones estaba pasando allí? ¿Por qué estaba la pelirroja tan cómoda portando un arma? Sudando copiosamente, se dispuso a vaciarse los bolsillos y lanzó al suelo su cartera, unas monedas, el teléfono móvil, las llaves de casa y un paquete de pañuelos de papel.

- Elurne, por favor, explícame qué demonios está pasando. Sea lo que sea, te prometo que te puedo ayudar. ¿Qué le pasa a la abuela María, está herida?

- Le di una infusión con láudano. Está profundamente dormida.

- Tiene el pelo chamuscado, joder. Elurne ¿qué coño está pasando?

- Mikel, tenías que haberme hecho caso. Te dije que me esperases en la Pensión Chifflet, ¿por qué no me hiciste caso?

- Por favor Elurne, baja la pistola y cuéntame qué ha pasado. Sabes que te quiero y que puedes confiar en mí.

- ¿Confiar en ti? Vete a la mierda.

- No entiendo qué quieres decir.

- Claro que lo entiendes. Y si no, lo entenderás muy pronto. Ven conmigo. Sal de la habitación caminando despacio y gira a la izquierda; estaré justo detrás de ti, así que no hagas movimientos bruscos. Por mucho que me duela, no dudaré en dispararte.

Totalmente confundido, Miguel pasó despacio frente a Elurne y atravesó el umbral de la puerta sin dejar de mirar sus profundos ojos verdes, que rezumaban tristeza mientras seguía apuntándole con

el arma. Como le había indicado, giró a la izquierda y comenzó a caminar por el oscuro pasillo con la pelirroja detrás iluminando el camino con uno de los viejos candiles. Unos metros más adelante el pasadizo giraba a la derecha, y enseguida vio otra puerta entreabierta. Elurne le indicó que entrara despacio y sin hacer movimientos bruscos. La estancia no podía ser más distinta a la habitación donde dormía en esos momentos la anciana María. Era moderna, amplia y muy luminosa, y tenía dos modernas ventanas domóticas instaladas en el techo por las que pudo atisbar las ramas de un viejo roble y el límpido cielo azul de Kuartango. No se había percatado de que hubiera habitaciones subterráneas tan lejos del edificio principal de Lamietxe, y mucho menos de que hubiera ventanas escondidas entre el césped de alguna de las fincas contiguas al viejo caserón. Si su sentido de la orientación no le engañaba, estaban cerca de los establos y de las cuadras. La habitación parecía quedar justo debajo de una pequeña finca vallada, que Elurne le había dicho que no solían utilizar porque el terreno era demasiado irregular. Ahora sabía en qué consistía la irregularidad del terreno. Joder, menudo giro que habían dado los acontecimientos. No entendía nada, lo único que tenía claro es que Elurne también le había escondido muchas cosas en las últimas semanas.

Abatido, Miguel miró a su alrededor. La habitación medía unos sesenta metros cuadrados y estaba decorada con mucho gusto. El techo y la pared eran de un blanco diáfano y luminoso, y sólidas vigas de madera de roble cruzaban el techo. Gigantescas fotografías en blanco y negro de Kuartango, Bristol, Londres y Belfast colgaban de las paredes, primorosamente enmarcadas en madera maciza. En un extremo de la habitación había unas estanterías de madera que abarcaban toda la pared y estaban repletas de libros, archivadores, fotografías y plantas. Justo delante, un escritorio de madera maciza que parecía cortado de un solo tronco, a juzgar por sus líneas curvas y las vetas barnizadas que se distinguían en la superficie. Era preciosa, y Miguel deseó poder tocar aquella madera tan bonita. Las sillas que rodeaban el escritorio eran modernas, tapizadas en piel negra, y parecían muy cómodas y ergonómicas. En el otro extremo del despacho había un sofá esquinero, unas butacas de cuero negro y una mesa de cristal que ofrecían un espacio cómodo para trabajar. Un aparador de madera maciza, equipado con cafetera, nevera y vajilla, completaban el armonioso conjunto. Por fin había encontrado el estudio de Elurne, que llevaba tanto tiempo intentando encontrar. Por desgracia y para su pesar, las circunstancias no podían ser peores.

Elurne entró tras él, cerró la puerta de llave y le indicó que se sentara en el sofá. Le miró fijamente, indecisa y a todas luces insegura sobre cómo gestionar aquella situación tan inesperada. Miguel se sentó en el sofá, también nervioso, e intentó calmarla con su mirada.

- Elurne, por favor, deja la pistola en la mesa. No me moveré, te lo juro. Mírame a los ojos, por favor. Mírame, soy yo. Por favor, cuéntame qué demonios está pasando.

- ¿Por qué no te fuiste a casa al bajar de la sima, como te dije que hicieras? No deberías haber bajado hasta aquí.

- Vine a investigar, Elurne, porque vi a una persona que me pareció sospechosa correr por el bosque y entrar aquí. ¡Había estallado una puta bomba, joder! ¿Qué coño querías que hiciera? El intruso iba empujando una carretilla, y todo sucedió pocos minutos después de la detonación. ¿Qué ha pasado, Elurne? ¿Quién te llamó cuando estábamos en la cascada? Me mentiste. No tenía nada que ver con las vacas escapando de una finca. ¿Dónde ha estallado la bomba? ¿Ha muerto alguien? ¿Qué le ha pasado a la abuela María? Joder Elurne, dime algo, por favor, todo esto no

tiene ningún sentido. Me estoy volviendo totalmente loco. Pase lo que pase, puedes confiar en mí.

Elurne lo miró unos segundos y levantó levemente el mentón; sus ojos verdes le atravesaron el alma, tratando de averiguar sus secretos, y como si hubiera entrado en trance, se dio la vuelta y caminó sin prisa hasta el escritorio, dejando la pistola en su brillante superficie. Lo rodeó y abrió un cajón sin dejar de mirarle fijamente. Sacó un sobre de gran tamaño y volvió al sofá, sentándose al lado de Miguel. Sin dejar de observar su reacción y con mano temblorosa, abrió el sobre y sacó una única fotografía. La miró con tristeza unos segundos mientras las lágrimas comenzaban a caer por sus mejillas y se giró para enseñársela. Cuando Miguel posó la vista en la imagen, se le cayó el alma a los pies. La fotografía en color mostraba a la anciana María en la cocina de Lamietxe, vestida con su túnica verde de leyenda y bailando sola al ritmo de una música que sólo ella podía escuchar. Era la instantánea de las cámaras que él mismo, sin saber por qué, había imprimido aquella noche al observar la belleza de la anciana. Recordaba que la había guardado en un cajón de su habitación y la había admirado varias veces desde entonces, porque la belleza de la imagen le cautivaba. El color desapareció de su semblante y, avergonzado, volvió a fijar la vista en Elurne, que le miraba con las lágrimas deslizándose, ya sin control, por sus mejillas.

- ¿De dónde has sacado esta foto?

- De tu escritorio, uno de los días en los que estuve en tu casa. Estaba buscando un sitio donde dejar mi cajita de marihuana cuando durmiéramos en tu casa, y la vi en el cajón. Le saqué una foto con el móvil y luego la imprimí por si necesitaba utilizarla en algún momento.

- Elurne, yo...

- Tú, sí. Pero ¿cuál de ellos? Podría ser el “tú” que yo he conocido, o el otro “tú”, que es parcialmente un misterio. Un tal Miguel Pacheco, oriundo de Mérida, Teniente del Servicio de Información de la mismísima Guardia Civil. Así que dime, por favor, porque me resulta difícil de comprender. ¿En quién debería confiar, según tú? ¿En Miguel García, el estudiante, o en Miguel Pacheco, el espía?

Miguel enmudeció y bajó los ojos, hundido y verdaderamente avergonzado. No sabía exactamente qué decir. Todo aquello que había temido estaba sucediendo. Que alguien de su nuevo mundo se enterase, que descubrieran quién era él realmente, y que tuviera que despertar de su sueño de vivir en Kuartango y salir huyendo como el peor de los traidores. Pillado in fraganti, sin excusas, por la persona que más necesitaba, y justo cuando pensaba dejarlo todo atrás, convertirse en un civil y empezar una nueva vida.

- ¿Desde cuándo lo sabes?

- La encontré hace unos diez días.

- ¿Cómo averiguaste mi verdadera identidad?

- Mi tío tiene contactos internacionales, al igual que tú. Y tendría que ser yo la que hace las preguntas.

- Elurne, lo siento. Quería decírtelo.

- ¿En serio? No me creo ni por un segundo que tuvieras intención de decírmelo. Si hubieras querido decírmelo, porque como dices hay confianza entre nosotros, ya lo hubieras hecho.

- Quería decírtelo, y al mismo tiempo no quería. Cuando llegué aquí no tenía intención de decir nada, claro está, porque no te conocía. Luego me enamoré de ti, empezamos una relación y me sentía tan culpable por mentirte que quería decírtelo, pero me daba mucho miedo hacerlo.

- ¿Por mi reacción o por tus jefes?

- Por ti. Porque he faltado a tu voto de confianza y no quería perderte. Aún no quiero perderte. Elurne, perdóname, te lo contaré todo.

- Dime exactamente quién eres y qué haces aquí en Uzanza.

- Mi nombre ya lo has averiguado, soy Miguel Pacheco. Nací en Mérida, como ya sabes, y crecí allí en una familia de clase media con mi madre, Ramona, y mi padre, Antonio, que era Guardia Civil de Tráfico. Éramos una familia sencilla, y mi infancia fue muy feliz. Mi padre murió cuando yo era bastante joven. Mi mejor amigo Luis y yo entramos en la Guardia Civil cuando acabamos el Bachillerato, y al principio estábamos encantados; habíamos soñado con ello desde niños y disfrutábamos llevando a cabo nuestros cometidos. Después de varios años, transfirieron a Luis aquí al País Vasco, y empezó a trabajar en la unidad antiterrorista. Yo me quedé en Madrid en el Servicio de Información, gestionando y coordinando operaciones antidroga.

- Y ¿qué haces aquí si no perteneces a la unidad antiterrorista?

- Qué hacía aquí, Elurne, no qué hago.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Ayer por la noche presenté mi dimisión a mi superior, el Coronel Narváez. Le dije que necesitaba un cambio de rumbo en mi vida, y que mis nuevos planes no incluyen las horas, el esfuerzo y el compromiso que hacen falta para hacer un buen trabajo como agente de inteligencia.

Elurne le miró, estupefacta.

- ¿Has dejado la Guardia Civil? ¿Has dimitido?

- Sí. Ya no volveré a trabajar para la Guardia Civil. Seré un ciudadano normal y ya pensaré a qué me puedo dedicar a partir de ahora.

- Joder, Mikel, esto ya no se puede enredar más.

Se levantó y empezó a caminar por la habitación, del sofá al escritorio y vuelta al sofá. Se inclinó sobre la mesa de café, abrió un cajón, sacó una cajita de madera y empezó a liarse un porro.

- ¿Qué se suponía que tenías que hacer en Kuartango?

- Supongo que ya lo sabes.

- Quiero que me lo digas tú.

- Se supone que es confidencial.

- ¿Estás de broma? Ya sé que es confidencial, pero, como tú dices, puedes confiar en mí. ¿O quizá no?

Miguel la miró, percibiendo el desafío. Estaba angustiado con la tensa situación; todavía no sabía dónde había detonado la bomba o si había heridos o fallecidos. Tampoco sabía por qué la abuela María tenía los rizos chamuscados y qué había hecho Elurne al marcharse de la sima del Herensuge. No había estado persiguiendo vacas por Sendadiano, eso fijo.

-Si yo te cuento los detalles de la misión, ¿me contarás qué está sucediendo aquí en Lamietxe? Tú también estás escondiendo cosas, Elurne, este viejo caserón esconde muchos secretos, eso no lo puedes negar.

- Las cosas que yo escondo son para proteger a mi familia.

- Y las cosas que yo escondo son para proteger a mi país.

- No me jodas, Mikel.

- Ambas razones son igual de importantes. Ése es el trato. Yo confío en ti y te cuento todos los detalles secretos de mi misión en Kuartango, y tú confías en mí y me explicas la situación que tienes entre manos. Mejor dicho, la situación que parece que se te ha escapado de las manos.

Con un gesto brusco, Elurne se encendió el porro y se levantó para pasear de nuevo en círculos del sofá al escritorio y vuelta. Le recordó un poco a la anciana María en su primera visita a Lamietxe, caminando incansablemente en círculos por el balcón junto a sus alegres y coloridas macetas.

Varias veces, la pelirroja abrió la boca como para decir algo, pero luego suspiraba, daba una calada al porro y seguía paseando. A Miguel le apetecía más que nunca abrazarla, besarla en la frente y decirle que, fuera lo que fuera lo que había sucedido, lo superarían juntos.

-Elurne, sé que te he mentado, pero tenía la obligación profesional de hacerlo. Firmé un contrato de confidencialidad, joder, tienes que entenderlo. Ha sido una agonía no poder ser honesto contigo. Pero hay dos cosas que son ciertas, te lo juro: he dimitido de la Guardia Civil y te quiero. Por favor, ya que las circunstancias nos han llevado hasta aquí, seamos honestos, por fin, el uno con el otro.

Elurne dejó de pasear, cerró los ojos e inspirando hondo, asintió finalmente. Se acercó al armario, abrió una puerta y sacó una botella de whisky escocés y dos vasos de cristal tallado. Volvió al sofá, sirvió una buena cantidad para cada uno y deslizó el vaso hacia Miguel, mirándolo mientras bebía.

- Estoy de acuerdo, Mikel, se acabaron los secretos. Empiezas tú.

Miguel levantó el vaso y tragó haciendo una mueca. El líquido ambarino le quemaba la garganta, pero a los pocos segundos le invadió el cuerpo un calor agradable y le dio el aliento necesario para comenzar a hablar.

Le relató a Elurne todo, desde el asesinato de Luis hasta su dimisión del día anterior. Le describió los informes que el Servicio de Información le había entregado y los detalles de los tres sospechosos; Zigor, Unax y ella misma. Le explicó dónde estaban las cámaras que había colocado en sus casas y sus coches y cómo encontró la antigua ermita del bosque donde guardaban los petardos y la marihuana. Le contó también que había descubierto los manuales antiterroristas y las armas de Garbiñe en el Txoko, y confesó que él fue quien siguió a Garbiñe aquella noche hasta Francia y quien dio la orden de detención final. También confesó que había mentido en sus informes a Narváez para evitar más problemas al resto de sus amigos de Uzanza, y le dijo que borró algunos datos que podrían comprometerles para intentar que no siguieran investigando en Kuartango.

-Al final tenía razón Zigor, le estaban siguiendo. Nos estaban siguiendo. Mejor dicho, nos estabas siguiendo tú. Joder, no me lo puedo creer. Parece una puta película de James Bond (99) en mi propia casa...

- Al principio de la Operación New Age erais todos terroristas para mí pero, según han ido avanzando los días, he visto la realidad. Me he dado cuenta de lo hipócrita de mi anterior visión sobre el pueblo vasco. Durante muchas décadas, toda la vida probablemente, he pensado que todos los vascos y las vascas sois gente violenta. Puede ser que al haber trabajado en lo que he trabajado, también he asumido que todos podíais pertenecer a E.T.A. o a su entorno cercano, para mí era cuestión de estadística. Pero tienes que entenderlo, hemos perdido a cientos de compañeros en este conflicto. Entiendo que las cosas cambian, ni siquiera yo soy el mismo, he cambiado mucho. Poco a poco, con el pasar de los días, he encontrado una familia en Kuartango. Tener que andar a escondidas mintiéndooos a todos, sobre todo mintiéndote a ti, ha sido una pesadilla. La presión de mi jefe ha sido horrible también, apenas he dormido la mayoría de los días. Él no puede aceptar que haya dimitido, está muy decepcionado y cabreado con mi dimisión. No puede entender que aquí en Uzanza he visto otra realidad, tanto política como de vida. Me gustaría mucho poder empezar de nuevo aquí.

- Joder, Mikel, todo esto parece algo sacado de una película de Hollywood.

- Lo sé.

- ¿Y por eso has dimitido?

- Me he dado cuenta de que no me llena. Creo que entré en la Guardia Civil por inercia, porque una cosa llevó a la otra y pensé que realmente era mi vocación. Todos estos años he creído que el éxito y la felicidad sólo podían llegar si yo recibía reconocimiento profesional y palmadas en la espalda; vamos, que me sentía feliz si mis jefes y compañeros me felicitaban por mis éxitos. He arrestado a varios jefes de los clanes de la droga y eso sienta bien al ego. La sensación de luchar contra los malos es increíble, es muy difícil de definir. Lo negativo del trabajo es que una gran parte de la sociedad nos ve como el enemigo, y no como una ayuda valiosa. Desmoraliza un montón cuando la mayoría de nosotros trabajamos muchas horas, y muy duro, para defender a toda

la sociedad. Es algo que nos frustra pero que tenemos que asumir. Estando aquí en el Valle he tenido tiempo de pensar, de meditar, y de ver que quizás sólo estaba buscando la felicidad en eso porque no sabía encontrarla en ninguna otra parte. Aquí, en Uzanza, me encuentro feliz paseando con un perro, subiendo al monte en un caballo, tumbado en una finca mirando al cielo o atrapando gallos negros por una finca embarrada. Tirando de un tractor con una cuerda y ordeñando ovejas, qué narices, incluso con eso disfruto. Quién me lo iba a decir a mí. Me gusta el sonido del bosque, el trinar de los pájaros, el ruido del agua del río deslizándose por las rocas, los cascos de los caballos golpeando el suelo. Y, sobre todo, me gustas tú.

- Qué cursi eres, Mikel.

Elurne le miraba desde la butaca, seria y burlona al mismo tiempo, más relajada al oírle hablar de aquel modo.

-Pero es la verdad. Me has preguntado por qué he dejado el Cuerpo. Y todas esas son mis razones, cursis o no. En Uzanza he encontrado un hogar, al menos por el momento.

-Y tu jefe... ¿Qué dijo?

- Se cabreó tanto que se presentó esta mañana en la Pensión Chifflet a primera hora. Como no le cogí el teléfono ayer, condujo desde Madrid hasta aquí en mitad de la noche para aporrear mi puerta a la vista de todo el pueblo y poniendo en riesgo toda la misión. Ha sido un mal despertar.

- Menuda emboscada...

- Ya te digo. Ha sido una mañana dura. Me ha pedido encarecidamente que reconsidere mi postura. De hecho, dijo que me llamaría esta tarde para que le confirme mi decisión final.

- ¿Y has reconsiderado tus opciones?

- Ya se lo he dicho, no cambiaré de opinión. La decisión está tomada.

- Quizá te veas obligado a reconsiderarlo cuando me toque hablar a mí.

- Necesito saber una cosa, Elurne. Si sabes que no soy Miguel García desde hace días, ¿por qué no me delataste? ¿Y por qué no me has dicho nada antes?

- No lo sé... Estaba dándole vueltas al tema, supongo.

- ¿A qué? El día que te conocí me dijiste que, si averiguabas que no era quien decía ser, me apartarías de tu vida y me arrojarías a los lobos.

- Ya sé lo que dije, tengo muy buena memoria.

- ¿Entonces?

- ¿Qué quieres que te diga, Mikel? Me he acostumbrado a que estés en mi vida, a reírme mucho y a compartir mis días contigo. Averiguar quién eras en realidad ha sido un palo tremendo; yo fui la que te defendí desde el principio. Me siento como una verdadera imbécil, no te lo voy a negar.

Pero si les hubiera dicho algo a los chicos, habrías tenido que salir de nuestras vidas inmediatamente para no volver. Y no estoy preparada para perderte.

- ¿Y por qué no me dijiste nada a mí?

- No lo sé, estaba esperando a ver qué pasaba entre nosotros. Estaba encontrando la fuerza necesaria para sacar el tema y hablar contigo en algún momento, pero los acontecimientos se han precipitado.

- No hace falta que lo jures.

Se quedaron en silencio unos minutos, cada uno de ellos mirando el fondo de su vaso, ensimismados en sus propios pensamientos. Miguel agarró la botella, la destapó, y volvió a llenar los vasos.

-Ahora te toca a ti, Elurne. ¿Qué cojones está pasando aquí?

- Tienes que prometer que lo que escuches no saldrá de Lamietxe.

- Claro, te lo prometo.

- Eres Teniente de la Guardia Civil todavía, no lo digas tan a la ligera. Lo que te voy a contar te hará partícipe de cosas que no te gustarán.

- Sé que no me gustará desde que te vi apuntándome con mi pistola.

- Lo de la pistola fue una reacción involuntaria, no me esperaba encontrarme a nadie en la habitación secreta de la abuela. Escuché un ruido, vi el arma encima de los mapas del escritorio y reaccioné.

- Cuéntame lo que ha pasado. Lo que me digas no saldrá de aquí, lo juro.

- No sé si puedo creerte.

- Tienes que confiar en mí, por favor, Elurne. ¿Pertenece a E.T.A.?

- ¿Todavía sigues con éstas? Es que no te enteras, Mikel, qué obsesión.

- Perdona, pero tenía que preguntártelo. Me ha resultado toda una sorpresa lo cómoda que parece con una pistola en la mano.

- Aprendí a disparar en un club de tiro en Irlanda, con mi tío y unos amigos. No hay nada ilegal en practicar tiro al plato.

- De acuerdo. ¿Dónde ha estallado el explosivo hoy?

- En casa de los Heredia.

- ¿Otra vez?

- Sí. Ha explotado la pérgola exterior de la casa.

- ¿Ha muerto alguien?

- No, el explosivo ha estallado cuando la casa estaba vacía, nadie ha resultado herido. Por fortuna sólo hay daños materiales, y no son muy graves.

- ¿Has sido tú?

- ¡No! Claro que no, no seas estúpido. Además, he estado contigo toda la mañana y me has visto, ¿cómo podía haberlo hecho yo?

- ¿Quién te ha llamado cuando has salido galopando a toda prisa?

- Zigor.

- ¿Ha sido él el que ha plantado la bomba?

- No, él sólo me ha advertido de que tenía que bajar a toda velocidad.

- ¿A qué?

Un silencio invadió la habitación. Elurne, incómoda, se frotaba las manos sin cesar mientras clavaba la vista en el suelo, indecisa sobre cómo continuar con la historia.

- Ha sido la abuela María, ¿verdad, Elurne? Por eso está sedada ahora mismo, por eso tiene sangre en la frente y el pelo chamuscado. La asesina ha sido ella todo este tiempo.

Elurne lo miró fijamente mordiéndose el labio con nerviosismo y, tras varios minutos más de absoluto silencio, asintió.

- ¿La abuela María sabe fabricar bombas? Madre del amor hermoso. ¿La abuela María mató a Heredia? Joder, Elurne, estamos hablando de un asesinato a sangre fría. Es un acto premeditado, siniestro e imperdonable. ¿Y por qué ha detonado una segunda bomba? Supongo que ahora quería matar a la hija, a Berta, por presentarse al cargo de Presidenta de la Junta Administrativa.

- Está enferma, Mikel.

- ¡Pero ha muerto un hombre, y hay una mujer gravemente herida!

- ¿Crees que no lo sé?

- ¿Quién coño le enseñó a fabricar explosivos? No veo a la abuela María buscando vídeos en YouTube para apuntar los materiales y las instrucciones, como me dijiste un día que podría hacer cualquiera.

- Bueno, en realidad fue un accidente que ella encontrase el material, no era mi intención que todo esto sucediera...

- Elurne... ¿Perteneceste a E.T.A. en el pasado?

- Joder, Mikel, me estoy hartando de decir siempre lo mismo. ¡No todo se explica con E.T.A.! Siempre me ha encantado la química, ya te lo conté. Es mi pasión, y desde pequeña he ansiado encontrar información e ingredientes para hacer experimentos. Probablemente me viene de ver a la abuela mezclando potingues. Zigor, Unax, Galder y yo hemos hecho cientos de experimentos en Lamietxe desde que éramos niños.

- ¿Experimentos con explosivos?

- No, con explosivos sólo fue una vez. Hace aproximadamente quince años, cuando yo todavía no me había marchado a Irlanda. Eran principios de los noventa, una de las décadas más sangrientas del conflicto armado. La situación por aquí estaba muy mal, social y políticamente. Un día subimos los tres a buscar las vacas del abuelo para administrarles un antibiótico porque se encontraban enfermas. Por el camino, vimos a una persona que no conocíamos saliendo de una de las pequeñas grutas de la Sierra de Gibijo con una mochila gigante al hombro, y fuimos a investigar.

- No me digas más. Era un zulo de ETA, supongo.

- Sí. Y además encontramos muchísimo material. Todo un arsenal de armas, papeles, pasaportes falsos, detonadores, mechas, productos químicos, propaganda, manuales de entrenamiento... Un poco de todo.

- ¿Y no lo denunciasteis?

- No. Supongo que deberíamos haberlo hecho, pero con dieciséis años y un cerebro muy dado a los experimentos, no me pude contener. Les propuse a Unax y Zigor que nos llevásemos alguna cosa para experimentar en Lamietxe. Si te digo la verdad, me intentaron disuadir de mil maneras. Pero en ese momento me ilusionó muchísimo poder contar con productos químicos tan interesantes para hacer más experimentos en casa. Les dije que, si no me ayudaban, subiría yo más tarde con una mochila y me bajaría lo que me viniera en gana sin decirles nada.

- No sé ni qué decirte, Elurne. Estoy sin palabras.

- Unax y Zigor hicieron guardia en la entrada del zulo por si aparecía alguien mientras yo llenaba mi mochila con productos químicos, entre ellos pentrita, nitrato de amonio, cables, detonadores, y varias hojas con apuntes sobre las proporciones y los tiempos. En fin, que arramplé con todo lo que vi que me podía interesar. Me pasé semanas buscando más información, haciendo cálculos y preparando todo. Mikel, yo no quería utilizar los explosivos contra nadie, y no lo hice. Fabriqué dos bombas poco potentes la primera vez; quería comprobar si utilizando menores cantidades también funcionaría el proceso de combustión. Esperamos unas semanas, y cuando los abuelos viajaron a la feria de ganadería de Gernika, a la que van todos los años, subimos a un prado escondido en el bosque de Yarto y las probamos en un lugar con poca vegetación para no provocar un incendio. Tengo que confesarte, con cierta culpabilidad, que fue genial, una de las mejores sensaciones de mi vida. Las bombas detonaron exactamente como yo quería, con la intensidad precisa que yo buscaba. Apenas hicieron ruido, sólo dejaron dos pequeños agujeros en el suelo, el humo que soltaron fue mínimo y nadie se enteró.

- ¿Seguiste experimentando después de aquello?

- No, la verdad es que no. Unax estaba muy asustado y, al final, me metió el miedo en el cuerpo a mí también. Decía que en los tiempos que corrían, no le parecía razonable andar explotando cosas en el bosque. Estaba asustado porque toda Euskal Herria estaba repleta de Policías y Guardias Civiles, que precisamente buscaban los zulos de la banda terrorista y a sus integrantes. También estaba paralizado por el miedo por otra cuestión. Estaba convencido de que si algún miembro de ETA se daba cuenta de que les habíamos robado el material, nos buscarían y organizarían un atentado contra nosotros o nuestras familias. Me dio tanto miedo pensarlo que escondí el material y todos mis apuntes en Lamietxe e intenté olvidarme de la historia.

- Hasta que la abuela María encontró el material.

- Sí... A ella le gustan los brebajes mágicos y a mí la química. Puede que no seamos tan diferentes después de todo.

- ¿Qué pasó cuando encontró tu escondite?

- Yo no estaba en Kuartango y me había olvidado del material para fabricar bombas. Me llamó el abuelo a Irlanda, realmente alarmado. La abuela había estado distraída en los días atrás, pero él no le dio importancia, porque para entonces su mente ya iba perdiendo muchas facultades. En secreto, la abuela había estado preparando lo que ella creía que era el brebaje mágico de las Lamiak. Supongo que me vio practicar y hacer mis cálculos aquí, en la habitación donde nos encontramos ahora, que es donde yo escondí el material. La verdad es que hizo muy bien la mezcla, demasiado bien, quizás. Y en una proporción bastante mayor a la que habíamos probado nosotros en el bosque. Guardó el resto del material arriba en el pajar, despejó la habitación, dejó su bomba en el suelo, subió al balcón y apretó el botón del detonador. El abuelo me contó que estaba trabajando en la huerta y de pronto escuchó un estruendo y al girarse, observó atónito cómo parte de la finca salía volando. Por suerte, esta habitación no está debajo del baserri. Cuando la vio en el balcón sonriendo con el detonador entre sus manos, el abuelo se desmayó.

- ¿Y qué hizo después?

- Cuando se espabiló, fue a asegurarse de que ella se encontraba bien y luego se puso a buscar el resto de los detonadores y los productos químicos. No sabía cómo deshacerse de ellos sin que le pillara la policía en su registro domiciliario, así que los volvió a esconder.

- Pero la abuela María los encontró.

- Claro.

- ¿Cuándo?

- Yo no sabía que los había encontrado. De hecho, ni siquiera sabía dónde los había escondido el abuelo. Pero el día del asesinato de Heredia, cuando vi la columna de humo, me vinieron de golpe los recuerdos a la cabeza y entré en pánico. Estaba contigo en esos momentos. ¿Recuerdas que pensé que la abuela María había resultado herida? Tú me dijiste que era imposible porque nadie querría hacer daño a la abuela, y tenías razón. Pero tú no sabías el resto. Supe inmediatamente

que, si no era ella la que había salido volando en la detonación, era Heredia. Llevaba días murmurando entre dientes y apuntando cosas en su diario, y la escuché mencionar su nombre en varias ocasiones. Después de la explosión, tú y yo bajamos a todo galope a Lamietxe, ¿recuerdas? Lo primero que yo hice fue subir al balcón a ver si la abuela María estaba bien. Estaba mucho más que bien, Mikel. Era siniestro y me asusté muchísimo. Estaba sonriendo con la sonrisa más perversa que le he visto jamás y tenía el detonador en las manos. Se lo quité, lo escondí en una maceta y la ayudé a sentarse en la mecedora. Luego me reuní contigo abajo y fue entonces cuando entré en shock. ¿Recuerdas? Me preparaste una infusión y me abrazaste mientras hablaba sin parar hasta que me quedé dormida en el sofá. El shock no era por Heredia, Mikel. Era por la abuela.

- ¿Y qué vamos a hacer ahora?

- ¿Vamos?

- Claro. Esta situación ahora es de los dos, Elurne.

La pelirroja lo miró, sorprendida y claramente esperanzada.

- ¿No me vas a denunciar?

- Claro que no.

- Y entonces, ¿qué le vas a decir a tu jefe? Lo de hoy fue un accidente, no debería haber sucedido.

- ¿Y la muerte de Heredia sí?

- No, Mikel, no me malinterpretes. Heredia nunca debería haber muerto. Pero pensando egoístamente en nuestra situación, su atentado se lo han atribuido a Garbiñe y al comando de E.T.A. al que pertenece. Nos vino muy bien que la arrestaseis justo cuando más lo necesitábamos.

- Pero lo de hoy no cuela, Elurne. Garbiñe está en la cárcel ya.

- El caso es que el explosivo estaba enterrado en ese mismo lugar desde la muerte de Heredia. Lleva un par de semanas allí.

Miguel la miró, sorprendido.

- ¿Qué quieres decir?

- La abuela María en su día colocó dos explosivos en casa de Heredia: uno en el cortacésped y otro bajo la pérgola. Pero el día del atentado uno de ellos no detonó correctamente. Al día siguiente de la explosión, la abuela comenzó a farfullar y a buscar en sus bolsillos compulsivamente, así que intenté que me lo contara. No hubo manera y desde entonces no ha dicho palabra. Busqué por el baserri el resto del material y, cuando por fin lo encontré, vi que ya no quedaban detonadores en el pequeño arsenal. Hace tantos años, cuando yo robé material del zulo de ETA, me llevé cinco detonadores. Utilizamos dos en el experimento original. Ella utilizó el tercero el día que explotó esta habitación, que luego renovamos. Así que sólo quedaban dos. Uno, el de la explosión de Heredia. Quedaba otro y yo no lograba encontrarlo por ninguna parte. He

estado muy estresada y apenas he dormido intentando encontrarlo para evitar que la abuela María volviera a detonar otro artefacto. Hace un par de días le confié a Zigor lo que estaba pasando y me ha estado ayudando a buscar el detonador. Ayer estaba peinando el bosque que separa la casa de Heredia de Lamietxe; habíamos consultado los mapas antiguos de la abuela, los que has visto sobre su escritorio, por si había bajado hasta allí por algún camino menos conocido para nosotros. Pensábamos que quizá se le había caído al regresar a Lamietxe a esconderse después de la primera explosión.

- Pero no lo encontrasteis.

- No. Ni tus colegas de la Guardia Civil que supuestamente peinaron toda la zona. Esta mañana, mientras Zigor seguía buscando por el bosque, ha visto a la abuela María salir de Lamietxe con una sonrisa diabólica y adentrarse en el bosque. Me ha llamado enseguida porque no sabía muy bien qué debía hacer. Yo te he soltado la mentira de las vacas en Sendadiano para poder salir cabalgando a evitar que dijera nada. Zigor me ha dicho que la abuela María caminaba despacio, que cantaba contenta y sonreía cogiendo flores como si no pasara nada.

- Obviamente, ella tenía el detonador.

- Sí, y no sabemos por qué, pero estaba defectuoso. Dice Zigor que cuando la abuela se acercó a los terrenos de Heredia, en la linde del bosque, se dio cuenta de que la abuela lo llevaba en la mano. Echó a correr para evitar que pulsara el botón pero, al parecer, por más que la abuela lo apretaba, no sucedía nada. De repente la abuela empezó a correr a toda velocidad hacia la casa, apretando el botón sin parar.

- Joder...

- Exacto. Dice Zigor que ha detonado sin previo aviso y le ha pillado de lleno la onda expansiva. Yo estaba llegando y he oído el estruendo, así que he espoleado al caballo todavía más para llegar a ellos.

- ¿Zigor está bien?

- Sí, él estaba más lejos que la abuela. Me lo encontré volviendo por el bosque a toda velocidad, con la abuela María inconsciente en la carretilla que les ha robado a los Heredia. La silueta que tú viste era Zigor, él era el intruso, tal y como lo describiste en tu mensaje de texto. Mientras tanto, yo me he quedado cerca de la casa de Heredia, escondida, para cerciorarme de que no había ningún herido. Al cabo de un rato he escuchado las sirenas de la policía acercándose a Uzanza y me he venido a Lamietxe cabalgando a toda prisa. Zigor, que ya conoce la habitación de la abuela, la había bajado en brazos y metido en la cama para cuando llegué. Yo he preparado y le he administrado el láudano antes de que recuperase la consciencia y he acompañado a Zigor al exterior para que volviera a casa lo antes posible. Está asustado otra vez porque pensarán que fue él, ahora que Garbiñe está en la cárcel.

- No puede ser, Elurne, yo no me he cruzado contigo ni con Zigor durante mi registro a Lamietxe.

- Claro que no. Hay un acceso directo desde la cuadra donde solemos ordeñar. Estas habitaciones fueron excavadas por mi familia durante la Guerra Civil, por si les hacía falta salir huyendo para

escapar.

- ¿Y no piensas decir nada a nadie tampoco esta vez?

- ¿Mandarías a tu abuela al paredón?

- No, supongo que no. Pero todo esto ha ido demasiado lejos, Elurne. Su enfermedad es muy, muy seria. Debería estar internada en un centro psiquiátrico, con profesionales que la puedan evaluar y cuidar.

- No sacaré a la abuela de Lamietxe, Mikel. No lo haré.

- ¿Y si esto vuelve a suceder?

- No volverá a pasar. Ya no hay más material. Hace unos días, cuando vino mi jefe irlandés, venía acompañado de un compañero mío que se llevó todo el material sobrante para destruirlo en nuestras instalaciones, que están equipadas para hacerlo de forma segura. Ya no quedan productos químicos en Lamietxe, ni cables, ni nada que pueda utilizar la abuela para hacer daño.

Miguel se acordó de la noche en la que había visto a Elurne en las cámaras de Lamietxe con los hombres trajeados firmando unos papeles, y asintió.

- Eso es bueno, pero sigo insistiendo en que no puedes pasarte el día controlando lo que hace la abuela María. Podría ser peligrosa, para ella misma o incluso para nosotros. Tienes que tomar una decisión.

- Se muere, Mikel, sólo le quedan un par meses. Eso dijeron, aunque no pueden asegurarnos que dure tanto. De hecho, puede que se esté muriendo en este mismo momento, mientras charlamos, y no nos estemos enterando. Cuando la abuela María muera, lo hará aquí, en Lamietxe, como era su deseo.

Elurne levantó la vista hacia él y suspiró, la intensa tristeza claramente dibujada en su semblante. Levantó el vaso y lo apuró haciendo una mueca.

- Le diagnosticaron cáncer de útero hace un par de años. La pusieron en tratamiento de quimioterapia y radioterapia y en teoría remitió, pero han vuelto a aparecer los síntomas hace unos meses, más fuertes si cabe. Tiene muchos dolores y toma pastillas para mitigarlos.

- Joder Elurne, lo siento, no lo sabía. No aparenta estar enferma.

- Siempre ha sido una mujer fuerte y con una alta tolerancia al dolor. La están tratando desde casa con cuidados paliativos. Hay días en los que no puede ni levantarse de la cama y otros en los que parece que tuviera la fuerza de mil hombres. Lo que está claro es que se muere, Mikel, y pronto. ¿Crees que lincharla públicamente a estas alturas añadirá algo bueno a la situación?

- No lo sé, Elurne, estoy aturdido.

- Ahora que te he contado la historia, y como Guardia Civil que eres aún... ¿Qué piensas hacer?

¿Nos vas a denunciar? Piénsatelo bien, Mikel. Si no lo haces, serás cómplice de encubrir un asesinato y un intento de asesinato, al igual que lo somos Zigor y yo. Por otro lado, si nos denuncias, se acabó, Mikel. Se acabó la tranquilidad en Lamietxe, tu amistad con los vecinos y vecinas de Kuartango y también nuestros planes de futuro como pareja.

Miguel se levantó y, al igual que había hecho Elurne hacía un rato, comenzó a pasear en círculos. Las cosas no podían ser más complicadas. Claramente los atentados en casa de Heredia habían acabado y culpaban del primero a Garbiñe y a E.T.A. Pero, por otro lado, como profesional de los Cuerpos de Seguridad del Estado, le incomodaba contribuir a esconder un crimen en el que había muerto un inocente. Por mucho que la culpable tuviera casi cien años y fuera la abuela de su novia. Pero la anciana se estaba muriendo y agonizaba de dolor. ¿Qué añadiría ya denunciar los hechos? Elurne le miraba, temerosa, mientras Miguel caminaba de un lado para otro con gesto concentrado y el semblante grave. De repente, el tono de la llamada de teléfono móvil rompió el silencio, estridente, en la lejanía.

- ¿Qué es eso?

- Mi teléfono, Elurne. Me has obligado a lanzarlo al suelo en la habitación donde duerme la abuela, cuando me estabas apuntando con la pistola. Probablemente sea el Coronel Narváez, que quiere hablar conmigo de mi decisión final sobre abandonar o no la Guardia Civil.

- Joder, Mikel, ¿qué hacemos?

- Por favor, Elurne, tráeme el teléfono. No dejaré de llamar hasta que conteste, le conozco bien. Le prometí hablar con él esta tarde.

- ¿Y has decidido qué vas a hacer?

- Por favor, tráeme el teléfono. Lo pondré en altavoz para que escuches las dos partes de la conversación.

- De acuerdo.

Elurne se levantó visiblemente nerviosa, abrió la puerta y salió al pasillo en busca del teléfono, que no paraba de sonar. Miguel, mientras tanto, no podía dejar de caminar a grandes zancadas por el despacho de la pelirroja. ¿Qué debía decirle a Narváez? ¿Cómo debía enfocar la conversación? No quería hablar con él justo ahora, y mucho menos delante de Elurne, pero no podía cambiar la situación; tendría que sacar valor y gestionarlo lo mejor posible. Suspirando, se sentó en el sofá, le dio una calada al porro de Elurne y apuró su vaso de whisky. El teléfono dejó de sonar justo cuando Elurne volvía a entrar por la puerta. Nerviosa, se lo lanzó y se sentó a su lado, cogiéndole de la mano. Después de unos segundos tensos, el teléfono volvió a sonar. Cogiendo aire profundamente, Miguel respondió, activando el altavoz para que Elurne pudiera escuchar la conversación sin impedimento.

- Buenas tardes, mi Coronel.

-Buenas tardes, Miguel. O quizá no son tan buenas. Acaba de llamarme uno de los dirigentes de la Operación New Age para informarme de que ha detonado otro explosivo en Uzanza.

- Sí, mi coronel. Me acaban de avisar unos vecinos.

- Entonces ya sabrá que ha sido en casa del hombre que falleció hace unos días. El segundo explosivo estaba enterrado en el jardín, en unos arriates de flores bajo una pérgola, según me han confirmado.

- Sí, eso me han contado. Al menos esta vez no ha muerto nadie.

- Sin embargo, no pudo ser Garbiñe la que colocó allí la bomba porque está en la cárcel desde ayer. Nos queda mucho trabajo por hacer, Miguel. Es extraño que E.T.A. no reivindicase ese atentado en particular. Los tipos de pentrita no coinciden con el atentado del empresario Kepa Irigoyen durante la feria de Zuhatsu de Kuartango. Tiene que quedar algún miembro de E.T.A. escondido en Uzanza.

- No lo creo, mi Coronel.

- ¿Por qué no?

- Es una intuición, más que otra cosa, pero la verdad es que no ha sucedido nada en absoluto sospechoso desde que arrestamos a Garbiñe. Todo el mundo está asombrado, incluido Zigor, de que ella fuera miembro de E.T.A. Todo el pueblo está conmocionado, y yo me aseguré de que se había llevado todo el material la noche de la detención. Llevo dándole vueltas a la cabeza desde que me han llamado para contarme lo de la bomba de hoy. Creo que es posible que fuera Garbiñe quien colocara allí el explosivo hace unas semanas, y por la razón que fuera, no detonase en el momento adecuado. Es extraño que un terrorista decida volver precisamente a esa misma casa, que está continuamente vigilada. Sería cosa de locos, en realidad.

El Coronel no respondió y se hizo el silencio durante unos instantes. Elurue le miró nerviosa, cruzando los dedos y lanzándole un beso. Estaba esperanzada porque Narváez no había rechazado del todo la teoría que había expuesto Miguel.

- No lo sé, Teniente. Suena demasiado fantasioso.

- ¿Ha llegado el equipo forense al lugar de los hechos?

- Están allí desde hace un rato.

- Quizás haya alguna manera de averiguar si mi teoría es posible. ¿Han comprobado los tipos de pentrita? Si es el mismo tipo que en el caso de Heredia, mi teoría tendría pleno sentido. Han pasado muchos días desde el atentado. Si el explosivo ha estado escondido bajo tierra desde entonces, quizá los equipos forenses sean capaces de analizar los restos y determinar cuántos días llevaba allí enterrado el explosivo, o si lo han colocado en las últimas horas.

- No lo sé, Miguel, no me convence, aunque les llamaré. No podemos descartar nada a estas alturas.

- Perfecto. ¿Me informará de lo que averiguan?

- ¿Significa esa pregunta que has cambiado de opinión? ¿Aceptas seguir trabajando con nosotros, Miguel?

- ¿Qué ha decidido el Ministro del Interior? ¿Se va a mantener el puesto de espionaje en Uzanza o se instalará en Pamplona para seguir la pista a las actividades delictivas de Garbiñe y su posible círculo?

- Nos desplazaremos a Pamplona a principios de la semana que viene, a menos que algo cambie a causa de la explosión de hoy. Tirando del hilo de Garbiñe en la capital, como tú preveías, hemos encontrado pistas más prometedoras que allí en Kuartango. Pero no te vayas por las ramas, que me tienes en ascuas. Dime, hijo, después de reconsiderar todas las opciones, ¿qué has decidido finalmente?

En los largos segundos que tardó en responder, Miguel fue consciente de cómo Elurne y el Coronel Narváez contenían la respiración al mismo tiempo, cada uno de ellos ansiando escuchar una respuesta diferente. Mientras miraba fijamente a los ojos verdes de la pelirroja, le vinieron a la mente recuerdos de sus últimas semanas en Uzanza, entremezclados con recuerdos de éxitos profesionales y misiones anteriores.

- Coronel, como le prometí esta mañana, he estado dándole vueltas al asunto en mi cabeza todo el día. Sé que soy uno de sus mejores agentes y sé que a usted personalmente le decepciona mi decisión. Pero no he cambiado de opinión. Lo que hemos hablado esta mañana es lo que siento en mi corazón, mi Coronel. Mi decisión de dimitir es irrevocable.

Al escuchar esto, Elurne se desplomó en el respaldo del sofá, cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza, claramente aliviada. Sin embargo, el silencio que siguió a su declaración le indicó que Narváez estaba decepcionado, y posiblemente algo más.

-Gracias, Miguel, por reconsiderarlo por mí. Suponía, tras escucharte hablar esta mañana, que no cambiarías de opinión. Trabajamos juntos desde hace años y conozco bien tu terquedad cuando decides algo. Es una pena, pero te dije que te apoyaría independientemente de tu decisión final y lo mantengo. Estoy triste, no te lo puedo negar. Pero no decepcionado. Quizá fue culpa mía, al empujarte a una misión de estas características tan reciente la muerte de Luis.

- Quizá la Operación New Age ha sido la guinda del pastel, pero llevaba un tiempo meditando sobre el hecho de que mi trabajo ya no me hacía feliz. Lo siento, mi Coronel.

- Lo sé. Tendremos que seguir en contacto unos días porque tienes que devolver todo el material, coche incluido. Como ya te dije, desplazamos la operación de Uzanza a Pamplona esta semana. Te llevará unos días retirar las cámaras y los rastreadores de las casas y de los coches de los demás sospechosos. Cuando hayas reunido todo, enviaré a alguien a buscarlo. También me gustaría de verdad que vinieras a despedirte aquí, a Madrid. Podemos cenar juntos un día y me cuentas tus planes de futuro en Kuartango.

- Claro, mi Coronel, eso está hecho. Es lo menos que puedo hacer por usted. Y aprovecharé para recoger el resto de mis pertenencias. ¿Puedo pedirle un favor personal?

- ¿Otro?

- Sí, le prometo que es el último. No puedo quedarme con la curiosidad que me corroe respecto a mi hipótesis sobre la explosión de hoy. ¿Podría enviarme un mensaje cuando se confirme qué tipo de pentrita es, y si coincide con la utilizada en el primer atentado? Tal vez mi alocada teoría tenga algo de verdad, y no me gustaría quedarme sin saberlo.

- Sabes que, al haber dimitido, no debería darte ningún dato confidencial más, Miguel. Desde hoy eres un civil, no lo olvides. Pero, por tratarse de ti, haré una excepción. Si se confirma tu teoría te enviaré un mensaje breve. Estaremos en contacto para recoger el material informático. Mucha suerte, Miguel, ha sido un honor contar con un profesional como tú todos estos años, un verdadero honor.

- Muchísimas gracias a usted, Coronel. Ha sido un honor para mí también. Hasta pronto.

- Hasta pronto, Miguel. Cuídate mucho.

Miguel colgó el teléfono, lo dejó sobre la mesa de café y miró al infinito. Ya estaba hecho, estaba confirmado. Ya no pertenecía a la Guardia Civil, estaba libre y una página en blanco se abrió ante él. Miró a Elurne, que seguía con los ojos cerrados y las manos en la cabeza.

- Bueno, preciosa, pues ya está. Ya no tenemos que mentarnos más el uno al otro, ya sabemos la verdad. Espero que no queden secretos entre nosotros. Y ahora, ¿qué hacemos?

Elurne bajó los brazos y lo miró, con el semblante agotado y una lágrima rodando por su mejilla.

-No lo sé, creo que estoy en shock. Mikel, Miguel, o como prefieras que te llame, muchísimas gracias, por todo. Decir gracias no describe lo que siento ahora mismo. No sé ni qué decir. Estoy aliviada, preocupada, agradecida, nerviosa y agotada todo al mismo tiempo. Gracias por creerme, por apoyarme y por seguir confiando en mí. Perdóname por haberte mentado y por haber ocultado cosas tan serias. Y siento mucho, aunque la gente de Kuartango no tuviera la culpa, lo que le sucedió a tu amigo Luis.

- Ven aquí, pelirroja...

La atrajo hacia sí en el sofá y la abrazó, dejando que ella se desahogara y sacara todas las lágrimas que almacenaba en su interior. Quería olvidarse de todo lo malo que había sucedido y disfrutar de su nueva vida.

-Elurne, has dicho antes que las circunstancias nos han atrapado. El día de hoy ha sido muy, muy duro, para ambos. Propongo que vayamos a comprobar cómo está la abuela María; si sigue dormida, ¿podemos subir un rato al balcón? Necesito un café y salir a respirar aire fresco.

- De acuerdo.

Se cogieron de la mano y caminaron juntos por el pasadizo, en silencio, mientras meditaban sobre los secretos tan oscuros que el viejo caserón había escondido durante los últimos siglos. Se asomaron a la habitación secreta de la anciana, que seguía durmiendo pacíficamente sin una preocupación en el mundo. Elurne se acercó a la cama, le arregló las mantas, le acarició la mejilla y con lágrimas rodando por sus mejillas, le dio un beso en la frente.

- Te ayudaré a cuidarla hasta el último día, Elurne. Te lo prometo.

- Lo sé, Mikel.

Volvió a cogerle de la mano y juntos subieron las escaleras y atravesaron el gaztandegi y la leñera. Miguel señaló con el dedo en dirección a la trampilla secreta.

-Ahí abajo hay otra habitación enorme, Elurne, llena de tarros, que encontré hace unos días. ¿Hay alguna sorpresa más escondida en Lamietxe o ya conozco todas?

- Ya no hay más sorpresas, Mikel. Esa habitación subterránea es donde hace la abuela sus experimentos más inocentes, las pócimas, las cremas y otros potingues. Es un almacén, sin más.

Subieron al primer piso, entraron en la cocina y Elurne preparó la cafetera mientras Miguel salía al balcón; desde allí se veía la hermosa puesta de sol en el horizonte. Se sentó en la mecedora de la anciana, pensando en ella. Qué vida más triste y llena de drama, la de la abuela María. Había experimentado tantos acontecimientos traumáticos que había ido gradualmente perdiendo la cabeza hasta llegar a matar a un hombre. Ejércitos de psiquiatras, si conocieran el caso, se interesarían por el cerebro de aquella bella anciana, por sus diarios, por aquella vida tan apartada de la civilización que la había llevado a la locura más absoluta. Observó el Valle, aquel paisaje que Elurne y sus abuelos habían venerado toda la vida y supo que él también amaba Kuartango.

En ese momento salió Elurne al balcón con dos tazas de café bien cargado y unas galletas y, con un suspiro, se dejó caer en la otra mecedora, claramente agotada.

-Elurne, prométeme que hoy dejamos todos los secretos atrás. Sé que no podemos prometer que no habrá problemas entre nosotros, pero te juro que intentaré no hacerte sufrir nunca más. A partir de hoy no guardemos más secretos el uno con el otro, por favor. Me gustaría vivir en Uzanza el resto de mi vida y, aunque te asuste, me encantaría hacerlo contigo en Lamietxe. De momento seguiré viviendo en la Pensión Chifflet porque no quiero ser causa de desequilibrio para la abuela María. No sé qué les diré a los vecinos sobre la tesis, tal vez que me he hartado o que no creo que me sirva para encontrar un trabajo aquí. No he dejado de darle vueltas a la idea de aprender las tareas del baserri y continuar con la labor de tus antepasados aquí junto a ti, intentando llevar una vida sencilla, siendo lo más felices que podamos. ¿Qué me dices, Elurne?

En ese preciso momento se escucharon ruidos en la distancia que parecían disparos y Miguel se alarmó, levantándose de un salto de la mecedora y volviendo a sacar la pistola. Elurne consultó su reloj y le lanzó una sonrisa traviesa, guiñándole un ojo.

-Son las ocho de la tarde, Mikel. Quedan oficialmente inauguradas las fiestas de Uzanza de dos mil nueve. No son disparos, tranquilízate. Son los petardos de la traca de apertura de las fiestas.

Joder con los malditos petardos, iba a acabar odiándolos. No entendía cómo les gustaba tanto a sus amigos hacer estallar petardos. Después de las emociones del día, Miguel tenía los nervios a flor de piel. Cuando se disponía a sentarse de nuevo, su móvil vibró y emitió un pitido agudo; acababa de recibir un nuevo mensaje.

Alargó la mano y lo cogió con dedos temblorosos y el corazón palpitándole a toda velocidad en el

pecho. ¿Sería de Narváez? ¿Tan pronto? En silencio, leyó las breves líneas que le había enviado el Coronel. Sonriendo, le pasó el móvil a Elurne, cuyo semblante se fue relajando mientras leía el informe. Cuando la pelirroja le devolvió el móvil, se lo metió en el bolsillo del pantalón y volvió a sentarse, cogiendo a Elurne de la mano y mirándola intensamente.

-El capítulo está cerrado, Elurne. Han confirmado que el explosivo lleva enterrado muchos días y se lo atribuirán a E.T.A. aunque Garbiñe lo desmienta. No seguirán investigando en Uzanza de momento, a menos que suceda algo más, cosa que tú y yo intentaremos evitar. Joder Elurne, todo esto me parece increíble. Menuda historia de leyendas y banderas. ¿Qué me dices, pelirroja? ¿Qué hacemos ahora?

- ¿Qué hacemos, dices? Seguir adelante, Mikel, siempre hacia adelante. Intentando curar el daño que nos ha hecho el pasado para poder escribir un futuro más positivo y feliz.

Y con eso, no hicieron falta más palabras. Se acomodaron en las mecedoras del balcón y dejaron correr sus pensamientos mientras la música de las fiestas de Uzanza comenzaba a escucharse desde la lejanía. Estuvieron en silencio varias horas contemplando el Valle juntos, hasta que oscureció y en algún momento de la noche el cielo se cubrió de colores, que iluminaban el Pico Marinda como si la Diosa Mari estuviera bendiciéndoles con un espectáculo de su magia. Habían dado comienzo los fuegos artificiales. Todavía cogidos de la mano, Miguel y Elurne se miraron con cariño y complicidad y compartieron una sonrisa. Elurne, mirándole fijamente con sus increíbles ojos verdes, pronunció las palabras que llevaba semanas esperando escuchar:

- Bienvenido a casa, Miguel.

AGRADECIMIENTOS

Sois tantas las personas que me habéis ayudado a llegar hasta aquí que espero que no se me olvide nadie. Como sabéis, suelo andar con la cabeza en las nubes. Gracias por leer hasta aquí. Me gustaría agradecer a mucha gente su ayuda y su apoyo.

A ti, mi increíble Basajaun, te agradezco tu eterna paciencia, tu amor y tus esfuerzos por entenderme (nooo, no te entiendo). Gracias por respetarme como lo haces, por quererme así y por ser un gran aitatxu. No podría haberlo hecho sin ti.

Gracias a mis Kukus, Nerea y Eider, por cada beso, cada abrazo y cada palabra. Sin vuestra paciencia y comprensión al ver a “mummy” todo el día “writing”, no habría logrado acabar “the book” tan pronto. “I love you to the moon and back, my beautiful ladies”.

A mis padres, Alejandro y Pilar, gracias por los valores que me habéis transmitido, por ser un grandpa y una grandma tan estupendos y por las horas y los días que habéis dedicado para que pudiera disfrutar de la soledad y escribir. Gracias Pater por ayudarme a corregir y editar el manuscrito. Sin tu ayuda, “habría fruncido el ceño mucho más”. Os quiero.

A mi hermano Pablo y a mis “hermanas” Ana, Teresa y Luisa Mar quiero agradecerlos que siempre estéis ahí, en las buenas y en las malas. Gracias por vuestro amor. A ti, Germindo, tengo tanto que agradecerte que no me alcanzan las palabras. Sin mirarnos sabemos lo que necesita el otro.

Gracias también, tía Ana, porque sin tu hogar hubiera sido imposible encontrar la tranquilidad mental para escribir. Tu apoyo incondicional y tu generosidad han sido claves en la finalización de este proyecto. Gracias una y mil veces.

Tengo mucho que agradecer a tres personas que ya no están aquí, mi abuela Sebastiana y mis suegros Carmen y Josetxu. También a otra persona que está con nosotros, pero no como estaba, el tío Miguel Ángel. Ellos tres, junto a mis padres y a mi tía Ana, son los que pasaron horas contándome cómo era la vida hace décadas y me dieron la dimensión real del conflicto vasco en la Álava rural.

Quiero agradecer también a la familia Barrón Sáenz de Lafuente las horas y los días que se han prestado para cuidar a las Kukus para que yo tuviera tiempo de acabar de corregir y maquetar el proyecto. Muchas gracias de corazón.

Me gustaría mencionar a mi familia de Duruelo de la Sierra, Soria. Gracias por enseñarme que, aunque seamos distintos y opinemos de maneras muy diferentes, podemos aprender a respetar nuestras diferencias y querernos muchísimo. Da igual que seamos de izquierdas o de derechas, creyentes o no, con estudios o sin ellos y con una opinión blanca o negra sobre cualquier tema. Sois un ejemplo para mí.

Gracias, David, porque has sido el que ha tenido más impacto en mi decisión de publicar. Gracias por tu entusiasmo con la trama y los personajes y por insistirme cada día: “¿Estás escribiendo?”

¿Has avanzado hoy? ¿Cuándo piensas publicar?;Tienes que acabar ya, necesito saber el final!” Aquí tienes el final, amigo, espero que te haya gustado.

Gracias Traper, generosa y desprendida como siempre, que me has prestado una cueva desde la que corregir y maquetar el manuscrito sin distracciones. Gracias por las charlas, por los ánimos y por tus sabrosos pintxos. Gracias también a Aki y a todos los clientes del Correo por vuestros ánimos diarios y vuestras opiniones sobre la portada.

Óscar, también a ti tengo mucho que agradecerte. Gracias por la portada y los marcapáginas, que transmiten justo lo que quería transmitir. Gracias por ayudarme a estructurar mi trabajo y por tu honestidad y apoyo con el proyecto. Sin ti, hubiera sido imposible llegar hasta aquí.

Inés, no hace mucho que nos conocemos, pero a ti también quiero darte las gracias. Sin tu ayuda habría tardado muchísimo más en terminar este proyecto. Gracias por enseñarme lo necesario para publicar esta obra de manera profesional y por servirme de inspiración cada día.

Sergio, cuando se me ocurrió la idea de incluir ilustraciones, no sabía que iba a tener tanta suerte. Eres un artista increíble y me ha encantado verte trabajar. Como guinda del pastel, encontré a alguien con un vasto conocimiento sobre mitología vasca. Gracias por tu entusiasmo con el proyecto de Leyendas y Banderas.

Gracias también a la Fundación Valle de Kuartango, un organismo que promueve la sensibilidad artística y ayuda a los y las vecinas del Valle que nos interesamos por llevar a cabo este tipo de proyectos. Sin vuestros consejos y apoyo económico para la publicación de Leyendas y Banderas habría sido difícil finalizar el proyecto este año.

Hay muchos amigos, amigas, vecinos y vecinas de Kuartango que me han ayudado con datos históricos, culturales, geográficos, sobre agricultura y ganadería, políticos y mucha otra información vital para el proyecto. Muchísimas gracias por vuestro tiempo y por vuestro apoyo.

Agradezco al universo poder seguir contando con el amor criollo de los Bristolians. La familia no es sólo la de sangre; hay personas que se convierten en nuestra familia de la forma más inesperada y nos inspiran. Gracias por vuestro arte, vuestra magia y vuestra amistad, que nunca mengua ni se desvanece. Os quiero un egg. ¡Degree yuuuu!

Al galego, Iván, te agradezco que compartas conmigo esta pasión por los Ayam Cemani, esta raza tan misteriosa, elegante y espectacular. Gracias por tu ayuda gallinil y “gracias” también por intentar que no sea tan moñas como avicultora. Sigo deseando que algún día abracés a uno de tus gallus como hago yo. Ya te digo que alegra el alma.

Y, por último, pero no menos importantes, gracias a todas mis amigas y amigos de Kuartango, Urkabustaiz, Vitoria, Bristol y Duruelo de la Sierra, del presente y del pasado. Gracias por vuestro apoyo y por todas las experiencias en vuestra compañía, que han ayudado a que vea el mundo como lo veo y a divertirme hasta límites insospechados con vosotros. Decía un sabio que la vida sin amigos no es vida en realidad. Muchísimas gracias, a todas y todos, por estar en mi vida.

NOTA FINAL

Me gustaría hacer un par de apuntes sobre Leyendas y Banderas. El pueblo de Uzanza y el caserío de Lamietxe no existen en la vida real. Son inventados, así como los personajes del pueblo y las rencillas entre ellos. Sin embargo, el resto de los parajes que se describen en la novela son reales como la vida misma. Los montes, las cuevas, las ermitas, los bosques, los dólmenes, las cascadas, las simas y los ríos de Kuartango siguen custodiando la vida de los habitantes del Valle, que somos orgullosos abanderados de su extraordinaria belleza y riqueza natural.

Para terminar, me gustaría destacar mi esfuerzo para que todas las partes tengan voz en la trama de Leyendas y Banderas. He puesto el máximo empeño en dar cabida a todas las sensibilidades. Ojalá seamos capaces, como sociedad, de reflexionar, de pedir perdón y de perdonarnos. Sólo así llegaremos a entendernos, a convivir en paz y a superar juntos el drama tan complejo y doloroso que nos ha tocado vivir en esta etapa de nuestra Historia reciente.

SOBRE LA AUTORA



María Santórum Alaña nació en Vitoria-Gasteiz en 1980. Actualmente vive en el valle de Kuartango y es profesora de inglés, traductora y coach. Su fascinación por la complejidad de la mente humana y su preocupación por la gravedad del conflicto vasco, que marcó en gran medida su adolescencia, le han llevado a escribir esta apasionante novela llena de acción, que consigue entretener al lector con su trama intrigante y conmovedora y hacerle reflexionar sobre los aspectos más perversos de la condición humana.

www.leyendasybanderas.com

Facebook: [@leyendasybanderas](https://www.facebook.com/leyendasybanderas) Twitter: [@Mariasantorumh1](https://twitter.com/Mariasantorumh1)

Instagram: [@leyendasybanderas](https://www.instagram.com/leyendasybanderas)



www.leyendasybanderas.com

Facebook: [@leyendasybanderas](https://www.facebook.com/leyendasybanderas)

Twitter: [@Mariasantorumh1](https://twitter.com/Mariasantorumh1)

Instagram: [@leyendasybanderas](https://www.instagram.com/leyendasybanderas)

1 - Aita: Padre en euskera.

[\(Volver\)](#)

2 - Amama: Abuela en euskera.

[\(Volver\)](#)

3 - Perretxiko: Calocybe gambosa. Seta comestible de la familia Lyophyllaceae, también llamada seta de San Jorge o seta de primavera.

[\(Volver\)](#)

4 - Aitite: Abuelo en euskera.

[\(Volver\)](#)

5 - Perretxikales: Campos o prados donde es habitual encontrar perretxikos en primavera.

[\(Volver\)](#)

6 - Mari: Divinidad femenina de la mitología vasca precristiana.

[\(Volver\)](#)

7 - **Baserri:** Caserío tradicional vasco.

[\(Volver\)](#)

8 - Ama: Madre en euskera.

[\(Volver\)](#)

9 - Sorgina: Bruja en euskera.

[\(Volver\)](#)

10 - Eguzkilo: *Carlina Acaulis*. Planta de la familia Asteraceae, también llamada carlina angélica.

[\(Volver\)](#)

11 - Ama Lurra: Madre tierra en euskera. Divinidad de la mitología vasca, personificación de la naturaleza y creadora de la vida.

[\(Volver\)](#)

12 - Ilargia: Luna en euskera.

[\(Volver\)](#)

13 - Eguzki: Sol en euskera.

[\(Volver\)](#)

14 - BBC: “British Broadcasting Corporation”. Televisión pública británica.

[\(Volver\)](#)

15 - Negu Buru: “Cabeza del invierno” en euskera.

[\(Volver\)](#)

16 - Olentzeko Enbor: "Tronco del solsticio" en euskera

[\(Volver\)](#)

17 - Pasaia: Localidad costera de la provincia de Gipuzkoa.

[\(Volver\)](#)

18 - Olentzero: Personaje de la tradición navideña vasca.

[\(Volver\)](#)

19 - Txapela: Boina en euskera.

[\(Volver\)](#)

20 - S.I.G.C.: Servicio de Información de la Guardia Civil.

[\(Volver\)](#)

21 - Lehendakari: Presidente de la Comunidad Autónoma Vasca.

[\(Volver\)](#)

22 - Gorri: Rojo en euskera.

[\(Volver\)](#)

23 - Oui: Sí en francés.

[\(Volver\)](#)

24 - Monsieur: Señor en francés.

[\(Volver\)](#)

28 - Merci: Gracias en Francés.

[\(Volver\)](#)

26 - Era: Espacio exterior de una casa donde se trilla el trigo tras la cosecha, separando el grano de la espiga.

[\(Volver\)](#)

27 - Ablear: Airear las espigas de trigo para separar el grano de la paja.

[\(Volver\)](#)

28 - Mari: Diosa de la mitología vasca, personificación de la Madre Tierra.

[\(Volver\)](#)

29 - Ama Lurra: Tierra madre en euskera.

[\(Volver\)](#)

30 - Baserri: Caserío tradicional vasco.

[\(Volver\)](#)

31 - Merci: Gracias en francés.

[\(Volver\)](#)

32 - Très romantic: Muy romántico en francés.

[\(Volver\)](#)

33 - Txoko: “Rincón” en euskera. En el País Vasco se denominan así habitualmente a los locales de carácter público o privado que son utilizados por la comunidad de la zona, ya sea como local gastronómico o centro social.

[\(Volver\)](#)

34 - Agur: Adiós en euskera

[\(Volver\)](#)

35 - Egun on: Buenos días en euskera.

[\(Volver\)](#)

36 - Etorri ona: Ven aquí en euskera.

[\(Volver\)](#)

37 - Gaztandegi: “Lugar del queso” en euskera. Habitación en un caserío donde se elabora el queso al modo tradicional.

[\(Volver\)](#)

38 - Akelarre: Reunión de brujas.

[\(Volver\)](#)

39 - Akerbeltz: El diablo según la mitología vasca, que toma forma de macho cabrío negro.

[\(Volver\)](#)

40 - Sorginak: Brujas en euskera.

[\(Volver\)](#)

41 - Bai: Sí en euskera.

[\(Volver\)](#)

42 - Agur: Adiós en euskera.

[\(Volver\)](#)

43 - Mendi: Monte o montaña en euskera.

[\(Volver\)](#)

44 - E.G.B.: Enseñanza General Básica. Antiguo modelo educativo de Primaria.

[\(Volver\)](#)

45 - Schnauzer: Raza de perro originaria de Alemania.

[\(Volver\)](#)

46 - Pottoka: Equus caballus de pequeño tamaño que ha habitado en el País Vasco y Navarra desde el Paleolítico hasta la actualidad.

[\(Volver\)](#)

47 - Basajaun: Gigante de la mitología vasca, que ayuda a los pastores a cuidar de los rebaños.

[\(Volver\)](#)

48 - Lamia: Personaje de la mitología vasca, mitad mujer, mitad animal.

[\(Volver\)](#)

49 - Neska: Chica en euskera.

[\(Volver\)](#)

50 - Ikastola: Colegio en euskera.

[\(Volver\)](#)

51 - M.I.5.: Servicio de Inteligencia del Reino Unido.

[\(Volver\)](#)

52 - Iparralde: “La parte norte” en euskera. Se refiere al País Vasco Francés.

[\(Volver\)](#)

53 - D.N.I.: Documento nacional de identidad.

[\(Volver\)](#)

54 - Kaiku: Recipiente de madera que se utilizaba antiguamente para recoger la leche durante el ordeño.

[\(Volver\)](#)

55 - Zulo: Agujero en euskera. La palabra también se utiliza para denominar a los escondites de armas y material de la banda terrorista.

[\(Volver\)](#)

56 - Sokatira: Deporte en el que dos equipos intentan arrastrar uno al otro con una soga.

[\(Volver\)](#)

57 - Aurreku: Danza vasca elegante y solemne, que se baila en celebraciones importantes como bodas y homenajes.

[\(Volver\)](#)

58- Egun on: “Buenos días” en euskera.

[\(Volver\)](#)

59 - Sokatira: Deporte en el que dos equipos miden su fuerza tirando de una soga.

[\(Volver\)](#)

60 - Herri Kirolak: Conjunto de los deportes tradicionales vascos.

[\(Volver\)](#)

61 - Txingas: Deporte rural vasco que consiste en llevar a cuestas una pesa de cincuenta kilogramos en cada mano, durante la mayor distancia posible.

[\(Volver\)](#)

62 - Aizkolaritza: Deporte rural vasco en el que se compite cortando troncos de árbol con un hacha.

[\(Volver\)](#)

63 - Vaca Terreña: Raza de vacuno autóctona del Valle de Kuartango, cuya carne es muy apreciada.

[\(Volver\)](#)

64 - Junta Administrativa: Órgano de administración de los Concejos en los pueblos de la provincia de Álava. Son entidades menores a un municipio, y cuentan con personalidad jurídica y ámbito de actuación propio con ciertos servicios del pueblo.

[\(Volver\)](#)

65 - Lasai: Tranquilo en euskera.

[\(Volver\)](#)

66 - Sancho Panza: Personaje ficticio de la novela “El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha”. Sancho era el acompañante del hidalgo, y montaba con torpeza a su burro “Rucio”.

[\(Volver\)](#)

67 - Ertzaintza: Policía autonómica del País Vasco.

[\(Volver\)](#)

68 - Concejo: Reunión de la Junta Administrativa de cada pueblo.

[\(Volver\)](#)

69 - Fueros: Ley o conjunto de derechos que un monarca concedía a un territorio en la Edad Media.

[\(Volver\)](#)

70 - Euskadi ta Askatasuna (E.T.A.): "País Vasco y libertad" en euskera.

[\(Volver\)](#)

71 - U.C.I.: Unidad de cuidados intensivos.

[\(Volver\)](#)

72 - Puerto Hurraco: Pueblo de Badajoz en el que dos hermanos asesinaron a nueve vecinos en 1.990.

[\(Volver\)](#)

73 - Iparralde: “La parte norte” en euskera. Palabra habitualmente utilizada para denominar al País Vasco francés.

[\(Volver\)](#)

74 - Kale Borroka: “Lucha callejera” en euskera. Se denomina así a los actos de violencia callejera que se han producido históricamente en el País Vasco, Navarra y en el País Vasco Francés por simpatizantes de la ideología nacionalista e independentista vasca.

[\(Volver\)](#)

75 - Diputación: Institución que gobierna y administra algunas de las provincias españolas.

[\(Volver\)](#)

76 - Herri Batasuna: “Unión del Pueblo” en euskera. Partido político vasco de ideología nacionalista, independentista y de izquierdas, que estuvo en activo desde 1.978 hasta 2.003, año en el que fue ilegalizado.

[\(Volver\)](#)

77 - Partido Nacionalista Vasco (P.N.V.): Partido político vasco de ideología nacionalista, liberal y demócrata de centro derecha. Se fundó en 1.895 y sigue en activo.

[\(Volver\)](#)

78 - Cóctel Molotov: Bomba incendiaria de baja intensidad que se compone de un trapo que, a modo de mecha, se coloca en la boca de una botella llena de productos inflamables.

[\(Volver\)](#)

79 - Etarras: Integrantes de la banda terrorista E.T.A.

[\(Volver\)](#)

80 - Entorno abertzale: Entorno partidario del movimiento político y social del nacionalismo vasco.

[\(Volver\)](#)

81 - Jarrai: Organización juvenil de carácter político, de ideología abertzale, socialista y autónoma, que fue declarada ilegal en 2.007 por su vinculación con E.T.A.

[\(Volver\)](#)

82 - S.E.G.I.: Organización juvenil perteneciente al movimiento abertzale.

[\(Volver\)](#)

83 - Pintxos: Platos de la gastronomía vasca elaborados en miniatura.

[\(Volver\)](#)

84 - Txistulari: Persona que toca el txistu, una flauta tradicional del País Vasco con tres agujeros, que se toca con una sola mano.

[\(Volver\)](#)

85 - Pelotaris: Jugadores de pelota mano

[\(Volver\)](#)

86 - Sagardotegi: Sidrería en euskera

[\(Volver\)](#)

87 - Txosna: Bar temporal que se monta al aire libre en las fiestas regionales del País Vasco.

[\(Volver\)](#)

88 - Comando de Legales: Integrantes de la banda terrorista E.T.A. que nunca han sido fichados por las Fuerzas de Seguridad del Estado.

[\(Volver\)](#)

89 - Ortega y Gasset: Filósofo y ensayista español, exponente principal de la teoría del perspectivismo y de la razón vital e histórica.

[\(Volver\)](#)

90 - Gendarmerie: Cuerpo militarizado francés responsable de algunas misiones de policía.

[\(Volver\)](#)

91 - N-1: Carretera nacional que une Madrid con Irún.

[\(Volver\)](#)

92 - Cantarelus: Cantharellus. Género de hongos comestibles de la familia Cantharellaceae.

[\(Volver\)](#)

93 - Rottweiler: Raza de Perro originaria de Alemania.

[\(Volver\)](#)

94 - Ikastolas: Escuelas de enseñanza primaria en la que todas las asignaturas se enseñan en euskera.

[\(Volver\)](#)

95 - Euskaltzaindia: Real Academia de la Lengua Vasca.

[\(Volver\)](#)

96 - Noir: Negro en francés.

[\(Volver\)](#)

97 - **Kuro:** Negro en japonés.

[\(Volver\)](#)

98 - Zulos: Agujeros en euskera. Palabra utilizada para describir los escondites secretos de la banda terrorista E.T.A.

[\(Volver\)](#)

99 - James Bond: Personaje de ficción creado por el novelista inglés Ian Fleming.

[\(Volver\)](#)